

JAVIER VILLARREAL LOZANO
Edición y estudio preliminar

1912-1914

Vito Alessio Robles

MEMORIAS Y DIARIO

Volumen I
1912~1914

Vito Alessio Robles

MEMORIAS Y DIARIO

La
serie Historia

Volumen I
1912~1914

Vito Alessio Robles

MEMORIAS Y DIARIO

JAVIER VILLARREAL LOZANO
Edición y estudio preliminar







MÉXICO 2013

Coeditores de la presente edición:
Gobierno del Estado de Coahuila
Centro Cultural Vito Alessio Robles
Miguel Ángel Porrúa, librero-editor

Primera edición, febrero del año 2013

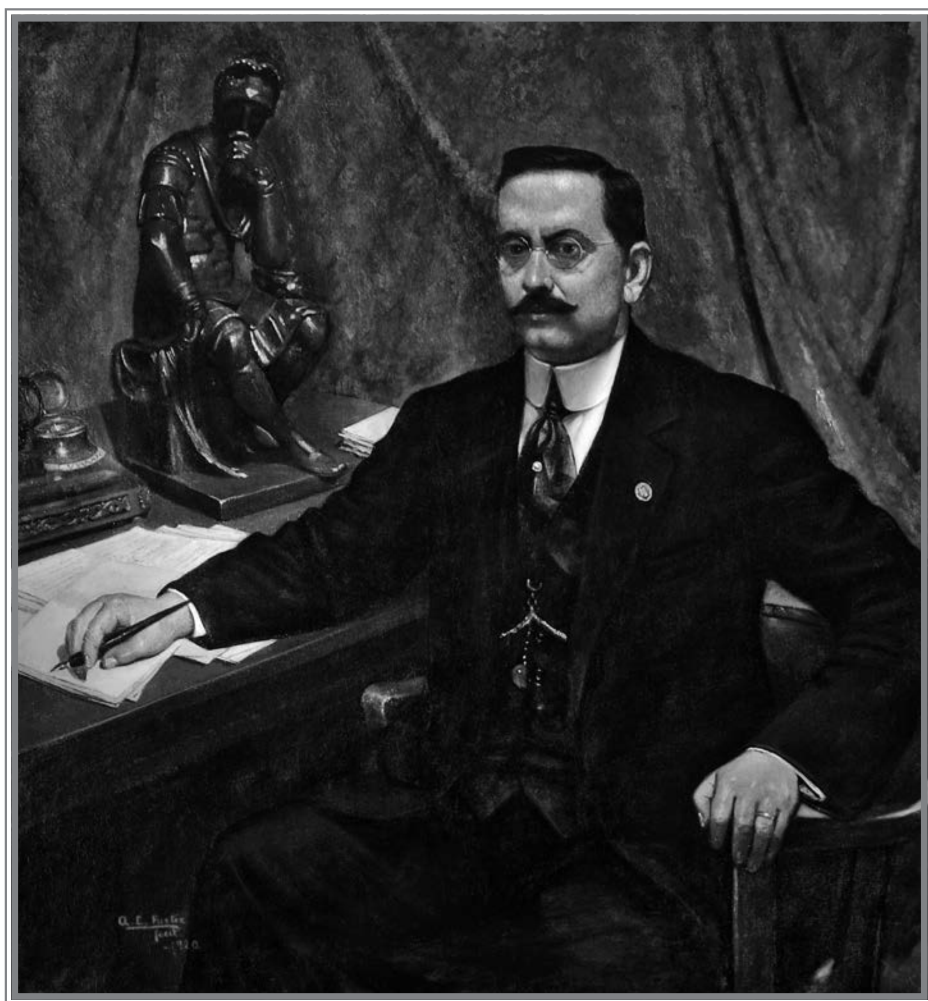
ISBN 978-607-401-665-9 Obra completa
ISBN 978-607-401-667-3 Volumen I

IMPRESO EN MÉXICO  *PRINTED IN MEXICO*

libro impreso sobre papel de fabricación ecológica con bulk a 80 gramos
www.maporrua.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Vito Alessio Robles: coahuilense de una pieza

Rubén Moreira Valdez
Gobernador Constitucional de Coahuila de Zaragoza



Vito Alessio Robles en su biblioteca,
Óleo de A. L. Fuster, 1920.
Colección: Centro Cultural Vito Alessio Robles.

Este 2012 se cumplen 100 años de la fecha en que el historiador coahuilense, don Vito Alessio Robles, comenzó a escribir sus Memorias. Se encontraba en Roma en misión diplomática encomendada por el presidente Francisco I. Madero. La lejanía del hogar removió recuerdos de su natal Saltillo, la infancia, juventud, estudios en el Colegio Militar y los primeros tiempos en el ejército. Gracias a la añoranza, a un siglo de distancia podemos disfrutar de estas páginas redactadas por un testigo, y en ocasiones protagonista, de acontecimientos que marcaron el rumbo del país en el siglo XX.

Tiempo después, don Vito iniciaría un prolijo Diario donde vertió sus opiniones acerca del acontecer nacional y de los personajes que se movían en el escenario, reseñó sus actividades políticas y dejó constancia, sin ambages ni medias tintas, de sus filias y fobias. Ambos textos, Memorias y Diario, se publican completos por primera vez. Su contenido rescata capítulos trascendentales de la historia de México vistos y juzgados desde la perspectiva de un luchador incansable que las más de las veces transitó a contracorriente.

Oficial del ejército federal, diplomático, revolucionario, político activísimo, antirreeleccionista sin fisuras ni vacilaciones, periodista, maestro e historiador, sería este último quehacer el que le aseguraría a don Vito

su futura fama, convirtiéndolo en referente imprescindible cuando de la historia del noreste mexicano se trata. En su amplia y variada bibliografía destacan dos obras fundamentales para el conocimiento de lo que fueron las antiguas Provincias Internas de Oriente: Coahuila y Texas en la época colonial, y Coahuila y Texas desde la consumación de la independencia hasta el tratado de Guadalupe-Hidalgo. *Dos aproximaciones a partir de documentos cuya principal virtud fue desbrozar el pasado de afirmaciones inconsistentes que lo desvirtuaban. Es por ello que con toda justicia se le considera el padre de la historia, no sólo de Coahuila, sino de lo que fue todo el noreste mexicano.*

Hombre de una pieza, sostuvo su posición ideológica contra viento y marea, incluso exponiendo la vida. Ni persecuciones, ni cárcel, ni exilio, ni pobrezas o marginaciones lograron doblegarlo. Se puede no coincidir con sus ideas, pero resulta imposible no admirar su congruencia. Se atrevió a enfrentar a los poderosos en momentos críticos. Veló en su casa el cuerpo del general Arnulfo R. Gómez, fusilado en Veracruz acusado de intentar una revolución, en momentos en que el camino de la oposición estaba sembrado de cruces.

Controversial, en ocasiones iracundo, volcaba ternezas al referirse a la familia. El amor a su esposa e hijos constituyó para él una fuente de fortaleza en las horas más aciagas. Trabajando como galeote, no dejaba descansar la pluma y acudía puntual a la cátedra con el fin de mantener a flote la precaria situación económica del hogar. Sorprende lo extenso de su producción. Cientos, miles de horas de trabajo hay detrás de los

más de 20 volúmenes que publicó y de los cientos de artículos que escribiera para periódicos y revistas.

El *ex libris* de este coahuilense ejemplar es insuperable síntesis de su biografía: *Fac et spera*, reza el lema que corona la figura de un pescador. Él venció todas las dificultades armado de un talento indiscutible y un trabajo sin pausas. Sólo las enfermedades y la muerte fueron capaces de arrancar de su mano aquella incansable pluma.

El Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza ha querido rescatar estos textos inéditos que nos permiten seguir paso a paso la biografía del historiador, incluso en las horas íntimas de su vida, las dedicadas al seno familiar.

No se trata solo de rendir homenaje a un destacado coahuilense, la intención es también volver accesibles páginas que nos permiten conocerlo mejor y asomarnos, desde una mirada crítica, a episodios que fueron definiendo el perfil del México actual.

[Diciembre de 2012]

RMV

Estudio preliminar

JAVIER VILLARREAL LOZANO
Director
Centro Cultural Vito Alessio Robles



[1914]

Convención de Aguascalientes.
Álvaro Obregón, Samuel M. Santos y Vito Alessio Robles custodian la bandera.
Al reverso está escrito, de puño y letra de Vito Alessio Robles:
Después de que Antonio Díaz Soto y Gama, en histórica sesión maltrató de palabra y estrujó la bandera, en el momento en que se registraba un descomunal escándalo y se oían insultos y crispadas manos empuñaban sendos revólveres, la bandera fue recogida de la tribuna por el secretario Samuel M. Santos y sirviéndole de escolta el general Obregón y el secretario Alessio Robles, quedó fuera del alcance de profanas manos mientras arreciaba la tormenta.

Julio Torri, saltillense, igual que el autor de estas memorias, escribió: "La historia de un hombre está en su actitud". La frase pudo ser inspirada en la biografía de Vito Alessio Robles, quien contrastando sus multifacéticos talentos y ocupaciones mantuvo inalteradas sus convicciones en medio de las circunstancias más desfavorables y aun peligrosas. Personaje prometeico, es la suya una biografía de novela: militar, profesor, diplomático, político, polemista, pero sería la historia regional, la microhistoria de don Luis González y González, la que le diera fama y volviera memorable su nombre.

Ni la persecución, la cárcel, las amenazas de muerte, el exilio o la pobreza lograron doblegarlo. "Mi actuación política me ha cerrado todas las puertas para poder trabajar", reconoce en momentos especialmente angustiosos. Las más de las veces enfrentado al poder e intransigente en la defensa de sus ideas, convirtió su vida en lucha sin tregua. Una estricta moral y el carácter inflexible, incapaz de concesiones, le restaron amigos y le sumaron enemistades que llegaron a ser legión.

Hombre de pasiones, las hacía brotar incontenibles a través de su pluma, por momentos vitriólica. Autor de uno de los libros más ácidos que se haya escrito en México, *Andanzas con nuestro Ulises*, no ahorró adjetivos contra el maestro de América, como tampoco se mostró parco al aplicarlos a personajes de la época, desde Luis Cabrera al general Antonio I. Villarreal, pasando por Abelardo Rodríguez, Plutarco Elías Calles, Manuel Pérez Treviño, Emilio Portes Gil y un variado y largo inventario. Se diría que hizo suya y aplicó hasta las úl-

timas consecuencias la frase de Justo Sierra: "No niego a mis enemigos eternos el derecho a injuriarme, puesto que conservo intacto mi derecho a despreciarles". Sólo que el desprecio de Alessio Robles fue cualquier cosa, menos silencioso; lo expresaba sin ambages en la prensa y en la tribuna.

Por ello, sus *Memorias* y su *Diario* son documentos de enorme interés. La mirada crítica del coahuilense ofrece versiones contrarias a lo que oficialmente se deseaba dar por sentado. Es, por así decirlo, una vista al reverso del tapiz donde se descubren la urdimbre, los nudos y las imperfecciones del tejido. Conocedor de la biografía de los principales actores del escenario político e intelectual de la época, atestiguó el proceso de consolidación del movimiento revolucionario en gobierno, una senda plagada de aristas y de tentaciones que al transitarla costó jirones de honra y antiguos ideales a muchos deseosos de adaptarse a las nuevas circunstancias. "Hombre de su tiempo, que moralmente fuera superior al suyo, Vito resultaba un intransigente, un político unilateral… Sus verdades en que creía y había sido educado, le resultaban apotegmas", apunta Baltasar Dromundo.

Rebelde por naturaleza, dio precoces muestras de reciedumbre de carácter desde las escuelas de primeras letras, enfrentando la injusticia cometida por un profesor de la Compañía de Jesús o la prepotencia de un compañero de aula, hijo del gobernador en turno. Valiente sin aspavientos, demostró igual entereza en el campo de batalla como en el campo de la política. En 1927, tras el fusilamiento del general Arnulfo R. Gómez, insurreccionado candidato a la presidencia, Alessio Robles veló el cuerpo en su casa y pronunció la oración fúnebre en el cementerio, desafiando la ira de Obregón y de Plutarco Elías Calles, de cuyos métodos expeditos para deshacerse de contrincantes dan constancia la muerte de Francisco Serrano y acompañantes en Huitzilac. Sin embargo, la lealtad a aquello en lo que creía nunca se convirtió en obsesión u obstinación. Al promulgarse la Constitución de 1917, en una carta que destila nobleza, felicitó a Venustiano Carranza

por su logro, no obstante las profundas diferencias que lo separaban del Primer Jefe. El historiador había sido protagonista destacado en la Convención de Aguascalientes, que después del triunfo de la Revolución Constitucionalista desconoció a Carranza como encargado del Ejecutivo Federal. En la carta, el historiador dice a Carranza: "Hasta el día de ayer fui un decepcionado, desde hoy me confieso vencido y no tengo empacho ni sonrojo en confesarlo así, paladinamente, máxime cuando esta victoria de usted me llena de júbilo…".

Paradójicamente, Francisco I. Madero, a quien combatió vistiendo el uniforme de oficial federal, sembró en don Vito la semilla del ideal que se convertiría en una siempre enarbolada bandera de sus futuras luchas políticas: el antirreeleccionismo. En cambio otros, como Vasconcelos, compañero de fórmula en la aventura electoral en 1929 (Vasconcelos, candidato a la Presidencia; Alessio Robles, al Gobierno de Coahuila), terminó en una animadversión sin vuelta atrás.



[1914]

Convención de Aguascalientes. Felipe Ángeles firma la bandera en presencia de Vito Alessio Robles, Samuel M. Santos, Pánfilo Natera, Antonio I. Villarreal, José Isabel Robles y Marciano González.

Memorias y *Diario* cubren la existencia de su autor desde su nacimiento hasta la graduación en el Colegio Militar como teniente del Cuerpo de Ingenieros Constructores, y encomiendas cumplidas como miembro del Ejército. En 1904 fue designado subdirector de las obras de construcción que la Secretaría de Guerra y Marina tenía en Monterrey. Aprovechó su estancia en la capital regiomontana para ejercer en el Colegio Civil uno de sus quehaceres más caros y gratificantes: el magisterio, que había practicado antes de recibirse como profesor de Táctica de Infantería. Trasladado a Sonora, encargado de las obras del río Yaqui, conoce y desposa a doña Trinidad Cuevas, su leal compañera por el resto de la vida.

La relativa tranquilidad de la existencia de un oficial durante el porfiriato se vio interrumpida por el estallido de la Revolución Mexicana. En su calidad de miembro del Ejército Nacional combatió a los revolucionarios maderistas en Chihuahua, resultando herido en el encuentro de Malpaso. Luego del triunfo de la Revolución y la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, esa bondad hecha hombre que se llamó Francisco I. Madero, reconoce en el antiguo soldado federal la nobleza demostrada en el trato humanitario que brindó a los revolucionarios presos. En vez de castigarlo o perseguirlo, lo designa inspector general de Policía de la Ciudad de México y, posteriormente, Agregado Militar en la Legación de México en Roma.

En la Ciudad Eterna recibió las noticias de la Decena Trágica y de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, acontecimientos que le obligaron a volver violentamente al país. A su regreso encuentra a Victoriano Huerta instalado en el poder. Este intenta atraerlo ofreciéndole una comisión en la República de Chile para estudiar la organización del Ejército. Alessio Robles, aun conociendo el peligro que entrañaba no atender las disposiciones de quien no dudó al ordenar

la muerte del presidente Madero, se niega a colaborar con Huerta, solicitando su retiro del Ejército, atrevimiento que pagó con cárcel.

Luego de ser enviado a las temibles "tinajas" de San Juan de Ulúa, recobra la libertad y se une en San Luis Potosí a las fuerzas revolucionarias de los hermanos Carrera Torres, cuyas folclóricas nociones de estrategia militar lo divierten y le dictan pasajes llenos de humor. El que su antiguo profesor de artillería en el Colegio Militar, el general Felipe Ángeles, se hubiera incorporado a las fuerzas de Francisco Villa lo convence de que su lugar estaba en el campo de batalla. Se une a la División del Norte y asiste a la toma de Paredón, donde una carga de 6 mil caballos arrasa en minutos la débil defensa federal de la estación ferroviaria. La vívida descripción que hace del episodio resulta memorable, obra de un testigo dotado de agudo poder de observación y capaz de trasladar al papel sus impresiones con vibrante intensidad. Después de Paredón, don Vito regresa triunfante a su natal Saltillo con la hasta entonces invicta División del Norte.

Las diferencias surgidas entre Carranza y Villa a propósito del ataque a Zacatecas, las cuales estuvieron a punto de provocar la fractura de la revolución, se ahondaron al paso del tiempo y persistieron aun después del triunfo del constitucionalismo. La Soberana Convención de Aguascalientes, dominada por villistas y zapatistas, de la que Alessio Robles fue secretario, marcó el rompimiento. De fracaso en fracaso y a causa de las pugnas internas, los presidentes surgidos de la Convención —Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro— perdieron el poder que en su momento alcanzó el bloque revolucionario surgido en Aguascalientes, cuyo epitafio lo escribieron las derrotas sufridas por los villistas frente a las fuerzas de Álvaro Obregón.

Distanciado de Villa y de Carranza, don Vito se dedicó al periodismo, en el que había incursionado desde 1915 como editor de la página militar de *El Universal*, firmando con el anagrama de su nom-

bre: Tobías O. Soler. Dirigió los diarios *El Heraldo de México* y *El Demócrata*, pero el llamado de la política lo alejó de la tinta de imprenta: diputado federal (1920-1922) y senador por Coahuila (1922-1925). En 1925 fue designado Enviado Extraordinario de México en Suecia, que desempeñó un año.

A su regreso de Europa fue elegido presidente del Partido Nacional Antirreeleccionista (PNA), lo que significó la ruptura con el grupo en el poder y el inicio de una de las etapas más amargas de su vida. Elegido candidato del PNA al Gobierno de Coahuila en 1929, junto a José Vasconcelos, candidato a la Presidencia de la República, enfrentó al naciente Partido Nacional Revolucionario, que postuló a Ortiz Rubio para presidente, y a Nazario Ortiz Garza, para gobernador de Coahuila. Fue aquella una campaña salpicada de violencia, que marcó a toda una generación de mexicanos. Alessio Robles cosechó de ella una derrota en las urnas y un libro, *Andanzas con nuestro Ulises*, en el que vuelca su decepción provocada por el egocentrismo de Vasconcelos.

Tras las controvertidas elecciones, ante el autor de *Coahuila y Texas en la época colonial* se abrieron dos caminos: la prisión y, posiblemente la muerte o el exilio. En esa coyuntura, sus intereses principian a tomar un nuevo rumbo: la historia. Su amor al estudio del pasado convierte el amargo pan del exilio en oportunidad de consultar la riquísima biblioteca y los archivos de la Universidad de Texas en Austin. Marte cede terreno a Clío, y aunque persiste la preocupación por la polis —otra de sus pasiones—, comienza a desbrozar el camino que lo llevará al éxito. En Austin concreta su primer trabajo fundamental dedicado a la historia del noreste mexicano: *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España*. Basada en documentos a los que tuvo acceso, la biografía del poderoso Urdiñola de Alessio Robles desmanteló viejas y arraigadas consejas fraguadas por la tradición oral; primer paso hacia lo que los académicos llamarían una "historia científica" del noreste.

De regreso a México sufrirá el ostracismo en su propia tierra. Cuando busca trabajo, le cierran las puertas. Escribe como galeote. Sin embargo, no obstante los ímprobos esfuerzos, apenas logra sobrevivir. 1930, 1931, 1932 y los siguientes, hasta 1937, fueron años duros, de penuria, decepciones y desesperanza. Un artículo aquí y otro allá, a veces sin pago, y el sueldo de miseria en una escuela privada. Se endeuda para ofrecer a los suyos lo indispensable. La biblioteca y la historia constituyen el único refugio después del trabajo extenuante. Por fin la tempestad parece empezar a amainar. Al hacer el recuento del año '37, anota: "Año con menos angustias". El 37' es de trabajo febril: completa tres libros. Finalmente la barca económica y la emocional tienden a estabilizarse, aunque la tarea sigue siendo extenuante: "Trabajo como negro", anota en su diario. Ya maestro universitario, la publicación de los dos tomos de *Coahuila y Texas desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Guadalupe-Hidalgo*, en 1945 y 1946, escrito gracias a una beca de la Universidad Nacional Autónoma de México marca el inicio de la mejor etapa de su vida: reconocimientos, conferencias, estabilidad económica y respeto en los medios académicos y gubernamentales, aunque jamás renuncia a su visión crítica de los acontecimientos.

Sólo las enfermedades detuvieron su pluma. Deja de escribir su diario en 1953 y muere cuatro años después, el 11 de junio de 1957. Su legado como historiador y como hombre capaz de vivir a contracorriente sin claudicar de sus ideales sigue vivo.

Historia de un original

Luego de infructuosas gestiones para hacer efectiva la voluntad de don Vito Alessio Robles, quien en repetidas ocasiones señaló el deseo de que su biblioteca quedara en su natal Saltillo, Coahuila, en 1999, gracias a las gestiones del entonces secretario de Educación Pública, Óscar Pimentel González, llegaron a buen término las nego-

ciaciones con la familia. La intención de traer a la capital de Coahuila el acervo venía de lejos. En los años cincuenta del siglo pasado, el historiador ofreció en venta la biblioteca al gobernador coahuilense Raúl López Sánchez (1948-1951). También el sucesor de este, Román Cepeda Flores (1951-1957) mostró interés en adquirirla, pero tampoco se llegó a un acuerdo. Después, el gobernador Óscar Flores Tapia (1975-1981) realizó nuevos intentos. Don Vito ya había muerto, pero entonces resultó imposible concretar el traslado de la rica colección de libros y documentos a la capital de Coahuila.

Gracias al doctor Rogelio Montemayor Seguy, gobernador a la sazón, y del propio Pimentel González, tuve la oportunidad de visitar la biblioteca del historiador, la cual ocupaba la tercera planta de la casa de su hija, la ingeniera Ángela. La gentil Angelita fue mi guía por los anaqueles de aquel tesoro. Ella pensó en desprenderse del acervo por lo avanzado de su edad y el firme deseo de evitar que se dispersara lo reunido con tanto amor, y en ocasiones mediante grandes sacrificios, por don Vito. Honrando la memoria de su progenitor, Angelita rechazó tentadoras ofertas de universidades extranjeras. Estaba convencida de que al quedar la biblioteca en Saltillo se daba, finalmente, cumplimiento a la voluntad de su señor padre. La conjunción de voluntades hizo posible la creación, en Saltillo, del Centro Cultural Vito Alessio Robles, que resguarda la rica colección bibliográfica y documental. El Centro, que ocupa una antigua casona saltillense, fue inaugurado el 26 de marzo de 1999 por el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León.

Al recorrer la casa de la ingeniera Alessio Robles, sobre un mueble de la planta baja estaba un alto rimero de papeles. Eran las *Memorias* y el *Diario* del historiador. Principié a hojearlo. Quedé sorprendido. ¡Material valiosísimo e inédito! Cuando se habló de una posible publicación, Angelita se mostró reticente. Consideraba que los textos contenían gran cantidad de anotaciones personales y del ámbito familiar, las cuales difícilmente podrían resultar de interés para el lector común. Además, aclaró que el original —más de un

millar de hojas de máquina, unas manuscritas y otras mecanografiadas—, no formarían parte de la biblioteca, de llegarse a un arreglo con el Gobierno de Coahuila. Argüí que precisamente esos apuntes personales proveían al texto de noticias inestimables acerca de la personalidad de su padre, revelando aspectos humanos normalmente vedados al interés y la curiosidad de los investigadores. Pocas autobiografías o diarios permiten el acceso a la intimidad del autor. Finalmente, accedió a que se fotocopiara el material, que permaneció hasta ahora inédito en su mayor parte. Con anterioridad se publicaron trozos de las *Memorias* en *Los Alessio de Saltillo*, en la Colección de escritores coahuilenses del siglo XX, de la Universidad Autónoma de Coahuila (2004), y la misma Universidad recogió los artículos sobre la historia de la *Convención Revolucionaria de Aguascalientes* (1983). El resto se da a conocer al público por primera vez.

El texto consta de dos partes. La primera contiene las memorias escritas a partir de 1911 durante su estancia en Italia, tierra de sus mayores, donde se desempeñaba como agregado militar de la Embajada de México. Catorce años después, en 1925, principia a escribir un diario rico en información sobre los vaivenes de la política del país, su lucha por sobrevivir, el avance de sus trabajos históricos y el entorno familiar. Existe un hueco que va de septiembre de 1914 a enero de 1925, el cual los lectores pueden conocer gracias a las recapitulaciones y remembranzas que el autor incluye en el *Diario*.

Luego de salvar numerosos escollos, ahora, gracias al interés del gobernador de Coahuila de Zaragoza, Rubén Moreira Valdez, en la historia del estado y en la personalidad de don Vito Alessio Robles, las memorias del ilustre coahuilense hacen "gemir las prensas", como él acostumbraba decir. Documento trascendente, ofrece la visión crítica de un protagonista de la etapa crucial del México de la primera mitad del siglo XX.

JVL

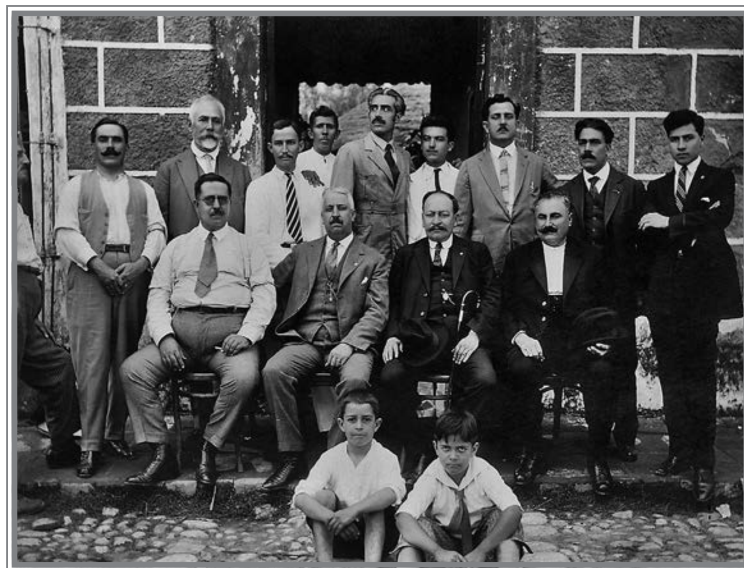
Noticia de familia

Vito Alessio Robles Cuevas

[1915]

El gobernador del Distrito Federal, Vito Alessio Robles visita la Tabacalera Mexicana en compañía de su padre, don Domenico Alessio Bello.





[7-IX-1924]

Vito Alessio Robles en compañía, entre otros, de J. A. Robinson, José Ortiz Rodríguez, Eulalio Gutiérrez, Héctor [...] López. Uno de los niños es su hijo Domingo, de 9 años de edad, Iguala, Gro.

La historia de nuestra familia comienza en 1852 con el nacimiento de Domenico Alessio Bello en Tortorella, pueblo enclavado en altos peñascos frente al mar Mediterráneo al oeste de la bella Italia.

De origen muy humilde, Domenico a los 21 años decide "hacer la América". De Nápoles, llega a Marsella y de allí continúa su viaje desembarcando en Galveston. Gastando tiempo y buscando acomodo, hace un periplo por muchos poblados al norte del Río Bravo. Ya en territorio mexicano se establece en 1873 en la ciudad de Saltillo, donde se casa con Crisanta Robles Rivas en 1878.

De sus seis hijos, el primogénito fue Vito Alessio Robles, quien nació en 1879. Le siguieron: Carmino, Miguel, José, María y Ricardo.

Para poder realizar estudios profesionales, Vito ingresa al Colegio Militar en enero de 1896 y recibe el título de Teniente del Cuerpo de Ingenieros Constructores en 1903. Dos años más tarde, tras una confrontación con un superior por señalar gastos indebidos en una obra, es remitido a Sonora a la Campaña del Yaqui. Conoce en Tórim a Trinidad Cuevas Espinoza, quien habría de convertirse en su fiel compañera en los tiempos de buena y mala fortuna.

En 1910 es enviado a combatir la insurrección maderista con la cual simpatizaba. Recibe su "bautizo de sangre" en Malpaso y combate en Casas Grandes.

El 5 de noviembre de 1911 es nombrado por el presidente Francisco I. Madero inspector general de Policía en el Distrito Federal y ese mismo año pertenece al Estado Mayor Presidencial; en 1912 se le designa director de Obras Públicas y en octubre de ese año marcha a Italia como Agregado Militar en la Legación de México en Roma.

En Italia se entera del cuartelazo de Victoriano Huerta. Regresa inmediatamente a México a pedir su baja del ejército porque quiere incorporarse a la Revolución pero no en calidad de desertor o tránsfuga. Lo único que consigue es ser mandado a la prisión de Santiago Tlaltelolco, primero, y a la de San Juan de Ulúa, después.

Desea unirse a las filas del Ejército Constitucionalista, sin embargo, tras varios desencuentros con Venustiano Carranza, se une a la División del Norte a las órdenes del general Felipe Ángeles, su muy apreciado maestro del Colegio Militar.

En 1914 es nombrado secretario de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, donde, junto a los demás delegados, firma la bandera nacional comprometiéndose a respetar y cumplir los acuerdos tomados por esa asamblea.

En sus *Memorias* no figura este episodio tan importante para la historia del país porque utilizó sus notas para su libro *La convención revolucionaria de Aguascalientes*, de publicación póstuma en 1979.

Cuando, tras la intrigas y subsecuentes rupturas entre Carranza, Zapata y Villa, el presidente interino Eulalio Gutiérrez abandona la Ciudad de México el 16 de enero de 1915, Vito Alessio Robles se considera separado definitivamente de las filas revolucionarias.

Comienza un lustro especialmente difícil y amargo para toda la familia Alessio Robles. Estos años no figuran en estas *Memorias*, pero en un diario personal marca las principales incidencias:

1915 Diciembre 31: Año malo, murió mi padre, estuve encerrado 158 días. Único bueno, el nacimiento de mi hijo Domingo.

1916 Diciembre 31: Año pésimo: muerte de mi madre, enfermedades de mis hijos y encierro de 210 días.

1917 Diciembre 31: Año bastante malo. 44 días de encierro y marcha mala de los negocios. Cosa buena: nacimiento de Ángela María. A pesar de todo, este año ha sido menos fatal que los de 1913, 1914, 1915 y 1916.

1918 Enero 12: Empecé a trabajar en el negocio de cajas de cartón.
Febrero 1: Empecé a trabajar en el negocio de fábrica de tortillas.
Marzo 25: Me separé de la fábrica de cajas.
Septiembre 16: Paré la fábrica de tortillas.
Diciembre 31: Año malo, pero fueron peores los cuatro anteriores…

1919 Julio 1: Se publicó la primera página militar mía en *El Universal*. Me pagan 60 pesos por cada una.
Septiembre 1: Empecé a trabajar en *El Heraldo de México* con el sueldo de 200 pesos mensuales.
Noviembre 10: Me rebajaron el sueldo en *El Heraldo* a 150 pesos.
Diciembre 6: Elecciones municipales de la Ciudad de México. Candidato a regidor. Salí derrotado.
Diciembre 31:… A pesar de todo lo malo que me aconteció este año, fue menos malo que los anteriores.

1920 Enero 7: Asumí la Dirección y Gerencia de *El Heraldo de México* con el sueldo de 1,000 pesos mensuales.
Marzo 19: Amaneció la ciudad tapizada de pasquines contra *El Heraldo* y contra mí.
Abril 12: Visitamos a Obregón, el doctor González Martínez y yo. Una hora después, a las 10:00 pm, se fugó el general Obregón.
Mayo 6: Empezó la evacuación de México por el gobierno carrancista. No dormí en toda la noche. A las cuatro de la madrugada con Trini en el Parque de Ingenieros y en la casa de José García. A las 10:00 am salió Carranza de la capital. Recibí de nuevo la dirección y gerencia de *El Heraldo de México*. A la 1:00 pm empezaron a entrar las fuerzas revolucionarias.
Junio 1: Asumió la Presidencia de la República, Adolfo de la Huerta.
Julio 22: Me separé de *El Heraldo* y me hice cargo de la dirección y gerencia de *El Demócrata* en virtud de haber comprado este diario en unión de Alfredo Breceda.
Agosto 28: Fue aprobada mi credencial de diputado por el cuarto distrito electoral del Distrito Federal.
Septiembre 1: Protesté como diputado.
Diciembre 31: …Año muy bueno. Muchos éxitos y muy buena suerte.

1921 Compré a Breceda la parte que representa en *El Demócrata*.
Agosto 8: Fue asesinado mi hermano José.

Diciembre 31: En este año ocurrió un acontecimiento fatal: la muerte de mi hermano José. En lo demás, triunfos en todo. Año de éxitos.

1922 Febrero 3: Firma de la escritura de compra de la casa número 107 de la 5a. [calle] de Chihuahua [Colonia Roma].
Marzo 6: El Club Monclova lanzó mi candidatura para senador.
Junio: Elecciones. Resulté electo segundo senador propietario por Coahuila.

Los diarios de los debates de diputados y senadores se encuentran en el Centro Cultural Vito Alessio Robles (Cecuvar).

1923 Noviembre 28: Dejé la dirección de *El Demócrata:* tres años, cuatro meses y seis días.

Colección completa de los diarios impresos en su gestión de Director, en el Cecuvar.

Diciembre 31: Año muy bueno. No hemos tenido contratiempos. Gané brillantemente el caso Coahuila y cerré la operación y venta de *El Demócrata* en tiempo oportunísimo, asegurando el porvenir de los míos.

En el momento en que entrega el periódico, se había convertido en el de mayor circulación en la capital.

1924 Enero 14: Murió mi hermano Ricardo.
Enero 23: Asesinato del senador Field Jurado.
Diciembre 27: Aarón Sáenz me propuso la Legación de Suecia. Yo quedé de resolver.
Diciembre 31: Año muy agitado, de grandes sobresaltos, de penas, de malos negocios y de intensa labor política. Muerte de mi hermano Ricardo, enfermedad de Trini, negocio Jacobs, que se presenta muy mal; protesta por el asesinato de Field Jurado; asunto Ramos Arizpe, supresión facultades extraordinarias, etcétera. Una verdadera borrachera política, sin ningún resultado benéfico para el país y sí muy perjudicial para mis intereses particulares, que descuidé por completo.

Algunos de estos temas los desarrolla en su libro *Desfile sangriento*.

En 1925 retoma la redacción de sus *Memorias* durante su "exilio con comisión" en Suecia.

Ante la amenaza de reelección de Álvaro Obregón, regresa a México para afiliarse al Partido Nacional Antirreeleccionista, del cual es nombrado Presidente. El 3 octubre de 1927, el general Serrano y 13 correligionarios más son victimados en Huitzilac. Cuando el candidato Arnulfo R. Gómez es fusilado el 4 de noviembre de ese mismo año, Alessio Robles recibe sus restos, lo vela en su casa y pronuncia en su entierro la famosa oración fúnebre.

Con el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón se cierra la muerte de los caudillos y se convoca a elecciones extraordinarias.

En 1929 es candidato a Gobernador de Coahuila, al tiempo que José Vasconcelos contiende para la Presidencia de la República; ganan pero les escamotean el triunfo. El presidente fue "Nopalito" Ortiz Rubio.

Vito Alessio Robles debe salir al destierro y es precisamente en Austin, Texas, donde decide abandonar definitivamente la política para dedicarse a la investigación histórica e iniciar así su vertiente cultural.

Regresa a México "sin permiso de nadie" y, el 9 de agosto de 1931, nace el que esto escribe.

Esos fueron los años en que Calles consolida su Maximato y funda el Partido Nacional Revolucionario, antecedente del PRI.

Vito Alessio Robles vive como apestado político hasta que asume el poder el general Lázaro Cárdenas. Obtiene entonces dos cátedras en la Universidad Nacional Autónoma de México. El título que más le enorgullece a partir de ese momento es el de "maestro".

En esta última etapa de su vida, combina su actividad académica con la de escritor y periodista. Empieza entonces a recibir satisfacciones y el merecido reconocimiento a su actividad intelectual. Todas

sus medallas, condecoraciones, preseas y libros como autor y editor pueden ser consultados en el Cecuvar.

Convencido de la importancia de la divulgación cultural, perteneció al Seminario de Cultura Mexicana; a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la de Madrid; a la Sociedad de Geografía y Estadística. Asimismo, dicta conferencias por todo el país y participa en varios Congresos de Historia. Investiga también sobre arqueología, numismática, vulcanología y heráldica. Diseña los escudos del estado de Coahuila de Zaragoza y de la ciudad de Saltillo —las pinturas de estos escudos están en el Cecuvar.

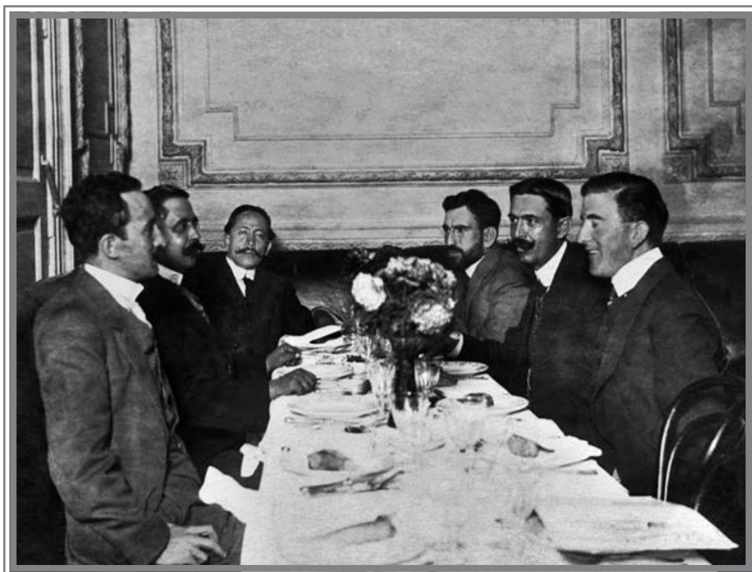
En febrero de 1945, Vito Alessio Robles es nombrado Historiador "A" en la Secretaría de la Defensa Nacional, con lo cual reingresa al Ejército. Al año siguiente se le reconocen los servicios íntegros desde el 2 de enero de 1915 hasta el 31 de enero de 1945. En marzo de 1950, obtiene su pensión de retiro con el grado de general brigadier.

Utilizando sus *Memorias*, trabaja en la preparación de los manuscritos de sus dos libros políticos que se publicaron póstumos: *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes* y *El antirreeleccionismo como afán libertario de México*.

Sigue escribiendo sus *Memorias* hasta que sus problemas de salud se agravan y las cierra en el año de 1953. En 1954 muere su adorada esposa Trinidad. Nunca se recupera de esa pérdida y fallece el 11 de junio de 1957.

Nazario Ortiz Garza, su rival político en la campaña a la gubernatura de Coahuila en 1929, expresa una sentida y cálida oración fúnebre en su entierro.

Vito Alessio Robles siempre es consecuente con sus ideales: como militar, cumplido y valiente; como político, de convicciones claras y propuestas firmes; como historiador e investigador, imparcial y sólido; como académico y profesor, directo y exigente; como periodista, veraz.



[XII-1914]

Al reverso se lee,
de puño y letra de don
Vito Alessio Robles,
el siguiente texto:
*Interinato de Eulalio Gutiérrez.
Los ases del Zapatismo:
Díaz Soto y Gama, Palafox
y Rodrigo Gómez, en
una comida con Alessio Robles,
el indispensable
Roque González Garza
y un representante
de periódicos norteamericanos.*



[*ca.* 1921-1922]

Visita del tenor
Enrico Caruso
a Vito Alessio
Robles en las
oficinas de
El Demócrata.

Nos hereda a sus hijos el gran ejemplo de una vida íntegra en todos los sentidos y el compromiso de resguardar su biblioteca y sus colecciones de documentos y periódicos.

La creación del Centro Cultural Vito Alessio Robles, en Saltillo, cumple y supera las expectativas de mi señor padre. Quiero, a nombre propio y de la familia, hacer un reconocimiento a todos los que intervinieron para que este sueño se realizara en 1999; a quienes mantienen en funcionamiento al Centro; a todos los coahuilenses, herederos y custodios del patrimonio cultural de un saltillense que en 1933 sentenció:

> …se deslindan los campos y, con el tiempo, se deslindarán responsabilidades históricas, que no prescriben nunca. Los verdaderos revolucionarios de ideales pondrán a cada quien en el lugar que le corresponda…

A cien años de que Madero lanzara su campaña presidencial bajo el lema de "Sufragio Efectivo, No Reelección", postulados por los que Alessio Robles luchó toda su vida, al grado de ser pieza clave para impedir la reelección presidencial, seguimos esperando el respeto al sufragio y una democracia sin impugnaciones.

Noticia de familia escrita en septiembre de 2012
con desbordado amor filial.

VARC



[*ca*. 1920]

Comida con el torero saltillense Fermín Espinoza "Armillita".



[VI-1908]

Aguaje de Bacatete.
Conferencias de paz
entre los yaquis alzados en armas
y algunos jefes federales.
Aparecen Juan Matute, jefe de los yaquis;
el coronel José González Salas
y el mayor Leopoldo Díaz Ceballos.

Vito Alessio Robles

Memorias y Diario

1912-1914

Nota: Vito Alessio Robles Cuevas en su texto: "Noticia de familia", contenido en las páginas preliminares de esta obra, menciona que las notas hilvanadas para los años de 1915 a 1924, faltantes en el cuerpo de ésta, corresponden a las utilizadas por don Vito Alessio Robles para la publicación póstuma que viera luz, en 1979: *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes.*

Capítulo I

El ambiente de Roma, propicio a la meditación y al recuerdo.
Finalidad de estas memorias.— Mi infancia.— Mis padres.
Mi primera maestra.— El Colegio de San Juan Nepomuceno en Saltillo.
Mi primera rebeldía.— Un jesuita gañán.

Hoy, 21 de noviembre de 1912, he empezado a escribir mis memorias. He vacilado mucho para poner manos a la obra. He pensado que este trabajo no tenga utilidad alguna y, quizás, sea considerado por alguien como una exhibición vanidosa. Pero he reflexionado que no haciendo obra de autobombo, sino una exposición sincera de los actos de la vida social, política y militar de México en que he intervenido, y como estos relatos van acompañados de un comentario o de una impresión, si se quiere equivocada, pero sinceros siempre, estas memorias, que no están destinadas a una publicidad inmediata, constituyan con el tiempo un modesto anticipo para la historia de una época de la vida de México.

Escribiré a grandes rasgos los acontecimientos de mi vida hasta la fecha presente, procurando pasar rápidamente y muy a la ligera sobre actos personales míos, casi todos ellos sin ningún interés y deteniéndome únicamente en aquellos hechos que me tocó presenciar y observar y que, directa o indirectamente, puedan tener conexión con la historia y puedan, quizás, servir de guía o referencia a los estudiosos, para hurgar en las costumbres y los acontecimientos de un medio social y de una época y obtener conclusiones serenas y desapasionadas.

En estos momentos me encuentro en un remanso de mi vida un tanto cuanto ajetreada y, alejado como estoy de México, quiero apro-

vechar este reposo forzado para escribir mis impresiones que, si resultan inútiles para la posteridad, cuando menos servirán para que mis tres pequeñas hijas, ahora tan lejos de mí, conozcan los sinsabores, las amarguras, las luchas, las derrotas y los triunfos de su padre.

Hace seis días que llegué a Roma, en un anochecer lluvioso en que parecía que las calles de la antigua Ciudad de los Césares destilaban barro líquido. Alojado en un hotel cerca de la Plaza Montecitorio, dediquéme desde luego con ahínco a buscar un alojamiento decente, a la vez que económico y cuyo alquiler estuviese en armonía con mi sueldo: aproximadamente 700 pesos mensuales.

Ayer encontré el pequeño apartamento en que vivo, situado en céntrico lugar: Via del Quirinale Número 7. Se compone de dos pequeñas piezas: una recámara y una anterrecámara, que me servirá de salón de recibir.

A mediados de octubre del presente año fui nombrado, por acuerdo del presidente Madero, Agregado Militar a la Legación de México en Italia, y después de un viaje sin incidentes, encuéntrome ya instalado en la Ciudad Eterna. Al siguiente día de mi arribo a esta, me presenté al ministro de México, señor don Gonzalo A. Esteva. El representante mexicano ya se dirigió al ministro de Relaciones y al de Guerra en solicitud de audiencias para hacer mi presentación. Mientras espero la llegada de las fechas de las mencionadas audiencias, he aprovechado el tiempo visitando algunos de los monumentos más importantes de Roma. Para ocupar las largas veladas solitarias y tediosas doy comienzo a estas mis memorias, en las que iré anotando diariamente mis observaciones, pero precediéndolas de una somera recapitulación de mi vida hasta los momentos actuales. Nací en la ciudad de Saltillo, capital de Coahuila, el 14 de agosto de 1879. Recuerdo con gran precisión detalles de mi vida de niño que datan de luenga fecha y ahora, con mis 33 años a cuestas, podría relatarlos punto por punto. Mi padre, italiano residente

en México desde el año de 1873, es un artesano de origen humildísimo, y mi madre, de extracción humilde también, es una mujer dotada de rara energía y de gran abnegación. Es una gran trabajadora que durante largos años se ha ocupado no sólo de las labores domésticas, sino también en la atención de una pequeña industria, de la que puede decirse fue la creadora en Saltillo: la fabricación de pastas y conservas de frutas, de las magníficas que se producen en mi pueblo natal. Con la venta de las referidas conservas, hechas casi todas por ella misma, mi buena madre ayudaba al sostenimiento y educación de una familia numerosa de seis hijos: cinco varones y una mujer, de los cuales yo soy el primogénito. Puedo decir que los productos de la fábrica de conservas de mi madre eran superiores a los del taller de herrería y latonería de mi padre. La aspiración máxima de mis padres fue siempre la de educar lo mejor posible a sus hijos y a esa finalidad enderezaban todas sus energías. De ellos recibí siempre buenos ejemplos.

Mi niñez transcurrió tristemente. Casi fui un viejo desde niño. Desde muy joven me sentí presa de preocupaciones, porque conocía al dedillo las estrecheces por las que atravesaba mi familia, y los cuidados y las penurias de mi honrado padre los sentía intensamente. Casi nunca tuve juegos infantiles y desde muy pequeño adquirí un arraigado sentimiento de responsabilidad, que tendió a formar en mí un carácter huraño y reconcentrado.

Mi profesora de primeras letras, cuando tenía siete años, fue la señorita Mercedes Vázquez. Recuerdo, como si fuera hoy, que aprendí a leer con una rapidez desusada en aquel entonces y rememoro que a esos adelantos contribuyó en gran parte mi padre, quien todas las noches se ponía a estudiar y a trabajar conmigo en la preparación de mis lecciones.

El tiempo libre que me dejaban mis clases lo dedicaba a ayudar a mis padres: ir al mercado a hacer compras, sacar agua de un pozo para regar las plantas a que era muy aficionada mi madre, barrer la casa, poner la mesa y ayudar a mi padre en su pequeño taller,

moviendo un fuelle de mano y más tarde empuñando un martillo. Cuando tuve más edad, mis funciones se aumentaron con las de secretario particular y contador general de la casa. Yo escribía la correspondencia, llevaba los rudimentarios libros de cuentas y conocía perfectamente todas las pequeñas transacciones que se efectuaban.

Al año siguiente, mi padre decidió cambiarme de escuela y me inscribió en el Colegio de San Juan Nepomuceno, regido por jesuitas y en aquel entonces de gran fama en todo el país. Allí concurrían muchachos de familias adineradas de todos los estados y aun de la capital de la República. Entré en calidad de medio interno. La hora de ingreso eran las ocho de la mañana, en que empezaban las clases, que se prolongaban hasta las 11. De 11 a 12, recreo; de 12 a una, almuerzo; de una a dos, estudio, y de dos a cinco se reanudaban las clases.

En este colegio se seguían cursos de instrucción primaria y secundaria. Permanecí en él cinco años y conservo frescos los recuerdos de mis primeros maestros, de mis primeras riñas, de mis antiguos compañeros y de mi primera rebeldía. Conservo en mi memoria al maestro Arbeleri, un italiano bueno pero que empleaba procedimientos de enseñanza que ahora se estiman anticuados. Eran frecuentes los puntapiés, las cachetadas, los tirones de orejas y de cabello, los coscorrones y los arrodillamientos por un tiempo más o menos largo. Este viejo maestro no usaba la clásica palmeta porque le bastaban y hasta le sobraban sus manos y sus pies. Todos sufrimos castigos corporales, pero yo no le guardo ningún resentimiento por los que a mí me infligió. Era empeñoso y sobre todo justiciero. Para él no había ricos ni pobres. Para él no había distinciones, todos éramos iguales y, a pesar de sus bruscos castigos, nos quería a todos y todos le estimábamos y le respetábamos.

Recuerdo bien mi primera comunión, recibida el 21 de junio de 1887, cuando apenas tenía ocho años de edad. Mi padre siempre

ha sido librepensador; mi madre es católica, pero nunca ha sido fanática. Concurría puntualmente a misa los domingos a las cinco de la mañana, pero yo nunca la vi ni confesarse ni comulgar. Con este ejemplo, siempre tuve desde mi niñez cierta repulsión por las prácticas religiosas. Me fastidiaban sobremanera las misas a que tenía que concurrir diariamente en la capilla del colegio antes de que empezaran las clases, y dedicaba todo el tiempo que duraba el servicio religioso a la lectura de las fábulas ingenuas y milagrosas contenidas en el libro de que íbamos provistos y, a veces, a la preparación de mis lecciones. Hice mi primera comunión en la fecha citada, después de la preparación que se acostumbra para estos casos, y sólo quedan grabados en mi memoria de una manera grata e imborrable los besos de mi madre y el chocolate y los panecillos preparados por ella misma para solemnizar este acontecimiento.

Tengo presente a la mayor parte de mis condiscípulos, aunque a muchos los he perdido de vista desde hace tiempo. Mis mejores amigos y compañeros de clase fueron Lorenzo Villarreal, Rodolfo Garza y Rodolfo Montes. El alumno que más descollaba en el Colegio de San Juan por su talento y por su sabiduría era Emeterio de la Garza, pero yo nunca lo traté pues pertenecía a las clases superiores de los cursos de instrucción secundaria.

La comida, como la de todos los internados, era mala y poco limpia. Los almuerzos transcurrían acompañados del ronroneo de un lector que repasaba con voz monótona vida y milagros de santos, alternándolos con las obras de Julio Verne.

El juego preferido en las horas de recreo era el de la pelota. La hora dedicada al estudio resultaba sumamente tediosa. En un enorme salón había pupitres alineados y bancos de madera, y en una de las cabeceras, en una especie de alta tribuna a la que daban acceso seis o siete escalones, se instalaba el encargado de vigilar el orden en el estudio. Era este un jesuita de tez muy morena, español, de gran estatura, de anchas espaldas y de enormes manazas que en su

juventud deben haber empuñado la pala y el zapapico. Era generalmente antipático por su falta absoluta de educación y por sus modales altaneros y bruscos. Obsequiosísimo y hasta rastrero para los alumnos ricos, se mostraba gruñón e insoportable para los pobres.

Los alumnos procurábamos molestarlo por cuantos medios estaban a nuestro alcance. Lo meneábamos a menudo con el "sofoque", como se dice en la jerga de mi tierra, que consistía en golpear el pavimento con los pies, en sisear o en levantar un murmullo general. Ante estas manifestaciones, el garrido jesuita Gallo —este era su pintoresco nombre— se ponía hecho un energúmeno; se levantaba de su prominente sitial, se agitaba febrilmente, se revolvía con ansiedad y vociferaba como un poseído, dando puñetazos sobre la mesa.

En una de tantas ocasiones —era el año de 1892 y yo tenía a la sazón 13 años—, se dejó oír en el salón de estudios un estruendo semejante al que podría producir un regimiento en masa marchando a paso gimnástico sobre un pavimento de madera. Era una de las frecuentes manifestaciones estudiantiles para molestar al antipático Gallo. Yo no tomé parte en ella ni me di cuenta de su origen, porque me encontraba entretenido en la contemplación de los mapas multicolores de una *Geografía elemental* que nos servía de texto. Fue reprimido el alboroto por Gallo y la hora de estudio terminó sin que ocurriera otro incidente, formándose los alumnos para desfilar a sus respectivas clases. Pero en esos momentos, el terrible Gallo me llamó por mi nombre y me indicó que no saliese del estudio. Luego que nos quedamos solos, me cogió por el cuello con sus dos manos que semejaban tenazas y colocó mi cabeza entre sus rodillas. En esa situación, golpeó con sus manos en mis asentaderas hasta que le dio la gana. Como un relámpago se sublevó todo mi ser por la injusticia. ¿Por qué había sido escogido como chivo expiatorio? Cuando quedé libre, me bamboleé atarantado por la cólera y por el dolor. Lloraba de ira y, apenas repuesto un poco, lancé a la faz

de Gallo las injurias y las malas palabras de mayor vigor que había aprendido hasta entonces. Cuando este trató de asirme de nuevo, emprendí veloz carrera, salí del recinto del colegio y no paré hasta mi casa, en donde, lleno de indignación, referí a mi madre la injusticia que se había cometido conmigo y le manifesté mi resolución firme de no volver a poner mis pies en el Colegio de San Juan.

Mi madre, que fue siempre muy recta, me interrogó con severidad. Quiso conocer detalladamente el caso, insistiendo en saber cuál había sido mi participación en el escándalo estudiantil; si otros estudiantes estaban inmiscuidos y si habían recibido un castigo semejante al que se me había inferido a mí u otro análogo. Cuando le aseguré reiteradamente mi inocencia y sobre todo cuando se convenció que yo había sido el único castigado en la forma brutal que dejo relatada, mi madre, con gran firmeza, me dijo: "No volverás al Colegio de San Juan". Yo la bendije y desde ese día la quise y respeté más.

Y, en efecto, no volví más al colegio de jesuitas en donde siempre se distribuyeron premios y castigos con notoria parcialidad. A los hijos de los ricos, todos los halagos y todas las recompensas; a los hijos de los pobres, todos los castigos. Fue un mal plantel de educación, aunque algunos de los profesores eran idóneos y bondadosos.

Capítulo II

La Escuela Número 1.— La antigua Plaza de Toros.
El tlachique y las bailadoras.— Garza Galán, mezcla de Nemrod y de fauno.
Mis aficiones a la política.— Los neutrales.
La preponderancia de Monterrey sobre Saltillo.
La actividad de Reyes.— Las mutilaciones de Coahuila.
Un jefe político rapaz que se tornó gobernador ejemplar.
Carranza comienza a delinearse.

Mis padres buscaron otro establecimiento de instrucción, no sólo para mí, sino también para mis otros dos hermanos que ya concurrían a las clases del Colegio de San Juan. Nos matricularon en la Escuela Oficial Número 1, que estaba instalada en un local de la calle Iturbide, frente a la Plaza de Toros, que después fue derruida para construir en ese mismo lugar el Mercado Juárez. Era la arena taurina un amplio local construido con macizos muros de adobe. Su aspecto y distribución interiores eran los mismos de todas las plazas pueblerinas. Por el exterior tenía forma circular y, en la planta baja, exceptuando los lugares destinados a dar acceso a los diferentes departamentos de la plaza, el perímetro estaba ocupado por accesorias que albergaban pequeños establecimientos mercantiles, todos muy humildes y de ínfima categoría: talabarterías, rebocerías, zapaterías y pulquerías.

A la salida de las clases, nos reuníamos todos los alumnos frente a una pulquería, en donde se expendía el tlachique que se produce en Saltillo y que debe de haber sido introducido por los primeros colonos tlaxcaltecas que fueron llevados allí por don Francisco de Urdiñola en 1591, por mandato de don Luis de Velasco, el segundo.

En ese ínfimo templo de Baco había siempre una mala murga compuesta por dos o tres músicos aborígenes y una provisión de bailadoras vestidas con enaguas de percal de colores chillones y rebozos terciados, que en los rápidos giros del jarabe dejaban ver sendas pantorrillas cubiertas con medias rojas, azules o verdes. Estas bailadoras eran importadas probablemente del Bajío, y como sus danzas las efectuaban en el espacio comprendido entre el mostrador y el amplio portalón, que permanecía abierto de par en par, los muchachos formábamos corro y contemplábamos ávidamente aquellas danzas típicas que nos deleitaban por el descoco de las bailarinas, insólito para nosotros, educados en las rígidas y austeras costumbres norteñas.

Permanecimos menos de un mes en la Escuela Oficial Número 1. Aquello no era plantel de enseñanza; allí reinaba el desorden más absoluto; era la representación auténtica y quintaesenciada del desbarajuste más grande. Allí no se enseñaba nada. Mozalbetes ignaros eran los profesores. Su único mérito para alcanzar este, que debiera ser honroso título, era, a no dudarlo, la bajeza, la indignidad o cualquier servilismo vergonzante de los que abundaban en la época funesta en que, por varios años y para vergüenza de los coahuilenses, gobernó mi estado natal un corrompido y concupiscente individuo que se llamaba José María Garza Galán. Tipo este de recia complexión, de color moreno y de luengas barbas negras. Yo lo conocí perfectamente, pues tenía su residencia cerca de la morada de mis padres. Lo veía con frecuencia, fumando constantemente cigarrillos de hoja. Se decía que se había distinguido en la campaña que las autoridades de Coahuila habían emprendido años atrás contra los comanches y apaches que asolaban el estado en sus correrías; que había nacido en Múzquiz; que era gran cazador, casi un Nemrod; que en recompensa a sus servicios lo habían hecho coronel de golpe y porrazo, pero que no figuraba en el escalafón del ejército y que, después, en el año de 1886, en una de tantas combinaciones para

burlar el voto público, y protegido por el ministro Romero Rubio, había sido nombrado gobernador de la ínsula fronteriza.

Yo era un muchacho de 13 años y aunque mi padre, respetando su calidad de extranjero, no se mezclaba absolutamente para nada en asuntos políticos, confieso paladinamente que desde esa temprana edad tomé siempre gran interés por la cosa pública. No sabía en aquel entonces quién era Solón y mucho menos podía conocer las ideas de este sabio legislador, que dictó castigos tremendos para los nacionales a quienes no interesaba el bien de la república y en los conflictos públicos simulaban permanecer indiferentes sin afiliarse a ningún partido, para, una vez terminada la lucha y desaparecido todo riesgo, acogerse cínicamente a las banderas del vencedor. Pero sin tener en cuenta a Solón, por la sencillísima razón de que ignoraba su existencia, desde niño execré a Garza Galán, a quien odiaban todos los coahuilenses honrados. Sin discernirlas, aceptaba todas las opiniones adversas que sobre ese gobernante llegaban a mis oídos. Han pasado los años y, por tanto, las pasiones; han transcurrido dos luengas décadas y ahora que miro hacia atrás tengo la convicción de que todos los cargos que se hacían a Garza Galán eran completamente fundados.

Durante los siete años de la gestión de este cacique funesto, la administración pública fue un caos, los fondos públicos eran dilapidados en orgías y cacerías. A estas últimas concurría un gran número de empleados y favoritos del gobernador, y en sus andanzas cinegéticas, llevadas a cabo con pompa casi regia, abundaban las viandas y corrían ricos caldos costeados por los sufridos contribuyentes. Pero no era esto lo peor, pues además de sus gustos por la caza de osos, pumas, liebres y conejos, de su ignorancia crasa, de su falta absoluta de dotes de gobierno, además de su debilidad extremada para favoritos ineptos, este sátrapa era un verdadero fauno silvestre y barbado. En Saltillo se señalaban varias víctimas de sus ardores. Bastaba que pusiera su vista en una muchacha para que

una cáfila de proxenetas a su servicio, aunque pagados por los coahuilenses, volaran a raptarse al objeto de los ensueños de este émulo de Nemrod.

En el periodo de su administración, que fue época de abyección y de decadencia, la instrucción pública estaba desatendida en lo absoluto; las obras edilicias abandonadas, y, por su falta de tacto, muchas industrias y talleres que debieron haberse establecido en Saltillo se instalaron a la postre en Monterrey, en donde encontraron magnífica acogida y gran estímulo de parte de un gobernante progresista y activo, el general Bernardo Reyes, a quien la ciudad de Monterrey debe el gran auge adquirido y su transformación, de ciudad muerta y pobre, en gran centro industrial lleno de vida y de actividad. Todo ello a expensas de su vecina, la ciudad de Saltillo.

Debo decir en abono de Garza Galán que, ya sea por iniciativa propia o empujado por Romero Rubio, Pineda y otros de los que después formaron el núcleo del Partido Científico, se opuso siempre con toda energía a la intromisión de Reyes en los asuntos de Coahuila. Desde entonces, los científicos veían con malos ojos la preponderancia y el crédito que Reyes iba adquiriendo en los estados del norte y en toda la República. Esto ocasionó más adelante la caída de Garza Galán, pues Reyes, con su impetuosidad y gran ambición, anhelaba empuñar el cetro de Vidaurri y dominar los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, y era natural que procurara remover todos los obstáculos que, para estorbar sus designios, le amontonaba Garza Galán. Don Bernardo, con su actividad característica, logró arrancar convenios al inepto Garza Galán, por los cuales el estado de Coahuila cedió a Nuevo León, en el año de 1892, grandes extensiones de su territorio al noreste y al este. Por esos acuerdos, el estado de Nuevo León se convirtió en fronterizo, llevando sus límites por el norte hasta el Río Bravo y cediendo en cambio a Coahuila, según el tratado, acuerdo, convenio o como se

llame, porciones imaginarias y tan intangibles como la fuente de la eterna juventud o la Gran Quivira.

Garza Galán no era un gobernante rapaz. Nunca trató de enriquecerse y a su muerte no dejó grandes bienes de fortuna. Estos consistían en una regular extensión de terrenos en las cercanías de Múzquiz, que en aquella época no representaban una gran riqueza. También era propietario de una casa en la calle de Victoria, en la ciudad de Saltillo, construida casi en su totalidad por albañiles, pintores, herreros y carpinteros recluidos en la Penitenciaría del Estado, que salían a trabajar con escolta, y por peones apresados por faltas de policía auténticas o imaginarias, que eran sentenciados por el entonces jefe político de Saltillo, licenciado Jesús de Valle, uno de los hombres de más valía en el garzagalanismo, a 8, 10 o 15 días de trabajos en las obras públicas y… las únicas obras públicas que entonces se llevaron a cabo en la capital de Coahuila fueron la casa del señor gobernador y la del señor De Valle.

La casa de Garza Galán fue vendida posteriormente al gobierno federal y en ella están instaladas, desde hace algún tiempo, las oficinas de los Telégrafos Federales y de la Jefatura de Hacienda. La de De Valle está ubicada también en la calle de Victoria, casi enfrente de la casa de mis padres. Por este motivo tuve oportunidad de presenciar por mucho tiempo y con mis propios ojos el trabajo de los presos escoltados en las dos casas referidas y el paso de los detenidos, entre filas de guardias armados, por las principales calles de la ciudad al ocurrir al lugar… de las obras públicas y al ser conducidos a sus respectivas prisiones.

El licenciado De Valle, hombre de costumbres morigeradas, que no compartía las francachelas del señor gobernador y que, en honor de la verdad, no se mezcló en ninguno de los muchos raptos ejecutados por los acólitos de Garza Galán, se alejó de la vida pública al dejar el gobierno su jefe, en 1893, y es fama que quedó inmensamente rico. Era el más formidable prestamista de Saltillo y se asegura

que sólo hacía operaciones con pacto de retroventa y que, en ningún caso y por ningún motivo, el interés señalado era inferior al tres por ciento mensual.

De Valle vivió completamente alejado de la política desde 1893 a 1910. Tampoco litigó ante los tribunales, sino cuando se trató de cobros o ejecuciones por cuenta propia contra deudores morosos. Durante todo ese tiempo atendió celosamente su productivo negocio de agiotista, y no fue sino hasta la eliminación de don Venustiano Carranza como candidato de imposición al Gobierno de Coahuila, sostenido por el centro y por el entonces gobernador Miguel Cárdenas, cuando don Jesús de Valle resucitó a la vida pública. La caída del general Reyes y su envío a Europa al desempeño de una comisión militar trajo como consecuencia la caída de Cárdenas, quien fue obligado por el jefe de las armas de Saltillo, general Manuel M. Blázquez, a abandonar el Poder Ejecutivo de Coahuila. Estas dos muertes, o si se quiere desmayos políticos, impidieron la "elección" de don Venustiano Carranza, antiguo senador inamovible del porfirismo, veterano reservista, admirador acendrado de Reyes y amigo íntimo y compadre de Miguel Cárdenas.

Los científicos, aliados de don Ramón Corral, se aprovecharon de la desgracia de Reyes y barrieron con todo lo que pudiera oler a reyismo en las provincias. Carranza nunca había sido popular en Coahuila, quizás por su pequeño relieve en el Senado, en donde fue siempre un representante anodino y mudo y, seguramente, por sus íntimas ligas con Cárdenas, quien gobernaba Coahuila desde hacía 16 años y era, por consiguiente, poco estimado. Don Venustiano resultó eliminado de la contienda electoral por la voluntad del viejo dictador, la de Corral y la del sagaz Pineda, quien había heredado de su antiguo jefe Romero Rubio su afección por Garza Galán y sus criaturas.

Pineda señaló a De Valle, uno de los principales lugartenientes de Garza Galán, para el Gobierno de Coahuila, y el antiguo jefe polí-

tico gobernó a mi estado natal por varios meses, hasta el triunfo de la Revolución Maderista. En mayo de 1911 entró victorioso a Saltillo don Venustiano Carranza, en medio de aplausos y vítores que escuchó impasible en su desfile triunfal, puesto de pie en una carretela descubierta que atravesó las calles de la ciudad. Robusto y erguido, de luenga barba entrecana, iba tocado con un bombín y con un enorme sable de caballería de modelo alemán, en la posición de sable al hombro. Los que lo vieron me aseguraron que por su actitud majestuosa parecía el dios de la guerra, pero no precisaron si se referían al de la mitología griega o al de los ritos aztecas.

Rindiendo tributo a la verdad y a la justicia, debo consignar aquí, por si ello puede servir de estímulo y de ejemplo, que la administración del licenciado De Valle, en los pocos meses que duró al frente del gobierno, fue verdaderamente honrada, austera y llena de tino, y que todos los coahuilenses, sin distinción de credos políticos, aplauden su gestión benéfica y la consideran como de las mejores que ha tenido el estado. Atendió eficazmente todos los servicios, reorganizó la administración pública, fomentó la educación que Cárdenas había colocado ya muy alta, fue respetuoso de la ley y cuidó con energía singular el honesto manejo de los dineros, dejando el erario del Estado en condiciones florecientes y a su sucesor en el gobierno un fondo respetable en las arcas provinciales. Algunos han comparado la administración de De Valle con la del austero e incorruptible caballero don Teodoro de Croix, cuando este ilustrado flamenco fue comandante general de las Provincias Internas de la Nueva España.

El licenciado De Valle, varón fuerte, sólo cometió una pequeña debilidad que puede considerarse como pecado venial. Sin que existiese en Saltillo escuela de Jurisprudencia, se nombró un jurado especial para que sustentase examen profesional de abogado, a título de suficiencia, el joven Artemio de Valle, hijo de don Jesús, estudiante destripado. Naturalmente…, el joven De Valle fue aprobado

por unanimidad de votos y en Saltillo le llaman "el licenciado por decreto".

Sin querer, he adelantado acontecimientos y será forzoso retroceder. Ya asenté que la Escuela Oficial Número 1 no podía ser más mala ni estar más desatendida. El local, un enorme galerón en forma de escuadra, sin luz ni ventilación, con paredes sucias y pavimento en mal estado, tenía por único mobiliario bancas desvencijadas de madera y pizarrones diminutos montados sobre bamboleantes caballetes. Los profesores eran ignorantísimos, a pesar de estar adscritos a la escuela oficial que se consideraba como la más importante en la capital de Coahuila y, por consiguiente, en el estado, y a pesar también de que el gobierno de Garza Galán había dictado, con la ayuda de una legislatura complaciente, un impuesto especial dedicado al fomento de la educación. Pero esos fondos se destinaban seguramente a cacerías y… a otras cosas, pues el hecho escueto es que la educación pública en Coahuila, en la época de Garza Galán, estaba en un nivel muy inferior.

Hice presente a mi padre y a mi madre la inutilidad de continuar concurriendo a esa escuela pública en donde nada se enseñaba, y mi buen padre, después de buscar detenidamente la más apropiada, nos inscribió en el Instituto Pestalozzi, recién fundado por un maestro monclovita, don Francisco Bueno, quien, aunque no era maestro titulado, había servido muchos años en el magisterio. Era esta una escuela particular que cobraba cuotas elevadas, pero mi padre no reparó en el sacrificio que el pago de la colegiatura implicaba para sus exiguas ganancias y el gasto extra que representaba la adquisición de un vestuario un poco más presentable para nosotros, que deberíamos alternar con hijos de individuos más o menos adinerados.

La escuela era aceptablemente buena, pues aun cuando no se empleaban procedimientos modernos de enseñanza, el propio director atendía los cursos superiores y era asiduo y empeñoso en el

cumplimiento de sus obligaciones. Sin embargo, adolecía de un gran defecto: era servil en extremo con los poderosos y los adinerados, y déspota y altanero con los humildes.

Yo asistía a las clases de quinto año y en el mismo gran salón estaban reunidos los alumnos de tercero, cuarto y quinto. Era alumno de tercer año Juan Garza Galán, hijo del gobernador, que tenía poco más o menos la edad mía. Era un muchacho mimado, orgulloso y pendenciero a quien el director, sin duda por su parentesco, guardaba grandes miramientos. Después de una permanencia de unos seis meses en la escuela, me ocurrió un incidente que puedo llamar mi segunda rebeldía.

El director solía abandonar sus clases con frecuencia y por corto tiempo. En una de tantas dejó como encargado de la conservación del orden a Juan Garza Galán. La distinción pareció inusitada, pues generalmente se designaban para el desempeño de esta función, que requería un tacto especial, a alumnos de quinto año, que se conformaban con exhortar a sus compañeros a la guarda de una relativa compostura, ya que no tenían derecho para imponer castigos y era considerado degradante delatar a los camaradas al regreso del director. Pero Garza Galán no lo entendía así. Ensoberbecido por la comisión que se le confió y orgulloso como era, por ser hijo del cacique, apenas se quedó solo, comenzó a repartir castigos a diestra y a siniestra y sin ton ni son. Jesús Fuentes Dávila debería ponerse de pie; Carlos Rosales debería abandonar el salón; Julio Rodríguez, un muchacho adinerado, que tenía gran facilidad para hacer versos, debería quedarse en la escuela una vez terminadas las clases. Al cabo de 10 minutos había una docena de muchachos arrodillados, y en su ansia de humillar a todo mundo y hacer valer una superioridad de que carecía, Garza Galán, con voz tonante, gritó:

—Alessio, arrodillarse en medio del salón, por estar hablando en voz alta.

—Yo no me arrodillo —contesté secamente.

—Tú te arrodillas, porque yo mando aquí —replicó alterado, avanzando hacia mí y blandiendo los puños.

—Tú no me mandas —contesté yo—. En ese momento se produjo el choque. Hubo bofetadas y hubo lucha.

Recuerdo que los golpes se repartieron con equidad, pues si él manaba sangre por las narices, yo la arrojaba por la boca, y si él tenía el ojo izquierdo de color violáceo, yo tenía el derecho perfectamente morado. En lo más duro de la pelea, que contemplaban con gusto los compañeros, llegó don Francisco Bueno, separó a los combatientes y sin procurar enterarse de nada, me increpó con dureza, haciéndome único responsable del desorden. Yo, sin querer oír más a aquel profesor servil, tomé mi sombrero y rápidamente me lancé a la calle.

Ya en mi casa, referí a mi padre y a mi madre todo lo acontecido, sin omitir un solo detalle. Mi padre me contestó que investigaría el caso y resolvería lo conducente. Cuando llegaron mis hermanos, los interrogó sobre el particular, ratificando en todos sus puntos mis declaraciones. A los pocos momentos fui llamado por mis padres, quienes se encontraban en la amplia y destartalada sala de la casa con el propio director, quien había ido a quejarse con ellos de mi mala conducta y de las faltas graves que yo había cometido.

Al llegar a presencia de mis padres y de mi maestro, este me dirigió una relampagueante mirada preñada de dureza que en lugar de hacerme vacilar me dio más ánimo y aumentó mi indignación y mi desprecio para aquel hombre. Esta mirada fue advertida por mi madre e, inmediatamente, con voz serena y firme, me ordenó que relatara lo que había acontecido. Así lo hice en los términos que he referido antes. Apenas hube terminado, mi madre, con energía, preguntó al señor Bueno:

—¿Por qué no atendía usted a sus obligaciones, permaneciendo en su clase?

El maestro Bueno se convirtió de acusador en acusado. Tartamudeó unas explicaciones, diciendo que asuntos muy urgentes lo habían obligado a ausentarse de su puesto.

—Si así fue —replicó enérgicamente mi madre—, ¿por qué escogió usted a Garza Galán, muchacho de cursos inferiores, para cuidar el orden? ¿Trataba usted con ello de congraciarse con el gobernador?

—No, señora —contestó con sequedad el director—. Yo escojo indistintamente a los alumnos para que se encarguen de esa misión momentánea.

—¿Cree usted que Garza Galán tiene derecho a imponer castigos a los alumnos? ¿Usted lo autorizó para ello?

—No tiene ningún derecho y yo no lo autoricé, ni podría haberlo autorizado para ello —contestó confundido el maestro.

—Eso me basta —repuso mi madre con firmeza—. Usted ha faltado a sus deberes abandonando sus clases. Usted las ha dejado al cuidado de un cualquiera. Usted ha dejado sin castigo los abusos de este. Yo apruebo en todo la conducta de mi hijo al no dejarse humillar por alguien, aun cuando este sea el hijo del gobernador, y al no permitir que usted lo castigue injustamente sólo por complacer a los poderosos. Mis hijos, desde hoy, ya no asistirán a la escuela de usted.

El señor Bueno, agobiado, trataba de dar explicaciones, señalando los graves perjuicios que le sobrevendrían si se ponía mal con el señor gobernador, que era omnipotente, pero mi padre y mi madre permanecieron inflexibles. Sus hijos no irían a establecimientos donde los profesores carecían de civismo.

Yo, de pie, con uno de mis ojos amoratado, presenciaba orgulloso aquella escena y la recuerdo amorosamente, pues constituyó una lección imborrable para mí. Ella me enseñó un derrotero. Desde entonces me he puesto siempre del lado de los pobres y de los humildes y he procurado alejarme de los poderosos, despreciándolos y combatiéndolos cuando cometen injusticias.

Esta orientación me ha producido muchas dificultades y me ha orillado a grandes peligros, pero hasta ahora he tenido la fortuna de sortearlos y me queda la satisfacción íntima del deber cumplido.

Mi padre buscaba otro colegio para mí. Yo le hice ver la conveniencia de tomar unas clases particulares de Matemáticas, mientras se abrían —en enero de 1893— los cursos del Ateneo Fuente, escuela preparatoria de renombre en el estado, en donde, además, se seguían en aquel entonces cursos de Medicina, de Leyes y de Farmacia.

Mi profesor fue don Alfonso Rodríguez, maestro muy joven y distinguido, de gigantesca estatura y miope en extremo. Sus lecciones me sirvieron de mucho y me prepararon para ingresar en el Ateneo Fuente, en donde me inscribí para cursar Aritmética y Álgebra, Lengua Española, primer curso de Francés, Dibujo y Solfeo.

Capítulo III

Mesillas.— El sitio de Saltillo.— Mi tío Fernando.— La bizarría de Quiroga.
Las incursiones de comanches y apaches.— La hacienda de Anhelo.— Las Mesillas.
La Popa.— Los rubios y el mezcal. El Señor de la Misericordia.
Los trofeos guerreros y cinegéticos.— El fusil de muralla.
El cura Hidalgo, Santa Anna y Juárez.
Los contrafuertes de la mesa central.— Los Muchachos.
Las tierras pardas y los hombres austeros.— La Angostura.
Las historias de nuestras historias.— Pecado colectivo.
Los chivos expiatorios.— Mi bagaje libresco.

Hasta a fines de 1892 casi no había salido de Saltillo. Salvo cortos viajes que había hecho durante mis vacaciones en las cercanías de la capital de Coahuila, puede decirse que todos mis conocimientos geográficos prácticos se reducían al estudio y a la observación sobre el terreno de los accidentes orográficos e hidrográficos de la comunidad fundada por Urdiñola, "el viejo" o "el nuevo", pues en esto no andan muy de acuerdo historiadores y geógrafos.

Hasta el año indicado apenas si había hecho dos viajes a la hacienda de Mesillas, a unos 45 kilómetros al norte de Saltillo; un viaje a la hacienda de Los Muchachos, a unos 40 kilómetros al sudoeste de la misma capital, y un viaje por ferrocarril a la capital de Nuevo León.

Recuerdo, como si fueran hoy, mis viajes a Mesillas, en donde radicaban tres tíos míos, hermanos de mi madre, dedicados a la agricultura. Rememoro perfectamente la enorme plaza en torno de la cual se alineaban las casas formando un vasto rectángulo. Viene a mi mente la casa de mi tío Fernando, viudo, con un hijo y dos hijas,

verdadero sibarita y hombre audaz e inteligente que había pasado una vida azarosa, llena de peligros y erizada de obstáculos. Había tomado participación en muchas campañas contra los comanches y los apaches; había recorrido triunfante gran parte del territorio coahuilense llevando en la punta de su lanza, como trofeo, más de una cabellera india; había militado como comandante a las órdenes del general don Gerónimo Treviño en el sitio de Querétaro, no exigiendo ninguna recompensa al terminar la campaña contra la Intervención Francesa y el imperio del débil archiduque austriaco, pues se retiró a labrar la tierra, lo que no fue obstáculo para que estuviese siempre dispuesto para perseguir indios que asolaban los valles y los cañones norteños y aun para tomar parte en las guerras civiles, que son el triste patrimonio y el azote de nuestra Patria.

En 1871 militó de nuevo a las órdenes de don Gerónimo Treviño, levantado en armas contra su antiguo jefe, don Benito Juárez. Treviño secundaba uno de tantos planes revolucionarios que invocaban desde entonces la supresión de la reelección presidencial. El hecho es que mi tío Fernando se encontró entre las fuerzas que sitiaron Saltillo en la época mencionada. Por lo poco que viene a mi memoria, pues no he topado con ningún relato circunstanciado de aquel hecho de armas, consigno aquí lo que me refirieron mi tío Fernando y mi madre, que se encontraba dentro del perímetro de la ciudad. El asedio duró aproximadamente tres semanas. Los sitiados eran juaristas y estaban comandados por el general don Victoriano Cepeda, gobernador de Coahuila, por el general Florentino Carrillo y por el coronel Sánchez Rivera. Hubo bombardeo de la ciudad, que se sostuvo enérgicamente por varios días, pues las fuerzas defensoras lograron rechazar los reiterados ataques de Treviño y del general Pedro Martínez enderezados contra el Fortín de los Americanos, que se consideraba la llave de la ciudad por estar situado en posición muy dominante al sur de Saltillo e inmediato al manantial que abastece de agua a la población.

Mi tío, que a pesar de sus 60 años se mantenía erguido y vigoroso y montaba a caballo como un centauro, gustaba mucho, como todos los viejos soldados, de contar hazañas, aventuras y luchas. Animándose su faz morena, en la que lucían unos ojos grandes y vivos y una cabellera, bigote y barba entrecanos, me refería que en 20 días Treviño había perdido mucha gente; que Pedro Martínez, con su valor reconocido y su habitual audacia, había fracasado; que Cepeda y sus subordinados se mantenían firmes rechazando heroicamente todas las furiosas embestidas de los asaltantes. Agregaba que cuando todos se sentían desilusionados y desesperaban de alcanzar el triunfo, y hasta se llegó a hablar de levantar el sitio, llegó inesperadamente el general Julián Quiroga, nuevoleonés, antiguo subordinado de Vidaurri, y cuando este se dio cuenta del desaliento que se propagaba desde lo más alto hasta lo más bajo, pidió se aplazase la resolución, ya casi tomada, de levantar el sitio, y solicitó se le proporcionasen 100 dragones para efectuar un reconocimiento y ofrecía dar, para antes de la puesta del sol, un dictamen u opinión sobre lo que de hacerse habría, en vista de las circunstancias.

Aquel hermano de mi madre, en las largas cenas en las que en lugar de pan común se sirven sabrosas y alimenticias tortillas de harina, que tanto agradan a los campesinos coahuilenses, refería entusiasmado cómo Quiroga, después de que su pequeña tropa tomó el frugal rancho de mediodía, se lanzó intrépido a la cabeza de su hueste siguiendo la línea de circunvalación establecida por los sitiadores, y en cada uno de los puntos que se consideraban como bases de la defensa, ya por su fuerza o por su posición topográfica, hacía la finta de un ataque a fondo, como si quisiese pulsar la fuerza de todos los lugares defendidos. Así se le vio atacar el Calvario, el Fortín de los Americanos, las posiciones llamadas de la "Marqueta", en donde actualmente se encuentra el Instituto Madero, y otras más. Con sus rápidos y repetidos ataques hizo que durante toda la

tarde se generalizara el fuego, oyéndose por doquier el crepitar de la fusilería con el ronco acompañamiento de la voz de los cañones.

A las seis en punto regresó Quiroga con su pequeña tropa, mermada por las bajas resentidas durante el reconocimiento. Cubierto de polvo y ennegrecido por el humo de la pólvora, apenas se podían apreciar los rasgos casi perfectos de su cara de criollo, como los de la mayor parte de los habitantes del que antiguamente fuera el Nuevo Reino de León y gobernara el judaizante Luis de Carvajal y de la Cueva. En ella no aparecía un solo rasgo que indicara que sus ancestros habían mezclado su sangre con los indígenas y todas sus facciones denotaban orgullo, contento y fiereza.

Al llegar frente al general Treviño, se cuadró militarmente y dijo:

—Mi general, para antes de la cinco de la mañana el Saltillo estará en nuestro poder.

—¿Por dónde atacaremos? —interpeló el general en jefe.

—Por el Fortín.

Mi tío me refería que a las 10 de la noche del 4 de diciembre, Quiroga había tomado todas sus disposiciones. Que en esa fría noche, Quiroga, en persona, lanzó y dirigió un vigoroso ataque sobre el Calvario; que esta amenaza obligó a los sitiados a llevar a aquel punto la mayor parte de sus fuerzas y sus reservas; que a eso de las doce, el mismo Quiroga, dejando a sus tropas empeñadas en el ataque al Calvario, tomó el mando del grueso de los sitiadores y tras un vigoroso ataque de corta duración, se apoderó del Fortín a las dos de la madrugada del día 5 de diciembre de 1871.

Ese mismo día, el general Cepeda se retiró hacia Parras, abriéndose paso entre las líneas sitiadoras con una pequeña fuerza. La guarnición, que quedó al mando de Carrillo, ya sin esperanzas de resistir, capituló, entregando sus armas y pertrechos al vencedor de la plaza de la "Marqueta", que era entonces un lugar descubierto destinado a mercado al aire libre. De allí su nombre, que es

una corrupción de la palabra inglesa *market*, que se usa en muchas poblaciones fronterizas.

Mi tío Fernando referíame miles de episodios de su vida. Montaba en un hermoso caballo alazán y me hacía acompañarlo en un caballo colorado. En las largas cabalgatas, me contaba la frecuencia de las incursiones de los comanches y apaches y de cómo los indios salvajes habían saqueado la hacienda de Mesillas, punto obligado de paso en sus correrías, que desde el norte llegaban hasta Zacatecas. La hacienda estaba situada en el camino entre Saltillo y Monclova, que en tiempos anteriores era el único que conducía a San Antonio de Béjar. En esas caminatas conocí la hacienda de Anhelo, propiedad en aquella época de doña Petra Charles, viuda del licenciado don Manuel López, asesinado por cuestiones políticas en el camino entre Mesillas y Saltillo, a cuya vera existía un sencillo mausoleo, circundado por una verja de hierro, en el lugar preciso en que cayó en una emboscada. Conocí el manantial de agua termal. Supe que en ese lugar estuvo fray Juan Larios, el benemérito franciscano fundador de la provincia de Coahuila, la que en los primeros tiempos de la época virreinal comenzaba un poco al norte de Anhelo, en el arroyo que pasa por su vecindad, antes límite entre la Nueva Vizcaya y la Nueva Extremadura.

El referido tío quería que yo aprendiera todo y demostraba gran solicitud por enseñarme lo que sabía. Me enseñaba las mesillas que dan su nombre a la hacienda y que son levantamientos aislados y de forma troncónica muy regular. Estos cerros terminan en su parte superior en superficies enteramente planas y niveladas, de forma casi circular. En su perímetro están circuidas por grandes rocas o crestones, que desde la lejanía tienen la apariencia de una corona.

Desde Mesillas se distingue el cerro de la Popa, en territorio de Nuevo León, que se irgue vigorosamente entre una piña de montañas, estribaciones todas de la Sierra Madre Oriental, que prestan un aspecto salvaje e imponente a los panoramas de esa región. Ese

cerro tiene la forma de la popa de una embarcación. Supe que al pie de la montaña existía una población compuesta por individuos rubios, muchos de ellos albinos y pelirrojos, y que su principal industria era la elaboración de mezcal extraído de un agave que crece en esa zona, cuyo renombre era grandísimo en aquella época en los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Las casas de Mesillas, según se me explicó, formaban en conjunto un verdadero recinto fortificado. Todas rodeaban un enorme rectángulo, que en caso de ataque constituía una excelente plaza de armas, abierta únicamente en sus cuatro ángulos, que en caso ofrecido se cerraban con trincheras o cortaduras. Las paredes posteriores de las casas y los pretiles estaban aspillerados, sin excluir la modesta capilla en la que se veneraba una buena escultura del Señor de la Misericordia tallada en madera.

Yo admiraba las piezas que habitaba mi tío, situadas en uno de los ángulos del perímetro. Estaban tapizadas con pieles de oso, de bisonte, de puma y de venado. De los muros pendían armas de todas clases, sin faltar trajes completos de gamuza de apaches y comanches con arreos de plumas. Había gran profusión de arcos y de flechas provistas de férreos dardos, envenenados por los indios con un ungüento que fabricaban a base de polvo proveniente de una gran cantidad de hormigas, tostadas ligeramente en un comal, polvo que mezclaban con grasa o sebo, con el cual embebían las puntas aceradas de sus flechas o jaras.

En uno de los muros posteriores había una abertura que semejaba aspillera. Frente a ella, y descansando sobre un tripié, había un poderoso anteojo que servía para dominar una vasta extensión de terreno hacia el norte y el occidente. Por esos rumbos se encontraban las principales y más socorridas "entradas" de los indios. Del norte venía el tortuoso camino de Monclova, serpenteando por las faldas de la serranía conocida con el nombre de Espinazo de Ambrosio y contorneando la punta de Anhelo. Por el occidente se divisaba

la imponente serranía de la Paila, inexplorada, abrupta y misteriosa, con sus inextricables veredas a través de barrancas y barrizales.

En la azotea estaba instalado un cañón de bronce —así lo designaban en aquella época y así lo llamaba yo, aunque era en realidad un fusil de muralla—, con ánima sin rayado y de un calibre de 10 centímetros. Se le daba fuego por medio de un mecanismo provisto de piedra de chispa, que posteriormente se le cambió por un oído destinado a recibir un "cápsul" —así le llamaban a la cápsula— de fulminato de mercurio. El cañón, fusil o esmeril, pues este último nombre también se le daba comúnmente, estaba destinado a la defensa contra los indios. Ignoro cómo fue a dar a Mesillas. Después fue removido por innecesario y ahora figura en mi pequeña colección de antigüedades.

Por Mesillas pasó el cura Hidalgo en su marcha hacia Baján y cuando regresó prisionero, cargado de grillos, con dirección a Chihuahua. Mi tío conservaba con veneración una tosca silla con asiento de madera y alto respaldo burdamente entretejido de barrotes del mismo material. Se aseguraba que en esa silla había reposado el Padre de la Independencia Mexicana, y, obsequiada por mi padre y por mi madre en 1910, se exhibe desde entonces en las colecciones del Museo Nacional de la Ciudad de México.

Supe entonces que por Mesillas había pasado don Benito Juárez, en su peregrinación hasta el Paso del Norte, acompañado de don Sebastián Lerdo de Tejada, de don José María Iglesias y del general don Ignacio Mejía, y escoltado por una fuerza a las órdenes de un coronel italiano de nombre Guiccione; que por allí pasó también el ilustre comediante don Antonio López de Santa Anna a la cabeza de un numeroso ejército de soldados hambrientos, cuando iba a reducir a la obediencia a los levantiscos texanos, empresa que terminó en la ridícula escaramuza de San Jacinto. El rancho de mis tíos, que era término de jornada para vehículos y cabalgaduras que transitaban entre Saltillo y Monclova, era visitado por un gran número de

transeúntes, que allí encontraban franca hospitalidad; por apaches y comanches; por partidas de bandoleros de camino real o por colegas de estos últimos que, cobijados por la bandera de un plan revolucionario, imponían préstamos forzosos y se levantaban con cuanto encontraban a mano: caballos, monturas, reses y cereales.

Por Mesillas pasa el arroyo de Saltillo, de amplios paredones de deleznable arcilla rojiza y de ancho cauce cubierto de grandes cantos rodados. Manso e insignificante con su hililllo de agua durante la mayor parte del año, se torna arrollador y terrífico en las grandes crecientes. Es un torrente que arrastra en sus espumantes aguas de color ocre cuanto encuentra a su paso. Este arroyo, alimentado en su origen al sur de Saltillo por una infinidad de pequeños afluentes, fertiliza los huertos de la citada ciudad, que antaño pertenecieran a los tlaxcaltecas. Con una pendiente pronunciadísima pasa por Ramos Arizpe y Mesillas hasta unirse, al oriente de Paredón, con el arroyo de Patos y formar el río Salinas.

El camino de Saltillo a Mesillas, aunque sigue una dirección sensiblemente paralela al riachuelo mencionado, no lo bordea. Lo atraviesa infinidad de veces y ora subiendo empinadas cuestas, como la del Cabrito, ora descendiendo bruscamente, parece huir de esa corriente impetuosa, y sobre todo de sus orillas, precarias por acometidas tan vigorosas que dejan huellas imborrables en las erosiones bien marcadas, aunque cambiantes como la onda que producen sus furiosas crecientes. Estas son capaces de abrir nuevos cauces en terrenos enteramente planos y hasta un verdadero dédalo de cauces, como ha sucedido en los últimos años en el terreno que se extiende entre Paredón y Anhelo y como se observa en uno de los afluentes del mismo arroyo en el célebre campo de batalla de La Angostura, que constituye un verdadero muestrario de erosiones. Con la diferencia de que en La Angostura y Paredón las erosiones son rápidas y fulgurantes, mientras en otras partes han

requerido la labor paciente, lenta y continuada de muchos años y hasta de muchos siglos.

Las crecientes de este arroyo se utilizan para regar los terrenos de Mesillas, que son fértiles en extremo por los grandes volúmenes de aluvión que arrastran sus aguas.

El camino entre Saltillo y Mesillas acusa un pronunciado desnivel. A partir de la antigua hacienda de Santa María, vetusta y pintoresca con su arcaico molino movido por una rueda de paletas y una cristalina corriente de agua, la ruta se convierte en sinuosa y accidentada. Primero trepa la elevada cuesta del Cabrito, con fuertes pendientes, dominando cerros pelados en que se advierte el brillo del cuarzo; torna a descender para repetir las subidas y bajadas por las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, como si cada estrecho valle fuera un peldaño de la mesa, gigantesco, barrido en el extremo que lo liga con el escalón inferior con un nuevo obstáculo, casi de la misma importancia y altura que el que se acaba de vencer. El camino parece cortar transversalmente una serie de estrechas cañadas paralelas cuyos fondos van abatiendo más y más sus cotas.

La vista desde el punto más alto de la empinada cuesta del Cabrito es majestuosa, sobre todo en las primeras horas de la mañana o al caer de las tardes. Se admira, a esas horas en que se perfilan vigorosamente las montañas, la imponente masa del núcleo principal, que en la lejanía, hacia el este, corre sensiblemente paralela al camino. Hacia el sur se mira Saltillo, muy elevado, con un hermoso valle interpuesto entre las dos alturas, y desprendiéndose de la sierra principal se notan infinidad de contrafuertes que, a manera de macizos botareles, parecen apuntalar aquella masa enorme y atrevida. Y cada contrafuerte está sostenido por estribaciones secundarias y estas, a su vez, por formaciones diminutas y exquisitas. Las arroyadas son profundas y recortan vigorosamente los flancos de las montañas cuando la corriente de sus ondas, turbias y embravecidas, ruge con estruendo que hace palpitar los corazones

y sentirse sobrecogidos a los espíritus más valerosos ante las avasalladoras fuerzas de la naturaleza.

Viene al pensamiento que esos contrafuertes magníficos y admirables son dignos, apropiados e indispensables sostenes y apoyos de la maravillosa Mesa Central, enorme planicie que sostiene a su vez colosos imponentes que hunden sus viejas cabezas entre las nieves eternas.

Otras vacaciones las pasé en la hacienda llamada Los Muchachos. Allí residía un viejo labrador casado con una hermana de mi madre, quien trabajaba una pequeña porción de tierra en calidad de "mediero", condición fatal para el que trabajaba la tierra con sus manos, pues obligaba al que hacía contratos tales de aparcería a ceder la mitad de la cosecha al poltrón hacendado, que ni mejoraba sus predios ni ejecutaba obras de irrigación o de captación de aguas, y se contentaba con exprimir a los hombres que extraían los jugos de la tierra con el sudor de su frente.

En vetusto y tosco carruaje, de macizas ruedas y entoldada su carrocería con blanca lona, partimos por las empinadas calles de Saltillo que conducen al sur, hasta llegar a la mesa formada de tobas calizas que le dan un aspecto desolado. A la izquierda dejábamos la sierra de Zapalinamé y a la derecha remontábamos el curso de uno de los afluentes principales del arroyo de Saltillo, que, recortado y casi recto al principio, como conviene a los torrentes que surcan terrenos compactos, se convierte en un verdadero laberinto al norte de Buenavista, en el lugar llamado La Angostura, campo de batalla escogido por Taylor para obstruir el paso al general Santa Anna. El camino sube resueltamente uno de tantos escalones de la Mesa Central hasta llegar a La Angostura y a la ranchería inmediata, llamada La Encantada, en donde tuerce bruscamente al oeste para seguir una de las cañadas-peldaños.

A la derecha, montañas peladas. A la izquierda, montañas llenas de bosque, taladas después inicuamente por individuos, o locos o

criminales. La ranchería de Los Muchachos es un conjunto de casas destartaladas y miserables.

El regreso a Saltillo lo hice a caballo y esto me permitió contemplar más detenidamente los paisajes. En la amplia cañada que corre de occidente a oriente están situadas dos rancherías: Derramadero y San Juan de la Vaquería, pertenecientes a ricachos de Saltillo, que se contentan con exprimir el jugo a sus infelices "medieros" y a los pobres peones. Conjuntos tristes de casas de pardo adobe sin enjalbegar, levantándose sobre un terreno gris cubierto de monte bajo, escueto y desolado. Ni un solo árbol ofrece una sombra generosa en el amplio valle y sólo allá, a lo lejos, hacia el sur, como un oasis, se destaca un manchón verde. Es la hacienda de Agua Nueva. Esta nota alegre en medio de tanta desolación hace resaltar más y más el tono gris del fondo del valle de vegetación raquítica y cenicienta y el tono ocre de las montañas macizas y peladas que lo circundan. Estas tierras y estos paisajes pardos explican, como sus gemelas las de Aragón, el carácter fuerte, austero y tenaz de los hombres de Coahuila.

Estos parajes sin riego, que para fecundar las tierras necesitan esfuerzos ímprobos —buscar el agua en sus profundidades o encauzar temporales y terribles torrentes—, fueron los escogidos para habitar, poblar y colonizar por un grupo de iberos que tienen que haber sido fuertes, audaces y laboriosos. Ancha era la Nueva España y en ella abundaban tierras privilegiadas para todos los gustos y para todas las aficiones. Las tropicales, que permiten substraerse a la maldición bíblica de "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", brindando con su exuberancia alimentación abundante sin trabajo casi; las templadas de la Mesa Central, un clima ideal, tierras buenas y ricas y, en unas y otras, comunicaciones fáciles y seguras para el transporte de sus frutos, e indios mansos que no inquietaban a nadie y ofrecían su trabajo paciente y duro a los españoles, o como esclavos o como peones con retribuciones misérrimas.

Los adoradores del azar se dirigían a las minas, en pos de pingües ganancias que los convertían, de la noche a la mañana, de gañanes o muleros, en hombres ricos y hasta en nobles con títulos pomposos y acuartelados escudos llenos de gules, todo ello obtenido con la labor de indios demacrados a fuerza de someterlos a un régimen inicuo de trabajo de bestias de carga y de ayuno de anacoretas.

En la porción de lo que antes fuera Nueva Vizcaya, que recorríamos, como acontecía igualmente en la Nueva Extremadura, el clima es duro, los inviernos son rigurosos y en las partes altas nieva con frecuencia; el agua es escasa y hay que buscarla, encauzarla y almacenarla, y eso implica esfuerzo, energía y previsión; el régimen de lluvias es precario e irregular. Las vías de comunicación con el centro del virreinato eran nulas. Quien se atrevía a recorrer las intransitables y escarpadas veredas estaba expuesto a los ataques de los indios salvajes o a morir de hambre o de sed.

Había indios, ciertamente, pero estos no eran los mansos esclavos que gemían bajo la fusta de adusto y cruel encomendero. Los indios que habitaban en la región noreste de la Nueva Vizcaya y en la Nueva Extremadura eran indios irreductibles que nunca fueron esclavos, que nunca se sometieron, que en sus audaces correrías asolaban cuanto encontraban a su paso, obligando a los colonos, todos agricultores y ganaderos, y casi todos vascos, vizcaínos y gallegos, a empuñar la adarga y el mosquete al mismo tiempo que el arado, en un clima duro y en un medio hostil.[1]

[1] (Nota de VAR) El barón de Humboldt, en su monumental obra *Ensayo político sobre la Nueva España*, escrita a principios del siglo XIX, dice:

"El número de indios guerreros y bárbaros que infestan las fronteras de la Nueva Vizcaya, ha disminuido un poco desde el fin del siglo pasado. Intentan menos a menudo penetrar al interior de los lugares habitados para dedicarse al pillaje y a la destrucción de los poblados españoles. Sin embargo, su encarnizamiento contra los blancos sigue siendo el mismo; es, en efecto, una guerra de exterminio dirigida por una política bárbara y sostenida con más valor que éxito. Los indios se han concentrado hacia el norte en el Moqui y en las montañas de Navajoa, donde han reconquistado un terreno considerable a los habitantes de Nuevo México. Este estado de cosas ha tenido consecuencias funestas que se harán sentir por varios siglos, y que son dignas de ser exa-

Los españoles, pues, que poblaron la Nueva Vizcaya y la Nueva Extremadura, rehuyeron la molicie que brinda el clima y proporciona el esclavo, despreciaron las ganancias rápidas y aleatorias de las minas, y, labradores o pastores, toscos y tenaces, valientes, sufridos y laboriosos, se aferraron a aquella tierra que con sacrificios mil les daba el pan, y fueron la simiente de individuos de caracteres étnicos muy especiales y muy fuertes, mezcla de astucia y de valor, de prudencia y de audacia, todo unido a una perseverancia y a una tenacidad sin límites.

---

minadas detenidamente. Estas guerras, si no han destruido, al menos han alejado la esperanza de llevar estas hordas salvajes a la vida social por medio de la dulzura. El espíritu de venganza y un odio inveterado han levantado una barrera infranqueable entre los indios y los blancos. Muchas tribus de apaches, de moquis y de yutas, conocidos bajo la denominación de indios de paz, permanecen fijos en el suelo, en medio de sus cabañas reunidas, cultivando el maíz. Indudablemente que habría menos repugnancia para unirse a los colonos españoles si entre ellos se encontraran indios mexicanos. La analogía de las costumbres y de los hábitos; la semejanza que existe, no en el sonido, pero sí en el mecanismo y en la estructura general de las lenguas americanas, pueden llegar a constituir vínculos poderosos entre los pueblos de un mismo origen. Una sabia legislación es posible que llegara a borrar el recuerdo de aquellos tiempos bárbaros en los que en las Provincias Internas un cabo o un sargento hacía la caza de los indios, como si se tratara de una batida a bestias feroces. Es probable que el hombre de tez cobriza se resolviera mejor a vivir en un pueblo habitado por individuos de su raza, que a reunirse a los blancos que tratan de dominarlo con altivez. Pero nosotros hemos visto antes (en el capítulo Sexto) que, desgraciadamente, en la Nueva Vizcaya como en Nuevo México casi no hay indios de la raza azteca que cultiven la tierra. En la primera de estas provincias casi no existe un solo individuo tributario, todos son blancos o al menos se consideran como tales.

"Esta lucha contra los indios, que ha durado varios siglos; la necesidad en que se encuentra el colono, retirado en un cortijo aislado o viajando por áridos desiertos, de velar sin tregua por su propia seguridad, de defender sus ganados, su hogar, su mujer y sus hijos; en una palabra, este estado primitivo que se conserva entre las apariencias de una antigua civilización, dan al carácter de los habitantes del norte de Nueva España una energía, yo me atrevería a decir, un temple particular. A estas causas se agregan la naturaleza del clima, que es templado, un aire eminentemente saludable, la necesidad de trabajar en un suelo menos rico y menos fértil y la falta absoluta de indios y de esclavos para dedicarse impunemente a la ociosidad y a la pereza. En las Provincias Internas, el desarrollo de las fuerzas físicas es favorecido por una vida singularmente activa y que se pasa en gran parte a caballo, debido sobre todo a los cuidados y vigilancia que exigen las numerosas manadas de bestias de cuernos, que casi salvajes recorren las llanuras. A esta fuerza física de un cuerpo sano y robusto hay que agregar la fuerza del alma y una feliz disposición de las facultades intelectuales. Los que dirigen los establecimientos de enseñanza en la Ciudad de México, han observado desde hace tiempo que los jóvenes que más se distinguen por sus progresos rápidos en las ciencias exactas son originarios, en gran parte, de las provincias más septentrionales de la Nueva España".

Pasamos por La Encantada, insignificante ranchería con una pequeña estación ferrocarrilera. Nos encontrábamos en el campo de batalla de La Angostura. Supliqué a mis acompañantes que subiéramos a una pequeña eminencia, y desde su cima pude abarcar, en conjunto, el terreno en que pelearon invasores norteamericanos contra bravos mexicanos.

El campo merece el nombre que se le da. El camino entre San Luis Potosí y Saltillo pasa por un lugar angosto, faldeando una serie de pequeñas colinas que se extienden por más de un kilómetro y que deja al oriente. Estas colinas, de forma sensiblemente regular, son las últimas estribaciones de la sierra de Zapalinamé y tienen alturas variables que no exceden de 30 o 35 metros sobre el nivel del camino. Al occidente de este, que corre de sur a norte, se desliza el arroyo de La Encantada, de aguas torrenciales en las crecientes, por un terreno de fofa arcilla rojiza que ha sido comido, desmenuzado y agrietado, formando un cauce anchísimo y accidentado en que se ven afluentes y subafluentes, erguidos islotes que semejan farallones, penínsulas que se lanzan intrépidamente por aquel laberinto, unidas a tierra firme por diminutos istmos. En partes, el cauce así formado tiene más de 500 metros de anchura y hay trozos en que la carretera ha tenido que treparse a las faldas de las lomas, porque las crecientes se han llevado grandes tramos de camino.

Hacia el sur, en la lejanía, se distingue la arboleda de Aguanueva; hacia el occidente, el caserío de San Juan de la Vaquería, que apenas emerge del suelo; enfrente de las lomas, por el mismo rumbo y hacia la otra margen del arroyo, como si quisiera formarle un dique, una loma de pequeña altura, larga y tendida, y hacia el norte, el caserío y la arboleda de Buenavista.

En aquellos lomeríos, en los pequeños ancones que semejando diminutos valles dejan entre sí las lomas en los atormentados ribazos de aquel arroyo, se efectuó la batalla que los norteamericanos

llaman de Buenavista y que nosotros designamos con el nombre de La Angostura.

Yo sabía y creía entonces lo que cuentan "nuestras historias", que es una verdadera historia llena de patrañas. Santa Anna, el inepto, a la cabeza de 18 mil soldados, se había batido en aquel lugar con 5 mil hombres a las órdenes de Taylor. Santa Anna en dos días de combate había derrotado a Taylor, le había quitado banderas, había capturado cañones, y cuando este esperaba la llegada de la noche del segundo día de combate para huir a Saltillo protegido por las sombras… el traidor Santa Anna… huía hacia el sur, dejando el campo en poder de los americanos.

En aquella época, me fueron mostrados algunos huesos que habían sido descubiertos por las lluvias. Sentí una hondísima impresión. Maldije a aquel hombre nefasto y durante muchos años tuve la íntima convicción de que el héroe de Tampico, de Veracruz y de innumerables cuarteladas, había traicionado a la Patria, creencia que se reforzaba con el hecho de que este hombre funesto había sido puesto en libertad por los texanos después de la vergonzosa acción de San Jacinto.

Pero ahora que he acopiado datos, que conozco el camino entre San Luis Potosí y Saltillo, que a pesar de la línea férrea que corre paralelamente sigue siendo una ruta miserable, sin agua y sin recursos; después de leer la descripción detallada de ella y de su carencia absoluta de elementos, escrita el año de 1856;[2] después de conocer los trabajos de Santa Anna para improvisar aquel ejército, y las penurias para dotarlo de lo más indispensable; después de conocer la clase de soldados que desde la independencia hasta la fecha han formado, por regla general, el ejército de línea, reclutado por el inicuo sistema de leva; después de saber que en aquel ejército no había servicio de administración, como no lo hay todavía en el ac-

[2] (Nota de VAR). Álvarez y Durán, *Itinerarios y derroteros de la República Mexicana,* México, 1856.

tual, y que la alimentación del soldado se encomendaba a las soldaderas, que pillan y roban por doquier para nutrir a sus abnegados "juanes", pero que en las poblaciones situadas a la vera del camino no encontraban nada al alcance de sus manos; después de conocer las inclemencias del invierno en aquella región —y el frío en febrero de 1847 fue extremadamente riguroso—; después de saber a ciencia cierta que aquellos soldados, al seguir el largo itinerario casi desnudos, tenían que vivaquear a campo abierto, se llega al convencimiento de que aquellos hombres broncíneos arribaron a La Angostura completamente derrotados y que, si a pesar de ello, sin comer y sin dormir, se batieron admirablemente, como leones, por dos días, al cabo de ese tiempo era humanamente imposible exigirles un solo esfuerzo más, y ellos, sin que nadie se los ordenara, empezaron a desbandarse.[3]

Esta convicción mía ha venido afirmándose más y más, y, por último, ya no me queda ninguna duda sobre el particular, magüer lo que en contrario afirmen historiadores embusteros, que queriendo halagar al pueblo mexicano lo engañan miserablemente haciéndole comulgar con ruedas de molino.[4] El honrado general Anaya, ministro de la Guerra, informó al Congreso reunido en Querétaro, en 1848, que en la batalla de La Angostura se desertaron 9 mil soldados y que la calidad de los soldados era pésima, por la forma en que se llevaba a cabo el reclutamiento.[5]

[3] (Nota de VAR). En este año de 1912 se efectuó en una de las colinas de La Angostura una sencilla ceremonia. El gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, puso la primera piedra de un monumento para honrar la memoria de los héroes de aquella batalla.

[4] (Nota de VAR). He acopiado documentos, datos y croquis para escribir una monografía sobre este hecho de armas.

[5] (Nota de VAR). Memoria reservada presentada por el general Anaya, Ministro de la Guerra ante el Congreso reunido en Querétaro en 1848. "…Ocurrida la batalla de La Angostura en la cual nuestras tropas tuvieron 9 mil hombres de baja por la deserción, se improvisó la defensa de Cerro Gordo, y los resultados fueron los que debían de esperarse de la clase de tropas con que hemos sostenido todos los combates. Estos sucesos y los ocurridos en el Valle de México, están reclamando imperiosamente que el Congreso dicte leyes convenientes para reemplazar los cuerpos del ejército con hombres útiles, y

Los pueblos que no saben prepararse para la guerra, que malgastan su sangre y sus recursos en luchas intestinas estériles, que no saben o no pueden educar a la población, sobre todo a nuestros pobres indígenas, que con su ignorancia constituyen un verdadero lastre para la civilización; pueblos que no saben acallar sus pasiones ni ante la presencia del invasor extranjero; pueblos en donde el patriotismo se manifiesta sólo con gritos destemplados de plazuela; pero muy pocos son los que toman un fusil para cumplir con el más sagrado de los deberes, y nadie contribuye con un peso destinado a la defensa nacional y dejan esta en manos de pobres indígenas tomados por leva, que ignoran hasta el español y no saben ni pueden saber ni por qué ni para qué pelean; que desconocían hasta la existencia de una región llamada Texas; de presidiarios llevados junto a los indígenas en doliente caravana, sin instrucción, sin preparación, sin conocer siquiera el manejo de las deficientes armas puestas en sus manos, sin alimentos y sin vestidos, y que son lanzados locamente al asalto de posiciones bien elegidas, bien artilladas, y que a pesar de todo se baten y mueren con bravura de leones. Esos pueblos que no cumplen con sus deberes más rudimentarios de patriotismo en la hora angustiosa del desastre, sin reflexionar que la cul-

---

no con imbéciles, criminales y gente viciosa, que sin conocer sus deberes ni los que la sociedad les impone, comienza su ignorancia desde no entender el idioma español.

"…El estado de revolución permanente en que hemos vivido, ha proporcionado a hombres indignos de pertenecer a la honrosísima carrera de las armas, el ingresar a ella y hacer progresos e inmerecidos ascensos hasta llegar a engalanarse con las insignias más superiores. La empleomanía, que tanto reagrava nuestra situación, ha abierto la puerta a la juventud más ignorante y corrompida de la época para abrazar la carrera militar como único recurso para vivir. Nuestra legislación, errónea en materia de reemplazos, ha señalado la choza del indígena embrutecido, las cárceles y los presidios como los únicos lugares destinados para sacar hombres destinados al servicio de las armas. Con tan fatales elementos, ¿puede una nación o un gobierno cualquiera sobreponerse a las emergencias?

"…Aprovechan (los soldados) el primer momento que se les presenta cuando salen a algún servicio para desertar. Los calabozos de los cuarteles y los juzgados militares están atestados de reos y causas, por la frecuencia con que se comete este delito; por esto, mientras las Cámaras no acuerden un sistema de reemplazos análogo a nuestra situación, no tendremos jamás ejército, sino una masa perniciosa de hombres".

pa es de todos, sin pensar que el pecado es colectivo, buscan un chivo expiatorio que cargue con la responsabilidad de las derrotas, y el escogido fue el pobre de Santa Anna, que en la doliente historia mexicana tiene y carga con muchas culpas, pero a quien no se puede, en justicia, hacer responsable de la derrota de La Angostura, en la que el farsante cojo se portó con valor, tomó resueltamente la ofensiva, tuvo en jaque al enemigo por dos días y con sus huestes de leones famélicos hizo el milagro de causar a un enemigo bien retrincherado 267 muertos y 456 heridos, perdiendo cerca de 2 mil hombres entre muertos y heridos y… 9 mil por deserción.

¿Podía humanamente exigirse más a aquella futura "Alteza Serenísima"?

En La Angostura el chivo expiatorio fue Santa Anna. Más adelante, pueblos latinos, y como tales poco previsores y excitables, tendrían también chivos expiatorios que cargasen con los pecados de todos. Italia, un almirante Persano; Francia, un mariscal Bazaine; España, un almirante Cervera.

Confieso que mi bagaje libresco a la edad de 14 años era bastante limitado. Leía y releía una *Geografía Universal* de Malte-Brun —de allí parten mis aficiones geográficas, hojeando unos viejos volúmenes—, el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, unos compendios de *Historia de México* por Guillermo Prieto y Manuel M. Payno y la *Historia Universal* por César Cantú. Con esas lecturas empezó a formarse mi amor por los estudios históricos. A la edad de 13 años topé con una biblioteca pública instalada en el Palacio de Gobierno del Estado y me convertí desde luego en un asiduo concurrente. Recuerdo, entre otras muchas obras que leí en aquel entonces, un novelón de capa y espada: *La justicia de Dios*; una novela de Pérez Escrich llamada *Las Obras de Misericordia* y un relato ingenuo de un viaje efectuado por un médico tamaulipeco, que se improvisó general en nuestras contiendas, y que, desterrado por el general Díaz, fue mandado asesi-

nar en Laredo, Texas. Este médico provinciano se llamaba Ignacio Martínez.

Pero hasta la edad indicada, dos obras habían dejado perdurable huella en mi espíritu. Una de ellas, que mi padre recibía por entregas semanarias y que se editó en Barcelona en 1891, se llama *Historia liberal del siglo XIX*, escrita, según reza la portada, por una sociedad de escritores españoles, franceses e italianos bajo la dirección de Justo Pastor Pellico. Esta obra es un entusiasta canto a la libertad. Constituye una exaltada requisitoria contra todas las tiranías, fustiga los regímenes despóticos, execra los abusos del poder y excita a todos los humildes, a todos los que trabajan, para que se unan y en formidable empuje incontenible acaben con sistemas absurdos de dominación acaparados por los capitalistas, estableciendo sobre la faz de la tierra la igualdad social. Esta obra, más que socialista, es de carácter anárquico y nihilista. Nunca he podido olvidar sus enseñanzas. De mis propias circunstancias de nacimiento proviene mi amor a los desheredados, que fue fortificado intensamente con estas lecturas.

La otra obra que leí y releí en los primeros años de juventud fue el *Catecismo geográfico, político e histórico del estado de Coahuila de Zaragoza* por Esteban L. Portillo. Libro escrito en forma de diálogo y que contiene, además de nociones generales de Geografía y de instrucción cívica, datos geográficos e históricos de Coahuila y una verdadera colección de biografías de todos los héroes mexicanos. Esta sarta de biografías la tomó Portillo de los cabellos y le sirvió como relleno para su obra. Sabido es que casi todas las poblaciones de Coahuila han cambiado de nombre, algunas hasta cuatro veces, y al referirse el autor a algún poblado que lleva el nombre de Hidalgo, Allende, Abasolo, Juárez, Rosales, etcétera, después de la pregunta invariable: "¿Por qué lleva esa denominación?", colaba la biografía del héroe tutelar respectivo.

Con los conocimientos que dejo enumerados no es de extrañarse que en aquella época arrojara toda la culpa sobre la inútil batalla de La Angostura al veleidoso y fatuo Santa Anna. Lo que sí debe pasmar e indignar es que en obras de historia, que se reputan de serias, sus autores sigan prohijando burdos embustes.

Capítulo IV

El Ateneo Fuente.— La plaza de San Francisco.
El templo católico junto al templo protestante.— Las riñas escolares.
El museo de los turistas provincianos.
La huella del general Julio M. Cervantes.
El director y los excelentes profesores.— El desertor francés.
“El Simétrico”, ayuno de arte.— Mi insensibilidad musical.
Los camaradas.— “La Zenona”.— Los profesores. “El Rey de Bastos”.
El espíritu de camaradería y confraternidad.— “El sofoque”.
Las inolvidables serenatas de San Francisco.

DESPUÉS de recorrer las aulas del Instituto Pestalozzi y de la pésima Escuela Oficial Número 1, ingresé al Ateneo Fuente, escuela preparatoria de gran fama en el Estado de Coahuila y por la que todos los hijos de esta entidad federativa hemos tenido y conservamos gran cariño. Los estudios preparatorios en aquel entonces se hacían en cinco años y yo me matriculé en el primero, que comprendía las materias siguientes: primer año de Matemáticas (Aritmética y Álgebra), Español, primer año de Francés, primer año de Dibujo Natural y primer año de Música.

Todavía recuerdo con amor y gratitud el vasto edificio del plantel referido, que ocupaba y ocupa aún media manzana frente a la poética plaza de San Francisco, que hoy se llama de Zaragoza. Un pequeño jardín sombreado con troenos en cuyos arriates crecían con profusión violetas y rosales que embalsamaban el ambiente. En el centro había una plazoleta en la que se levantaba una fuente con un grupo de tritones y sirenas, sobre los que se erguía un ceñudo Neptuno armado de un tridente. Todas las callecillas estaban pavi-

mentadas con el magnífico y resistente ladrillo de Saltillo. En el costado oriental del jardín se levanta la pequeña iglesia de San Francisco, de estilo churrigueresco, pero con la sencillez que caracteriza a los templos franciscanos, con un frontispicio escalonado, en el que, en relieve, figuran un árbol y una mano implorante, cuyo simbolismo nunca he podido descifrar, y a su vera un pequeño y proporcionado campanario. En el mismo costado de la plaza se construyó posteriormente un templo protestante, cuya fealdad contrasta con la belleza y la sencillez del templo católico. Unos paredones de ladrillo cubiertos por un techo de dos aguas y una torre de madera altísima y puntiaguda, de forma octagonal, revestida de tejamanil. Por el costado poniente, la plaza está limitada por la calle de Santiago, empedrada en aquel entonces, como todas las calles de Saltillo, y de grandísima pendiente. Por el costado norte corre la calle Juárez, una de las arterias de la ciudad.

Las horas de entrada del colegio eran, en la mañana, las ocho, y en la tarde, las dos. Todos los compañeros formábamos animados grupos, nos reuníamos antes de las horas indicadas y pasábamos alegres ratos de expansión y alegría juveniles, esperando las horas de entrada anunciadas por una campana que señalaba también las horas de salida de clases. Allí menudeaban las bromas estudiantiles y eran frecuentes las riñas a bofetadas, generalmente entre los preparatorianos más jóvenes, suscitadas y azuzadas por los alumnos de más años y casi nunca interrumpidas por ningún inoportuno guardián del orden público. Se formaba un corro para presenciar la lucha y después de sendas bofetadas, los contrincantes eran obligados a estrecharse caballerescamente las manos y a darse apretado abrazo de reconciliación. Durante el primer año, yo fui uno de los escolares más jóvenes y recuerdo que tuve no menos de cinco o seis encuentros de esa naturaleza, casi todos ellos con Eduardo Durán, un muchacho de mi edad a quien llamaban "El Primo", por tener este muchas primas hermanas, pertenecientes a las mejores fami-

lias de Saltillo, dotadas de singular hermosura y que eran asiduamente cortejadas por los muchachos de los cursos superiores y profesionales del Ateneo. Ahora, Eduardo Durán, después de haber hecho una brillante carrera profesional en la Ciudad de México, es un abogado distinguido que ha desempeñado con acierto elevados puestos públicos.

El edificio del Ateneo, que ocupa un terreno rectangular, tiene una sencilla fachada. Es de un solo piso y los salones de clase, amplios, bien ventilados e iluminados, tienen todos ventanas a la calle. Las puertas dan a amplios patios, de los cuales el principal, que es extenso, tiene una sencilla fuente en el centro del jardín y anchos corredores con bancas revestidas de ladrillo. Este patio servía en todo tiempo de estudio a los alumnos para la preparación de las clases.

Las clases de Física, de Química y de Historia Natural nos inspiraban cierto respeto sagrado. Colocadas en otro patio, eran difícilmente accesibles para todos los alumnos y constituían un motivo de curiosidad y de admiración para los turistas provincianos, que estimaban los salones de Historia Natural del Ateneo como si fueran un verdadero museo. En la clase de Física se examinaban los aparatos de experimentación; la máquina de Atwood era algo maravilloso y la neumática era el orgullo de nuestro plantel. La clase de Química estaba bien dotada de retortas y probetas, y la de Historia Natural tenía muchos ejemplares de animales disecados. En ella se percibía el olor *sui géneris* de las substancias empleadas en la preservación de los diversos ejemplares. La verdad es que las clases mencionadas estaban bien dotadas para aquella época y debo asentar aquí que casi todas las máquinas, aparatos y ejemplares de Historia Natural ostentaban una placa harto significativa, igual a la que lucían también las fuentes, farolas y bancas de los parques y jardines: "Gobierno Provisional de 1885". Un gobernador militar nombrado por el Ejecutivo de la Unión, en una de las muchas veces en que Coahuila fue declarado en "estado de sitio", como se decía entonces —y empleaba esta

designación una ley destinada a proveer de gobernadores a los estados en que ocurrían disensiones con motivo de la renovación de poderes—, el general don Julio M. Cervantes, brillante soldado que peleó contra la Intervención Francesa y que, sin ser hijo de Coahuila, en un año la gobernó progresista y honradamente dejando más huellas benéficas de su paso por el gobierno en tan corto tiempo, que todos los gobernantes anteriores. El general Cervantes murió hace pocos años, pobre y olvidado, en la Ciudad de México.

Había internado en el Ateneo y para dormitorio estaba destinado un amplio salón que ocupaba toda el ala sur del patio principal. Otro salón del segundo piso y con ventanas a la calle de Santiago estaba destinado a refectorio.

En 1893 se seguían en el Ateneo, además de los estudios preparatorios, los estudios profesionales correspondientes a las carreras de abogado, médico y farmacéutico. Después se instituyó la de ensayador de metales.

A mi ingreso, era director del plantel educativo el licenciado don Blas Rodríguez, abogado distinguido que gozaba de gran estimación entre los alumnos. Hombre de edad avanzada, muy pulcro en sus maneras, muy justiciero y muy cumplido, llevaba con gran acierto el honroso cargo de director de esa escuela, que constituía un orgullo para todos los coahuilenses. El prefecto, el viejo maestro don Miguel López, que había sido soldado, erguido siempre, con su tez muy morena, su barba y amplia perilla, entrecana como su cabeza, usando trajes de corte militar que le daban un aspecto marcial y gallardo, era, además de muy cumplido, muy estricto y enérgico con ponderación. Era a la vez un excelente profesor de Español, y confieso en estas líneas que lo poco que aprendí de reglas gramaticales, que a mí se me antojan tan ilógicas, tan absurdas y tan disparatadas, se lo debo a este buen maestro, digno por todos conceptos de respeto y de estimación.

El profesor de los dos cursos de Matemáticas era un anciano respetable, el ingeniero don Manuel Lobo, alto y robusto, de barba

y cabeza completamente canas. Muy enérgico y muy cumplido, era respetado y temido por sus reprensiones siempre duras y por lo exigente que se mostraba con todos los alumnos. Don Manuel Lobo se suicidó algunos años después por causas que se ignoran. Yo afirmo que tuve muchos profesores de Matemáticas en el Colegio Militar, quizás más profundos y más especializados en la materia, como don Eduardo Prado, el sabio "Chicho" Prado, pero no mejores profesores que enseñaran tan bien Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría como don Manuel Lobo, profesor de Matemáticas por luengos años y maestro de muchas "promociones" de coahuilenses.

En las ausencias de don Manuel Lobo, que eran frecuentes por razón de su misma profesión de ingeniero topógrafo, lo substituía otro topógrafo, don Octavio López, más enérgico y exigente todavía que don Manuel, pero también muy competente y muy cumplido, aunque su carácter irascible y violento le restaba muchas de las cualidades que deben ornar a un buen maestro. Cuando los dos agrimensores se ausentaban a la vez, daba las clases de Matemáticas un joven ingeniero de minas, don Santiago Rodríguez, profesional inteligentísimo y de gran saber.

Cuando yo entré al Ateneo, daba las clases de Francés un galo joven de buena presencia y vestido siempre con elegancia, del que nadie sabía cómo había ido a parar a Saltillo y que, de la noche a la mañana, desapareció repentinamente. Fue substituido por don Luis Verdier, antiguo maestro de armas de un regimiento francés de los que vinieron a México durante la intervención. Don Luis Verdier, cuando los regimientos franceses se embarcaron en Veracruz por orden de Napoleón III, se quedó en México. Después contrajo matrimonio con una distinguida señorita saltillense apellidada Ugartechea, y vivió muchos años en el país, unas veces en Saltillo y otras en Monterrey, dando lecciones de esgrima, en la que era muy diestro a pesar de su edad relativamente avanzada. En los primeros años del presente siglo se suicidó en la ciudad de Monterrey, dejando escrita

una carta en la que aclaró que su nombre no era el que había llevado durante los últimos años de su vida, sino otro, y legaba una pequeña fortuna a unos parientes franceses. Muchos creyeron que el cambio de nombre se debió al hecho de que el llamado Verdier consumó el delito de deserción cuando las tropas francesas evacuaron el territorio de la República. Fue un profesor mediano de francés y un buen profesor de esgrima de florete.

Había dos cursos de Dibujo Natural. Era profesor don José Ángel Martínez, un viejo y buen pintor saltillense, tlaxcalteca de raza pura. En esos cursos se hacían copias de estampas francesas litografiadas, cartones en que estaban dibujadas bocas, ojos, narices, orejas, caras, manos, pies, bustos y animales. Como don José Ángel era un magnífico retratista, hacía copiar retratos litografiados de Juárez, de Hidalgo y de Morelos. A los alumnos que descollaban los obligaba a hacer retratos del natural. Este profesor de dibujo murió y fue substituido por don Francisco Sánchez Uresti, antiguo y respetable empleado de la Jefatura de Hacienda, alto, de ojos claros, miope, siempre de mal humor. Al hacerse cargo de la clase mandó retirar las muestras de que he hablado y las substituyó por unos cuadernos de dibujo de Krusi, "adoptados en la Universidad de Oswego, Estados Unidos". Contenían ejercicios progresivos de dibujo, ocupando media plana los modelos litografiados, estando reservada la mitad restante para que en ella los alumnos hicieran las copias respectivas. No conforme con este cambio, el profesor Sánchez Uresti introdujo la innovación de lo que él llamaba "ejercicios de composición". Estos deberían ejecutarse en un cuaderno formado de hojas de papel "ministro sin rayar". El profesor, diariamente, de su puño y letra, que era muy buena, por cierto, escribía a la cabeza de una hoja algo por el estilo: "Con cuatro líneas rectas, seis ángulos agudos y cuatro rombos, formar una figura simétrica". Recuerdo muy bien que todas las figuras deberían ser simétricas o cuando menos semisimétricas, y de allí, probablemente, vino que los alumnos le designaran con el apodo de "El Simétrico".

Era, o más bien dicho es, el señor Sánchez Uresti un dispéptico formidable y su humor estaba supeditado a la enfermedad que padecía. Yo sospecho que el señor Uresti ni es artista ni tampoco ha sido dibujante. Nunca corregía las producciones de los alumnos en los cuadernos de Krusi, ni las composiciones simétricas o semisimétricas con más o menos figuras geométricas. De producciones artísticas suyas, conozco solamente un antiestético proyecto de fachada para el Ateneo Fuente, que se empezó a poner en ejecución en la parte que corresponde a la biblioteca y que afortunadamente no fue continuado, y espero que no lo sea nunca.

Ni entonces con mis pocos alcances, ni después con el estudio, con la experiencia y con la reflexión, he podido averiguar la utilidad de aquellas composiciones simétricas y semisimétricas del maestro Sánchez Uresti. ¿Sería acaso un precursor o un apóstol del cubismo? Confieso mi crasa ignorancia sobre el particular. Lo que sí puedo afirmar es que este profesor no me enseñó a dibujar y que lo que he aprendido en esta materia lo logré con excelentes profesores en el Colegio Militar de Chapultepec. A cada quien lo suyo.

Quizá por deficiencia de oído, aunque no soy ni he sido sordo, o por falta de educación artística, o por cualquier otro motivo, nunca he tenido gusto por la música y casi puedo asegurar que la detesto. Nunca he podido distinguir, cuando toca una orquesta o una banda, las piezas que ejecuta y si lo hace bien o mal. Solamente podía discernir en aquella época, entre todas las piezas musicales, las muy conocidas y trilladas: el *Himno Nacional*, *La Golondrina*, *La Paloma* y el vals *Sobre las Olas*. Ese repertorio discernible lo aumenté después, con muchos trabajos y con harta dedicación, con los toques militares más conocidos, tales como *Paso Redoblado*, *Paso de Camino*, *Asamblea*, *Reunión*, *Marcha de Honor*, *Llamada de Honor*, que era el toque de contraseña del Colegio Militar, y el hermoso y pintoresco toque de *Rancho*, gratísimo a todos los que han sido soldados. Con el tiempo he llegado

hasta las excelsitudes de los trozos más conocidos de *Carmen* y hasta la, para mí, cumbre del intermezzo de *Cavallería Rusticana*, gracias a que en un fonógrafo de mi propiedad hice girar el disco respectivo más de 100 veces seguidas.

Cuando escucho la orquesta más selecta, y principalmente si se trata de música clásica, confieso sinceramente que no la entiendo, que no me emociona, que no me seduce, que no me gusta y que mi único y más vehemente deseo es que termine lo más pronto posible la ejecución del trozo de música elevada. A mí me gusta únicamente la música muy popular; el *Himno Nacional* me ha hecho llorar muchas veces y de todas las piezas musicales mi preferida es *Sobre las Olas*.

Con estas precarias disposiciones musicales, excusado es decir que concurría a las clases de música del Ateneo por deber, pero sin pizca de voluntad. Nunca pude distinguir las claves, ni la diferencia entre las notas musicales, ni las corcheas de las semicorcheas, ni las negras de las blancas. El profesor lo era don Julio E. Torri, un maestro distinguido y competente. En sus faltas temporales era substituido por otro buen profesor, don Eduardo Gariel, un poco colérico y un mucho innovador, que pretendía reemplazar las notas con números árabes. Nunca aprendí nada de música y en el examen respectivo, por verdadera lástima, resulté aprobado por mayoría de votos, pero en plena justicia debí ser reprobado unánimemente. Para mí el solfeo ha constituido siempre un problema muy abstruso.

Tuve muchos compañeros que recuerdo con cariño. Casi todos los alumnos éramos pobres y humildes. Las dos únicas excepciones a esta regla las constituían Rodolfo Garza y Carlos E. Martínez, hijo el primero de un acaudalado banquero muy conocido en Coahuila y, el segundo, de un hacendado; pero tanto el uno como el otro fueron excelentes compañeros y nunca trataron con menosprecio a sus camaradas. Recuerdo a Eduardo Durán, de quien he hablado antes;

a Martín Suárez Gómez, "El Ratón", ahora abogado; a Ramón Bosque Treviño, a Francisco M. Reyna, a Juan Antonio González, a Juan Narro, a Rubén Moreira Cobos, a Mariano Sánchez y Sánchez, a José M. Cárdenas, a Adrián Aguirre Benavides, a Salomé Garza Aldape, a Mateo de León Ochoa, a Federico Castilla y a otros muchos, todos muchachos fronterizos sanos de cuerpo y de alma, todos buenos, todos abnegados y serviciales, francos y rectos.

Entre los de los cursos superiores se encontraban muchachos que ahora son profesionales distinguidos, como los hermanos Viesca y Lobatón, parreños inteligentísimos; los hermanos Manuel y Jesús Vitela, pateños, es decir, oriundos de la Villa General Cepeda, que hasta hace pocos años se llamaba Patos; Rafael Narro, que desde entonces mostró grandes aficiones por el microscopio y por el estudio de las ciencias naturales y era muy afecto a la observación de las costumbres de los insectos, disertando tan amplia y enfáticamente sobre ellas como si hubiera dedicado a ese género de actividades una luenga vida; Joaquín Castillo, un muchacho lleno de corazón, que después fue ensayador de metales; Federico Barrera y Enrique de León, los dos médicos ahora; Vicente H. Arreola, "El Negrito", un mocetón moreno, bueno por los cuatro costados, ahora distinguido ingeniero de minas; Eliseo Arredondo y una verdadera pléyade de jóvenes vigorosos e inteligentes que después han triunfado en diferentes actividades.

Manuel J. Rodríguez era uno de los tipos más notables del Ateneo. Muchacho enteco y cargado de hombros, hermano de Alfonso Rodríguez, joven y sabio profesor. "Manolín" o "La Zenona", como le llamaban, era el reverso del hermano en cuanto a inteligencia. Versificaba con cierta facilidad, pero sus composiciones eran motivo del ludibrio general. A pesar de todo, era insensible a las burlas e incansable en sus afanes literarios.

En el Ateneo Fuente había un buen profesorado. Descollaban entre todos el doctor Dionisio García Fuentes, médico distinguidísimo

de gran renombre profesional en toda la frontera y que, posteriormente, fue un excelente director del Ateneo; José García de Letona, profesor de Literatura, un erudito misántropo, joven dedicado por entero al estudio, de conocimientos profundos, notabilísimo escritor y orador atildado, que murió, desgraciadamente, muy joven, y don José María Cárdenas, un atleta de aspecto imponente y de voz y modales dulces, excelente profesor de Geografía y de Cosmografía. Entre los profesores de Leyes destacaban por su saber don Blas Rodríguez y el licenciado don Gabriel Valerio, tlaxcalteca lampiño y hercúleo, grave y reposado, como deben de haber sido los senadores de la República de Tlaxcala.

Además, eran profesores en aquel entonces el doctor Mier y el doctor Jesús García Fuentes, todos buenos maestros que, a pesar de la exigua retribución que recibían —30 pesos mensuales por una clase diaria—, eran modelos de abnegación y de sabiduría.

Había entre la servidumbre un tipo popular y arcaico, el portero Castillo, hombre corpulento de luenga y respetable barba blanca, que contaba con gran número de años al servicio del Ateneo, llamado por los alumnos "El Rey de Bastos".

Era notable el espíritu de camaradería y confraternidad que reinaba entre todos aquellos sencillotes y nobles muchachos fronterizos, entre los cuales no existía ni por asomo la discolería o la discordia. Todos se ayudaban mutuamente, todos eran serviciales en extremo y las bromas estudiantiles nunca rebasaban los límites de la caballerosidad y de la decencia.

Estas bromas eran designadas en la jerga del Ateneo con el nombre de "sofoque". Cuando se manteaba a un compañero se le daba "una vieja" y existía una terminología especial para todos los pequeños actos de la vida del colegio. Los alumnos de las diversas regiones del estado se agrupaban en "colonias" y recuerdo que una de las más numerosas era la parreña.

En la plaza de San Francisco había serenatas los martes y era de verse la animación de este pequeño y hermoso jardín. Concurrían a las serenatas bellísimas muchachas saltillenses, y los alumnos siempre se comportaron con extremada corrección, prodigando galantería de buena cepa y atenciones de gente bien educada. Esas serenatas de seguro constituyen un indeleble recuerdo para todos los que fuimos alumnos del glorioso Ateneo Fuente, almácigo de hombres enérgicos, honrados y trabajadores.

Capítulo V

El descontento contra Garza Galán.
El licenciado Santos Coy, iniciador de la lucha.
Los artículos de El Diario del Hogar.
Garza Galán, protegido de Romero Rubio.
Los indiferentes y el tornillo fiscal.— Digna actitud de los alumnos del Ateneo.
El Pueblo Coahuilense.— *Don Evaristo Madero y la sonriente Parras.*
Don Hipólito Charles y la disciplina militar.
Un saltillense desarraigado.— ¿Quién era don Miguel Cárdenas?
La primera manifestación de civismo.
Los atentados de los esbirros galanistas.— Los estudiantes en la cárcel.
Doña Adela Martínez de Woessner.— El levantamiento de don Emilio Carranza.
La actitud del general Reyes.— El derrocamiento de Garza Galán.

En el año de 1893, primero de mi estancia en el Ateneo Fuente, hubo una gran agitación política en el estado de Coahuila, cosa inusitada y hasta escandalosa en el tranquilo ambiente político que reinaba entonces en México. Garza Galán, que había cometido grandes y graves desaciertos, que había descuidado la instrucción pública y todos los ramos de la administración y que se había rodeado de un grupo de ineptos, incondicionales y serviles que explotaban su ignorancia crasa y su concupiscencia, terminaba el periodo para el que fue "electo" en diciembre de ese año. Gobernador desde 1886, había sido reelecto en una farsa de elecciones en 1889, y ya el pueblo de Coahuila estaba hastiado de ese pésimo gobernante que ocupaba todo su tiempo en cacerías y en raptos, y los elementos de trabajo anhelaban un cambio cualquiera que diera al traste con la perniciosa camarilla del inepto cacique.

Desde los últimos meses de 1892, se había iniciado una campaña política contra Garza Galán en la capital de la República. Un abogado muy inteligente y muy culto, aunque de reputación profesional un poco dudosa, notable escritor y uno de los mejores oradores que ha tenido Coahuila, don José María Santos Coy, publicaba en *El Diario del Hogar* de la Ciudad de México artículos muy bien escritos, llenos de sal y de ironía, que ponían al descubierto las lacras todas de la administración galanista. Los números del citado diario eran leídos con avidez por todos los saltillenses y creo que también por todos los habitantes del estado, a pesar de los esfuerzos de los galanistas para impedir la circulación de este periódico. En esos artículos se evidenciaba el costo para el estado y, por ende, para los contribuyentes, de las liebres y los conejos que mataban el señor gobernador y los de su séquito en las numerosas y frecuentes giras cinegéticas; se señalaban los atentados de los jefes políticos y de los paniaguados, el abandono de la instrucción pública, la decadencia de Saltillo frente a Monterrey por incuria y descuido de las autoridades coahuilenses y los atentados cometidos por esbirros del gobernador en perjuicio de algunas familias honorables de Saltillo.

El descontento era grande, pero lo era también el escepticismo. Muy pocos tenían fe en la salida de Garza Galán, pues sabían de sobra y por amarga experiencia que el sufragio ha sido un mito en México y que los gobernadores eran verdaderos prefectos de una república, *de facto* central, nombrados por el Presidente de la República y ungidos por un mero simulacro de elecciones. Se citaban las de 1884, en las que salió electo gobernador don Cayetano Ramos Falcón, y en las que el Ejecutivo Federal, sin ningún derecho y arrogándose por sí y ante sí atribuciones que no le competen, habíase entrometido en calificarlas, y no siéndole grato el electo, las había nulificado, nombrando un gobernador militar, que lo fue don Julio María Cervantes.

Además, se sabía que Garza Galán había sido siempre un protegido de Romero Rubio, suegro del general Díaz, omnipotente se-

cretario de Gobernación y jefe del grupo llamado científico, que en aquel entonces empezó a preponderar, iniciando su política de apoderamiento de los gobiernos de los estados para sus miembros y protegidos.

La gran masa de indiferentes de la cosa pública, por idiosincrasia, por escepticismo o por conveniencia, se mostraban neutrales o aparentaban serlo. Entre estos se encontraban, como siempre, los capitalistas, los hacendados, los propietarios de minas o de fincas urbanas y los industriales, que temían que cualquier actitud de ellos contraria a los intereses de los burócratas enseñoreados del poder, provocaría reacciones negativas a sus intereses por la aplicación del tornillo fiscal, que con tanta destreza y tanta arbitrariedad han sabido aplicar todos los gobiernos de México, desde el federal hasta el del más insignificantillo cacique pueblerino, y desde los más remotos tiempos hasta los presentes.

Muy pocos creían en la posibilidad del derrocamiento de Garza Galán, sostenido por compadres, padrinos y valedores tan influyentes y tan desprovistos de escrúpulos, pero los artículos de Santos Coy hicieron en la gran masa popular, entre los que nada tienen que perder, entre la carne de cañón anónima, sufrida y abnegada, el efecto de una mecha ardiendo arrojada en un polvorín. Tan grande así era el descontento y tan insufribles ya las vejaciones y atentados de aquella cáfila de ignorantes y convenencieros, que creían que Coahuila era un feudo destinado a saciar sus apetitos de todo género, aun los más ruines e inconfesables.

Había en Coahuila real y positivo descontento contra la administración de Garza Galán, que se reflejaba en todas partes. Aunque sin mucha fe en el triunfo, todos los coahuilenses, con la única excepción de los burócratas galanistas, enteramente descalificados ante la opinión pública, y de los capitalistas que, por las razones apuntadas antes, dicen “no meterse en política” y constituyen un pintoresco grupo llamado de “ojalateros”, emprendieron con vigor, sorprendente

en aquellos tiempos, una enérgica y bien sostenida campaña contra el nefasto galanismo.

Los alumnos del Ateneo éramos contrarios a la administración de Garza, y allí la idea de una renovación democrática encontró franca y cordial acogida. Cada alumno se convirtió en un formidable propagandista. En todas las manifestaciones populares, los muchachos del Ateneo concurríamos en masa y éramos los más gritones y los más audaces, sin arredrarnos para nada los atentados de esbirros y valentones a sueldo del gobierno. Debo hacer justicia al director del Ateneo, el licenciado Blas Rodríguez, profesional idóneo que no se había maculado con las vergüenzas del galanismo y que, ignoro por qué extraños compromisos o debilidades, aceptó el cargo de presidente del partido o club que sostenía en Saltillo la reelección de Garza Galán. El director, a pesar de su investidura y de las ideas que sostenía, nunca persiguió con venganzas o castigos a ningún alumno del Ateneo. Respetaba las ideas de los muchachos y los jóvenes correspondíamos a esa actitud gallarda y noble con otra actitud de igual nobleza. Respetábamos a nuestro viejo director y respetábamos también sus ideas políticas. Nunca se le cometió el menor desacato y en nuestro Ateneo no hubo nunca ninguna manifestación de carácter político ni el menor grito destemplado, ni el más insignificante rozamiento en las relaciones siempre cordiales y dignas entre el director y los alumnos, dando así, todos, un bello ejemplo de tolerancia y de respeto mutuo.

La campaña iniciada por el licenciado Santos Coy con tanto éxito y con tanto brío, se intensificó a principios de 1893 con la publicación en la Ciudad de México de un semanario político de oposición contra la administración galanista. Ese semanario tenía un numeroso cuerpo de redacción integrado por más de 20 estudiantes coahuilenses. Escribían vibrantes artículos Carlos Pereyra, Melchor C. Cadena, Alfredo E. Rodríguez, Manuel Garza Aldape y Matías L. Carmona, todos estudiantes de leyes y pasantes de derecho; los tres primeros

de Saltillo y los dos últimos del distrito de Monclova. También escribían en ese periódico el estudiante de ingeniería Santiago Rodríguez, el poeta Rafael Téllez Girón y otros muchos cuya colaboración no era tan asidua como los enumerados antes. Pero el alma de ese periódico tan leído, tan buscado y también tan perseguido en Coahuila, era, a no dudarlo, el licenciado Santos Coy, quien sin dejar su colaboración en *El Diario del Hogar,* llenaba la mitad de las columnas de *El Pueblo Coahuilense* con sabrosísimos artículos, unos llenos de sal ática y otros rebosantes de vehemencia y de energía.

Garza Galán lanzó sus secuaces a la capital de la República y logró que un juez complaciente clausurara el semanario que tanta mella le hacía; pero su intento fue vano, pues tras breve suspensión, reapareció a los pocos días con el nombre de *El Pendón Coahuilense*, eludiendo de esta manera cierta prohibición ridícula de la sentencia. El éxito de este semanario era enorme. Los paquetes que llegaban por Express, para evitar la confiscación que sufrían en el correo, eran arrebatados de las manos y saboreados con fruición, adquiriendo un gran relieve sus jóvenes redactores y haciéndose acreedores a las simpatías de todos los elementos sanos de Coahuila que no estaban contaminados con el galanismo ni agarrotados por la cobardía.

Pero se presentó a última hora un grave conflicto. Abundaban los coahuilenses distinguidos que habían sabido labrarse una situación profesional o económica muy sólida y que se habían distinguido en la política o en el ejército, y nuestros jóvenes estudiantes se dirigieron a la mayor parte de ellos para poder encauzar mejor una campaña política vigorosa que había encontrado campo propicio para fructificar. Vivía don Evaristo Madero, viejo cacique coahuilense, medio chapado a la antigua, medio judío de origen, pero honorable, gran latifundista, cosechero de vinos en Parras, hechos en aquella época sin la intervención de fórmulas químicas ni de extractos patentados, bautizados, a lo sumo, pero que podían competir con ventaja con los europeos de importación, saturados de alcohol y de ácido salicí-

lico para volverlos buenos viajeros y para que resistieran el "mareo". Don Evaristo, de elevada estatura, ancho de espaldas, repleto de espíritu práctico y de franqueza fronteriza, hombre experimentado, penetrante y ducho, emprendedor en minas, en factorías, en obras agrícolas, en todo con éxito enorme, no quiso oír a las sirenas que lo inducían a aceptar una candidatura que habría de enfrentarse con la de Garza Galán, sostenida a troche y moche por los engranajes de la administración provinciana y las bayonetas federales del Ejecutivo de la Unión. Don Evaristo, que ya había sido gobernador en la época del presidente Manuel González, prefería seguir en Parras al cuidado de sus fábricas de hilados y tejidos, de sus viñedos en que se cultivaba la sabrosa uva "misión", destruidos después por la filoxera; de la elaboración del magnífico vino Carlón, mejor que el francés y que el español, y del aguardiente de Parras, superior al mejor cognac, aunque en aquella época las etiquetas parreñas no ostentaban el nombre de dicha región francesa; de sus latifundios, de sus algodonales, de sus ganados. Él era viejo, estaba enteramente decepcionado y no quería ya líos electorales en que se pierde lo adquirido con tanto trabajo, se arriesga la libertad y hasta la vida y se está expuesto, cuando menos, a recibir andanadas de injurias. Podían buscar otro candidato. Él prefería quedarse tranquilo en la bella y sonriente Parras.

El general Hipólito Charles, veterano de la guerra contra la Intervención Francesa, soldado también distinguido de nuestras innumerables y cruentas luchas intestinas y que había sido un gobernante prudente y probo de Coahuila durante el primer periodo presidencial del general Díaz, vivía retirado del ajetreo político en su hacienda de Anhelo. El general Charles, seguramente encadenado por la dura disciplina militar y por la férrea mano del general Díaz, quien obligaba a los generales a establecer su residencia en la capital de la República, cuando en provincia trataban de hacer prevalecer su prestigio adquirido en luchas contra extranjeros o contra hermanos, no aceptó tampoco la candidatura que se le ofreció.

El viejo general don Andrés S. Viesca constituía un legítimo orgullo de Coahuila. Vencedor en la batalla de Santa Isabel, en donde tuvo a sus órdenes a Treviño y a Naranjo, realzó su brillante triunfo con la magnanimidad con que se comportó con los vencidos. No mandó fusilar a ningún prisionero de guerra y los puso en libertad. Había sido un excelente gobernador de Coahuila a raíz del triunfo de la República, en 1867, y había fundado el Ateneo Fuente, pero la disciplina militar lo tenía aprisionado entre sus férreas mallas.

El general don Leopoldo Romano, saltillense desarraigado desde temprana edad, gobernaba a la sazón la ínsula de Tepic, en calidad de jefe político de ese territorio federal. No quiso cambiar una cosa segura que tenía en las manos por otra problemática que implicaba una lucha contra las autoridades federales empeñadas en sostener a Garza Galán.

Había profesionales distinguidísimos con sobrado prestigio para enfrentarse a Garza Galán y para triunfar en una lucha verdaderamente democrática. Entre los hombres de prestigio se contaban el abogado don José María Múzquiz, el licenciado don Práxedes de la Peña, el doctor don Dionisio García Fuentes y otros muchos elementos de valía. Se quiso echar mano del general Julio M. Cervantes, quien había sido gobernador de Coahuila, pero todos los intentos fracasaron. Aquellos jóvenes entusiastas y decididos no encontraban ni con la linterna de Diógenes un hombre de prestigio, un candidato viable que quisiera "enfrentársele al toro".

Se había fundado un partido antirreeleccionista en Saltillo cuyo presidente era el joven abogado Francisco García de Letona. La campaña contra el galanismo imperante era tenaz y valiente, pero no aparecía por ningún lado el candidato contrario, lo que constituía un gravísimo obstáculo para el éxito de la propaganda.

Ya por abril o mayo de 1893, surgió por fin el nombre del licenciado don Miguel Cárdenas como candidato al Gobierno de Coahuila. Entonces no había convenciones ni nada de estas sutilezas e inno-

vaciones democráticas para elegir un candidato. Un grupo más o menos numeroso de personas influyentes se reunían en la capital de la República y lanzaban un candidato, como quien arroja una piedra con una honda. Los estudiantes coahuilenses siguieron ese camino y, seguramente, no encontrando a nadie que presentara más probabilidades de éxito, adoptaron como candidato a Cárdenas. ¿Quién era don Miguel Cárdenas, cuál su relieve y cuántos eran sus merecimientos? Era un abogado de unos 35 o 40 años, moreno amarillento, de luengo bigote lacio y cráneo que parecía vetusta bola de billar por causa de extremada calvicie. Como abogado no se había distinguido entre los postulantes. No había desempeñado puestos administrativos ni de elección, llamada impropiamente popular. No contaba en su haber político ni con el prestigio adquirido en una regiduría de ayuntamiento de villorrio. Su nombre no era, no digamos popular, pero ni siquiera conocido. Sus pocos amigos, pues siempre ha sido huraño y retraído, sabían que era yerno de don Cayetano Ramos Falcón, candidato triunfante en 1884 y a quien descaradamente le había escamoteado el triunfo el gobierno general. Se decía que a estas ligas familiares se debía el retraimiento del licenciado Cárdenas de las actividades políticas y se susurraba también que era un candidato sin un peso en el bolsillo, pues una hacienda heredada de su suegro la tenía hipotecada en fuerte cantidad y que ni siquiera estaba al corriente en el pago de los réditos de la, para él, cuantiosa hipoteca.

Sea lo que fuere y los motivos que haya tenido para ello, aceptó la designación, difícil en aquellos tiempos, de candidato popular, para enfrentarse en una lucha política contra poderosos elementos oficiales. Valor o desesperación laudable que fue a la postre coronada por el triunfo.

Con la candidatura de Cárdenas se intensificó la propaganda y los estudiantes redactores de *El Pendón Coahuilense* decidieron hacer una gira en el estado. Su próxima llegada a Saltillo se anunció pro-

fusamente y todos los saltillenses se aprestaron a recibirlos. En esos tiempos, el tren de México llegaba a las 11 de la noche, y a pesar de lo incómodo de la hora, la estación y las calles adyacentes estaban repletas de gente entusiasta que se hacinaba y se desesperaba en larga espera. A la hora anunciada llegaron Alfredo E. Rodríguez, Melchor C. Cadena, Manuel Garza Aldape, Carlos Pereyra, Matías L. Carmona y Rafael Téllez Girón. Había más de 5 mil personas en la estación y todas prorrumpieron en vivas para los beneméritos estudiantes, para el candidato Miguel Cárdenas —cuyo viaje fue diferido tal vez por elementales medidas de prudencia—, y abundaron los mueras para Garza Galán, para Jesús de Valle, jefe político del Distrito del Centro; para Alejandro Elguézabal, para Manuel Amaya, uno de los más prominentes paniaguados del gobernador, y para todos los funcionarios y empleados de aquella administración.

Yo recuerdo con placer y con algo de orgullo aquella imponente manifestación desbordante de entusiasmo. Puedo decir que fue el primer acto cívico que me tocó presenciar. Admiraba el valor de los organizadores que recorrían la multitud bajo las miradas ceñudas y amenazantes de los esbirros galanistas. Hablaron a la multitud congregada el poeta Téllez Girón, Cadena y Garza Aldape. Los tres estuvieron elocuentes. Condenaron enérgicamente los actos y los abusos de la administración; rindieron homenaje al civismo del pueblo que ejercitaba sus derechos a pesar de las amenazas, y auguraban para el estado de Coahuila una nueva era de bienestar, de orden, de progreso y de completo respeto a la ley. El más aplaudido por su vibrante arenga fue el joven Cadena, que contaba con generales simpatías por considerársele jefe del grupo de estudiantes y una verdadera promesa por su energía, por su seriedad y por su cultura. El discurso de Téllez Girón fue incendiario. Alto, muy moreno, de cabellera abundante y ondulada y de bigote negrísimo, con su voz de trueno y amplio ademán oratorio, arrebató a la muchedumbre. Garza Aldape, muy joven, de ojos claros, mesurado en sus gestos y más atildado, se atrajo las simpatías generales.

La manifestación encabezada por los estudiantes recién llegados, encendida por el más grande y desbordante entusiasmo, recorrió las calles cercanas a la estación, torció por la Alameda nueva, que así se designaba generalmente a la que después recibió el nombre oficial de Parque Porfirio Díaz, y siguió clamorosa por las calles de Victoria. Al llegar frente a la casa de Garza Galán, este, que había encaramado en las azoteas a un grupo de gendarmes o soldados, mandó hacer fuego sobre la multitud, resultando de la refriega varios muertos, heridos y contusos. Allí se disolvió aquella hermosa manifestación, dejando un triste saldo y un manchón sangriento sobre el galanismo. Fueron aprehendidos Garza Aldape, Cadena, Matías L. Carmona y otros muchos de los manifestantes, que amanecieron encerrados en unos antihigiénicos calabozos de la penitenciaría, conocidos en Saltillo con el nombre de "tapados", quizás por su falta de luz y de ventilación.

Todo Saltillo, primero, y todo Coahuila, después, se indignó con estos atentados. Las principales damas saltillenses se interesaron por la suerte de los prisioneros y ellas, personalmente, les llevaban a la cárcel los alimentos. Recuerdo que una de las más fogosas, decididas e indignadas era la señora Adela Martínez de Woessner, saltillense casada con don Juan Woessner, entonces cónsul americano en Saltillo y después concesionario para la instalación de las primeras líneas telefónicas en Torreón. La indignación fue tan grande, que los galanistas se vieron obligados a ceder y los estudiantes fueron puestos en libertad a los pocos días.

Por esa época se levantaron en armas unos coahuilenses encabezados por don Emilio Carranza, hacendado y minero de Cuatro Ciénegas, hombre acomodado y enérgico, que gozaba de simpatías en la región norte del estado. El general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y, de hecho, jefe de todas las fuerzas federales en la porción oriental de la frontera norte, asumió el mando de la 3ª Zona Militar, que comprendía los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Trasladó su cuartel general a Saltillo y se dispuso a

batir a los sublevados, que en sendos manifiestos habían declarado que su levantamiento era de carácter puramente local, que respetaban y obedecían a las autoridades del centro, pero que estaban dispuestos a combatir hasta lo último a la administración galanista.

El general Reyes, de carácter ambicioso y absorbente, vio siempre con malos ojos a Garza Galán. Se decía que le profesaba abierta antipatía y que anhelaba el derrocamiento de este obstáculo a sus miras. Por eso no extrañó a nadie que cuando se dirigió a Monclova a combatir a los sublevados, en lugar de combatirlos con su habitual acometividad, entrara en pláticas con ellos y estas, seguramente debido a la influencia de este general con el gobierno federal, dieron por resultado no sólo la renuncia de Garza Galán a su candidatura sino también al gobierno del estado, tres meses y medio antes de que feneciera el periodo para el que había sido nombrado.

La legislatura coahuilense designó gobernador interino al licenciado José M. Múzquiz, profesional honrado, y el general Díaz, tal vez con la idea de no permitir el triunfo completo del pueblo de Coahuila, hizo que en las elecciones ganara el mismo licenciado Múzquiz, quien tomó posesión como gobernador constitucional el 15 de diciembre de 1893, nombrando, en la misma fecha, Secretario General de Gobierno al licenciado Miguel Cárdenas. Resultaron electos diputados a la legislatura don Emilio Carranza, Melchor C. Cadena, Manuel Garza Aldape, Alfredo E. Rodríguez, Matías L. Carmona y otros coahuilenses que figuraron prominentemente en la oposición contra Garza Galán.

El triunfo, aunque no completo, fue una enseñanza para los coahuilenses. Esta lección les habría de servir mucho en las luchas futuras.

Capítulo VI

Los baños y las huertas.— El Fuerte de los Americanos.
Los tranvías perezosos.— La plaza principal.
El templo parroquial de Santiago.— La Capilla del Santo Cristo.
Los mineros de la Iguana.— El Palacio de Gobierno.— La banda municipal.
La Alameda.— El templo más antiguo de Saltillo.— Los tlaxcaltecas.
El Parián.— Saltillo y Nueva Tlaxcala.— La calle del Reventón.
La tenacidad de los colonos tlaxcaltecas.— Censo de 1785.
Las relaciones de las dos comunidades. La colonia madre.
Los cambios de nombres.— Leona Vicario y San Esteban de Villalongín.
Las calles.— Los empedrados.— Las cosas notables de Saltillo.
"Chona", la de los tamales.— El apóstol Santiago.
Las esculturas tlaxcaltecas.— Las campanas de Saltillo.

El año de 1894 transcurrió tranquilo en el Ateneo. Entonces cursaba yo Geometría y Trigonometría, en cuyas clases se turnaban como profesores los exigentes y cumplidos don Manuel Lobo y don Octavio López. En dibujo seguía "El Simétrico" con sus anticipos cubistas. La chocantísima clase de música había sido abandonada por el untuoso Torri y la desempeñaba en propiedad el impetuoso Gariel. El director don Blas Rodríguez había sido substituido por el doctor Dionisio García Fuentes, y era prefecto don Melitón Martínez, quien al poco tiempo fue substituido, a su vez, por don Julio del mismo apellido.

El nuevo prefecto no obligaba a los alumnos, como lo hacía don Miguel López, a permanecer en el Ateneo de las 8 a las 11 de la mañana y desde las dos hasta las cinco de la tarde. Con don Melitón existía sólo la obligación de concurrir puntualmente a las clases, quedando en libertad los alumnos para permanecer en los corre-

dores o para abandonar el plantel en las horas en que no tenían clases. Con ello ganábamos en libertad y ese tiempo lo dedicábamos a diversas correrías por los pintorescos alrededores de Saltillo.

En verano organizábamos paseos a los baños, que los había para todos los gustos y que constituían para nosotros una verdadera delicia. Existían los de las huertas del Pueblo, los de San Lorenzo y los de Altamira. En los tres, por el módico precio de tres centavos, que constituían una "cuartilla" de aquel entonces, se tenía derecho a un baño de alberca y a comer en la huerta toda la fruta de que fueran capaces los respectivos apetitos. Allí nos atracábamos de duraznos, chabacanos, peras y, sobre todo, de manzanas y perones, con la única limitación, que era observada caballerosamente, de no sacar de la huerta fruta en los bolsillos. En los estómagos, toda lo que cupiera, pero fuera de ellos, nada. Nosotros preferíamos los baños de Altamira, pues aunque la huerta era más pequeña, el tanque era más grande y rebosante siempre de agua cristalina. Además, era el más inmediato al Ateneo. Las huertas de San Lorenzo, situadas en un lugar bellísimo, están bastante lejanas, pero cuando teníamos tiempo sobrado emprendíamos la larga caminata para bañarnos en los tanques pequeños alimentados por enormes chorros de agua clara y muy fría siempre, recorriendo la calle de Moctezuma, en aquel entonces habitada por puros tlaxcaltecas y que a pesar del cambio oficial de denominación, se seguía llamando calle Real del Pueblo. Los baños de las huertas eran los menos preferidos. Situados a todo lo largo de la entonces llamada calle de los Baños y también de las Huertas, que hoy se llama de Cuitláhuac, eran alimentados por una acequia, que partiendo de la presa construida en el arroyo del Pueblo, curso de agua de avenidas torrenciales y siempre turbias, después de pasar por los tanques se aprovechaba en el riego de las huertas. Disponíamos de una magnífica práctica de natación, y después del baño se tomaban verdaderos "baños" de sol, pues nadie llevaba toallas para secarse, encomendándose esta tarea al astro rey.

Otras veces hacíamos excursiones al fortín llamado de los Americanos, situado al sur, en las cercanías de los manantiales que surten a la ciudad. Ascendíamos la pelada colina, trepando los muros de adobe que constituían la fortaleza en la que se distinguían aún restos de cañoneras, de polvorines, de aspilleras, y en el centro, una ruina que debe de haber sido una pequeña plaza de armas. Fuera del fuerte y tirado sobre la falda de la loma, existía un gran cañón de hierro, que después fue clavado en la esquina de las calles de Hidalgo y de Iturbide, en el ángulo de la casa que allí hizo construir el gobernador Cárdenas.

Otras veces recorríamos la ciudad en los tranvías, flamantes, recién inaugurados, haciendo todo el circuito, que comprendía unos cinco kilómetros, desde el Santuario hasta la plaza de Zaragoza, pasando por las calles de las Huertas, por las de Victoria, atravesando por entre las dos Alamedas, hasta el antiguo Parián, y volteando por la calle de Santiago, para bajar hasta el Santuario por las calles de Iturbide, con un ramal a la estación, que partía de la Alameda.

Los "carritos" -—como se les llamaba—, de tracción animal, subían penosamente por las empinadas calles y bajaban como catapultas en los descensos. Estos tranvías fracasaron principalmente por las grandes pendientes de las calles y lo corto de los recorridos, pues un trayecto como el de la estación a la plaza principal, que es todo de ascenso, un peatón lo recorría en menos tiempo que los perezosos "carritos". Por esto, la empresa de tranvías fracasó, se suspendió el servicio y la compañía levantó hasta las vías.

Los parques eran nuestra delicia. Ya he hablado de la simpática placita de San Francisco. La Plaza de la Constitución, que es la principal, es apenas mayor que la anterior y en aquel entonces estaba pavimentada con amarillentos ladrillos hexagonales. Sólo en el ángulo sudeste tenía un cuadrado pavimentado con baldosas de mármol negro y blanco, que mandó colocar el general Cervantes. Según se decía, el referido gobernante dejó adquirido todo el mármol necesa-

rio para pavimentar la plaza entera, pero al abandonar el gobierno fue a parar a las casas particulares de algunos funcionarios galanistas. Las farolas, muy elegantes, decoradas con grifos, fueron adquiridas también en tiempo de Cervantes, con los productos de una corrida de toros de aficionados. Las bancas, las fuentes, todo llevaba la indispensable leyenda: "Gobierno Provisional. 1885".

En el costado oriente de la plaza se levanta el templo de Santiago, que siempre fue la iglesia parroquial de la orgullosa villa de Santiago del Saltillo y que un año antes fue elevada a la categoría de catedral, con la creación del Obispado de Saltillo. Con su fachada de toba caliza, refinadamente churrigueresca, tiene una torre que en aquella época no había sido terminada, constituida por un alto basamento cuadrado y macizo, muy sobrio, y un primer cuerpo achatado, de columnas corintias. Después se le agregaron dos cuerpos más y un remate; los dos cuerpos, desiguales entre sí, y el menos alto de estos, que es el segundo, de doble altura que el primero; el remate, antiestético, evocador de pagodas chinas o de cúpulas moscovitas, hasta llegar a una altura total de 71 metros y 21 centímetros. La torre forma con el resto un conjunto poco artístico y hace un marcado contraste con la finura de la fachada. Inmediata a esta, por el lado del norte, se encuentra la Capilla del Santo Cristo, con una sencilla fachada barroca y un campanario bellísimo por sus proporciones, por la elegancia de su segundo cuerpo octagonal y por su remate en cúpula peraltada coronada con una bella y esbelta linterna. La hermosura de la segunda torre y la fealdad de la primera resaltan de una manera notable por estar inmediatas.

En la fachada de la primera se lee una inscripción que reza que la construcción se inició en 1745 y se terminó el 21 de septiembre de 1800, con un gasto de 93 mil pesos, sin contar el valor de los materiales donados por los vecinos. (La torre se concluyó hasta el año de 1897). Antes, este templo tenía hermosos altares de madera tallada y dorada, que después manos bárbaras han substituido, el

principal, con otro de estilo neoclásico, de materiales mezquinos, cubierto con enjalbegados deslumbrantes o con reluciente pintura de aceite.

La Capilla del Santo Cristo guarda en lugar prominente una escultura en madera del Crucificado, venerada en Saltillo desde el mes de marzo de 1608,[6] en que fue obsequiada por doña Beatriz de las Ruelas, esposa de don Santos Rojo, uno de los primeros fundadores del Saltillo. Se construyó con los donativos de los dueños del mineral de la Iguana, en el estado de Nuevo León, que en el siglo XVIII produjo grandes riquezas. Los mineros daban al Santo Cristo toda la plata que se sacaba los sábados de las minas, y esta donación produjo más de 100 mil pesos, con los que se construyó el templo.[7]

En el costado poniente de la misma plaza se levanta el Palacio de Gobierno, edificio chato de dos pisos, de fea arquitectura y de pésima construcción y distribución. En el costado sur hay una serie de casas de dos pisos que deben de ser de las más antiguas de Saltillo y cuyas fachadas, aunque sencillas, tienen cierto carácter por sus balcones y cornisas de cantería muy volados. Hacia el norte hay unos soportales sin concluir, pues a simple vista se nota que les falta un entablamento o bien un segundo cuerpo.

En la Plaza de la Independencia tocaba todos los jueves y domingos, en las noches, la banda municipal dirigida unas veces por el profesor Práxedes Reyna, maestro de muchos músicos saltillenses y prestamista, y otras, por don Zeferino Domínguez, maestro filarmónico que dividía su tiempo entre la música y su oficio de hábil carpintero. Los mismos días, en la tarde, la misma banda municipal, incansable, tocaba en la Alameda, o más bien dicho en la Alameda vieja, como se le llamaba en aquel entonces y que no es otra que el Parque Zaragoza, como se le conoce ahora por designación oficial.

[6] (Nota de VAR). *Catecismo Geográfico*…, p. 77.

[7] (Nota de VAR). J. Eleuterio González, *Lecciones orales de historia de Nuevo León, Monterrey*, 1887, p. 305.

Tanto a la Alameda como a la Plaza de la Independencia concurrían asiduamente, en los días de música, las principales familias saltillenses y las clases populares, acostumbrándose que los hombres pasearan en un sentido y las señoras y señoritas en dirección contraria.

Esta Alameda es bellísima, sobre todo por su hermoso y frondoso arbolado compuesto de corpulentos fresnos y nogales que dan tupida sombra. En aquel entonces existían enormes bancas de cantería, como se designa en Saltillo a una toba caliza bastante compacta que abunda en los alrededores, cubiertas con rojos y bruñidos repellados. Anejo a este parque, y separada tan sólo por la calle de Victoria, está la Alameda nueva, plantada de troenos, que con su follaje, muy diferente a la inmediata, establece una división bien marcada entre las dos alamedas.[8] Junto al ángulo sudoeste de la Alameda vieja, se

[8] (Nota de VAR). En la obra Monografía histórica de la ciudad de Saltillo por el licenciado Tomás Berlanga, publicada en 1923, se encuentran los siguientes curiosos datos sobre la Alameda. (pp. 131 y 132). "…Desde el año de 1836 en adelante, los ayuntamientos y Gobierno del Estado se preocuparon en formar una hermosa Alameda al lado poniente de la ciudad; mas, como sus recursos eran exiguos, poco se hizo, en verdad, hasta los años de 1856 a 1860, en que, debido al empeño del Sr. D. Luis Cepeda, saltillero distinguido, lo mismo por su patriotismo que por su carácter emprendedor, y por su afán de mejoramiento de la población, quedó encargado, según los datos verbales que he podido recoger, juntamente con el muy estimado por su honorabilidad y sus servicios públicos, Sr. Don José María Arizpe, de hacer una plantación de fresnos en lo que entonces era la Alameda, que se reducía a la parte Norte de la actual.

"Hacía algunos años que sufría una prisión el famoso Braulio Flores, apodado 'El Rey Dormido', por haber matado, en riña, a un hombre, y Flores pidió que se le condonara lo que le faltaba de su pena, a condición de formar, él, los cuadros de las Alamedas, y hacer la plantación correspondiente.

"Se accedió a esta petición, debido a la consideración de que, Braulio Flores, inspirado en un patriotismo *ad hoc*, había matado un gran número de americanos durante la intervención de 1847 y 1848 valiéndose del medio de emborracharlos y sacarlos fuera de la ciudad, y matarlos a cuchilladas, pues era de complexión eminentemente robusta y de un valor y de una audacia sin iguales.

"Tan es así, que, habiéndolo aprehendido las fuerzas invasoras y condenado a la horca, dos o tres días antes de la batalla de La Angostura, se lo llevaron a Buenavista, donde las fuerzas norteamericanas tenían su campo y centro de operaciones, y allí vigilado por un guardia, pidió un sacerdote para confesarse, obligando a este a que le cediera sus ropas talares que se puso el 'Rey Dormido', y manteniendo en el brazo izquierdo la pesada bala que con una larga cadena remataba en uno de sus pies, repentinamente, hizo un poderoso impulso de carrera, echándose sobre el guardia que tenía enfrente y

colocó la estatua ecuestre del general Ignacio Zaragoza, modelada por el escultor Jesús Contreras.[9]

El templo más antiguo es el parroquial de San Esteban, construcción modesta casi toda de adobe y con la particularidad de tener una bóveda hecha exclusivamente con ese ladrillo crudo. Sus techos son de madera, habiéndose empleado largas y resistentes vigas para cubrirlo. Esta iglesia la comenzó a construir fray Lorenzo de Gavira en el año de 1582, inmediata al lugar en que este fraile erigió el primer convento franciscano, y fue destinada a templo parroquial de los tlaxcaltecas llevados por Urdiñola en 1591, y que formaron por más de dos siglos un pueblo separado de la villa de Santiago del Saltillo, en la que habitaban los españoles y criollos. El pueblo de San Esteban de Nueva Tlaxcala o la República de Nueva Tlaxcala, como la llamaban sus residentes, hasta principios del siglo XIX elegía separadamente su ayuntamiento, integrado en su totalidad con tlaxcaltecas.[10]

---

abalanzándose sobre un caballo que montó a pelo, en el que se huyó salvándose en presencia de un gran número de soldados, que dispararon repetidas veces sobre él, sin causarle daño.

"Estos méritos del 'Rey Dormido' le granjearon general simpatía pública, y debido a eso se accedió a su petición y se le permitió que, al mando de los presos que se pusieron a sus órdenes, plantara, como plantó, los fresnos del campo que ahora tanto sombrean, majestuosos, a la antigua Alameda, y que constituyen su más bello adorno".

[9] (Nota de VAR). La estatua fue removida años después del lugar en que fue primitivamente colocada. Antes no estorbaba el tráfico de vehículos y los tranvías circulaban libremente por entre las dos Alamedas, tan diferente una de otra por el trazado de sus calles y por su arbolado. Se cometió el error de colocar esa estatua en el eje central de la calle de Victoria, entre las dos Alamedas, uniendo dos parques enteramente distintos y cortando y obstruyendo el tráfico de la principal arteria de Saltillo. Se arregló, además, en la parte de la calle de Victoria comprendida entre las dos Alamedas, un ridículo jardincillo, con el agregado de una fuente, formando todo un conjunto poco gracioso.

[10] (Nota de VAR). Obra en mi poder copia del expediente que existe en el Archivo del Ayuntamiento de Saltillo: "Año de 1667. Carpeta Núm. 40. Elecciones que anualmente se hacen en el Pueblo de San Esteban de Tlaxcala de los sugetos que han obtenido los empleos de la República, con aprobación de los superiores, desde el año de 1675 al de 1814". El expediente está trunco en su primera parte, pues no figuran las actas de elecciones que se hacían ante el capitán protector de la República, sino desde el año de 1675 hasta las efectuadas en diciembre de 1813 para el ayuntamiento que debía fungir en 1814. Es un voluminoso expediente en que constan las actas de las reuniones que anualmente celebraban "el gobernador, alcaldes, justicias, regimiento y principales tlaxcaltecos del pueblo de San Esteban de las cercanías de la villa de Santiago del Saltillo",

La República, o el Pueblo, como se le designaba simplemente, estaba separada de la villa de Santiago del Saltillo por una acequia que discurría en el eje de una calle, que ahora se llama de Allende, y que corre de sur a norte por un costado de lo que entonces era el convento de San Francisco. En los terrenos que fueron del convento se levantan ahora algunas casas comerciales, y en los del antiguo atrio y cementerio de San Esteban el infatigable general Cervantes construyó en 1885 el Teatro Acuña, después destruido por el fuego. También, según el dicho de vecinos muy antiguos, se tomó parte del convento referido para construir el mercado o Parián, edificación cuadrada y cerrada por una serie de arcos separados entre sí por robustas pilastras toscanas, que sostenían la techumbre de cuatro crujías cubiertas que limitaban, a su vez, un patio descubierto.

El Parián, en donde se expendían las excelentes legumbres y frutas de Saltillo y que en época de vendimia se veía materialmente lleno de uvas de Parras, fue destruido posteriormente para levantar en el mismo sitio un alto edificio de cantería de San Luis Potosí, destinado para alojar las oficinas del Banco de Coahuila y un hotel.

Esa calle de Allende, en cuyo eje corría la acequia que servía de separación a la villa y al pueblo, y que fue motivo de una serie de querellas y conflictos entre saltillenses y tlaxcaltecas que duraron por más de un siglo, aun cuando las placas ostentaban el nombre moderno, por fuerza de inveterada costumbre se seguía llamando al norte de la calle de Victoria, que es la perpendicular, "calle del Reventón". Los vecinos viejos me decían que el origen de ese nom-

---

para elegir a sus nuevos funcionarios y, además, actas de escrutinio en que se asientan minuciosamente los nombres de las personas que recibieron votos para regir los destinos de la República y el número respectivo de ellos. Contiene también actas en que juraban los electos, por la Santa Cruz, cumplir fielmente su cometido, y documentos que contienen la aprobación dada a estas elecciones, unas firmadas por los gobernadores de la Nueva Vizcaya, otras por el virrey, y las últimas por el gobernador de la Provincia de Coahuila. En muchas actas de escrutinio figuran los nombres de los barrios que componían el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala y que eran los siguientes: San Esteban, Santa Ana, La Purificación, La Concepción y San Buenaventura.

bre venía de que la acequia había sido trazada a reventón de hilo o de cordel. La parte sur se llamaba "calle de Landín", y a partir de esa calle, hacia el poniente, habían sido establecidos los huachichiles, a quienes los tlaxcaltecas deberían servir de padrinos y maestros para llevarlos a la vida civilizada, de "indios doctrineros", como rezan algunos documentos de la época, por más que estos huachichiles se lanzaran de nuevo al poco tiempo a la vida nómada y los "doctrineros" se quedaran con sus tierras y solares, que defendieron tenaz y enérgicamente contra la codicia de los españoles avecindados en la villa, como defendieron también altivamente todas sus prerrogativas, impidiendo que los alcaldes saltilleros entraran a su pueblo con vara de justicia.

Todavía hasta hace muy pocos años, los bautizos, los matrimonios, etcétera, de los vecinos de la parte de Saltillo situada al poniente de la empinada "calle de Landín" y de su prolongación, solamente podían efectuarse en la parroquia de San Esteban, estando reservado el templo parroquial de Santiago para los vecinos de la parte oriental, o sea los de la antigua villa. Hasta hace muy poco había un panteón en la parte oriental de la ciudad, que se llamaba "el principal", y otro en la occidental, "el del pueblo". Ahora, también hay dos panteones, el antiguo del pueblo y otro inmediato que ha substituido al principal, que se clausuró.

De lo que eran las dos comunidades y de sus relaciones pueden dar una idea bastante exacta el censo hecho en 1785,[11] que dio para la villa de Saltillo 2,709 habitantes y para el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala 2,510 habitantes, y el relato del verídico y observador padre Morfi, quien acompañando en su calidad de capellán al comandante de Croix, llegó a Saltillo el 24 de noviembre de 1777 y permaneció allí hasta el 29 del mismo mes. En su diario de viaje habla de la envidiosa avaricia de los vecinos de la villa, que no contentos

[11] (Nota de VAR). Censo del Distrito de Saltillo. Archivo del Ayuntamiento. Año de 1785. Carpeta Núm. 42. Copia de este documento en poder del autor.

con la inmensidad de tierras de que gozaban, querían a cualquier precio hacerse dueños de las posesiones de los tlaxcaltecas, con objeto de reducir a estos a la esfera de peones y poder así beneficiar sus labores con pequeño costo. Agrega Morfi que, con su prudencia, los tlaxcaltecas triunfaron siempre y conservaron íntegros sus privilegios, aplicándose con extraordinario amor a la labranza, por lo cual sus tierras estaban perfectamente cultivadas, sin que se viera en ellas un solo palmo eriazo, siendo ellos los productores de todas las frutas, legumbres, leche, etcétera, que se consumían en Saltillo. A la colonia de tlaxcaltecas establecida inmediata a Saltillo la llamó Morfi "colonia madre" de muchos pueblos de Coahuila y Nuevo León, que se fundaron con colonos tlaxcaltecas sacados de ella.

La indebida manía, muy generalizada en la República, y muy especialmente en Coahuila, de cambiar los nombres de lugares y calles, ha hecho que se pierdan o estén a punto de perderse con el tiempo muchos nombres antiguos de valor histórico. Los nombres de las calles de Saltillo han sido cambiados en numerosas ocasiones y lo mismo ha acontecido con los de otras poblaciones. Un villorrio a orillas del Bravo, que se llamaba Las Vacas, fue erigido en villa por los aduladores de Garza Galán y se le dio el nombre del cacique, para que apenas caído este, la legislatura expidiera un decreto aplicándole de nuevo el primitivo nombre, el que a la postre fue cambiado por el de Acuña, en honor del inspirado poeta saltillense. Candela se transformó en Romero Rubio, para volver a ser Candela de nuevo. Piedras Negras se llamó por algún tiempo Porfirio Díaz, para recuperar su antiguo nombre, perderlo de nuevo y recobrarlo otra vez, esperando que ya la última designación sea estable. Nuestra bella Saltillo también ha cambiado de nombre, aunque al fin ha prevalecido el antiguo, con la única variante de haberle quitado el artículo que precedía al actual. Antes era "El Saltillo", ahora es Saltillo, a secas. Pues bien, este nombre también ha tenido sus andanzas. En 13 de noviembre de 1827, por decreto del Congreso local, la villa de San-

tiago del Saltillo fue elevada a la categoría de ciudad con el nombre de Leona Vicario, y el pueblo de San Esteban recibió el nombre de Villalongín, sin que se haya podido averiguar hasta ahora a qué se debió esta peregrina denominación. ¿Fue para honrar a algún héroe desconocido, para rememorar algún hecho de armas, para perpetuar alguna tradición o por simple manía de cambiar nombres? No se sabe y las actas existentes del Congreso nada aclaran sobre el particular.[12]

Esta designación no prosperó, pues el 2 de abril de 1831 se derogó el decreto anterior, mandando que el pueblo de Villalongín quedara agregado a la ciudad de Saltillo, formando parte de la capital del estado.[13]

Respecto de los nombres de las calles ha acontecido cosa idéntica. Ya hemos visto que las calles de Landín y del Reventón se transformaron en calle de Allende; que la calle Real del Pueblo se convirtió en calle de Moctezuma, y ahora diremos que la calle Real se volvió calle de Hidalgo; la de la Estrella, de Juárez; la del Curato, calle de Victoria; la de Santiago, de Victoriano Cepeda; la del Huizache, de Morelos; la del Cerrito, calle de Bravo; la de la Cruz, de Manuel Acuña; la de la Purísima, de Zaragoza; la del Álamo Gordo, de Aldama; la del Mezquite, calle de Iturbide; la del Perico, de Mina; la de los Sauces, de Xicoténcatl, y la de las Maravillas, de Netzahualcóyotl.

Todavía en el año de 1894 corrían por muchas calles de Saltillo acequias que regaban huertas plantadas en el centro de la ciudad, pero casi siempre hacia la parte occidental. En ese mismo año todas las calles estaban empedradas con guijarros redondos extraídos del

[12] (Nota de VAR). El licenciado Berlanga, que da amplios detalles sobre el asunto en su Monografía impresa en 1923, publica la iniciativa y el decreto respectivos en los que aparece que se pedía que el nombre de Saltillo fuera cambiado por el de Vicario Quintana y el del pueblo de San Esteban de Nueva Tlaxcala por el de San Esteban de Villalongín. Don Francisco Madero, padre de don Evaristo y abuelo del presidente Madero, propuso la designación bizarra de "Indalecio". Berlanga conjetura que esto se debió al deseo del referido señor Madero de honrar de esta manera la memoria de Indalecio Allende, hijo del Generalísimo, muerto en las Norias de Baján por el traidor Elizondo.

[13] (Nota de VAR). Carlos E. Suárez, *Opúsculo sobre la Historia de Coahuila*, pp. 18 y 20.

arroyo impetuoso que cruza por el poniente de la ciudad, lo que las hacía limpias y a prueba de las corrientes torrenciales de los fuertes aguaceros. Con esos empedrados, los vehículos de férreas llantas hacían un ruido ensordecedor, pero no había las nubes de polvo que ahora se levantan, cubriendo de una tristona capa gris todas las fachadas desde que en la época de Miguel Cárdenas se tuvo la ocurrencia de levantar los primitivos e higiénicos empedrados para substituirlos con pavimentos modernos de superficie tersa, que nunca fueron tales, pues las calles a las que se les puso una capa de cascajo y de tierra más o menos bien apisonada, en el primer aguacero quedaron, por efecto de la erosión, con el piso original en que las encontrara Urdiñola. Son intransitables en la temporada de lluvias por los lodazales e insoportables cuando las orea el sol, por lo polvorientas y por lo desiguales.

Entre las cosas curiosas de Saltillo, existía un sastre llamado Juan Dávila, notable por su apostura y gallardía. Hombre de unos 40 años, usaba largos y levantados bigotes y piocha. Simpático, con el pecho bombeado, paseaba por las calles y era inevitable en todas las serenatas y fiestas, vistiendo siempre irreprochablemente con jaquet, prenda no muy común en Saltillo y menos como la usaba Juan Dávila, en todas partes, a todas horas y en todas las circunstancias. Era un verdadero tipo popular, y tal vez por eso se decía en las charlas y corrillos que las cosas más notables de Saltillo eran Juan Dávila y Chona, la de los tamales. Esta era una anciana tlaxcalteca que tenía un merendero frente al costado sur del Santuario de Guadalupe, en aquel entonces modesta capilla. Allí la buena Chona, ya en un sencillo comedor amueblado con toscas mesas y sillas de tule o bien bajo rústica pérgola cubierta por frondosas y tupidas guías de chayote, que dejaban colgar los espinosos frutos, servía unas magníficas enchiladas y sabrosos tamales, rociados con café aguado, infusión muy popular, o con atole exquisito o con tlachique curado, mejor que el mejor vino de Grecia. En el comedor, en lugar

prominente, colocado en una repisa, había una escultura de madera, de unos 50 centímetros de altura, representando al apóstol Santiago con una descomunal lanza en su diestra. El caballo era descomunal también; el apóstol tenía piernas larguísimas y brazos muy cortos y su gesto era imponente.[14] Esta escultura era conocida por todo Saltillo, como lo eran los opíparos platillos preparados por la famosa Chona, que compartía la simpatía de los saltillenses con el sastre Juan Dávila, entonces árbitro de las elegancias de la capital de Coahuila.

No se me olvidarán nunca los majestuosos y sonoros toques de las campanas del templo de Santiago de Saltillo. Las enormes campanas llamaban a los fieles a misa, pero cuando doblaban más sonoramente, imponiendo respeto aun a los descreídos y obligándolos al recogimiento, era a medio día, a las tres de la tarde, a las seis y a las nueve de la noche. Creo que esos toques señalan desde tiempo inmemorial las horas de las oraciones y el último, el de queda. Los ecos de los bronces, siempre graves, pausados y lentos, repercutían majestuosa y melancólicamente por todos los ámbitos de la tranquila ciudad y del valle alegre, cubierto de trigales y ornado a trechos con espesos manchones verdes de frondosas arboledas.

[14] (Nota de VAR). El doctor González, en sus *Lecciones orales de historia de Nuevo León*, pp. 86 y 305, asegura que los tlaxcaltecas del pueblo de San Esteban eran magníficos escultores en madera, que el pueblo de Bustamante, fundado con el nombre de San Miguel de Aguayo, fue formado originariamente con escultores tlaxcaltecas; que todas las esculturas que se veneraban en Monterrey, según el decir del doctor Mier, eran obra de los escultores tlaxcaltecas y que estos, en las fiestas de Salinas, acudían a vender santos de bulto hechos por ellos.

Capítulo VII

La Escuela Normal de Saltillo, lugar prominente de Coahuila
en materia de educación pública.
La inundación de la villa de Abasolo.— Una corrida de toros de aficionados.
Ignacio Núñez, matador sui generis. *Los primeros discípulos de* Ojitos.
Las reinas.— Dos buenos gobernadores.— Cárdenas, gobernador de Coahuila.
Su labor administrativa.—Su timbre de gloria.— Sus yerros.
La supresión del Ateneo. La Escuela Tecnológica.— La manía profesional.
Deserción de profesores competentes y de alumnos del Ateneo.
Cerrado el camino.—- Desilusiones y horas amargas.
La negativa de Cárdenas.— El Colegio Militar.— El viaje.
La firme voluntad de vencer.

En el mismo año de 1894 se fundó la Escuela Normal de Profesores. Para ello se trajeron los mejores pedagogos jóvenes recibidos en la Escuela Normal de Jalapa y muy especialmente escogidos entre los más competentes por el distinguido maestro Rébsamen. El primer director de la Normal de Saltillo fue el profesor Luis A. Beauregard, joven de distinguidísima presencia que de inmediato captó las simpatías generales de Saltillo por su conducta, su educación, su saber y su modestia. Varios compañeros del Ateneo nos abandonaron para seguir los cursos de la Normal. Entre ellos recuerdo a Rubén Moreira, un excelente muchacho de Monclova, a Dionisio Marines Valero, a Anastasio Gaona, a Apolonio Avilés, a Mateo de León y a Leopoldo Villarreal Cárdenas. Todos se recibieron y han ejercido brillantemente la noble carrera del magisterio, habiendo algunos de ellos llegado a ocupar la dirección de la Escuela Normal de Saltillo y otros la de la Escuela Normal de Profesores y la de Maestros en la

capital de la República. Esta fundación fue de grandísima importancia para Coahuila, pues de esa escuela ha salido una legión de educadores y educadoras que, con su esfuerzo y con sus conocimientos, hicieron ocupar al estado el primer puesto entre todas las entidades federativas, al celebrarse en 1910 el primer centenario de la Independencia nacional.

Yo continué mis estudios en el Ateneo. Fundamos una sociedad científico-literaria, cuyos miembros se reunían semanalmente en la biblioteca del plantel para dar conferencias sobre diversos temas. Era presidente de esta sociedad Juan Antonio González y tesorero Pablo Valdés. A mí me tocó una conferencia y, escogido el tema libremente, diserté sobre la importancia del estudio de la Geografía.

En esas fechas se registraron serias inundaciones en un pequeño pueblo del norte de Coahuila llamado Abasolo y, para remediar la situación de los damnificados, se organizaron varios festivales de beneficencia. Los alumnos del Ateneo organizamos una corrida de toros con ese fin. Después de muchas discusiones acordamos que sería de cuatro toros a muerte, que estos serían estoqueados por Manuel Riojas, muchacho de la villa Progreso, que habría cuatro banderilleros que se encargarían de "adornar" por riguroso turno cada uno de los cuatro toros. No habría picadores, pero sí "lazadores". Yo fui designado banderillero y me tocaría poner los rehiletes al segundo toro. Hasta esa fecha había presenciado solamente unas cuantas corridas. Acompañando a mis tíos, quienes eran muy aficionados a este espectáculo, me embelesaba con las hazañas de Ignacio Núñez, un matador muy popular en Saltillo. Era potosino, pero había residido mucho tiempo en la capital de Coahuila. Muy valiente, de estatura corpulenta y hasta gruesa, se liaba con los toros y no había res que, tras de unos cuantos muletazos embarullados y rabiosos, no saliera muerta de sus manos a la primera estocada, que por lo general era golletazo y hasta meti-saca. Entonces nadie se fijaba en esos refinamientos y sutilezas de la quietud de pies, de guardar la

línea, de tirarse rectamente, de vaciar, de hacer la cruz y de la colocación de los estoques. En aquella época se exigía que el torero fuera valiente y pronto, y que el toro rodara muerto de la primera estocada. ¡Guay del torero que se eternizara pinchando!

Ya organizados todos los preparativos, nombramos tres reinas, fijándonos en otras tantas distinguidas señoritas, que lo fueron María de Jesús de Valle, María de Jesús Rodríguez y Julia Pérez. La última era una morena muy inteligente, de grandes ojazos negros, que contaba con generales simpatías entre los estudiantes y la considerábamos como nuestra compañera, pues seguía los cursos del Colegio Inglés.

El día fijado, vestidos con unos pantalones blancos de dril, albas camisas y anchas bandas de seda azul, a guisa de fajas, esperábamos ansiosos el toque del clarín en la puerta de las cuadrillas. Ya estaban encerrados cuatro toros de la hacienda de la Tortuga, que más que de toros tenían el aspecto y la corpulencia de bueyes de carreta. Los tendidos estaban llenos y cuando las reinas gallardas y bellas ocuparon sus puestos, hicimos el desfile. El primer toro fue banderillado muy bien por Salomé Garza Aldape y fue muerto de un certero chalecazo por Riojas, quien con su valentía y decisión provocó una tempestad de aplausos. Había salido como asesor de la cuadrilla de imberbes aficionados Saturnino Frutos, Ojitos, después maestro de Gaona, y que antes había establecido una escuela de toreo en un corralón situado frente a la Alameda. Ojitos me instruyó previamente, y cuando llegó mi turno en el segundo toro, me puse, disimulando el miedo que traía, frente a la bestia, citándola; pero el buey no acudía, y cuando me acercaba, el animal volvía grupas. Era un manso de solemnidad que deseaba lo dejaran en paz. Según dictamen de Ojitos, había que acudir a la media vuelta. Con este recurso y no pocas fatigas y sobresaltos, clavé tres pares de banderillas, más cerca de los costillares que del morrillo y todos muy desiguales. La corrida terminó sin el menor incidente y sin el más mínimo revolcón. Riojas

estuvo muy intrépido y muy certero; despachó a sus cuatro toros de otros tantos meti-sacas. A todos nos premiaron las reinas con hermosas bandas de seda y yo recibí la mía de manos de la bella Julia Pérez. El resultado de la corrida fue regular para los inundados, pues quedó un beneficio de unos 500 pesos.

Mi padre no asistió a la corrida por no gustarle esta clase de diversiones. Sólo asistió uno de mis tíos, pero a la salida encontré a mi buena madre en una de las puertas, con una manta que había llevado para envolverme en ella en caso de que sufriera algún golpe o cornada.

En el mismo año dejó el Gobierno de Coahuila el licenciado Múzquiz y fue nombrado gobernador interino don Francisco Arizpe y Ramos, rico industrial saltillense propietario de una gran fábrica de hilados situada en las inmediaciones de la capital. El señor Arizpe y Ramos, de carácter altivo e independiente, no duró mucho tiempo en el gobierno, pues renunció a su cargo poco después. Se rumoraba que esta separación había sido motivada por los reiterados intentos del general Reyes para inmiscuirse en la administración coahuilense, cosa a la que se opuso siempre con la mayor entereza el señor Arizpe y Ramos. Tanto Múzquiz como Arizpe y Ramos dieron muestras de honradez y de ideas progresistas en el corto tiempo que desempeñaron el Gobierno del Estado. Para substituir al gobernador dimisionario fue nombrado gobernador interino de Coahuila el licenciado Cárdenas, quien habría de ocupar el puesto hasta el año de 1909. La larga gestión de Cárdenas fue señalada por muchos aciertos administrativos, por una gran moralidad en el manejo de los fondos públicos, por el enorme desarrollo que adquirió la región lagunera, muy principalmente las ciudades de Torreón y San Pedro de las Colonias; por la construcción de vías férreas que ligaron a la capital del estado con la región lagunera y con los distritos de Monclova y de Zaragoza —Río Grande— que, por un verdadero contrasentido, estaban bien unidos con Monterrey, estableciéndose así con esta última capital una

interdependencia económica nociva para los intereses de Coahuila y de Saltillo. Cárdenas mejoró las condiciones higiénicas de la ciudad de Saltillo con las obras del drenaje y la abasteció de agua con cañerías modernas y, por último— y este constituye su mayor timbre de gloria— fomentó y llevó a envidiable altura la educación pública, estableciendo escuelas, mejorando las existentes y estimulando en todas ocasiones a los maestros, a los que dignificó siempre y mejoró en sus condiciones materiales de vida. Los enemigos de Cárdenas lo acusan de haber sido demasiado plegadizo a la voluntad de Reyes, de quien fue gran amigo y simpatizador, y de haberse enriquecido durante el tiempo en que fue gobernador, convirtiéndose en uno de los principales, si no en el principal, latifundista de Coahuila. El primer cargo es cierto. Cárdenas siempre fue uno de los satélites que giraban en la órbita de Reyes y este fue el motivo de su caída, cuando en 1909 los científicos decidieron la muerte política del general que dominaba en los estados que en las postrimerías del Virreinato formaron las Provincias Internas de Oriente y que a mediados del siglo pasado cayeron bajo la férula del procónsul Vidaurri. Sobre el enriquecimiento de Cárdenas, cabe advertir que nadie hasta ahora le ha hecho un cargo fundado de haberse apropiado de los caudales públicos. Él rindió cuentas bien claras de su gestión administrativa y a estas cuentas les dio gran publicidad. Además, llevó siempre una vida humilde. Nadie le conoció en su vida privada despilfarros ni desórdenes.

A fines de 1894, la Legislatura de Coahuila, a propuesta del gobernador Cárdenas, expidió un decreto que sembró alarma y desconcierto entre todos los alumnos del Ateneo. Ya antes se habían suprimido los cursos profesionales, dejando subsistir tan sólo el de Ensayador de Metales. Ahora, por el nuevo decreto, se suprimía el Ateneo Fuente, institución respetabilísima fundada el 1 de noviembre de 1867 por el gobernador de Coahuila, general Andrés S. Viesca, veterano de la guerra de Intervención, quien se cubrió de gloria en

la batalla de Santa Isabel, lugar cercano a Parras, en donde derrotó a una fuerte columna de franceses y traidores. El Ateneo disfrutaba de generales simpatías en el estado, pero Cárdenas suprimió esta benemérita escuela para fundar en su lugar la Escuela Tecnológica Juan Antonio de la Fuente, la que debería inaugurarse a principios de enero de 1895.

Se publicaron los programas de estudios de la flamante escuela y estos eran completamente diferentes de los antiguos del Ateneo y, por ende, de los de la Escuela Nacional Preparatoria de México. Con esos estudios se tendía a impartir una educación práctica a los alumnos, alejándolos del profesionalismo. Se trataba de formar buenos mecánicos, buenos electricistas, buenos artesanos capaces de dirigir un taller o una industria, y para ello se habían inspirado los autores en los planes de estudios de las escuelas tecnológicas similares norteamericanas. En la confección de estos planes tuvieron participación los ingenieros Felipe Cárdenas y Pedro Ríos, el primero hermano del gobernador, y el segundo amigo íntimo suyo, los dos educados en Estados Unidos.

La idea, además de atrevida, era buena, pero no podía prosperar en aquel entonces porque hubiéranse necesitado grandes recursos para la adquisición de material de laboratorios y talleres y la instalación de maquinaria costosa para las prácticas de los alumnos. Además, escaseaban, no sólo en Saltillo, sino también en toda la República, profesores especializados en la enseñanza de las diversas materias que debería comprender la educación práctica de los alumnos. Para hacer las instalaciones en tiempo perentorio faltaba dinero. Respecto de los profesores, era imposible improvisarlos de la noche a la mañana entre el grupo de profesionistas, abogados, médicos e ingenieros que tenían conocimientos generales y hasta cierto punto enciclopédicos, pero que eran del todo inadecuados para dar la instrucción que requería el nuevo programa. Por estos motivos fracasó a la postre una idea y una iniciativa que eran fundamen-

talmente buenas, pero inaplicables en aquella época por las causas apuntadas.

La idea de Cárdenas era generosa. Trataba de salvar a la juventud coahuilense de los mirajes funestos del profesionalismo que tantos daños ha causado a México con la numerosa legión de abogados picapleitos, la mayoría tramposos y enredadores, y de médicos sin clientela, muchos de los cuales, para poder subsistir, se convierten en charlatanes y embaucadores. Quería formar una nueva generación de hombres independientes y trabajadores con un caudal suficiente de conocimientos prácticos para que emplearan sus energías en la industria, en el comercio, en la agricultura y en el ejercicio de las diversas artes, apartándolos de la tentación de convertirse en parásitos del estado.

Renunció el doctor García Fuentes, inconforme con estas innovaciones, y asumió la dirección de la escuela reformada el ingeniero Pedro Ríos. Pero, desgraciadamente, ni entonces ni con el transcurso de los años se pudo organizar una verdadera escuela tecnológica que respondiera a sus elevadas finalidades, y el antiguo Ateneo, mermado el número y la idoneidad de profesores y con sus antiguos laboratorios, siguió funcionando con planes de estudios mutilados que no servían ni podrían servir después para continuar una carrera profesional, ni mucho menos para preparar a los jóvenes para la lucha por la vida. Los profesores más competentes renunciaron a sus clases, inconformes con el caos del nuevo programa y con las medidas implantadas por el ingeniero Ríos, un hombre enamorado de los métodos sajones de educación, pero incapaz, por insuficiencia de recursos de la escuela y por falta de personal empuje y de espíritu organizador, para implantarlos.

El antiguo y venerado Ateneo sufrió grave quebranto y los alumnos en masa desertaban de sus aulas. Los que seguían los cursos superiores de la enseñanza preparatoria emigraron a México y a San Luis Potosí, para continuarlos. El año de 1895 quedamos pocos

alumnos en la Escuela Tecnológica, casi todos de primero, segundo y tercer años, cursando materias disímbolas y que ni siquiera podían ser revalidadas en la Escuela Nacional Preparatoria de México, por la disparidad evidente de los programas.

Esta innovación tuvo una influencia trascendental en mi vida y en mi futuro. Sugestionado por las ideas de la época, yo tenía también la aspiración de seguir una carrera profesional. Ya había meditado sobre el asunto y después de una serie de comparaciones sobre la bondad de las diversas carreras profesionales, había optado por seguir la de ingeniero, y precisamente la de ingeniero de minas, que, en mi concepto, era de gran porvenir. Nunca tuve inclinación ni vocación por la de abogado o la de médico, pues me parecía que estos profesionistas medraban a costa de las desgracias humanas: los pleitos, desgracias morales, y las enfermedades, desgracias físicas. La de ingeniero me parecía noble y levantada y en la única donde hay moralidad, porque coexiste con la responsabilidad, mientras en las otras, predominan las argucias, en la primera, y el empirismo en la segunda, y una irresponsabilidad completa en las dos. Por tanto, salvo en rarísimas excepciones en que se trata de abogados y de médicos medularmente honorables, no puede haber moralidad.

La reforma nos cerraba enteramente el camino para seguir una carrera profesional, y todos los alumnos del Ateneo estábamos allí para eso. De allí el desconcierto y el descontento latentes, que aumentaron cuando palpamos de bulto los inconvenientes, las deficiencias y la desorganización absoluta de la nueva escuela. No pensábamos en otra cosa sino en la forma de abandonarla y marcharnos a otra parte a continuar nuestros estudios preparatorios. Recibíamos cartas de México y de San Luis Potosí en las que nuestros antiguos compañeros nos ponderaban entusiastamente las bellezas de esas ciudades y nos animaban a seguirlos.

Decidí abandonar el Ateneo para seguir los estudios preparatorios en México o en la capital potosina, pero tropezaba con el obstáculo

insuperable de la carencia de los elementos más indispensables para poder sostenerme en otra parte. Hablé con mi buen padre, perfectamente documentado con los informes que había tomado de los compañeros que ya se encontraban en San Luis Potosí y en la capital de la República, de los que se desprendía que con una mensualidad de 15 pesos era suficiente para vivir con modestia. Tanto mi padre, que apoyaba ardientemente la idea de que no truncara mis estudios, como yo, llegamos a la conclusión dolorosa de que no era posible para el autor de mis días sufragar esa pequeña cantidad. Yo conocía las penurias de mi familia y estaba perfectamente capacitado para comprender que los limitados ingresos de mi padre no bastaban para hacer el gasto que hubiera demandado mi educación fuera de mi pueblo natal.

Fueron horas angustiosas y agrias en las que no encontraba la senda que debería seguir, horas llenas de indecisiones y de torturas, en las que se desvanece una ilusión largamente acariciada y la realidad rompe los ensueños más queridos. Hice un esfuerzo supremo y, de acuerdo con mi padre, un día, muy temprano, haciendo acopio de audacia y de voluntad, me dirigí a la calle de Hidalgo, en donde vivía el gobernador. Toqué resueltamente y cuando esperaba encontrarme con un sirviente agrio que me impidiera el paso y me negara al gobernador o me expresara que no podía recibirme, al abrirse la puerta advertí con sorpresa que don Miguel Cárdenas era el que estaba en presencia mía. Yo lo conocía porque tenía amistad con mi padre y él también me conocía y hasta me tuteaba. Lo saludé con cierto embarazo y cuando él, sin invitarme a pasar, me preguntó: "¿Qué quieres?", torpemente le dije que los estudios de la Escuela Tecnológica no serían revalidados para seguir una carrera profesional después, como eran mis deseos. Y que en vista de ello deseaba marchar a México o a San Luis Potosí, y que no pudiendo mis padres enviarme a ninguna de aquellas capitales, iba a suplicarle me concediera una beca o pensión con el objeto indicado. Cárdenas me dejó

hablar, me oyó atentamente, y cuando hube terminado mi ruego, me dijo con cierta sequedad: "No se puede", y me tendió su mano, despidiéndome. Yo, corrido, confuso y con una gran decepción, me marché triste y desconsolado, como si se hubieran cerrado todas las puertas del mundo. Referí a mis padres la entrevista. Ellos trataron de consolarme, pero para mí fue aquel uno de los días más amargos de mi vida.

En aquellas horas de indecisión no hallaba qué vía seguir. Era a mediados de 1895 y tenía a la sazón 16 años. Pensaba dedicarme al comercio y entrar en alguna casa comercial en calidad de dependiente con un sueldo ínfimo y hasta en calidad de meritorio. Cerca de mi casa había una imprenta de la que era dueño un hombrazo joven y simpático, llamado Simón de la Peña, quien era además editor de un semanario, *La Juventud*; acudí a él pidiéndole trabajo en la imprenta o en su oficina para ayudarle a llevar su correspondencia, o bien como corrector de pruebas. Agregaba que me conformaría con un salario de 10 pesos mensuales, pero Simón de la Peña tenía toda su planta de obreros y empleados completa y no podía admitirme ni en sus talleres ni en sus oficinas.

En esos días supe que un compañero mío, Salomé Garza Aldape, ahora médico, se preparaba para irse al Colegio Militar de Chapultepec. Hablé con Garza Aldape, quien me manifestó que, en efecto, desde hacía un mes se había dedicado exclusivamente al estudio de las materias sobre las que se debería presentar un examen de admisión, y que eran Aritmética y Álgebra, Español y primer año de Francés. Garza Aldape me facilitó un ejemplar impreso que contenía la parte esencial del Reglamento del Colegio Militar, condiciones de admisión, programa de estudios y, al final, unos cuestionarios de los exámenes de admisión.

Corrí a mi casa, ufano con el hallazgo. Devoré los artículos del reglamento y los cuestionarios y encontré que para el ingreso se necesitaba tener más de 16 años y menos de 18 —yo acababa de

cumplir 16 años—, que los alumnos serían provistos gratuitamente de enseñanza, alimentación, ropa, libros y útiles de escritorio y de dibujo, y que sólo les era obligatorio proveerse de su peculio de "camisetas, calcetines, pañuelos, útiles de aseo, una bolsa de avíos[15] y un candelero". Esto solucionaba indudablemente mi problema económico. Señalaba, además, que había cuatro programas diferentes: uno para oficiales de infantería y de caballería, que comprendía solamente tres años, al que serían destinados los alumnos que en los exámenes del primer año, común a todas las carreras, no hubieran obtenido cuando menos la calificación de tres "Muy Bien" en las materias principales o que en los exámenes de los siguientes hubiesen sido reprobados en una materia. Había otros cursos para oficiales de Marina, que comprendían cuatro años de estudios. Para abrazar esta carrera se requería, además de haber obtenido la calificación de tres "Muy Bien" en los exámenes del primer año, manifestar por escrito a la dirección del Colegio los deseos del solicitante. Existían también los programas de las tres carreras, llamadas por el mismo reglamento técnicas o facultativas, para ser oficiales del Estado Mayor Especial, de la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros o de la Plana Mayor Facultativa de Artillería. Estos estudios comprendían siete años. El reglamento fijaba que al filiarse los alumnos deberían comprometerse, con el consentimiento de sus padres o tutores, a servir tres años en el ejército si obtenían despachos de oficiales de infantería o de caballería; si los despachos eran de oficiales de Ingenieros, de Artillería o de Estado Mayor, cinco años. Los cuestionarios de los exámenes de admisión mostraban que la amplitud de conocimientos exigida era igual en extensión a la de los cursos que habíamos estudiado en el Ateneo. Recuerdo que en el reglamento había artículos sonoros en que se hablaba de honor, lealtad y patriotismo. Desde entonces se grabó para siempre en mi memoria uno que me

[15] Era una especie de cartera o bolsa de paño negro provista de tijeras, agujas e hilo de coser de diferentes colores.

impresionó y que textualmente dice así: "Los alumnos tendrán entendido que su porvenir en la carrera militar depende exclusivamente de la aplicación, aptitud y moralidad que demuestren, y que cualquiera gestión oficiosa cerca de sus superiores será inútil o más bien perjudicial para el que cifre sus adelantos en la eficacia de procedimientos contrarios a la equidad y a la justicia".

Estaba resuelto mi problema. Sin sacrificar a mis padres terminaría una carrera profesional y en vez de ser ingeniero de minas, sería ingeniero militar. Me encontraba dentro de los límites de edad establecidos y sólo me restaba hacer un examen de conciencia para determinar en aquellas circunstancias si debía abrazar definitivamente la carrera militar, como lo exigía el reglamento, cuando menos por 12 años: siete de estudios y cinco de servicios en el ejército, pues ni por un momento pasó por mi cabeza que podría ser oficial de infantería o de caballería, para los cuales el tiempo total de servicios se reducía a seis años.

A mí, como a casi todos los muchachos, me gustaba ver a los soldados. Recordaba las formaciones de las fiestas patrias, cuando desfilaban por las calles de Victoria las escasas tropas que guarnecían la plaza. Venía a mi memoria que estando de guarnición en Saltillo el 9º Batallón de Infantería, de regreso de la campaña de Tomóchic, acudía con otros muchachos a los llanos del Calvario o a la Mesa del Ojo de Agua a verlo evolucionar y maniobrar, y sentía simpatías para los jóvenes oficiales que con sus espadas desnudas desfilaban al frente de sus secciones o pelotones. Recordaba que también había admirado al 26º Batallón, que mandaba el coronel Jesús Camargo, muy bien organizado y con oficiales muy apuestos y muy pulcros. Cuando la situación del estado de Coahuila se puso un poco turbia con motivo de los desmanes de Garza Galán, se habían alojado en el antiguo y vetusto Mesón del Huizache dos compañías del 19º Batallón al mando de un mayor muy joven y cojo, que supe se llamaba José Refugio Velasco, además de la fuerza del 12º Regimiento de

Caballería, compuesta de un escuadrón que mandaba el mayor Alejandro Fidel Hernández, la que casi había tomado carta de vecindad en Saltillo, pues hacía muchos años que ocupaba un cuartel situado en la parte oriental de la ciudad y constituía la indispensable participación del ejército en los festejos patrios, desfilando por las principales calles al son de la hermosa Marcha Dragona. De cañones no conocía más que los antiguos que están clavados en los ángulos del Palacio de Gobierno y el que estaba tirado en las cercanías del Fortín de los Americanos.

Luego de meditarlo profundamente, decidí ser soldado, aun cuando nunca me había sentido hasta esos momentos atraído por la carrera de las armas. Vacilé mucho, pero al fin, tomada la decisión, hablé a mis padres, les expuse todas las razones que creí convenientes para convencerlos y después de larga plática mi padre aceptó con relativa facilidad, pero mi madre se mostraba renuente, aunque al fin se resignó.

Escribí al general don Juan Villegas, director del Colegio Militar, pidiéndole un reglamento del plantel que dirigía y a los ocho días recibí ufano el ejemplar acompañado de una atenta carta.

Comencé a preparar mis exámenes en compañía de Garza Aldape y al poco tiempo se nos unieron otros dos compañeros que decidieron ingresar también al Colegio Militar: Martín Suárez Gómez y Luis F. Hernández, este último apodado "El Chichimeca", hijo del mayor Hernández, Jefe de Armas de Saltillo. Cuando el ingeniero Santiago Rodríguez conoció nuestros propósitos, nos ofreció galantemente darnos lecciones de Matemáticas, sin remuneración alguna, asegurándonos que los estudios de ciencias exactas se hacían con mayor extensión en el Colegio Militar de Chapultepec que en la Escuela de Minería. Recibimos del ingeniero Rodríguez las lecciones que tan bondadosa y desinteresadamente nos brindó y por ellas le he guardado siempre gratitud.

Pero la noticia de un acontecimiento que había permanecido ignorado hasta entonces por nosotros vino a sembrar casi el pánico. El año anterior, un compañero nuestro había sustentado los exámenes de admisión del Colegio Militar y eran estos —se decía— tan estrictos y rigurosos, que el candidato había sido reprobado, ponderándose las exigencias y el saber de los sinodales. El compañero que tan taimadamente había ocultado su fracaso era Manuel J. Rodríguez, el versificador Manolín, que a pesar de su "literatura" había sido reprobado en Español. Inquirimos con Manolín, quien desconcertado nos confesó su derrota y para justificarla habló de rigores inauditos y hasta absurdos.[16]

Pasado el primer susto, decidimos todos estudiar con más ahínco para ir más bien preparados, intensificando nuestra atención sobre todo en Matemáticas.

Los exámenes de admisión tenían lugar en el lapso comprendido entre el primero de diciembre y el primer sábado de enero, pues las clases se abrían el lunes siguiente.

El día 9 de diciembre, en una noche fría, me despedí de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y de una vieja tía, la hermana mayor de mi madre, mi tía Marcelina, a quien queríamos como abuela y llamábamos cariñosamente Mamá Lina. Recibí con el alma preñada de pena las bendiciones de mi padre y de mi madre, que me llenaron de caricias, y de Mamá Lina, la anciana célibe e ingenua que me quería como hijo y que al abrazarme estrechamente me decía con los ojos inundados de lágrimas: "Cuídate, hijo, de las mujeres, que no te vayan a enredar". A las 11 de la noche abandoné la casa en que había nacido, tomé el tranvía, metiendo en él mi modesto equi-

[16] Por una ironía del destino, Manolín, el poeta, el reprobado en Español en el Colegio Militar de Chapultepec, dos o tres años después fue nombrado profesor de Literatura Española y de Gramática Castellana en el Ateneo de Saltillo, donde ha desempeñado estas dos cátedras por muchos años, lo que prueba la ineficiencia de los sistemas de exámenes que se seguían en aquella época o bien que… el hombre puede evolucionar y hasta aprender —el tiempo es padre de prodigios— la lengua española y hasta enseñarla. Manolín destripó, pero se convirtió en profesor perenne de Español.

paje consistente en una pequeña maleta de mano y sin más tesoro que 10 pesos en el bolsillo y una imagen de la Virgen de Guadalupe, que me había dado mi madre para que me cuidara, llegué a la casi desierta estación. A los pocos momentos me colé en el coche de tercera clase, lleno a medias, con todos los cristales corridos para evitar el frío, y que despedía un olor acre de aire confinado.

El tren se puso en marcha con dirección a la capital de la República. Al fin realizaba una de mis más ardientes ilusiones. Me asomé a las ventanillas y a la luz de una espléndida luna vi desfilar las casas de Saltillo. Después vi perderse las últimas luces de la ciudad, pensé en mis padres y me forjé miles de ilusiones, un porvenir hermosísimo y el regreso a mi tierruca querida cargado de laureles, para ya no volverla a abandonar, para vivir al lado de ellos y servirles de ayuda en su vejez, para hacer grandes cosas en provecho de mi Estado y de México con la mira de que mis viejecitos se sintieran orgullosos de su primogénito. Barrunté también ciertos temores por el encargo de Mamá Lina, pensando en si las mujeres de México serían tan peligrosas como mi anciana tía se lo suponía y formé vagos planes para precaverme de sus asechanzas en caso necesario.

El tren, que corría entonces por una vía angosta, llegó a la capital hasta el día 11 de diciembre a las 10 de la mañana. Lleno de curiosidad, devoré ávidamente los paisajes del camino y observé atento lo que de las ciudades que tocaba se puede mirar desde las estaciones. ¿Iría al triunfo o a la derrota y a la perdición? Me sentía fuerte y animoso y tenía el presentimiento y la voluntad firme de vencer.

Capítulo VIII

Mi llegada a México.— Mis impresiones.— "El Negro" Arreola.
Las colonias fronterizas.— Repulsión por las antiguas casas de huéspedes.
Las muchachas "toreadas".— La visita a la Virgen de Guadalupe.
Un antiguo garibaldino.— Mi fe quebrantada.— Plateros y San Francisco.
El Bosque de Chapultepec.— La entrada del Colegio Militar.
Un castillo que no era tal.— El coronel Plata.
Las cartas de recomendación.— El médico del Colegio Militar.
Los exámenes de admisión.— El mayor Guzmán.
La filiación y el espaldarazo.

A LA LLEGADA a la metrópoli me impresionó muy desagradablemente la estación, que esperaba limpia y hasta monumental. Conocía la de Saltillo, pequeña y anticuada; había admirado la de San Luis Potosí, toda de excelente cantería, y esperaba decididamente encontrar algo mejor en la estación de México. En lugar de esto se presentó a mi vista un jacalón sucio y derrengado. Este constituía la Estación de Colonia y formó la primera desilusión turística de mi vida.

Tomé un carruaje de bandera amarilla, que sabía de antemano que eran los más baratos, y sin dejar mi pequeña maleta y metiéndome en una bolsa interior los pocos dineros que llevaba, di la dirección al automedonte: "9ª del Reloj número 1712".

Al salir de la estación, al trote pausado de los flacos jamelgos que tiraban del coche, se presentó a mi vista el hermoso monumento levantado en honor de Cuauhtémoc, que se irgue en una glorieta de la Reforma, en aquel entonces rodeada de llanos en los que crecía un raquítico pasto, quemado por los rigores del invierno. La estatua me pareció bellísima, de composición sencilla y original, el basamento

formado con hermosos motivos mayas y aztecas. El conjunto atrae poderosamente. Fue una magnífica segunda impresión y es una lástima que hubiese sido precedida por la desagradable del menguado jacalón de Colonia.

Seguimos por el Paseo de la Reforma. En los lados se levantan de trecho en trecho estatuas de los prohombres de la República, regaladas por los estados de la Federación. No se me antojaron bellas. En cambio, los jarrones de bronce que alternan con estas me parecieron hermosísimos, tanto por su forma artística como por su delicada ornamentación.

En la glorieta de Colón se levanta la estatua del descubridor rodeado de cuatro frailes sedentes. A primera vista, tienen más importancia las figuras que debieran ser secundarias. Atraen más los frailes que Colón. Llegamos al principio del Paseo y allí se levantaban a ambos lados de la entrada las estatuas de dos guerreros indios provistos de enormes macanas. Los brazos, las piernas, las espaldas y los pectorales dejaban ver tantos músculos y eran estos tan prominentes, que más bien parecían costales de jícamas. El escultor los había querido hacer tan musculosos que no había conseguido fundir más que caricaturas de las fuertes figuras de Miguel Ángel. El pueblo los llamaba "Los indios verdes", a causa de la hermosa pátina que los cubría.

Cerca de ellos, en el centro de una plaza enorme, sobre un raquítico pedestal de una mezquindad notable, se levanta "El caballito", la estatua de Carlos IV, de Tolsá. La enorme mole de bronce parece aplastar el diminuto pedestal, y la hermosa estatua ecuestre parece perdida en aquella enorme extensión.

Seguimos por la avenida Juárez, amplísima, y al pasar por enfrente de la Alameda, la encontré inferior a la Alameda de Saltillo, quizá por excesivo orgullo provinciano; en el lugar donde ahora se levanta el Hemiciclo a Juárez admiré el abigarrado pabellón morisco, que, para mis gustos, entonces no muy refinados, me pareció

bellísimo por la mezcla de colores y el entretejido de figuras simétricas, que me trajeron a la memoria las que nos hacía ejecutar nuestro profesor de dibujo en Saltillo, y que constituían revelaciones futuristas.

El cochero, como si quisiera que el humilde provinciano admirara lo mejor de la capital, me llevó por las calles de San Francisco y de Plateros, donde con mis ojos azorados de payo observé un gran movimiento y trenes que me parecieron lujosísimos en aquellas estrechas calles, que por la altura de sus edificios tenían aspecto de embudo.

En la hermosa plaza llamada el Zócalo vi rápidamente los portales con su abigarramiento de puestos de refrescos y de baratijas, la fachada larguísima y poco alta del Palacio Nacional, que se me presentó fea, baja, sucia y con aspecto de cuartel; las torres de Catedral surgiendo imponentes por entre las copas de los árboles de una verdadera selva tropical. El kiosco de las flores, con su techumbre de cristales, en el que aparecían muchos vidrios rotos y los restantes cubiertos de una espesa capa de polvo, y en derredor pululando una multitud en la que predominaba el calzón blanco y el sombrero de palma de anchas alas, me produjo una impresión desagradable.

Recorrimos las calles del Reloj, llenas de vehículos y de peatones, y al fin llegamos a la casa donde debía alojarme. Era esta una gran vecindad de dos pisos, cuyo patio estaba cubierto de grandes baldosas. Pregunté a un portero por la casa de Arreola. "El Negro" Arreola, un muchacho muy moreno que usaba el pelo peinado hacia arriba que daba a su cabeza el aspecto de un cepillo, era estudiante de segundo año en la Escuela de Minería, y ocupaba una vivienda, la última y la más barata del primer piso, compuesta de dos piezas obscuras, de una cocina, de una azotehuela y de un excusado.

Arreola, antiguo compañero del Ateneo, me recibió con los brazos abiertos. Me explicó en breves palabras que la vivienda que ocupaba costaba 15 pesos mensuales, que tenía a su servicio una criada

que ganaba tres pesos mensuales y que el costo de las comidas se pagaba a prorrateo entre toda la "colonia". Agregó que los miembros de la "colonia" eran, además de él, Pedro Agüero, un estudiante de medicina muy popular, muy moreno, que tocaba la guitarra muy bien y tenía una magnífica voz de tenor, y se había fosilizado, pues llevaba más de ocho años estudiando y nunca había podido recibirse; Eliseo Arredondo, estudiante de leyes, y Reginaldo Cepeda, estudiante de ingeniería, todos coahuilenses; que los dos últimos habían ido a Coahuila a pasar vacaciones, pero pagaban su alícuota del alquiler de la vivienda y del sueldo de la fámula y que, por tanto, a mí me tocaría pagar una quinta parte de estos dineros y la tercera parte de lo que se gastara en comidas. Dijo también que no tenía que preocuparme por comprar cama, pues que teniendo que ingresar al Colegio Militar a principios de enero, antes de cuya fecha no llegarían ni Arredondo ni Cepeda, podía ocupar el lecho de cualquiera de estos dos compañeros.

Disfrutamos alegremente una sabrosa y sencilla comida. Me explicó que todos los coahuilenses, y en general todos los fronterizos, eran enemigos de alojarse en casas de huéspedes en donde daban comida y casa por 15 o 20 pesos mensuales, pero que era insoportable la explotación, pues los desventurados huéspedes se quedaban casi siempre en ayunas. Me contó la aventura de Miguel Pereyra, que estuvo en una casa de huéspedes en donde se sentaban a la mesa en unión de los estudiantes tres bellas muchachas muy simpáticas y "muy toreadas", hijas de la dueña, y que su conversación era tan amena y tanta su hermosura, que no se daban cuenta de que el consomé estaba hecho de agua caliente con unos cuantos fideos que había que pescar, que servían una carne dura que se quedaba intacta, una raquítica porción de frijoles y, de postre, una manzana o una naranja o un plátano morado, y que una hora después de haber hecho la comida principal, ya lejos de la influencia de las bellas hijas de la hostelera, sentían que sus estómagos estaban

vacíos y tenían que ir a recalar a un cafetín para completar o suplementar la comida que les daban en la casa de huéspedes.

Me refirió que por este motivo, los coahuilenses todos habían optado por formar "colonias" a la manera en que él estaba establecido, nombrando al más serio de los estudiantes para que se encargara de recoger los dineros y de distribuirlos en la forma más conveniente. Así había varias "colonias", una en la calle de Ignacio Hernández, cerca de la Plaza del Carmen, en donde vivían los Vitela, de Patos, otra en la calle de Chiconautla, una más en la calle de Arcinas, otra en la Perpetua, todas estas en el barrio estudiantil, y otras tres en Tacubaya, para los que añoraban las casas solas y los grandes patios fronterizos: una en el Árbol Bendito, que regenteaba Melchor González, estudiante de Leyes; otra por Santo Domingo, atrás del templo parroquial de Tacubaya, cuyo jefe era Alfredo Rodríguez, y otra por el Puente de la Morena, encabezada por Román Cabello y Leocadio Cabriales, un inteligentísimo estudiante oriundo de Ramos Arizpe.

Ya instalado y una vez que Arreola y yo hubimos tomado un frugal refrigerio, abordamos un tranvía que nos condujo a la Villa de Guadalupe, pues mi madre me había hecho encargo de que antes de dirigirme a cualquiera otra parte, debía hacer una visita a la Virgen de Guadalupe, que en unión del Santo Cristo de la Capilla de Saltillo formaba su más ferviente devoción. Quise cumplir con los deseos de mi madre y después de atravesar en tranvía los barrios más populosos y simpáticos de México, como son los de Peralvillo, y de atravesar los yermos llanos que se extendían entonces a los dos lados de la vía, llegamos a la ciudad santa de los mexicanos; cruzamos por entre grupos compactos de indios, que no dejaron de llamar mi atención por su elemental indumentaria, muy diferente de la usada en el norte, aún entre las clases más humildes, y entramos al templo flamante que hacía poco tiempo se había dedicado a la patrona de los mexicanos. Entre una multitud de fieles, casi todos humildes y

todos reverentes, pude acercarme al altar principal, donde en medio de una infinidad de cirios resplandecientes se destacaba la imagen pintada de la morena virgen a quien mi madre en sus oraciones llenas de piedad había encomendado mi cuidado y mi guarda. Sentí renacer mi fe, bastante quebrantada ya por las pláticas simpáticas e inteligentes de un viejo italiano que frecuentaba mi casa de Saltillo y tenía especial empeño en volverme ateo y ácrata. Antiguo garibaldino, medio héroe y medio aventurero y muy culto y sugestivo, don Antonio Moretto había venido a México acompañando al general Ghilardi y se había distinguido en la Guerra de Tres Años y en la lucha contra los franceses. Me arrodillé y oré, pidiéndole a la Virgen que ayudara a mis padres y a mis hermanos y que me ayudara a triunfar en todas mis luchas. Me sentía solo. Fuera de mis antiguos compañeros del Ateneo, no tenía en la gran ciudad una persona amiga que se preocupara por mí. Visitamos la capilla del Pocito y recorrimos los puestos de vendedores donde se expendían rosarios, cirios, medallas, estampas y unos panecillos que despedían apetitosos olores.

Regresamos a México y mi buen compañero Arreola quiso mostrarme la ciudad de los palacios en todo su esplendor, pues nos bajamos en el Zócalo y de allí nos dirigimos a las calles de Plateros y San Francisco, donde dimos tres vueltas a pie. Con mis ojos ingenuos de provinciano acabado de arribar, devoré con la mirada la multitud, al parecer de ociosos, que paseaba por las aceras lentamente y los elegantes carruajes tirados por hermosos caballos que también circulaban por el arroyo de la principal avenida. Comparé a los cocheros de México con los de mi ciudad natal y los encontré escandalosamente elegantes con sus libreas y sus sombreros altos, pues esta última prenda sólo la había visto llevada en Saltillo por el gobernador en las fiestas patrias y, en muchas ocasiones, por Lorenzo Blanco, un petimetre. Me llamó la atención la lentitud con que se hacía el paseo —acostumbrado a ver desfilar los carruajes por las

calles de Victoria en carrera vertiginosa— y las colas y las crines recortadas de los caballos, lo que me pareció ridículo y hasta absurdo.

Cansado por el viaje y por las impresiones de la jornada, dormí como un bendito. Me levanté al día siguiente a buena hora y habiendo tomado un tranvía de Tacubaya, tirado por dos mulitas, me dirigí a Chapultepec. Atravesé resuelto el pabellón de entrada del majestuoso bosque milenario y a los pocos pasos encontré la escalera que me debería conducir a la cumbre del cerro y al Colegio Militar. Al terminar la escalera encontré una casa y vi en la clave del arco que coronaba la puerta principal unas esculturas en piedra que representaban armaduras, escudos, espadas y otros atributos bélicos. Supe después que esta era la habitación del director del Colegio Militar.

Adosada a un alto muro de piedra, encontré otra escalera angosta con desgastados peldaños de cantería. Ascendí por ella, y, al desembocar, me encontré de sopetón con la entrada principal del Colegio Militar. Dos pilastras, formadas por ocho medias columnas dóricas, servían para sostener una pesada y ornamentada puerta de hierro de dos batientes, que tenían en su parte central un relieve en bronce con bustos de jóvenes de corta edad, de mirar dulce y altivo, que ostentaban el antiguo uniforme de la vieja y gloriosa escuela llena de tradiciones. A la derecha de la puerta, sobre un pedestal de unos 50 centímetros de altura, otra estatua de bronce con un alumno en bella actitud, empuñando un fusil en el acto del primer tiempo de la carga. Sobre cada una de las pilastras y también de pie y armados de fusiles, otros dos bronces. Representaban a los cinco alumnos del Colegio Militar que perecieron gloriosamente el 13 de septiembre de 1847, en la heroica defensa que hicieron del Castillo, cuando fue atacado por los invasores norteamericanos.

A la derecha de la puerta, de pie, con su arma descansando, un largo marrazo con brillante empuñadura de bronce suspendido del cinturón, un soldado de artillería hacía el servicio de centinela con la mirada perdida en la lejanía, quizá pensando en un hogar lejano que

había sido obligado a dejar por la fuerza. Interrumpí su sueño, manifestándole que deseaba entrar. Por toda contestación dejó escapar un "Cabo de cuarto" sonoro e inesperado. El cabo acudió solícito y cuando le hube manifestado las razones porque deseaba entrar, dirigiéndose al centinela soltó un lacónico "Puede entrar".

Entré a un amplio patio pavimentado con recias baldosas, limitado por un lado con una barda, que sobre la terraza tenía una altura un poco mayor de un metro y sobre el cerro se levantaba unos cinco metros. Por el otro costado lucía una fachada sobria y hermosa, con arquería en el primer cuerpo, la cual sostenía un corredor descubierto en el primer piso. La fachada era larga, pero estaba interrumpida por un saliente que se avanza sobre la línea general del frente y que constituye el principal motivo arquitectónico. En las cabeceras del patio principal, por un lado, otro patio y más construcciones que pertenecen al Colegio Militar y, por el opuesto, otro pórtico que da acceso a una terraza y a un palacio que sirve de residencia al Presidente de la República. Por la barda se contempla toda la parte sur del valle y en lontananza, los volcanes, que heridos por el sol se destacaban deslumbrantes en ese momento.

Tanto había oído hablar del Castillo de Chapultepec, que la verdad esperaba encontrarme un fuerte con puentes levadizos, erizado de aspilleras, cañoneras y troneras, y en lugar de eso había topado con un edificio más o menos grande, de arquitectura bella, edificado arriba de una colina, pero que de castillo sólo tenía el nombre.

Inquirí por el lugar en que se encontraba la dirección con algunos alumnos que se paseaban en el patio principal y me señalaron la oficina de la subdirección, situada bajo los arcos, que en saliente se destacan del resto de la fachada. Con un oficio de la Secretaría de Guerra en la mano hablé con el coronel de ingenieros Manuel M. Plata, mostrándoselo, y este me manifestó que debería ocurrir al día siguiente al plantel para que el médico del Colegio me hiciese un reconocimiento sobre el estado de mi salud y que si este era favora-

ble, podía escoger día para que sustentase los tres exámenes de admisión. El coronel Plata era un hombre de baja estatura, nervioso, de faz muy morena y muy expresiva, con bigote y piocha ralos, y de ojillos vivos que brillaban con extraño fulgor detrás de unos anteojos de plateados arillos. Fijó en mí profundamente su mirada escrutadora y a quemarropa me preguntó: "¿No trae usted ninguna carta de recomendación?" Lo miré sorprendido por la pregunta y le contesté un poco disgustado sin altanería, pero con naturalidad fronteriza: "No, señor, yo leí el reglamento y este no señala en sus bases de admisión que los candidatos sean portadores de cartas de recomendación". Al coronel Plata le brillaron los ojos y en tono alegre repuso: "Eso está muy bien, a mí me gusta que se recomienden solos".

Al día siguiente, el médico del Colegio Militar, mayor J. Antonino Correa, un tabasqueño que por muchos años atendió la enfermería de Chapultepec, me hizo desnudarme, me reconoció, me auscultó, me palpó, me hizo una infinidad de preguntas y a la postre me expidió un certificado para que lo presentase en la subdirección, asentando que estaba completamente sano y robusto y apto para abrazar la carrera de las armas. Con él, me presenté de nuevo al coronel Plata, quien me indicó que podía escoger cualquier día, siempre que fuera antes del 8 de enero del año siguiente, para inscribirme con objeto de sustentar examen. Escogí el día siguiente para el examen de Matemáticas, materia en que me consideraba más fuerte, ocho días después para el de Francés y dejé para lo último, aleccionado por el fracaso de Manolín, el examen de Español, eligiendo una fecha de fines de diciembre. Era la materia en que me consideraba más débil y tenía una aversión profunda por el texto de Gramática de la Academia Española, obra que me parecía completamente absurda y enteramente deficiente bajo el punto de vista didáctico.

Sustenté mis exámenes en las fechas señaladas y en todos obtuve altas calificaciones; en Matemáticas, un "Sobresaliente" y dos "Muy bien"; la misma calificación en Francés y, con gran sorpresa

mía, en Español obtuve la mejor de todas: dos "Sobresalientes" y un "Muy bien".

Sólo faltaba que la Secretaría de Guerra, informada por la dirección del Colegio Militar sobre el resultado del reconocimiento médico y de los exámenes, diera la orden para que se me filiara, dándome de alta. En trámites oficinescos perdí una semana y, al fin, el 7 de enero en la tarde, me dieron la anhelada orden.

El 8 de enero de 1896, me presenté en la Mayoría del Colegio Militar. El mayor Martín L. Guzmán era el jefe de detall. Vestido con una larga levita militar, tenía el aspecto simpático y marcial; alto y delgado, de color claro, de ojos grises, frente grande, voz de trueno, y movimientos rápidos y elegantes. Estaban allí dos muchachos sonorenses, de Álamos, que por haber llegado antes que yo me precedían en el acto de la filiación: uno de ellos era Manuel J. Urrea, bajo de estatura, grueso y fornido, de anchas espaldas, erguido, lento y tosco, y el otro, Emiliano López Figueroa, alto y delgado y de tez muy morena, cortés en extremo y ceremonioso. Llegó mi turno, el mayor Guzmán tomó mis generales, anotó mis señas, me destinó a la Segunda Compañía y firmé el documento por el cual me comprometía a servir en el ejército el número de años que he señalado antes, con la salvedad de que durante el primer año de estudios podría dejar el Colegio Militar, solicitando mi baja, sí así me plugiera. Desde esa fecha data mi carrera militar. Ese día recibí de manos de un jefe dignísimo el espaldarazo que me armó caballero de la República.

Capítulo IX

El capitán Iturbide.— Los "troperos".— La escuadra del cabo Cacho.
El sargento Alemán.— Los dormitorios.
El expedito reparto de ropa, equipo y libros.— Mi soledad.
Las listas y el rancho.— El comedor.— Las comidas. La Retreta.
El toque de Silencio.— El primer vuelo.— La Diana.
Las abluciones matinales.— Las revistas de aseo.— Las clases.
Los profesores.— El uniforme de diario.
La influencia niveladora del uniforme.— "El Barón" Cerna.
La confraternidad fronteriza.— Los más fuertes del colegio.
La instrucción de reclutas.— El teniente Beltrán.
Los llanos de Anzures.— El general Villegas.— "El Canica".
Palafox y Torroella.— "El Chaz".
La única institución democrática de México.

Me presenté al comandante de mi compañía, el capitán primero Florentino Iturbide, viejo de largo mostacho y cabeza canos, de tez rubicunda, de estatura baja y siempre malhumorado. Los alumnos le decían Burrantino y se susurraba que era muy ignorante y un poco malcriado, con tendencia siempre a la brusquedad. Iturbide pertenecía al arma de caballería, había hecho sus estudios en el Colegio Militar en la "edad de piedra", significando con esto que hacía muchos años de ello y en una época en que los cursos eran muy deficientes, y que la ignorancia y la grosería de Burrantino se habían afinado con una larga estancia en filas, mandado por jefes más ignorantes que él, teniendo por camaradas a oficiales del mismo nivel intelectual y mandando soldados sumamente rudos. Era un "tropero".

Iturbide dispuso que fuera destinado a la sexta escuadra de su compañía, mandada por el cabo José Ernesto Cacho. Esta y la quinta formaban unidas la tercera sección que estaba al mando del sargento segundo Emilio Alemán. La compañía tenía un sargento primero, que en 1896 era Salvador Álvarez. Conducido junto con Urrea, que me precedía en antigüedad, fuimos a ver al sastre del Colegio, Gregorio Torres, quien tenía su taller en el mismo establecimiento. Nos tomó rápidamente medidas, para confeccionarnos desde luego los uniformes de diario, compuestos de un pantalón, un chaquetín con dos hileras de botones metálicos dorados que llevaban la leyenda "Colegio Militar. México", y un kepí. Los uniformes eran de paño azul obscuro manufacturado en Celaya, resistente y tosco. Las vueltas de las mangas, el cuello recto y el cincho del kepí eran de terciopelo negro, y tanto el chaquetín como el kepí tenían vivos diminutos de color carmesí.

Fui llevado después al depósito de la 2ª Compañía y allí conocí al capitán segundo de Estado Mayor Especial, Agustín Longoria, segundo comandante de la Compañía, alto, pálido, de corto bigote, de andar lento y de aspecto triste y taciturno. En una pequeña pieza había armazones de madera que sostenían un centenar de fusiles Remington con bayonetas, perfectamente alineados, ganchos para ropa blanca, para uniformes y para fornituras. Se notaba un orden perfecto. Fui previsto desde luego de una camisa blanca de pechera dura, de unos calzones de mi talla, de dos sábanas, de una frazada gris, de una colcha en la que sobre fondo blanco había flores de color carmesí y en el centro un monograma con las letras C.M., del mismo color; un par de zapatos de una pieza, unas fornituras de diario, de vaqueta; unas fornituras de media gala, de charol; una toalla y una bandeja de lámina.

Con todos estos objetos entré por primera vez al dormitorio de la Segunda Compañía, una larguísima crujía de un poco más de cinco metros de anchura en forma de escuadra, con dos filas de camas de

latón sencillas, perfectamente alineadas y limpias, separadas unas de otras por una cómoda de madera de nogal dividida en dos compartimentos, el superior con cuatro divisiones para guardar los libros y útiles de escritorio y el inferior con dos grandes divisiones para la ropa, útiles de aseo y las fornituras. Entre las dos filas de camas quedaba un pasillo de un poco más de un metro y a los pies de las camas, y sobresaliendo apenas, unos bancos pintados de negro con cuatro torneados pies. Las cómodas estaban provistas de unas tablas colocadas entre el compartimento superior y el inferior, que se podían sacar a voluntad y servían de escritorios. En las dos puertas del compartimento superior, monogramas de madera con las letras C.M.

El dormitorio era extenso, bien ventilado y lleno de luz, con amplios ventanales para la parte norte del bosque, para el patio Juan de la Barrera y para el segundo patio, en donde se encontraba la sastrería. Llegué a la cama que se me había destinado y encontré en la cabecera, debajo del monograma metálico C.M., una tarjeta fija en la que, con magnífica caligrafía, había escrita esta leyenda: "Alumno Vito Alessio Robles. Segunda Compañía. —Número 80—". El cabo me instruyó que este era el número que me correspondía en el depósito y que debería marcarlo en la manta con estambre rojo y en toda mi ropa con hilaza del mismo color, poniendo además de mi nombre completo, "2ª Compañía.— Número 80". Una vez depositados mis objetos en la cómoda, fui llevado a la biblioteca y allí me entregaron los libros que deberían servir de textos, papel de dibujo y útiles, todo con una minuciosidad, una prontitud y un orden que no dejaron de llamar mi atención. En menos de dos horas, todos los alumnos estábamos provistos de lo necesario y los antiguos hasta de los flamantes uniformes de diario. De esta prenda de ropa sólo faltábamos los noveles, que en este año éramos alrededor de 50 y hacíamos un marcado contraste con nuestros trajecitos de civil, sobre todo los que los llevábamos viejos y raídos como yo.

Ya el destacamento de artillería, que había dado el servicio de guardia durante las vacaciones, había sido relevado por una guardia de alumnos al son de la Marcha Redoblada. Una vez terminado el reparto de libros y ropa, los muchachos departían animadamente formando alegres grupos, se daban apretados abrazos y se contaban sus alegrías de vacaciones. Yo me encontraba solo en aquella algarabía. No tenía ningún paisano ni ningún conocido y me sentía triste en medio de tanto contento, y nostálgico por la ausencia de mis padres, de mi tierra y de mis amigos.

No había en el Colegio Militar el año de 1896 ningún otro coahuilense. Martín Suárez Gómez y Salomé Garza Aldape, desgraciadamente, habían sido reprobados en los exámenes de admisión y "El Chichimeca" Hernández, que había estado en el Ateneo y había pasado con éxito el examen de admisión, era tapatío y nunca existió entre nosotros dos ninguna afinidad.

A las doce en punto, la banda de cornetas y tambores del Colegio, partiendo de la puerta principal, inició el retozón toque de Llamada de Tropa, desfilando para hacer alto en la mitad del patio, junto a la barda y dando frente a la fachada. Los alumnos se formaron rápidamente frente a la banda, la Primera Compañía a la derecha y la Segunda a la izquierda. Cada uno buscó su lugar de orden, de manera que los noveles quedamos a la izquierda de nuestras respectivas compañías formando un manchón multicolor con nuestros trajecitos de civiles que se veían muy ridículos junto a la fila azul de los uniformados. El sargento primero, con voz enérgica, mandó: "¡Por la derecha… alinearse!". Hubo un movimiento de vaivén entre las dos filas de la línea, los muchachos plegaron su brazo izquierdo con la mano empuñada sobre la cintura y cuando la alineación fue perfecta, el sargento primero, que la observaba desde el costado derecho, mandó secamente: "¡Firmes!", volviendo todos los brazos a su colocación natural.

El sargento primero pasó rápidamente lista, diciendo en voz alta los nombres de los antiguos de memoria, siendo contestado por cada alumno con un sonoro "¡Presente!"; solamente al llegar a los noveles acudió a un papel en que por rigurosa antigüedad estaban inscritos los respectivos nombres. Acabada la lista en presencia de los oficiales de semana y del capitán de cuartel, el sargento primero hizo una rápida división de su compañía, colocando a la derecha de cada fracción a un sargento segundo o a un cabo. Cuando hubo terminado esta operación, el capitán de cuartel, que lo era ese día el capitán Aduna, de Artillería, se adelantó hasta el centro de la línea y con voz que no era muy fuerte mandó: "¡Flanco derecho... derecha... de frente... marchen!". En el momento preciso en que las compañías rompían la marcha, la banda inició el toque, que después supe se llamaba de Rancho, y servía para que los soldados desfilaran a tomar sus alimentos.

Así formados entramos al comedor, situado en el patio Juan de la Barrera, en cuyo centro había una alta columna que sostiene un busto en bronce del héroe que cayó gloriosamente muerto por las balas del invasor norteamericano. Es el refectorio muy grande, con dos filas de mesas, y en la cabecera contraria a la de acceso a la cocina, situada perpendicularmente, una gran mesa destinada a los oficiales del Colegio. Una de las filas de mesas estaba destinada a la Primera Compañía y la otra a la Segunda. Cada mesa fue ocupada por 18 alumnos, ocho de cada lado y dos en las dos cabeceras, en una de las cuales tomaba asiento el sargento o cabo que presidía la mesa. Al frente de cada alumno había dos platos, un vaso, los cubiertos y una gran torta de pan francés y, en medio, tres grandes botellones de agua. Un mozo vestido de mezclilla azul servía cada mesa, depositando los grandes platones de comida al lado del sargento o cabo, quien rápidamente servía a cada alumno su ración, pasándose los platos de mano en mano, con la única excepción de los frijoles,

que se servían en tres platones, uno en cada cabecera y otro en el centro de la mesa y aún se repetían en caso necesario.

La comida era abundante, limpia, sana y sencilla. Se componía a mediodía y en la noche de cuatro platillos, comprendidos los frijoles, que en los dos refrigerios eran a discreción, con la única variante de que en el almuerzo o comida había fruta de postre y en la noche, un dulce. El desayuno, que se tomaba a las seis de la mañana, después de la revista de aseo, sí era, en mi concepto, un poco escaso, pues consistía en una taza grande de café con leche y en una pieza de regular tamaño de pan de huevo.

En la tarde de ese día acudieron los profesores para señalar clases, y al día siguiente, sin trastornos ni dificultades, se iniciaron en toda regla los cursos y apareció fijado, cerca de la guardia de prevención, un gran cuadro con un horario detallado de las clases y los nombres de los profesores respectivos.

A las seis de la tarde se repitió el toque de Llamada, la lista y el desfile al comedor para tomar los alimentos de la noche. Terminada la cena, los alumnos se marcharon a sus dormitorios, los que estaban alumbrados entonces con lámparas de petróleo cubiertas por pantallas rosadas que proyectaban una luz suave. Muchos, a la luz de velas esteáricas, marcaban su ropa, mostrando raras habilidades. Yo quise marcar la mía, pero me encontraba enteramente torpe para estas labores que nunca había ejecutado y desistí desesperado de la empresa.

A las ocho en punto de la noche, toda la banda tocó algo cuyo significado ignoraba. Un muchacho armado de fusil y las correas de la fornitura terciadas sobre el pecho, el imaginaria de cuartel, gritó repetidas veces: "¡Vamos a pasar lista!", y los alumnos silenciosos se formaron con prontitud. El sargento primero pasó una lista rapidísima y luego mandó romper filas. Se me explicó después que este era el toque de Retreta para pasar la última lista del día y que seña-

laba la hora en que se abrían los salones de estudio situados en la planta baja, para los que quisieran acudir a ellos.

La mayor parte de los alumnos continuó en el dormitorio formando grupos en los que se charlaba y se reía con animación. Yo, solo, sin conocer a nadie, observaba aquellos corrillos formados por muchachos alegres. Encendí una vela, me dediqué a arreglar mis libros y, entretenido en esta tarea, transcurrió una hora y se dejó oír un toque de corneta, muy lento, muy triste, con largos calderones intercalados. El mismo alumno armado que recorría el dormitorio con su fusil al hombro y la carrillera del kepí calada, gritó con voz estentórea: "¡Hagan silencio! ¡Apaguen las velas!". Todas las velas se apagaron como por ensalmo y el dormitorio quedó iluminado solamente por la luz suave de las lámparas suspendidas del techo. Se hizo un silencio solemne que sucedió al rumor confuso de voces entremezcladas y al alegre repiqueteo de risas juveniles.

Me desnudé y me metí a la cama. Antes de dormirme, con los ojos entornados dirigí mi pensamiento a mis queridos padres que me habían escrito al día anterior felicitándome por el éxito de mis exámenes de admisión. Me los imaginé en fría noche invernal norteña, añorando al primogénito ausente que había emprendido solo el primer vuelo y sentí las bendiciones que la buena pareja de viejos me enviaba; pensé en mis hermanos y pensé también en mi noble y vieja ciudad natal en donde había dejado todos mis afectos y todos mis amigos. Me sentí sobrecogido por la soledad en que me encontraba y por el medio enteramente extraño en que vivía. Antes había visto a los soldados en maniobras y en desfiles, pero nunca había puesto un pie en el interior de un cuartel. Nunca había pensado en ser militar y por un conjunto de circunstancias, casi repentinamente encontrábame filiado como soldado. Estos pensamientos ahuyentaron mi sueño y dando vueltas a la idea fija de si triunfaría o quedaría derrotado en mis nuevas actividades, transcurrieron varias horas y no fue sino hasta muy entrada la noche, cuando vencido por el trajín y por las fatigas del día, me quedé dormido como un justo.

Desperté muy temprano a los sones de un toque militar que parecía acercarse y alejarse alternativamente y que semejaba una serenata dulce y alegre. Era la Diana tocada por la banda del Colegio que marchaba por todos los ámbitos del edificio. Aquel alumno armado recorría el dormitorio, gritando repetidas veces: "¡Vamos, arriba! ¡Vamos a pasar lista!", despertando a los perezosos o de sueño pesado que seguían adormilados en medio de aquella batahola de notas, de gritos y de ruidos. El cabo Cacho me instruyó que debería vestirme rápida y someramente para pasar lista, llevando la bandeja, la toalla y el jabón. El sargento primero pasó lista y ordenó el desfile de la Compañía, que bajó rápidamente las escaleras. Los alumnos, llenando sus bandejas en la fuente que está en el patio de tiro, las colocaban en unas bancas de piedra y quitándose el capote quedaban en camiseta, lavándose alegremente las manos, la cara y la cabeza, en aquel patio descubierto y en aquella destemplada y obscura mañana del mes de enero en que soplaba un vientecillo helado.

Ese aseo matinal fue hecho de prisa, y vuelto al dormitorio, mi solícito cabo me dijo que debería dar betún a mi calzado y cepillar mi ropa, pues a las seis en punto se tocaría Asamblea y deberíamos bajar formados a la revista diaria de aseo, que precedía al desayuno.

A las seis de la mañana, la banda tocó Asamblea y las dos compañías bajaron formadas al patio principal. El sargento primero mandó abrir las filas y pasó una revista de aseo a uno por uno de los alumnos, examinando si los uniformes y los kepíes estaban exentos de polvo y de manchas, si los metálicos botones brillaban como soles, si no había desgarraduras o descosidas y si los zapatos estaban bien limpios. El sargento primero mandó a asear a unos cuantos y, pasada una nueva revista por el capitán de cuartel acompañado por el oficial de semana de la Compañía, ordenó cerrar las filas, y el capitán de cuartel, desfilar hacia el comedor, donde se tomó el frugal desayuno cuya composición he señalado antes.

A las ocho de la mañana empezaban las clases, que continuaban hasta las 12 del día para seguirlas desde la una de la tarde hasta las seis. Todas las clases eran terciadas y tenían una duración, las de menor importancia, de hora y media, y las de Matemáticas, las de idiomas, las de Dibujo y algunas de las militares, de dos horas. El tiempo que quedaba libre entre las clases se dedicaba al estudio. En el Colegio no había campana que anunciara las horas de entrada y salida de clases; el corneta o el tambor de guardia eran los encargados de hacerlo, el primero por un toque de atención, seguido de la contraseña que se cambiaba diariamente, y el segundo por un prolongado redoble de la guerrera caja.

Conocí a mis profesores de primer año. El de Matemáticas, el coronel Quintas Arroyo, un jefe muy distinguido del Cuerpo Técnico de Artillería, joven y buen mozo, de carácter alegre y jovial y muy buen matemático. El de Inglés, un buen anciano, don Juan A. Certucha; el de Infantería, un teniente de ingenieros de la Segunda Compañía, joven, de mirada enérgica, muy soldado y muy cumplido, don Jacinto Beltrán, apóstol del Esperanto en México y magnífico inspector de faros al servicio de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. El de Ordenanza, el capitán Iturbide, el propio Burrantino, y el de Dibujo de Paisaje, un catalán de barba cerrada, negra y sombrero casi tirolés, don Ramón Borrell. Los de Gimnasia y Natación, el mayor de ingenieros José González Salas y don Emilio Lobato. El teniente Beltrán se encargaría, además, de la instrucción de los reclutas, entre los cuales tenía el honor de contarme yo.

Ese mismo día recibí mi uniforme de diario. El mayor Guzmán asistió al acto de la prueba para ver si los uniformes de los reclutas estaban correctos. Mandó corregir algunos, pero el mío no presentó ninguna objeción y desde ese día y por mucho tiempo porté exclusivamente el uniforme. Este me dio valor. Con él ya no me sentía cohibido, como antes con mi viejo traje civil. Me sentí otro, más audaz. Ya no era extraño entre mis compañeros y tenía la sensación

de que el uniforme me había nivelado con los demás alumnos. Esta impresión no la he podido olvidar y muchas veces he reflexionado en la importancia democrática del uniforme, que igualaba a los alumnos, haciendo que desaparecieran como por encanto las diferencias todas, de fortuna y de nacimiento. En el Colegio Militar todos éramos iguales. Allí no había aristócratas ni plebeyos, allí no había ricos ni pobres, y durante mis ocho años de permanencia en Chapultepec pude apreciar la enorme influencia niveladora del uniforme, cuando esta era secundada por la actitud honesta de gentes desinteresadas, atentas tan sólo a las aptitudes y conducta de los alumnos e indiferentes a influencias extrañas y al favor de los magnates.

El segundo día trabé amistad con un muchachote alto y grueso, moreno, lampiño, de grandes ojos negros, sencillo y bueno, que habría de ser por muchos años uno de mis mejores amigos y por quien sentí desde el primer momento intensa simpatía y fraternal cariño. Manuel M. Cerna, así se llamaba. Era fronterizo, del pueblo de Bustamante, Nuevo León, estudiaba el segundo año, le decían "El Barón", y aunque era tan humilde y tan pobre como yo, era tan querido y tan servicial que puede decirse que no tenía un solo enemigo en el Colegio.

Él fue mi mentor, me explicó minuciosamente en qué consistían las faenas del plantel, me refirió con detalles las cualidades y los defectos de los jefes, oficiales y profesores cuyos hechos y genialidades se transmitían de promoción en promoción y hasta de generación en generación; cómo eran las prácticas reglamentarias anuales, las visitas de los jueves, las guardias, las imaginarias, los deberes de los centinelas y de los vigilantes, la rivalidad amistosa y digna que existía desde hacía muchos años entre los alumnos de la Primera y de la Segunda, los ejercicios de natación y, por último, me puso al tanto de que él no tenía en México ni padre ni tutor y que era de la Segunda Compañía, a la que yo pertenecía, y que esta era la mejor y más distinguida.

Me dijo también que los fronterizos estaban perfectamente unidos, y que desde Sonora hasta Tamaulipas, los muchachos procedentes de los estados del norte habían constituido una hermandad muy sólida y se decían entre sí “paisanos”. Me presentó luego con un cabo de ojos azules y de pequeño bigote rubio, Refugio Treviño, de Monterrey, con Pedro García Galán y Francisco Peña Roel, también de Monterrey, y con Nicolás Martínez, alumno de mi misma antigüedad, es decir, novato, oriundo de Galeana. Conocí también a un alto, musculoso y ágil muchacho de Nogales, el cabo Alejandro Ramírez, a dos fornidos y toscos chihuahuenses, Carlos J. Escobar, “El Califa”, y Jacobo Mucharraz, y a un inteligente tamaulipeco, Carlos Argüelles. Entre los nuevos fronterizos se contaban Baldomero Almada, Manuel J. Urrea y Emiliano López Figueroa, todos sonorenses. La colonia fronteriza era poco numerosa, pero escogida y formada con muchachos muy estimados por su saber y también por su fuerza física. Se decía que los muchachos más fuertes del Colegio eran el sonorense Ramírez, a quien decían “El Apache”, y el regiomontano Pedro García Galán.

Desde el tercer día empezó para nosotros, los reclutas, la instrucción a mañana y tarde, primero en los patios del Colegio, sin armas, y después con fusiles en los llanos de Anzures, en el terreno que ahora ocupa una parte del Bosque de Chapultepec y la estación de telegrafía inalámbrica, y que entonces estaban eriazos y señalados por una infinidad de banderas que marcaban los sitios en donde deberían de construirse unos pabellones de una exposición proyectada, que nunca llegó a efectuarse.

El teniente Beltrán, “Don Chinto”, era el encargado de impartir esta primera instrucción militar a los reclutas. A mañana y tarde bajábamos la rampa del Castillo, atravesábamos una porción del hermoso bosque y en las llanuras de Anzures, entre fastidiosos flancos, medias vueltas, marchas y contramarchas y ejercicios del manejo del fusil, el venerable Remington de entonces, transcurrieron veloces

dos meses que nos pusieron en aptitud para montar la primera guardia y usar el uniforme de gala que estábamos ansiosos de lucir.

Ya había conocido al director del Colegio Militar. Alto y grueso, de andar lento, de bigote entrecano, portaba lentes ahumados y tenía aspecto poco marcial. El general Juan Villegas gozaba de fama de bondadoso, de honrado y económico hasta la exageración y llevaba su quijotismo al extremo de dedicar la parte más extensa de sus informes anuales a la enumeración prolija de múltiples economías obtenidas en el presupuesto un poco exiguo del Colegio y que entraban, como era de rigor, al fondo de aprovechamientos del erario. Era un completo misántropo, al grado de que en ocho años no lo vi concurrir a ningún paseo ni a ninguna sala de espectáculos. Vivía en la casa que está adosada a los altos muros del Castillo y, soltero como era, dedicó toda su vida y todas sus atenciones al plantel que estaba encomendado a su dirección y al cuidado de su anciana madre, una viejecita encorvada que le hacía compañía y se llamaba Bárbara, a quien colmaba de respeto y cariño. Era de origen muy humilde, natural del pueblecito de Tecualoya o Villa Guerrero del Estado de México.

El subdirector, coronel Manuel M. Plata, era muy enérgico, muy exigente y cumplido, le decían "Canica" y "El Canahual", y llevaba muchos años en el puesto. A los tres o cuatro meses de estar yo en el Colegio Militar fue relevado de este cargo para que tomara el mando del Batallón de Ingenieros; después fue cambiado al de Zapadores. Fue un magnífico jefe y en buena parte se debían a él la disciplina y el orden que reinaban en el Colegio Militar de Chapultepec.

El coronel Plata fue substituido por el teniente coronel de ingenieros Bernardo A. Z. Palafox, muy conocido en el Colegio porque ocupaba hacía mucho tiempo la cátedra de Geometría Analítica y Cálculo Infinitesimal. Duró poco, pues fue substituido a su vez por el mayor de Estado Mayor Especial Enrique Torroella, quien fue muchos años subdirector del Colegio Militar y fue siempre un jefe

cumplido y caballeroso. Nacido en Cuba, había venido a México en los primeros años de su vida, había hecho muy buenos estudios en Chapultepec y era considerado como uno de los elementos de más valía del cuerpo de Estado Mayor.

Del mayor Guzmán ya he hablado antes y sólo agregaré que pertenecía al arma de infantería, pues el reglamento, que exigía que el director, el subdirector, los capitanes segundos y los tenientes fuesen oficiales técnicos, no tenía la misma exigencia para los dos capitanes comandantes de Compañía y para el jefe de detall, que podían ser o no técnicos. Cuando entré al Colegio Militar, eran los tres tácticos, palabra con que se designaba indebidamente a los oficiales que no habían terminado una carrera facultativa. Aduna, el comandante de la Primera Compañía, era táctico de artillería; pequeño de cuerpo y escaso de conocimientos, le decíamos "Chinchilla". El otro comandante de compañía era "El Dragón Iturbide". Al principio no pude penetrar la causa de esta distinción, pero mucho después logré averiguar que se debía al deseo de que los alumnos, con estos oficiales, tuvieran un trasunto de lo que era el Ejército Mexicano. Por eso se buscaban "troperos".

El capitán segundo de la Primera Compañía era Porfirio Díaz, hijo, quien pertenecía al cuerpo de Estado Mayor; insignificante tanto por su aspecto como por su corta inteligencia, pasaba inadvertido y los alumnos lo seguían designando con el apodo antiguo de "El Chaz", que tenía por origen su dureza de cráneo, pues sus contemporáneos aseguraban que era "muy piedra" y que sin consideración a su ascendencia había sido reprobado algunas veces.

Longoria, de quien también he hablado antes, era el capitán segundo de la Segunda, y cada compañía tenía tres tenientes, todos oficiales técnicos. Estos eran Rodrigo García, Enrique Gutiérrez, Jorge Méndez, Francisco Ferrel, Jacinto Beltrán y Luis Iturbide.

Cada compañía estaba compuesta entonces de 100 alumnos, comprendiendo en este número a las "clases", es decir, a los sargen-

tos, cabos y alumnos de primera. Cada compañía tenía un sargento primero, tres sargentos segundos, seis cabos y seis alumnos de primera.

En otro capítulo referiré en globo mis impresiones, mis paseos, mis ascensos, y explicaré las tradiciones y la jerga usada en la gloriosa escuela, donde no había ricos ni pobres, como he dicho antes, y en donde no prosperaban los hijos de magnates, de próceres, de millonarios y, en cambio, sí se encumbraban a los más anhelados puestos a los que no tenían influencias ni dinero. Había en el Colegio, al lado de un Berriozábal, nieto de un ministro de la Guerra, y de un Escandón y de un Limantour, hijos de millonarios, muchachos de familia humildísima y paupérrima, y estos últimos eran los que obtenían las mejores calificaciones en los exámenes, los primeros premios, las más altas distinciones y, por último, las codiciadas cintas, anchos galones de oro, que colocados diagonalmente desde el codo del chaquetín hasta la vuelta de la manga, constituían las insignias de los cabos y sargentos, puestos a los que no se podía llegar sino después de cuatro años de estudios y que eran un ambicionado y glorioso galardón. El Colegio Militar de Chapultepec constituyó de esta manera la única institución democrática que ha existido en México desde los tiempos más remotos hasta el presente.

Capítulo X

Nostalgia de recluta.— El tren del Norte.— La barda del gimnasio.
Los noveles y los antiguos.— Calvario de los novatos.
"La Llorona" y la emperatriz Carlota.— El uniforme de gala.
El solitario bosque.— Las bellas tacubayenses.— Tacubaya, novia de Chapultepec.
El Tívoli de Cartagena.— Los domingos alegres y económicos.
El recibimiento de los paisanos.— Las visitas de los jueves.
El canto guerrero de Chapultepec.— La primera guardia.— Ensoñaciones.
Los camarotes.— Los días de instrucción.— Las clases.— Las fastidiosas de inglés.
Las terribles y absurdas de Ordenanza.— Las formaciones.
La popularidad del Colegio Militar.— La inútil fatiga.
El viejo espíritu de Chapultepec.— Las alegrías de Tobías O. Soler.

El primer año de mi estancia en Chapultepec me sentí completamente "desorbitado". Estaba solo, triste y nostálgico en aquel ambiente nuevo y desconocido para mí, alejado de mi familia y de mi tierra. Apenas si me bastaban para mis pequeños gastos los cinco pesos mensuales que me mandaban mis padres, pensión reducida que se agotaba rápido en la adquisición de sellos postales para el franqueo de correspondencia, en el pago de lavado de ropa de mi propiedad, pues la que me dio la Nación se lavaba por cuenta del Colegio, en golosinas y en mis paseos que fueron siempre muy poco costosos.

No olvidaba a mis padres y a mi tierra. Uno de mis lugares favoritos era la barda que está junto al gimnasio y desde la cual se domina un vasto panorama hacia el Norte, hacia mi provincia, hacia la región en donde estaban todos mis afectos. Al caer la tarde y muchas veces en las noches, después de la cena, Cerna y yo nos recli-

nábamos silenciosos en aquella barda desde la que se ve una porción del vetusto bosque embalsamado, destacándose las hermosas cimeras canas de los majestuosos ahuehuetes; los llanos de Anzures, el manchón de árboles de la Hacienda de Morales, a través de los cuales se nota, entre el verde follaje de los fresnos, un olivar ceniciento; la pelada y enhiesta loma de Los Remedios, coronada por su blanca capilla, y una sucesión de terrenos cultivados, construcciones y arboledas que servían de fondo a las iglesias de Tacuba y de San Joaquín, en medio de las cuales se veía, surgiendo de entre los árboles, un convoy ferroviario arrastrado por una locomotora que dejaba un largo penacho de humo, un tren, decíamos, que venía de nuestra tierra, que venía del Norte y que contemplábamos regocijados como si nos trajese una caricia de los nuestros.

Además, el primer año es cruel y difícil en todos los internados para los nuevos, para los "noveles", como son llamados en el Colegio Militar los alumnos de reciente ingreso. Nosotros éramos las víctimas de todas las bromas y de todas las diabluras de los "antiguos", y, cuando éramos poco sufridos y protestábamos más de la cuenta, teníamos que enredarnos con frecuencia a bofetada limpia con los autores del "verso" y de las "tanteadas" y sacar a veces azulados moretones en los ojos e hinchaduras en los labios, producidos por sendas bofetadas en encuentros caballerescos, que eran tolerados por los oficiales y clases del Colegio. Tuve durante el primer año más de 30 encuentros de esta clase, dilucidados en el patio del gimnasio y presenciados por un grupo numeroso de compañeros. En la mayor parte de ellos salí maltrecho y llevé la peor parte, a pesar de que era fuerte y me sentía muy ágil, pero los "antiguos" habían "hecho más gimnasia" que yo y sus puños eran formidables. Hubo encuentros en que los dos contrincantes pasaban juntos a la enfermería a curarse de la terrible golpiza y debían permanecer en ella por mucho tiempo.

El segundo día me tocó en el comedor un "antiguo" a mi vera. Muy intrigado se dedicó a ver unos animales de caza que alternaban pintados en las guirnaldas del cielo raso y preguntaba a sus compañeros: "¿Qué toca hoy de comida?". Curioso, levanté la vista y cuando la volví hacia la mesa, había desaparecido mi torta de pan. Otras veces, aprovechándose de un descuido, vaciaban un salero en un platillo y algunas otras se sentían empapados los pantalones por una fría corriente de agua que se deslizaba por un canal formado por la orilla del mantel que sostenían seis o siete manos solícitas.

Cuando un "novel" en fría mañana invernal tenía enjabonadas su cabeza y su cara y trataba de enjuagarse, la bandeja había desaparecido; eran de verse las tribulaciones y las fatigas del muchacho momentáneamente ciego por el jabón para encontrar con qué quitárselo y dar con la bandeja substraída. En ocasiones, un recluta era encaramado, por razón o por fuerza, a una pirámide de banquillos de madera que se bamboleaban, y a una altura de tres o cuatro metros, obligado a cantar una canción popular o a hacer una disertación sobre "El Chochocol", ventrudo peluquero del Colegio que tenía aspecto de Sancho Panza, so pena de quitar uno de los bancos que servían de base para que se derrumbara la inestable pirámide y viniera abajo con su viviente remate. Eran también las "despertadas" a media noche para hacer preguntas intencionalmente tontas e incongruentes, y eran los espantos con que se pretendía asustar a los nuevos que montaban las primeras guardias y hacían servicio de centinela en el solitario y obscuro patio del gimnasio, cuando a altas horas de la noche se diseñaba en las tinieblas una forma blanca que se acercaba lentamente al novato dejando oír lastimeros lamentos con los que se pretendía hacer creer, a los ya sugestionados de antemano, en la aparición de "La Llorona" o del "espectro de la Emperatriz Carlota". Hubo uno que no se anduvo en contemplaciones y después de marcar al fantasma por tres veces consecutivas el "alto" que previene la Ordenanza, al no ser obedecido, disparó su arma, hiriendo en un

brazo al alumno que, envuelto en blanca sábana, trataba de hacer una "tanteada" al recluta que por primera vez montaba una guardia.

Eran las zambullidas en la alberca, situada primero en el corazón del bosque junto al manantial principal y después arriba del cerro, enseguida del patio de la enfermería.

Alguna vez, un "novel" oaxaqueño contrajo, con motivo de un paseo nocturno y una visita a damas un poco alegres, una enfermedad muy común. Eran de verse las tribulaciones del ingenuo que refería avergonzado a un grupo de "antiguos tanteadores" los síntomas de su mal, su pena y su vergüenza y la imposibilidad en que se encontraba para curarse, pues creía que no debería por ningún motivo acudir al médico del Colegio. Los "antiguos" lo consolaron picarescamente, lo animaron a ver al médico y le aconsejaron cómo debería referir los síntomas de su enfermedad, insistiendo en que debería emplear la palabra "recto" y no otra para relatarlos. Siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas y él mismo relataba después el salto prodigioso del médico, acompañado de una serie de "barajos" —exclamación favorita del doctor Correa y que había ameritado su apodo de "El Barajo"— cuando recibió la confesión del ignorante oaxaqueño y su gusto, cuando, al hacer una inspección ocular del mal, se convenció de la realidad y sobre todo… de la localización de este.

Habíamos un grupo numeroso de alumnos, casi todos fronterizos, que no teníamos habitación ni hogar en la Ciudad de México, y que ni siquiera teníamos un tutor o una familia amiga con quien hubiéramos podido pasar los domingos y días de fiesta nacional, en los cuales las compañías "quedaban francas" desde las siete de la mañana hasta la misma hora del día siguiente. Ya a los dos meses de estancia en el Colegio había recibido mi uniforme de gala: pantalones con un vivo rojo carmesí a lo largo de las costuras exteriores y dos anchas franjas de paño del mismo color a los lados de los vivos; larga levita también azul obscuro con vueltas y cuello de terciopelo

negro y una doble hilera de botones; el kepí con el metálico escudo del Colegio y el marrazo, que semejaba corta espada romana, con empuñadura de bronce y una cruz en cuyo centro campeaba el águila nacional, con su funda de charol negro y regatón metálico suspendido de un tahalí, sostenido a su vez por un ancho cinturón de charol que abrochaba un chapetón de bronce adornado con el escudo de Chapultepec.

Nos juntábamos Cerna, Nicolás Martínez y yo, y los domingos emprendíamos correrías por el tradicional y bello bosque de Chapultepec, entonces más pequeño que en la actualidad y más silvestre y solitario, pero indudablemente con más atractivos. Conocíamos de memoria hasta los más recónditos rincones y nos agradaba una glorieta de ahuehuetes que está al finalizar una estrecha calzada bordeada también de árboles milenarios. Allí pasábamos horas felices en las mañanas de los domingos, muy pendientes, sin embargo, del toque de *Rancho* de mediodía para ir a tomar en el Colegio nuestros alimentos. Permanecíamos en el plantel hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que, con nuestros uniformes limpios y relucientes, bajábamos otra vez al bosque a oír la música y sobre todo a presenciar el desfile de bellas muchachas entre las que predominaban, por su número y por su belleza y gracia, las tacubayenses que se paseaban por el bosque, considerado por ellas como una prolongación de Tacubaya, sin sombrero y con rebozos de seda multicolor terciados graciosamente sobre sus espaldas. Así nacieron muchos idilios y algunos terminaron con el matrimonio de antiguos compañeros que han formado respetables hogares y se han arraigado en Tacubaya.

En el bosque conocí a muchas señoritas tacubayenses, dechados de hermosura y de educación. Hacíamos juntos lindos paseos que interrumpíamos a las siete en punto de la noche, para que ellas se fueran a sus casas y correr nosotros por la prolongada escalera del Colegio para llegar a tiempo al comedor a la hora que entraban

los alumnos que, por haber estado de centinelas y vigilantes a las seis de la tarde, les tocaba la segunda mesa.

A las ocho en punto ya estábamos de nuevo en el Tívoli de Cartagena, en Tacubaya. Era este una hermosa casa de campo provista de un parque. En los salones de la casa estaban instaladas mesas de juego: albures, ruleta y *baccarat*, llenas de viciosos incautos que dejaban sus dineros en manos del famoso Martel, y en el parque tocaba la excelente banda del Cuerpo de Artillería dirigida por el maestro Ricardo Pacheco. Las callecillas del hermoso jardín eran frecuentadas por familias tacubayenses y muchos alumnos del Colegio Militar. Nosotros nunca penetramos a los salones. Cerna y yo éramos asiduos concurrentes al Tívoli de Cartagena, no para escuchar bella música, que, al menos en lo que a mí respecta, me importaba un bledo, sino para admirar bellas muchachas. Terminada la serenata, acompañábamos a nuestras amigas hasta la puerta de sus casas, casi siempre bajo la mirada avizora de las autoras de sus días, y regresábamos a pie por la calzada de Tacubaya, llenos con las impresiones de la hermosa jornada.

Así transcurrían para mí, alegres, económicos… casi todos los domingos y días festivos, pasados entre el bosque y Tacubaya, que muchos consideraban en aquel entonces como la preferida de la mayor parte de los cadetes, designándola con el nombre de *Novia de Chapultepec*; pero algunos contados domingos me escapaba también a México, muchas veces a pie, por la casi desierta calzada de la Reforma o por la calzada de Chapultepec, que tenía su arquería completa hasta Belem, para visitar a mis paisanos y, muy especialmente, al "Negro" Arreola, a los Vitela, a Federico Barrera y a otros muchos que me recibían con los brazos abiertos y que me invitaban a participar de sus frugales comidas, durante las cuales no se hablaba más que de Saltillo, de Coahuila y del Ateneo, plantel que en 1896 había quedado reducido a su más ínfima expresión, pues, a causa

de las innovaciones introducidas por Cárdenas, la inscripción se había visto disminuida a 17 alumnos.

A veces concurría con varios de mis paisanos a las audiciones musicales que tenían lugar en la Alameda y hasta organizábamos paseos por los alrededores de la capital. Otras, comí en compañía de algunos alumnos en una especie de figón situado detrás de una tienda del pequeño caserío de Chapultepec, cuyo propietario era conocido con el nombre de don Antonio. Allí nos regalábamos con exquisitos platillos nacionales muy bien condimentados.

Tales eran los domingos. Los jueves, las clases terminaban a las cinco y media de la tarde. A esa hora comenzaba una audición musical dada por una banda de la guarnición de la plaza y desde esa hora hasta las siete de la noche los alumnos podían recibir visitas de sus familiares y amistades. Era hermoso el espectáculo que presentaba el extenso patio y las bancas de los corredores donde se veían grupos de familias enteras en derredor de los alumnos, a quienes llevaban sendos paquetes con regalos y golosinas. Yo envidiaba un poco a los que tenían la dicha de ser visitados por los suyos, y me enternecían los besos que prodigaban ancianas cariñosas en las frentes de sus hijos. Yo recibí muy pocas visitas, casi todas ellas de mis antiguos camaradas del Ateneo.

Generalmente, daba esas audiciones una buena banda. Eran las preferidas la de Estado Mayor, dirigida por el maestro Payén, que no era otra que la antigua del 8º Regimiento, muy famosa en toda la República; la de Artillería, dirigida por Pacheco, y la de Zapadores, dirigida por el notable maestro y compositor Velino M. Preza, quien en aquella época compuso dos marchas populares, *Colegio Militar* y *Zapadores*. Casi todas tocaban los jueves una composición queridísima en el Colegio que se llamaba *El cobrero feliz*, a la que un alumno poeta le había puesto letra, que todos los cadetes se sabían de memoria. Los versos decían así:

Que viva nuestra escuela, que es la Escuela Militar,
Que viva, sí, que viva, voto va,
Que viva nuestra escuela, que es donde se aprende a amar
A las bellas, a la ciencia y a la santa libertad.

Cuando escuches, niña, el redoble del tambor,
Deja la costura y asómate al balcón
Para ver si en las filas al dueño de tu amor
Ves marchando al redoble del tambor.

Que viva nuestra escuela, que es la Escuela Militar,
Que viva, sí, que viva, voto va,
Que viva nuestra escuela, que es donde se aprende a amar
A las bellas, a la ciencia y a la santa libertad.

Si la mujer es joven: ¡Alto y descansen!
Y si es muy bonita: ¡Paso de ataque!
Pero si es muy fea, líbrenos Dios,
Se da media vuelta y paso veloz.

Esta canción, coreada por todos los alumnos, era viejísima y nunca pude investigar el nombre del autor, quien dio un canto guerrero al Colegio Militar.

Pasados los dos primeros meses de recluta, monté la primera guardia. Esta se relevaba todos los días a las seis de la mañana y se componía del comandante, un teniente, un sargento segundo, dos cabos y 12 alumnos, para cubrir cuatro puestos de centinelas: uno en la puerta principal, otro en el amplio vestíbulo en que arranca la hermosa escalera que da acceso a las clases, que se llamaba "Las Piezas" por estar inmediatas a este puesto y haber allí, resguardados de la intemperie, dos cañones de campaña, uno de bronce y otro sistema *Bange*; otro en el pórtico que da acceso a la residencia del Presidente de la República, que se llamaba del "Castillo", y el

último en el gimnasio, destinado sobre todo a evitar las escapatorias de los alumnos por la barda que cae a plomo sobre el cerro y el bosque, cuya altura de seis metros era salvada con suma facilidad ayudándose con los gruesos cables del mismo gimnasio.

Los centinelas se relevaban cada dos horas y así cada alumno tenía que hacer cuatro cuartos de centinela, repartidos en las 24 horas que duraba la guardia. Había horas preferidas y horas incómodas, siendo las más solicitadas las del tercero y cuarto cuartos. Los alumnos de guardia no acudían al dormitorio. En la noche, en las horas en que no estaban de servicio, dormían en la guardia de prevención, inmediata a la Sala de Banderas, donde había a lo largo de las paredes grandes "camarotes", que no eran otra cosa que un tosco entarimado de madera de dos metros de anchura, sostenido por fuertes pies de un metro de alto y con ligero declive. Junto a las paredes había vigas comunes con los ángulos redondeados que servían de "almohadas". Allí dormían los de guardia, completamente vestidos, sin quitarse los zapatos y terciadas las incómodas fornituras, estando prohibido llevar ropa de cama o cualquiera cosa que pudiera hacer más mullido aquel duro lecho. Sólo se permitía llevar el capote y el sarape.

Todos le teníamos una aversión profunda a aquellos entarimados que en muchas ocasiones habían maltrecho nuestras costillas. Una de las bromas más celebradas fue la que ocurrió cuando, con motivo de un aseo general de dichos "camarotes", fueron transportados al patio del gimnasio y allí un grupo de agraviados, que debió de ser numeroso, aprovechándose de un descuido o de la ausencia de los mozos, levantó en vilo los toscos y odiados armatostes y los arrojó al cerro por encima de la barda. La indignación del económico general Villegas fue enorme, quizá por el hecho de que la construcción de nuevos instrumentos de tortura costó alrededor de unos 30 pesos, pero él, en el fondo, debe de haber sonreído ante aquella travesura que implicaba una justísima protesta muda, aun-

que muy efectiva, contra aquellos "camarotes" que, según se aseguraba, servían desde los tiempos heroicos de Agustín Melgar y habían sostenido sobre sus duros tablones el mismísimo cuerpo del cadete Juan Villegas, oriundo de Tecualoya. Yo todavía los recuerdo con horror.

Los cuartos de centinela, y principalmente los de la noche, nunca fueron insoportables. Yo prefería los puestos del gimnasio y del Castillo por más solitarios y más obscuros y que, por tanto, se prestaban más a la reconcentración, al ensueño y a la meditación. En medio de un silencio sepulcral, interrumpido por el sordo rumor del follaje de los copudos árboles del bosque mecidos por el viento y el "¡Centinela, alerta!", corrido cada cuarto de hora con gritos estentóreos cuyo eco repercutía solemnemente, enfundado en mi capote militar, sobre el cual se cruzaban las anchas correas de la fornitura de diario, calada la carrillera del kepí, a guisa de barboquejo, y la capucha del capote sobre el kepí, me echaba el pesado Remington al hombro y durante largo tiempo me paseaba nerviosamente, ensimismado en mis pensamientos, en mis recuerdos, en mis proyectos, unos realizables y otros quiméricos, y en mis andanzas amatorias. Así transcurrían cortas y veloces las dos horas largas que duraba un cuarto de centinela.

Los cuartos de imaginaria de cuartel eran más pesados y más fastidiosos. Destinados a cuidar el orden en los dormitorios y armados de fusiles, los imaginarias recorrían los dormitorios en una atmósfera pesada y tibia que provocaba un sueño invencible.

Al mismo tiempo que empezaron las guardias para los reclutas, se inició el periodo de instrucción general en el campo para todos los alumnos. Estas maniobras tenían lugar en terrenos que se extendían entre el bosque de Chapultepec y Tacubaya, apenas interrumpidos entonces por una especie de cobertizo en que estaba instalada una fundición de bronce. Esos llanos llegaban casi hasta la que ahora es la calle de Gelati, en Tacubaya. Mandaba los ejercicios mi-

litares el mayor Guzmán, que tenían lugar los viernes y duraban desde las cinco y media hasta las nueve y media de la mañana, interrumpidos a las ocho por un ligero descanso en el que los alumnos, después de formar pabellones con los fusiles y romper filas, se dispersaban por el campo. Concurrían a presenciar las evoluciones muchas familias tacubayenses.

Las clases me parecieron fáciles durante el primer año de mi estancia en Chapultepec, pues aunque el programa con que se estudiaba Geometría y Trigonometría era más extenso que el de la preparatoria, yo ya había estudiado esta materia en el Ateneo y no tuve muchas dificultades ni trabajo para vencer asperezas del Comberousse, el libro de texto adoptado. La clase de Infantería, dada por el teniente Beltrán, era muy fácil, y además este oficial, que se distinguía por lo "soldado y espirituoso" —así se designaba a los que estaban dotados de mucho espíritu militar—, la volvía amena y divertida, haciendo una verdadera exégesis de sus prevenciones y una crítica de las maniobras de orden cerrado, que preferían todos los jefes, y que no tenían más objeto que hacer lucir a los soldados en desfiles y en conversiones por las calles, cosas, decía él, perfectamente inútiles, pues toda la preparación en tiempo de paz debe tender a hacer al soldado apto para la guerra, y en esta se empleaba el orden disperso, no el cerrado.

La clase de Dibujo de Paisaje a lápiz era también sencilla y amena y tendía a preparar a los futuros oficiales para la confección de bosquejos rápidos del terreno. Hacíamos copias de modelos y también copiábamos del natural los panoramas que se presentaban desde la terraza del Colegio.

La de Gimnasia era la preferida. Allí, con las "mancuernas", hacíamos "Cristos". Los ejercicios de las paralelas, de los cables y de las argollas eran nuestros predilectos. Los profesores González Salas y Emilio Lobato eran verdaderos atletas. Entre los alumnos los había muy fuertes, que hacían "el muerto" y "la escuadra" en las

argollas, prodigiosos ejercicios en las paralelas y en los cables y que en las barras eran unos acróbatas. Yo prefería la barra, pues siempre me gustaron más los ejercicios de agilidad que los de fuerza.

La clase de Inglés, que duraba dos horas, me parecía larga, cansada y fastidiosísima. "Muy densa", como se decía en la jerga de Chapultepec.

He dejado para lo último la más "densa" de todas las clases habidas y por haber, la de Ordenanza, dada por Burrantino. Era intolerable, tonta, difícil y… peligrosa en extremo. A este excelente y anticuado capitán se le había ocurrido que habíamos de aprender todos los preceptos de la Ordenanza de memoria, al pie de la letra, so pena de imponer un arresto al que se equivocara en una palabra o en una coma, y esa pretensión absurda la llevó a cabo hasta el final con gran tormento de todos los que tuvimos la desgracia de ser sus discípulos. Y aquellos artículos disparatados, sosos, tontos, anticuados, verdaderas reliquias de las Ordenanzas Militares de la época de Carlos III, detallaban prolijamente las obligaciones del soldado, del soldado de guardia, del cabo, del sargento y de los oficiales, hasta el empleo del coronel, inclusive, y las Órdenes Generales y los Honores Militares y hasta los fúnebres; esos artículos de una ley que debería haber sido enterrada un siglo antes y que constituía un verdadero anacronismo, fueron aprendidos de memoria por mí y por todos mis compañeros. El inflexible Burrantino señalaba una página bastante nutrida de texto y asaz carente de sentido, e iba poniendo de pie a todos los alumnos para que diéramos la lección textualmente, y guay de aquel que no repitiera como un loro los preceptos copiados de las vetustas Ordenanzas españolas. Para el desgraciado era seguro un domingo de arresto. Burrantino no hacía el menor intento de exégesis o de explicación de los preceptos militares. Él nos incrustó la Ordenanza al pie de la letra y esto constituyó casi un crimen.

Las "formaciones" en que tenía que tomar parte el Colegio Militar eran contadas. Se reducían a la del 5 de mayo, la del 8 de septiembre y la del 16 del mismo mes. En la primera y en la última, el Colegio formaba la vanguardia de una que se llamaba por la Orden General de la Plaza "columna de desfile", compuesta las más de las veces por el Batallón de Zapadores, de tres o cuatro batallones de infantería, de otros tantos regimientos de caballería, de los cuatro regimientos de artillería —que nunca guarnecían una plaza que estuviera fuera de los límites del Distrito Federal—, y de dos o tres regimientos de rurales mandados por el general Ramírez, muy popular en México, que el general Díaz consentía, como una verdadera excepción a su tendencia siempre manifiesta de dividir el mando, por desconfianza u otros motivos, en poner a las órdenes de un general de División por el brevísimo lapso de 36 horas.

El desfile ante el general Díaz, que ocupaba el balcón central del Palacio Nacional, se iniciaba a las 12 del día y yo nunca pude saber por qué el Colegio Militar estaba formado siempre, apoyando su derecha en la glorieta de Carlos IV, a lo largo de la Reforma, desde las nueve de la mañana, esperando junto con las demás tropas, expuestas inútilmente a los rayos de un sol abrasador, para iniciar la marcha hasta las once y media de la mañana, precedida la columna por una descubierta de caballería.

Esa columna pasaba por la avenida Juárez, por las calles de San Francisco y de Plateros, volteaba a la izquierda por el Empedradillo, seguía por las calles de Santo Domingo, torcía a la derecha por la calle de la Pulquería de Celaya y volteaba otra vez a la derecha por las calles del Reloj, para desfilar en columna de honor por secciones ante el caudillo y desarticularse apenas llegada la cola de cada corporación a la esquina de Flamencos.

Estos desfiles no tenían absolutamente ninguna finalidad ni utilidad y la fatiga innecesaria en la absurda espera apenas si era compensada por las salvas de aplausos que recogía el Colegio Militar a

su paso por las calles de la capital y muy principalmente en las de San Francisco y Plateros, donde caía sobre los alumnos una verdadera lluvia de flores, de confeti y de serpentinas arrojados desde los balcones. El Colegio Militar marchaba muy bien, conservaba a la perfección sus alineamientos, ejecutaba conversiones casi maravillosas y, además y sobre todo, contaba con generales y grandes simpatías.

La fiesta del 8 de septiembre era la más solemne de todas, pues en este día se celebra la defensa que del Castillo y del cerro hicieron los alumnos del Colegio Militar en 1847. En Roma había escrito, en diciembre de 1912, una ligera descripción de esta festividad solemne, pero ahora prefiero substituirla por un artículo que publiqué en *El Heraldo de México* en septiembre de 1919, firmado con mi seudónimo de Tobías O. Soler, y que ha merecido el honor de ser reproducido varias veces en distintos periódicos. La última reproducción de que tengo noticia apareció en el número extraordinario del periódico *Chapultepec*, órgano de la Asociación del Colegio Militar, correspondiente al mes de septiembre de 1923.

La gloriosa bandera del Colegio Militar. El beso del invasor sobre una frente heroica

Es 8 de septiembre, fecha en que se celebra la gloriosa y heroica defensa que del histórico cerro y castillo de Chapultepec hicieron los jóvenes alumnos del Colegio Militar el 13 de septiembre de 1847. Es día de formación. A las diez en punto de la mañana tienen que bajar al bosque milenario las dos compañías comandadas por el mayor Guzmán, alto, erguido y con voz de trueno. En el bosque, durante la solemne ceremonia conmemorativa, los alumnos harán tres salvas.
Desde la víspera, los cadetes, después de la cena, se encaminan formados a los depósitos a sacar sus uniformes de gala. En los dormitorios reina un bullicio extraordinario. Funcionan los cepillos especiales que, merced a los polvos de madreperla, sacan reflejos de sol a los metáli-

cos botones; arréglanse las charoladas fornituras de gala; los chapetones del cinturón brillan como espejos; los escudos compuestos de un cestón de fortificación con dos cañones entrecruzados y un ancla, y coronado todo por una antorcha con cinco rayos, son arreglados cuidadosamente en los kepíes y en el cinturón. Es preciso preparar todo con más esmero que el acostumbrado, pues se tiene que celebrar un aniversario de gloria para la escuela, es preciso lucirse en las salvas para que se oigan como una sola detonación, y se tendrá oportunidad de ver a la novia y saludarla con una sonrisa imperceptible.

A las cinco de la mañana repiqueteó con más alegría que nunca la marcial canción de la *Diana*, trayendo a cada uno de los alumnos visiones de gloria, de sangre vertida generosamente en la defensa de la Patria, de tronar épico de cañones, de traqueteo de fusilería, de muros que se derrumban abatidos por la metralla, de pabellones sangrientos y desgarrados.

También esa *Diana*, que llegó a los corazones, evocó la memoria de las madres ausentes o muertas y traía en sus alegres notas los besos de las prometidas.

Una vez hecho a conciencia y con prontitud el aseo matinal, bajaron de los dormitorios las compañías armadas y, pasada la revista, primero por los oficiales de semana y luego por el capitán de cuartel, formadas en pabellones las armas y terminado el frugal desayuno, los alumnos, radiantes de alegría, departían por los diferentes patios del Colegio, esperando "el tercer toque".

—Mira, "Barón" Cerna, aquí murió heroicamente el teniente Juan de la Barrera —decía uno, señalando la columna rematada por un busto de aquel héroe—. Para honrar su memoria se levantó este monumento en el lugar preciso en que murió.

—El sitio en donde está la estatua de Melgar, con su pedestal muy bajo, como si fuera eterno centinela del Colegio, su fusil en la primera posición de la carga, indica a la posteridad el lugar en que cayó el cumplido cadete a cuya guarda estaba encomendada la entrada del Castillo. No te imaginas el número de bajas que hizo a los americanos que, a paso de carga, desembocaron por la rampa. Fue admirable su comportamiento. No se separó de su puesto a pesar de la avalancha de asaltantes que lo arrollaba todo, y defendió la entrada vigorosamente hasta que quedó sin sentido, gravemente herido por dos balazos, uno en el hombro derecho y otro en la pierna izquierda, y por un terrible bayone-

tazo en el costado derecho. Dicen que el general Worth y todos los americanos que lo seguían quedaron asombrados del valor de Melgar y que mirándolo caído y cubierto de sangre después de haberse batido como un león, se descubrieron ante él, y el viejo general *gringo*, inclinándose sobre su cuerpo exánime, le dio un beso en la frente y mandó que, con cuidado, lo condujeran a la enfermería, que estaba instalada en la parte alta. Mira, subiendo la escalera, al terminarla, la primera pieza que queda a la izquierda… allí donde está la clase de Geografía. En ese cuarto murió el héroe el día siguiente a las tres y media de la tarde. ¡Y era de la Primera Compañía!

—¿Y qué me dices de Vicente Suárez?

—¡Ese era de la Segunda y fue el más hombre de todos! ¡Él fue el que se portó mejor! Ya lo sabes. La bandera del Batallón de San Blas había sido depositada en el Castillo, mientras el bravo Xicoténcatl se batía rabiosamente con su bravo batallón en el bosque; pero cuando el combate arreció y empezaron a desembocar los americanos por la rampa, Suárez, considerando inevitable la pérdida del Castillo, se apoderó de la bandera y cuando ya los asaltantes llegaban a la puerta, él no quiso que la sagrada enseña Patria cayera en sus manos, y, envolviéndose en ella, se "echó de clavado" desde lo alto y se estrelló en la falda del cerro, pero la bandera se salvó de caer en poder de los *gringos*, pues fue recogida por un oficial del Batallón de San Blas, que aún ocupaba el bosque y cerro por ese lado. ¿Qué te parece, hermano?

—Desde entonces esa bandera pertenece al Colegio y cuando la vemos hecha jirones flamear gallardamente en las filas, siente uno que "se le enchina el cuerpo" y serían capaces todos los alumnos de morir antes que dejársela arrebatar.

En esos momentos, la banda, con sonoridades que parecían de gloria, dejaba escuchar el toque de *Llamada,* seguido del de *Reunión*, o sea el "tercer toque", y los alumnos, interrumpiendo la animada conversación, dirigiéronse presurosos a la línea de pabellones.

El mayor Guzmán, marcial y gallardo, como deben de haber sido los antiguos mosqueteros, con voz sonora, mandó: "¡Por la derecha… alinearse! ¡Tomen… armas!".

En seguida el corneta de órdenes dio el toque de atención seguido por dos puntos agudos… Era la señal para ir por la bandera, y no cualquier bandera, sino la mismísima enseña sagrada, hecha jirones y manchada

de sangre, del Batallón de San Blas, que estaba depositada en la Biblioteca del Colegio. Los alumnos se irguieron más, bombeando sus robustos pechos; reinó entre ellos una expectación enorme, por ver aquel trapo glorioso en el que casi no se distinguían ya los colores.
Ya la escolta de la bandera, al compás de la *Marcha Redoblada*, por el "flanco doblando" [*sic*] y seguida de la banda de cornetas y tambores y de la música de artillería, se había desprendido de las filas encaminándose a la Biblioteca. Los alumnos, con sus rostros altivos, que parecían flores de primavera entre las mies de hierro de las aceradas bayonetas, esperaban con ansia la aparición de la enseña del Colegio, que representaba todas sus tradiciones de heroísmo y de gloria, que… ¡encarnaba el viejo espíritu de Chapultepec!
De repente se oyó la voz estentórea del mayor Guzmán, que gritaba con tonos en que se traslucía la emoción que ahogaba su garganta: "¡Presenten… armas!". Los cornetas y tambores rompieron rabiosamente la *Marcha Granadera* y la música dejó oír los épicos acordes de nuestro himno guerrero. Los tambores con sus chacós de airoso plumero y con sus "golpes" carmesíes en los brazos, atacaban furiosamente los redobles, como si trataran de hacer saltar los parches de las cajas de guerra, y en medio de aquel clamor de gloria apareció entre las filas de la escolta, empuñada vigorosamente por la diestra de un sargento primero, la hermosa enseña tricolor, desteñida, hecha jirones, manchada de sangre, que parecía cobijar en sus santos pliegues a todas las generaciones de la tradicional escuela, exaltando hasta un grado heroico los sentimientos de Patria, Honor y Gloria… Por las inmóviles filas pasó un soplo de entusiasmo, un estremecimiento recorrió todos los pechos, un escalofrío todos los cuerpos, los ojos se inundaron de lágrimas, los labios estaban resecos por la emoción y cuando el abanderado tomó su colocación en la segunda hilera de la Segunda Compañía y la bandera flotaba airosa sobre las cabezas de los alumnos, los cuerpos "se enchinaron". Esa bandera evocaba las visiones de los heroicos Juan de la Barrera, Melgar, Montes de Oca, Escutia, Márquez y Suárez en lucha sublime y titánica… parecía que la sagrada imagen de la Patria descendía hasta los cadetes y depositaba en sus frentes un ósculo de amor.

Tobías O. Soler

Este artículo, que fue escrito rememorando intensas emociones experimentadas, me proporcionó una gran satisfacción. El día que apareció *en El Heraldo de México*, después de concurrir a la solemne celebración de la ceremonia en el bosque, nos reunimos en un modesto restaurante más de sesenta ex alumnos del Colegio Militar. Nadie sabía que yo había escrito el artículo preinserto y nadie tampoco conocía el seudónimo con que firmaba mis artículos en *El Heraldo*. Cuando estaba más animada la conversación, Luis G. Garfias preguntó a los que estaban cerca de él si conocían a un tal Tobías O. Soler que había escrito un artículo en *El Heraldo* que lo había hecho llorar y que ese artículo solo podía haber sido escrito por uno que hubiera estado en Chapultepec. Nadie conocía a Soler y yo preferí no descubrir el secreto, saboreando íntimamente la impresión que había podido producir entre mis antiguos compañeros.

Después, el pobre de Soler, con motivo de otros artículos, se vio envuelto en algunos incidentes ruidosos que descubrieron el incógnito y cuyos disgustos han sido compensados ampliamente con la enorme satisfacción de ver reproducido muchas veces este artículo desprovisto de galas, pero sincero y sentido con el alma entera. En él respira mi enorme gratitud hacia Chapultepec, la gloriosa escuela, la única casa de educación que ha existido en México.

Capítulo XI

Los profesores buenos y los malos.— "El Chicho" Prado y el maestro Anza. Tamborrell, Ángeles y Eguía Lis.— Almaraz y Sota Riva.— El terrible Pérez. "El Piocha" Salamanca.— Fernández Guerra, víctima de todas las burlas. Los exámenes.— Las veladas.— Las expediciones.— Las marchas. Los campamentos.— Las prácticas.— Los simulacros.— La Diana victoriosa. Los arcos triunfales.— Los premios.— Don Justo Sierra y Jesús Urueta. Las pláticas y los consejos del general Díaz.— Las vacaciones. Los "densos", los "célebres", los "macheteros" y los "molderos". Los "piedras".— El prest.— Mis cintas de cabo y de sargento. Los alumnos distinguidos.— Ascenso a oficial del Colegio. Los fronterizos y los provincianos, más bien preparados que los metropolitanos. Andanzas de "El Burro".— Los "chivos" y los "marranos". Las prácticas profesionales.— La salida de Chapultepec. Los mejores oficiales para el ejército.— "Las espontáneas". Los "guayabatajos" de Leyva.— Las clases de tiro de pistola y las de esgrima.

Permanecí siete años en el Colegio Militar, que transcurrieron rápidamente sin incidentes ni penas mayores que turbaran mi contento. El trabajo era pesado y apenas si alcanzaba tiempo, muy bien repartido, por otra parte, para la preparación de las lecciones y la asistencia a las clases, las prácticas militares, las atenciones del servicio y las engorrosas guardias. No cabía ni podía caber el fastidio entre gentes que tenían misiones bien determinadas y que ocupaban todo su tiempo en desempeñarlas lo más satisfactoriamente posible.

Conocí profesores buenos y malos, muchos más de los primeros que de los segundos, y maestros que eran verdaderos sabios y algunos ignorantes. Ya he citado entre los buenos al teniente Beltrán y al coronel Juan Quintas Arroyo, y entre los pésimos al capitán Itur-

bide. Puedo agregar a la lista de buenos profesores al coronel Palafox, a quien decíamos "Weyler" por sus largas y espesas patillas y que era un maestro bastante exigente que sabía bien su texto de "Geometría Analítica y Cálculo Infinitesimal"; al ingeniero Manuel M. Ramírez, "El Chupamirto"; al ingeniero Manuel Mendizábal Tamborrell, un sabio matemático; al licenciado don Eduardo Prado, eminente matemático que había dedicado toda su vida a la enseñanza de las ciencias exactas y que puede reputarse como una lumbrera de México. Abogado que hizo a un lado completamente el ejercicio de su profesión, fue por muchos años profesor de Matemáticas en la Escuela Nacional Preparatoria y de Mecánica Analítica en Chapultepec y escribió un magnífico texto sobre esta última materia.

Era un tipo rarísimo. Grueso, de estatura regular y vestir descuidado; muy miope, usaba anteojos de gruesos cristales que cubrían unos ojillos azules muy vivos. Acostumbraba pelarse a rape y rasurarse el bigote, dejando solamente unas luengas y algo rizadas patillas rubias que le daban un aspecto singularísimo, semejante a la fisonomía del gran estadista piamontés Cavour. Era la timidez personificada. Enemigo de los honores militares, acechaba un descuido de los centinelas o vigilantes para evitar que estos, a su paso, terciaran sus armas o se pusieran de pie. Misántropo, sin hogar y sin parientes siquiera, habíase refugiado por entero en el estudio y enseñanza de las ciencias exactas, constituyendo este hombre tan humilde un verdadero timbre de honor no sólo para el Colegio Militar sino también para la República Mexicana. Era conocido por todos los estudiantes de aquella época por el nombre de "El Chicho" y generalmente querido y respetado. En mi concepto, es el hombre científico que más ha descollado en México por su saber y, algún día, cuando ya no predominen en nuestra Patria sólo los guerreros o los políticos, se le hará la justicia que merece.

Otros buenos profesores lo fueron también el teniente Ferrel, hermano del otro Ferrel que fue director de *El Demócrata* por el año

de 1892 o 1893, que dio con gran éxito la clase de Fortificación Pasajera y Castrametación; el mayor Tamborrell, el famoso *Recochón*, verdadera autoridad en materia de puentes militares y de obras de fortificación, el Brialmont mexicano era el profesor de Fortificación Permanente y Ataque y Defensa de Plazas. Muy bajo de cuerpo y muy vivaz en sus movimientos y en su palabra, substituyó a Guzmán como jefe del detall del Colegio Militar y murió trágicamente en Ciudad Juárez, en los combates que tuvieron lugar en aquella ciudad fronteriza a principios de mayo de 1911.

También fue un buen profesor de esta misma materia el teniente Jorge Méndez, "La Rana", un oficial de pura raza otomí, tranquilo, ponderado y estudioso. Al coronel de Estado Mayor Estrada, hombrecillo cuadrado de 150 centímetros de estatura, muy renegrido y con enormes mostachos grises, le llamábamos "El Chamuco", por su fealdad. Fue un excelente y cumplido profesor de Estereotomía y Carpintería de Hierro y Madera, aunque se le reprochaba su sequedad y algunas veces su brusquedad de lenguaje. Otro magnífico catedrático era el maestro de varias generaciones de ingenieros militares y civiles, el ingeniero don Antonio M. Anza, profesor en Chapultepec de Caminos, Canales y Obras en los Puertos. Profesionista honradísimo y de gran experiencia, fue siempre para sus alumnos un alto y noble ejemplar de sapiencia y de honorabilidad profesional.

Entre los buenos se contaban el capitán Felipe Ángeles, artillero y matemático distinguido, muy joven, muy alto, muy erguido y muy ágil, indio casi de raza pura, su honradez y su espíritu independiente le acarrearon algunas serias dificultades en su carrera; el capitán Eguía Lis, un excelente jefe y maestro y también matemático muy aventajado; el capitán Rafael M. Vásquez, un buen maestro de Dibujo Topográfico y Geográfico a quien llamaban —y ese nombre le venía desde su estancia en Chapultepec como alumno— "El Peladito"; el maestro Almaraz, profesor muy bueno de Química y el preparador

de la misma clase; el doctor Sota Riva, que hacía la competencia en sabiduría al anterior y con quien siempre estaba en pugna, sabrosísima para nosotros los alumnos; el sabio profesor coronel Antonio R. Flores, astrónomo verdaderamente distinguido y jefe muy honorable que dio muchos años, con éxito, la clase de Astronomía y Geodesia; el ingeniero Felipe Valle, buen profesor de Topografía; el ingeniero Felipe Noriega, profesor de Dibujo Geométrico y Delineación; el licenciado Tornel, profesor de Jurisprudencia Militar y Derecho de la Guerra, y el licenciado Rafael Ortega, profesor de Historia.

Otro buen profesor era el general de artillería José María Pérez, que daba la clase de Geometría Descriptiva y que tenía fama de ser el más cruel de los maestros, pues imponía arrestos a diestra y a siniestra a los desgraciados alumnos que no sabían bien la clase o que no presentaban sus monteas perfectamente bien delineadas y limpias. No tenía ninguna simpatía entre sus discípulos ni en el ejército, pero al finalizar el año todos sus alumnos obteníamos calificaciones supremas.

Profesores malos también los había y entre ellos señalo en primer lugar a Burrantino, el capitán "tropero" que exigía las clases de Ordenanza de memoria, y como la única responsabilidad que se puede demandar en México es la de la publicidad en un país de irresponsables, aquí dejo consignados los yerros de aquel capitán para que los juzgue la posteridad. Otro profesor malo lo fue el general de artillería Ignacio Salamanca, un hombre de avanzada edad, de reluciente calva, de bigote y de piocha canas y tan ignorante y tan perezoso que, a pesar de ser profesor por muchos años de la clase de Mecánica Aplicada, ni siquiera conocía el texto, que era el Bresse, texto también en la Escuela Politécnica de París. Era muy bondadoso —no podía ser de otra manera— y estaba expuesto a continuas "tanteadas" de los alumnos. Su ignorancia era proverbial. Se le llamaba "El Piocha" Salamanca y la palabra "piocha" sentó plaza de naturali-

zación en la jerga de Chapultepec como sinónimo de tapado o de ignorancia en una materia. Cuando alguien concurría a alguna clase sin haber estudiado, se decía que iba muy "piocha" o se iba de "piocha".

Pero el más malo y también el más asendereado de todos los profesores era el maestro Fernández Guerra. Yo no creo que haya sido ignorante en las materias que enseñaba, primero Geografía y después Español, pero era un individuo tan carente de carácter y de energía que eran blanco propicio para el "verso" y las "tanteadas" de sus discípulos. Recuerdo que en clase de Geografía, todos los mapas que tapizaban los muros fueron previamente atados por cordeles y cuando él disertaba sobre la altura del Himalaya y sobre los efectos tectónicos, aquellos mapas ligados entre sí y tirados todos de una cuerda por un alumno travieso, empezaron a ejecutar una danza infernal, y al grito unánime de "¡Tiembla!", Fernández Guerra, espantado, abandonó el salón. En otra ocasión, cuando la banda del Colegio tocaba *Forraje* a las cinco de la tarde, para que los caballerangos tendieran las pasturas a la caballada, los alumnos que, por acabar de regresar de una práctica de caballería íbamos todos con medias botas y armados de sables, previamente puestos de acuerdo, a la hora del toque que, por lo demás se daba todas las tardes, con el mayor estruendo posible nos pusimos de pie, desenvainamos nuestros largos y curvos sables diciendo en coro que íbamos a dar forraje a nuestros caballos, y ante los ojos alelados de Fernández Guerra, abandonamos la clase.

Al finalizar el año tenían lugar los exámenes. Estos se iniciaban siempre el día primero de octubre por medio de una sencilla, bizarra e imponente ceremonia. A las nueve de la mañana, hora en que tirado por unas robustas mulas aparecía por la rampa "la bolsa de avíos", o sea el carruaje de los profesores, la banda de cornetas y tambores empezaba el toque de *Ataque,* que era ejecutado rabiosamente por todos los patios del Colegio. Aquellos tamborazos en circunstancias tales, cuando media hora después teníamos que

encontrarnos frente a frente con sinodales severos, repercutían como mazazos dados en pleno corazón.

Las clases se cerraban unos días antes de los exámenes y eran de verse escenas pintorescas en los salones de estudio repletos de alumnos que dejaban para lo último la preparación respectiva, y permanecían en ellos hasta horas muy avanzadas de la noche, ayudándose para vencer el sueño con grandes tazas de café preparadas en cafeteras especiales y con lámparas de alcohol. Esta era una de las épocas más hermosas de la vida de Chapultepec y puede decirse que en el breve lapso que mediaba entre la clausura de clases y la iniciación de los exámenes, los alumnos preparaban las respuestas de los cuestionarios. Era la época en que verdaderamente se estudiaba fuerte y macizo.

Después del periodo de exámenes venía la expedición anual. Se formaba una Sección Mixta Expedicionaria, casi siempre a las órdenes del general Villegas, compuesta del Colegio Militar, del Batallón de Zapadores, de un regimiento de caballería, de dos batallones de infantería, de una batería de artillería de montaña, una batería de artillería de campaña, y una sección de ambulancia. Se formaba un plan de campaña, un tema táctico muy sencillo: "Fuerzas azules enemigas (figuradas) marchan desde el norte a atacar la capital de la República, y para oponerse a su avance se forma una sección mixta, 'tropas rojas', que salía de la capital". Después de haber hecho marchas más o menos largas, esta fuerza acampaba en un lugar y allí se hacían prácticas de fortificación, de tiro de artillería y de construcción de puentes militares, que terminaban con un simulacro en que, naturalmente, siempre salía vencedora la Sección Mixta Expedicionaria.

La práctica de marchas comprendía dos partes. En una, se hacían por ferrocarril con el objeto que los alumnos presenciasen el embarque y el desembarque de tropas. Por medio de pesadas rampas portátiles ascendían dificultosamente los caballos y las casi siempre

reacias mulas de artillería, los cañones y los carros de municiones y de ambulancia. Se recorría una parte del trayecto por ferrocarril y luego se iniciaba la práctica de desembarque, que era casi tan difícil y tan tardada como la del embarque. La parte más interesante era la marcha que emprendía a pie por las carreteras el Colegio Militar en unión de las demás tropas que formaban la Sección Mixta Expedicionaria.

Apenas fuera de una población, el Colegio Militar y las demás tropas dejaban su formación por el flanco doblando y tomaban el dispositivo de columna de camino, que consistía en abrir las hileras de manera que quedaran dos a la derecha y dos a la izquierda, dejando de esta manera libre la parte central de la carretera. Era de verse a los alumnos en esta formación con grandes mochilas sobre sus espaldas, en las que, además de la frazada y del capote muy bien enrollado, iba el ánfora, compuesta de un recipiente para el agua y de una escudilla de hojalata, y la cuarta parte de una tienda de campaña, es decir, la parte de estacas herradas, de pies derechos, montantes, cumbreras —todos de madera—, cuerdas y lonas que, unidas a las que portaban otros tres compañeros de tienda, deberían formar el abrigo reglamentario en el campamento. Llevaban, además, su fusil, indistintamente sobre cualquiera de los hombros o suspendido por el portafusil, el kepí cubierto por una funda de lienzo blanco, prolongado en la parte posterior por un largo paño de sol para defender las nucas de los rayos solares.

La marcha se iniciaba generalmente a las seis de la mañana y era de verse la animación de los alumnos en las primeras horas de ella. Casi todos cantaban, charlaban y fumaban alegremente. Se cambiaban bromas ingeniosas de hilera a hilera. Algún buen tenor o barítono iniciaba "Que viva nuestra escuela, que es la Escuela Militar…", coreada magistralmente por toda la columna, u otra canción en boga. Todos íbamos alegres y gozábamos con aquella marcha al aire libre, respirando oxígeno a plenos pulmones y contentos

de la vida. Pero cuando la marcha se prolongaba por horas y horas y el sol arreciaba, el polvo sofocaba, y se sentía ya el cansancio, los cantantes y bromistas enmudecían y sólo se oían de cuando en cuando las frases: "No se cuelguen", "No te cuelgues", con lo que se significaba que alguna hilera alargaba ya las distancias más de la cuenta. De esta manera se hacían jornadas que, por lo general, eran de 20 a 30 kilómetros, aunque algunas, excepcionalmente, alcanzaban 40 kilómetros.

Al llegar al final, todas las tropas de la columna vivaqueaban, se acantonaban o acampaban, según las condiciones de la localidad, aunque, por lo común, durante las marchas se hacía lo segundo en alojamientos previamente señalados por los castrametadores y que casi siempre eran grandes trojes de hacienda o grandes corralones pueblerinos, en donde, después de tomar el rancho servido en las escudillas de los porrones, sudorosos, estropeados y llenos de polvo dormíamos en el suelo como si lo hiciéramos en el mejor de los lechos.

En otras, la jornada era penosísima. En nuestras llamadas carreteras, enteramente abandonadas de la época de la independencia hasta ahora, y que no son otra cosa que porciones del campo donde no sale hierba por el frecuente paso de peatones, bestias y uno que otro vehículo, en esas "carreteras" accidentadas y llenas de baches, la artillería subía con enorme dificultad las pendientes y eran notables los trabajos para sacar un pesado cañón de campaña de un paso difícil: se doblaban los tiros y en cada rueda, asidos de los rayos, empujaban muchos alumnos atletas que vencían rápidamente los obstáculos que se les presentaban.

Al llegar al lugar en donde el tema táctico prevenía que deberíamos encontrar al enemigo figurado o barrerle el paso, allí se establecía el campamento, que generalmente duraba ocho días. Las filas de tiendas muy bien alineadas, un pabellón de fusiles al frente de cada tienda de campaña; en los cuatro ángulos del campamento,

los centinelas, y bastante lejos y hacia el enemigo, el servicio de puestos avanzados. Los alumnos, en unión de los zapadores, procedían desde luego a la correcta instalación del campo, dotándolo de cocinas de campaña y de letrinas.

Entonces empezaba una serie de prácticas de campaña muy interesante, que tenían por pretexto la aproximación de aquel enemigo figurado. Los alumnos que estudiaban caballería practicaban reconocimientos, los de fortificación procedían, junto con los zapadores, a la construcción de un reducto dotado de todos sus servicios, revestidos sus espaldones con cestones y provisto de defensas accesorias: trampas de lobo, abatidas y hasta fogatas pedreras; los de artillería hacían práctica de tiro al blanco, directo e indirecto; los de puentes construían un puente militar, ya con los equipajes de que estaba dotado el Parque de Ingenieros o con pasaderas de circunstancia, y los de topografía hacían el levantamiento de un croquis de los alrededores del campamento, como ya habían levantado los itinerarios recorridos.

Era un trabajo febril y alegre el que ocupaba a los muchachos durante ocho o 10 días. Allí se veían los alumnos en mangas de camisa trazando las trincheras del reducto, dirigiendo la construcción de las defensas accesorias, o bien, empuñando un zapapico o una larga pala; a los de puentes, dedicados a arrojar los flotantes al agua, generalmente un estanque hecho en un curso de agua de poco caudal, que se represaba por medio de un dique de tierra o bien construyendo caballetes y largueros o instalando las "potencias" para un puente colgante; los de artillería, practicando el tiro indirecto por encima de una aldea situada en la cumbre de alguna colina, con gran espanto de sus pacíficos moradores, que no podían acostumbrarse al estampido de cañones ni mucho menos a ver la estela de las granadas que pasaban por encima de sus chozas y que hacían explosión en el aire al otro lado del cerro, lanzando un haz de minúsculos proyectiles.

Llegaba el día del combate. Nuestra Sección Mixta Expedicionaria tenía que pasar por el puente o puentes que nosotros mismos habíamos construido y, desde lejos, preparar por medio del fuego de la artillería el asalto de la fortificación que, trabajando de día y hasta de noche, habíamos levantado. Una vez abatido el enemigo con la lluvia de granadas disparadas sobre el fuerte, las infanterías iniciaban su avance y la caballería diseñaba un amplio movimiento envolvente, dizque para cortar la retirada al enemigo. Las cadenas de tiradores avanzaban a paso veloz, echaban pecho a tierra y hacían fuego a discreción con cartuchos de salva, se levantaban, adelantaban a la carrera otro tramo y de nuevo pecho a tierra y nuevas descargas y así sucesivamente hasta llegar a una distancia de unos 100 metros. A la voz de ataque, todos armábamos nuestras bayonetas y enardecidos por el toque de *Ataque*, sin cuidarnos de las defensas accesorias, sin la menor atención a las granadas que estallaban arrojando imponentes proyecciones de tierra negra, nos lanzábamos hacia los parapetos, salvábamos el glacis, saltábamos el foso y escalábamos los parapetos. Era una verdadera carrera desenfrenada para llegar el primero y erguirse arrogantemente sobre la parte más elevada de la trinchera, levantando al cielo los fusiles en señal de triunfo.

Era una gritería desbordante de entusiasmo que se avivaba con la llegada de la banda que tocaba *Diana* para celebrar nuestra "victoria", mientras la caballería se lanzaba a la persecución de los fugitivos.

Terminado este simulacro de combate, la Sección Mixta Expedicionaria levantaba el campo y emprendía la marcha de regreso a México, generalmente por un camino diferente, y así llegábamos a Chapultepec, alegres y tonificados por los baños de sol y de trabajo, quemados los rostros, los pies algo estropeados por las largas caminatas y los hombros desollados por el roce de las correas de la pesada mochila.

En estas jornadas conocí Cuajimalpa, donde pernoctamos muchas veces, el Monte de las Cruces, Lerma, Toluca, Tenango, Santiago Tianquistengo, Chapingo, Texcoco, Tepetongo, El Oro, Almoloya, Tula, Cuautitlán, San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Apaseo y otras muchas poblaciones, donde fuimos agasajados con comidas, bailes y hasta con arcos triunfales. Recuerdo uno que tenía este dístico bombástico y presuntuoso: "Ante alumnos militares mexicanos/ se eclipsan los soldados espartanos".

Ya no teníamos otra cosa qué hacer en el Colegio que entregar todo nuestro equipo y correaje en los depósitos y esperar el día de los premios, a partir del cual daban comienzo las vacaciones, que eran de un mes, pues los premios deberían tener lugar el primer domingo de diciembre y las clases se inauguraban el primer lunes de enero.

La distribución de premios era verdaderamente solemne y en aquellos tiempos era presidida por el Presidente de la República, general don Porfirio Díaz, quien se presentaba siempre erguido, con su cabeza y bigote canos, de gran uniforme y con el pecho materialmente constelado de condecoraciones. La ceremonia se efectuaba primero en el patio Juan de la Barrera, en el que se colocaba una alta plataforma o estrado. Por medio de armazones de madera cubiertos de flores y de follaje se formaban dos filas de palcos que dejaban en el centro un lugar libre para numerosa sillería dividida en dos alas por la valla que, en el eje, formaban los alumnos armados. Después esta fiesta se efectuó en la llamada Tribuna Monumental de Chapultepec, hemiciclo mezquino y ridículo de blanca cantería que sólo tiene de monumental el gigantesco y milenario ahuehuete El Sargento, que le da sombra y que es el más grande de Chapultepec.

La fiesta comprendía varios números de música, el informe del director sobre los trabajos anuales, resultado de los exámenes, que siempre era muy favorable —en tiempo del general Villegas, una larga enumeración de las economías llevadas a cabo por él en la

administración del establecimiento—, dos discursos, la repartición de premios y recompensas y, por último, la entrega de despachos de oficiales de todas las armas y servicios que habían concluido sus estudios.

En las distintas distribuciones de premios conocí y escuché a muchos oradores, pero los únicos que dejaron honda huella en mi espíritu fueron don Justo Sierra y Jesús Urueta; mucho mayor la del primero que la del segundo. Recuerdo como si fuera ayer la figura imponente, majestuosa, verdaderamente tribunicia de don Justo, erguirse con su estatura arrogante, la cabeza, el bigote y la piocha blancos, levantada la cabeza sin jactancia, el ademán parco y la voz gruesa con inflexiones que matizaban hermosamente sus pensamientos profundos, en los que había sentimiento y substancia, huyendo de la brillante pirotecnia de inútil palabrería. Jesús Urueta entusiasmaba al oírlo, pero al leer sus discursos se perdía el encanto despertado por sus gestos y sus ademanes exuberantes, ricos en amplitud y en expresión. Jesús Urueta hubiera sido un excelente actor trágico.

La obtención de premios era difícil, pues no se repartían por materias sino por años con la condición precisa de haber obtenido la calificación suprema en todas las clases, comprendiendo en ellas forzosamente las de Matemáticas y las clases militares.

Después de los premios se servía una comida de gala en el amplio refectorio del Colegio, a la que siempre asistió el viejo dictador, tomando asiento en el centro de la mesa de oficiales, rodeado de sus ministros, de los principales jefes del ejército y del director. En esta comida había una botella de cerveza para cada alumno y al final se servía una copa de champaña. Ofrecía la comida el director y luego contestaba el general Díaz, agradeciendo la distinción, expresando que se encontraba felicísimo en compañía de los futuros generales del ejército y refería siempre anécdotas de su larga vida militar, que terminaba con una conclusión o una experiencia que encerraba un

saludable y ejemplar consejo. Alguna vez manifestó que a él nunca lo habían abandonado sus soldados en lucha cruenta y en largas campañas en que estaban desprovistos hasta de lo más indispensable, compartiendo abnegadamente sacrificios y privaciones, porque él nunca había estafado el haber de sus subordinados.

A la salida de esta comida, todos los fronterizos arreglábamos rápidamente nuestras maletas para dirigirnos presurosos a la Estación de Colonia, a fin de tomar el tren que en aquella época salía a las siete de la noche y que habría de conducirnos a nuestros respectivos terruños. Nos instalábamos en el tren de segunda clase y nos parecían muelles los asientos de barrotes de madera de estos coches, pues no resentíamos el menor cansancio y dormíamos como unos benditos.

Casi siempre llegaba a Saltillo, después de un viaje de 30 horas, ya muy entrada la noche. No obstante lo incómodo de la hora, siempre encontraba a mis padres en la desierta estación, anhelantes por ver y abrazar a su hijo primogénito. Estas vacaciones eran para mí muy deseadas a lo largo de todo el año y las primeras veces compartía su breve duración entre mis padres y mis antiguos compañeros, pero cuando transcurrieron los años y mis amigos se habían alejado de mi ciudad natal, casi todo el tiempo permanecía en la casa con mis padres.

En las vacaciones del primer año convine con ellos en que seguiría mis estudios en el Colegio Militar, aunque se había modificado el reglamento, aumentando un año más de "prácticas" y alargando también el tiempo de prestación de servicios en el ejército hasta siete años.

Los años pasaron rápidamente, con el mismo género de su vida, el mismo régimen y la misma disciplina. No cambiaba el "pipirín", como se llamaba a la comida, ni el "pinto", como se le designaba también de otra manera, rememorando que antes el pan era llevado al Colegio en unas grandes alforjas cargadas por un caballo pinto, y

que no se servía el rancho hasta que este llegaba, a veces haciéndose esperar con general impaciencia de los alumnos siempre famélicos y de buen apetito por el gran trabajo muscular desarrollado durante las largas jornadas en que abundaba el trabajo intelectual y el físico. La vida del Colegio transcurría en medio de alumnos "densos" o "gordos", como se decía a los cargantes o pesados; de "célebres", a los que tenían alguna manía o eran ocurrentes; de "macheteros", como eran llamados los muy estudiosos de todos los días y eran casi los únicos que concurrían en las noches a los salones de estudio durante todo el año para "machetearle"; de "espirituosos" y "molderos", como se decía a los que aparentaban tener mucho espíritu militar y en todos los actos del servicio empleaban muchos "moldes"; de "flechas", como eran llamados los que acicalaban más de lo debido y presumían de apuestos; de "piedras", como se decía a los que tenían pocos alcances, y de "desastrados", aquellos que eran castigados en todas las revistas de aseo. Yo pasé plácidamente los siete años de estudios, recibiendo, durante los cuatro primeros, con toda religiosidad y puntualidad, todos los sábados en la lista de 12, mi peseta de *prest* con que el sargento primero de cada compañía "socorría" semanariamente a los alumnos y cuyos 25 centavos constituían un pequeño, pero no despreciable puntal, para mi pensión de cinco pesos mensuales.

Al iniciar el cuarto año de estudios fui ascendido a alumno de primera y tres meses después a Cabo de Alumnos. Los despachos rezaban: "Estando vacante la plaza de cabo, por haber ascendido Fulano que la desempeñaba, y siendo conveniente proveerla con persona de buena conducta y honrado proceder, nombro para que la sirva Zutano". Mi despacho de cabo fue firmado por el entonces capitán Felipe Ángeles, excelente comandante de la Segunda Compañía, que había substituido a Burrantino. El *prest* de los cabos era de treinta y ocho centavos semanarios, ya no hacían servicio de centinelas, pero los cabos de guardia, los cabos de semana y los cabos

de imaginaria de cuartel desempeñaban servicios más pesados y de mayor responsabilidad, al grado de que puede decirse que estos eran los pivotes de todas las actividades militares y administrativas del Colegio Militar.

Solamente a mediados del sexto año de estudios fui ascendido a sargento segundo, puesto de más representación y también más descansado. No tuve el honor ambicionadísimo de ser sargento primero, al que llegaban solamente dos alumnos cada año y que era, por decirlo así, la cumbre a la cual aspiraban todos, por ser el empleo militar más elevado que podía alcanzarse en la categoría de alumnos.

En cambio, en el séptimo año me tocó un honor inusitado. Encontrábame en Saltillo pasando alegres mis vacaciones al lado de mis padres, cuando inesperadamente recibí una comunicación de la dirección del Colegio Militar en que se me hacía saber que la Secretaría de Guerra había dispuesto que cinco compañeros y yo, sin perjuicio de nuestros estudios, habíamos sido ascendidos al empleo de subtenientes de caballería, quedando comisionados en el mismo Colegio. En lugar de nuestros anchos galones de oro de sargentos y de nuestra escuadra bordada en oro en forma de sierra que usábamos en el brazo izquierdo arriba del escudo del Colegio, en nuestra calidad de "alumnos distinguidos" íbamos a usar la delgada espiguilla de los subtenientes del ejército, aunque se nos hacía el honor de desempeñar nuestro servicio de oficiales en el mismo plantel.

Perdíamos nuestros emolumentos de sargento segundo, un tostón cada ocho días, y la gratificación asignada a los "alumnos distinguidos", a los que usaban la escuadra bordada de oro y que consistía en la cantidad de tres pesos semanarios y que era difícil de conseguir, pues se requerían cinco años de estudios, haber obtenido buenas calificaciones en todas las clases y observado irreprochable conducta. En cambio, íbamos a ganar el haber que el presupuesto asigna a los subtenientes, alrededor de 70 pesos mensuales, y a

ser oficiales de alumnos en nuestra propia gloriosa escuela. A fines de 1901 nos cupo ese honor a los sargentos segundos Mario E. Santa Fe, Honorato G. del Portillo, José Ignacio Solórzano, al que esto escribe, y a los cabos José Ortiz Monasterio y Enrique Moreno. Tres de la Primera y tres de la Segunda Compañía.

El año de 1902, ya como subtenientes y reemplazando a los seis tenientes que por escasez de oficiales habían sido retirados del Colegio, hacíamos nuestro servicio sin dejar de concurrir a las clases, como los demás alumnos, pero cuando no estábamos de guardia o de semana podíamos salir libremente. Esto nos fue perjudicial a todos bajo el punto de vista de nuestros estudios, pues nos paseamos más de la cuenta y yo estuve a punto de caer en las garras de una coquetuela, de aquellas que tanto temía mi ingenua y anciana tía provinciana. A fin de año las vi negras para preparar mis exámenes, los cuales, por verdadera fortuna, pasé sin pena ni gloria.

La vida en Chapultepec era dura, la disciplina férrea, el trabajo ímprobo, los estudios recargados y las atenciones militares a veces abrumadoras, pero yo declaro que los siete años que permanecí allí los pasé felices, rebosante de salud y de buen humor, haciéndome fuerte física y moralmente y aprendiendo a obedecer, cosa indispensable para saber mandar.

Los fronterizos, particularmente, y en general los provincianos, estaban mejor preparados que los muchachos del Distrito Federal para la dura vida del Colegio y también para los estudios. En la clase de Gimnasia sobresalían los primeros sobre los segundos, casi todos enclenques; en las clases de Equitación los primeros eran más audaces y ágiles y no resentían el menor temor en los ejercicios de picadero efectuados con caballos mañosos que se armaban y que hasta "olían", según frase pintoresca de Burrantino, a los medrosos. Había un caballo llamado "El Burro", de más de 30 años de edad, y que, según referencias, estaba en el Colegio desde la época de Agustín Melgar. Regordito, porque se aprovechaba con mañas del

forraje de los demás caballos, era un dechado de mañas: se armaba, se encabritaba, pateaba, mordía y casi sabía Matemáticas. Era casi un monumento que había dado quehacer a muchas promociones de alumnos y sus proezas se transmitían de generación en generación.

Pues bien, este caballo dio motivo para un acto emocionante. En cierta ocasión llegó a Chapultepec un veterinario que no era respetuoso de las tradiciones ni de los monumentos históricos, y encontrando que aquel caballo tenía una edad muy avanzada informó a la Secretaría de Guerra, consultando la baja de "El Burro". Como era de rigor, se mandó hacer un remate poniendo en subasta pública este caballo junto con otros de desecho de los regimientos. El comprador fue un contratista de caballos de pica. El venerable "Burro" salió en una corrida de toros llevando a horcajadas a un membrudo picador, y los que presenciaron la escena refirieron que "El Burro", que había sido montado por Melgar y sabía Matemáticas, echó al suelo al lancero, y por más esfuerzos que este hizo para montarlo de nuevo, no lo logró. Ante la gritería de los espectadores fue preciso sacar otro caballo, resultando "El Burro" ileso, por no haber querido servir de caballo de pica.

Al día siguiente, a eso de las 11 de la mañana, pasando por enfrente del centinela, "El Burro" hizo su aparición en el patio principal del Colegio Militar, se dejó acariciar agradecido por todos los alumnos que lo rodearon y se abrió una subscripción de dieciocho pesos para pagar al contratista la cantidad que había desembolsado, nombrándose en el acto una comisión para que obtuviera del director el permiso de que "El Burro" siguiera instalado como antes, y jubilado del servicio, en las caballerizas, cosa que fue concedida sin dificultad. El contratista de caballos decía en su jerga andaluza que nunca pudo comprender cómo este animal había podido abandonar las cuadras de la plaza de toros.

En el Colegio Militar las felicitaciones se llamaban "espontáneas". Esto provenía de que el 14 de septiembre de cada año, víspe-

ra del onomástico del general Díaz, los alumnos formados, de rigurosa gala, a la cabeza los oficiales presididos por el director, se dirigían a la vecina residencia presidencial. Ya colocados en cuatro o seis filas en uno de los salones, aparecía el viejo presidente y entonces se adelantaba el general Villegas, que no era buen orador, y le espetaba una sencilla y sobria felicitación a nombre propio, de los oficiales y los alumnos del Colegio Militar, deseándole larga vida para bien de la Nación. El general Díaz agradecía siempre aquella muestra de aprecio venida de jóvenes sanos de cuerpo y alma que constituían, decía él, una legítima esperanza de la Patria por educarse en el culto del honor y del cumplimiento del deber.

Pero, en cierta ocasión, el general Villegas se entusiasmó en su perorata y en el curso de ella agregó que aquella manifestación de respeto y estimación por parte de los alumnos era enteramente "espontánea". La contradicción era flagrante entre sus palabras y los hechos. Nos llevaban formados y no podía existir la espontaneidad de que hablaba el general Villegas. De esto nació el nombre de "espontáneas", como se conocían generalmente las felicitaciones de todo género.

Un tipo célebre era un mozo llamado Leyva. Antiquísimo en el Colegio, era el encargado de ir diariamente a los mercados de la capital con un carro tirado por una robusta mula a comprar las legumbres que se consumían en Chapultepec. El viejo Leyva, que era analfabeto, era honradísimo, disfrutaba de toda la confianza del general Villegas, como lo acreditaba el hecho de que este le confiara una misión en que había manejo de fondos. Él compraba las mejores legumbres al precio más bajo posible, pero también tenía su pequeño negocio, vendiendo a los alumnos toda clase de golosinas y hasta fiándoselas, con una pequeña ganancia. Su especialidad eran los guayabates, de los que siempre tenía un buen surtido.

Estos guayabates —que deben de haber sido hechos por algún familiar de Leyva— eran unos paralelepípedos que parecían tepeta-

tes por su aspecto y por su dureza, pero él ponderaba su bondad, diciendo con frase enérgica y dicha de prisa: "Jefe, acaban de llegar los guayabates de *Uropa*".

Otro tipo popular era el enfermero Procopio. Paisano del general Villegas, tenía muchos años de servicio en Chapultepec y era una lumbrera en asuntos de farmacopea. Era muy desconfiado para el pase de un alumno a la enfermería. A simple vista se percataba de las dolencias simuladas con las que se perseguía un descanso exento de baños al toque de *Diana* y de guardias molestas. Cuando tenía alguna duda, ponía toda su influencia cerca del médico para que menudearan las lavativas.

Las clases que tenían muchos atractivos eran las de Tiro de pistola y las de Esgrima, tanto de florete como de sable. De las primeras era profesor el teniente Beltrán, un magnífico tirador de pistola, que a 30 pasos de distancia y tirando "al mando" diseñaba con los impactos las iniciales de su nombre sobre un tablón. Había un gran estímulo entre los muchachos para sobrepujarse tanto en el tiro con pistola de duelo como en el de revólver.

Los profesores de Esgrima de florete eran don Rafael David, padre, el maestro Quintero y Rafael David, hijo. El viejo David, excelente tirador conocido en todo México, era de un carácter muy alegre y a todos los alumnos les hablaba de tú, empleando con ellos una grandísima familiaridad. Los otros dos, aunque inferiores al viejo David, eran jóvenes, no estaban cansados de una larga vida de enseñanza y trabajaban más.

Las de Esgrima de sable gustaban más que las de florete. Este se dejaba para los refinados. El sable, por el vigor que requería su manejo, era preferido. El primer profesor fue Silvio Scotti, un maestro de armas del ejército italiano, bajo de estatura, con piocha cortada en punta, que mientras fue profesor de Chapultepec se presentaba siempre de sombrero alto y correctísimo. Ignoro las aventuras por las que haya pasado y las decepciones que haya sufrido, pero el

hecho fue que se dedicó a la bebida, renunció a su clase para la que era muy competente y dos años después lo vi vestido de muy mala traza con un comercio de fierros viejos instalado en una accesoria de las cercanías del Hospital Militar. Luego supe que había sido asesinado en los llanos de San Lázaro. Otro profesor de Esgrima de sable fue, por muchos años, el maestro Timperi, muy querido por sus discípulos.

Había una permanente emulación entre los alumnos de la Primera y los de la Segunda Compañía, pero el hecho observado por mí fue que la Segunda siempre predominó en todo: en lo bueno y en lo malo. Al leerse los sábados la lista de arrestados, por cinco de la Primera había 20 de la Segunda; bastaba echar una ojeada al cuadro que se ponía cerca de la Sala de Banderas, en que figuraban los nombres de los que se habían hecho acreedores por un mes a pertenecer al Pelotón de Distinción —que como premio podían salir desde los sábados a las siete de la noche—, y al Pelotón de Estudio Forzoso, que habían obtenido malas calificaciones durante el mes anterior, y como castigo deberían concurrir por todo un mes al Salón de Estudio, de ocho a 10 de la noche, vigilados por un cabo de semana. En la columna de la izquierda, que correspondía a la Primera, la lista era rala y pequeña, muy pocos se habían hecho acreedores tanto a la distinción mencionada como al castigo referido. En cambio, la columna de la Segunda estaba repleta de nombres de alumnos pertenecientes a uno y a otro pelotón. Entre los reprobados de fin de año, el mayor número correspondía a los alumnos de la Segunda; pero, en compensación, casi todos los premios iban a dar a la Segunda, y este caso fue tan notable que hubo necesidad de ascender a muchos cabos y sargentos de la Segunda para pasarlos a la Primera. Los de la Primera llamaban a los de la Segunda "marranos" y estos correspondían al epíteto con el de "chivos". La "marranera" y la "chivera" siempre estuvieron frente a frente.

Después de haber hecho siete años de estudios, desempeñando yo en el último, por añadidura y sin sueldo, la clase de Infantería, se nos expidió, de acuerdo con el nuevo reglamento, despacho de tenientes alumnos, para hacer una práctica de un año. Terminada esta deberíamos presentar examen profesional.

Fuimos integrados tres meses a la Comisión Geográfico-Exploradora, que tenía sus oficinas principales en la risueña ciudad de Jalapa. Permanecíamos en esta población un mes, adscritos a diversas secciones, para que conociéramos el mecanismo de las oficinas encargadas del levantamiento de la carta de la República. Al cabo de ese tiempo, nos trasladamos por dos meses al estado de Hidalgo, donde nos dedicaron, bajo la dirección de oficiales antiguos de la comisión, a trabajos topográficos. Solórzano y yo estuvimos juntos teniendo por jefe al capitán de Ingenieros Enrique Viruegas. Hicimos una excelente práctica de topografía con trabajos expeditivos de itinerarios y trabajos de precisión, entre otros, el levantamiento taquimétrico del río Tula desde la población de ese nombre hasta Ixmiquilpam.

Terminada esta práctica, marchamos a la Ciudad de México para hacer la de construcciones. Fuimos puestos a las órdenes del ingeniero Gonzalo Garita, quien tenía a su cargo las obras del edificio de Correos y las de la Secretaría de…(ilegible en el original).

Dedicamos cuatro meses a una práctica un poco extraña: un proyecto de defensa de la ciudad de Monterrey que, naturalmente, debería ser precedido de un levantamiento de precisión de aquella ciudad y de sus alrededores. Sin embargo, se cometió el desacierto grandísimo de nombrar director de esta práctica a un compañero de nuestra misma antigüedad que, por haber doblado un año, había salido del Colegio Militar un año antes, y que de levantamientos topográficos sabía menos que nosotros, que habíamos tenido una buena experiencia tres meses antes. Además, de fortificación permanente sabía tanto como nosotros, sólo lo que habíamos aprendi-

do en los textos, pero ni él ni sus discípulos habían visto nunca una obra de fortificación de carácter permanente.

A pesar de todo, hicimos un regular levantamiento y luego, sobre la carta, repartimos fuertes destacados, almacenes y líneas militares de comunicación, con un desbordamiento de fantasía que casi tocaba los linderos de lo quimérico.

A fines de año presentamos nuestro examen profesional con éxito; en la distribución de premios nos extendieron nuestros respectivos despachos; el mío de Teniente del Cuerpo de Ingenieros Constructores, que puse en manos de mi padre después que lo hube recibido del propio general Díaz. Nos dieron un mes de vacaciones, que pasé en Saltillo con mis progenitores, muy ufano con mi despacho y con mi flamante uniforme de teniente, que habíame comprometido a pagar en abonos, lo mismo que mi espada y todo mi equipo.

Había cumplido 24 años y esperaba todo lo bueno, lleno de fe y confianza en el porvenir. Al regresar a México, en enero de 1904, la Secretaría de Guerra me designaría la comisión o servicio que debería desempeñar y que en aquella época se reducían al Batallón de Zapadores, Parque de Ingenieros, Compañía de Pontoneros, Comisión Geográfico-Exploradora, Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra o construcción de trabajos militares en la capital o en los estados.

Y en esa experiencia pienso esta fría noche de Roma, azotada por un helado vientecillo de *tramontana* y en la que una llovizna, imperceptible casi, pero tenaz y molesta, golpea los cristales del balcón de mi modesto apartamento. Reconcentrado en mi soledad, recuerdo aquella salida triunfal del Colegio Militar entre los abrazos de mis compañeros. Estaba lleno de ilusiones y de esperanzas; me sentía pletórico de fortaleza física y moral, bien preparado para la lucha por la vida en un plantel eminentemente educativo donde

había recibido siempre buenos ejemplos de decencia, de honradez, de puntualidad, de cumplimiento del deber y de patriotismo.

He recibido muchas decepciones. El Colegio Militar era y es un establecimiento que prepara oficiales para un ejército reclutado de diferente modo que el mexicano. La instrucción que se impartía allí es completamente inútil. Chapultepec es una institución inadecuada en lo absoluto para un ejército cuya misión principal es asegurar la paz interior y batir sin tregua el bandidaje.

Hace ocho años que he prestado servicios y he llegado al íntimo convencimiento de que nuestro ejército no necesita oficiales cultos. Los que se han formado en la guerra de guerrillas, las acordadas, los rurales, las defensas sociales, no han sido lechuguinos ni catrines, sino hombres del campo; en la clase de guerra que es fuerza emprender contra el bandidaje, han dado, dan y darán mejor resultado que las tropas regulares mandadas por cultísimos oficiales salidos de las mejores escuelas militares.

Los oficiales "troperos" y los soldados que han tenido ya la magnífica escuela de la guerra misma, en su mayoría nativos de los estados situados al septentrión del Trópico de Cáncer, extremadamente resistentes, acostumbrados a los rigores del invierno y a los ardores del estío, que desde niños han manejado armas y, como nuevos centauros, han pasado su vida entera a caballo; que hacen jornadas increíbles, atravesando desiertos y montañas, sin otra provisión que su pequeño saco de pinole y el morral de maíz para el caballo; esos soldados, cuya movilidad no ha sido superada por las tropas de ningún otro ejército; cuya destreza en el manejo del caballo es enorme; cuya impetuosidad en los combates es asombrosa; esos soldados, que saben cuidar y curar a estos animales como los mejores veterinarios y albéitares y que, de hecho, los cuidan mejor que a sus propias personas; esos soldados no tienen nada que aprender y sí, al contrario, mucho que enseñar a los oficiales salidos de las escuelas militares.

Cuentan que allá por el año de 1885, el Monte de las Cruces estaba infestado de bandidos. Nadie podía hacer un viaje de México a Toluca sin ser desvalijado por una partida que se había enseñoreado de la vieja carretera. Las tropas de línea lanzadas en su persecución nunca pudieron acabar con la partida de bandidos que operaba en un terreno muy accidentado, muy boscoso y perfectamente conocido para ellos. Alejandro "El Chato" Gutiérrez era el jefe de la banda y se asegura que el general Díaz, para acabar con este estado de cosas, parlamentó con él, lo hizo general, le dio el mando de un cuerpo irregular llamado Batallón de Tiradores, formado con los antiguos subordinados del "Chato", y le encomendó la custodia del Monte de las Cruces y de la carretera de México a Toluca. No se volvió a registrar un solo asalto.

Cuando el general Reyes ocupaba el Ministerio de Guerra, quiso mejorar las condiciones de los oficiales del ejército, pero tropezó siempre con Limantour, poderoso ministro de Hacienda, quien se opuso a todo mejoramiento arguyendo que los mejores oficiales para México eran los rurales que ganaban doce *reales* diarios.

Capítulo XII

Monterrey.— Enrique Moreno.—Su suicidio.
La importancia industrial de la capital de Nuevo León.
Su topografía y sus condiciones climáticas.— La obra del general Reyes.
Las obras militares de Monterrey.— El general Ramón Terán.
El general Reyes.— Su nerviosidad.— Un jefe estudioso.
"Malinche Apartments".— Mi nueva residencia.— "Don Pedro el Cruel".
El teniente coronel Ojeda.— El mayor Ibáñez.
El tormento de los oficiales de Chapultepec en el ejército.
Ciudad Porfirio Díaz.— Las serenatas regiomontanas.
El profesor del colegio civil.— Mis clases.— El mayor Alberto Canseco.
Mis relaciones.— El 23° Batallón.— El general Juvencio Robles.
Inundación de oaxaqueños.
Palafox, nuevo jefe del Departamento de Ingenieros.
Mi traslado a Sonora.— Un caso de nepotismo.
Los ostiones de Las Guásimas.
El viaje a Ciudad Juárez y a Nogales.

Terminadas las vacaciones, en los primeros días de 1904, regresé a la capital para recibir órdenes y se me asignara comisión. Me dirigí desde luego al Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra, que entonces estaba instalado en la doble cirugía de piezas de la fachada del Palacio Nacional, al norte de la puerta principal y con acceso por el corredor. Los balcones de las oficinas daban a la Plaza de la Constitución.

Era jefe del mencionado departamento el general Peralta, el propio "Canica", quien después de haber sido por muchos años integérrimo jefe del Batallón de Zapadores, ascendido, asumía la jefatura del departamento de su arma, de la cual dependían, además del Colegio

Militar y el Batallón de Zapadores, el Parque de Ingenieros y las obras de construcción de edificios militares que se llevaban a cabo en todo el territorio nacional.

Ya todos mis compañeros sabían la comisión que se les había señalado. Santa Fe, Solórzano, Portillo y Escoto iban comisionados al Parque de Ingenieros; Ortiz Monasterio al Estado Mayor del Presidente de la República y Enrique Moreno marchaba a San Luis Potosí como subdirector de las obras militares de Monterrey.

Me presenté al general Plata, antiguo subdirector del Colegio Militar, quien me recibió afablemente, preguntándome si me convendría ir a Monterrey. Agregó que él creía que era la mejor comisión para mí y que marchando a aquella ciudad estaría muy cerca de mi tierra. Le expresé mi completa conformidad y di las gracias a aquel jefe honesto por su deferencia.

Contento con mi comisión, al día siguiente me despedí y tomé órdenes de mi jefe, quien me exhortó a cumplir con mi deber, dejar siempre bien puesto el nombre de Chapultepec, sobrellevar ciertas intolerancias de algunos superiores que no habían recibido ninguna educación, pero que eran respetables por los servicios prestados a la nación, porque en el ejército, agregó, "debe usted saber que la aptitud está en razón inversa de la categoría militar".

Salí de México de nuevo con dirección al norte, acompañado de Enrique Moreno, quien iba a San Luis Potosí. Era un buen muchacho de origen muy humilde, compañero de antigüedad y además de cuarto durante el año en que juntos fuimos oficiales del Colegio Militar. Tenía fama de gran *machetero*, y al pobre, que se despidió de mí en la estación de San Luis, no lo volvería a ver nunca, pues se suicidó por decepciones amorosas un año y medio después en aquella ciudad.

Llegué a Monterrey, ciudad que conocía muy bien por mi estancia en ella varias veces y haber hecho el año anterior un levantamiento topográfico del casco de la población y de sus alrededores. Además,

había un gran número de familias amigas de la mía que me recibieron con miles de atenciones, con la característica e inconfundible franqueza fronteriza.

Ya para entonces era Monterrey una de las ciudades más importantes de la República y quizás la primera de relevancia industrial por las grandes fundiciones de hierro que allí se habían establecido, además de una cervecería importante y otras factorías.

Rodeada por el sur de altas e imponentes serranías que parecen haber sido desgajadas por un terrible cataclismo, y por el oeste y el este de importantes estribaciones de aquéllas, tales como el cerro de las Mitras y el cerro de la Silla, ocupa el fondo de una hondonada por la que corre impetuoso el río Santa Catarina, antes llamado Las Palmas. Establecidos los primeros fundadores en las márgenes de este río y alrededor de un manantial conocido con el nombre de Ojos de Santa Lucía, la parte antigua de la ciudad comprendida entre el río y los manantiales, de trazo regular pero de calles angostas, su extensión e importancia permanecieron estacionarias por varios siglos, hasta que el espíritu progresista del general Reyes produjo el milagro de galvanizar todas las fuerzas vivas de Monterrey, transformándola en breve tiempo en una ciudad floreciente y rica, con nuevas barridas de modernas construcciones y amplias avenidas.

La misma situación topográfica de Monterrey y su escasa altitud hacen que el clima sea muy riguroso. En verano se siente un calor asfixiante y los inviernos son bastante crudos, dándose el caso de que nieve algunas veces.

Me presenté ante mi nuevo jefe, el mayor de ingenieros Florentino Arroyo, director de las obras militares de Monterrey. Era un individuo de corta estatura, color muy moreno y que hacía luengos años estaba comisionado en la capital de Nuevo León. No concedía la menor importancia a las obras que le estaban encomendadas y se ausentaba con frecuencia de la ciudad para ejecutar fuera de ella levantamientos topográficos particulares.

Las obras consistían en la construcción de un hospital militar. Hacía muchos años que la municipalidad de Monterrey había concedido una vasta extensión de terreno a la Federación para que se construyeran los edificios militares de la ciudad, fronteros a una gran plaza llamada Militar. En uno de los ángulos se había construido un cuartel de infantería, que estaba ocupado por el 9° Batallón, y en el otro extremo se había comenzado hacía cinco años el nuevo Hospital Militar, del cual faltaba más de la mitad para terminarlo. En medio quedaba un terreno libre destinado al cuartel de caballería.

Un sobrestante, antiguo militar retirado, viejo y reumático; un maestro albañil con dos oficiales, ocho peones y un carpintero, era todo el personal remunerado que trabajaba en la obra del Hospital Militar de Monterrey, además de una fajina de 25 soldados del 9° Batallón que se turnaban frecuentemente, que no recibían ni un solo centavo por sus trabajos y en cambio, hacían todo lo posible por no hacer nada.

Era desesperante que aquella obra que tenía un director y un subdirector no avanzara. Lentamente, izados por medios primitivos, subían los sillares para ser colocados en los muros, y daba la impresión de que la altura de las paredes permanecía estacionada. El carpintero estaba ocupado en hacer puertas y unos marcos para las ventanas.

Propuse a mi jefe que se intensificaran los trabajos y al agotarse la asignación se pidiera mayor cantidad para continuarlos. Arroyo estaba establecido en Monterrey, tenía muchos amigos, se había casado allí, y temía que activando los trabajos podría ser comisionado en otra parte; no quiso introducir ninguna innovación en la forma de llevarlos a cabo, a pesar de mis reiteradas gestiones sobre el particular.

Era el jefe de la 3ª Zona Militar el general Ramón Terán, un viejo fronterizo muy rudo y adicto al general Reyes. El cuartel general de la Zona ocupaba un departamento de la casa particular del mencio-

nado general Reyes, y se aseguraba que este, de hecho, tenía el mando civil y militar de Nuevo León.

A los ocho o 10 días de estar en Monterrey llevando una vida casi independiente, pues estaba a las órdenes de Arroyo y este muy raras veces visitaba la obra, fui llamado al cuartel. El general Terán me preguntó si ya había presentado mis respetos al señor gobernador. Le respondí que no. "Pues hágalo usted inmediatamente", repuso el general con alguna sequedad.

Ese mismo día me presenté en la casa del general Reyes para cumplir con la orden recibida. Entré de inmediato y fui acogido amablemente por él. En esa época ya tenía la cabeza, el bigote y la luenga piocha completamente blancas; muy bajo de estatura y nervioso, atendía a sus visitantes de pie y conversaba con ellos dando vueltas a lo largo de un amplio salón que le servía de despacho. En esta forma conversé con él cerca de 20 minutos. Me pareció un jefe estudioso e inteligente que, a pesar de no tener escuela, estaba al tanto de muchas orientaciones militares, modernas en aquel entonces.

Yo ya había dejado el hotel y había buscado una casa de huéspedes, encontrando un excelente local en la planta baja, independiente y con vista a la calle, en una casa muy céntrica que se llamaba *Malinche Apartments*. Allí permanecí tres meses, pero cuando arreció el calor, tanto para tener una vivienda más fresca, como para realizar algunas economías en mi muy pequeño presupuesto de 90 pesos mensuales, mermado por los abonos que tenía que pagar cada mes por equipo y uniformes, hice arreglar un salón de la planta alta del Hospital Militar que ya estaba techado, haciéndolo pavimentar y pintar. Me trasladé a ese lugar que gozaba de una temperatura deliciosa, por tener puertas y ventanas a todos los rumbos cardinales y estar provisto de un amplio corredor hacia el interior del edificio. Busqué en un lugar inmediato una fonda y me encontré instalado de maravilla.

Con motivo de mi cambio tuve oportunidad de visitar con frecuencia el cuartel del 9° Batallón, de conocer, tratar a sus jefes y oficiales y de barruntar de cerca la vida militar. Conocí al coronel Pedro Hernández, jefe del batallón, un viejo oaxaqueño de pura raza zapoteca, veterano de la Guerra de Tres Años y de las campañas de la Intervención Francesa, muy ignorante, apenas sabía leer y escribir, y era muy exigente con los oficiales, por lo cual le habían puesto el apodo de "Pedro el Cruel".

Traté con alguna intimidad al teniente coronel Pedro Ojeda, grueso y bajo de cuerpo y de enormes mostachos blancos. Oaxaqueño también y muy cumplido, era tan ignorante como el anterior y como el jefe del detall del batallón, el mayor Ibáñez, otro viejo cansado y decepcionado que ya suspiraba por un retiro después de muchos años de servicio.

Solamente había en el 9° de infantería un oficial recién salido del Colegio Militar, que se daba a todos los diablos con la vida de cuartel. Él me refirió que la condición de los oficiales era en realidad la de custodios de presidiarios, pues al menor descuido, los soldados, ya en las guardias o bien en las fajinas, desertaban recuperando la libertad que se les había arrebatado injustamente.

Agregó que había un servicio monumental llamado *La tirada*. Una fajina comandada por un oficial salía del cuartel al toque de *Diana* cargando cinco o seis enormes barriles llenos con las deyecciones de todo el batallón durante 24 horas, para tirarlas en un lugar lejano.

La mala voluntad de los jefes y de los oficiales "troperos" para con los oficiales procedentes del Colegio Militar era manifiesta y ostensible. Presentarse limpio era casi un crimen; no decir palabrotas era señal de falta de hombría y no cometer algunos actos indignos era muestra de hipocresía.

A fines de abril recibí órdenes de la Secretaría de Guerra para marchar a la entonces llamada Ciudad Porfirio Díaz, para ejecutar

un avalúo de todos los edificios militares y formar un presupuesto para reconstruir el cuartel que ocupaba el destacamento militar que guarnecía esa plaza.

Con mi orden de pasaje en coche de segunda clase —los oficiales siempre viajaban en segunda, reservándose la primera para los jefes— y sin viáticos, que no se acostumbraban, siendo del bolsillo de los oficiales los múltiples gastos que se presentan en un viaje, me trasladé a la ciudad fronteriza y permanecí allí siete días, en los que recibí todo género de atenciones de mis paisanos coahuilenses, y sobre todo de mis antiguos compañeros del Ateneo, ya comerciantes establecidos o bien profesionistas que desempeñaban puestos en la judicatura o ejercían su profesión.

Concluido mi trabajo de avalúos y presupuesto, me dediqué de lleno al estudio. Frecuentaba mucho una librería establecida en una de las calles de Monterrey, propiedad de un ibero, don Daniel Montero, a quien había conocido en Jalapa, y me sirvió de mucho, pues devoraba todas las obras nuevas que le llegaban, prefiriendo siempre las francesas.

Después de la frugal cena, concurría a las serenatas que todas las noches tenían verificativo en algunas de las plazas regiomontanas, a las que asistían las principales familias para escuchar música y sobre todo para refrescarse. Bellas muchachas con vaporosos trajes paseaban alegremente, cambiando saludos en los que predominaba el "adiooooós" muy prolongado, característico de los fronterizos.

Estaba conforme con mi vida monótona, casi sin alicientes y desprovista de responsabilidad y de trabajo. Era prácticamente independiente. Contadas veces ocurría al cuartel general, cuando se ausentaba el mayor Arroyo para dar cuenta de la marcha de los trabajos, que en realidad no marchaban. En una de estas raras ocasiones, el general Terán me ordenó que me presentara al general Reyes.

Lo hice así, y cuando estuve en presencia del divisionario, me preguntó si me convendría aceptar la clase de Academias de Matemáticas y la de Ejercicios Militares en el Colegio Civil del Estado, que era la preparatoria neoleonense. Acepté agradecido, desde luego; al día siguiente recibí mis nombramientos e inicié mis clases.

Era director del Colegio Civil un viejo saltillense, el doctor Armando Carrillo. Yo estaba encantado y orgulloso con mis dos clases, que constituían para mí un alto honor, ocupaban mi tiempo fructuosamente y mejoraban mi presupuesto, pues los sueldos de las dos clases casi equivalían a mis mezquinos haberes de teniente.

En la clase de Academias de Matemáticas tuve muchos discípulos verdaderamente aprovechados, estudiosos, que ahora son profesionales distinguidos. La de Ejercicios Militares tenía muchos atractivos para mí y para los muchachos. Les encantaba desfilar por las calles de Monterrey con sus uniformes blancos, sus fornituras y sus fusiles, al compás de las marchas de la banda militar. De todos mis alumnos recibí siempre muestras de atención, respeto y consideración que recuerdo con gratitud.

A mediados de año llegó repentinamente a Monterrey un inspector de obras militares, el coronel Manuel Rivera, a visitar las de esa ciudad. En ellas no había nada incorrecto ni indebido, pero el resultado de esa inspección fue el cambio del mayor Arroyo, quien al poco tiempo se separó del ejército. Fue substituido por el mayor Alberto Canseco, un buen jefe, alto, moreno, enérgico, oaxaqueño, que usaba una piocha diminuta y presentaba en aquella época gran parecido con las populares fotografías del Mikado, publicadas profusamente en la prensa con motivo de la guerra ruso-japonesa.

El mayor Canseco estuvo comisionado mucho tiempo en Oaxaca, donde dejó una numerosa familia. Cuando vio mi instalación bien ventilada y económica del hospital, se trasladó allí, vivimos juntos y también nos acompañábamos para hacer nuestros paseos. Con la llegada del mayor Canseco se intensificaron los trabajos y para mí, más que un buen jefe, fue un excelente compañero.

Yo estaba feliz en Monterrey. Mis relaciones eran de lo mejor. Con las clases había obtenido una mejoría de gran consideración en mis sueldos, y la cercanía y la facilidad de comunicaciones con Saltillo hacían que con frecuencia pasara los domingos en mi tierra, al lado de mis padres.

Conocí muy bien Monterrey, que me era muy familiar desde antes. La antigua ciudad de León, que se llamó pueblo de Santa Lucía y después Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, no tenía secretos para mí. Había trepado al abrupto cerro de las Mitras, con sus enormes rocas peladas y coronadas sus cumbres por bizarras figuras que semejan mitras episcopales; al pelado y boludo cerro de Topo Chico, a cuyo pie brota un manantial de aguas termales y donde se registró uno de los combates más típicos de la historia de México, conocido con el nombre de la batalla de Topo Chico. En esa escaramuza, los dos contrincantes corrieron y los dos se atribuyeron la victoria.

Conocía también el cerro de la Silla, la histórica colina del Obispado, donde un obispo cansado de la temperatura abrasadora de Monterrey, mandó edificar una casa veraniega. Había ascendido al cerro del Cálido (así con acento en la a), donde el general Reyes tenía en la cumbre una residencia de campo llamada El Mirador. Conocí al dedillo todos los templos que, por otra parte, no presentan gran interés ni por su antigüedad ni por su arquitectura, que es sencilla y desprovista de galas.

Por septiembre, la guarnición de Monterrey fue reforzada con el 23° Batallón, comandado por el general oaxaqueño don Juvencio Robles, jefe pequeñito y viejo, de pequeño bigote cano. Como no había lugar en donde alojar al 23°, se decidió que ocupara la parte ya construida del Hospital Militar. Con este motivo, tanto el mayor Canseco como yo, tuvimos que emigrar a un amplio cuarto de los *Malinche Apartments*.

Monterrey se iba llenando de militares oaxaqueños, casi todos desafectos al general Reyes y amigos muy adictos del general

Rosalino Martínez, subsecretario de Guerra y Marina, quien estaba muy ligado con los científicos, enemigos mortales del gobernador de Nuevo León.

El general Plata, jefe del Departamento de Ingenieros, fue ascendido y nombrado jefe de una zona militar, substituyéndole en la jefatura del departamento el brigadier don Bernardo A. Z. Palafox, antiguo profesor del Colegio Militar y que desempeñaba antes la comandancia del batallón de Zapadores.

A fines de diciembre recibí una orden intempestiva. Debería marchar a Sonora a hacerme cargo de las obras militares del río Yaqui y proceder desde luego a la ejecución de unas reparaciones de los cuarteles de Las Guásimas y de Pótam. Debería substituirme como subdirector de las obras militares de Monterrey el teniente de ingenieros Jacinto Guerra, originario de esta ciudad, quien acababa de salir de Chapultepec y era pariente muy cercano del general José María Mier, oficial mayor de la Secretaría de Guerra.

He tenido siempre una enorme afición a los viajes y un deseo grandísimo por conocer tierras, aun cuando pecuniariamente resultaba perjudicado con el cambio, y este entrañaba una injusticia notoria, por tratarse de un caso de favoritismo y hasta de nepotismo. Preparé mi viaje, documentándome lo mejor que pude sobre la geografía e historia de Sonora, y sobre todo de la región de río Yaqui, famosa por la larga campaña emprendida desde hacía muchos años por las tropas federales contra los indios rebeldes.

Consulté en el *Diccionario Geográfico* de García Cubas, que no aclaró mi curiosidad sobre el particular. Ya estaba desesperado por saber dónde quedaban las famosas Guásimas, que oía mencionar por primera vez en mi vida y no figuraban en ninguna carta geográfica, cuando encontré que el mayor Ibáñez había servido a Sonora. A mis repetidas preguntas contestó solamente: "¡Oh, Las Guásimas!, allí hay muchos ostiones y muy grandes, un cuartel, cuatro jacales y mucho calor. El río Yaqui es muy fértil y los indios muy bravos. Es todo lo que puedo decirle".

A aquel jefe parco en las palabras no le pude sacar más y con este bagaje de conocimientos y preocupado por la cantidad de ostiones de Las Guásimas, hice mis maletas y emprendí el viaje a Sonora por la vía de Torreón, Ciudad Juárez, Nogales y Guaymas, con mi pasaje de segunda clase en la larga caminata y sin viáticos de ninguna especie. Con cargo a los mezquinos 90 pesos de mi sueldo deberían hacerse los gastos de comidas, de cargadores y de hoteles durante el viaje.

Conocí Torreón, que ya era un burgo floreciente, pasé por Chihuahua, atravesando sus extensas pampas en donde pastaban millares de reses, me detuve por breves horas en Ciudad Juárez, crucé la frontera y recorrí rápidamente lo más interesante de El Paso, ciudad semi-mexicana donde presencié en plena calle un encuentro de pugilato entre dos negros que riñeron por disputarse el transporte de mi raquítico equipaje. Atravesando otras pampas más desiertas y más desoladas que las de Chihuahua, en las que apenas se veían pueblos nacientes con flamantes casas de madera, llegué el 28 de diciembre a Nogales, Arizona, pasando de inmediato al lado mexicano para arreglar la continuación de mi largo viaje.

Capítulo XIII

*El viaje de Nogales a Guaymas.— El Pacífico a la vista.— Guaymas y su bahía.
El "Oaxaca".— La feria.— El baile de Año Nuevo.— La "Lolita".
El viaje a la boca del Yaqui.— Al Huamúchil en un carretón.
El general don Lorenzo Torres.— Pótam. El teniente coronel Romero.
"El Trianón".— El viaje a Tórim.— Las "cortadas".— El Otancahui.
Las ruinas de Babilonia.— El "bazerán". Las ruinas de los templos de los jesuitas.
El riñón del Yaqui.— Mis antiguos compañeros de Chapultepec.
El baile del Hospital Militar.— El "ingeniero nuevo".
El capitán Roblín y el teniente Esteban Cantú.
El presupuesto para mi primer trabajo.— La situación de Tórim.
Las divagaciones del Yaqui.— Los yaquis, guerreros indomables.
Los colonos para substituir a los yaquis expulsados.
La Comisión Científica de Sonora.— Grandes facilidades pero muchos peligros.
La lucha estéril y salvaje.— El espíritu sangriento de Huitzilopochtli.*

En Monterrey se me había dado orden de pasaje hasta Ciudad Juárez, y, en efectivo, el importe del boleto ferroviario desde El Paso hasta Nogales, Arizona, diciéndome el jefe del Estado Mayor que al llegar a Nogales, Sonora, debería gestionar la concesión de los pasajes desde allí hasta Guaymas y desde este puerto hasta Tórim, Cuartel General de la 1ª Zona Militar. Ya en Nogales, con mis pequeños recursos exhaustos por los gastos del viaje, telegrafié a Tórim solicitando las órdenes de pasaje a que me he referido antes, pero transcurrieron dos días sin que obtuviera respuesta y, como el hotel se estaba comiendo los pocos dineros que me restaban, decidí arriesgar el todo por el todo: compré un boleto de tercera clase hasta Guaymas y el día 30 de diciembre a las cinco de la tarde reanudé mi viaje.

El recorrido duraba más de 12 horas y, por tanto, tenía que pasar una noche en el tren, pero a mí no me arredraban estas pequeñas cosas. Había dormido tantas veces en el suelo a la luz de las estrellas, que pasar una noche en un duro tren de tercera valía un comino. Dormí como un bendito en aquella atmósfera saturada de tabaco.

Al salir de Nogales admiré una rica vegetación en terreno accidentado, pero al despertar la decoración cambió. Montañas a lo lejos cubiertas de una espesa capa de piedra volcánica suelta y tierras con raquítica vegetación de la cual emergía una fantástica selva de cactus enormes, pitahayas y sahuaros, que semejaban gigantescos candelabros, y tupidos manchones de chollas a guisa de setos infranqueables.

A las nueve y media de la mañana, sintiendo casi tanto orgullo como el que debe de haber experimentado Vasco Núñez de Balboa al descubrir la Mar del Sur, trabé conocimiento con el Pacífico. El convoy bordeaba una porción de la bahía de Guaymas y luego atravesaba un estero por un puente de más de tres kilómetros de longitud. Veía admirado el oleaje, aspiraba a plenos pulmones la brisa marina, contemplaba las gaviotas que revoloteaban en el aire y barruntaba a lo lejos las altas velas de algunas embarcaciones. No conocía el mar; era la primera vez que admiraba una enorme superficie cubierta de agua. Absorto en esta contemplación, desde el tren que corría velozmente por una cornisa, o camino construido a media ladera, con la montaña a un lado y la inmensidad del océano por el otro, casi no me di cuenta de la llegada del tren a Guaymas.

Ya instalado en un modesto hotel de chinos, recorrí la población que es poco extensa y está circundada en la parte de tierra por altas y abruptas montañas rojizas desprovistas de vegetación; hay una que parece un alto sombrero. El mar semeja en Guaymas un enorme recipiente de aceite, la superficie no presenta ni el menor resalte ni la más ligera arruga. Rodeada la bahía de altas montañas e in-

terceptadas las corrientes de aire que vienen de la bocana del puerto por una serie de islas: el Almagre Chico, el Almagre Grande y La Ardilla, y por la península diminuta de La Cantera, el mar sin oleaje parece un espejo.

En la tarde, muy temprano, alquilé un bote y me hice conducir al "Oaxaca", vetusto barco de guerra, más bien transporte que cañonero, con un respetable número de años de servicio. Iba en busca de compañeros, especialmente del sonorense Manuel J. Urrea, mi compañero de antigüedad que había seguido la carrera de Marina y prestaba sus servicios en esa nave.

Iba feliz en mi barquilla. Era la primera vez que me embarcaba y con deleite introducía las manos en el agua azulada, de un azul obscuro, y gozaba con las irisaciones que dejaban sobre la superficie una estela brillante.

Arribé al "Oaxaca", barco muy viejo pero muy limpio. Ascendí por la escala, me apoyé en las bordas, examiné los cañones enfundados que estaban instalados en la popa y entré al camarote que me habían señalado. Allí encontré a mi viejo amigo Urrea, en mangas de camisa, jugando con otros tres oficiales un cuarto de dominó. Después de los saludos, abrazos y efusiones los invité a continuar la partida, sentándome al lado de "El Abejorro", que así llamaban a Urrea en Chapultepec. Noté con sorpresa que se tomaban las fichas de debajo de una gorra marina; Urrea explicó que todos conocían tan bien el reverso de ellas, que era preciso tomar precauciones.

Acabado el partido, Urrea se puso a mis órdenes y tanto él como otro oficial decidieron acompañarme a conocer la ciudad. Ocupamos el mismo bote, y a los 10 minutos desembarcamos de nuevo en el pequeño muelle. Recorrimos rápidamente la ciudad recostada en un anfiteatro de montañas que descienden suavemente hasta el mar, con calles accidentadas y torcidas en donde campan en lo absoluto mercaderes chinos propietarios de bazares repletos de chinerías hacinadas: ventrudos budas, abanicos multicolores, faro-

litos encarrujados y objetos de porcelana en los que sobre oros refulgentes se destacan figuras ingenuas.

Urrea me condujo, al caer la tarde, a una plaza en que había instaladas muchas barracas con techos inclinados de tela. Era una feria en la que, además de cantidad de puestos de fritangas y refrescos, había instaladas mesas de juego: albures, ruletas, carcamanes y loterías. Allí paseaba un gran número de hermosas muchachas con trajes vaporosos y sin sombrero. Urrea me explicó: "Aquí nadie usa sombrero".

Me presentó a algunas de sus amistades. Muchachas muy simpáticas y muy afables que conversaban conmigo como si fuéramos antiguos conocidos, intercalando muchos "pues", que matizaban hermosamente sus charlas joviales.

Más tarde, acompañado de Urrea, me dirigí a comprar mi pasaje para dos días después en la diligencia que entonces corría entre Guaymas y Álamos pasando por el río Yaqui, pues mi antiguo compañero tenía especial empeño en que me quedara un día en Guaymas para que concurriera esa noche a un baile de despedida del año que se efectuaba en el Palacio Municipal.

En la agencia de diligencias me informaron que ya estaban tomados los pasajes para nueve días y solamente podrían apartarme un billete para la que salía de Guaymas en la madrugada del 10 de enero.

Me restaba en el bolsillo, por todo capital, la cantidad de 16 pesos; el que haya pasado por estos trances comprenderá el desaliento que se apoderó de mí. Inquirí empeñosamente si no había otro medio de comunicación con Tórim y se me informó que cada dos o tres días salía de Guaymas una lanchita de motor, la "Lolita", que iba a Los Algodones —punto situado en la desembocadura del río Yaqui— y que en este punto siempre había carruajes que podían conducirme a Pótam o Tórim.

Nos lanzamos Urrea y yo en busca de la "Lolita" y la encontramos atracada al muelle. Zarparía a la media noche en punto y, por dos pesos y medio, me llevaría a Los Algodones.

Era esta una barca de unas 60 toneladas, destinada al servicio de carga y, cuando se podía, llevaba pasajeros que dormían sobre la pequeña cubierta. Urrea me dijo: "Ve al hotel a vestirte lo mejor que tengas, ponte tu dormán de gala. Yo voy al barco a vestirme también y dentro de una hora iré por ti al hotel para que nos vayamos al baile. Liquida en el hotel tu cuenta y envía tu equipaje a la 'Lolita'. Tú estarás en ella a las once y cuarenta y cinco de la tarde.

A las nueve en punto estuvimos Urrea y yo en el Palacio Municipal, un edificio feísimo de piedra todavía no concluido. Pocas arquitecturas he visto tan bizarras y tan incongruentes como la de esta casa municipal. El patio central estaba muy bien adornado y había una concurrencia selectísima. Los caballeros muy bien vestidos de etiqueta y las damas hermosísimas. Urrea y yo causamos sensación con nuestros flamantes uniformes de gala.

Estuve dos horas y media escasas en aquel baile en donde todos me trataron muy bien, me llenaron de atenciones y conversaron conmigo con una llaneza como si hubieran mediado muchos años de continuo y de íntimo trato.

Estaba tan contento que tentado estuve de dejar que se fuera sola la "Lolita", pero el sentimiento arraigado del deber, que era en mí una segunda naturaleza, me arrancó de aquellas tentaciones y, a las once y media de la tarde, con mi flamante uniforme de gala, fuime derecho a la "Lolita", que se balanceaba muellemente, abarrotada de carga hasta los topes. Saltando por encima de cajas de petróleo, de trincheras de tablones y de sacos de cereales llegué a la cubierta a inmediaciones de mi baúl, y allí, al fulgor de las estrellas, en una atmósfera tibia, troqué el dormán lleno de alamares y el pantalón de anchas franjas carmesíes por un modesto traje de paisano; envolvíme en el amplio capote militar y, a la media noche en punto, cuando

los silbatos de las fábricas y las campanas del templo de San Fernando anunciaban estrepitosamente la llegada del año nuevo de 1905, la "Lolita" desatracó. Se oyeron las múltiples explosiones del motor, enfiló la proa hacia la isla de Pájaros que se recortaba abruptamente en la clara noche y yo pensé, parodiando a Julio César, que la "Lolita" llevaba a Vito Alessio Robles y a su fortuna.

Pasamos costeando el Almagre Grande y el Chico y doblamos el cabo Haro, en donde se levanta a gran altura el faro de Guaymas. Yo cambiaba de lugar continuamente, conversando a ratos ya con el capitán o bien con el piloto o timonel que vigilaba a la vez la marcha del motor. Me pasé la noche en claro, extasiado con la contemplación del cielo tapizado de estrellas que allá a lo lejos parecía abatirse sobre la superficie obscura, matizada de fosforescencias del océano.

Cuando amaneció, empezaron a perfilarse vigorosamente hacia el noreste las alturas del Zamahuaca y del Gallo y la mesa de la Gloria, que pertenecen a la serranía de Bacatete. Hacia el norte el capitán me señaló un cerro acantilado que se avanzaba sobre el mar, era el Bachoco, y junto a él estaban Las Guásimas, "en donde se criaban los más grandes y más sabrosos ostiones del mundo". En el fondo se diseñaba otra pequeña eminencia de forma rara, era el Boca Abierta.

Enfilando a razón de siete kilómetros por hora, la "Lolita" dobló hacia el sudeste; pasamos cerca de un gran estero que, según informes del capitán, era la antigua boca del Yaqui, río divagante en la última parte de su curso y que, en una gran creciente del año de 1858 fue abandonado por el caprichoso curso del agua, para desaguar en el mar Bermejo o golfo de Cortés, unos 12 kilómetros más al sur, formando un nuevo y extenso delta. La pequeña embarcación se coló resueltamente en un laberinto de canales bordeados por islotes y bancos de arena cubiertos por una lujuriosa vegetación semiacuá-

tica en la que predominaban los manglares —arbustos resistentes de hermoso follaje parecido al del laurel de la India.

Serpenteábamos por aquellos intrincados, estrechos y tortuosos canales donde, es fama, se extravió con el transporte “Guerrero”, de la Armada, el capitán de navío Rodríguez Malpica, quien nunca pudo encontrar la desembocadura del Yaqui. El capitán me invitó a tomar el almuerzo servido sobre la cubierta y compuesto de unos trozos de carne cocida, unas patatas fritas, enormes y correosas tortillas de harina y una taza de café aguado. Sentados a la turca, vaciamos los contenidos de las ahumadas sartenes en platos de peltre y dimos buena cuenta de aquel refrigerio digno de Lúculo.

A las nueve en punto llegamos a Los Algodones, una barraca de madera que servía de almacén de mercaderías de tránsito, cuidada por un viejo y rodeada de espeso manglar. A su vera, altas trincheras de gruesa y retorcida leña de mezquite, un carro de dos ruedas y tres burros melancólicos que pastaban despreocupadamente, vigilados por un zagalón fornido. Allí no había ningún servicio de carruajes. El único tráfico era el de ese carretón, sobre el cual empezaba a cargarse parte de la estiba de la “Lolita”; cajas con grandes letreros que rezaban: “Chino Pancho.- Pótam.”

Aquel carro podía llevarme hasta Pótam por una cantidad insignificante. Hice subir mi pequeño baúl sobre las cajas del “Chino Pancho”, y junto al conductor emprendí el viaje tirado por los tres borricos que eran diligentes, trotadores y rápidos. Seguimos un camino bordeando el río Yaqui, que llevaba un respetable caudal de agua, el cual se hacía más grande por el obstáculo que presentaba a la corriente la marea alta. Altos paredones de deleznable aluvión limitaban el cauce del ancho río que corría perezosamente por tierras sueltas, mezcla de arena finísima y de arcilla que parecía tamizada. Tierras de una riqueza extraordinaria.

Pasamos por un agrupamiento de casas romas e insignificantes sobre el que se destacaba una construcción más formal de adobe.

Era la hacienda del Huamúchil, propiedad del general Lorenzo Torres, jefe de las Armas en Tórim, considerado y estimado como un patriarca del río Yaqui. Supe que se encontraba en la hacienda y quise presentarle mis respetos, para lo cual hice esperar al carro que me conducía.

Fui recibido por el general don Lorenzo. Un hombre alto, reposado, de cabeza y mostacho canos, robusto, de enormes manos. Su mirada reflejaba bondad, energía e inteligencia. Le hice saber el objeto de mi viaje, exhibí mis pasaportes, me preguntó si me había detenido en Hermosillo para presentarme al jefe de la Zona; le contesté negativamente, excusándome por no saber que residiera allí, creyendo encontrarlo en Tórim, residencia oficial del Cuartel General de la 1ª Zona Militar. Luego inquirió, con voz pausadísima, cómo había hecho el viaje, y al enterarse que el vehículo tirado por tres asnos me esperaba para continuarlo, ordenó a un asistente que mandara al conductor del carro que siguiera para Pótam y entregara mi baúl al jefe del 4º Batallón, que después de la comida continuaría mi viaje para la mencionada población donde el jefe del batallón me proporcionaría medios para proseguirlo.

Me invitó a comer; parco de palabras, habló poco, produciéndome su aspecto una magnífica impresión. No era un hombre culto, seguramente, pero sí era un hombre bueno y de un gran talento natural, como pude confirmarlo después. Era un jefe que no tenía enemigos. Al terminar el almuerzo, que fue bueno y abundante, salimos al corredor.

Allí me esperaba un mozo con dos caballos ensillados. Monté en uno y, con una carta de don Lorenzo en el bolsillo y acompañado de aquel sirviente que me servía de guía, emprendí el camino para Pótam; camino polvoriento, con grandes bosques de mezquites a los lados y que en algunos trechos se aproximaba al río, el cual estaba bordeado de corpulentos álamos y con espesos y frondosos carrizales.

Busqué al teniente coronel Romero, jefe accidental del 4º Batallón, por ausencia del jefe nato, coronel Luis G. Alzúa, que desempeñaba una comisión en Mazatlán. Me encontré con un jefe muy moreno, de bigote y piocha negrísimos, que ostentaba en el pecho los listones de seda de diversos colores de muchas condecoraciones. Me recibió muy afablemente. Cuando se enteró de la carta que me había dado el general Torres, me manifestó que el conductor de un carro le había entregado un baúl mío y que en el término de una hora podría proseguir mi viaje para Tórim en un carruaje que acababa de llegar de Guaymas, en el que viajaba el oficial de pagaduría del 12º Batallón. Quiso el teniente coronel Romero mostrarme el cuartel, un amplio edificio de adobe, y un jardín bellísimo mandado arreglar por el coronel Alzúa entre la fachada del cuartel y el río, con corpulentos árboles que le daban hermosa sombra, con arriates muy bien arreglados, con pérgolas, cenadores y bancas rústicas. A este lugar le había dado el coronel Alzúa el nombre de "El Trianón". Llegué hasta la margen derecha del río, con su cauce de altísimos paredones que amenazaban derrumbarse minados en su base por la humedad y la erosión.

Visité también el pequeño pueblo ceniciento, con sus casas bajas de adobe sin enjalbegar. Noté su trazado regular: manzanas perfectamente cuadradas, separadas por anchas y rectas calles bordeadas de árboles, y grandes plazas.

Llegó el oficial de pagaduría, y el teniente coronel Romero le manifestó que yo marcharía a Tórim en su carruaje. Este empleado se mostraba un poco renuente, alegando que llevaba a su familia y el dinero de los haberes del 12º y del 19º batallones, que el coche iba muy pesado y otras razones; pero el teniente coronel Romero repuso secamente que el general Torres había dispuesto que se me dieran toda clase de facilidades, que él me había prometido que iría en ese carruaje, y que yo iría en él a pesar de todas las dificultades.

Todavía el empleado de Hacienda opuso algunas razones débiles, pero Romero cortó por lo sano mandando a su asistente que colocara mi baúl en el carruaje. Así se hizo. Tomé asiento junto al cochero para no importunar a aquel individuo que iba con su familia: su esposa y dos pequeñuelas. Escoltados por 20 hombres del 4º Batallón, iniciamos el viaje lentamente para no separarnos mucho de la *cortada*, como se llamaban las escoltas que marchaban de un punto a otro hasta la mitad del camino, donde eran relevadas por otra *cortada* que, oportunamente, había salido del punto de destino y cuya misión era la de escoltar fondos, prisioneros, conducir correspondencia y, sobre todo, y de allí provenía su nombre, "cortar" en los caminos las huellas de las partidas de yaquis rebeldes que pudieran haber atravesado o seguido la carretera en sus incursiones.

Con un sol ardiente, por un camino anchuroso, bordeado de mezquital grueso y corpulento, y envueltos en espesa nube de polvo, seguimos nuestra marcha hasta la mitad del camino en donde encontramos la escolta del 12º, la *cortada* que debería relevar en su misión de escolta y de estafeta a la del 4º. Desde allí, el oficial de pagaduría ordenó al cochero que apretara el paso sin cuidarse del retraso de la escolta.

Pasamos por terrenos riquísimos, susceptibles de enorme producción. Aquellos enormes mezquites sólo podían alcanzar ese crecimiento en aluviones verdaderamente prolíficos. Era un enorme valle en el que la vista se perdía hacia el oeste, el sur y el este. Solamente hacia el norte se perfilaba la masa de la serranía de Bacatete.

Luego se presentaron a nuestra vista dos colinas que emergían de la llanura a la orilla del río: el Coracepe y el Caucobi; y mucho más lejos, otra eminencia, el Otancahui, que en lengua yaqui significa "cerro de los huesos", por la gran cantidad de osamentas que cubrió por muchos años sus laderas, proveniente de más de 3 mil yaquis que perecieron en porfiado combate contra los españoles que trataban de subyugarlos.

—Allí —advirtió el cochero, señalando la pequeña altura— está Tórim.

Más adelante, entre un horizonte de verdura, sobresaliendo de los copudos y altos mezquites y de las frondosas alamedas, emergía una construcción maciza que se perfilaba altísima, y luego, a retaguardia, sirviéndole de fondo, otras que se antojaban enormes. Parecían altísimas y a la distancia se veía que eran ruinas porque los muros de piedra se diseñaban terminados en forma irregular en su parte superior.

Aquellas ruinas me impresionaron. No sé por qué me imaginé que llegaba a las ruinas de Babilonia y que aquellas altas y macizas construcciones eran restos de los jardines escalonados de Nabucodonosor.

Más adelante nos encontramos con un *bazerán* —álveo abandonado del río Yaqui, cuyo fondo se ha ido levantando poco a poco por el limo que deja el curso del agua en sus crecientes y que está comunicado con el cauce de este—. Estos *bazeranes*, secos casi todo el año, se llenan de agua en las grandes crecientes.

Al cruzar el *bazerán* entramos a Tórim, pueblo muy semejante a Pótam por el trazado de sus calles, por sus amplias plazas y por sus construcciones; pero junto a la plaza principal, en un pequeño espacio que media entre esta y el río, se levanta una colina de forma alargada de unos 15 metros de elevación. Sobre ella están los enormes paredones de piedra de un templo construido por los jesuitas, cuya bóveda se derrumbó; otro templo a medio construir, con columnas churriguerescas; otras construcciones más y, por último, el edificio destinado a Cuartel General de la 1ª Zona Militar. Su situación sobre una colina, invisible desde lejos por la vegetación, hacía aparecer monumentales estas construcciones.

Había llegado al riñón del Yaqui cuando apenas acababa de obscurecer; desvelado y lleno de cansancio y de polvo. Descendí en la casa de diligencias que tenía dos cuartos habilitados como hotel, me

lavé la cabeza y las manos, sacudí lo mejor que pude la gran cantidad de polvo finísimo que llevaba mi traje, y desde luego procedí a buscar a mis antiguos compañeros de Chapultepec que se encontraban en Tórim. Entre ellos había tres de mi antigüedad, tres tenientes del cuerpo especial del Estado Mayor que prestaban sus servicios en la Comisión Científica de Sonora, cuyo centro de operaciones estaba en este pueblo del río Yaqui. Eran Gonzalo Isunza, Wenceslao Mont y Joaquín V. Palencia.

Alguien me informó que podría encontrarlos con toda seguridad en el Hospital Militar, donde se celebraba una fiesta con motivo de la inauguración de dos nuevos salones. Me dieron las señas y, fácilmente, por ser el trazado del pueblo muy regular, caminé cuatro cuadras y encontré una vasta construcción de adobe que tenía su entrada principal en un ángulo y, en el interior, varios pabellones aislados destinados a salas de medicina y de cirugía, rodeados de grandes y bien cuidados jardines.

Como se trataba de una gran fiesta acompañada de baile y era el primer día del año, puede decirse que allí se había congregado todo Tórim. Las principales familias del pueblo se habían dado cita. Se encontraban los oficiales del Cuartel General, los viejos del Consejo de Guerra —como se llamaban a los militares ancianos que, inútiles ya para el servicio activo, eran comisionados para formar los jurados militares encargados de sentenciar a los procesados sujetos al fuero de guerra—, los ingenieros de la Comisión Científica, algunos de ellos con sus familias; los médicos militares y varios oficiales de la guarnición. El amplio salón en que se efectuaba el baile estaba bien adornado e iluminado con lámparas de petróleo, pues en Tórim no había alumbrado eléctrico.

Mi llegada produjo sensación. Mis compañeros me presentaron inmediatamente con todas las personas allí reunidas y noté que era el objeto de todas las curiosidades. Era "el ingeniero nuevo" y todos querían ser presentados y conocerlo. Me trataron muy bien;

todos fueron obsequiosísimos con "el ingeniero nuevo" y desde luego pude notar que las muchachas de aquel pequeño y lejano pueblo no eran ni encogidas ni se vestían ridículamente. Por los trajes y por el trato de las damas parecía aquel un baile de la Ciudad de México.

Permanecí en la fiesta hasta horas avanzadas de la noche y luego me retiré a descansar para presentarme al día siguiente al Cuartel General e iniciar mis trabajos. Muy temprano, el 2 de enero de 1905, ascendí por una escalinata la pequeña colina sobre la que se asienta el Cuartel General y desde la altura de sus amplios corredores pude examinar el río Yaqui, anchuroso en aquel lugar y de aguas turbias y de color tan subido que semejaba una corriente de chocolate, con su margen derecha a una distancia de unos 30 metros del edificio y el agua casi lamiendo el pie de la loma.

Un capitán de edad avanzada, sin dientes, de luengos y espesos bigotes canos y de ojos azules, inteligente e ilustrado, era el factótum de esa oficina militar que, a pesar de tener gran trabajo, era despachada por Roblín con el concurso de tres oficiales, entre los cuales se encontraba el teniente de Caballería Esteban Cantú, alumno del Colegio Militar, quien durante el primer año de su estancia en Chapultepec formó parte de la escuadra que yo comandaba en mi carácter de cabo.

Roblín me atendió correctamente y a la falta del general Luis E. Torres, jefe de la 1ª Zona Militar, que estaba en Hermosillo, y del general Lorenzo Torres, jefe de Armas de Tórim, que se encontraba en Huamúchil, puso en mis manos el presupuesto aprobado para las construcciones que se debían efectuar en Las Guásimas. A mí se me cayeron las alas del corazón al examinar aquel presupuesto aprobado por la Secretaria de Guerra y subscrito por el capitán de ingenieros Juan B. Ávila. Contenía dos partidas únicamente: una para la adquisición de un determinado número de vigas de madera de pino americano y otra para la compra de vigas de mayor escuadría, "para puentes".

El importe del presupuesto ascendía a 943 pesos y algunos centavos más, pero no estaba acompañado por un plano o siquiera un croquis, ni por las especificaciones que previene el Reglamento de Ingenieros. Los únicos datos conocidos eran los que se desprendían de la lectura de las dos partidas y del encabezado del presupuesto que expresaba: "Para la construcción de un corredor en el cuartel de Las Guásimas".

Se iba a hacer un corredor, y en el presupuesto existían dos partidas para la adquisición de las vigas que habrían de cubrirlo y de los puentes destinados a soportarlas. De las dimensiones de estas últimas podía inferirse la anchura del corredor, pero para sostener los puentes eran necesarias pilastras, columnas o postes con sus respectivos cimientos; para cubrir el techo se requería una cubierta y un terrado, y quizás un enladrillado; y para ejecutar estos trabajos, incluyendo el de la colocación de las vigas y puentes, se necesitaba el empleo de mano de obra y la adquisición de piedra, ladrillo, cal y arena, cuando menos. A pesar de su empeño, Roblín no pudo facilitarme datos suplementarios por la sencilla razón de que no existían.

Me sentía contrariado por la exigüidad y deficiencia del presupuesto, que en verdad no requería que la ejecución de la obra fuese desempeñada bajo la dirección de un oficial de ingenieros que había estudiado matemáticas superiores y que había hecho su práctica de construcciones en edificios públicos, cuyo costo era superior a un millón de pesos, y más que nada por la carencia de especificaciones, pues sabía de sobra que uno de los motivos de hostilidad para Arroyo, en Monterrey, había sido que este alteró las especificaciones sin consultar previamente con la Secretaría de Guerra. Perplejo por aquel presupuesto destinado a la que iba a ser mi primera obra, decidí marchar a Las Guásimas a la mayor brevedad posible para estudiar sobre el terreno lo conducente. Pero mis compañeros no me dejaron partir desde luego, instándome a permanecer cuando

menos un día. Piloteado por ellos pude darme cuenta en muy poco tiempo de la topografía de Tórim, de la manera de ser de la mayoría de sus pobladores y de la significación de este lugar en la larga campaña del Yaqui, que llevaba trazas de no acabar nunca.

Tórim está situado ahora en la margen derecha del río Yaqui, pues en la carta levantada por la Compañía de Jesús, dedicada al Rey de España en 1757, aparece localizado en la margen izquierda, lo mismo que Cócorit, Bácum, Vícam, Pótam, Ráhun y Huírivis. De los ocho pueblos del Yaqui, todos los mencionados estaban en la margen izquierda, y solamente Belem cerca de la desembocadura, en la margen derecha. El río, que empieza a ser divagante a partir de Tórim, experimentó un cambio brusco de curso y dejó a este pueblo en la margen derecha, lo mismo que a Pótam y a Huírivis. El río pasaba en 1905 al occidente del pueblo, a unos cuantos metros de la colina de que he hablado antes y que se conoce con el nombre de cerro del Monumento, por existir allí una alta mojonera que sirvió de punto de partida para el levantamiento geodésico del valle del Yaqui ejecutado por el ingeniero don Agustín Díaz, primer jefe de la Comisión Científica de Sonora. Antes, el río, y esto se nota con un examen somero del terreno, pasaba al oriente del pueblo, al pie del Otancahui, y torciendo hacia el occidente se dirigía hacia el Coracepe. De curso excesivamente tortuoso, debe de haber envuelto a Tórim en una gran curva que partiendo de la extremidad sur del cerro del Monumento y pasando por el Otancahui, terminaba en la extremidad norte del referido cerro del Monumento, que tiene una longitud aproximada de 250 metros de norte a sur. Tórim, pues, debe de haber formado parte de una península de unos 1,500 metros de longitud y de 250 a 500 metros de anchura, rodeada por el sur, oriente y norte por la corriente del río. Una gran creciente, tal vez la que ocurrió a mediados del siglo pasado, hizo que el río, que recorría una gran curva, irrumpiera por la cuerda que pasa precisamente por el occidente del cerro del Monumento, dejando a Tórim

en la margen derecha, como está ahora, y como recuerdo de su paso, el enorme *bazerán* —álveo abandonado que lo circunda y que en las grandes crecientes se llena de agua haciendo de Tórim un islote.

Aquí se estableció el Cuartel General por su excelente posición militar. Situado en el centro del rico valle del Yaqui, de unos 5 mil kilómetros cuadrados de superficie, que empieza a la altura de Buena Vista, antiguo presidio colonial, y termina en el golfo de California; limitado al norte y al oeste por la serranía de Bacatete, y al sur y al oriente por las sierras del Tácale y de Zaperoa, Tórim domina los más importantes pasos del Yaqui, asegura las comunicaciones entre Guaymas y Álamos, es la llave del valle de Aguacaliente, que se extiende hasta Buenavista y tiene fáciles comunicaciones para la sierra de Bacatete, cuyas estribaciones por el sur, con los nombres de Buatachive, Huepare y Huaquesi, se extiende hasta a unos cuatro kilómetros de Tórim.

Formó parte en la época virreinal de la Provincia de Ostimuri. Casi siempre en unión de los otros siete pueblos del Yaqui, ha tenido una vida autónoma regida por un gobierno semipatriarcal. En tiempos remotos fue visitado por Cabeza de Vaca en su largo viaje desde la Florida hasta Sonora. Aquí combatieron Martínez de Hurdaide, quien fue batido por los yaquis, como lo fue también el primer gobernador de Sonora, don Manuel Bernal Huidobro. Celosísimos de su independencia y grandes guerreros, los yaquis han defendido su autonomía vigorosamente y han convertido a su fértil y rico valle en teatro de luchas continuas; solamente desde 1740 hasta 1825 estuvieron en completa paz y sometidos, aunque fuera nominalmente, pues ellos continuaban eligiendo al gobernador de cada uno de los ocho pueblos, y los electos, a su vez, nombraban al gobernador general del Yaqui. Estos nombramientos recaían generalmente en los más ancianos; quizá por esto, el gobernador general tenía la facultad de delegar el mando militar en un general, a cuyas órdenes queda-

ban todos los yaquis que podían empuñar un arma: hombres, mujeres y hasta niños.

En el siglo XVIII permanecieron en buena armonía con los yaquis algunas misiones de jesuitas, que nunca fueron hostilizadas por ellos y dejaron huellas de su paso en los distintos pueblos, principalmente en Tórim en donde existen, arriba del cerro del Monumento, ruinas de construcciones importantes, entre ellas los muros de piedra de un templo cuya bóveda se derrumbó y otra construcción no terminada con columnas de cantería de color rosado bastante bien labradas.

Las calles modernas de Tórim están muy bien trazadas. Son anchas y rectas. Las manzanas son regulares y están divididas en solares de 20 metros de frente y 50 de fondo, que la Comisión Científica de Sonora adjudica gratuitamente a los que los soliciten con la única condición de no enajenarlos en un plazo de 10 años. La misma comisión reparte a los colonos gratuitamente, y también con la misma condición, lotes de terreno para cultivo, adjudicándose a cada jefe de familia tres hectáreas y a cada uno de los miembros, esposa e hijos, hectárea y media. También se ha hecho un fraccionamiento de terrenos, fuera de los ejidos de los pueblos, que comprenden un cuadrado de una legua por lado, dividiéndolos en lotes de poco más de 48 hectáreas, que son vendidos a razón de 3.75 pesos la hectárea en condiciones muy fáciles de pago.

La Comisión Científica de Sonora depende de la Secretaría de Fomento; fue instituida para atraer colonos al valle del Yaqui, de donde fueron expulsados los indios a raíz de la campaña de 1885. Dicha comisión ha construido algunos canales para irrigar las tierras repartidas y, aunque estas son muy ricas y las condiciones de adquisición enteramente liberales, hay apenas un limitado número de colonos debido al riesgo que corren sus vidas e intereses por las frecuentes incursiones de los yaquis.

Cuando haya verdadera seguridad y las comunicaciones sean fáciles, esta será una de las regiones más ricas de la República. Tierras de aluvión de una profundidad de más de 100 metros. Puede cosecharse en ellas algodón, maíz, trigo, alfalfa, garbanza, arroz, tomate, melón y uva. Hay agua en abundancia y las corrientes del Yaqui llevan en suspensión una gran cantidad de limo que constituye un magnífico abono.

Pero por los riesgos apuntados y también por la falta de buenas y económicas vías de comunicación, son contados los colonos que han aprovechado estas riquezas y facilidades. Son todos hombres enérgicos que han visto quemadas en varias ocasiones sus viviendas, y son también muchos los muertos que han quedado en esta lucha inútil y bárbara que constituye una vergüenza y una plaga.

Pero hoy por hoy, y quizá por mucho tiempo, estas tierras feracísimas seguirán ostentando sus corpulentos mezquites y sus bosques de pitahayas y zahuaros que semejan enormes candelabros, adornados en la época propicia por las bellas coloraciones carmesíes de las pulpas de sus frutos, que se antojan guiñapos sanguinolentos en esta tierra devastada por una lucha llena de encono, de sangre y de tormentos bárbaros. Lucha sin cuartel en la que los que caen de uno y otro bando son sujetos a torturas indecibles que eclipsan los tormentos sufridos por el bravo Cuauhtémoc; sacrificados sin piedad, como si en unos y otros alentara inflexible y ávido de corazones humanos el espíritu de Huitzilopochtli.

Capítulo XIV

*Hacia Las Guásimas.— Las marismas y el espejismo.— Un boulevard rústico.
El coronel Navarro.— Un soldado valiente de la vieja guardia.
La batalla de San Pedro y el ataque de Mazatlán por "La Cordeliére".
Una vieja hombruna.— Los "fayuqueros".— Viaje a Hermosillo.
Don Luis E. Torres, procónsul de Sonora, Sinaloa y Baja California.
Su colección de trajes.— El respeto hacia don Lorenzo Torres.
El capitán Pérez Cortez.— Las obras difíciles.
Los panaderos, gremio propicio para la leva.
Mejoramiento de educación literaria.— Los habitantes de Las Guásimas.
Los huevos de garza y los ostiones.
El asistente Soriano, antiguo rebocero en Puebla.— Un trovador sentimental.
Viaje a la sierra del Bacatete.— Los "nacionales".— Los aguajes.
El campamento de Tetacombiate.— La riqueza de la sierra.
El campamento de Huichori.— El Mazocoba.— Las osamentas.
Heroísmo inútil.— La paz de Ortiz.— El cura Beltrán.— Las monjas josefinas.
Rapto de cuatro bellas monjas y del cura.— La independencia de los yaquis.
El odio de los indios. Los tormentos.— El Torquemada del Yaqui.
Las fortificaciones del cerro del Mazocoba.— Antes muertos que prisioneros.
El campamento de Bacatete.— Campaña enteramente inútil.*

A LAS TRES de la mañana del día 3 de enero de 1905 emprendí el viaje a Las Guásimas, haciendo uso de la diligencia que corría en aquella época entre Álamos y Guaymas. Era este un vetusto vehículo de la forma típica, con sopandas de fuerte vaqueta y tirado por siete mulas. En la temporada de lluvias, cuando los caminos se ponían casi intransitables, de hecho se suspendía el servicio de pasajeros, pues aun cuando los viajes no se interrumpían, estos se efectuaban únicamente para transportar el correo empleándose al efecto ligeros guayines muchas veces sin toldo.

En esta ocasión me tocó viajar en uno de los vehículos grandes que iba materialmente atestado de viajeros. Tomé mi asiento e hice el trayecto de 20 kilómetros entre Tórim y Pótam medio adormilado. En este último lugar se remudaron tiros y los pasajeros aprovechamos el tiempo que la diligencia se detuvo para tomar allí mismo nuestro desayuno. Continuamos nuestra marcha y poco después nos alejamos del río Yaqui siguiendo casi paralelamente su antiguo cauce, abandonado desde mediados del siglo pasado, acercándonos a la serranía de Bacatete. El terreno cambió de aspecto, ya no era el bosque tupido de mezquites. El camino atravesaba un terreno estéril cubierto de cactus, altos órganos y verdaderas marañas de chollas —especie de cardo de agudas espinas que producen fuertes inflamaciones, pues estas, al ser retiradas de la piel, dejan en las carnes una vaina de que están provistas.

Pasamos por La Pitahaya, mísera población habitada casi en su totalidad por un destacamento de menos de 50 soldados, comandados por un oficial que se alojaba en una casa de adobes con alto torreón erizado de aspilleras.

Después, los chollales se convirtieron en marismas, terrenos bajos y salitrosos desprovistos de vegetación que, a la altura de Mapoli, por donde pasamos a las 11 de la mañana, presentan el fenómeno del espejismo. Mapoli es otro punto militar ocupado por un destacamento de 20 hombres.

Por fin, a mediodía llegamos a Las Guásimas, campamento militar en donde se encontraba la matriz del 20º Batallón. El aspecto de este poblado era singular; una sola calle de unos 250 metros de longitud y de 50 metros de anchura bordeada por una serie de casas aplastadas, todas con un soportal sostenido por retorcidos horcones de madera de mezquite y, al final de la calle, un vasto cuadrado de adobes que era el cuartel. Aquella calle, por su amplitud, parecía un rústico boulevard. A muy poca distancia, la playa muy tendida, pues a baja marea quedaba descubierta una faja de arena fina de

cerca de un kilómetro de anchura sobre la cual quedaban a la vista los múltiples bancos de ricos ostiones, tan celebrados en la costa occidental.

Me trasladé desde luego al cuartel del 20º Batallón para presentarme al jefe del punto, coronel Juan J. Navarro. En la comandancia encontré solamente al capitán Enrique Pulido, secretario del coronel, joven oficial vestido con un traje de mezclilla azul, muy aseado y muy pulcro en sus maneras. Me atendió afectuosamente, diciéndome que había sido alumno de Chapultepec.

Esperé breves momentos, conversando con Pulido, la llegada del coronel Navarro. Sabía de antemano que este jefe gozaba de excelente reputación. Se le consideraba y se le admiraba por el valor sereno de que había dado muestras irrecusables en todos los combates contra los yaquis. En uno de ellos había sido herido de gravedad y fue premiado con la condecoración del mérito militar, muy apreciada, pues esta distinción sólo se había otorgado en contados casos y con entera justificación. Además, el coronel Navarro era un soldado de la vieja guardia; el año anterior había celebrado sus bodas militares de oro, completando 50 años de servicio en el ejército, con el abono del tiempo doble que, por decreto del Congreso, se concedió a los que habían peleado en la Guerra de Reforma y en la lucha contra la Intervención y el Imperio.

Después de los cumplidos militares de rigor, conversamos largo rato. El coronel Navarro, a pesar de sus 67 años, era un hombre vigoroso, alto, derecho, cabeza y bigote enteramente canos, frente grande, color claro en el que se veía el bronce dejado por el sol de muchas campañas, ligeramente picado de viruelas. Aunque parco en sus palabras, podía adivinarse desde luego que su instrucción era escasísima.

Nacido en Álamos, Sonora, se alistó muy joven en las filas liberales y no tuvo ni tiempo ni oportunidad ni medios para educarse. Durante su juventud, su vida fue una sucesión ininterrumpida de

marchas, de privaciones y de combates; entre los muchos a que concurrió, distinguiéndose siempre por su valor, se encontraba la famosa Batalla de San Pedro, en la que el general Rosales batió a franceses y traidores. También estuvo en la defensa de Mazatlán cuando este puerto fue atacado por la fragata francesa "La Cordeliére".

El coronel Navarro me condujo personalmente al interior del cuartel, edificio que tenía dos patios. En torno del primero, cuatro crujías en las que estaban las cuadras de la tropa. Me explicó que había solicitado se construyesen unos corredores en el primer patio para atenuar, con ellos, un poco los rigores del clima en el verano cuando se sentían calores sofocantes. Agregó que la Secretaría de Guerra había enviado a Las Guásimas al capitán Ávila, que este había formado un presupuesto y que no sabía más sobre el particular.

Comí después, acompañado de Pulido, en casa de doña Genoveva. Era esta una señora de Guadalajara que se había establecido en Las Guásimas y, en competencia con doña Librada, una sonorense alegre y parlanchina, se ocupaba de dar comidas a los oficiales solteros del 20º Batallón. Doña Genoveva era una mujer de unos 50 años, gruesa, rozagante, baja de estatura, viva, enérgica, medio hombruna, fumadora de puros y aficionada a la bebida, con gran sentimiento de los huéspedes, que sabían que cuando doña Genoveva empinaba el codo más de lo necesario, ese día no había comida o esta era de pésima calidad. Tenía, además, una *fayuca*, como se llamaba en Sonora a los pequeños comercios de artículos alimenticios, que a veces eran fijos, como el de doña Genoveva, y otras ambulantes, cuando los *fayuqueros* seguían a las tropas en marcha, llevando sus mercaderías a lomo de mula o de burro.

Después de la comida procedí a buscar dónde alojarme y no encontré en aquel campamento una cama disponible. Por fin, doña Genoveva me cedió galantemente una pequeña pieza cuyo techo de ramas estaba sostenido por horcones de mezquite y con paredes formadas de tablas de cajas de empaque. Una serie de cajones va-

cíos me sirvió de lecho, con el agregado de una almohada y dos frazadas nuevas. Estas últimas eran del depósito del batallón y me las prestó Pulido. Una silla de toscas patas, respaldo de madera y asiento de tule, una mesa y una lámpara de petróleo constituían el resto del mobiliario.

Ya instalado procedí a hacer un estudio de la obra que debía ejecutar. Levanté un plano completo del cuartel y formulé las especificaciones. Llevaba dos días empleados en esta tarea, cuando recibí orden telegráfica del general Luis E. Torres de marchar inmediatamente a Hermosillo a recibir instrucciones.

Nuevo viaje en diligencia hasta Guaymas, pasando por Cruz de Piedra, El Águila, Batamotal y San José de Guaymas, y nuevo viaje por ferrocarril de Guaymas a Hermosillo. Viajes que me encantaban, pues para mí ha constituido siempre un gran placer el conocimiento de nuevas regiones, de nuevas costumbres y de nuevas ciudades, aunque por el hecho de no disfrutar de viáticos, los gastos inevitables de hotel, de cargadores y de carruajes mermaban mi humilde sueldo llevándome casi a los límites de la inopia.

Llegué a Hermosillo por un camino bellísimo que bordea el río de Sonora y que en esa parte tiene sus márgenes enteramente cubiertas de jardines, de huertas y de hortalizas, predominando el cultivo del naranjo, árbol de hermoso follaje cubierto de perfumados azahares.

Fui a dar, desgraciadamente, al hotel más caro. Tenía grandes arcadas de tipo escarzano hacia el exterior y, además, se llamaba Arcadia. Sólo el cuarto sin comida importaba tres pesos diarios, es decir, el total de mis haberes de teniente del Cuerpo de Ingenieros Constructores.

Recorrí la ciudad dominada por un agreste pico llamado cerro de la Campana. Hermosillo tiene buenas calles y algunos edificios importantes, como la Catedral y el Palacio de Gobierno, y un extenso parque bastante bien cuidado.

Me presenté al señor general don Luis E. Torres, un hombre grueso que frisaba entonces en los 60 años, vestido con *jacquet* de color gris —después supe que tenía una colección de trajes del mismo corte y del mismo color—, alto, grueso, moreno, de ojos pequeños y vivos, de mostacho y cabeza canos, amplia papada que le prolongaba el mentón, y voz atiplada. Me encontraba frente al procónsul de Sonora, Sinaloa y Baja California. Era el verdadero amo de las tres entidades federativas mencionadas; había sido gobernador de Sonora y de Baja California en varias ocasiones; tenía el mando militar de los dos estados y de la península inmediata. Había formado con don Ramón Corral y don Rafael Izábal un triunvirato y, de hecho, el poder ejecutivo de Sonora no salía de esa trinidad, llegándose a asegurar que cuando don Ramón Corral asumió el gobierno del Distrito Federal, el dictador se lo ofreció antes a don Luis, quien no lo aceptó, recomendándole a Corral, que era una especie de lugarteniente suyo, lo mismo que Izábal en Sonora, el general Francisco Cañedo en Sinaloa y el coronel Celso Vega en Baja California.

Don Luis era oriundo del estado de Chihuahua, de la región de Pinos Altos, limítrofe con Sonora. No tenía propiamente una carrera militar, pues su hoja de servicios no databa sino del año de 1880, y él mismo no tenía inclinaciones bélicas, dejando los asuntos militares, sobre todo los guerreros, en manos de don Lorenzo, sinaloense de nacimiento, a quien don Luis respetaba por su edad más avanzada, por su gran talento natural y por sus insuperables cualidades de guerrillero —basadas en un perfecto conocimiento de la región del Yaqui y de la sierra de Bacatete, que conocía como las palmas de sus manos—, por su gran resistencia física, por su desprecio al peligro y por el conocimiento perfecto de la forma en que solían combatir los yaquis.

El general Torres habitaba en Hermosillo una residencia de estilo moderno y de arquitectura y distribución marcadamente nor-

teamericanas, rodeada de hermoso jardín y prolongada por una extensa huerta de naranjos, a cuyo cultivo era muy aficionado. Era un hombre ilustrado que, se conocía, leía bastante y asimilaba bien y, además, hablaba y escribía con gran perfección el inglés.

Don Luis me recibió cortésmente. Lo puse al tanto de mis cuitas y de mis dudas sobre el presupuesto del cuartel de Las Guásimas y le hice saber mi propósito de enviar un presupuesto nuevo, hecho en regla, en el que estuviesen considerados todos los gastos, acompañado de un plano y de las especificaciones que señalaba el reglamento del Cuerpo de Ingenieros. Me oyó atentamente, fijando en mí su mirada penetrante y, cuando hube terminado mi relato, me dio una lección que no he olvidado nunca y cuya aplicación me ha servido de mucho en mi vida, contestándome pausadamente con su voz atiplada:

> Se conoce que usted no tiene mucha experiencia y por eso quiere prolongar los trámites burocráticos que no terminan nunca. Ya puede usted esperar la resolución para de aquí a seis meses o un año. Comprendo que encuentre usted dificultades, pero para eso son los hombres, para vencerlas y no para que estas los aplasten y los amilanen. Un oficial como usted no debe arredrarse por tan poca cosa. Vaya usted a Las Guásimas y emprenda desde luego los trabajos, arrollando todos los obstáculos que se le presenten.

Un poco corrido, y comprendiendo que aquel viejo cacique tenía razón, emprendí mi viaje de regreso a Guaymas, no sin haber conversado largamente en Hermosillo con el capitán Pérez Cortez, secretario particular de don Luis desde hacía mucho tiempo. Había sido alumno de Chapultepec, de donde salió como oficial de caballería destinado al 5º Regimiento. En pleno invierno, este cuerpo fue enviado del centro de la República a Sonora, y al atravesar la Sierra Madre por el cañón de Bavispe, a la altura de Casas Grandes, una noche en que cayó una copiosa nevada, a este oficial, por imprevisión o por falta de abrigo, se le congelaron los pies, teniendo que

sufrir la amputación del pie izquierdo y de la pierna derecha. Caminaba dificultosamente con miembros artificiales, apoyándose en un bastón. A Pérez Cortez le fue concedida pensión de retiro por inutilización en actos del servicio y don Luis lo nombró su secretario particular, un excelente secretario que tenía la particularidad de poseer una voz más atiplada que la de su jefe.

Al pasar por Guaymas hice la compra de la madera para el famoso corredor, la que debería ser transportada por un pequeño velero a Las Guásimas, y pude notar con gran entusiasmo que el importe total de la factura era de unos 200 pesos menos que el importe del presupuesto. Ya había un fondo para empezar a vencer las dificultades.

A mi llegada a Las Guásimas inicié desde luego los trabajos. Decidí de propia autoridad que las pilastras fueran de ladrillo, y con una *fajina* de soldados del 20º Batallón que me proporcionó a regañadientes el coronel Navarro, bajo la amenaza comedida de informar a México y no iniciar los trabajos hasta que la Secretaría de Guerra resolviese sobre el particular, gestión que podría demorar hasta un año, hice el acarreo de la piedra necesaria para la cimentación, extrayéndola del cercano cerro del Bachoco; recogí la arena necesaria de un arroyo inmediato, hice una gran colecta de conchas de ostión y las mandé quemar para proveerme de cal; inicié la manufactura de ladrillos, hechos todos a mano, y de un horno para quemarlos; busqué ávidamente, entre los soldados, individuos que hubieran ejercido, antes de ser cogidos de leva, los oficios de carpintero y albañil y entresaqué un carpintero excelente, aunque muy ebrio, y tres o cuatro albañiles. Me di cuenta de que la mayoría de los soldados consignados del 20º Batallón, como la de todos los demás cuerpos de infantería, antes de ser soldados eran panaderos, pues en Las Guásimas casi un 75 por ciento de los soldados podían ejercer este oficio. Al principio creí que los panaderos eran los más viciosos, pues la mayoría de los cogidos de leva lo eran de verdad,

pero reflexionando más maduramente he llegado a la conclusión de que la leva hacía mayor número de víctimas entre los panaderos por las horas de trabajo de estos, que generalmente son nocturnas, y por ende, se prestaban mejor a los abusos.

Mi carpintero empezó a labrar la madera, para lo cual hube de comprarle la herramienta necesaria, y procedió a cortar las extremidades de los puentes para ensamblarlas sobre las cumbreras. Los albañiles hacían los cimientos y sólo esperábamos que estuvieran cocidos los ladrillos para proceder a la construcción de las pilastras.

Por desgracia, los trabajos se retrasaron porque en los meses de enero y febrero de ese año, contra lo que suele acontecer, llovió copiosamente en Sonora y, como los ladrillos se secaban a la intemperie, el agua echaba a perder el trabajo y hubo necesidad de recomenzar varias veces.

Mientras vigilaba aquellos trabajos que, contra toda mi voluntad, marchaban con una lentitud desesperante, me dediqué al estudio y a la lectura. El capitán Pulido poseía una regular biblioteca compuesta de obras españolas y francesas, predominando las últimas, entre las cuales había novelas de Flaubert, Maupassant, Prevost, Daudet, Zolá y Balzac, y entre las de autores de habla castellana se contaban las de Gómez Carrillo, de quien era admirador mi amigo Pulido. Esta estancia me sirvió para mejorar un poco mi educación literaria, bastante descuidada, como la de casi todos los alumnos del Colegio Militar, donde se estudiaban muchas matemáticas y muchas materias militares, pero la cultura literaria estaba limitada a un deficiente curso de gramática, y la histórica se reducía también a un curso muy compendiado y a todas luces insuficiente.

No me limité a la biblioteca de Pulido. Frecuentemente pedía obras a las librerías de México. Además, tomé una subscripción de *El Imparcial*, que esperaba todos los días con verdadera ansiedad, y adquirí una regular colección de obras históricas para cuyo estudio me sentía muy inclinado.

La población de Las Guásimas era muy reducida, pues en total podían contarse unos 200 habitantes. Cien hombres del 20º Batallón, que habitualmente residían en el lugar, que era la matriz del cuerpo, pues los demás cubrían todos los destacamentos que pertenecían a la tercera línea militar: San José de Guaymas, Guaymas, Cruz de Piedra, Mapoli, Tetacombiate, Huichori y Bacatete. Por otra parte, los efectivos de los cuerpos eran muy reducidos en Sonora, ya que las bajas continuamente ocurrían por haber cumplido los soldados su tiempo de enganche, por deserción, fallecimiento u otras causas, y no se cubrían con nuevos reemplazos. El resto de los habitantes estaba compuesto de las familias de los jefes y oficiales, de unas cuantas soldaderas, de doña Genoveva y doña Librada, que daban comidas a los oficiales célibes; de don Norberto, el lanchero que tenía una pequeña embarcación de vela, la "Josefa"; de Cecilio, a quien llamaban "Chilo", que tenía una *fayuca* y camisería en la que despachaban su consorte doña María Isaac y su hija Bartola, y del anciano don Miguel Blanco, que acaparaba las funciones de telegrafista, agente de correos, agente de diligencias y propietario de la fonda donde los pasajeros de la diligencia almorzaban un menú formado a base de ostiones y de huevos de garza, que recogían en el estero inmediato sus numerosos hijos.

El coronel Navarro puso a mis órdenes un buen asistente, soldado débil que frisaba en los 50 años y que ya no podía con las fatigas de las expediciones en la sierra. Era natural de Puebla, se apellidaba Soriano, gozaba de completa libertad, pues nunca se le habían conocido intenciones de desertar y, sobre todo, porque estaba próximo a cumplir sus cinco años de enganche, aumentado con el año suplementario de retención por encontrarse el batallón en zona declarada en campaña. Soriano mantenía siempre mi ropa y mi calzado perfectamente limpios. Me refirió que era rebocero en la ciudad de Puebla de los Ángeles y que la policía le había echado mano en una redada. Tocaba la guitarra muy bien y cantaba regu-

larmente a pesar de que le faltaban la mayoría de los dientes. Sabía un grandísimo repertorio de canciones populares, todas muy tristes y quejumbrosas, en las que invariablemente salían a relucir la traición de la mujer amada y la cárcel.

No sé qué hondas decepciones ocultaba el sensible viejo Soriano, pero el caso es que cuando cantaba venían después las copas de mezcal o de "chicote", un licor quemante compuesto de alcohol rebajado, alumbre y lazos de ixtle que se dejaban en la mezcla infernal por varios días, y el cumplido Soriano se embriagaba y se ponía sentimental y llorón.

La obra iba avanzando lentamente. Un mes después me invitó el coronel Navarro para que lo acompañara a una expedición a la sierra de Bacatete, pues quería visitar todos los destacamentos del 20º Batallón que formaban parte de la tercera línea militar que estaba a sus órdenes, y acepté gustoso. Escoltados por una *cortada* que debería acompañarnos hasta la mitad del camino que conducía a Tetacombiate, hicimos el viaje acompañados de Juan Acosta, teniente de la Guardia Nacional de Sonora al servicio de la Federación, y de dos "nacionales", tropas reclutadas en el Estado, formadas en su mayoría de yaquis, acendrados enemigos de sus hermanos levantados en armas y que, además de ser muy resistentes y muy valerosos, eran excelentes huelleros que sabían discernir entre mil pisadas si las huellas pertenecían a los yaquis o a los yoris, el número de gente que había pasado y el tiempo en que lo habían hecho.

A medio camino nos esperaba la *cortada* de Tetacombiate, compuesta, como la de Las Guásimas, de unos 25 hombres. Dejamos primero la marisma y luego el monte bajo, para entrar por un empinado cañón terminado en un portezuelo, a cuyo pie, como vigía de una de las entradas de la sierra, se encontraba el destacamento de Tetacombiate.

Una choza grande servía de alojamiento a los soldados, y una más pequeña constituía la habitación del oficial comandante y era,

además, el depósito de provisiones. Todos los destacamentos de la sierra y los del río Yaqui estaban unidos por una línea telefónica y provistos de aparatos suecos de larga distancia que funcionaban a la perfección y servían mucho para concertar las persecuciones y las *cortadas*. Los destacamentos de la sierra ocupaban los aguajes permanentes de la misma, que eran limitadísimos en la estación no lluviosa, constituyendo con ello un serio obstáculo a las correrías de los yaquis por la serranía agreste y pelada, con grandes alturas que se elevaban unas veces en forma de cono y otras afectando la figura de extensas mesas con crestones, y con amplios valles cubiertos de pasto de una altura de más de un metro, de arbustos y de pitahayas.

Almorzamos en Tetacombiate unos excelentes platillos mandados preparar por el oficial del destacamento, y en lugar de pan nos sirvieron enormes tortillas de harina, sabrosísimas, de un diámetro mayor de 50 centímetros. Satisfechos, continuamos nuestra marcha a caballo hacia Huichori, pasando por terrenos muy fragosos surcados por una vereda, que apenas daba paso a un hombre de frente, pues esa serranía, en su enorme extensión, apenas era transitada por partidas de yaquis rebeldes o por columnas de tropas federales y de "nacionales". En esa zona, riquísima en pastos y con muchos terrenos susceptibles de cultivo, no pastaban más que animales salvajes y no se había establecido ningún campesino con el más insignificante sembradío.

Llegamos al obscurecer a Huichori, un puesto militar semejante al de Tetacombiate. En sus inmediaciones se encontraba el aguaje motivo del establecimiento de aquella pequeña fuerza militar: un agujero cavado en la roca viva, de unos 50 centímetros de diámetro, y el agua a unos 10 centímetros abajo de la superficie. Cualquiera que fuera la cantidad consumida de líquido, su nivel no bajaba ni un milímetro y, por consiguiente, podía proporcionar agua a una columna de fuerte efectivo.

Dormimos en Huichori, y al efecto desempaqué mi catre de campaña que ya había substituido desde Las Guásimas al incómodo lecho formado con los cajones de doña Genoveva.

Al día siguiente, muy temprano, como pasáramos muy cerca del cerro del Mazocoba y yo expresé al coronel Navarro mis vehementes deseos de conocerlo, nos desviamos un poco de la estrecha y accidentada senda. Trepamos a una altura pelada que emerge de un vallecillo a unos 200 metros de altura y que por tres lados está ligada a las montañas que circundan el valle por contrafuertes, con sus respectivos puertos; por el cuarto termina la meseta bruscamente en un cantil que es un verdadero abismo cortado a pico, y su fondo, que se ve blanco, está cubierto de osamentas. Un verdadero hacinamiento de cráneos, tibias, rótulas, vértebras, costillas, radios y omóplatos.

En este cerro se efectuó un gran combate a principios del presente siglo entre un fuerte número de fuerzas federales comandadas por el general don Lorenzo Torres y numerosos yaquis reconcentrados allí. Dos o tres años antes de este combate, algunos cabecillas yaquis, entonces comandados por Tetabiate, habían entablado pláticas con el coronel Francisco Peinado, jefe del 5º Regimiento de Caballería que guarnecía la plaza de Ortiz. Las pláticas dieron por resultado la llamada Paz de Ortiz. Los indios volverían con sus familias al río Yaqui, se les proporcionarían las mejores tierras para que las dedicaran al cultivo, se les darían semillas, útiles de labranza y animales.

Esta paz duró dos años escasos. En ese tiempo se inició una era de florecimiento en el Yaqui. Afluyeron los colonos, quienes se consideraban seguros en sus vidas y haciendas, y a cubierto de asaltos sangrientos. Los yaquis, excelentes y robustos trabajadores, al grado de que en Sonora las grandes tareas agrícolas son llamadas "tareas de yaquis", parecían estar contentos, y sus tierras bien cultivadas produjeron durante el primer año abundantes cosechas y

las prometían aún mejores para el segundo. Supe que se les proporcionaban auxilios en metálico y hasta se hicieron venir de la ciudad de México monjas josefinas que establecieron su casa principal en Tórim, y que se mandaron dos monjas a cada uno de los pueblos del Yaqui para impartir enseñanza a los indios.

Dicen que entre estas monjas había muchas viejas y feas, pero que también venían algunas españolas muy jóvenes y hermosas, y estas, en número de cuatro, fueron destinadas dos al pueblo de Bácum y otras dos al de Vícam. En Tórim se estableció un cura español llamado Fernando Beltrán, que recorría con frecuencia los ocho pueblos para vigilar el servicio de las capillas establecidas, las cuales había dejado al cuidado de los *temastianes* yaquis, especie de sacristanes que recogían limosnas para la cera y para el culto y que no querían compartirlas con el cura, quien se mostraba cada día más exigente.

Una noche, todos los indios de los ocho pueblos se levantaron en armas. Sobre los motivos de este alzamiento, corrieron en Sonora distintas versiones. Unos lo atribuían a la avidez del cura Beltrán para recoger limosnas, cosa a la que se oponían abiertamente los indios y en especial los temastianes. Otros aseguraban que algunos de los jefes yaquis estaban enamorados de las monjitas españolas que residían en Bácum y en Vícam, entre las que había una llamada sor Esperanza, que había despertado honda pasión en el viejo Tetabiate; otros decían que el levantamiento había sido provocado por los mismos jefes militares para apoderarse de las grandes cosechas de los indios; y otros, por último —esta versión es la que tiene más visos de verosimilitud—, refieren que la actitud de los indios obedeció a su convicción arraigada de que el Yaqui les pertenece por entero, pues consideran a los yoris no sólo como extranjeros sino como enemigos acérrimos, e insistían constantemente en la salida de todos los colonos no yaquis y la evacuación de todo el valle por las tropas federales, reservándose el derecho de nombrar

sus autoridades y sus gobernadores y de cobrar impuestos y hasta peaje a los yoris que transitaran por sus caminos. Querían, en resumen, la formación de un país autónomo dentro del territorio de la República, tal y como fue tolerado y existió de hecho hasta el año de 1885, en que comandados por muchos caudillos, el último de todos, Cajeme, formaron una república independiente.

Esta versión está fundada en antecedentes históricos. El yaqui odia cordialmente al yori. Las madres yaquis amamantan a sus hijos en el odio al yori. En lugar de asustarlos con "el coco", los amenazan con que se los va a comer el yori.

El odio se intensificó durante una larga lucha sin cuartel en que por una y otra parte se cometieron crueldades y villanías incalificables. Los prisioneros eran sujetos a tormento para que denunciasen a sus compañeros, cosa que casi nunca se conseguía, pues preferían la muerte precedida del suplicio antes que cometer una traición a los de su raza. Uno de los tormentos usados —vive todavía un jefe de rurales encargado de aplicarlos y que era llamado el *Torquemada del Yaqui*— consistía en sujetar a un indefenso yaqui por dos nudos corredizos, uno que abrazaba los dos tobillos y otro las dos muñecas, y tirar de ellos en direcciones opuestas a "cabeza de silla".

Un bárbaro teniente coronel, indigno de portar las insignias de oficial de un ejército civilizado, violando todos los principios de humanidad, ordenó a unos prisioneros yaquis cavar unas profundas fosas, de manera que en cada una de ellas cupiera un hombre, sobresaliendo sólo la cabeza, y en ellas mandó enterrar a los yaquis, atados de pies y manos, para que las aves de presa les sacaran en vida los ojos.

Cuando no había suplicio, eran condenados a la horca. En muchos árboles de Sonora se balanceaban macabramente "racimos" de yaquis.

Los yaquis, por su parte, sujetaban también a tormentos inauditos a los prisioneros yoris, fueran o no soldados. Se cuenta de in-

dividuos a quienes se desollaban las plantas de los pies, obligándolos a recorrer grandes distancias por terrenos pedregosos y, aún más, a caminar por encima de los chollales.

Se habla de prisioneros a quienes introducían por el ano colas de cerdo a contrapelo, y otros horrores que causa indignación referir.

Pero el hecho, fuera de toda duda, era la animadversión para los yoris de parte de los yaquis y la desconfianza que alentaba en ellos. No podían vivir juntos. La medida de orden más inocente y más inofensiva de los jefes militares era interpretada, en ese estado de ánimo, como una amenaza y como una agresión por los desconfiados y rencorosos indios.

Obedeciendo a una orden de sus jefes, todos los yaquis se levantaron simultáneamente. En los pueblos donde había fuertes guarniciones, se salieron calladamente para unirse a sus compañeros, y en donde los destacamentos eran pequeños, los aniquilaron, como sucedió en Bácum y en Vícam; saquearon e incendiaron las casas, se llevaron los ganados, arrearon con el cura Beltrán, que se encontraba haciendo su visita en Vícam, y cargaron con las cuatro bellas monjas españolas que radicaban en los dos pueblos mencionados.

Cundió la alarma en todo el Yaqui. Los indios, al firmarse la paz, no habían entregado sus armas, y en dos años habían adquirido muchos rifles 30-30. Formaban un grupo compacto que podía arrasarlo todo.

Desde luego se hicieron toda clase de preparativos para emprender una batida formal contra los sublevados. El general don Lorenzo Torres concentró tropas en todos los puntos que dominaban las salidas de la sierra de Bacatete, donde no había entonces campamentos federales, y en donde se habían establecido los indios.

Con marchas sigilosas de noche, llevadas a cabo con el mayor misterio, aquellas columnas, numerosas y bien pertrechadas, ocuparon simultáneamente los puntos de la sierra por donde podrían

escapar los yaquis. Estos sintieron el cerco formidable. Tenían un magnífico servicio de exploración y no podía permanecer oculto para ellos el movimiento, pero sus columnas, de ordinario ligeras y dotadas de gran movilidad, en aquellos momentos eran pesadas y torpes por el gran número de indios que las componían y por llevar a sus mujeres y niños, con los cuales se encontraban las monjas españolas. Llevaban, además, gran impedimenta, convoyes pesados y numerosos animales. Como se consideraban fuertes y bien armados, decidieron presentar combate formal a las tropas federales que ya los cercaban y cuyas líneas de circunvalación, aunque lentamente, se iban estrechando de día en día.

Abandonaron sus grandes campamentos de Bacatete y de Bacatetito, donde tenían establecidos sus aduares, y se transportaron en masa compacta al cerro del Mazocoba, que les pareció inexpugnable. Inaccesible por la parte acantilada, el ataque por las otras era extremadamente difícil; reforzaron las defensas naturales con grandes trincheras de piedra, escalonadas en las fuertes pendientes, y en la meseta extensa que corona el cerro formaron un gran reducto, en donde colocaron a los ancianos de la tribu, a las mujeres, a los niños y a las monjas y, como prisionero destinado al servicio de subir agua al cerro, al sacerdote español don Fernando Beltrán.

Cuando las tropas se presentaron a la vista del Mazocoba bajo el mando supremo del general Lorenzo Torres, y las columnas de ataque a las órdenes de jefes valientes y experimentados como los coroneles Lauro Cejudo, Agustín García Hernández y Ángel García Peña, los indios estaban listos para la defensa de sus formidables posiciones. El combate fue encarnizado y sangrientísimo. Las tropas federales avanzaron resueltamente y arrollaron trinchera por trinchera, sufriendo grandes bajas; al final llegaron al reducto que defendía la cima, donde se trabó un nuevo combate más enconado que los anteriores, en el que entre el ruido de la fusilería se dejaban oír los gritos de odio de los combatientes yaquis: "¡Éntrenle, pelones!".

"¡Ahora, *huachos* desgraciados!". Los pobres soldados cogidos de leva, enardecidos, gritaban también en aquella lucha fratricida, llamando "mechudos" y "come burros" a sus hermanos los yaquis; mientras que por una parte se oían las chillonas cornetas que tocaban *Avance, Fuego rápido* y *Empeñarse*, por la otra los tamboriles yaquis dejaban oír una zambra endiablada.

Por fin, el número, la mejor organización y el armamento superior de los federales agotaron la resistencia de los yaquis, que fue heroica y desesperada. No sólo los hombres peleaban, también las mujeres lo hacían y hasta los niños. Cuando las hembras no empuñaban un arma, servían con sus cuerpos de parapetos a los hombres, para que estos no murieran y siguieran combatiendo por la libertad de la raza.

Los yaquis que sobrevivieron no podían escapar. Los puntos accesibles estaban ocupados por los federales y la mayoría de los hombres y muchas mujeres, antes que caer prisioneros, prefirieron precipitarse por el cantil hacia el abismo. Allí encontraron la muerte varios centenares de yaquis, cuyos despojos han quedado como una protesta muda ante el heroísmo inútil de las luchas de hermanos.

Las fuerzas federales hicieron un pequeño número de prisioneros, casi todos mujeres y niños de corta edad, y agazapados entre las trincheras, recogieron al cura Beltrán, muerto de miedo, y a las cuatro bellas monjas, todas encintas.

Disgustado con aquella visión de horror, continuamos nuestro camino hacia el campamento de Bacatete, uno de los más importantes, tanto por la abundancia de agua permanente de que está dotado, como por el hecho de ocupar una posición central y dominante en la serranía del mismo nombre, a inmediaciones de los cerros del Zamahuaca y del Gallo, que constituyen las eminencias de mayor altura, y de las mesas muy importantes de la Bachata y de la Gloria.

En el campamento de Bacatete hay grandes estanques sombreados por gigantescas higueras silvestres de fantásticas y caprichosas raíces adventicias. Estos son verdaderos manantiales que reciben las filtraciones de las montañas inmediatas y a los que bastaría hacerles sangrías para obtener corrientes que irrigarían ricos terrenos del valle inmediato.

En el espinazo de una loma está situado el campamento y, en una altura inmediata, un puesto avanzado desde donde los centinelas dominan una gran extensión de la sierra.

Descansé esa noche de las fatigas y emociones de la jornada y al día siguiente, muy temprano, regresamos a Las Guásimas, volviendo a pasar por Tetacombiate con nuestro cortejo de *cortadas* y nuestro acompañamiento de "nacionales", severos, callados, de tez cobriza y de mirada escrutadora, atentos al menor incidente de la marcha, bajándose algunas veces de su caballo, al reconocer un guijarro ligeramente removido del camino, en busca de huellas viejas o frescas, y tomando nota de si las pisadas estampadas sobre la senda eran de huaraches de cuatro puntos o nudos, que pertenecían a soldados federales, o de tres puntos, en cuyo caso pertenecían a los yaquis.[17]

Campaña enteramente inútil, pensaba durante el camino, pues en el valle del Yaqui podían vivir opulentamente y a sus anchas los 2 o 3 mil yaquis que quedaban y 30 mil colonos. Bastaba para ello emplear en obras de irrigación lo que en la famosa campaña se gastaba en el sostenimiento de soldados durante tres años.

[17] Las suelas del huarache o sandalia de los federales dejaban estampados cuatro puntos, dos en la parte anterior y dos en la posterior, porque las correas que los atravesaban para fijarlo al pie eran detenidas por cuatro nudos, mientras que los de los yaquis lo eran tan sólo por tres.

Capítulo XV

Felipe Alvírez.— Un oficial digno y valiente.— Desaparición de mi asistente Soriano.
Un buen sobrestante gratuito.— El desinteresado general Marcos Carrillo.
Las fiestas de mayo en Tórim.— Noviazgo.— Una abnegada compañera.
La obra ratonera del Hospital Militar.— La obra de Pótam.
Una rústica casa, trasunto del paraíso terrenal.— El doctor Terroba y Solares.
Un pagador artista.— Las rarezas de Salvador Alvarado.— Cabeza de ratón.
Don Cayetano Romero, antiguo asistente, constelado de cruces.
El rancho precario y la infusión de hojas de naranjo.— Un corneta pícaro.
Las plazas supuestas.— Las "utilidades" de los jefes de infantería.
Las "comideras".— Los jefes de caballería y el forraje.
Un jefe de regimiento que no quería que sus caballos cargaran.
Los caballos de gordura aparente y fofa.
Una marcha de Oaxaca a Saltillo pie a tierra.— Excelentes condiciones para observar.
La escasez de oficiales procedentes de Chapultepec.
El Colegio Militar es una institución buena, pero exótica.
Medio fatalmente embrutecedor.— Obras para albañiles empíricos.
El calor del río Yaqui, el salpullido y la independencia. El ascenso a capitán.
Los arrastradores de sable y los ujieres presidenciales.

Entre los oficiales del 20º Batallón se encontraba el capitán primero Felipe Alvírez, que había sido alumno del Colegio Militar y que no había conocido antes por haber estado ausente de Las Guásimas, comisionado como comandante del destacamento de San José de Guaymas. Era un hombre de elevadísima estatura, muy fornido y muy rubio, de bigote corto y arriscado, de ojos claros y que gozaba de reputación como valiente, como entendido y como caballero completo. Había formado un hogar casándose con una muchacha sonorense y tenía dos hijos, una niña y un varón, a quienes adoraba. Era

estimadísimo entre los oficiales, pero los jefes no lo tragaban por su carácter independiente, que no transigía con ciertas humillaciones, bajezas e indignidades que otros oficiales consentían en provecho personal de los jefes. Tales eran las de comandar *fajinas* de soldados que se dedicaban al corte de leña en los montes, que era vendida por el jefe del batallón, y las de corte de zacate, que era prensado en aparatos rudimentarios movidos a fuerza de brazo y que requerían del empleo de 10 hombres durante 20 minutos para la confección de una paca. Y si bien es cierto que este forraje se destinaba en gran parte para pastura de las mulas del batallón, también lo es que el presupuesto señalaba una partida para la manutención de estas y que los dineros, en su mayor parte, ingresaban al bolsillo del coronel. Jamás se logró que este valiente y digno oficial desempeñara faenas de esa naturaleza, por completo ajenas al servicio militar.

Las obras del cuartel continuaban lentamente y a veces eran interrumpidas por la necesidad urgente de echar mano de todos los soldados disponibles en la matriz para expedicionar por la sierra o para la persecución de indios que habían cometido alguna fechoría. Entonces, sólo quedaban en Las Guásimas los soldados enfermos y los asistentes de los jefes y oficiales y, en algunas ocasiones, se completaba el efectivo de una columna hasta con los referidos asistentes.

Una vez, con el motivo indicado, se me notificó que mi asistente, el pobre viejo Soriano, el trovador melancólico, me sería retirado para que formara parte de una columna que tenía que expedicionar por la sierra de Bacatete. Ya no volví a ver al viejo Soriano. Este desapareció sin que después se hubiera podido averiguar su suerte. Se trataba de un movimiento combinado en el que la columna que salió de Las Guásimas, de la que formaba parte Soriano, tenía que llegar a un punto determinado a una hora fija para evitar que por allí evadiesen los yaquis la persecución de que eran objeto por parte de otras columnas. El oficial que comandaba, en extremo cumplido, no

quiso llegar con un retraso que hubiera frustrado la combinación, cosa que le hubiese traído responsabilidades. Pero el pobre de Soriano, ya viejo y débil, no podía seguir la fuerza de mocetones vigorosos. Le faltaba el aliento y le fallaban sus piernas y, ante aquel caso, el oficial continuó su marcha dejando rezagado a Soriano, de quien nunca se pudo averiguar ni el paradero ni la suerte que corrió. Perdido en la sierra de Bacatete era imposible que hubiese desertado y es casi seguro que haya sido hecho prisionero por los yaquis, quienes debieron de sacrificarlo como hacían con todos los prisioneros.

Por el mes de abril recibí orden de la Secretaría de Guerra para marchar a Tórim a ejecutar algunos trabajos en el Hospital Militar y para formar un presupuesto para reparaciones en el cuartel Marcos Carrillo, los dos edificios de ese lugar.

Dejé mi obra de Las Guásimas en muy buenas manos, pues el azar me había deparado un sobrestante excelente y gratuito, el coronel Navarro, que era muy aficionado a los trabajos de construcción y que se pasaba todo el día vigilando las labores de los albañiles y de los carpinteros. Tomé la diligencia para Tórim; me alojé en la casa de asistencia de la Goya, en el mismo cuarto que ocupaba el teniente Cantú, y me dediqué de lleno a mis trabajos que, en verdad, eran insignificantes: completar unos tramos de la barda del Hospital Militar que habían sido derribados por un viento huracanado.

Aproveché el tiempo para formar el presupuesto de reparaciones en el cuartel Marcos Carrillo, que tenía esta designación para honrar la memoria del general del mismo nombre, quien, además de poseer muchas virtudes militares, fue verdaderamente benéfico para la región del Yaqui. Fue un jefe paternal con los indios, con los colonos y con los oficiales, y ejecutó con sus soldados algunas obras de importancia como la iniciación del canal de irrigación Marcos Carrillo, sin que mediara en ello el menor provecho para su persona.

Pasé en Tórim los meses de abril y mayo de 1905, muy contento en unión de mis antiguos compañeros de la Comisión Científica. Me tocó presenciar las fiestas de mayo en Tórim, que se inician con las festividades patrióticas para celebrar el triunfo de Zaragoza y que continúan con una serie de festejos: carreras de caballos, partidos de pelota, bailes, serenatas y una feria cuyas barracas de juegos, de refrescos y de comidas, se establecían en el espacio que media entre la plaza principal y el cerro del Monumento. Esta se veía muy concurrida todas las noches por las principales familias del pueblo.

En uno de los bailes conocí a la que después fue mi esposa, una muchacha buena y sencilla con la que he formado un hogar y que ha sido la compañera abnegada de mis pobrezas, de mis dolores y también de mis triunfos; de quien me encuentro alejado en los momentos en que escribo estas líneas en la Ciudad Eterna, hoy, 5 de enero de 1913. Ayer zarpó, en unión de mi padre y de mis tres hijas, de Nueva York, y debe arribar a Nápoles el día 15 del presente.

Terminada la barda del Hospital Militar, marché de nuevo a Las Guásimas y al poco tiempo quedaron concluidos los trabajos. Aquel corredor enorme que había costado una suma insignificante quedó muy bien acabado y se veía hasta airoso con sus pilastras de ladrillo muy bien proporcionadas. Cuando comuniqué a la Secretaría de Guerra la terminación de la obra y mandé planos y hasta fotografías del corredor, esta tuvo la candidez de ordenarme que rindiera un informe de cómo había sido hecha la obra.

Me despedí de todos mis amigos de Las Guásimas y emprendí la marcha a Pótam, donde debería iniciar la construcción de otro corredor semejante al de Las Guásimas, aunque más grande y con la misma limitación de recursos y de facilidades.

Me alojé en una rústica casa que parecía un trasunto del paraíso terrenal. Vivía en ella el médico del 4º Batallón, el doctor Ramón Terroba y Solares, muy joven, estudioso y distinguido, que hacía muy poco había presentado su examen profesional, quien me hizo

atenta invitación para que compartiera su casa, demasiado grande para él solo.

Un pagador aficionado a la horticultura y a la jardinería había construido esta casa que era exquisitamente bella. Había obtenido la cesión de un solar, y con horcones de mezquite y de troncos de la misma madera había construido el esqueleto de la crujía de fachada, que comprendía un zaguán, en el centro, y dos piezas de cada lado de la entrada y, tanto hacia el exterior como al interior, amplios soportales. Entretejió varas resistentes para formar las paredes de las piezas y las techó con carrizos perfectamente alineados, que soportaban un terrado. En el interior construyó una pieza destinada a baño y otra más a cocina y, en el fondo, una pequeña habitación para sirvientes. Esta rústica casa realzaba su belleza con un jardín hermosísimo.

El pagador había cavado un pozo en el centro para obtener agua y lo había rodeado de enredaderas. En el jardín había frutales y plantas de todas clases, estando cubierto la mayor parte de él con un emparrado en que rivalizaban las mejores especies de vides.

Cuando las uvas moscatel estuvieron maduras, dediqué las primeras a mi novia, que residía con su familia en un lugar intermedio entre Pótam y Tórim. En una cesta coloqué cuidadosamente los grandes y bellos racimos y los cubrí con flores cogidas también de aquel jardín, e hice un atento envío.

En Pótam conocí, entre otros, a un tipo raro que tenía una pequeña farmacia, tan pequeña que todas las drogas que contenía apenas si valdrían en total unos 100 pesos. Se llamaba Salvador Alvarado, hijo de un comerciante del mismo pueblo. Me visitaba con frecuencia y me pidió le facilitara casi todos los libros de mi pequeña biblioteca. No era culto pero tenía grandísimo empeño en instruirse; alguna vez me manifestó que estaba aprendiendo inglés con la sola lectura de periódicos escritos en ese idioma. Era un moralista. Siempre censuraba a los jóvenes que concurrían a las taber-

nas en lugar de dedicar su tiempo al estudio. A los seis meses pude observar, no sin cierta sorpresa, que ya hablaba y entendía perfectamente el inglés.

Yo estaba en Sonora en condiciones magníficas para observar y para estudiar. Tenía comisiones de pequeña importancia, obras intrínsecamente insignificantes que sólo constituían una excelente práctica para vencer dificultades y para acabar de formar mi carácter, pero lo que más me agradaba era la independencia. No tenía superiores inmediatos que me molestasen. Llenaba la función del comandante de Ingenieros de la 1ª Zona y, aunque no tenía subordinados a mis órdenes, nadie en Sonora me mandaba directamente. Era una especie de "cabeza de ratón" y sólo mantenía relaciones de mera cortesía con los jefes y oficiales de los cuerpos militares. Visitar todos los días los cuarteles me proporcionaba facilidades para observar el conjunto de la vida militar, sus incidentes y aun sus pequeñas miserias.

Conocí y traté al teniente coronel Romero, jefe de unos 45 años de edad y que, no obstante ello, ostentaba más de seis condecoraciones de la Guerra de Intervención. Los oficiales, que en general no lo estimaban, afirmaban maliciosamente que Romero había sido asistente de un viejo soldado muy ameritado que se llamaba Cayetano Romero; que este murió alejado de su familia; que el asistente se apoderó de todos los papeles y, transcurridos algunos años, cuando se hizo un reajuste en la oficialidad del ejército, el antiguo asistente cambió su nombre original por el de Cayetano Romero e hizo valer los papeles de que era poseedor y que de esta manera logró que le reconocieran su empleo de capitán primero.

Tal vez esta versión no haya sido exacta, pero el hecho es que Romero era de una ignorancia supina; apenas si sabía leer y escribir y su moralidad dejaba mucho que desear. Era altanero y grosero con los oficiales y un verdadero tirano con la tropa. Cuando murió el coronel Luis G. Alzúa, jefe del 4º Batallón, y Romero tomó el cargo

accidental de este, aprovechó la oportunidad sacando, como vulgarmente se dice, “la tripa de mal año”.

Durante su jefatura interina, el cuartel no se alumbraba en las noches y los soldados andaban con camisas de manta que se habían tornado negras por la suciedad. Romero se embolsaba todo el dinero del fondo llamado de “gasto común”; los dineros que debían gastarse en petróleo y en jabón entraban íntegros a sus bolsillos. El “rancho”, en los cuatro meses de la jefatura de don Cayetano, fue infame, haciendo dar a los soldados en las mañanas una infusión de hojas de naranjo que, decía él, contenía mucho fierro y era muy digestiva.

En cierta ocasión me tocó presenciar una escena que puede dar idea de la vida de cuartel en aquellos tiempos. Es sabido que los soldados de banda son los más viciosos, los más indisciplinados, los más faltistas y los más pícaros en todos los cuerpos; un corneta se embriagó y esta falta había ameritado su detención en el calabozo. Ya se habían evaporado a medias los humos del alcohol, cuando pasó por la puerta del calabozo el teniente coronel, a quien acompañaba yo en esos momentos, y el corneta, suplicante, gritó:

—Mi teniente coronel, por favor, una palabra.

—¿Qué quieres? —dijo el teniente coronel, acercándose.

—Nomás para decirle —repuso el corneta, agarrándose fuertemente a los barrotes— que los enemigos del alma son tres nada más, pero los enemigos de mi prestigio son más de 1,000 y usted es el principal.

Romero se retiró de aquel lugar ebrio de ira y conferenció con el capitán del cuartel. Después supe que había ordenado le diesen cincuenta azotes al infeliz corneta.

Entre los oficiales había un teniente salido de Chapultepec, Fernando Hernández Carbajal, muy correcto y cumplido, que sufría lo indecible con aquellos jefes, con aquellos camaradas y con la tropa.

Al triunfo de la Revolución Maderista se habló mucho de grandes inmoralidades en el ejército y, entre otras cosas, se ha aseverado que al estallar la revolución los presupuestos consignaban efectivos de 25 mil soldados, cuando sólo existían realmente 17 mil plazas, y que los jefes se robaban los haberes de las 8 mil restantes. Debo hacer constar que esto es inexacto. Por lo que yo vi, como espectador imparcial, puedo asegurar que no existían en el ejército plazas supuestas o de *aviadores*, como se llamó a estas después. Las revistas de comisario o de administración, en las que intervenían empleados de Hacienda, eran bastante estrictas y se pasaban mensualmente.

Los robos de los jefes consistían en escatimar el "rancho" en los cuerpos de infantería. En Sonora se descontaban 15 centavos diarios del haber del soldado, que era de 40, para destinarlos al "rancho" y, según mis cálculos, los jefes gastaban alrededor de 10 centavos por plaza, quedándoles una "utilidad" de cinco centavos por cabeza. Los jefes de infantería hacían pastar en el campo las 38 acémilas de cada batallón y gastaban solamente una mínima porción de los 40 centavos diarios que, para forraje de cada mula, asignaba el presupuesto. Tenían, además, otro ingreso que se llamaba "plaza", consistente en el cobro de una cantidad diaria a cada "comidera", como eran llamadas las mujeres que entraban diariamente al cuartel y establecían en los patios mercados de fiambres y de golosinas que vendían a los soldados, con lo que estos completaban el precario "rancho". Algunos otros, muy contados, de guarnición en lugares lejanos, empleaban a los soldados en trabajos que los beneficiaban personalmente, tales como construcción de casas, levantamiento de cosechas y corte de leña.

Pero entre los jefes había excepciones honrosísimas y, entre muchas otras, puedo citar al coronel Martín L. Guzmán, jefe del 3er Batallón; al coronel Manuel M. Plata, jefe del Batallón de Zapadores,

y al coronel José González Salas, jefe del 2º Batallón, que nunca se robaron los haberes de sus soldados.

Los jefes de caballería negociaban con el forraje de los caballos y, en general, eran más lucrativos estos mandos que los de infantería. Había por cada regimiento un poco menos de 500 caballos.

Recuerdo que cuando estudiaba segundo año en el Colegio Militar, nuestro profesor de Caballería, el capitán Iturbide, después de darnos algunas clases de equitación en el picadero, nos sacaba al campo de instrucción montados en los caballos del Colegio para ejercitarnos en la escuela de sección, pues nuestra antigüedad contaba con 52 alumnos y la dotación de caballos era de 40; pero ya a la mitad del año, la Secretaría de Guerra ponía a disposición del Colegio Militar un regimiento, escogiendo generalmente al que se encontraba de guarnición en Tacubaya, para que los alumnos hiciéramos práctica de mando.

Guiados por Burrantino, nos dirigíamos, formados, en las primeras horas de la mañana, a la llanura que sin solución de continuidad se extendía entonces entre San Pedro de los Pinos y Mixcoac y que formaba parte de la hacienda de Nápoles. Allí esperaba el regimiento completo, formado en línea desplegada, los soldados con los sables al hombro y los caballos piafando impacientes. El jefe del regimiento mandaba a su trompeta de órdenes tocar *Llamada de oficiales* y todos los pertenecientes al regimiento abandonaban sus colocaciones y se agrupaban en torno del coronel.

El capitán Iturbide asignaba entonces mandos a los alumnos, que se cambiaban por turnos regulares. Un cadete mandaría durante 20 minutos y se colocaría como coronel. Otro tomaría la colocación del teniente coronel y otro más la de mayor; uno sería el capitán ayudante y cuatro comandarían los cuatro escuadrones, y así sucesivamente con los puestos de capitanes segundos, tenientes y subtenientes.

El improvisado jefe del regimiento, parándose sobre los estribos, daba sus voces de mando y lo hacía evolucionar, marchando por cuatro, por pelotones, por secciones y por escuadrones, para tornar luego a la línea desplegada. El primer día cubrí dos turnos, uno de teniente y otro de capitán comandante de escuadrón, pero estaba ansioso de que me llegara el turno de coronel, pues tenía enormes deseos de comandar una carga.

Al fin, al cuarto día de instrucción, llegó el momento anhelado. Hice evolucionar al regimiento por breves momentos, lo hice tornar a la línea desplegada colocándolo en esa formación en uno de los extremos del campo, y después de hacerlo marchar por breves momentos "Al paso", mandé "Al trote", y luego de un enérgico "Prepárense para cargar", con voz de trueno ordené: "¡Carguen!". Yo, al frente de aquel regimiento, iba radiante de gozo; todos los caballos a escape, conservando muy bien su formación, y cuando más admiraba aquel bello movimiento, aquella avalancha de caballos, de hombres y de sables que parecía aplastarlo todo, como un rayo se puso a mi lado el coronel y, furioso, mandó hacer alto, deshaciéndose la línea por la brusca parada. Lleno de indignación, como si hubiese cometido el mayor de los sacrilegios, me increpó por haber mandado una carga.

Yo no me daba cuenta de la enormidad de mi falta y no fue hasta mucho tiempo después cuando inquirí el motivo de la indignación de aquel coronel. Este, como muchos otros jefes de regimiento, se daban miles de habilidades y mañas para mantener a sus caballos gordos y con la piel lustrosa al menor costo posible. Con este fin aumentaban desproporcionadamente la provisión de paja y disminuían hasta dosis homeopáticas la de grano, o la suprimían del todo, y para que los caballos conservaran su gordura aparente y fofa les evitaban todas las fatigas, especialmente los aires rápidos que daban al traste con aquella buena presentación artificial. Hasta entonces me expliqué la indignación del coronel.

Algunos años después, un regimiento que estaba de guarnición en Oaxaca fue trasladado a Saltillo. Hizo el viaje por tierra a jornadas cortísimas. El coronel mandaba desmontar a los soldados y estos marchaban pie a tierra llevando a sus caballos del diestro.

Por supuesto que estos caballos de parada sólo podían servir como exhibición en las formaciones del Cinco de Mayo y del Dieciséis de Septiembre, y era de esperarse que, en una campaña en que tuvieran que desempeñar servicios pesados de marchas y de exploración, después de ocho días quedarían inútiles.

Había también jefes de regimiento que constituían honrosas excepciones y que no se aprovechaban del forraje de la caballada, pero estos eran muy pocos.

En aquel ejército que yo podía observar de cerca, en aquellos batallones cuyo funcionamiento podía apreciar hasta en sus menores detalles, sin prejuicios, sin prevenciones, sin pasión, puesto que no pertenecía a ellos y sus jefes no me molestaban en nada ni me otorgaban recompensas, pude apreciar que su valor bélico era nulo y que la vida de los oficiales medianamente educados era un verdadero infierno.

Por eso, quizás, casi no se encontraban en ninguna parte oficiales graduados en Chapultepec; eran contadísimos, y los pocos que había estaban desesperados por encontrar una salida. El Colegio Militar producía anualmente una buena hornada de oficiales de infantería y de caballería, pero estos se diluían entre los 28 batallones, los cuatro cuadros de batallón, los 14 regimientos de caballería y los dos cuadros de regimiento de que se componía entonces el ejército; su influencia era imperceptible, por no decir nula, en aquel medio tan hostil y tan inadecuado para ellos.

La mayor parte, apenas cumplidos los tres años de servicio a que estaban comprometidos, abandonaban las filas pidiendo su licencia absoluta y se dedicaban a otras actividades.

Entonces me convencí de que el Colegio Militar era una institución muy buena, pero completamente exótica en México. Preparaba oficiales para un ejército que estuviera comandado por jefes instruidos y honorables y por oficiales educados, y formado con verdaderos soldados que consideraran su servicio militar como un honor, como la preparación indispensable de todo buen ciudadano para aprestarse a defender el suelo patrio en caso de invasión extranjera. En lugar de esto, los jóvenes oficiales salidos de Chapultepec encontraban jefes ignorantes y a veces rapaces, oficiales que eran la quintaesencia de los vicios y de la majadería y soldados que eran o antiguos presidiarios sacados de las cárceles o indios tomados de leva por inhumanos caciques, que asechaban el menor descuido de los oficiales para desertar, recuperando la libertad que, justa o injustamente, les había sido arrebatada. En vez de comandar soldados orgullosos y dignos, se convertían en guardianes de presidiarios y en víctimas de la voracidad y de la ignorancia de jefes incultos e inmorales.

Yo, que desde niño había sido huraño, aficionado a la soledad y orgulloso de mi independencia a la que amaba y buscaba siempre solícitamente, sentía que el medio era terrible y fatalmente embrutecedor para los que estaban sujetos a aquella disciplina, en la que no gobernaba la impersonalidad soberana de la ley traducida en mandamientos inviolables sino el capricho de jefes casi analfabetas. Qué diferencia entre la honradez, moralidad y culto del honor y del cumplimiento del deber que imperaban en Chapultepec, y las inmundicias, raterías y miserias que reinaban en casi todos los batallones y regimientos del ejército.

A mediados de 1905 recibí noticia de mi ascenso a capitán segundo de ingenieros y esto me consoló un poco en mis tristes reflexiones sobre mi porvenir. Aislado, construyendo obras mezquinas con miles de dificultades por falta de medios, me preguntaba: ¿Para qué

nos habían enseñado en el Colegio Militar matemáticas superiores y a construir caminos, canales, obras en los puertos y la manera de levantar fortificaciones modernas con cúpulas de elipse de acero y cemento armado, si al salir del Colegio se empleaba esa preparación y los conocimientos de los oficiales técnicos educados a la europea, con un plan de estudios que rivalizaba con el de la Politécnica de Francia, en la construcción de muros de adobe que podía levantar el más empírico albañil de tres al cuarto?

Soportando el calor del río Yaqui, que a veces llegaba a 42º Celsius a la sombra, resistiendo aquellas oleadas de aire caliente que asfixiaban, con todo el cuerpo cubierto de salpullido y 96 pesos mensuales de sueldo, me consideraba, a pesar de todo, feliz, y sentía compensados todos los males y todos los sacrificios con la independencia casi absoluta que disfrutaba. En Chapultepec me llamaban "El Anarquista", precisamente porque era intransigente con todo lo que implicara servilismo, humillación o bajeza, y porque, ya sea por egoísmo, por maldad o por eclecticismo, procuré siempre no ligarme a nadie, no inclinarme nunca ante ningún dogma y rechazar todos los yugos.

En Sonora, con mi feroz independencia, no envidiaba a mis compañeros que tranquilamente arrastraban el sable por las avenidas principales de la metrópoli y, en cambio, estaban sujetos a los caprichos de algún jefe ignorantón y mal educado o hacían servicios de ujieres y hasta de lacayos en las antesalas presidenciales.

En las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde visitaba concienzudamente los trabajos de construcción, señalaba tareas y hacía indicaciones y trazos. El resto del día lo dedicaba al estudio en aquel jardín encantado, reservando algún tiempo para podar personalmente algunas plantas, librarlas de la maleza y hasta regarlas. Hacía excursiones solitarias en las riberas del Yaqui, admi-

rando aquella corriente llena de limo que iba a desaguar al mar Bermejo y seguía con el pensamiento el trayecto de uno de aquellos filetes líquidos transportados por el viento y por las ondas.

Pero ya desde entonces había tomado la decisión de abandonar la carrera de las armas al cumplir los siete años de servicio, que vencerían el 7 de diciembre de 1910.

Capítulo XVI

El "pango" de Chumampaco.— Oficiales convertidos en mercaderes y taberneros.
El Júvani y Bácum.— El coronel Velasco.— Tranquilidad varsoviana.
Yaquis mansos y yaquis alzados.— Precaria condición de los peones.
Las tiendas de raya.— La descarada esclavitud.— Procedimientos de los alzados.
El río sagrado. "Pascolas". — La lengua cahita.— Los nacionales.
Efectivos de los cuerpos.— El asalto a Estación Lencho.
Deportaciones en masa a Yucatán.— Cosas que odiaban los yaquis.
Campaña tonta e inútil.— La situación de los colonos.
Cualidades de los sonorenses.— Modismos.
El coronel González Salas y el general Bule.
Bondad y honradez de González Salas.— Encuentro caballeresco.
Interposición de Izábal.— Las chifladuras de Izábal.— Las tres batallas de Izábal.
Un capitán ignorante y listo.— Los partes oficiales de Medina Barrón.
El premio de los aduladores.
La huelga de Cananea. Emboscada tendida a los yaquis.
Un ejército sin jefes, sin oficiales, sin soldados y sin servicios.
Los viejos "macheteros" en el alto mando.— Decepción.— Regreso a la metrópoli.

Regresé a Tórim a atender mis trabajos y, tras breve estancia, me dirigí a Bácum, lugar situado a 20 kilómetros del anterior. Hice el recorrido a caballo, siguiendo el camino de la margen derecha del Yaqui, hasta llegar frente a Chumampaco, en donde se atravesaba el río por un vado durante tres meses del año y, los restantes, valiéndose de una gran barcaza que tenía capacidad para soportar un carro con sus tiros, y que era maniobrada por un grupo de 10 soldados por medio de un resistente cable de acero suspendido de fuertes potencias instaladas en las orillas.

El río se encajona en aquel lugar y corre por entre altos paredones de arcilla roja que han sido rebajados para dar paso a los carros. De un lado y otro esperaban su turno para pasar más de 20 carros, pues este era el camino carretero entre Álamos y Guaymas y, además, comunicaba a muchos pueblos del Yaqui con los del Mayo.

Las barracas del destacamento, unos simples jacales, estaban situadas en la margen izquierda y allí el comandante, además de cobrar el derecho de peaje, que era de un peso con cincuenta centavos por cada carro, de 25 centavos por cada caballo y de 10 centavos por cada peatón, atendía su "fayuca", un pequeño comercio en que se expendía "panocha", azúcar, café, maíz, harina, sal, tasajo, cerveza, refrescos, tequila y "chicote". Los consumidores no eran los soldados solamente, lo eran también los conductores de los carros que esperaban les llegase su turno para pasar, pues muchos tenían que permanecer en aquel lugar hasta dos días, por ser la maniobra del "pango" excesivamente lenta y requerir un gran esfuerzo muscular de parte de los soldados del destacamento.

A mí me molestó bastante observar aquel señor oficial, que era un teniente, dedicado a la tarea de cobrar derechos de peaje y convertido en mercader y tabernero. Inquirí el origen del "pango" y me informaron que había sido establecido por el Cuartel General, para facilitar las comunicaciones entre las poblaciones de las dos márgenes del río y los movimientos militares, pero que luego degeneró en una empresa comercial y que las recaudaciones constituían una renta de cerca de 600 pesos mensuales que era entregada al general Luis E. Torres. Pero también me dijeron que existió un teniente del 12º Batallón llamado Librado García, un hombre de edad madura, muy rudo, que había ascendido desde soldado y a quien le decían sus compañeros "Libra de Jarcia", porque escribía su apellido con jota, que fue nombrado jefe de este destacamento y que se embolsaba la mayor parte de los dineros, adoptando, para la partición entre él y el jefe de la zona, el procedimiento de echar en una vasija

llena de agua las monedas cobradas, enviando al general Torres únicamente las que flotaban.

Seguí a caballo pasando por El Júvani, un terreno que era propiedad de la Secretaría de Guerra y que había sido convertido en una estancia de ganado menor por el coronel José Refugio Velasco, jefe del 19º Batallón, que guarnecía Bácum. Allí pastaban rebaños de cabras y carneros al cuidado de soldados del destacamento.

Llegué a Bácum, entonces el pueblo más floreciente del río Yaqui por ser el que poseía mayor cantidad de tierras dotadas de irrigación y, por ende, el que producía más abundantes cosechas. Tenía el mismo trazado moderno y regular que Tórim y el cuartel ocupaba una manzana entera, que se destacaba entre las demás casas por sus altos muros de adobe sin aplanado. El coronel Velasco era muy apreciado por sus subalternos.

Regresé a Tórim a los dos días, después de haber formado un presupuesto para reparar y terminar el cuartel de Bácum, y ya desde entonces hasta mi salida de Sonora me dediqué a activar los trabajos del cuartel y del hospital de Tórim, pues había recibido una carta del ingeniero Canseco, mi antiguo jefe en Monterrey, quien me participaba que había sido ascendido y nombrado subjefe del Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra, y me invitaba a acabar pronto mis trabajos para que me marchase a México a prestar mis servicios en la Sección Técnica de ese departamento.

Me pasaba buena parte del día visitando los trabajos, sobre todo un taller que había instalado en la parte occidental del pueblo, en donde unos yaquis fabricaban ladrillos y los quemaban en un horno mandado hacer por mí, pues de la celeridad de estos trabajos dependía la pronta terminación de las obras que tenía encomendadas.

El tiempo que me restaba libre lo ocupaba en hacer paseos solitarios por los alrededores de Tórim, en conversar con los yaquis que habitaban en la extremidad occidental de la población —los yaquis mansos, o dados de paz, se entiende— y en meditar sobre

los problemas que encerraba la añeja y odiosa cuestión del Yaqui. De paso estudiaba las costumbres y hábitos de los pobladores, yaquis y no yaquis.

Reinaba una tranquilidad absoluta, interrumpida de cuando en cuando por la alarma producida por algún asalto en lugares cercanos a Tórim y por la conducción de las víctimas, personas conocidas y trabajadoras que habían sucumbido en alguna emboscada a manos de los yaquis.

Los yaquis se clasificaban entonces en dos categorías: alzados y mansos. Los primeros, en partidas poco numerosas, merodeaban por la sierra de Bacatete y en ocasiones llevaban sus incursiones hasta las márgenes del Yaqui, haciéndolas llegar hasta las cercanías de Guaymas y muchas veces hacia el norte del estado. Los mansos habitaban los pueblos o eran peones en las haciendas. La parte de Tórim ocupada por las cabañas de los indios se llamaba la Ranchería y también se le designaba con el nombre de Yucatán.

Los que vivían en las poblaciones se ocupaban en tejer esteras de carrizo, en hacer sillas de madera tosca con asientos de tule, en el acarreo de agua que transportaban desde el río a lomo de burro en unas alforjas de lona, en la siembra de pequeñas parcelas de tierra, en la manufactura de adobes y ladrillos, en el corte de leña y como jornaleros en los trabajos de construcción.

Eran excelentes trabajadores, de una resistencia excepcional y muy altivos en sus relaciones con los yoris, a quienes veían con gran desconfianza. Casi todos usaban ropa azul de mezclilla. Las mujeres, entre las que había muchas lavanderas, eran gallardas y frondosas; casi todas eran bastante limpias y se engalanaban con muchas cuentas de colores y listones de tonos chillantes. Los yaquis que trabajaban conmigo me tendían sus manos encallecidas y ninguno de ellos se descubría cuando hablaba con un yori.

Los peones de las haciendas eran en su mayoría yaquis y se les prefería sobre los yoris. Eran robustos y todos altos, presentando un

marcado contraste con los indios de otras tribus o razas que abundaban en los batallones de línea. En el 12º Batallón, que antes de ir a Sonora había estado en Chiapas, se encontraban muchos chamulas que parecían enanos junto a los yaquis.

La condición de los peones era muy mala y tenía que engendrar entre ellos el descontento. Los hacendados les pagaban ocho pesos mensuales y una ración de un almud de maíz cada semana, y por este salario, que con la ración llegaba a 10 pesos al mes, les exigían un trabajo abrumador que duraba de sol a sol. Esa cantidad no podía bastarles para su alimentación y vestuario y la situación se agravaba si los peones tenían familia.

Además, en cada hacienda había una tienda de raya, en donde se les liquidaban sus salarios en géneros y mercancías a los que el patrón ponía el precio que le venía en gana. Casi todos los peones debían grandes cantidades de dinero a los amos, pues algunos tenían anotadas en sus libretas deudas que, por término medio, eran de 200 pesos —los jornales de 25 meses de trabajo—, algunas pasaban de 500 y otras ascendían hasta a 1,000.

Esta era una iniquidad sin nombre que, a no dudarlo, contribuía en gran escala a mantener y a avivar aquella guerra sin cuartel. La injusticia se agravaba con el hecho de que las deudas se transmitían de hacendado a hacendado, es decir, cuando un peón abandonaba el trabajo de un amo para tomar el de otro, este último tenía que pagar al primero la cantidad que adeudaba el peón.

Esta esclavitud odiosa no sólo era tolerada por las autoridades sino sancionada por ellas, pues cuando un peón huía de una hacienda sin pagar, era aprehendido y sentenciado. Yo no sé a punto fijo de qué triquiñuelas se valían los jueces para fundar sus detenciones y sentencias, pero el hecho es que estas arbitrariedades prevalecieron muchos años.

Los yaquis alzados por los años de 1906 y 1907 eran poco numerosos. Es difícil precisar el número, pero indudablemente no

pasaban de 500. Ya no presentaban combates como el sangrientísimo de Mazocoba, en que fueron aniquilados. Fraccionados en pequeñas partidas de 10 a 20 hombres, dotadas de gran movilidad, esquivaban los encuentros con las fuerzas federales y sólo se hacían sentir por los robos de ganado, principalmente de caballos, no para montarlos sino para comer su carne, a la que eran muy afectos, prefiriéndola a la de res, porque tenían la creencia muy arraigada que la carne de caballo no producía sed en las largas y fatigosas marchas.

Los yaquis no eran jinetes. Nunca utilizaban caballos en sus marchas, y a pie hacían jornadas increíbles. Eran excelentes infantes y todos estaban armados con carabinas americanas 30-30.

Cuando eran sorprendidos por alguna fuerza, disparaban precipitadamente sus armas sin causar el menor daño a sus atacantes. Luego huían dispersándose por los vericuetos de la sierra o por entre los espesos bosques de mezquite o por los carrizales enmarañados y tupidos de la orilla del río.

Se proveían de armas y cartuchos en Arizona, en donde había muchos indios de su misma raza ocupados en los trabajos de construcción y reparación de vías férreas y en las minas. Se aseguraba también que estaban en constante comunicación y hasta en connivencia con los indios de los pueblos y de las haciendas, quienes les proporcionaban auxilio e informaciones. Hasta se llegaba a decir que los hacendados tenían perfecto conocimiento de esta complicidad, pero que, temerosos de provocar el odio o la venganza de los yaquis y de perder a sus peones, que en Sonora eran escasos, y la cantidad que estos les adeudaban, fingían ignorar tales manejos y se abstenían de dar parte a las autoridades militares.

Los yaquis conservaban muchas de sus antiguas costumbres. Las doncellas se casaban muy jóvenes y no era raro ver matrimonios en que la esposa contaba apenas con 12 años. Enterraban a sus

muertos con gran pompa y junto al cuerpo colocaban vasijas con alimentos que deberían servirles para el último viaje.

Su religión constituía un complicado paganismo. Tenían sus santos, pero su principal devoción era a San Juan Bautista, a quien consideraban como el espíritu de su río, que era verdaderamente sagrado para ellos, siendo uno de los ritos imprescindibles de su religión el acto de bañarse en el Yaqui el día 24 de junio. Los pacíficos lo hacían en masa y con grandes fiestas en las que celebraban sus *pascolas*, que duraban hasta 24 horas. Después del baño de ritual, en las primeras horas de la mañana, se dirigían a los barrios que ocupaban y allí daba comienzo la *pascola*, danza en que tomaba parte la mayoría y que se prolongaba por muchas horas entre trago y trago de *tesgüino* y de "chicote" y comida de enormes cazuelas de *huacabaque*, especie de cocido de carne de res o de caballo, aderezado con maíz y con frijoles.

Todos los danzantes estaban provistos de *tenábaris*, largas sartas de cascabeles enrolladas en las desnudas piernas. Al son del tamboril, a veces acompañado de un arpa, se emprendía una danza frenética en la que se intercalaban representaciones rudimentarias, tales como la caza del diablo, la persecución del venado y los espantos de los hechiceros.

Los alzados recorrían grandes distancias para llegar al río y, para hacer su marcha más segura, efectuaban una concentración. A ello se debía que en la víspera del día 24 de junio y en las fechas anteriores y posteriores se registraban asaltos sangrientos, dejando rastro de su paso con un gran número de reses "carneadas", cuyos despojos eran señalados por parvadas de buitres.

Casi todos los indios, además de su idioma, hablaban bastante bien el español y algunos de ellos, que habían estado en Arizona, hablaban el inglés, lengua que se les facilitaba mucho porque su construcción gramatical se asemeja a la del yaqui y, además, en la lengua cahita se antepone siempre el adjetivo al substantivo.

Algunos yaquis se habían alistado en la Guardia Nacional de Sonora. Esta guardia comprendía cuatro compañías de un efectivo real de unos 50 soldados cada una. La mayoría de sus componentes eran yaquis, y hasta entre sus oficiales se contaban muchos individuos de esta raza. Había también indios pimas, pero predominaban los yaquis.

Los "nacionales" eran muy buenos soldados. Desde luego eran voluntarios y ganaban un peso diario y estas circunstancias los hacían muy superiores a los soldados de línea. Además eran hombres robustos nacidos en el campo, que habían vivido en contacto con la naturaleza, conocían muy bien el terreno y eran muy sobrios e incansables. Una pequeña partida de "nacionales" acompañaba siempre a las columnas federales en sus expediciones y constituían los ojos y los nervios de los pobres soldados enclenques, mal alimentados, llevados por fuerza a combatir.

En aquella época se encontraban en Sonora cinco batallones de infantería: 2º, 3º, 6º, 19º y 20º, y un Regimiento de Caballería, el 13º. Considerando los efectivos teóricos de los cuerpos de infantería en 600 plazas, el total de infantes debería haber sido de 3 mil soldados, más los 400 del regimiento de caballería. Pero los efectivos reales no pasaban de la mitad, por las causas que he señalado antes.

Estos 1,800 hombres tenían que combatir, junto con los 200 de la Guardia Nacional y unos 300 rurales, a cerca de 500 alzados dotados de gran movilidad, y proteger, al mismo tiempo, un gran número de poblaciones. Ya en la época a que me refiero no se registraban combates, pues los yaquis los esquivaban siempre con gran habilidad y, en cambio, se anotaban con frecuencia asaltos a indefensos caminantes o a pueblos donde no había soldados.

En diciembre de 1906, los yaquis llevaron su audacia hasta el grado de que en pleno día asaltaron a los contados habitantes de la Estación Lencho, sobre la línea del Sud-Pacífico, situada a cuatro kilómetros de Tórim, Cuartel General de la 1ª Zona Militar. Los dis-

paros se oyeron hasta la población y aunque se formó rápidamente una columna para atacarlos, cuando esta llegó, los yaquis huyeron dispersándose por la inmediata serranía de Bacatete; sólo encontraron los soldados el edificio de la estación y las casas ardiendo y a cinco o seis muertos. Una muchacha que vivía allí fue raptada.

Esta campaña, llevada en la forma en que se hacía, no terminaría nunca. Soldados forzados que militaban en las filas del ejército no estaban capacitados para perseguir a los yaquis, que se dispersaban a voluntad. Esta constituía su principal táctica, pues sabían que los soldados cogidos de leva no podían hacer lo mismo. En cambio, los "nacionales" sí eran temibles para ellos, pero su número era muy limitado y la mayor parte eran vaqueros del general don Lorenzo Torres, uno de los principales ganaderos de Sonora.

Con motivo del asalto de los yaquis a Estación Lencho, se recrudeció la persecución a los yaquis "pacíficos" que trabajaban ya en los pueblos del río Yaqui o como peones en las haciendas. Grandes masas de indios, hombres, mujeres y niños, eran llevadas a Guaymas, embarcadas allí en mercantes o en transportes de guerra y conducidas a Manzanillo, desde donde atravesaban la República hasta Veracruz, para ser embarcadas de nuevo en este puerto con destino a las plantaciones henequeneras de Yucatán. De esta manera fueron deportados más de 1,500 yaquis y esto constituyó un terrible castigo para ellos, al que temían más que a la muerte misma; dándose muchos casos de hombres y mujeres que en la bahía de Guaymas se arrojaban al mar desde los puentes de los barcos. Preferían la muerte a la deportación.

Entre los deportados en la primera remesa, se contaban tres trabajadores que tenía empleados en mis obras. Sus familiares me rogaron intercediera por ellos con el general Torres. Con muchos trabajos logré obtener las órdenes para que fueran conducidos de nuevo a Sonora, y cuando llegaron a las vegas de su río, estaban felices después de haber permanecido un año en Yucatán.

A preguntas especiales mías, me manifestaron que ellos no podían vivir lejos del Yaqui, al que tenían que cuidar y defender porque así se los mandaban sus santos, sus mayores y sus difuntos. Que en Yucatán había tres cosas que les habían repugnado sobremanera: que tenían que besar la mano a los patrones, que cuando no terminaban sus tareas eran azotados y que no había río en donde bañarse.

Estos detalles pintan la psicología de esta raza fuerte, altiva e indomable, que, si se emplearan otros métodos, podría ser feliz en su rico y feraz valle al lado de colonos que no trataran de explotarlos como bestias de carga, haciendo productiva una región que es susceptible de un desarrollo enorme. En lugar de adoptar una inteligente política de atracción, de darles los medios para que trabajen, de guiarlos y ayudarlos desinteresadamente, de emplear en obras de irrigación el dinero que se malgasta en soldados inútiles y en cartuchos fratricidas, se lleva adelante una campaña imbécil que sólo beneficia a unos cuantos explotadores sin conciencia y a algunos jefes rateros. La campaña del Yaqui es un verdadero crimen de lesa civilización, que está aniquilando lentamente a una raza prolífica y enérgica, únicos aborígenes no degenerados, sin que con este sacrificio se haya beneficiado en nada aquella rica región.

La situación de los pocos colonos avecindados en el Yaqui, a pesar de la gran riqueza de las tierras, es bastante precaria. Tienen que luchar con la falta de comunicaciones y de mercados para sus productos y arrostrar continuos peligros. Aislados en sus pequeñas granjas, están expuestos a los asaltos de los yaquis, quienes han dado muerte a muchos de ellos, saqueando sus humildes casas y llevándose todos sus animales y semillas. Es decir, arruinándolos por completo, cuando han podido salvar sus vidas y las de sus familiares.

Son todos hombres enérgicos y buenos. Algunos han sufrido más de 10 asaltos y continúan pegados a sus tierras con tesón. ¿Por qué no habrían de disfrutar juntos, yaquis y yoris, en perfecta paz y

armonía la riqueza de estas tierras privilegiadas, sumando sus esfuerzos en beneficio propio y en bien de la nación?

Estos sonorenses, como todos los del resto del estado, son francos, sencillos, abiertos y nobles. Son buenos y leales. Recibí de ellos durante mi estancia en Sonora atenciones sin cuento y conservaré siempre para esa tierra y para esa gente un gran amor y gratitud eterna.

Usan en su conversación una infinidad de modismos, buena parte de los cuales provienen del yaqui. Además de muchos *pues*, con que salpimentan su conversación, anteponen los artículos *el* y *la* a los nombres de las personas, sin que esto se considere despectivo, pues se usa hasta en boca de personas bien educadas y para designar a gentes de buena posición social. Así, se dice: la María, la Laura, la Eloísa.

Recién llegado un sonorense con quien tenía amistad, me preguntó en cierta ocasión: ¿Qué la Rosario de Vargas es aquella *huila cacaruña* que *carga* las *naguas pochis*?

Yo todavía no conocía los modismos sonorenses y me quedé en ayunas, pero después supe que *huila* es flaca, *cacaruña* es cacariza, *cargar* es sinónimo de llevar, portar; *naguas* por faldas, enaguas, y *pochis*, cortas.

Después supe también que se empleaba la palabra *cahita* como negación y para indicar que no había acontecido una cosa o para expresar la carencia de otras; la palabra yori que es yaqui, y que significa blanco, se ha generalizado para designar genéricamente a todos los que no son yaquis, aun cuando estos sean más morenos que los mismos indios; los desmolados y aquellos a quienes les faltan los dientes les dicen *huabesi;* a los torcidos del cuello les llaman *coltis;* al que anda apasionado por una muchacha o se le nota distraído, se le dice *lurio*; a las canicas se les llama *catotas* y a las hormigas *mochomos*.

En lengua yaqui, o "en la lengua", como se designa brevemente al idioma yaqui, a los becerros cuya madre ha muerto y se ponen muy quejumbrosos arrimándose a todas las vacas se les llama *lepes* y, por analogía, a la gente muy pegajosa y zalamera se le dice *lepe*, y cuando lanzan lamentaciones se expresa que están *lepes*. Arañar se dice hasta con cierta propiedad *aruñar*, y la comezón se llama *rasquera*. A los desnudos se les dice *que andan en pelota* o *vichis*. Los cohetes son designados con el nombre de *triquis*. A un huerto en que se cosechan sandías y melones, que se producen muy sabrosos, se le llama *verano*. Los cerdos son designados con el nombre de *cochis*. A los arrugados se les designa con el nombre yaqui de *choros* y, en femenino, *choras,* y a los testículos se les llama lógicamente *bichoras*. Al que se mete en muchos detalles y pequeñeces se le dice que anda en *argüendes* y *piligüijadas*.

Son muchísimos más los modismos empleados, pero siéndome imposible citarlos todos, me he contentado con transcribir y explicar algunos de los más típicos. Casi toda la flora de Sonora se conoce con nombres yaquis: *zitavaro, batamote, cehualcas, harotas, yorimunis, péchitas, bachata, huamúchil, ubalama,* etcétera.

En los últimos días de mi estancia en Sonora, se efectuaron unas pláticas de paz entre algunos comisionados yaquis y el coronel jefe del 2º Batallón de Infantería, cuya matriz estaba en Pótam. El coronel González Salas, un jefe ilustrado y honorable que pertenecía al cuerpo de ingenieros y era de los que no estafaban sus haberes a los soldados, no estaba conforme ni podía estarlo con los métodos y procedimientos de aquella campaña imbécil. Él, que era coronel de ingenieros e hijo del Colegio Militar de Chapultepec, no cometía el salvajismo de mandar fusilar prisioneros ni mucho menos el de sujetarlos a tormento.

Todos los prisioneros que cayeron en su poder eran conducidos a su presencia y después de exhortarlos a la paz, a la concordia, a

la fraternidad y al trabajo, les hacía obsequios de ropa, provisiones y dinero y los ponía en absoluta libertad.

Estos yaquis indudablemente propalaron entre sus compañeros, los levantados en armas y los pacíficos, que había un coronel yori que no se parecía a los demás y seguramente les refirieron el trato que recibieron de él y los auxilios que les proporcionó.

Un día se presentaron al coronel González Salas dos yaquis, solicitando conferenciar con él. En la entrevista le dijeron llanamente que eran yaquis levantados en armas, que habían sido enviados por el general Bule, quien deseaba tener una conferencia con el coronel, y que él, que había demostrado ser un enemigo valiente y leal, designara el lugar en que habría de celebrarse.

González Salas, sin comunicar una sola palabra de lo ocurrido, fijó el lugar de la conferencia en El Huaquesi, campamento situado en la sierra de Bacatete, a corta distancia de Pótam. Señaló esta para cuatro días después y manifestó a los indios emisarios que en El Huaquesi existía un destacamento de 30 hombres del 2º Batallón que estaba a sus órdenes, que desde luego ordenaba que estos soldados se reconcentrasen en Pótam, abandonando por completo aquel lugar, y que cuatro días después, a las 11 de la mañana, él, González Salas, estaría solo acompañado de un asistente en El Huaquesi, esperando al general Bule, quien podría ir acompañado de la gente que estimase necesaria para su salvaguardia y seguridad.

En el lugar y fecha fijados se celebró la entrevista entre González Salas y Bule. Los dos tuvieron la gallardía y el gesto caballeresco de presentarse completamente solos. La conferencia duró más de tres horas. Allí, sentados en el suelo, discutieron ampliamente sobre las condiciones en que se celebraría un tratado de paz. Bule pretendía que salieran del valle del Yaqui todas las fuerzas federales y todos los yoris. González Salas con mucho trabajo lo convenció de su error, haciéndole ver que todos eran mexicanos y que unidos deberían

procurar fraternalmente el engrandecimiento de la patria. Bule pretendía que las autoridades de los pueblos del Yaqui estuvieran integradas por yaquis en su totalidad; González Salas le prometió influir para que el Gobierno de Sonora decretase la formación de ocho municipalidades en cada uno de los antiguos y tradicionales ocho pueblos del Yaqui, y para que las autoridades fueran nombradas por elección popular. González Salas le prometió influir cerca del gobierno para que se les asignasen a los yaquis tierras de las mejores, ejecutando obras de irrigación y para que les diesen aperos de labranza, semillas y ayuda en metálico para que formasen cooperativas que los hicieran económicamente independientes. Pero ni González Salas ni Bule estaban autorizados para celebrar un tratado en toda forma y acordaron informar de su entrevista: González Salas a sus superiores y Bule a los yaquis levantados en armas, a fin de recabar de ellos autorización para terminar la guerra.

González Salas, como era su deber, dio cuenta detallada de la entrevista celebrada con Bule, apoyando las pretensiones de este para que de una vez terminara aquella campaña tan estéril y tan difícil; pero inmediatamente después se trasladaron a Tórim el jefe de la Zona y un individuo jefe de un cuerpo rural de reciente creación, que era el hombre que disfrutaba de toda la confianza del gobernador Izábal. Ellos pretendían entablar directamente las negociaciones.

Antes de seguir adelante, quiero dar algunos antecedentes sobre Izábal y sobre aquel jefe de rurales que era llamado en Sonora "El Torquemada de los Yaquis". Los dos han figurado en la historia de nuestro país y es conveniente consignar aquí algunos datos que puedan aprovechar los historiadores que, serenamente, juzguen en el futuro los acontecimientos de nuestra patria.

Izábal era un individuo de baja estatura y grueso. Su rostro no revelaba inteligencia. Ojos inexpresivos, largos y lacios bigotes y cráneo excesivamente calvo. Era, de la trinidad sonorense, el que

menos valía, y se le consideraba como un simple ejecutor o pantalla de don Luis E. Torres y de don Ramón Corral. No tenía ningún antecedente político de relieve, pero tenía una chifladura: amaba ardientemente la gloria militar, a pesar de no haber disparado nunca un tiro. Por 1903 o 1904 organizó una expedición semimilitar y seminaval contra los pobres indios seris refugiados en la isla de Tiburón. Los preparativos se hicieron con gran alarde y con mucho bombo de periodistas asalariados, para aquel hombre que se soñaba un guerrero.

Arribó un barco fletado expresamente para esta incursión y los pobres seris escatófagos huyeron a las abruptas montañas. Izábal, que era muy obeso, no podía ir en su persecución y destacó algunos yaquis que estaban a su servicio, los que hicieron prisioneras a algunas indefensas mujeres seris. Oponiéndose estas a caminar, aquellos bárbaros optaron por cortarles las manos derechas y las orejas del mismo costado, y el flamante guerrero se reembarcó ufano con aquellos trofeos que deberían avergonzar a todo hombre medianamente civilizado. Este fue el primer hecho de armas de Izábal.

Un año después, una pequeña partida de yaquis se situó en el cerro del Gavilán, a corta distancia de Hermosillo, que se encontraba casi sin guarnición. Izábal, alarmadísimo, telegrafió al jefe de la Zona, que estaba en Tórim, y este ordenó al jefe del 2º Batallón que, echando mano de todos los hombres disponibles y hasta de los asistentes y enfermos, si fuere necesario, enviara una fuerza de 120 hombres a Hermosillo. El jefe del Batallón se vio en dificultades para cumplir la orden, pero como esta era apremiante, juntó la mayor parte de la fuerza disponible para todo servicio que se encontraba en la matriz y, para completarla, dispuso que 30 hombres destacados en la hacienda de Huamúchil, propiedad del general don Lorenzo Torres, que allí servían de escolta y cuyos soldados eran empleados en trabajos agrícolas, marcharan también a Hermosillo.

El comandante del destacamento de Huamúchil era un capitán segundo que pertenecía a cierto grupo de oficiales sin méritos. Ni había sido alumno de Chapultepec ni había sido individuo de tropa; era uno de tantos favoritos que, con recomendaciones de personajes influyentes, causaban alta en el ejército con el empleo de subtenientes.

Los de esta categoría eran los más inútiles; no tenían ni los conocimientos teóricos de los ex alumnos del Colegio Militar ni la experiencia de los oficiales "troperos", y por eso no se les empleaba nunca en las comisiones difíciles. Por las causas indicadas, aquel oficial había sido relegado a Huamúchil, lugar seguro donde únicamente se tenía que mostrar mucha complacencia para el general don Lorenzo Torres.

Por no disponerse de otro oficial de mayor categoría, el capitán de marras, que se llamaba Medina Barrón, fue puesto a la cabeza de esta pequeña fuerza y enviado a Hermosillo. Se presentó inmediatamente a Izábal y, como se trataba de una expedición a un lugar cercano a la capital, el gobernador decidió acompañar a las tropas.

Medina Barrón, que era un tipo listo, comprendió al instante cuál era el lado flaco de Izábal y decidió sacar provecho de la fatuidad de este. Llegados a la cercanía del cerro de Zamorate, Medina Barrón ponderó el número de los yaquis y su proximidad y convenció a Izábal de que él no debería arriesgar su preciosa vida, que estaba consagrada al engrandecimiento del estado de Sonora, y lo dejó con una escolta de 20 hombres, mientras él, Medina Barrón, "atacaba resueltamente a los yaquis".

Los indios, al sentir la aproximación de las fuerzas, según su costumbre, se habían dispersado. Pero esto ya lo sabía el vivo de Medina Barrón. Al llegar a Zamorate, ordenó que los soldados dispararan sus armas durante media hora, simulando un combate; transcurrido ese tiempo, volvió hacia donde se encontraba Izábal y fingiendo un gran entusiasmo daba gritos de "¡Viva el valiente gene-

ral Izábal!", que hacía repetir a sus soldados, que no comprendían nada de aquella farsa indigna.

Izábal, como es de suponer, estaba radiante de júbilo. Medina Barrón le aseguró que había tenido lugar un combate descomunal, que los yaquis, en número de 400, habían sido completamente derrotados, sufriendo muchas bajas, entre muertos y heridos, y que —como lo hacían siempre los indios— se habían llevado a sus muertos y heridos, y que él había podido obtener aquella victoria tan estupenda gracias a que había seguido al pie de la letra las instrucciones de un hombre tan experimentado, tan conocedor del terreno y tan valiente como lo era el señor gobernador.

No terminó allí la comedia. La prensa publicó el parte oficial de Medina Barrón con más fantasías y más exageraciones que las que campean en la totalidad de los partes oficiales, pletóricos de falsedad, de las batallas, combates y escaramuzas que han tenido lugar en México. Medina Barrón asentaba que el éxito obtenido se había debido a las acertadas disposiciones del señor gobernador Izábal, "quien con gran competencia y dando muestras de gran valor y serenidad, había dirigido personalmente el combate".

Este fue el segundo hecho de armas de Izábal. Cuentan que, en su entusiasmo, él mismo daba detalles de una gran batalla, que ni había presenciado ni había existido. Para premiar al listo de Medina Barrón, que de buenas a primeras lo había transformado en héroe, obtuvo de su compadre Corral que se formase un nuevo cuerpo de rurales, el 11º, y que se le diera el mando.

La tercera batalla de Izábal fue la más sonada. Se efectuó en Cananea en 1906 y de ella se habló mucho en la prensa, y hasta fue acusado Izábal en el Senado de la República por haberse presentado en aquel mineral acompañado de 30 *rangers* yanquis del estado de Arizona, para ayudar a los propietarios de las minas a sofocar sangrientamente una huelga. Entonces no estaba construido el ramal de ferrocarril entre Nogales y Cananea, e Izábal, para tras-

ladarse rápidamente al lugar de los sucesos, tuvo que hacer uso de los ferrocarriles americanos entre Nogales y Naco. En este último lugar supo que habían ocurrido combates en las calles de Cananea y entonces se le acabaron al guerrero gobernador sus arrestos bélicos; requirió de las autoridades norteamericanas una escolta de *rangers* para que, encabezados por él, invadieran el territorio de México e intervinieran en la solución de un conflicto obrero que asumió grandes proporciones y en el que perdieron la vida muchos trabajadores mexicanos.

Al discutirse las proposiciones de los yaquis encabezados por Bule, Izábal pretendía que las negociaciones fueran llevadas a cabo por su lugarteniente Medina Barrón, pero los yaquis no lo aceptaron. González Salas se trasladó al campamento de Bacatete con una fuerza del 2º Batallón, y los yaquis, enteramente seguros de la lealtad de este jefe, establecieron su campamento en Bacatetito, situado a muy corta distancia del anterior. Allí se pudo contemplar el espectáculo hermosísimo de "juanes" federales, o *huachos* y *pelones*, como se llamaba a estos en Sonora, fraternizando con los yaquis. Se tomaron fotografías de estos grupos bajo las corpulentas higueras, y el coronel González Salas dio una comida a todos los yaquis en el cuartel, a la que concurrieron sin la menor desconfianza.

Las pláticas estaban muy adelantadas. González Salas y Bule estaban de acuerdo en los puntos salientes, pero los yaquis exigían ciertas seguridades y esperaban la llegada de los gobernadores de los pueblos, para poder concluir sus tratados. Permanecieron los yaquis más de 15 días en completa armonía con los soldados, cuando, sin que hubiera mediado el menor disgusto ni el menor incidente desagradable, González Salas se dio cuenta de que el campamento inmediato había desaparecido y los yaquis se habían alejado sigilosamente en la madrugada de ese día.

¿Cuál fue el motivo por el que fracasaron de esta manera las negociaciones llevadas con tanto tacto e inteligencia? Una verdade-

ra traición que se preparaba a los yaquis y que estos pudieron y supieron evitar. Con todo género de precauciones estaban siendo rodeados por federales.

Los yaquis intuyeron la emboscada que se les estaba tendiendo y la esquivaron, rompiendo el cerco que se estrechaba cada día más. Envidias mezquinas y prevenciones estúpidas dieron al traste con estos preliminares de paz tan bien encaminados.

A raíz de estos sucesos fui llamado a México. Había llegado a Sonora de teniente y solo, y regresaba acompañado de mi esposa, una buena sonorense, y llevaba en mis hombros las espiguillas de capitán primero de Ingenieros; pero ni mis dos ascensos rapidísimos me seducían para continuar en la carrera de las armas. Sentía una profunda decepción por la pésima organización del ejército.

Ese ejército no tenía ni jefes, ni oficiales ni soldados. Los primeros, restos de las campañas contra la Intervención y de las guerras civiles, algunos cubiertos de gloria en muchos combates contra enemigo extranjero y, por ello, dignos de respeto, eran completamente ignorantes. Los oficiales, sin los méritos señalados, en su mayoría provenientes de la clase de tropa, eran tan burdos y tan rudos como los jefes, y los soldados eran en su mayoría presidiarios sacados de las cárceles, verdaderos criminales que aprovechaban la primera oportunidad para fugarse, o eran pobres indígenas que habían sido extraídos de sus humildes chozas y llevados por fuerza, en dolorosas "cuerdas", a engrosar los efectivos de los batallones y de los regimientos.

Con esos jefes, con esos oficiales y con esos soldados se iría siempre al fracaso. El corto contingente de oficiales que daba Chapultepec no podía bastar para cubrir las numerosas vacantes que existían en los cuerpos, y los pocos que eran destinados a ellos solicitaban su baja del ejército apenas cumplido el tiempo obligatorio de servicios. Era humanamente imposible que un joven educado y con hábitos de decencia y honradez soportara el trato de aquellos jefes,

el contacto con los oficiales y consintiera en convertirse en guardián de presidiarios alojados en pocilgas inmundas.

Entre los oficiales de los batallones y regimientos eran contadísimos los ex alumnos de Chapultepec. Algunos oficiales técnicos habían logrado ser nombrados jefes de algunos cuerpos de caballería y de infantería, pero la condición de estos era aún más precaria que la de los oficiales, pues tenían encima la hostilidad y la envidia de los jefes "macheteros" y, además, el alto mando seguía en poder de los "viejos gloriosos" e ignorantes de la laya de los Hinojosa, de los Mena y de los González Cosío.

El ejército no tenía organizado ningún servicio. Ya he hablado de las deficiencias grandísimas del servicio sanitario y ahora debo agregar que no existía ni un remedo de servicio de administración. La alimentación del soldado estaba encomendada a las soldaderas, quienes en las ciudades entraban al cuartel a dormir en las cuadras con los soldados en una repugnante promiscuidad, y en las marchas precedían a las columnas en bandadas de harpías que saqueaban los poblados y devastaban las sementeras, obteniendo de esta manera alimentos para sus abnegados "juanes".

Yo, personalmente, no tenía de qué quejarme. En posición muy independiente tuve oportunidad grandísima para observar imparcialmente lo que ocurría en cada uno de los cuarteles del río Yaqui, y pude darme cuenta con sentimiento de que este ejército constituía tan sólo una "masa perniciosa de hombres".

Hice el viaje de regreso a la metrópoli por Nogales y Ciudad Juárez. Al llegar a Torreón me desvié hacia el oriente para ir a Saltillo, mi tierra, a saludar a mis padres y presentarles a mi compañera. Tanto mis viejecitos como nosotros estuvimos muy contentos. Después de una semana de estancia en Saltillo, mi esposa y yo reanudamos nuestro viaje, llegando a la Ciudad de México el 10 de agosto de 1908.

Capítulo XVII

El viejo general Villar.— Un batallón modelo de disciplina.
Las órdenes del Presidente de la República.— Una marcha casi imposible.
Nuevas órdenes y contraórdenes.— Los apotegmas de un jefe chapado a la antigua.
La campaña de Chihuahua dirigida desde Chapultepec.— El consejo áulico.
La situación completamente cambiada.
Las fuerzas rebeldes frente a Ciudad Juárez.— La muerte de los hermanos Portillo.
Nerviosidad y pánico indecibles en la ciudad de Chihuahua.
Las famosas "cortaduras".
El Cuartel General convertido en nido de soldados y de ametralladoras.
El antirreeleccionismo en el Congreso.
Mi ascenso a Teniente Coronel de Ingenieros.— Plétora de ascensos.
Marcha de Rábago a Ojinaga.— Cambio de itinerario.— Contramarcha de Rábago.
Preparativos para marchar a Ciudad Juárez.— Marcha a Ciudad Juárez.
Detención en Estación Terrazas.— Los armisticios.
Los partidos de dominó a mil tantos.— El ataque y toma de Ciudad Juárez.
Regreso a Chihuahua.— Las obras defensivas de Fortino M. Dávila.
Un proyecto disparatado de defensa.— Música a todas horas.
La valentía de "Remington".— Un asedio único en la historia del mundo.
El general Luque.— Carranza y Villarreal, sitiadores de Ojinaga.
Una situación molesta e indecisa.
La terquedad de Villar y la socarronería de la Secretaría de Guerra.
El paso sobre las cabezas y los filos de los sables.— La obsesión de los sables.
La entrada de Orozco a Chihuahua.— Las virtudes de don Abraham González.
Nombramiento de jefe del Estado Mayor de la 2ª Zona Militar.
Pequeñez de Palafox.— Las cintas tricolores.— Los indios tarahumaras.
La mágica leyenda, señal de triunfo.

UNA VEZ terminado el desfile se desarticuló la asendereada columna que desde hacía algún tiempo se encontraba a las órdenes del

coronel Valdés. Todos los jefes y oficiales fuimos citados a las 12 del día para presentar nuestros respetos al nuevo jefe de la Zona.

A la hora indicada nos congregamos en el Cuartel General y después de breves palabras de salutación del coronel Valdés, en las que hubo elogios para el comportamiento de los allí presentes, procedió a presentar uno por uno a los jefes y oficiales con el general Villar.

Fui de los primeros en la presentación y, mientras desfilaban los demás oficiales, observé al viejo general Villar. De estatura elevada, sin exageración; complexión robusta, sin ser grueso; rostro blanco de facciones enérgicas; frente ancha surcada por arrugas; ojos pequeños, vivos e inteligentes, ante los cuales cabalgaban sobre su recta nariz unos lentes con cristales diminutos; cabellera echada hacia atrás, ligeramente crespa; bigote espeso y una pera de regulares dimensiones; tanto el bigote como la cabeza enteramente canos. Aunque representaba de 65 a 70 años, su cuerpo aparecía derecho y vigoroso.

Nunca había tenido oportunidad de cruzar media palabra con el general Villar. Lo conocía de vista y por referencias. Lo había mirado en los desfiles y en las maniobras al frente del 24º Batallón, cuerpo que comandó por muchos años. Este cuerpo, cuando lo mandaba Villar, era considerado como uno de los mejores por su presentación y por su disciplina. Villar era muy querido en el ejército, le conocían con el nombre de "El coronel Remington", se le consideraba un soldado cumplido, honorable, caballeroso y leal. Se le tenía como uno de los pocos jefes honrados que no se robaban el haber del soldado, y era querido y respetado por los oficiales y la tropa. Se me había referido que tenía una excelente hoja de servicios, aun cuando era uno de los jefes relativamente modernos que se integraron al ejército después de la Intervención Francesa.

El general Villar no vestía uniforme. Su cuerpo estaba cubierto con unos pantalones a rayas en los que se notaban grandes rodilleras y

con *jaquet* de corte anticuado cuya vejez era denunciada por un acentuado color de ala de mosca.

Cuando terminó la presentación, el general Villar, que sin duda no se había fijado en los nombres de los presentados, preguntó quién era el mayor Alessio Robles, y luego que di un paso al frente de la fila, dijo a los demás que podían retirarse, indicando que yo debía quedarme.

Me hizo tomar asiento. Me mostró un telegrama del Presidente de la República en el que se decía que habiendo ocupado los maderistas Casas Grandes, a raíz de la desocupación de aquella plaza por nuestras fuerzas, grandes núcleos estaban amagando Ciudad Juárez; que era indispensable que con la mayor brevedad posible saliese una fuerte columna a reforzar al general Navarro; que para ello, el refuerzo siguiese hasta Casas Grandes por el camino que había tomado la columna de Eguía Lis, y que desde esa población prosiguiera su marcha por ferrocarril hasta Juárez. Agregaba el telegrama presidencial que esta columna debería ir bien provista de artillería y de municiones, y debería llevar, además, municiones para Navarro.

—¿Ya entendiste bien de lo que se trata? —preguntó el general Villar, que desde luego comenzaba a tutearme.

—Ya comprendí —contesté respetuosamente.

—Pues bien —prosiguió el jefe de la Zona—, tú vas a ser nombrado jefe del Estado Mayor de la columna que va a ir a Juárez en auxilio de Navarro. Desde este momento no pienses en otra cosa, piensa, piensa, piensa. No duermas, piensa toda la noche y mañana a las siete horas te presentas y me dices todo lo que se necesite para efectuar esa marcha.

Y todavía, el general Villar, que tenía la manía de las repeticiones, agregó: —Piensa, piensa bien.

Pedí al general Villar algunos datos sobre la composición de la columna y me indicó que debería componerse de unos 1,000 hombres, de los cuales 400 serían dragones; llevar tres baterías de ar-

tillería de montaña y una de campaña con una dotación de 300 granadas por pieza, es decir, 4,800 granadas; debiendo conducir, además, 4 mil granadas para la artillería de Navarro y 600 mil cartuchos de fusil.

Y entonces, con firmeza, dije al general Villar:

—No necesito pensar sobre el asunto para decir a usted que conozco perfectamente el camino de aquí a Casas Grandes y de Casas Grandes a Juárez, y que la marcha que ordena el señor Presidente de la República es, si no imposible, sí muy difícil y tardía. Si de lo que se trata, según entiendo, es de reforzar al general Navarro en el menor tiempo posible, no puedo explicarme por qué hemos de efectuar la marcha precisamente por Casas Grandes. De Chihuahua a Ciudad Juárez, siguiendo la vía del antiguo Central, hay 364 kilómetros. Esta vía la conozco muy bien por haber reparado muchos puentes hace apenas tres meses y me consta que la totalidad de los puentes son insignificantes, son verdaderas alcantarillas, con excepción del que se encuentra al sur de Estación Ahumada, que sí tiene alguna importancia. Ahora bien, de Chihuahua a Juárez hay 364 kilómetros y de Chihuahua a Casas Grandes, por el camino que trajimos, hay 350 kilómetros, y de Casas Grandes a Juárez, 240, por lo que la distancia total entre Chihuahua y Juárez, por la ruta que indica la Presidencia de la República, es de 590, es decir, es 226 kilómetros más larga que la ruta directa entre Chihuahua y Juárez. Además, acabo de palparlo, el camino que seguimos es un camino casi extraviado, en donde no hay agua, ni víveres, ni forrajes. Tenemos que llevar una impedimenta para cargar las municiones, numerosos carros para el forraje y los víveres necesarios, y tenemos que transportar, asimismo, un gran número de tanques para agua. Con todo apresuramiento, haríamos de aquí a Casas Grandes nueve jornadas, y al llegar a esta última población podríamos encontrar destruidos muchos puentes de la vía férrea entre Casas Grandes y Juárez, y encontrar, también, que en Casas Grandes, como ya nos

aconteció, no haya ni material rodante ni materiales para la reparación de la vía. Entonces nos veríamos constreñidos a continuar nuestra marcha por tierra en una región carente de recursos de todo género y, por añadidura, atravesar los médanos entre Guzmán y Juárez, en donde la marcha es casi imposible. Suponiendo que todos o la gran mayoría de los puentes y alcantarillas de la vía del antiguo Central, entre Chihuahua y Juárez, hubiesen sido destruidos, yo me comprometo a repararlos en ocho días si me proporciona el equipo, el material necesario y las cuadrillas de reparación, que serían ayudadas en sus trabajos por la tropa. Y aún suponiendo que no se quiera efectuar la reparación de la vía férrea, sería preferible la marcha por tierra, siguiendo la referida vía, pues además de ser más corta que la otra, hay más recursos y, sobre todo, más agua.

El general Villar, que es un jefe demasiado chapado a la antigua, de los que creen a pie juntillas en aquel tonto apotegma de que "El que manda, no se equivoca y si se equivoca, vuelve a mandar", y practicaba, además, el principio igualmente tonto de "Cartucheras al cañón, quepan o no quepan", me miró algo picado mientras yo hablaba y, con cierta sequedad, me dijo:

—La superioridad ordena que se haga la marcha por Casas Grandes y hay que obedecer —luego, dulcificando un tanto su voz, agregó: —Hijo, piensa lo que se necesita para hacer esa marcha, la almohada es buena consejera y mañana a las siete de la mañana te espero para que me digas todo lo que se necesita para hacerla; estudia, estudia bien, hijo —y me despidió.

Salí del Cuartel General indignado por aquella orden estúpida, que provenía, como casi todas, de la Presidencia de la República, del propio general Díaz, que había sido un soldado glorioso. Y entonces acabé de darme cuenta de que una campaña dirigida desde la capital de la República, donde no se daban ni podían darse cuenta de las circunstancias, de la topografía del terreno, de la gran movilidad del enemigo, sólo podía conducirnos al fracaso. Me pareció que el ge-

neral Díaz chocheaba de una manera lamentable y estaba asesorado por un ministro de la Guerra reconocido como un cretino en todo y especialmente en asuntos militares, y aconsejado también por sus oficiales de Estado Mayor, acostumbrados a arrastrar el sable por las alfombras mullidas de las antesalas y que nunca habían estado en contacto con los soldados. Ellos formaban un funesto consejo áulico que daba órdenes y contraórdenes disparatadas.

Fui a comer a la casa de huéspedes en que me alojaba. Allí encontré a la esposa y a la hija del general Navarro, a quienes conocía desde que estuve en Las Guásimas, Sonora. También estaba alojado allí el licenciado Eduardo Durán, antiguo compañero de escuela en Saltillo y ahora juez de lo Penal en la ciudad de Chihuahua, y el simpático minero don Manuel de la O, viejo que había conocido hacía poco, pero con quien llevaba muy buenas relaciones. Don Manuel era un ferviente simpatizador de la revolución.

A la hora de la comida me enteré de muchas cosas en la mesa común. Desde luego, del cambio de gobernador ocurrido en Chihuahua durante mi ausencia. Había dejado de serlo el señor Alberto J. Terrazas y había sido nombrado en su lugar el coronel Miguel Ahumada, que disfrutaba de algunas simpatías entre los chihuahuenses, pues antes había sido gobernador de esta entidad federativa y el solo hecho de no pertenecer a la dinastía de Terrazas le había allanado el camino.

Asimismo supe que la mayoría de las fuerzas rebeldes encabezadas por Madero se habían reconcentrado en Bustillos, hacienda situada sobre la vía del Ferrocarril del Noroeste de México, a 114 kilómetros al este de la ciudad de Chihuahua; que avanzadas rebeldes habían ocupado los poblados de Santa Isabel y San Andrés, todavía más cercanos a Chihuahua; que con Madero se encontraban Pascual Orozco, Francisco Villa, José de la Luz Blanco y otros; que esas fuerzas, apenas habíamos dejamos Casas Grandes, marcharon al norte ocupando la citada población que nosotros abandonamos,

llave de Ciudad Juárez, dirigiéndose posteriormente, por ferrocarril, a esta ciudad fronteriza. Se agregaba que habían pasado núcleos rebeldes por Encinillas, hacienda situada al norte de la ciudad de Chihuahua. Pero esto, que ya lo sabíamos nosotros, se debió a que un grupo rebelde procedente del norte se dirigió a Bustillos por el Cañón de Santa Clara.

También me enteré que los rebeldes, por el rumbo de oriente, habían estado posesionados de Aldama y que una noche había salido una fuerza de Chihuahua, a las órdenes del coronel Trucy Aubert, llevando una compañía del 28º Batallón, una compañía de la Guardia Nacional de Sonora integrada por yaquis y fuerzas del 13º Regimiento, que comandaba el mismo Trucy, y habían dado un "albazo" a los rebeldes encabezados por los hermanos Portillo. Los rebeldes se encontraban alegres en un baile y la sorpresa fue completa. Muchos quedaron muertos, entre ellos los dos hermanos Portillo.

En la plática de sobremesa me enteré de que en la ciudad de Chihuahua por muchos días reinó una nerviosidad y un pánico indecibles. Que las calles estaban llenas de "cortaduras", es decir, de excavaciones hechas transversalmente, que en caso de un ataque servirían de trincheras a los defensores para obstruir el paso a los asaltantes, y que en los techos de las casas vecinas a las "cortaduras" se habían apostado soldados cubiertos con sacos de arena colocados en los pretiles; se agregaba maliciosamente que el general Hernández no dormía en el edificio del Cuartel General, pues todas las noches se refugiaba en casas amigas, y que las azoteas del referido Cuartel General habían sido convertidas en un verdadero nido de soldados y de ametralladoras.

Había plétora de noticias que yo ignoraba por la casi completa incomunicación en que nos habíamos encontrado en Casas Grandes y por la absoluta carencia de nuevas durante 10 días de marcha. El vicepresidente de la República y secretario de Gobernación, don Ramón Corral, había pedido una licencia por motivo de enfermedad y

se había marchado a Europa; algunos gobernadores de los más odiados, como don Mucio P. Martínez, que estaba al frente del Poder Ejecutivo de Puebla desde hacía luengos años, se había separado de su puesto y, por último, el ingeniero don Francisco Bulnes había presentado a la Cámara de Diputados un proyecto de reformas a la Constitución en el sentido de prohibir la reelección del Presidente de la República y de los gobernadores de los Estados.

Como ya se sentía un calor sofocante, salí a hacer un recorrido en coche por las calles de Chihuahua. Allí estaban las famosas y ridículas "cortaduras". El ambiente me pareció triste y preñado de presagios.

En la tarde fui llamado urgentemente al Cuartel General. Creí que se trataba de saber si ya había concretado mi pensamiento sobre la expedición a Ciudad Juárez, por la vía de Casas Grandes; pero no, se trataba de una noticia agradable. Se había recibido comunicación de que con fecha 17 de abril había sido ascendido al empleo de teniente coronel por "méritos contraídos en campaña". Tuve enorme gusto por la noticia. Hacía 13 meses que había ascendido a mayor y la Ordenanza, en tiempo de paz, requiere un mínimo de tres años de servicios en cada empleo, desde mayor a coronel. Había saltado a ocho mayores de ingenieros que eran más antiguos que yo y obtenía un aumento de sueldo de 90 centavos diarios, pues el haber de un mayor es de 4.60 pesos y el de un teniente coronel de 5.50. Y me dio más gusto el pensar que había ascendido contra la voluntad del jefe del Departamento de Ingenieros, el general Palafox, quien me tenía particular mala voluntad y, según noticias, había estorbado todo lo posible este ascenso. La mayor parte de los jefes y oficiales que participaron en el combate de Malpaso fueron ascendidos a promoción de los jefes de los departamentos respectivos. El único que se abstuvo de hacer una iniciativa semejante fue el general Palafox, no obstante que mi comportamiento en Malpaso fue especialmente recomendado y encomiado en el parte oficial respectivo.

Supe, asimismo, que fueron ascendidos, también por méritos contraídos en campaña, los coroneles Manuel García Cuéllar, Rafael Eguía Lis, Agustín A. Valdés, Fernando Trucy Aubert, Antonio M. Escudero y Ángel Gordillo Escudero. Ascendieron también el capitán de artillería Carlos M. Chávez, el de infantería Camarillo y el de caballería Pérez Gil. Decididamente, esta campaña, aunque infructuosa e ingloriosa, había sido pródiga en ascensos.

En el Cuartel General supe que ese mismo día había salido de Chihuahua, por ferrocarril, una fuerte columna de más de 1,000 hombres a las órdenes del general Antonio M. Rábago, por la vía del Kansas City, México y Oriente, con dirección a Ojinaga, para auxiliar al general Gonzalo A. Luque, que estaba sitiado en aquella plaza por fuerzas rebeldes muy superiores.

En la noche preparé un memorándum. En él estampé mi opinión sobre la marcha de Chihuahua a Juárez, por la vía de Casas Grandes, y expresé con detalle el número de carros y de acémilas requeridos para transportar las municiones de artillería y de infantería de reserva que teníamos que llevar, y los víveres y forrajes necesarios en la larga caminata por pleno desierto. No omití un buen número de carros tanques, indicando que estos deberían tomarse de los que se usaban en Chihuahua para el riego de las calles.

Al día siguiente, muy temprano, me presenté al general Villar. El viejo jefe me recibió afablemente. Hizo que le leyera mi estudio y noté que se había dulcificado y que asentía con la cabeza en muchos puntos de la lectura. Al terminar, me dijo:

—Hijo, tienes razón. Hoy mismo consultaré a la Secretaría de Guerra el cambio de itinerario y transmitiré casi íntegro tu informe. Mientras tanto, de acuerdo con el jefe del Estado Mayor, prepara el material rodante y el equipo necesarios para la reparación de los puentes destruidos entre Chihuahua y Juárez.

Todo quedó preparado el mismo día. En los ferrocarrileros he encontrado siempre una gran disciplina y un excelente método de trabajo, que los distingue de los demás trabajadores.

Hasta el día siguiente el Presidente de la República aprobó el itinerario propuesto por el general Villar, pero ordenando al mismo tiempo que la columna que había marchado a las órdenes de Rábago rumbo a Ojinaga debería contramarchar a Chihuahua y que esa tropa, a la que deberían agregarse 400 soldados, marchara a Juárez, tomando el mando de la columna el mismo general Rábago. Al mismo tiempo, el Presidente de la República dispuso que saliera de Chihuahua una columna de 600 hombres a las órdenes del general Gordillo Escudero, la que debería marchar a Ojinaga para auxiliar a Luque, que estaba sitiado por los revolucionarios.

Aquellas órdenes y contraórdenes constituían un dédalo inextricable. Nadie entendía la finalidad de aquellas idas y venidas, que eran para volver loco al más cuerdo y, sobre todo, retardaban indebidamente las operaciones. El auxilio urgente que debería ser llevado a Navarro tenía que retardarse hasta que arribara Rábago a Chihuahua.

Por fin, el 22 de abril, a las dos de la tarde, partió en varios trenes de ferrocarril la imponente columna, dotada de poderosa artillería y con todo el equipo y el material necesarios para la pronta reparación de la vía. En la misma tarde, a 30 kilómetros de Chihuahua, encontramos la primera alcantarilla quemada. Fue reparada rápidamente, lo mismo que cuatro más. Al estar reparando una sexta, a las dos de la tarde del 23 de abril, un poco más al norte de Estación Terrazas, situada a 40 kilómetros de Chihuahua, recibí orden del general Rábago, que estaba en los trenes situados a retaguardia, de suspender los trabajos. Entrevisté desde luego al general Rábago, quien me mostró un telegrama del jefe de la Zona, en que le transcribía un mensaje de la Secretaría de Guerra que decía lo siguiente:

> Si don Francisco I. Madero notifica a usted que por su parte suspende hostilidades por algunos días en la zona comprendida entre Chihuahua, Miñaca, Casas Grandes y Ciudad Juárez, tome usted nota de la hora en que comience dicha suspensión y contéstele que también dejarán de

hostilizarlo las fuerzas federales durante el propio tiempo y en la zona señalada. Comunique usted inmediatamente por vía telegráfica a esta Secretaría y al general Villar, jefe de la Zona, cualquier cosa que ocurra a este respecto.

A continuación, el jefe de la Zona comunicaba que el general Navarro participó ese mismo día haber quedado concertado un armisticio por cinco días con don Francisco I. Madero, a contar de las 12 del día de la fecha y en la zona comprendida entre Chihuahua, Miñaca, Casas Grandes y Ciudad Juárez y que, por tanto, Rábago debería suspender su marcha por esos cinco días.

Permanecimos en Estación Terrazas 16 días largos y mortales. En este lugar no hay una sola casa, ni un solo árbol; hacia el oeste y a una distancia de cerca de un kilómetro se divisa un pequeño caserío en la falda de una loma, del que sobresalen algunas chimeneas, distinguiéndose, además, varios terreros de minas. Estas pertenecen a la negociación minera de río Tinto, y estaban, por causa de la revolución, suspendidos los trabajos. Al terminar el primer armisticio de cinco días, se prorrogó, el 28 de abril, por otros cinco días más, y al fenecer esta nueva prórroga, se acordó otra por tiempo indefinido.

El general Rábago llevaba para su uso especial un carro de mercancías de los llamados "carros de caja", y en él encontré acomodo. Armados sobre el piso del carro estaban nuestros catres de campaña. En aquella llanura caliza que reverberaba con los fuertes rayos del sol, nos asfixiábamos de calor y nos moríamos de tedio. La estancia en nuestro carro era insoportable durante el día, por estar este dotado de un infernal techo de lámina que recogía y nos transmitía todo el calor solar. Y en aquel carro, para matar nuestro martirio, sobre un cajón jugábamos partidas de dominó que al principio fueron a 100 tantos y luego se aumentaron a 1,000. Allí conocí íntimamente al general Rábago, alto, delgado, medio cargado de hombros, con la faz algo rojiza de buen bebedor. Tenía fama de valiente y de honrado.

También traté de cerca al general Trucy Aubert, descendiente de franceses, bajo de estatura, regordete, de lento andar y que también gozaba de buena reputación. El primero comandaba el 10º Regimiento de Caballería, y el segundo, el 13º Regimiento de la misma arma.

Llevábamos 16 días de armisticio y, por consiguiente, 16 días de la inactividad más absoluta, condimentada con la incertidumbre, la duda y la inquietud, en una llanura escueta y miserable que semejaba un infierno y en medio de la mayor falta de higiene. Las deyecciones de los soldados se amontonaban en las letrinas de campaña que mandé hacer, y estas y el estiércol de los caballos y las acémilas producían enjambres de asquerosas moscas. Tanto las autoridades militares de la plaza de Chihuahua como nosotros estábamos totalmente incomunicados. Por las cercanías de Terrazas no había pasado un solo viajero procedente de Ciudad Juárez. Únicamente sabíamos de una manera vaga que ahí se habían emprendido negociaciones de paz entre comisionados del general Díaz y comisionados de don Francisco I. Madero.

El 11 de mayo, a las dos de la tarde, avancé un poco hacia el norte con el objeto de reconocer las alcantarillas inmediatas quemadas o voladas con dinamita, y encontrándome a unos dos kilómetros de Terrazas vi acercarse un automóvil tripulado por tres norteamericanos. Lo detuve para inquirir noticias y los viajeros me comunicaron que el general Navarro se había rendido el día anterior; que la guarnición de Juárez, incluso Navarro, se encontraban prisioneros, y que las fuerzas revolucionarias encabezadas por Francisco I. Madero, Pascual Orozco y Francisco Villa se habían posesionado de la plaza. Conduje a los viajeros a presencia del general Rábago, ante quien ratificaron el informe anterior. El jefe de la columna ordenó que los norteamericanos fueran conducidos inmediatamente por un oficial ante el general Villar, disponiéndose al efecto que marchara a Chihuahua un *caboose* con una locomotora. El informe era cierto, pues

los norteamericanos eran portadores de ejemplares de periódicos editados en El Paso en los que se daba la noticia de la rendición de Ciudad Juárez con abundancia de detalles.

En la misma tarde, el general Rábago recibió orden de regresar a Chihuahua con toda su tropa, y contentos porque había terminado el suplicio de los 16 días de armisticio, llegamos a la capital del estado.

A mi arribo, el general Villar me nombró su jefe del Estado Mayor de Campaña, seguramente para distinguirme del jefe del Estado Mayor de la 2ª Zona Militar, que destinó sólo a las labores rutinarias del papeleo.

Visité desde luego las obras de fortificación emprendidas, recorriendo los alrededores de Chihuahua, e hice cesar una irregularidad. El Ferrocarril del Noroeste corría diariamente sus trenes de carga y de pasajeros. Desde las goteras de Chihuahua la vía estaba controlada por los revolucionarios. Los trenes de carga salían llenos de mercancías y volvían vacíos, y los rebeldes podían entrar y salir de la plaza sin ser molestados y tomar y transmitir toda clase de informaciones. Además, la población de la ciudad, que al principio era taimadamente hostil hacia nosotros, se había tornado furibunda y descaradamente enemiga nuestra. Ordené de inmediato la suspensión del servicio de trenes del mencionado ferrocarril.

Encontré que se trabajaba febrilmente en la construcción de obras defensivas. El proyecto de defensa de la ciudad no podía ser más absurdo, más descabellado, ni más tonto. El teniente coronel del Estado Mayor Fortino M. Dávila había discurrido rodear la ciudad de Chihuahua de una trinchera continua, una especie de diminuta muralla China, y había escogido para el efecto el perímetro exterior de la plaza que abarcaba la enormidad de 16 kilómetros, dejando fuera de la línea posiciones tan importantes como los cerros del Coronel y de Santa Rosa. Aquello implicaba un trabajo enorme y constituía una verdadera, flagrante y positiva tontería. En efecto, las trincheras

no se defienden solas y todos los autores de Fortificación Pasajera calculan para cada metro de retrincheramiento tres hombres, incluyendo las reservas. La guarnición de Chihuahua en aquellos momentos era de 3 mil soldados y para defender las trincheras, ideadas de tan torpe manera por el teniente coronel Dávila, se necesitaba una guarnición de 48 mil soldados. Con este efectivo hubiera sido insigne torpeza no tomar resueltamente la ofensiva, dejándose sitiar en una plaza abierta.

Conocía desde hacía muchos años al teniente coronel Dávila. Estuvo comisionado en el Colegio Militar como capitán segundo de la 1ª Compañía cuando yo fui alumno. Nunca se distinguió en nada y era sólo notable por la elegancia de sus uniformes. Se le reconocía alguna habilidad como esgrimista y dio por dos o tres años una de las clases de Sable. Era de los oficiales de Estado Mayor que, autosugestionados por lo que acontece en ejércitos extranjeros, creían a pie juntillas que los oficiales de Estado Mayor constituyen la flor y nata del ejército, y pretendió ver siempre a los oficiales de otras armas con cierto aire de superioridad.

Al estallar la revolución, el teniente coronel Dávila se encontraba en Washington en calidad de agregado militar a la Embajada. Solicitó regresar al país para tomar parte en la campaña y, una vez concedida su solicitud, fue destinado a Chihuahua. Hacía dos o tres meses que permanecía en la capital chihuahuense y no le había tocado participar en ningún hecho de armas.

Hice ver al general Villar que el proyecto de Dávila era un completo disparate; que parte de nuestras fuerzas debería reforzar los cerros inmediatos a la capital del Estado y, por ningún motivo, deberían aceptar combatir en las calles de Chihuahua, en donde toda la población nos era enteramente hostil y, en el caso de un combate, además de tornarse muy difícil la dirección de nuestras tropas, estas corrían el peligro de verse atacadas desde las casas por los vecinos.

El general Villar aceptó parcialmente mi proposición. Desde luego se suspendieron los trabajos de retrincheramiento de Chihuahua y se fraccionó la guarnición de la plaza en cuatro mandos. Una columna debería estacionarse en Chuvíscar para guardar el aprovisionamiento de agua, otra en el cerro de Las Escobas, otra en el cerro de Santa Rosa y la última debería permanecer en la ciudad. Cada columna tenía un efectivo aproximado de 800 hombres. El mando de la primera se encomendó al general Rábago; el de la segunda, al general Eguía Lis; el de la tercera, al general Trucy Aubert, y el de la cuarta, al general Valdés.

En los últimos días del mando del general Hernández, la ciudad capital parecía un cementerio. Casi nadie transitaba por las calles y se había suspendido por completo el servicio de músicas. Se encontraban en Chihuahua ocho bandas militares y, de acuerdo con el general Villar, restablecí el servicio de músicas. Desde ese día hubo hasta dos audiciones musicales diarias en los diversos parques y jardines de la ciudad.

Aunque corrían versiones descabelladas de un proyecto de asesinato del general Villar y de otro proyecto para volar con dinamita el edificio del Palacio Federal, adonde se había trasladado el Cuartel General de la 2ª Zona Militar, el viejo Remington, que era querido en Chihuahua a pesar de la enemistad de la población contra los federales, no dio la menor importancia a estas versiones, y a caballo, acompañado únicamente de su jefe de Estado Mayor de Campaña, recorría los alrededores de Chihuahua, visitaba los puntos ocupados por las tropas y todas las noches concurría a la serenata de la Plaza Principal, tomando asiento en un sillón que se le llevaba del Palacio Municipal. El pueblo caballeroso y valiente de Chihuahua respetó siempre al viejo y valiente soldado.

El 22 de mayo se incorporó a la plaza de Chihuahua, procedente de Ojinaga, el general Gonzalo A. Luque con una fuerte columna de más de 1,000 hombres. En ella venía mi antiguo compañero, el capi-

tán primero de ingenieros Jacinto Guerra, quien me refirió con sobra de detalles el ridículo e incruento sitio de Ojinaga, único en la historia del mundo. Según Luque, el sitio, que nunca lo fue, duró 52 días. Tanto los rebeldes como los federales podían aprovisionarse en Presidio, Texas. Los revolucionarios se mantuvieron en todo momento a respetable distancia de la plaza, mientras que la guarnición de la misma nunca hizo una salida de las trincheras. En 52 días de sitio no se registró ni un muerto ni un herido en las filas rebeldes ni en las filas federales.

Ya conocía a Luque, pues iba a sus órdenes cuando dio una vuelta enorme para esquivar el cañón de Malpaso. Bajo de estatura y grueso, bigote y pelo completamente canos, ignorante y tonto, pasaba como uno de los protegidos del general Díaz, con quien estuvo en constante comunicación directa, salvando el conducto del jefe de la Zona. Entre los rebeldes que "asediaron" a Ojinaga se encontraron don Venustiano Carranza y don Antonio I. Villarreal. El primero, candidato al Gobierno de Coahuila y senador de la República, y el segundo, compañero inseparable de los Flores Magón, antiguo comunista y hasta anarquista, que tomó parte en las revoluciones de Viesca y de Las Vacas. Sin correr el menor peligro, en este asedio incruento hizo sus primeras armas don Venustiano. La incorporación a las filas rebeldes fue enteramente fácil y los sitiadores no tuvieron ni un muerto ni un herido.

Nuestra condición era molesta e indecisa. Estábamos incomunicados y no teníamos noticias precisas del desarrollo de la situación; nos habían llegado rumores vagos de que el general Díaz había presentado su renuncia, que esta le había sido aceptada y que habían sido nombrados nuevos secretarios de Estado. Por fin, el día 27 de mayo de 1911, el señor Tomás Torres, cónsul mexicano en El Paso, transmitió al general Villar un mensaje firmado por E. Rascón, que decía a la letra:

“Confirmo mi mensaje de ayer, relativo a que se eviten operaciones de guerra. Sírvase informar si ocurrió algún combate en Cuchillo Parado y procure impedir estos casos en lo sucesivo”.

El día siguiente, desde El Paso, el mismo cónsul Torres comunicó al jefe de la Zona que el día 8 de mayo dio principio el ataque de Ciudad Juárez por los revolucionarios y que el día 10 se había rendido la guarnición federal; que inmediatamente después se reanudaron las conferencias de paz, dando por resultado la firma de un convenio en que se hacían cesar desde esa fecha las hostilidades. Terminaba su nota el cónsul Torres manifestando que lo comunicaba “por acuerdo del secretario de Relaciones”.

Todo era irregular en aquellos momentos. Nosotros no teníamos conocimiento oficial del nombramiento del señor Torres como cónsul de México en El Paso, y aunque lo hubiéramos tenido, era este un conducto demasiado irregular para comunicar órdenes e instrucciones.

En vista de ello, el general Villar dirigió el siguiente mensaje a la Secretaría de Guerra:

> Me honro en comunicar a usted que, por conducto del señor Tomás Torres de El Paso y por la vía telegráfica del Ferrocarril del Noroeste de México, recibí el siguiente mensaje: “El señor E. Rascón, ministro de la Guerra, ordéname decir a usted lo siguiente: Dispone el señor Presidente de la República suspenda usted toda clase de hostilidades”. Permítame informar a usted que revolucionarios están posesionados de todo el Estado con excepción de la capital. En los lugares inmediatos a ella están concentrándose para entrar aquí armados y formados. Creo que, de concedérseles lo que pretenden, podrán suscitarse dificultades entre federales y revolucionarios. Suplico a usted se sirva darme instrucciones amplias para proceder. Por mi parte, conservo todas mis tropas acampadas fuera de la población y divididas convenientemente para rechazar cualquier ataque en caso de que lo intenten. También recibí un telegrama firmado por E. Rascón en el que, sin clave, me confirma el contenido del que antecede; pero no tengo conocimiento

> de que haya habido cambio de Ministro de la Guerra. Seguimos incomunicados con el País y la tropa sin haberes para el mes próximo.

El telegrama del general Villar era correcto. En la situación en que nos encontrábamos no podía asignarse fe a un mensaje de una oficina telegráfica ferrocarrilera cuya vía estaba en su totalidad controlada por los rebeldes. Existía una clave entre el Cuartel General y la Secretaría de Guerra, ¿por qué no se hacía uso de ella?

El día 31 de mayo llegaron dos parlamentarios rebeldes con bandera blanca. Expusieron ante el general Villar que Pascual Orozco, hijo, se encontraba en El Sauz con 4 mil hombres armados; que en Aldama y en Santa Eulalia se encontraban otras fuerzas revolucionarias, y que, habiéndose firmado un arreglo entre comisionados del general Díaz y del señor don Francisco I. Madero, el señor De la Barra había asumido la Presidencia de la República; que el señor Orozco mandaba participar que haría su entrada a Chihuahua y que lo mismo harían los revolucionarios de Aldama y de Santa Eulalia.

El general Villar se encendió y contestó con violencia a los parlamentarios que mientras el Cuartel General no recibiera órdenes de la Secretaría de Guerra, no permitiría la entrada de las fuerzas revolucionarias a Chihuahua, y agregó:

—Díganle a su jefe que pasará sobre mi cabeza antes de entrar.

Los parlamentarios se retiraron contrariados y el general Villar comunicó a la Secretaría de Guerra lo ocurrido, pidiendo a esta dependencia del Ejecutivo instrucciones precisas sobre el particular.

Y dirigiéndose a mí, el general Villar repetía:

—Pasarán sobre nuestras cabezas, pasarán sobre nuestras cabezas. Ve inmediatamente a todos los cuarteles de caballería y ordena que se afilen los sables.

A pesar de que teníamos comunicación telegráfica por la vía de El Paso, las instrucciones pedidas no llegaban. El silencio de la Secretaría de Guerra a ese respecto era verdaderamente incompren-

sible, pues contestaba mensajes sobre puntos rutinarios y a pesar de que varias veces el general Villar insistió sobre el particular, nunca recibió contestación. ¿A qué se debía ese silencio sobre un asunto de vital importancia, cuando por la falta de instrucciones podía ocurrir un inútil derramamiento de sangre? Misterio.

También los revolucionarios insistían cachazudamente, pero, por fortuna, nunca intentaron entrar a Chihuahua en son de guerra. A cada nueva petición de Orozco, el general Villar repetía que pasarían sobre nuestras cabezas y mandaba sacar más filo a los sables. Él, aunque era infante, tenía la obsesión de los sables.

Veinte días duró aquella situación falsa y peligrosa. Los sables ya parecían navajas de afeitar, y el viejo Remington, soldado verdaderamente cumplido, aunque un mucho chapado a la antigua, estaba dispuesto a hacer honor a su palabra: se hubiera dejado matar antes que permitir la entrada a las fuerzas rebeldes, de no recibir órdenes previas de la Secretaría de Guerra. Aquel honorable, inmaculado, caballero a carta cabal, hubiese cumplido su designio al pie de la letra, mientras la Secretaría de Guerra, en donde probablemente se había infiltrado la política, callaba socarronamente. El general Villar, a pesar de sus manías, era respetable por todos conceptos; su honradez estaba aquilatada por el hecho de haber tenido encomendados, desde hacía muchos años, importantes mandos militares y no disponer de un solo centavo de capital.

Hasta el día 20 de junio se sirvió contestar la Secretaría de Guerra, autorizando al jefe de la Zona para que permitiese la entrada de los revolucionarios a la ciudad de Chihuahua, y el día 21 lo hizo Pascual Orozco, hijo, al frente de más de 3 mil hombres, en medio de aplausos y vítores de toda la población de la capital chihuahuense. Una columna federal de las tres armas, comandada por Eguía Lis, marchó hasta Nombre de Dios, población de los suburbios de Chihuahua, saludó cordialmente a Orozco y, juntas las dos columnas, hicieron su entrada a la capital chihuahuense.

Al mismo tiempo que las fuerzas revolucionarias, hizo su entrada don Abraham González, quien se puso al frente del gobierno del Estado. Tuve oportunidad de tratar muy de cerca a don Abraham con motivo de frecuentes disputas que surgían entre federales y revolucionarios, y encontré en él a un hombre dotado de excepcionales cualidades de ecuanimidad, ponderación y talento. Él había preparado diligente y tenazmente la revolución en Chihuahua. Aún cuando no era un hombre de gran cultura, sí era inteligente, estaba dotado de un gran corazón y tenía excepcionales facultades de organizador.

¡Madero había entrado triunfalmente con aclamaciones de apoteosis a la Ciudad de México desde el día 7 de junio de 1911, y don Abraham González y Pascual Orozco, gracias a la terquedad del general Villar y de la socarronería de la Secretaría de Guerra, sólo pudieron hacerlo hasta el día 21 del mismo mes!

En los últimos días de junio, por la vía telegráfica, se comunicó al general Villar que fui nombrado jefe de Estado Mayor de la 2ª Zona Militar, y que "no siendo esta comisión del Cuerpo de Ingenieros", se me retiraba la gratificación de 60 pesos mensuales que estaba percibiendo. En ello vi la mano del general Palafox. Este, previendo que con la terminación de la campaña debería regresar a México, logró que me extendiesen ese nombramiento que podría retenerme indefinidamente en Chihuahua, y llevó su pequeñez hasta el grado de gestionar el retiro de la pequeña gratificación, única cantidad con que contaba para vivir en Chihuahua, pues al partir de México había solicitado que el pago de mi sueldo radicase en la capital y fuese cobrado por mi esposa.

En mi cargo de jefe del Estado Mayor tenía poco trabajo. De hecho, la mayor parte de las tropas estaba reconcentrada en Chihuahua y no había operaciones militares, pues las hostilidades habían cesado en lo absoluto. Entre otras cosas, me dediqué a estudiar el voluminoso expediente titulado *Operaciones Militares* y quedé verdadera-

mente sorprendido del fárrago de errores cometidos. El tiempo restante lo dedicaba a una función muy molesta que me fue encomendada por el general Villar: asistir en representación suya a infinidad de fiestas y veladas que se daban para celebrar el triunfo de la revolución.

Siempre se me colocaba, por la representación de que estaba investido, al lado de don Abraham González. En honor a la verdad, todos los oradores y todos los participantes en los festivales se mostraron sumamente deferentes y correctos con los soldados que habíamos combatido a la Revolución Maderista. Hasta abundaban los cuadros o alegorías en que aparecían un soldado federal y un soldado revolucionario estrechándose fraternalmente las manos. Pero esas veladas eran mortalmente largas y cansadas, y hubo alguna en la que tuve que oír siete largos discursos… o como quiera llamárseles.

Las calles y las plazas estaban pletóricas de individuos que en sus sombreros llevaban una ancha cinta tricolor. Era el distintivo adoptado por los revolucionarios, y la verdad es que los colores nacionales encuadraban mal con el antipático sombrero tejano; pero cuando el contraste se hizo sentir más marcado fue al mirar transitar por las asfaltadas calles de Chihuahua y al mismo tiempo que los modernos tranvías eléctricos, a un grupo de indios tarahumaras, macizos, hercúleos, que llevaban por único traje, unos, un simple taparrabo, y otros, además de esta elemental prenda de vestir, una camisa de manta, y todos, alrededor de su cabeza poblada de abundante, larga y negra cabellera, un listón tricolor con la leyenda "Sufragio Efectivo-No Reelección". Estos indios, bien musculados, con sus broncíneas carnes al aire, en su totalidad no sabían leer y en su gran mayoría no sabían español. No obstante, se mostraban ufanos con los colores nacionales sobre sus frentes y con la mágica leyenda que llevó al triunfo a un grupo de hombres perseverantes que osaron enfrentarse con el gobernante más fuerte que ha tenido México, y lo habían derrocado.

Capítulo XVIII

Hay que rehacer nuestra historia.— Los héroes homéricos.
Los partes oficiales mentirosos.— Dificultades para entresacar la verdad.
Los expedientes de las operaciones militares. Los efectivos del ejército.
Extensión enorme de la 2ª Zona Militar.
Sus vías de comunicación y la densidad de su población.
Sistema orohidrográfico.— Los problemas de la campaña.
Las campañas dirigidas desde lejos.— Un octogenario asesorado por ignorantes.
Fuerzas militares en Chihuahua y Durango durante la rebelión.
La reducción de efectivos.
La apatía de González Cosío y el desdén olímpico de Limantour.
Diseminación de fuerzas y de esfuerzos.— Bajas en la campaña de Chihuahua.
Iniciación de la Revolución.— Escaramuza que dura 14 días.
Relato sintético de la campaña.— Actividades rebeldes
La muerte del teniente coronel Yépez.— La escaramuza de Pedernales.
El amago a la capital chihuahuense.— El combate de Las Escobas.
La llamada batalla de Cerro Prieto.— Fusilamiento de prisioneros y civiles.
Represalias de los rebeldes.— Los dos nuevos combates de Malpaso.
El helado pueblo de Pedernales.— Los muertos insepultos conservados por el hielo.
Fuerzas procedentes de Sonora.— La línea de Chihuahua a Guerrero, abandonada.
Orozco frente a Juárez.— La indecisión del cabecilla rebelde.
La milagrosa bomba de dinamita.— El combate de Bauche.
El "Consejo Estratégico".
Los combates de la sierra de la Mojina y de San Buenaventura.
El ridículo combate de El Mulato.— Madero entra al País.
A Villar le tocaron puros armisticios.— La toma de Ciudad Juárez.

El poeta Rafael López dijo en cierta ocasión que en México la historia se ha escrito siempre con la espada del vencedor sobre el silencio del vencido; pero para mí la historia patria es un estupendo

tejido de mentiras. Decididamente hay que rehacer nuestra historia, expurgándola de fantasías, de ditirambos y de falsedades. Y para esta labor de depuración y de aproximación históricas serán muy útiles las memorias que escriban todos los mexicanos más o menos capacitados para hacerlo.

A raíz del triunfo de la Revolución Maderista todos los periódicos se hicieron lenguas sobre el arrojo, magnanimidad, valor, talento, saber y bondad de los vencedores. Circularon libros y folletos en que el coronel Hay aparecía como un héroe sobrehumano; en que Roque González Garza queda retratado como estratega superior a Von Noltke; en que Pascual Orozco, hijo, es el tipo del guerrillero austero e invencible. En una palabra, todos los vencedores son figuras homéricas, figuras de epopeya, semidioses.

Por otro lado, los partes oficiales de los jefes militares, en su gran mayoría, están plagados de embustes, y para entresacar la verdad de este fárrago, dedicaré el presente capítulo al estudio de conjunto de la campaña de Chihuahua.

Debo recordar que comencé a ordenar y a completar estas memorias en la Ciudad Eterna, y ahora agregar que escribo estas líneas en Roma en los primeros días del mes de enero de 1913.

Para hacerlo, voy a aprovechar todos los datos que recogí sobre la campaña y los que pude tomar nota en los meses de junio y julio de 1911, cuando desempeñé el puesto de jefe del Estado Mayor de la 2ª Zona Militar, que comprende los estados de Chihuahua y Durango.

Sobre esta campaña se han dicho y publicado miles de mentiras, se ha asegurado que el Ejército federal tenía asignados en los presupuestos haberes para un efectivo de 25 mil soldados y que sólo constaba de 17 mil al iniciarse la campaña, por robarse los jefes militares los haberes de los soldados que faltaban. Se ha afirmado que en la revolución perecieron centenares de millares de mexica-

nos y se han contado miles de fábulas fácilmente digeridas por nuestro pueblo, tan propicio para comulgar con ruedas de molino.

La 2ª Zona Militar comprende aproximadamente el territorio que en las postrimerías de la época virreinal correspondió a la Nueva Vizcaya, es decir, los estados de Chihuahua y de Durango. Chihuahua tiene una extensión de 233,094 kilómetros cuadrados y Durango 98,470 por lo que la extensión de la 2ª Zona Militar abarca 331,564 kilómetros cuadrados. Es una superficie enorme, que casi iguala a la de Italia y Suiza juntas, que tienen una extensión de 337,934 kilómetros cuadrados.

La 2ª Zona Militar posee muy deficientes vías de comunicación y la densidad de población es muy baja. Las líneas férreas son pocas en comparación con la superficie y las carreteras son pésimos caminos de herradura. La parte occidental de los dos estados se caracteriza por las elevadas y casi inaccesibles montañas que los separan de Sonora y de Sinaloa. Es la Sierra Madre Occidental en todo su apogeo, con una infinidad de contrafuertes y de ramificaciones. Las partes central y oriental de Chihuahua son zonas desérticas. La sudeste de Chihuahua y la noreste de Durango están comprendidas en el fatídico Bolsón de Mapimí, singularizado por sus extensas estepas y por la carencia casi absoluta de agua.

Las dificultades de una campaña hecha por tropas regulares, malas, reclutadas a base de leva y con jefes y oficiales o inexpertos o ignorantes y por tropas que no tienen ni un remedo de servicio de administración y que, además, están mal equipadas; las dificultades, repito, tienen que ser casi insuperables. Especialmente cuando las campañas se emprenden contra guerrillas dotadas de una gran movilidad, conocedoras del terreno y ayudadas y apoyadas moralmente por la gran mayoría de los habitantes de la región. Esas dificultades llegan al máximo cuando no hay unidad en el mando y, sobre todo, cuando hay mandones que ordenan desde Chapultepec, y además esos mandones son perfectos ignorantes que nunca han expedi-

cionado con tropas, y ellos son los que asesoran a un octogenario lleno de achaques.

Según el estado de situación de fuerza de la 2ª Zona Militar, en el mes de noviembre de 1910 había en los estados de Chihuahua y Durango: dos generales, 13 jefes, 69 oficiales, 1,340 de tropa, 416 caballos y 77 acémilas. No todos pueden considerarse combatientes, pues de estos hay que descontar el personal burocrático de las oficinas militares, los enfermeros y los enfermos, los músicos que no combaten y sólo sirven de estorbo, el personal de los juzgados militares y el personal del Consejo de Guerra. Descontando los que no podían destinarse a combatir, quedaban en el mes de noviembre, en números redondos, 1,000 efectivos para reprimir un movimiento popular.

En el mes de diciembre de 1910 fueron enviadas algunas tropas a Chihuahua y a Durango, pero no en gran cantidad, pues el estado de situación de fuerza que se forma y se remite a la Secretaría de Guerra en los primeros cinco días de cada mes registra los números siguientes: dos generales, 23 jefes, 98 oficiales, 1,869 de tropa, 727 caballos y 212 acémilas.

En el mes de enero de 1911 el informe sí acusa un fuerte aumento de efectivos, aunque no en la proporción requerida por el incremento de la rebelión y por la extensión superficial de la Zona. Las cifras son las siguientes: cinco generales, 46 jefes, 240 oficiales, 4,842 de tropa, 1,461 caballos y 535 acémilas.

La fuerza con que contaba la 2ª Zona Militar a principios del mes de febrero de 1911 era de cuatro generales, 57 jefes, 326 oficiales, 5,367 de tropa, 1,901 caballos y 625 acémilas.

En el mes de marzo se registró una disminución de efectivos, pues varias corporaciones fueron retiradas a otros estados de la República, aunque también influyeron en esta reducción las bajas ocurridas en combates y las deserciones, que eran copiosas. Las cifras de principios de marzo son: cuatro generales, 237 oficiales, 3,922 de tropa, 2,102 caballos y 304 acémilas.

A principios de abril, nuevo aumento: cuatro generales, 70 jefes, 487 oficiales, 6,377 de tropa, 2,410 caballos y 687 acémilas.

A principios de mayo: 10 generales, 56 jefes, 372 oficiales, 6,028 individuos de tropa, 2,356 caballos y 719 acémilas.

El ejército contaba efectivamente con 17 mil soldados al iniciarse la campaña, pero ello no se debía a la existencia de plazas supuestas, como lo han afirmado algunos. En las postrimerías del gobierno del general Díaz no existían ni en los batallones ni en los regimientos plazas suplantadas; los robos de algunos jefes consistían en la merma del forraje en los cuerpos de caballería y en la merma del rancho en los de infantería. La reducción de efectivos se debía, por una parte, a la ineptitud y desidia del ministro de la Guerra, general González Cosío, y al ahínco de ahorrar del ministro Limantour, quien abrigó siempre para el ejército un olímpico desprecio.

Puede afirmarse que los efectivos destacados en Chihuahua y que ascendieron a más de la tercera parte del total del ejército, cuando llegaron al máximo, fueron insuficientes para combatir a los rebeldes. En efecto, la extensión de los dos estados es enorme y la movilidad de las guerrillas revolucionarias, extremadamente grande. Además de eso, la calidad de las tropas no podía ser peor, los elementos directores pésimos y, para colmo de males, era necesario distraer fuertes contingentes de soldados en las poblaciones de alguna importancia y también para guardar las líneas de comunicaciones. De allí vino una gran diseminación de fuerzas y de esfuerzos. Solamente los puertos fronterizos de Ciudad Juárez y Ojinaga distrajeron durante el mayor tiempo y el más álgido periodo de la campaña alrededor de 2 mil soldados. En la ciudad de Chihuahua la guarnición nunca fue menor de 500 hombres.

Dados los efectivos federales que combatieron en Chihuahua y en Durango, no es cierto, ni podría serlo, que el número de muertos haya sido enorme. Desde el 18 de noviembre de 1910, fecha en que fue atacada la pequeña guarnición federal de Ciudad Guerrero, has-

ta el 19 de mayo de 1911, en que se realizó una escaramuza en Jiménez, se registraron, entre cruentos e incruentos, 70 combates y escaramuzas, comprendiendo en ellos el famoso sitio de Ojinaga, en que hubo tiroteos a larga distancia, pero no se registraron bajas ni por muertos ni por heridos.

La revolución se inició en la sierra de Chihuahua y simultáneamente aparecieron brotes en Parral, en Jiménez, en Ciudad Lerdo y en Cuencamé, estas dos últimas poblaciones pertenecientes al estado de Durango.

El 21 de noviembre fue atacado en Ciudad Guerrero un pequeño destacamento de 62 dragones del 3er Regimiento de Caballería, mandado por el capitán segundo Salvador Ormachea. La pequeña fuerza organizó defensivamente la casa que le servía de cuartel, que se parecía a todas las similares empleadas en la campaña, atenta siempre al vetusto concepto de que la tropa que se encontraba de guarnición en una plaza debía permanecer dentro de sus perímetros, aun cuando las circunstancias aconsejaran la conveniencia de salidas ofensivas sobre el enemigo que se encontraba en sus cercanías.

Esta escaramuza duró 14 días. Los soldados, que habían aspillerado los muros del cuartel, tiraban contra una barda también aspillerada que se encontraba al frente. Tiroteo casi inofensivo dirigido por días y días de aspillera a aspillera. Después de varios días de escaramuza, los rebeldes lograron acercarse a uno de los muros laterales del cuartel y desde allí arrojaron una bomba de dinamita sobre los techos, logrando abrir un gran boquete. Al final, según el parte respectivo, un muerto por cada bando, dispersión de la fuerza federal y abandono en poder del enemigo de 61 carabinas, 400 cartuchos, 63 equipos completos, 61 caballos y dos acémilas.

No es nuestro ánimo hacer un relato circunstanciado de los 70 hechos de armas que, durante seis meses, se registraron en los estados de Chihuahua y Durango. Esta tarea, además de inútil, re-

sultaría pesada y fastidiosa. Pero sí es conveniente hacer una síntesis general, a grandes plumadas, de toda la campaña.

En Parral también se registraron actividades rebeldes el mismo día 21 de noviembre, pues Guillermo Baca tomó esta plaza en la misma fecha, pero se vio constreñido a abandonarla al día siguiente. Reorganizados los rebeldes en la sierra de Santa Bárbara, se internaron a Durango y amagaron después la plaza de Batopilas, en plena Sierra Madre, la que no pudieron tomar por haber acudido a esa región, por la abrupta vía de Álamos y Chínipas, tropas federales procedentes de Sonora mandadas por el teniente coronel Reynaldo Díaz.

Aparecieron también brotes insignificantes en Gómez Palacio, Durango, y hubo persecuciones, más espectaculares que efectivas, en los alrededores de la plaza citada y en el rancho de Sapiori.

Los acontecimientos de Ciudad Guerrero obligaron al mando militar de Chihuahua a enviar dos compañías del 12º Batallón encabezadas por el teniente coronel Pablo M. Yépez. La marcha se hizo por ferrocarril, y al llegar el pequeño destacamento a la estación de San Andrés, fue atacado por revolucionarios parapetados a ambos lados de la vía. Quedó muerto a los primeros disparos el teniente coronel Yépez, que era un jefe pundonoroso y culto. El jefe de los rebeldes en este combate fue Francisco Villa.

La columna, que originariamente constaba de 170 soldados, quedó reducida a 158, y a las órdenes del capitán primero Manuel Sánchez Pasos prosiguió su marcha por ferrocarril hasta Bustillos, y de allí, por tierra, con dirección a Ciudad Guerrero. El 26 pernoctó en Pedernales. Los revolucionarios, que disponían de un excelente servicio de información y espionaje, tuvieron noticias de este movimiento, y de Ciudad Guerrero destacaron un grupo de rebeldes comandados por Epifanio Costa y Pascual Orozco. El grupo revolucionario atacó a los federales en la madrugada del 27 de noviembre de 1910. A los primeros disparos quedó muerto el capitán Sánchez

Pasos, y la tropa, que combatió hasta las tres y media de la tarde, se retiró rumbo a Chihuahua. En el parte oficial respectivo se anotan cuatro muertos y siete heridos, pero el 3 de diciembre se presentaron en Chihuahua el capitán segundo Joaquín Castillo, el teniente Leobardo Manzano y el subteniente Jesús F. González con 28 soldados únicamente. En el parte oficial se dice también que los revolucionarios tuvieron dos muertos. Por noticias que recogí un mes después en Pedernales, puedo asegurar que los revolucionarios hicieron más de 100 prisioneros y se apoderaron de la totalidad de las armas, el equipo y los caballos del destacamento federal.

El mismo día 27 estaba amagada Chihuahua por una pequeña partida de revolucionarios que se acercaron hasta las goteras de la plaza. Desde luego salió una fuerte columna a las órdenes del general Navarro con más de 400 hombres del 20º Batallón y 200 dragones del 13º Regimiento, comandados por el coronel Trucy Aubert. Se registró el combate de Las Escobas, que en los partes oficiales se llama "Combate del Rancho de Rejón". Los rebeldes estaban mandados por Francisco Villa. Aunque Navarro se atribuyó la victoria, el resultado puede calificarse de indeciso, pues hubo muertos en ambos bandos. Navarro no persiguió ni mucho menos deshizo al núcleo rebelde y retrocedió a Chihuahua, dizque a curar a sus heridos. Villa se retiró también de las cercanías de Chihuahua.

Para fines del mes de noviembre se habían registrado movimientos rebeldes en Cuchillo Parado y en Guadalupe y Calvo, lo que obligó al jefe de la Zona a ocupar militarmente estos puntos con destacamentos mandados, respectivamente, por el capitán Vicente Guillén y el teniente Heriberto López.

Hasta el 3 de diciembre salió de Chihuahua una fuerte columna a las órdenes de Navarro, la que después fue reforzada por otra a las órdenes del coronel jefe del 12º Batallón, Emilio López. La columna quedó integrada con el 12º y el 20º batallones, dos escuadrones del 13º Regimiento, 200 hombres del 9º Batallón y 100 hom-

bres del 3er Regimiento y, además, dos piezas de artillería de campaña de 70 milímetros. La misión de esta columna era recuperar Ciudad Guerrero y escarmentar a los rebeldes. Siguió su marcha por Santa Isabel, Carretas, Buenos Aires, Santa Rita y los Llanos, esquivando el paso por los cañones de Cusihuiriáchic y de Malpaso, y el día 11 de diciembre dio el combate de Cerro Prieto. Los rebeldes estaban comandados por Francisco Salido, Pascual Orozco, Epifanio Coss y José de la Luz Blanco. La victoria quedó por parte de los federales, los que tuvieron 14 muertos y 29 heridos. Fue muerto en el campo el jefe de los rebeldes, Francisco Salido, y fusilados todos los prisioneros y muchos vecinos pacíficos.

Este proceder de Navarro, contrario a las leyes de la guerra y de la humanidad, originó una represalia igualmente reprochable: el fusilamiento de los prisioneros que se encontraban en poder de los rebeldes en Ciudad Guerrero, la mayor parte de ellos empleados civiles del Estado y de la Federación. Los ajusticiados fueron los siguientes: Urbano Zea, jefe político del Distrito de Guerrero; licenciado Martín Norman, juez del Ramo Civil; Manuel Patiño Suárez, inspector de Correos; Genaro Sánchez Aldana, Jesús y Fernando Anaya y Germán y Lázaro Espejo. Ordenó estas ejecuciones el jefe político del Distrito de Guerrero puesto por los revolucionarios, Abraham Oroz, comerciante de la localidad.

Después del combate de Cerro Prieto, el general Navarro permaneció inactivo con sus tropas en ese lugar por cuatro días, y no fue sino hasta el 15 de diciembre cuando marchó a Pedernales, registrándose al día siguiente un reñido combate.

En la fecha citada, el coronel Trucy Aubert recibió orden de Navarro de posesionarse de las alturas del cañón de Malpaso, que estaban ocupadas por el enemigo, con el fin de proteger a una columna que, a las órdenes del coronel Martín L. Guzmán, venía a reforzarlo y a restablecer su línea de comunicaciones, cortada únicamente en el referido cañón. Pedernales está situado en la salida

occidental de este y hay únicamente cuatro kilómetros de distancia entre Pedernales y la estación de Malpaso, que es donde el cañón se estrecha más. Al pretender Trucy Aubert entrar por el lado occidental, fue atacado por los revolucionarios y el combate se generalizó, entrando en acción todas las tropas de Navarro. No hubo persecución. La acción de armas puede considerarse como un fracaso de los federales, pues no realizaron su objetivo: la posesión de las alturas del cañón de Malpaso, que siguieron en poder de los revolucionarios. Por parte de los federales hubo 12 muertos y 29 heridos; de los rebeldes quedaron en el campo 44 muertos.

El fracaso de Pedernales, el día 16, trajo consigo la derrota de Guzmán en el cañón de Malpaso el 18 del mismo mes, de la que antes he hablado ampliamente por haber sido actor en ella. A pesar de la corta distancia entre la estación de Malpaso y Pedernales, Guzmán no fue auxiliado por las tropas de Navarro, pues aunque el viejo general envió una columna a las órdenes del coronel Emilio López, este nunca llegó al campo de la lucha.

Después del fracaso de Guzmán, la columna que estaba a sus órdenes se retiró a Bustillos y la columna de Navarro continuó en Pedernales, esperando, según dijo en el parte, que se restableciera su línea de comunicaciones con Chihuahua. Esta línea estaba cortada solamente en el cañón de Malpaso y él pudo y tenía elementos suficientes para restablecerla. Navarro dice en el parte que rindió, que urgía restablecer la línea de comunicaciones, porque ya resentían sus tropas la carencia de algunos víveres y municiones; que la fuerza estaba municionada a razón de 70 cartuchos por plaza y "sin poder moverse por la mucha impedimenta que tenía, por los heridos y por ser su campamento el más apropiado para estar a la expectativa de la protección del ya referido convoy de Guzmán por el cañón de Malpaso".

Pedernales, que, como ya se dijo, está situado en la entrada occidental del cañón, es un poblado miserable de casuchas de piedra

en donde sopla siempre un viento huracanado. Muy cerca, a menos de dos kilómetros, se encuentra la división continental de aguas. Pedernales está a 2,259 metros sobre el nivel del mar. Allí se registran en el mes de enero temperaturas muy bajas, hasta de 18º Celsius bajo cero, y esta temperatura es mucho más molesta por los vientos encajonados procedentes del cañón.

La Secretaría de Guerra, seguramente alarmada por el descalabro del cañón de Malpaso, ordenó que en Torreón se organizase a las volandas una columna que puso a las órdenes del coronel Manuel Gordillo Escudero, para que marchara a Bustillos. Esta columna tenía el efectivo siguiente: cuatro oficiales, 89 de tropa, dos caballos y 10 acémilas de la Compañía de Ametralladoras, procedentes de Monclova, Coahuila: un jefe, tres oficiales, 96 de tropa y un caballo del 17º Batallón: cuatro oficiales y 98 de tropa del 9º Batallón, y dos oficiales y 43 de tropa del 23º Batallón. Para una columna de menos de 500 efectivos se mandaban hombres de cinco corporaciones diferentes. Después, salió de Chihuahua otra columna a las órdenes del general Luque integrada por 500 hombres del 10º Batallón —que mandaba el mismo general Luque—, 126 de artillería, dos morteros, dos ametralladoras, una sección de transportes a lomo de mula y 300 mil cartuchos.

Ya hemos referido en páginas anteriores cómo el general Luque llevó a cabo su cometido, esquivando un encuentro con los rebeldes, para incorporarse a las fuerzas del general Navarro. Estas se encontraban plácidamente en Pedernales disfrutando del espectáculo macabro de cerca de 40 cadáveres del enemigo, que desde hacía más de 12 días yacían en las campiñas yermas de los alrededores, perfectamente bien conservados por la temperatura glacial que reinaba en aquellos contornos, más piadosa que los hombres, que no habían tenido siquiera el gesto de darles humilde sepultura.

Era necesario restablecer las comunicaciones con Chihuahua y acabar con la insolencia de los revolucionarios que estaban posesionados del desfiladero de Malpaso, casi en nuestras propias narices.

Esta misión se encomendó al coronel Manuel Gordillo Escudero, jefe de diminuta estatura que hablaba mucho y aprisa quizá por este hecho era conocido en el ejército con el mote de “El Mosco”— y que, además, era muy afecto a los partes campanudos. El día 28 de diciembre desempeñó su cometido a entera satisfacción, pues llevando a sus órdenes 500 hombres entabló un combate en La Ciénega, hizo huir al enemigo posesionado de las alturas del cañón y limpió el desfiladero de rebeldes, estableciendo destacamentos en La Ciénega y en Casa Colorada. La operación costó a los federales siete muertos y 29 heridos. La vía, que tenía sólo ligeros desperfectos, fue reparada el día siguiente y el 30 de diciembre de 1910 corrió el primer tren entre Chihuahua y Pedernales y se pudieron llevar las provisiones que se habían quedado en San Antonio de los Arenales, confiadas al cuidado de un destacamento de 200 hombres a las órdenes del teniente coronel Zenón Noriega.

Las comunicaciones con Chihuahua quedaban aseguradas con fuertes destacamentos en Santa Isabel y San Andrés, guarnecidas por tropas del 2º Cuadro de Regimiento, que estaba a las órdenes del teniente coronel Agustín Martínez, además de los que habían sido establecidos recientemente en San Antonio de los Arenales, Casa Colorada y La Ciénega.

En el mes de diciembre ocurrieron hechos de armas de poca importancia en el sur de Chihuahua y en el norte de Durango, en donde se dejaron sentir las actividades de grupos rebeldes encabezados por Guillermo Baca y Maclovio Herrera. Hacia el oriente del estado de Chihuahua fue destacado el coronel Alberto Dorantes con el 2º Regimiento de su mando, compuesto de dos jefes, 13 oficiales, 324 de tropa y 323 caballos, llevando, además, 35 hombres montados del 14º Regimiento, dos oficiales, 26 de tropa y cuatro caballos y dos ametralladoras. El coronel Dorantes, reforzado por el 3er Regimiento, que estaba a las órdenes del capitán Guillén, ocupó militarmente Ojinaga, situado en la confluencia de los ríos Bravo y

Conchos, la antigua "Junta de los Ríos", como se le llamaba en la literatura militar de la época del virreinato. Desde allí salió a combatir a los rebeldes que se encontraban en las cercanías de Ojinaga y ocurrieron dos encuentros insignificantes: uno en el rancho de Venegas y otro en el pueblo del Mulato, situado sobre el río Bravo, a 36 kilómetros al sudeste de Ojinaga. En el combate tuvo la fuerza federal siete muertos y tres heridos, y fue rechazada.

Por la parte noroeste del estado aparecieron gavillas rebeldes y fue enviado un destacamento a Casas Grandes a las órdenes del teniente coronel Julio M. Cervantes. En Janos se registró una escaramuza en la que perdió la vida Práxedes Guerrero, gran idealista, poeta y agitador, que estuvo mucho tiempo al lado de los Flores Magón.

Entre tanto, el teniente coronel Reynaldo Díaz expedicionaba por la Sierra Madre con cerca de 400 hombres de buenas tropas avezadas a la campaña, pues estaban integradas por fuerzas del 28º Batallón y de Nacionales de Sonora, que provenían de este estado y habían hecho la campaña del Yaqui. Estas tropas recorrían la línea Guazapares, Santiago, Bahuina, Huiteco, Arepunapuáchic, Ojitos y Estación Creel. Esta fuerza, que expedicionaba en el corazón de la Sierra Madre Occidental, estaba destinada a perseguir y cortar la retirada de los rebeldes que desalojara el general Navarro del Distrito de Guerrero y, conforme a un plan muy bien concebido del general Hernández, jefe de la 2ª Zona Militar, las mencionadas fuerzas deberían obrar en combinación con las de Navarro. Desgraciadamente, este plan no llegó a realizarse, pues las fuerzas de Navarro no sólo no se pusieron nunca en contacto con las de Díaz, pero ni siquiera llegaron a ponerse en comunicación.

Ya he detallado la marcha de Navarro a Ciudad Guerrero, quien dejó fuertes destacamentos en Pedernales y en La Junta, para asegurar su línea de comunicación con Chihuahua; también he relatado la inactividad de este jefe en las márgenes del Papigóchic y su

excursión hasta Tejolocáchic, de donde debía seguir para Madera y quizás hasta Casas Grandes y ponerse en contacto con las fuerzas del teniente coronel Reynaldo Díaz, y el regreso a Chihuahua, primero, de una parte de la columna de Navarro y después de toda ella, levantando a su paso los destacamentos establecidos sobre la vía del Ferrocarril del Noroeste. ¿Qué ocurría? ¿Por qué, de una manera intempestiva, se abandonaba en poder de los rebeldes la línea de Chihuahua a Ciudad Guerrero, que había costado tanto trabajo y tanta sangre recuperar?

Había pasado que los revolucionarios, ahora comandados por Orozco en virtud de la muerte de Salido, a pesar de su audacia comprendieron que tendrían que resentir grandes pérdidas en esa comarca para mantener latente el fuego de la rebelión; se cercioraron de que disponían de pocos cartuchos y, sabedores de que en Ciudad Juárez existía solamente una pequeña guarnición que no llegaba a 200 soldados, intentaron un golpe que habría de ser de resonancia y que les facilitaría, además, su reaprovisionamiento de cartuchos. Por esta causa, a fines de enero, Pascual Orozco, hijo, reunió a la mayor parte de sus fuerzas, hizo una marcha rapidísima por la sierra hasta llegar sobre la vía del antiguo Ferrocarril Central a la altura de Estación Gallegos, situada a 139 kilómetros al norte de la ciudad de Chihuahua. Allí se apoderó de dos trenes de pasajeros y uno de carga, cortó la comunicación telegráfica y, por ferrocarril, emprendió una rápida marcha hacia el norte, hasta Villa Ahumada, en donde hizo rendirse y entregar sus armas a un cuerpo de 25 guardias fiscales que se encontraban de destacamento en el citado lugar. El 2 de febrero se presentó en las goteras de Ciudad Juárez, habiendo dejado gente que a su retaguardia destruyera grandes tramos de vía y volara con dinamita muchos puentes y alcantarillas. El arribo de Orozco a Ciudad Juárez causó un pánico enorme entre las autoridades militares. Todos los mandones perdieron la serenidad, excitados, sin duda, por la importancia que dio a esta aproximación

de Orozco la prensa norteamericana, y hasta llegó a asegurarse que su presencia en las cercanías de Juárez se debía al deseo de facilitar la entrada al país a don Francisco I. Madero.

Orozco pudo dar, con buen éxito, un golpe de mano a Ciudad Juárez, pero perdió el tiempo, mostró indecisión, le faltó energía y se contentó con hacer labor de exhibicionismo ante los corresponsales y fotógrafos de la prensa americana. La orden para que Navarro con toda su columna marchara en auxilio de Ciudad Juárez, no emanó del general Hernández, jefe de la Zona, quien en muchas ocasiones mostró su inconformidad con ella. Esa orden partió de Chapultepec y fue firmada, como muchas similares, por el general Porfirio Díaz.

El 1 de febrero, el coronel Tamborrel, jefe de la guarnición de Ciudad Juárez, al conocer la aproximación de las fuerzas de Orozco, mandó un destacamento de dragones a las órdenes del teniente coronel Manuel G. Pueblita, con instrucciones de volar con dinamita algunos tramos de vía al sur de Juárez e interceptar el paso de los convoyes que transportaban las tropas de Orozco. Aunque el parte oficial respectivo asienta que las fuerzas de Pueblita volaron un tramo de vía, esto no es cierto, pues el mismo Pueblita, que era un jefe culto y valiente, me refirió después en Ciudad Juárez sus congojas y penas en el desempeño de esta comisión.

Y su relato, que estimo verídico, fue el siguiente: Al llegar al lugar escogido para la detención de los convoyes de Orozco, colocó una bomba de dinamita sobre la vía, que debería hacer explosión al paso del convoy, pues no estaba conectada con un explosor eléctrico ni provista de cañuela. Hecho esto, se apostó con su gente en las cercanías de la vía y una hora después, a las ocho de la noche, en la lejanía vio acercarse a toda velocidad un tren de pasajeros con las luces encendidas, dándose cuenta que en él venían viajeros civiles y no soldados. Me refirió que por breves instantes su ansiedad y su preocupación fueron enormes. Pasó por su imaginación la voladura

de hombres, mujeres y niños inermes. Sintió el peso de una inmensa responsabilidad y el desprestigio que caería sobre él, que había procurado siempre tener una hoja de servicios intachable. Pero aquel tren que, efectivamente, llevaba pasajeros, pasó raudo sobre la bomba de dinamita con fuerte carga de explosivo. En seguimiento de este tren venía otro de carga y después otro, este sí repleto con los soldados de Orozco. Al pasar el de carga hizo explosión la bomba que, providencialmente, por un verdadero milagro, no había funcionado al paso del primer tren de pasajeros, que llegó a Juárez sin novedad y sin que los viajeros se dieran cuenta del terrible peligro que habían corrido.

La explosión hizo grandes estragos entre los soldados de Orozco, resultando muchos muertos y lesionados. La vía quedó destruida y, además, obstruido el tráfico por el material disperso. Los efectos de la explosión alcanzaron también a los soldados federales, de los que resultaron cuatro individuos de tropa gravemente heridos y uno muerto.

Esta voladura mermó la confianza de los soldados de Orozco y retardó su llegada a Ciudad Juárez y el asalto a esa plaza, dando tiempo al arribo del coronel Rábago, que se encontraba en Casas Grandes, quien, rápidamente y por la fuerza, se apoderó de dos convoyes ferrocarrileros y con 400 soldados llegó hasta Estación Bauche, en las cercanías de Juárez. En este punto batió a los rebeldes e hizo su entrada a la plaza amagada.

Juárez, de hecho, estaba salvada con el refuerzo de Rábago. Ya desde entonces, Orozco se contentó con efectuar varios alardes de fuerza y de exhibicionismo; pero a pesar de ello, el día 4 de febrero de 1911, en la misma fecha en que ocurrió el combate de Bauche, la columna del general Navarro salió de Chihuahua con dirección a Juárez, a donde llegó el día 15 de ese mes. Orozco permaneció en las cercanías de Juárez hasta el día 12 de febrero, pero sintiendo que su situación era precaria e insostenible por el arribo de Rábago

y por la aproximación de Navarro, decidió retirarse hacia el sur, sin esperar la incorporación de un llamado "Consejo Estratégico" que habían organizado en El Paso, Texas, don Francisco I. Madero y don Abraham González. La junta que tenía ese pomposo nombre estaba integrada por el italiano José Garibaldi, Raúl Madero, el ingeniero Rafael Aguilar Olmos, Octavio Morales —estos dos últimos ex alumnos del Colegio Militar de Chapultepec—, Roque González Garza y Salvador Gómez. Después se agregó al "Consejo Estratégico" Manuel García Vigil, también ex alumno del Colegio Militar.

Durante los primeros meses de 1911 hubo tiroteos insignificantes: en la región de Ojinaga, en los que tomaron parte las fuerzas que estaban a las órdenes de Luque; en la región de Parral y Balleza, las fuerzas del teniente coronel Juan de Dios Arzamendi; en la región de Guazapares, las fuerzas del teniente coronel Díaz, y en la región de San Buenaventura y Galeana, las fuerzas que dependían del coronel Rábago, que se encontraba en Casas Grandes.

Pero además de los movimientos de Navarro y de Luque, del combate de Rábago y de los amagos de Orozco a Ciudad Juárez, hubo de notable en el mes de enero de 1911 el arribo a Chihuahua de dos corporaciones militares: el 18 de ese mes llegó el 14º Regimiento a las órdenes de su jefe, el coronel Escudero, y el 25 llegó el 18º Batallón a las órdenes de su comandante, el coronel Agustín A. Valdés. Apenas arribadas estas corporaciones, se formó una columna de 406 hombres del 18º Batallón y 202 dragones del 14º Regimiento, con dos cañones de montaña y dos ametralladoras, la que fue puesta a las órdenes del coronel Antonio M. Escudero. Esta columna salió por ferrocarril hasta Estación Gallego, y desde allí por tierra hacia el noroeste del estado, en donde se hicieron sentir algunas actividades rebeldes, probablemente de los revolucionarios que hizo mover Pascual Orozco, hijo, para preparar su amago a Ciudad Juárez. En todo caso, estas fuerzas contaban con efectivos poco numerosos y no podían estar comandadas personalmente por el

mismo Orozco que, a fines de enero, se encontraba con la mayor parte de los rebeldes de Chihuahua en Estación Gallego. De allí inició sus amagos contra la plaza fronteriza de Ciudad Juárez. Pues bien, en el archivo de la 2ª Zona Militar pude ver sendos partes, duplicados y no coincidentes, de combates en la sierra de la Mojina y en el pueblo de San Buenaventura y el cerro de la Cantera, subscritos por los coroneles Escudero y Valdés, y efectuados, respectivamente, el 27 de enero y el 31 del mismo mes. Según estos partes oficiales, en el primero de los combates referidos, los federales desalojaron a los rebeldes de sus posiciones de la sierra de la Mojina, a costa de 34 muertos y 19 heridos, agregando que los rebeldes estaban comandados por Pascual Orozco, padre, y Pascual Orozco, hijo, y que el primero de ellos quedó muerto en el campo de batalla.[18] Lo cierto es que en el parte definitivo se asienta que los rebeldes abandonaron el campo y que los federales, por falta de agua, lo abandonaron también, y no fueron a levantarlo sino dos días después. Siendo el jefe de la columna el coronel Escudero, a él únicamente correspondía rendir el parte del combate, pues al coronel Valdés incumbía rendir a Escudero un parte circunstanciado de la participación que en dicho combate tomaron las fuerzas a sus órdenes. A pesar de que esto era lo debido, hay dos partes del combate de la sierra de la Mojina y los dos discrepan entre sí de una manera grosera y burda.

El combate del cerro de la Cantera y San Buenaventura se efectuó el 31 de enero; los federales sufrieron 39 bajas: 14 muertos y 25 heridos. De ese hecho de armas hay también dos partes discrepantes, aunque en esta escaramuza sí puede asegurarse que los federales realizaron su objetivo, ocupando San Buenaventura y después Casas Grandes.

[18] Todavía en enero de 1913, fecha en que pongo en orden mis apuntes, vive Pascual Orozco, padre, a quien se "mató" en los partes oficiales del combate de la sierra de la Mojina.

Siguió la inactividad casi absoluta de las fuerzas que quedaron a las órdenes de Navarro en Ciudad Juárez; ir y venir de columnas a las órdenes de Rábago, de Escudero, de Gordillo, de Reynaldo Díaz y de Arzamendi; marchas a locas, sin ton ni son, sin objetivo determinado, sin liga con las otras fuerzas, sin que hubiese un plan de campaña. A mediados de febrero, Navarro hizo una salida de Ciudad Juárez y llegó al vecino poblado de Guadalupe, sobre las márgenes del Bravo, se cercioró de que allí no había rebeldes y se regresó a Juárez. Luque, a quien de seguro remordió la conciencia por su inactividad en Ojinaga, preparó y llevó a efecto una expedición ridícula sobre El Mulato, en donde, según asegura en el parte respectivo, existía una partida de revolucionarios, cuyo número fluctuaba entre 300 y 600, al mando de los cabecillas José de la Cruz Sánchez, Manuel Benavides y Toribio Ortega. En el extenso, difuso y casi ininteligible parte oficial, Luque asegura que después de combatir al enemigo todo el día 8 de febrero y unas horas del 9, hubo de retirarse a Ojinaga, haciendo cinco muertos al enemigo, teniendo los federales ocho muertos y nueve heridos. El general Luque tomó posiciones para atacar a los revolucionarios y se nota, en todo el contenido del parte, la preocupación constante de este jefe para asegurar su línea de retirada, que resolvió al fin por las consideraciones que verá el curioso lector. Dice de esta guisa el general Luque:

> A las ocho de la noche determiné retirarme, y para no dejar abandonada por mucho tiempo la plaza de Ojinaga, única de relativa importancia en un radio de 80 leguas, emprendí mi marcha; pero habiendo tenido conocimiento en esos momentos que los revolucionarios habían enarbolado poco antes tres banderas blancas, regresé a ocupar el lugar donde había permanecido durante el día y en la misma disposición, con la excepción del capitán Muñoz, con el objeto de conocer al siguiente día qué era lo que se pretendía por parte del enemigo. La noche se pasó sin ninguna novedad.

El general Luque reflexionó hondamente toda la noche y dispuso que muy temprano, antes de que hubiera luz, se diera agua a la caballada y a las acémilas, para que no fueran tiroteadas por el enemigo… y siguieron sus reflexiones y vacilaciones hasta las cuatro de la tarde. De ellas son eco fiel sus mismas palabras, que reproduzco íntegras para que los lectores se den cuenta de la calidad de los generales de nuestro ejército. Dice Luque:

> Por otra parte, había que pensar detenidamente en los resultados antes de comprometerse de una manera definitiva en una empresa cuyo éxito era dudoso, teniendo en consideración que, si triunfaba, sería tan cara la victoria que la columna quedaría reducida quizás a la mitad de su efectivo, y, por consiguiente, imposibilitada para prestar cualquier otro servicio de mayor importancia en un caso dado, teniendo en consideración la gran distancia a que se encontraba para poder recibir con toda oportunidad auxilios. Además, viendo con la debida prudencia el resultado práctico que se obtuviera de la ocupación de El Mulato, en las condiciones que ya se han mencionado, se llegó al convencimiento de que era más conveniente retirarse que comprometer a nuestras tropas a un asalto que el enemigo sostendría con todo brío, pues contaba con el capital moral de que a los 100 metros tenía el río Bravo, que, una vez pasado, su castigo sería imposible.

Y el general Luque se estacionó en Ojinaga hasta el fin de la campaña, inmovilizando en lo absoluto a un buen contingente de soldados que, según el mismo general, soportaban el quimérico "Sitio de Ojinaga", el cual duró 52 días y en el que no hubo una sola baja ni por parte de los sitiadores ni por parte de los sitiados. Y para movilizar a Luque de Ojinaga a Chihuahua fue necesario enviar una columna a las órdenes de Gordillo Escudero, con el objeto de que lo protegiese en su marcha.

A mediados de febrero de 1911, Madero, que desde su fuga de la prisión de San Luis Potosí había permanecido en Estados Unidos, primero, organizando expediciones infructuosas sobre el territorio de Coahuila, y después, oculto, por pesar sobre él una orden de

aprehensión de las autoridades norteamericanas por el cargo de violación de las leyes de neutralidad, decidió regresar a territorio patrio, lo que efectuó el 14 de febrero, cruzando el río Bravo en las cercanías de Guadalupe, y pasando por San Agustín, rancho de Arenas, Las Tinajas, Los Charcos de Grado y Papalotes, llegó a San José, sobre la vía del antiguo Central, haciendo su marcha por ferrocarril desde este último punto hasta Ahumada, habiendo llegado al dicho lugar el 21 de febrero. De allí siguió por Álamo de Peña y San Lorenzo, para llegar a San Buenaventura el día 1 de marzo, en donde perdió el tiempo permaneciendo los días 2, 3, 4 y 5 del mismo mes, ocupado en hacer propaganda electoral y enviando tan sólo al ingeniero Hay al puerto del Chocolate con 100 hombres a practicar una exploración sobre el enemigo, que se encontraba acantonado en Casas Grandes.

El 5 de marzo emprendió el grueso de la columna de Madero la marcha hacia Casas Grandes y al día siguiente combatió en este lugar en la forma y con los resultados que se han detallado con anterioridad.

Ya hemos referido los principales combates efectuados en los meses de febrero, marzo y abril. Y del fárrago de partes de operaciones, la mayoría de ellos confusos y todos bombásticos, sólo se puede entresacar que los movimientos parecían ordenados por locos; se nota un ir y venir de las columnas sin objeto determinado; se observa el estacionamiento prolongado de otras en puntos sin importancia. Seguía encaramado en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental el teniente coronel Díaz, dizque defendiéndose de las acometidas de centenares de rebeldes; el jefe de una fracción de Guardia Nacional de Sinaloa, un tal Santiago Rivero, que se hacía llamar médico y según se decía era sólo curandero, rindió numerosos partes en que aseguraba que a bordo de un tren blindado había ametrallado a muchas partidas de rebeldes, que eran realmente rebaños de cabras; el teniente coronel Arzamendi y el coronel Téllez tenían un

sinnúmero de encuentros en el sur de Chihuahua. Coincidiendo con la llegada del general Villar, comenzaron las negociaciones de paz y poco después los armisticios, haciendo exclamar al viejo Remington:

—¡A mí me han tocado puros armisticios!

Dichos armisticios culminaron con la toma de Ciudad Juárez, en la que, según el parte oficial del general Navarro, los federales tuvieron 35 muertos y 36 heridos y "las pérdidas del enemigo, según datos de distintas fuentes, ascienden a más de 400 muertos y 200 heridos".

Estos fueron los informes más importantes que pude entresacar de todos los partes oficiales rendidos al Cuartel General de la 2ª Zona Militar y que he considerado útil extractar aquí, quitándoles mucha paja.

Capítulo XIX

Convivencia de federales y rebeldes en Chihuahua.
Las tribulaciones de un futuro historiador.
La vanidad y los remordimientos de los jefes militares.— Asediado por los generales.
La indiferencia de Escudero.— Las hazañas de Luque.
Las proezas de Gordillo Escudero.— Los actos de Eguía Lis.
Los heroísmos de Valdés.— Una notable marcha de Rábago.
El prognatismo de Orozco.— Un secretario parlanchín.— Las apologías de Hay.
Un luchador homérico.— Un cautivo "altivo y calenturiento".— La astucia de Hay.
Una fuga que es una odisea.— Hay, ejemplo de desinterés y de altruismo.
Un Bayardo mexicano.— Exaltación que traspasa los límites de la audacia y del pudor.
Un émulo de Tartarín de Tarascón.— La firmeza de principios de Hay.
Una anécdota de Obregón. Un plan de ataque que es un proyecto de ley electoral.
La marejada que sacudió al país.— Una renuncia llorona.
El gabinete del do de pecho.— De la Barra, Presidente de la República.
El nuevo gabinete.— Dinero dejado por la administración del general Díaz.
Gastos exiguos en la campaña.— El "Ipiranga".
Las tropas federales abandonan la ciudad de Chihuahua.
Guarniciones de antiguos rebeldes.— Regreso a México.
De nuevo en el Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra y Marina.
Desarrollo vertiginoso de los acontecimientos.

En los meses de junio y julio de 1911, la fuerte guarnición federal de Chihuahua convivía penosamente con los numerosos grupos revolucionarios llegados a la ciudad. Había más de 3 mil federales y más de 5 mil revolucionarios. Todos los rebeldes ostentaban ufanos en sus sombreros un ancho listón tricolor. El número de estos aumentó rápidamente en razón directa con los éxitos de los rebeldes y a la hora del triunfo se quintuplicó o quizás se decuplicó. Mi

misión se concretó durante este tiempo al desempeño de los servicios rutinarios del Cuartel General, a arreglar amistosamente con el nuevo gobernador, don Abraham González, las dificultades y reyertas que surgían entre revolucionarios y federales, a soportar las fiestas y los homenajes que se repetían con alarmante frecuencia en honor de los vencedores, y a tomar apuntes sobre la campaña, leyendo y releyendo detenidamente los voluminosos expedientes relacionados con las operaciones militares.

Pero la suerte me deparaba un nuevo suplicio. Había muchos generales en Chihuahua y todos ellos y los jefes de corporaciones tenían que acudir diariamente al Cuartel General, a las 12 de la mañana, a rendir parte de novedades y a tomar órdenes. Algunos llegaban temprano y entraban a mi oficina a esperar la hora de la cita, para presentarse al general Villar. Yo debía estar junto a este general a la hora del parte, pero mientras sonaban las 12, atendía a los jefes que acudían con anticipación, tratándolos con el respeto y las consideraciones que se deben a los superiores jerárquicos.

Pero, cierto día, ocurrió que el general Gordillo Escudero que, además de pequeño de cuerpo, era parlanchín y curioso, llegó a la cita con demasiada anticipación y mirando que yo hojeaba algunos expedientes y hacía anotaciones, me preguntó:

—Mi teniente coronel, ¿qué está usted haciendo?

—Hago anotaciones, mi general, sobre las operaciones militares registradas en la última campaña —le contesté.

Y Gordillo Escudero, picado, inquirió de nuevo:

—¿Con qué objeto?

—Para escribir algún día la historia de la campaña, si tengo tiempo y oportunidad de hacerlo.

Esta indiscreción me fue fatal. El día siguiente, todos los generales y jefes de corporación me invitaron a tomar una copa, después del parte. Ante mi renuencia a entrar a cantinas, me explicaron que ellos no iban a cantinas, pues en una dulcería propiedad de un fran-

cés, situada en la calle principal, se reunían diariamente y allí tomaban un excelente coñac.

Accedí y me di cuenta de inmediato del móvil que había impulsado a aquellos jefes a invitarme a sus "encerronas", pues, casi a quemarropa, Trucy Aubert, que era muy vanidoso, me espetó esta pregunta:

—Conque, mi amigo, ¿está usted escribiendo la historia de la campaña?

Gordillo Escudero, el locuaz "Mosco", les había referido el hecho de que yo hacía anotaciones sobre las operaciones militares de la campaña que acababa de terminar, y esta noticia había causado cierto escozor e inquietud en algunos, cierto remordimiento en otros, y el deseo de que fueran cantadas sus proezas reales o imaginarias en todos. El hecho es que se atropellaban para prodigarme atenciones y desde luego pude darme cuenta de que, a pesar de mi inferioridad jerárquica, era el personaje central de aquella reunión.

Con Trucy Aubert que, aunque inculto era valiente, había llevado siempre relaciones muy cordiales, y con deferencia le contesté:

—Aún no comienzo a escribir la historia de la campaña. Tengo intenciones de hacerlo y para ello me estoy documentando concienzudamente.

Desde aquel momento y a partir de aquel día, todos los generales, con excepción de Escudero, no me dejaban ni a sol ni a sombra. Todos, especialmente Luque, a porfía pretendían darme datos exactos sobre cada una de las disposiciones y combates, que ellos llamaban pomposamente batallas y maniobras tácticas, con las que habían logrado vencer a los enemigos, siempre superiores en número. Tenía que apechugar con el relato de hechos, la mayoría falsos, descomunalmente heroicos.

Luque se distinguía entre ellos. Había resistido un sitio de 52 días, comparable con los de Sagunto y Zaragoza, y había efectuado una marcha por el desierto, entre Chihuahua y Ojinaga, digna de un

canto de Jenofonte. Los asaltos a las posiciones de El Mulato, a fortificaciones levantadas sobre picos enhiestos, acantilados, que tenían su retaguardia y sus flancos defendidos por el río Bravo, habían necesitado una preparación acuciosa, una vigilancia extremada, un valor a toda prueba, y constituían un modelo y una enseñanza para el ataque de plazas fortificadas. En sus múltiples peripecias no había faltado una extraordinaria granizada en que los pedruscos alcanzaron el tamaño desmesurado de un huevo de gallina.

El pequeño Gordillo Escudero tenía un capricho loco y decidido de ilustrarme sobre sus hazañas. Para Gordillo Escudero, los dos hechos de armas capitales en el desarrollo de la campaña habían sido el tercer combate de Malpaso, dirigido por él, y que fue una verdadera victoria en la que se lograron los objetivos señalados, lo cual es cierto, y el combate de la cuesta del Gato, en el camino entre Ojinaga y Chihuahua, cuando venía escoltando a Luque y protegiendo innecesariamente la marcha de una columna superior en efectivo a la suya. Esto último era una andaluzada de Gordillo Escudero, pues el decantado combate sólo puede considerarse como una escaramuza sin importancia.

Eguía Lis afirmaba que él había ganado la acción de Casas Grandes, ya que, habiendo sido herido García Cuéllar antes de las 12 de la mañana, y habiéndose retirado de la dirección del combate, él asumió el mando de la columna, tocándole derrotar al enemigo. En esto había una gran dosis de verdad. Valdés, por su parte, se deshacía en elogios sobre su participación en los combates de la sierra de la Mojina y cerro de la Cantera, cerca de San Buenaventura. Sus tropas, desde el primer momento, "habían coronado las alturas" y desalojado de ellas a los rebeldes parapetados. El número de muertos del enemigo había sido enorme. En el combate de Casas Grandes no fue necesaria la participación de la columna comandada por García Cuéllar, pues, cuando llegó esta, ya él había derrotado por completo al enemigo, que se desbandó en todas direcciones. En

el combate del Ojo de la Laguna había salvado el convoy que escoltaba y había arribado a Chihuahua con la formidable impedimenta íntegra y con todos los prisioneros de guerra, sin que faltara uno solo.

Rábago se reía cachazudamente al oír los relatos de heroísmo tan grande y de tantas proezas; se burlaba de todos, principalmente de Gordillo Escudero y de Luque, y en pocas palabras me refirió su participación en el combate de Bauche, que salvó a Ciudad Juárez, y la rápida y notable marcha de Casas Grandes a Juárez, la cual constituyó un verdadero ejemplo de energía y de espíritu del cumplimiento del deber.

Soporté por dos o tres días con verdadera resignación aquella interminable andanada de heroísmos, pero después me excusé con miles de pretextos y ya no volví a acompañar a nuestros generales en sus reuniones. Tarea inútil, Luque y Gordillo Escudero me asaltaban hasta en la modesta casa de huéspedes en donde estaba alojado y tenía que oírlos por fuerza. Ya soñaba en el famoso sitio de Ojinaga, el de más celebridad en el mundo según Luque, y, en mi opinión, el más singular: 52 días de sitio sin que se registrara una sola baja.

Días después de la entrada de Orozco a Chihuahua, el general Villar fue invitado a una comida de carácter enteramente íntimo por don Abraham González. El gobernador González insistió mucho con el general Villar para que aceptase esta invitación, pues el viejo Remington, además de poco afecto a agasajos y fiestas, sangraba aún por la herida. Guardaba cierta prevención a los antiguos rebeldes y no se le olvidaba, y lo repetía a cada instante, que a él le habían tocado "puros armisticios".

Accedió al fin, y como don Abraham le manifestara que él llevaría al general Pascual Orozco y al secretario de Gobierno de Chihuahua, profesor Braulio Hernández, y que Villar podía hacerse

acompañar de dos de sus oficiales, el jefe de la Zona extendió la invitación del gobernador al general Rábago y al que esto escribe.

La comida se efectuó al día siguiente y pareció tener todos los caracteres de un ágape vergonzante, pues fue servida en la trastienda de un tendajón de ínfima categoría, situado en uno de los barrios de Chihuahua. Don Abraham hizo las presentaciones y, tras una copa de coñac, nos sentamos a la mesa. Yo ya conocía al anfitrión y a sus dos acompañantes, pero no ocurría lo mismo con Villar y con Rábago, que hasta ese día fueron presentados con Orozco y con Braulio Hernández. La comida fue buena y entre don Abraham González y el general Villar, los dos espíritus abiertos y nobles, se estableció desde luego una amplia corriente de camaradería. Ellos casi monopolizaron la conversación durante el convivio.

Entre tanto, me dediqué al estudio de Orozco, de quien ya conocía los antecedentes de su nacimiento y de sus actividades anteriores a su entrada a la lucha revolucionaria. Nació en Ciudad Guerrero, su instrucción fue muy limitada, pues ni siquiera terminó sus estudios de instrucción primaria en la pueblerina escuela. Desde muy joven se dedicó al acarreo de metales con una recua de mulas de su propiedad, recua pequeña en un principio, que luego fue aumentando paulatinamente con las ganancias que le dejaban sus fletes. La vida de arriero, a pleno sol, aire y luz, robusteció su organismo y lo hizo adiestrarse en el ejercicio de las armas de fuego. Seguramente, ese género de vida lo volvió taciturno, callado, hosco y ladino.

Representaba un poco más de 30 años de edad, la frente amplia, los ojos pequeños, de una coloración de azul desteñido, imprecisos y vagos, que se bajan o desvían cuando algún interlocutor clava sobre ellos su mirada; nariz recta, labios delgados, exangües, pómulos salientes y maxilar inferior sorprendentemente desarrollado. Al revés de don Abraham González, que desde el primer momento inspira interés y una viva simpatía, la figura de Orozco desde luego

despierta repulsión y antipatía, sentimientos que se acentúan cuando se le sigue tratando.

Braulio Hernández es un parlanchín. Tiene todo el tipo y las maneras del acomodaticio. Es profesor y además fue, y quizá siga siendo, ministro protestante, lo cual le ha dado cierta facilidad de palabra. Era en aquellos días el orador obligado en cuanto festejo se organizaba para adular a los vencedores.

Ya para entonces las comunicaciones estaban al corriente y recibíamos prensa tanto de México como de Estados Unidos. Madero era el ídolo de la República; en todas partes era recibido como un héroe y en sus viajes y giras democráticas lo acompañaba siempre Eduardo F. Hay. En los periódicos se publicaban casi a diario apologías del prisionero de Casas Grandes, que en Chihuahua logró escapar del hospital donde se curaba de sus heridas, trasladándose a Ciudad Juárez a raíz de la toma de esa ciudad. Los periódicos americanos publicaron sensacionales entrevistas de Hay, el héroe de Casas Grandes, como se le llamaba entonces. Él había tomado posiciones casi inexpugnables en esta plaza; él, con su magnífico rifle y con su certera puntería, había abatido a decenas de federales; él había horadado casas y a fuerza de energía, voluntad y heroísmo, casi solo, había tomado Casas Grandes; él había resistido el asalto de numerosos soldados y había quedado solo y herido, y cuando vio su fin próximo, escribió en una hoja de papel una tierna despedida: "Tengo la seguridad de que voy a morir dentro de muy poco. Tengo una bala en un ojo, otra en la garganta, otra en un brazo y otra en la pierna. Muero con la satisfacción de haber luchado por una causa justa". Cuando sintió que las fuerzas le faltaban, se arrastró jadeante, hizo que le abrieran una aspillera casi al ras del suelo, y desde allí siguió disparando y matando enemigos, y cuando comprendió que el final era irremediable: ser fusilado al pie mismo de aquellos muros tan heroicamente sostenidos a fuerza de valor, entonces, y para ahorrar aquel trabajo a los federales, ingirió 20 o 25

píldoras de medio miligramo de arseniato de estricnina, que a prevención llevaba, seguro de acabar definitivamente.[19]

Pero Hay no murió, no con aquel mortal tósigo, pues al poco tiempo notó con ira que todo su organismo revivía y que el veneno, en vez de causarle la muerte, le había producido un efecto tonificante, y continuó la lucha que tomó proporciones de epopeya, que se convirtió en homérica. Los asaltantes redoblaban sus esfuerzos y no pudiendo acabar con aquel defensor que los mantenía a raya, acudieron a la dinamita y vino una conflagración espantosa. Estalló una bomba con estrépito horrible cerca de un barril de alcohol y este, al inflamarse, incendió la casa y todos los defensores murieron abrasados por las llamas o aplastados por los techos que se derrumbaron con horrísono estruendo. Sólo Hay pudo librarse de la hecatombe. Épico, heroico, llameante y casi como nueva salamandra, en aquellas circunstancias… hubo de rendirse a los federales. Pero, según él mismo, Hay fue el último que se rindió, y ese momento solemne ocurrió a las cinco de la tarde del día 6 de marzo de 1911.

Durante su cautiverio se portó "altivo y calenturiento", y en esas precarias condiciones todavía encontró oportunidad para prestar importantes servicios a "su causa". Gracias a la astucia de Hay, se consiguió "que no se movilizara una fuerte columna de Rábago que hubiera podido destrozar muy fácilmente a los maderistas en Bustillos".[20]

La fuga de Hay y su marcha de Chihuahua a Juárez constituyeron otra odisea. Medio ciego, desamparado, errante, descalzo, hubo de afeitarse en seco debajo de un furgón. Cuando llegó a Ciudad Juárez, ya en poder de Madero, las tropas del Ejército Libertador le esperaban a las órdenes de Orozco, quien le cedió su mando, entrando en esa forma a la ciudad en medio del general entusiasmo.

[19] Gonzalo G. Rivero, *Hacia la verdad. Episodios de la Revolución*, Compañía Editora Nacional, S.A., 4ª de Humboldt Núm. 52, México, 1911, p. 99. (Nota de VAR).

[20] *Ibidem*, p. 103. (Nota de VAR).

Y sobre Hay se publicaron juicios tan jugosos y de tan largos alcances e intenciones como el siguiente, que no tiene desperdicio: "Tales son, a grandes rasgos, los altos hechos del patriota mexicano, que en los días del triunfo nada ha querido aceptar como justa recompensa de sus grandes servicios a la Revolución".[21] Y no pare-

[21] Estas líneas fueron escritas a principios de 1913 y ordenadas en 1929. Desde aquella fecha ha llovido mucho, pero el desinterés de Hay no ha aparecido por ninguna parte, al grado de que se asegura que "el ojo de Hay ha costado cantidades enormes a México". Lo que sí puede afirmarse es que Hay es uno de los pocos mexicanos que ha podido vivir del presupuesto sin un solo día de interrupción desde mediados de 1911 hasta mediados de 1929, y quizás continúe así hasta su muerte. Ha viajado mucho por cuenta del Gobierno y en mayo de 1920, siendo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Italia, a raíz del asesinato de don Venustiano Carranza, él, que representaba al Gobierno de este y para defender su política tenía que estar identificado con ella, al recibir un telegrama tosco de Juan Sánchez Azcona, encargado de la Secretaría de Relaciones de los vencedores de Carranza, en el que conminaba a todos los representantes de México en el extranjero para que enviaran su adhesión al nuevo Gobierno, contestó desde luego, haciendo presente su adhesión y manifestando que siempre había estado de acuerdo con los que acababan de vencer. Ha sido inspector general de Policía del Distrito Federal en el gobierno de Madero; durante la administración del Presidente Mártir viajó mucho tiempo por Europa con el jugoso y cómodo cargo de inspector de Consulados, aun cuando el verdadero motivo del viaje fue la curación de su ojo. Con Carranza fue Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, desempeñó múltiples comisiones en el extranjero y fue nombrado Ministro de México en Italia. En tiempo de Obregón fue ministro en Chile y en Japón; en tiempo de Calles, Subsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas, y con Portes Gil, director de la Beneficencia Pública. En la Convención Revolucionaria de Aguascalientes hizo numerosas y porfiadas gestiones, sin buen éxito, para que se le nombrase Presidente Provisional de la República. Además, es general del ejército.

En 1921 oí referir al entonces presidente Obregón, con la gracia especial que tenía para contar chascarrillos, en presencia de muchas personas, entre ellas Aurelio Manrique Jr., José Inés Novelo, Eduardo Neri, Miguel F. Ortega, Ignacio Borrego y otros, que cuando él, Obregón, se encontraba frente a Guaymas, irritado y hasta algo desalentado por las dificultades con que tropezaba para expugnar aquella plaza, tanto por su topografía especial como por la ayuda que podía recibir de los barcos de guerra surtos en su bahía, vio llegar a Hay como una bendición del cielo. En efecto, había leído en la prensa, en libros y folletos las hazañas de Hay. Esas publicaciones ponderaban tanto el valor, la táctica, la estrategia y la sabiduría de Hay, que se imaginó que había arribado e incorporádose a sus fuerzas el hombre necesario y hasta estuvo tentado a cederle el mando. Conferenció largamente con el recién llegado, quien venía revestido de una aureola irresistible, le dio datos sobre efectivos de fuerzas, tanto propias como enemigas, le mostró cartas bien levantadas con todos los detalles orohidrográficos de la región y le dio el encargo de que formara un plan para atacar a Guaymas. Agregaba Obregón, con su fina ironía, que Hay le pidió dos taquimecanógrafos, un lugar apartado en donde no lo distrajesen de sus estudios y una escolta para impedir que alguien se le acercase. Facilitados los elementos pedidos, se apartó de todo mundo durante cinco días. Decía

ciéndole al autor suficiente lo anterior, agrega en letras de molde: "De Hay, verdadero Bayardo, pudiera decirse lo que del gran caballero: 'Sin miedo y sin tacha'".[22]

La exaltación de los méritos de Hay llegaba a tanto, traspasaba de tal manera los límites de la audacia y del pudor, que aparecían fotografías de las manos del pseudo héroe con estudios quirománticos sobre su tipo, su actividad, su audacia, su impresionabilidad, su reserva, su predisposición a los estudios filosóficos, su aptitud matemática, su gran independencia de carácter y de ideas, su amor a la lucha, su tenacidad, su índole caritativa, su intuición y su valor temerario.[23]

Hay, en sus entrevistas, ha asegurado que es hijo de escocés, pero más bien parece de origen provenzal, gascón o andaluz. Refiere muchas mentiras y exagera terriblemente su participación en la lucha maderista. Tiene gran semejanza con el inmortal tipo de Tartarín de Tarascón, creado por Alfonso Daudet, pues Hay, como Tartarín, desparrama mentiras, y al día siguiente, como Tartarín, cree de buena fe que todo lo que hizo referir a escritores venales aconteció realmente. Es un profundo y sincero convencido de que los hechos pasaron como él los refirió. Nadie puede acercársele sin correr el riesgo de escuchar de sus labios una letanía de hazañas.

Hasta Chihuahua nos había llegado el eco de la marejada que había sacudido al país. Los acontecimientos trascendentales se sucedían casi sin interrupción. A la quietud porfiriana de 30 años sucedía la agitación. El 25 de mayo, la Cámara de Diputados aceptó

Obregón que cuando esperaba tenía verdadera ansiedad por conocer el luminoso proyecto de ataque formulado por Hay. Al fin este apareció muy contento y ufano con más de 100 páginas escritas a máquina, y cuando Obregón leyó con todo detenimiento aquel largo escrito, se encontró con pura paja. Contenía una difusa serie de consideraciones políticas, económicas e internacionales. Y Obregón terminaba riéndose y coreado por las risas de todos los oyentes: "Hay había elaborado en lugar de un plan de ataque un proyecto de ley electoral".

[22] Gonzalo G. Rivero, *op. cit.*, p. 103.

[23] *Ibidem*, p. 104.

las renuncias del general Porfirio Díaz y de don Ramón Corral a la Presidencia y la Vicepresidencia de la República, respectivamente, y llamó para que ocupase la Presidencia al licenciado Francisco León de la Barra, ministro de Relaciones del último gabinete del general Díaz, al que por el corto tiempo de su duración se le designó con el nombre de "el gabinete del do de pecho".

La renuncia del general Díaz se caracterizó por lo llorón y quejumbroso de su estilo. En ella se habla de "turbas milenarias", es decir, llamaba a los grupos revolucionarios, grupos de mil años. La renuncia de Corral fue más enérgica y daba a entender que compartía la suerte del presidente Díaz.

Al día siguiente quedó integrado el gabinete. En Relaciones Exteriores no se nombró secretario, quedando encargado interinamente, con el carácter de subsecretario, un anodino, como todos los que en México se llaman diplomáticos de carrera, el licenciado Bartolomé Carbajal y Rosas. Fue nombrado ministro de Gobernación el licenciado Emilio Vázquez Gómez, letrado honorable de fuerte personalidad revolucionaria; de Justicia, el licenciado Rafael Hernández, emparentado con el señor Madero, persona honorable, abogado de algún prestigio, pero sin antecedentes revolucionarios y enteramente falto de carácter; de Instrucción Pública y Bellas Artes, el doctor Francisco Vázquez Gómez, médico prestigiado y quizás, en aquellos momentos, el hombre de más relieve en la Revolución; de Fomento, el licenciado Manuel Calero, el más inteligente de todos, pero dotado de una ductilidad asombrosa; de Comunicaciones, el ingeniero Manuel Bonilla, que había hecho sus cursos en una escuela de estudios por correspondencia, pero hombre honorable a carta cabal y dotado de muy buen sentido; de Hacienda, el señor Ernesto Madero, industrial de Parras, fabricante de tejidos, propietario de una factoría vinícola y tío carnal de don Francisco I. Madero, y en la Secretaría de Guerra y Marina fue nombrado secretario el general de división Eugenio Rascón, un antiguo y honorable oficial de arti-

llería, de poca cultura y de origen centroamericano, que antes de ingresar al ejército había sido farmacéutico. Fue nombrado gobernador del Distrito Federal el ingeniero Alberto García Granados, e inspector general de Policía el ingeniero David de la Fuente.

Al entregar el ministro Limantour la Secretaría de Hacienda, puso a disposición del nuevo gobierno, según documentos publicados, la cantidad de 62'483,119.24. Después de una revolución que duró cinco meses, el estado de las finanzas nacionales era bonancible; pero ello no debe extrañar al que sepa que en la pasada campaña no existieron casi inversiones de carácter extraordinario, pues nunca se destinó una cantidad especial, ni pequeña ni grande, para los gastos de esta. Ni el jefe de la Zona, ni los jefes de columna podían disponer de un solo centavo para pagar un guía o un correo. En esa campaña sólo se gastaron y se pagaron después, según informes, 700 mil pesos, por concepto de transporte de tropas en los Ferrocarriles Nacionales de México.

El 31 de mayo de 1911, zarpó de Veracruz el vapor alemán "Ipiranga", llevando para playas europeas al general Díaz y a su familia.

A mediados de julio, recibió orden el general Villar para trasladarse a México con el personal del Cuartel General, del servicio de Sanidad, del Consejo de Guerra y de la mayor parte de las tropas que guarnecían Chihuahua y Ciudad Juárez, debiendo dejar sólo pequeñas guarniciones federales en Jiménez y Santa Rosalía. Por un convenio especial de carácter político, las guarniciones federales de Chihuahua deberían ser relevadas por fuerzas rurales integradas por antiguos elementos revolucionarios, comandados por Pascual Orozco, hijo. Se formaron tres largos trenes militares y en ellos hicimos el viaje, llegando a México en cuatro fatigosos días.

En la capital depositamos nuestro archivo en el edificio de San Pedro y San Pablo y allí siguió, por un verdadero contrasentido, instalado el Cuartel General de la 2ª Zona Militar, por 10 días más,

hasta que la Secretaría de Guerra asignó comisiones al personal de la referida Zona Militar.

En México ya me esperaba mi familia: mi mujer y mis dos hijas, acompañadas de mi buena madre. Hacía siete meses que no las veía y en muchas ocasiones pasaron hasta dos meses sin tener noticias de ellas. La campaña había terminado y podíamos disfrutar de un poco de tranquilidad.

A mí se me ordenó que continuara prestando mis servicios en el Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra, en donde encontré al rencoroso Palafox, quien, por desgracia, seguía al frente de dicha dependencia. Me encargó la dirección de algunas obras insignificantes, y en atenderlas y en la clase de Comunicaciones de Campaña de la Escuela Militar de Aspirantes ocupé todo mi tiempo, observando cuidadosamente los acontecimientos que se desarrollaban con una rapidez vertiginosa, produciendo cambios a cada momento.

Capítulo XX

Depuración policiaca.— El personal de las comisarías.
Lo peor en la gendarmería.— Rateros y asesinos en la policía reservada.
La debilidad del gobernador Rivero.— El azar y las denuncias anónimas.
El proyecto de fuga del general Reyes.— Los policías burlados.
Ineptitud y descuido de los polizontes.— Los vientos de fronda.
La actitud rebelde de Orozco.— Orozco, instrumento de los latifundistas de Chihuahua.
Renuncia de don Abraham González.— Chihuahua en actitud rebelde.
González Salas deja la Secretaría de Guerra.
González Salas, nombrado para dirigir la campaña contra los rebeldes de Chihuahua.
Excelentes tropas destinadas a la campaña.
El mayor Nicolás E. Martínez, jefe del Estado Mayor de González Salas.
Mi opinión sobre las tropas. Oposición al nombramiento de Nicolás E. Martínez.
Proposición a Madero para substituir a Martínez.— Negativa de Madero.
El general Ángel García Peña, nuevo secretario de Guerra y Marina.
Impaciencia y nerviosidad de Madero.
El flanqueo de las caballerías de Trucy Aubert.— La máquina loca.
Muerte de Nicolás E. Martínez.— Blanquet, herido.— La retirada de Rellano.
El suicidio de González Salas.— Victoriano Huerta, nuevo jefe de la campaña.
Soy nombrado por Madero jefe del Estado Mayor de Victoriano Huerta.
Dejo la Inspección General de Policía.— López Figueroa, jefe de la Policía.
Suspicacias de Huerta.
Me encargo de la Subdirección de Obras Públicas del Distrito Federal.
Triunfos de Huerta.— De nuevo en el Departamento de Ingenieros.
Nombramiento de Agregado Militar en Italia.— Rebelión de Félix Díaz.

Seguía luchando enérgicamente para depurar el cuerpo policiaco y, principalmente, el personal de las comisarías, el de la gendarmería de a pie y el de la policía reservada. Casi todos los individuos que integran el cuerpo de empleados de las comisarías son toscos y gro-

seros con el público, que se ve obligado a tratar cualquier asunto en esas sucias oficinas, verdaderas pocilgas, y, por añadidura, hay en ellas mucha gente deshonesta. El personal de la gendarmería es detestable y necesita una gran labor de moralización. Requiérese elevar su nivel moral para obtener que sea estimado por los habitantes de la Ciudad de México, que abrigan un gran desprecio, cuando no una gran animadversión, por la policía, ambos sentimientos muy merecidos, además. No hay una escuela de policía y para la admisión de los candidatos los requisitos y las precauciones son mínimos. Generalmente solicitan los puestos de gendarme los desechos de nuestro pueblo, los que no tienen cabida en ninguna otra parte por su pereza, por su ineptitud o por sus vicios. A la policía reservada la encontré compuesta en gran parte de antiguos rateros, de individuos de mala conducta y hasta de asesinos.

La labor de depuración tiene que ser lenta y difícil por tropezar con múltiples obstáculos, pues es obstruida por el mismo gobernador del Distrito, el ingeniero Rivero, una persona honorable, pero débil en extremo, que se opone a que haya muchas destituciones "para no aumentar el número de enemigos del gobierno". Pero, a pesar de todo, hice cambios radicales en el personal, empezando por el señor Amieva, jefe de las Comisiones de Seguridad, a quien obligué a renunciar.

El personal de la policía reservada era enteramente inepto. No descubría ni investigaba nada, y si llegaban a hacerse algunas capturas de criminales, ello se debía, en la mayoría de los casos, al azar o a denuncias anónimas. Es increíble el número de anónimos que recibe diariamente el inspector general de Policía.

Para dar una idea de la inutilidad y de la falta de espíritu del cumplimiento del deber de muchos polizontes reservados, voy a relatar un sucedido. El general Reyes seguía preso en el cuartel de Zapadores y allí se le guardaban excesivas consideraciones. Alojado en uno de los pabellones de oficiales, se le permitía que a todas ho-

ras del día y todos los días recibiera las visitas de sus familiares y amigos. Cierto día, me llegó una información digna de crédito relativa a un proyecto de fuga del referido divisionario. Estaba comisionado en el Batallón de Zapadores el capitán Joaquín Ayala, reconocido y fervoroso reyista. Los planes eran esperar que a Ayala le tocase el servicio de capitán de cuartel y que, una vez que se retiraran los jefes, saliera del edificio acompañado del general Reyes.

Ni la guardia ni el comandante de ella, que era un teniente o subteniente, podían impedir que el capitán de cuartel llevase a cabo su intento. El proyecto era sencillo y factible, con la consecuencia lógica de que el capitán Ayala tendría que sacrificar su carrera militar, desertando.

Inmediatamente nombré un servicio especial de 12 polizontes reservados, con instrucciones precisas de vigilar la puerta del cuartel, impidiendo a todo trance la salida del general Reyes, aun cuando fuera acompañado por el propio secretario de Guerra y Marina. Después di conocimiento al general Villar, comandante militar de la plaza, sobre los informes que recibí, noticiándole el servicio de vigilancia que había nombrado. El general Villar me contestó que ya ponía el asunto en conocimiento de la superioridad y recabaría instrucciones. Como de costumbre, él no obraba sin pedir órdenes en cada caso. En la tarde me llamó por vía telefónica. Acudí a las oficinas de la Comandancia Militar y allí el general Villar me dijo:

—He recibido órdenes de que el general Reyes sea trasladado hoy mismo a la Prisión Militar de Santiago. Ya le mandé preparar su alojamiento, pero como no quiero que se le lastime ni hacer escándalo, tú y yo, personalmente, vamos a conducirlo del cuartel de Zapadores a la Prisión de Santiago. Al efecto, ven a la comandancia a las ocho y media de la noche; no vengas en el automóvil de la Inspección, toma un taxímetro y en él llevaremos al general Reyes.

A la hora indicada me presenté en la Comandancia Militar, que está en el Palacio Nacional. Llegamos rápidamente al cuartel de Zapadores, frente a la plaza del Volador, y sacamos al general Reyes. Se me presentaba una magnífica oportunidad para probar la eficacia de los servicios de vigilancia de la policía, pues intencionalmente no había comunicado el asunto a los corchetes encargados de impedir a todo trance la salida del general Reyes. Al trasponer los umbrales del cuartel esperaba que los polizontes se nos echarían encima, pistolas en mano, pero con gran sorpresa y disgusto míos subimos al taxímetro sin que nadie nos molestase. Esa noche el general Reyes durmió en la Prisión Militar de Santiago.

El día siguiente recibí parte "sin novedad". Hice conducir a mi presencia a los polizontes de turno en la vigilancia del general Reyes a la hora en que fue sacado del cuartel, y estos, muy frescos y campantes, me aseguraron que durante su turno de vigilancia el general Reyes no había salido. Les impuse un mes de arresto, destinados al servicio de limpieza en el cuartel de Peredo, servicio que debería ser hecho en paños menores.

A mediados de febrero, los vientos de fronda se acentuaban. La displicente actitud que había guardado Orozco para el gobierno de Madero se tornaba en rebelde. Orozco, que había obtenido, primero, que sólo quedasen guarniciones del Ejército federal en Jiménez y en Santa Rosalía, exigió después que estas fuesen también retiradas. Era el dueño, prácticamente, del estado de Chihuahua, pues todas las fuerzas irregulares que en él se encontraban lo obedecían. Además, se decía que los antiguos latifundistas de Chihuahua, para asegurar sus intereses, que consideraban amenazados, habían aprovechado el disgusto del antiguo guerrillero contra Madero y contra don Abraham González, y atizando el despecho que fermentaba en esta pequeña alma campesina, lo habían dominado moralmente y convertido en ciego instrumento de ellos. Terrazas y Creel, dueños de una gran porción del extenso estado de Chihuahua,

pagaban una cantidad insignificante por concepto de contribuciones. Al triunfo de la revolución les fueron revaluadas sus fincas rústicas y urbanas, y las contribuciones, con toda justicia, hubieron de decuplicarse. Los Terrazas y los Creel, que no tuvieron el gesto de ayudar con sus valiosos elementos a los soldados que combatían a los revolucionarios, ahora los ponían a disposición del que fue jefe de la rebelión, para recuperar sus antiguos fueros y privilegios.

Ante el peligro que fermentaba ya y hasta amenazaba —Orozco exigía un cambio de política en el gobierno y modificaciones en el personal del gabinete, insinuaciones y exigencias que rechazó el presidente Madero—, don Abraham González renunció a la cartera de Gobernación y marchó a Chihuahua a asumir de nuevo su puesto de gobernador, ocupando la cartera que dejó vacante el licenciado Jesús Flores Magón, de reconocida honorabilidad y competencia. Al mismo tiempo, fue designado secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes el licenciado José María Pino Suárez, por haber sido nombrado Díaz Lombardo, que desempeñaba este puesto, ministro plenipotenciario de México en Francia.

Pero ya era tarde. Las fuerzas que estaban a las órdenes de Orozco ocuparon Ciudad Juárez a fines de febrero, y en los primeros días de marzo Orozco desconoció al gobierno de Madero; el ingeniero Felipe B. Gutiérrez fue nombrado gobernador de Chihuahua, y don Abraham González se vio constreñido a ocultarse.

Yo seguía manteniendo excelentes relaciones con el general González Salas. Lo visitaba con mucha frecuencia, casi todos los días, y este excelente jefe me hizo saber confidencialmente que él, en persona, se pondría a la cabeza de las tropas encargadas de batir a Orozco, abandonando para ello la Secretaría de Guerra. El general González Salas, aunque no me lo dijo, estaba ansioso de laureles y de renombre, y, sobre todo, anhelaba vindicarse de los ataques soeces e injustos que a diario le enderezaba la prensa con cualquier pretexto. La situación de González Salas era moralmente muy difícil.

Sacó una lista y la extendió ante mis ojos. En ella estaban las corporaciones que deberían marchar a sus órdenes a la campaña: el 20º y el 29º batallones de infantería, este último comandado por Blanquet; el Escuadrón de Gendarmes del Ejército, comandado por mi hermano José, y el 13º Regimiento de Caballería. En esa lista estaban incluidos los nombres de los jefes y oficiales que deberían integrar su Estado Mayor, el cual encabezaba el mayor Nicolás E. Martínez.

Me pidió mi opinión, contestándole yo:

—Las tropas son excelentes, se conoce que usted ha escogido las mejores corporaciones, pero debo hacerle la observación de que no me agrada que lleve como jefe del Estado Mayor a Nicolás E. Martínez.

Se sorprendió González Salas, pues sabía que yo profesaba un afecto casi fraternal a Martínez y tenía un altísimo concepto de su inteligencia y aptitud, respondiéndome:

—Pero, hombre, si usted fue el que metió a Martínez en el Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y usted siempre se ha deshecho en elogios sobre sus conocimientos militares.

—Cada uno sirve para algo en la vida —le contesté. Martínez es y será un excelente colaborador del secretario de Guerra para una labor seria de organización. Hizo brillantes estudios en el Colegio Militar de Chapultepec y esos estudios los ha ampliado en seis años de permanencia en Europa. Pero, precisamente, esa ausencia ha hecho que no esté en contacto con nuestras tropas, que son muy diferentes de las europeas, y que no conozca el país ni la manera de combatir de los mexicanos. Él sería muy útil en un Estado Mayor europeo, pero su colaboración en el Estado Mayor de usted sería inútil o, más bien, perjudicial, pues Martínez, que posee un gran carácter, es muy absorbente y querrá a toda costa que prepondere su criterio.

Efectivamente, Martínez era dominante, no admitía contradicciones y estaba muy imbuido de su superioridad. González Salas, en

cambio, era muy bondadoso y hasta algo débil. Era de prever que o sobrevendrían nocivos choques, o bien que Martínez dominaría en lo absoluto a González Salas. Esto último no se lo dije por obvias consideraciones de respeto.

Insistió González Salas. Yo, a mi vez, le hice presente que Martínez era el más inadecuado para el desempeño de ese importante puesto, debido a su alejamiento del país por muchos años y a su absoluta desconexión con nuestros soldados. Entonces, ya medio convencido, me dijo:

—Bueno, así las cosas, ¿a quién le parece que designe como jefe del Estado Mayor?

—A mí —le contesté vivamente—, pues yo estuve en la campaña del Yaqui y acabo de estar en la campaña de Chihuahua. Conozco bastante la topografía de aquel estado, el que en una gran porción he recorrido a caballo. Sé también la manera de combatir de los soldados de Orozco y lo que se necesita para llevar a cabo con buen éxito una campaña. Desde luego, que no pretendan mandarlo desde México, que le dejen completa libertad de acción y que le proporcionen todos los elementos indispensables. Además, usted y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo y me ha hecho el favor y el honor de dispensarme su confianza. Creo que reinará entre nosotros una completa y leal armonía, base fundamental del éxito.

Mis palabras hicieron mella en González Salas, quien me dijo:

—Pero usted desempeña un puesto importante y de confianza y no le conviene dejarlo.

—Lo dejaré con todo gusto. Además, no me simpatiza el cargo de corchete mayor. No nací para eso.

—Entonces, hoy en la tarde hablaremos sobre este particular con el señor presidente, porque ya está al tanto de la lista del personal de mi columna y la aprobó y, además, para que lo autorice a separarse de la Inspección General de Policía.

En la tarde fuimos al Castillo de Chapultepec. González Salas le propuso el cambio del titular para la jefatura del Estado Mayor

de la columna, pero Madero no aceptó, expresando que él tenía muy buenos informes de Martínez y a mí me necesitaba en la Inspección de Policía.

El día 5 de marzo de 1912 le fue admitida su renuncia al general González Salas y fue designado en su lugar, para el desempeño del puesto de secretario de Guerra y Marina, el general Ángel García Peña, un antiguo oficial del cuerpo de Estado Mayor que se distinguió en la campaña de Sonora al mando de un batallón de infantería. Fue jefe de la Comisión Científica de Sonora y por muchos años director de la Comisión Geográfico-Exploradora.

González Salas trató de reconcentrar sus elementos de guerra en la ciudad de Torreón, y aun cuando no lo había logrado del todo, por impaciencias y nerviosidades del presidente Madero, hubo de marchar hacia el norte al encuentro de los rebeldes, que rápidamente habían avanzado hacia el sur.

En la estación de Rellano ocurrió el primer choque, el 25 de marzo, que fue fatal para las fuerzas federales. La caballería, a las órdenes de Trucy Aubert, había sido enviada por Martínez a largas distancias para flanquear a los rebeldes y aun para amenazar su línea de comunicaciones con la ciudad de Chihuahua; mientras los trenes de González Salas permanecían inmóviles en las cercanías de Rellano, los rebeldes lanzaron una máquina loca que fue a chocar contra el primer tren del convoy federal. Esta fue una sorpresa que produjo muchas desgracias y sembró el desconcierto y hasta el pánico entre los federales. En estas condiciones desventajosas se inició el combate, y al caer la tarde hubieron de retirarse las fuerzas de González Salas, dejando abandonadas a las de caballería, que a las órdenes de Trucy Aubert habían iniciado el movimiento envolvente. Martínez quedó muerto en el campo de Rellano. Aureliano Blanquet, jefe del 29º Batallón de Infantería, fue herido, y en la noche, durante la retirada, González Salas se suicidó disparándose un balazo en la cabeza.

Aquella retirada estaba muy lejos de constituir un desastre, pues las fuerzas de caballería, aunque muy mermadas, lograron incorporarse al grueso de la columna, que retrocedió hasta Torreón. Pero González Salas, pundonoroso en extremo y además abatido por la inexorable campaña de prensa hecha en su contra, decidió no sobrevivir a este revés. Orozco, por su parte, nunca se decidió a atacar Torreón.

Esta noticia produjo casi pánico en la capital de la República. El presidente Madero designó al general Victoriano Huerta para que substituyese a González Salas y me mandó llamar. Muy nervioso, me dijo:

—Usted irá como jefe del Estado Mayor del general Huerta —y agregó—: La campaña es muy fácil, nomás procuren cañonear los trenes de los rebeldes y si logran descarrilar alguno de los carros, tiene que pararse el convoy.

Yo pensé desde luego que esta designación podría traer algunos inconvenientes. Conocía de sobra las suspicacias de Huerta y, aunque era amigo mío, el hecho de que para el cargo de Estado Mayor me designase el mismo Madero, podría originar cierta desconfianza en su ánimo, ya que tenía alma de indio taimado. Pero me pareció indebido hacer alguna observación, y por indicación del mismo presidente hice entrega de la Inspección General de Policía al mayor Emiliano López Figueroa, miembro del Estado Mayor Presidencial. La entrega se efectuó el 8 de abril de 1912.

Mi nombramiento como jefe del Estado Mayor de la columna que se pondría a las órdenes del general Huerta, se publicó por la orden general de la plaza. Después de entregada la Inspección General de Policía, cosa que hice con positivo gusto, estuve trabajando con el general Huerta, sin la menor dificultad, en el arreglo de todos los preparativos para la marcha.

Pero el 9 de abril, la víspera de la partida, me llamó urgentemente el presidente Madero. Me manifestó que Huerta estaba descontento

con mi designación como jefe del Estado Mayor de su columna, no porque no me creyera apto, sino porque él era el que debería hacer ese nombramiento, escogiendo un elemento de su entera confianza. Que, además, había llegado a sus oídos que mi nombramiento había sido mal interpretado, pues se consideraba en público como una señal de desconfianza del presidente para el general Huerta, y se decía: "El Presidente le ha confiado el mando de una fuerte columna al general Huerta, sin embargo, manda al Inspector General de Policía como jefe de su Estado Mayor, para que lo vigile".

Yo expuse al presidente Madero que el general Huerta tenía razón. Que él debía nombrar al jefe del Estado Mayor, pues aun cuando el mismo presidente no me había confiado ninguna comisión de vigilancia sobre el general Huerta, ni siquiera me había hablado sobre el particular y ni yo aceptaría un cargo de esa naturaleza que, por otra parte, era muy peligroso y hasta tonto, debía dejársele en completa libertad para que eligiese el personal de confianza de su columna. Agregué que cuando fui nombrado me di cuenta de los inconvenientes que podría traer esta designación, pero no los expuse por un exceso de delicadeza, pues se trataba de una comisión de peligro que yo no podía rehuir.

El presidente me manifestó que ordenaría de inmediato que quedara sin efecto mi nombramiento y que me hiciese cargo de nuevo de la Inspección General de Policía. No acepté volver a mi antiguo puesto, manifestando que no era de mi agrado, y al día siguiente me nombró subdirector interino de Obras Públicas del Distrito Federal.

Huerta no se precipitó, como González Salas, en combatir a los rebeldes. Permaneció por mucho tiempo en Torreón acumulando tropas, pertrechos de guerra y víveres, y cuando se consideró fuerte avanzó hacia el norte con toda calma. Batió a Pascual Orozco, primero en Conejos, el 12 de mayo de 1912. Poco después obtuvo sobre él una victoria decisiva en Rellano y una última en el cañón de Bachimba. Ocupó sucesivamente las ciudades de Chihuahua,

Casas Grandes y Ciudad Juárez. En cuatro meses acabó con el orozquismo, pero Madero creó un caudillo.

La situación, a pesar de los triunfos de Huerta, empeoraba cada día. Ya Calero había marchado a Washington en calidad de embajador y había sido nombrado secretario de Relaciones Exteriores el licenciado Pedro Lascuráin.

El 2 de junio de 1912 vino al mundo mi tercera hija, Margarita. Yo continuaba tranquilamente en la subdirección de Obras Públicas, oficina de carácter técnico, alejado de la bulliciosa vida política. La dirección estaba a cargo del ingeniero don Luis Salazar, un viejo profesional honorable y competente, que a la vez era director de la Escuela Nacional de Ingenieros.

El 3 de septiembre me incorporé al nuevo Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra, por haber sido nombrado director de Obras Públicas el ingeniero Alberto M. Pani y haber pasado a ocupar el puesto de subdirector el ingeniero Salazar, que lo tenía en propiedad, ya que yo sólo era interino.

Me tocó desempeñar una inspección de obras en San Luis Potosí, que habían sido dirigidas por el capitán de ingenieros José Rocha. A mi regreso a la Ciudad de México fui designado inspector de Obras Militares en la capital de la República. En esta última comisión duré por poco tiempo, pues el 11 de octubre de 1912, por acuerdo especial del presidente Madero, fui nombrado Agregado Militar a la Legación de México en Italia.

Desde luego, entusiasmado, comencé a preparar mi viaje; iba a realizar una de las más bellas ilusiones de mi vida: viajar, conocer Europa, estudiar los adelantos de los ejércitos europeos. Me dispuse a hacer mi travesía por la vía de Veracruz y Francia. Hice un corto viaje a Saltillo para despedirme de mis padres y de mis hermanos, regresando a la capital el día 17 de octubre. A mi llegada me encontré con la noticia de que Félix Díaz se había sublevado con parte de la guarnición de Veracruz, y como ese puerto estaba ocupado por los rebeldes, tuve que cambiar mi ruta.

Capítulo XXI

Cambio de itinerario.— Madero, rebosante de optimismo.
La guerra de los Balcanes.— Las actividades de Félix Díaz en Veracruz.
Levantamiento de Veracruz.— La enigmática actitud de los marinos.
El general Joaquín Beltrán, jefe de las fuerzas encargadas de la recuperación de Veracruz.
Inconveniencia de la designación de Beltrán.— Félix Díaz, un soldado de antesala.
Viaje por Estados Unidos.— La grandeza tosca y antiestética de Nueva York.
El vapor "Majestic".— La travesía del Atlántico.— La costa inglesa.
Un puerto erizado de cañones.— Los contingentes griegos.— Un refrigerio latino.
Llegada a París.— Visitas relampagueantes a sus principales monumentos.
El trayecto de Suiza.— Estadía en Milán.— Arribo a Bolonia.
Llegada a Roma. El ministro de México y su secretario.— Instalación definitiva.
Descentrado en la Ciudad de los Césares.
Presentación con el ministro de Negocios Extranjeros, Marqués de San Giuliano.
Noticias de mi familia.— Presentación con el ministro de la Guerra, general Spingardi.
El casino de oficiales.— Los uniformes de campaña del ejército italiano.
Una docta conferencia en el Círculo de Oficiales.— Un rey demócrata.
El coronel Ferraris, historiador del Cuerpo de Estado Mayor.
Las comidas de los agregados militares y navales.
Mi visita a las ruinas de Pesto.— Recuerdo imperecedero.
Llegada al puertecillo de Sapri.— La carretera de Sapri a Tortorella.
Las carreteras de México.— Las mujeres trabajan la tierra.— Llegada a Tortorella.
Mis dos tías.— Extrañas liturgias.— Los linajudos Caraffa.
Las reliquias de San Félix.— Las lámparas de aceite.
La antigua correspondencia de mi padre.— Las parcelas de mis tías.
Regreso a Roma.— Las noticias de México.

La revuelta de Veracruz me hizo cambiar de ruta, eligiendo entonces la vía de Nueva York. Al llegar a la metrópoli norteamericana escogería la vía más conveniente para llegar a Roma.

El contento que tenía por el próximo viaje se atenuó por el disgusto producido en mí por la cuartelada de Veracruz. Hasta quise posponer mi marcha. Me despedí del presidente Madero y le indiqué que si él consideraba útiles mis servicios en aquellos momentos, me quedaría para colaborar con él. Pero encontré a Madero, como siempre, rebosante de optimismo. La recuperación de Veracruz era cuestión de algunas horas o, cuando más, de algunos días, y agregó que él tenía interés en que de Roma me trasladara a los Balcanes, en donde a la sazón reinaba la guerra. Iría como observador militar para transmitir mis observaciones sobre las operaciones bélicas llevadas a cabo en países de recursos limitados, de configuración montañosa y de malas vías de comunicación, ya que él creía que esas enseñanzas, por la semejanza de condiciones y de medio, podrían aplicarse en México.

La noche del 21 de octubre de 1912 salí para Nueva York. Me tocó llevar de compañeros de viaje a Julio Sommerfeld, a Bassini y Cozza, dos italianos agentes de automóviles, y a José Garibaldi, nieto del gran libertador italiano y combatiente en la jornada de Casas Grandes al lado de Madero.

Iba triste por haberme separado de mi esposa y de mis tres hijitas, pero esta separación la consideré necesaria por la corta edad de la menor, que apenas contaba con cuatro meses, y por la necesidad de orientarme en Europa antes de llevar a mi familia, pues con sobresueldos y gastos de representación percibiría alrededor de 700 pesos mexicanos al mes y necesitaba saber si con esa cantidad podría sostenerla decorosamente. Además, debía ir a los Balcanes, como me lo había indicado el presidente Madero. Por otra parte, me sentía contristado por la situación de México, en donde comenzaba a enseñorearse la anarquía, que amenazaba con disolverlo todo en átomos de incendio.

Las noticias que yo tenía sobre las actividades de Félix Díaz en Veracruz se reducían a las que publicaba la prensa. Díaz solicitó su

baja del ejército, en donde había alcanzado el grado de brigadier, y se marchó a Veracruz, lugar en el que residían familiares de su esposa. Allí fue estrechamente vigilado por sabuesos de la policía reservada de la capital, pero a pesar de ello no cejó en sus actividades corruptoras y obtuvo que el 21º Batallón de Infantería, comandado por el coronel oaxaqueño Díaz Ordaz, antiguo protegido del general Porfirio Díaz, lo secundara en su intentona rebelde. El hecho fue que el día 16 de octubre se cortaron las comunicaciones telegráfica y ferrocarrilera con aquel puerto. La actitud de la armada era un enigma para el gobierno, pues no se sabía a punto fijo si había secundado el movimiento iniciado por Félix Díaz o si se mantenía fiel a Madero. Lo cierto es que ni el mismo Félix Díaz conocía a fondo la verdad sobre la enigmática actitud de los marinos mexicanos. Parece que los comandantes de los barcos se habían comprometido con Félix Díaz y que el comodoro Azueta, apenas iniciada la cuartelada, se trasladó al cañonero Morelos, enarboló en él la insignia de mando y se mantuvo en actitud expectante.

Sabía, también, que fue nombrado general en jefe de las fuerzas encargadas de la recuperación de nuestro principal puerto el general Joaquín Beltrán, y que habían sido enviados a Veracruz los batallones 2º, 11º y 18º a las órdenes de sus respectivos jefes, teniente coronel Eduardo Ocaranza, coronel Jiménez Castro y general brigadier Agustín A. Valdés; el Batallón de Voluntarios de Xico, comandado por el capitán Hernando Limón; las fuerzas que estaban de guarnición en Jalapa a las órdenes del coronel Celso Vega; fuerzas irregulares mandadas por el general Rafael Tapia, y tres baterías de artillería de campaña. Además, con el general Beltrán marcharon los generales de artillería Gustavo Maass y Rafael Dávila.

Defendían la plaza de Veracruz el 21º Batallón, una fracción del 19º del arma y la batería fija de la plaza, la cual estaba dotada con seis cañones modernos. La actitud de los barcos de la escuadrilla del Golfo era pendular.

A mi salida de México corrían rumores alarmantes de que la mayor parte de las tropas enviadas a combatir a Félix Díaz habían defeccionado, pues tanto estas como el mismo comandante en jefe, el general Beltrán, se habían puesto a las órdenes del flamante insurrecto. Se agregaba que, diariamente, entraban a la plaza oficiales de la columna de Beltrán, que había puesto cerco a Veracruz. Y se decía, también, que de ese puerto salían emisarios de Félix Díaz, para sostener con los sitiadores pláticas muy cordiales, tan cordiales, que sitiadores y sitiados habían confraternizado y se encontraban unidos en la finalidad de derrocar a Madero.

Bajo cualquier punto de vista, era inconveniente la designación de Beltrán como comandante en jefe de las fuerzas sitiadoras. Es este un general con la espada virgen, que nunca ha estado en contacto con las tropas y, además, un hombre lleno de petulancia. Había servido muchos años en la Comisión Geográfico-Exploradora y después fue un mediocre director del Colegio Militar. Gustavo Maass es un individuo que nunca ha desempeñado servicios de campaña y que se ha amodorrado y anquilosado en las comisiones desempeñadas en nuestros pésimos establecimientos de construcción del material de guerra en la capital de la República, y, lo mismo que Dávila, es otra espada virgen. Para colmo, Maass tuvo un proceso ruidoso en que su reputación no quedó bien parada. Valdés sí tiene servicios de campaña, pero es el terrible "ordenancista" que ya conocimos en la campaña de Chihuahua. Su lema es "arriesgar el mínimo y obtener el máximo de recompensa". Jiménez Castro es un gascón que alardea mucho, pero sirve poco, y Ocaranza es un excelente compañero, callado y modesto.

Félix Díaz, por su parte, es y fue siempre un consentido del general Díaz, al grado de que se asegura que el ex presidente lo apreciaba y lo distinguía más que a su propio hijo. Nunca ha prestado sus servicios en ningún batallón o regimiento, pues desde que terminó sus estudios en el Colegio Militar, arrastró su sable por las

mullidas alfombras de las antesalas presidenciales, siendo, como fue, por muchos años, miembro del Estado Mayor del Presidente de la República. Después fue designado inspector General de Policía del Distrito Federal, en donde permaneció varios años.

Hice mi viaje rápidamente. El 23 de octubre, a las siete de la mañana, crucé la línea fronteriza; el tren pasó por San Antonio y por Austin, que miraba de lejos por primera vez. El día siguiente, al llegar a Texarkana, adquirí los periódicos locales y me encontré con la grata nueva de que las tropas federales a las órdenes de Beltrán se habían apoderado la víspera de Veracruz, que Félix Díaz había sido hecho prisionero y que Díaz Ordaz, el jefe del 21º Batallón, había logrado escapar. Los detalles sobre la toma de Veracruz son ridículos, tanto para los atacantes como para el ex brigadier Díaz. El péndulo marino se inclinó del lado del gobierno. En toda la minúscula refriega sólo se destaca la actitud valiente de Ocaranza y la gascona de Jiménez Castro, que resultó herido. De cualquier manera, el gobierno de Madero había sorteado con felicidad un nuevo peligro.

A las siete de la noche de ese día llegamos a las márgenes del río Mississippi, el "padre de los ríos", y luego siguió la vía bordeando la caudalosa corriente. A las nueve y media arribamos a San Luis, Missouri, en donde hubo necesidad de cambiar de tren. Al día siguiente pasamos por Cleveland, a orillas del lago Erie, que semeja un brazo de mar, y en la noche vi las luces de la ciudad de Buffalo, llegando en la mañana del otro día, muy temprano, a la imperial ciudad del Atlántico norteamericano.

A bordo del tren me había informado por la prensa de la salida de vapores del puerto de Nueva York. El mismo día, a las doce, zarparía el vapor "Majestic" de la White Star Line para Plymouth y Cherburgo, y no había tiempo que perder. Desde la estación hice transportar mi equipaje a los muelles de la compañía naviera mencionada.

Por esta premura, apenas pude vislumbrar la grandeza algo tosca y antiestética de la ciudad de Nueva York. Sus rascacielos gigantescos, sus líneas elevadas por donde los tranvías corren con un estrépito infernal, sus multitudes que parecen ríos. Cometí el pecado de no detenerme en Nueva York, pero por lo poco que vi me hizo la impresión de un hipopótamo echado.

Afortunadamente, encontré pasaje en el "Majestic", uno de los trasatlánticos de más porte y elegancia. A las doce en punto de la mañana ya me encontraba instalado a bordo. Zarpamos puntualmente en dirección del Viejo Mundo.

La travesía entre Ambrose Channel, frente a Nueva York, y Eddystone, en la costa inglesa, fue de 4,874 kilómetros. El barco la hizo en siete días, 13 horas y 50 minutos, con una velocidad media de 16.66 nudos por hora. Tuvimos mal tiempo durante todo el viaje. Casi siempre, mar picada, neblina y lluvia, y en los días 29 y 30 de octubre el barco tuvo que capear una verdadera tempestad, en la que las olas semejaban montañas y barrían las cubiertas superiores del buque. El espectáculo era imponente, pues parecían juntarse el cielo y el mar. Todos los pasajeros venían mareados con el cabeceo del barco.

Yo, por fortuna, no me mareo, y en los días de mal tiempo me refugié en la magnífica biblioteca del barco. El número de pasajeros era reducidísimo; no viajaba ni la cuarta parte de los que podían tener acomodo en los camarotes de primera clase. Todos eran norteamericanos e ingleses, con excepción de un francés y de un español. La comida era abundante y… excelente para los sajones, pero no para mí, que casi me contenté con comer fruta y aceitunas durante toda la travesía y probar apenas uno que otro platillo de los muchos que formaban la lista.

El 3 de noviembre ancló el "Majestic" frente a Plymouth, a las nueve y media de la mañana, transbordando frente al puerto a los pasajeros que iban con destino a Inglaterra. Nosotros nos alejamos de la

costa inglesa, una sucesión de colinas cubiertas de pasto verde que se destacan tristes en medio de la bruma. A las cuatro y media de la tarde, llegamos frente al puerto francés de Cherburgo, transbordando al vapor "Nomadic", pues el "Majestic" tenía que proseguir su marcha para Southampton.

Pasamos por la bocana del puerto, resguardada por dos fortificaciones costeras erizadas de cañones. Los rompeolas y las escolleras también están armados de cañones. Por dondequiera, cañones. Atracamos en los muelles, e inmediato a estos nos esperaba un tren especial. Rápidamente nos instalamos para partir, primero, a París, y luego a Marsella, puerto del Mediterráneo al que viajaban más de 300 pasajeros de tercera clase, que se embarcarían allí hacia el Pireo, Grecia. Eran griegos que se habían embarcado en Nueva York para ir a prestar a su patria su contingente de sangre en la guerra de los Balcanes.

A las cinco de la tarde salimos para París. El tren volaba por las fértiles campiñas de Francia, pasando como una exhalación por las estaciones. Apenas nos detuvimos un poco en la de Caen, donde compré un refrigerio encerrado en una caja de cartón. Allí había pan, un trozo de queso, un pedazo de pollo, una pera y una manzana, un vaso de papel, unos cubiertos corrientes, media botella de vino rojo y media botella de agua mineral. El costo del *lunch* fue de tres francos, aproximadamente un peso con 20 centavos de nuestra moneda. La comida me pareció deliciosa; devoré todo el contenido de la caja de cartón para resarcirme, con alimentos condimentados a la latina, de la dieta de siete días en que desairé excelentes y abundantes manjares condimentados a la sajona. Llegamos a París a las 11 de la noche, me alojé en un modesto hotel de familia en las cercanías de la iglesia de San Agustín y salí a hacer un recorrido en coche por los principales bulevares, deteniéndome en un restorán del bulevar de los italianos, en donde cené opíparamente.

Me detuve en París seis días que aproveché febrilmente en visitar los lugares más notables de la Ciudad Luz: el Museo de los Inválidos, la tumba de Napoleón, el Campo de Marte, la Torre Eiffel, el Museo del Trocadero, el Louvre, el Bosque de Boulogne, la Exposición de Aviación, Notre Dame y el Arco del Triunfo. Fueron visitas nerviosas y relampagueantes en las que apenas me pude dar cuenta de las bellezas atesoradas en París, principalmente en el Museo del Louvre. No entraré en descripciones, pues no es mi objeto escribir un libro de recuerdos de viaje, aunque los viajes me encantan. Sólo diré que en el bullicio de la gran ciudad me llamaron la atención los boletines luminosos de los grandes diarios parisienses, que daban cuenta de los principales acontecimientos, en especial de las operaciones de los Balcanes, ante los cuales se agolpaba la gente; la belleza de sus bulevares; el alumbrado, raquítico comparado con el de México; la belleza de sus edificios, las perspectivas arquitectónicas y lo desordenado del tráfico.

El 11 de noviembre salí de París a las nueve y media de la noche, llegando a Laussanne, Suiza, a orillas del lago de Ginebra, al día siguiente a las siete de la mañana. Esta última ciudad estaba cubierta por la nieve, pues durante todo el trayecto de Suiza cayó una copiosa nevada. Proseguimos nuestro viaje, comenzando desde luego el ascenso de los Alpes, penetrando en el túnel del Simplón a las nueve y cuarenta de la mañana, para pisar tierra italiana al salir de él. Pasamos bordeando el hermoso Lago Mayor, sembrado de islas bellísimas y, por fin, a las dos de la tarde, arribamos a Milán, en medio de la feraz llanura lombarda.

Hice una breve estadía en Milán, visitando a la carrera ese himno de mármol que se llama el Duomo, el Teatro de la Scala y los principales monumentos y avenidas, para salir el día 13, rumbo a Bolonia. La vía férrea trepa por un accidentado camino para llegar a esta ciudad, situada en la falda de los Apeninos y apostada como centinela de las llanuras de Lombardía y de las lagunas del Véneto.

Estancia de un día en Bolonia, visita a su universidad, a la catedral, a sus dos torres inclinadas y a los principales monumentos; continuación del viaje al día siguiente, para atravesar los Apeninos y, pasando por Pistoia, la histórica y bella Florencia, Arezzo y las orillas del Lago Trasimeno, llegar a Roma a las siete de la noche.

Al día siguiente me presenté en la Legación de México, instalada en el entresuelo de la casa número 287 del Corso Vittorio Emanuele. El ministro, don Gonzalo A. Esteva, me recibió afablemente. Un hombre correcto, antiguo periodista, de unos 60 años de edad, con bigote y pera blancos. Aunque de estatura más bien baja, es un tipo de gran prestancia. Tiene a sus órdenes un secretario de Legación, Eduardo A. Esteva, su hijo, un tipo insignificante y fatuo. El ministro me informó que desde luego gestionaría las visitas oficiales al ministro del Exterior y al de Guerra, y me aconsejó que de inmediato dejara mis tarjetas, acompañadas con las de él, a cada una de las personas que integran el cuerpo diplomático acreditado ante el Quirinal. El ministro me entregó más de 200 tarjetas suyas.

Los primeros días los empleé en visitar los monumentos más notables de la Roma antigua y de la moderna, en la fastidiosa tarea de dejar varias decenas de tarjetas y en instalarme definitivamente, dejando el hotel donde me había hospedado, para irme a un pequeño apartamento del entresuelo de la casa número 7 de la calle del Quirinal. El apartamento se compone de una recámara, un pequeño saloncito y un cuarto de baño. Quedé alojado en el centro de la ciudad, muy cerca de la Plaza Venecia y a inmediaciones del Palacio Real.

Yo me sentía descentrado en la Ciudad de los Césares. Experimenté una inmensa nostalgia por la lejanía de los míos y de la Patria. Me sentí enteramente solo y ansioso de noticias de mi país. La prensa italiana y, en general, la europea, no publica noticias procedentes de los países latinoamericanos. Leía ávidamente los periódicos mexicanos y esperaba con ansia las cartas de mis padres y de mi esposa. Las noches eran más pesadas, pues no tenía con quién

conversar; me sentí enteramente aislado y por eso decidí ocuparlas en escribir mis memorias.

El 23 de noviembre fui presentado con el marqués de San Giuliano, ministro de Negocios Extranjeros. Me acompañó el señor Esteva, ministro de México, y la presentación se efectuó en el histórico Palacio de la Consulta, ocupado por el referido ministerio. En la presentación no usamos de la lengua francesa, por hablar bastante bien el italiano tanto el ministro de México como yo. El marqués de San Giuliano es un hombre robusto, de regular talla, moreno, de mirada inteligente, lleva el brazo derecho en cabestrillo, según supe, por un ataque de reumatismo, y usa barba completa, enteramente cana. Su palabra es rápida y vivaz, como la de todos los sicilianos, y la conversación, aunque breve, fue afable y cordialísima.

El día 28 de noviembre recibí cartas de mi madre y de mi esposa y tuve una alegría enorme. Eran las primeras noticias que tenía de mi familia desde que salí de México. Mi esposa y mis tres hijas estaban en Saltillo, en unión de mis padres, esperando mis instrucciones para unírseme. El día siguiente les contesté que mi esposa y mis tres hijas, junto con mi padre, hicieran el viaje por tren a Nueva York, y que allí se embarcaran en uno de los vapores que zarparan directamente de ese puerto para Génova o Nápoles.

El 29 fue un día muy ocupado. En la mañana fui presentado con el ministro de Guerra, general Spingardi; en la tarde hice una visita al agregado militar español, teniente coronel Francisco de Manzanos, para mejor orientar mis actividades de estudio y de observación, y en la noche asistí a una conferencia en el Circolo Ufficiali di Terra e di Mare. El Círculo, como su nombre lo indica, es un casino de oficiales. Está muy bien instalado en un vasto edificio de la plaza de San Pedro y San Pablo. Tiene una gran biblioteca, salones de juego y de billar, salas de armas, un gimnasio y baños. Un poco antes de la hora anunciada me instalé en las butacas laterales destinadas a los agregados militares y navales. Ya el enorme salón de conferen-

cias estaba lleno de oficiales del ejército italiano, con su sencillísimo y cómodo uniforme de campaña, de color gris, sin un solo botón y sin un solo entorchado. A la hora fijada para el comienzo de la conferencia, un ujier levantó una pesada cortina de terciopelo y con voz estentórea anunció: "Sua Maestá il Re d'Italia". Todos los concurrentes se pusieron de pie y el descendiente de los antiguos duques de Saboya ingresó al salón con su sencillo uniforme de campaña. Sin una guardia que presentara las armas, sin un tamborazo, avanzó hasta la parte central de la primera fila de butacas destinadas a los concurrentes y allí tomó asiento. La tez palidísima, de color marfilino y surcada de arrugas, de baja estatura, con un torso muy grande y unas piernas muy pequeñas.

En un templete se levantaba un gran bastidor en el cual se había fijado un papel, en el que, a grandes trazos y con grandes letras, se había dibujado a colores un plano de la región de Rusia que se extiende entre Moscú y el río de la Berezina. A cada uno de los concurrentes se obsequió en la puerta del Círculo un papel que contenía, en reducidas dimensiones, el mismo croquis.

El coronel Ferraris, jefe de la Oficina de Historia de la Jefatura del Cuerpo del Estado Mayor, comenzó su conferencia, que versó sobre la participación que tuvieron los contingentes italianos que se pusieron a las órdenes del príncipe Eugenio de Beauharnais en la campaña napoleónica de Rusia y, principalmente, en la retirada de Malo-Jaroslawetz al Berezina, con motivo del centenario de tal acontecimiento. La disertación fue extensa y docta. Desde luego pensé que sería muy útil para nuestros oficiales crear un círculo como el de Roma, celebrar periódicamente conferencias sobre asuntos militares e históricos, y organizar una sección histórica en el Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina. Todo ello contribuiría al incremento de la cultura de nuestros oficiales y serviría para desentrañar la verdad del cúmulo de mentiras con que

está plagada nuestra pobre y triste historia. Sobre este tema rendí mi primer informe.

Ocupé mi tiempo en el estudio de los diversos reglamentos y, particularmente, los del cuerpo de ingenieros. Continué visitando los monumentos de Roma y el 13 de diciembre asistí a la primera comida de los agregados militares y navales. Esta se efectuó en el Grand Hotel, el mejor de Roma. Concurrimos casi todos los agregados en traje civil, de etiqueta. Allí había representantes de los ejércitos de casi todas las naciones: George Dunn, teniente coronel del ejército norteamericano; Huart, teniente de navío de la armada francesa; Michel Ignat, mayor del ejército rumano; conde Leopoldo von Kleist, teniente coronel del ejército alemán; príncipe Jean Liechtenstein, teniente de navío austriaco; Andrew L. Long, comandante de la armada norteamericana; Francisco de Manzanos, teniente coronel español; Auguste M. Mietzl, teniente coronel del ejército austriaco; Santos de Noronha, capitán de corbeta de la armada brasileña; Suradej Phra Song, teniente coronel del ejército de Siam; M. von Rheinbaben, capitán de corbeta de la armada alemana; príncipe Alexandre Wolkonsky, teniente coronel del ejército ruso, y otros más.

La cena es buena y está rociada con buenos vinos y con *champagne*. Cuesta 20 liras, el equivalente de ocho pesos mexicanos. Si alguno de los agregados pide tabacos o licores, el precio de estos se agrega a su cuota personal.

Las comidas resultan muy simpáticas. Reina en ellas un gran espíritu de camaradería y hasta de confraternidad. Casi todos los agregados militares pertenecen al cuerpo de Estado Mayor. Solamente el agregado militar del Japón y yo somos oficiales del cuerpo de ingenieros, y el agregado militar francés pertenece al arma de caballería. He sido muy bien tratado por todos, pero los que me prodigan más atenciones son el agregado militar y el naval norteamericanos. También he llevado muy buenas relaciones con los

agregados alemanes, con el agregado militar japonés y con el rumano.

Después de la cena se quedan muchos de los agregados en los salones del hotel y allí se juegan partidas de bridge o de póker.

Solamente esperaba asistir a esta comida de los agregados militares y navales, a fin de ser presentado con los que a ella concurrieran, para ir al pueblecillo de mi padre, en donde viven todavía dos hermanas de él. Quise cumplir con lo que a mí me parece un deber sagrado y, al efecto, el 14 de diciembre partí de Roma para Nápoles, llegando a esta populosa y bella ciudad a las siete de la noche, para reemprender la marcha al día siguiente en la mañana. A mediodía llegué a Pesto, en donde, a muy poca distancia de la playa del Mar Tirreno, se encuentran las antiquísimas y famosas ruinas griegas de una de las principales colonias de la Magna Grecia. Visité el recinto, las puertas, el templo de Neptuno, que es hermosísimo con sus columnatas dóricas y que, a pesar de sus 25 siglos, está muy bien conservado; la basílica, el templo de Ceres y las ruinas de un teatro romano. Esta visita a tan bellos y evocadores monumentos, que se levantan en un lugar desierto, en donde crecen libremente los acantos, dejó en mí un recuerdo imperecedero.

A las cuatro de la tarde proseguí mi viaje para el puertecillo de Sapri, al que llegué a las siete de la noche. El camino de Nápoles a Sapri está muy bien cultivado, abundando los naranjos, que en esta época están cargados de frutos. Dormí en Sapri, en una modesta aunque limpia posada.

El día 16 de diciembre partí de Sapri en un automóvil postal rumbo a Tortorella, la tierra de mi padre, llegando a este punto una hora después. El camino es hermoso y va serpenteando por montañas cubiertas de olivos, de castaños y de viñas. La carretera macadamizada está muy bien construida, en su totalidad es a media ladera y tiene, en grandes extensiones, muros de sostenimiento de mampostería. La carretera mide 19 kilómetros de Sapri a Tor-

torella. En ese trayecto asciende 570 metros y tiene 104 puentes y alcantarillas. Se trata de una carretera de segunda o tercera clase, y es admirable por lo bien trazada y por el cuidado que se tiene en su mantenimiento. En México, en la actualidad, no tenemos propiamente hablando carreteras. Los españoles construyeron admirables caminos, entre ellos, el de herradura de Cuernavaca a Acapulco y los de primera clase de México a Cuernavaca, a Toluca, a Veracruz y a San Blas; todos ellos muy buenos y los dos últimos notables por su trazo y la solidez de sus obras de arte. Pero estas carreteras casi fueron abandonadas por los gobiernos del México independiente, pues la única atención que se les dispensó fue el arreglo de algunos tramos de los empedrados de que estaban revestidas las calzadas. Hasta hace algunos años todavía circulaban en todas direcciones las vetustas diligencias, pero a raíz del establecimiento de las vías férreas, el cuidado de las carreteras fue enteramente nulo. Quedaron abandonadas en lo absoluto y apenas si corrían estos pesados carruajes entre Guadalajara y San Blas, y de allí hasta Guaymas, siendo el primer tramo de esta carretera una verdadera maravilla de ingeniería, ascendiendo y descendiendo por los contrafuertes y por el núcleo de la Sierra Madre Occidental, a través de escarpadas montañas y de profundísimas barrancas. Ahora quedan únicamente los vestigios de las antiguas carreteras. De México a Veracruz no puede correr un vehículo; las de México a Toluca y Cuernavaca y la de Guadalajara a San Blas están punto menos que intransitables. La de México a Matamoros —pasando por San Luis Potosí y Saltillo—, y la de México a Chihuahua son verdaderas sendas llenas de arroyadas, reconocibles solamente porque en porciones de ellas no crece la hierba y porque por allí pasan algunos escasos transeúntes. Ojalá México emprenda la magna labor de reconstrucción de sus carreteras.

Pasamos por poblaciones insignificantes y adormiladas. En ellas y en los campos circundantes se ven pocos hombres, pues la mayor

parte de ellos ha emigrado a América. Dondequiera se ven mujeres cultivando la tierra, campesinas encorvadas empuñando el arado, la azada o la hoz.

Por fin, trepada en una altura, divisamos la pequeña población de Tortorella. El automóvil postal faldea únicamente la eminencia en que está asentada. En el entronque de la carretera con el corto ramal de medio kilómetro que asciende a Tortorella, me esperan casi todos los habitantes del pequeño poblado, que en total no llegan a 1,000. Todos me abrazan y me besan efusivamente. Allí están mis dos tías, dos viejecitas hermosísimas, con bellos ojos azules, fuertes y robustas. Mi tía Ángela María, muy alta, y mi tía Dominga, baja de estatura y de un gran parecido con mi padre. A pie ascendemos la cuesta, trasponemos las murallas antiguas que aprisionan el burgo y entramos por un dédalo de empinadas, estrechas y tortuosas callejas empedradas. Allí no hay alumbrado ni servicio de agua; parece que estamos en plena Edad Media.

Gente sencillísima y buena. Las hermanas de mi padre están locas de contento y observan celosas el desfile de parientes y amigos que desean saludarme. Al fin, la casita queda despejada y mis dos tías me hacen tomar asiento; traen una cazuela con carbones encendidos y sobre ella arrojan hierbas secas aromáticas que al quemarse despiden bello perfume que satura la pequeña habitación, envolviéndome en una nube de humo. Apenas entreveo que mis tías se arrodillan ante mí y oran con gran recogimiento y unción. Yo contemplo inmóvil, hierático, mudo y admirado aquella escena insólita, cuyo significado no alcanzo a comprender. Al fin termina aquella extraña liturgia; me levanto y mis tías me abrazan cariñosamente, hacen la señal de la cruz sobre mi frente y me bendicen.

Interrogo ansiosamente sobre el significado de la ceremonia que acabo de sufrir embelesado. Mis tías me dicen que esos extraños ritos sirven para purificar el espíritu y el cuerpo, para que Dios me

ayude en todo; para que nadie me alcance con sus maldades o maldiciones y para esquivar… la *jettatura*.

En la tarde, acompañado de mis tías, recorrí la población, visitando las puertas medioevales del recinto, la vieja casa de los antiguos señores feudales de Tortorella, los marqueses de Caraffa de Statera, descendientes de los linajudos Caraffa, que con Paulo III han tenido representantes en el papado, cardenales, arzobispos y mariscales. Vi la vieja cisterna de esta casa; admiré la iglesia principal, con una magnífica escultura de la Virgen del Carmen, obra del escultor napolitano Cittarelli, y el cuerpo momificado de San Félix, traído de las catacumbas de Roma. Me refieren la tradición, que persiste, sobre la traslación de estas reliquias: El Papa concedió a Tortorella, que antes era una población fortificada de mucha importancia, el honor de conservar íntegras las reliquias de un santo y le asignó los restos de San Félix. Inmediatamente, se dirigió, en plena Edad Media, una peregrinación de habitantes conspicuos de Tortorella encargados de la conducción de las reliquias. Hicieron el viaje de Roma a Tortorella, llevando en andas los despojos del santo, y al llegar a una población inmediata llamada Policastro, sus vecinos, envidiosos del honor dispensado a Tortorella, discurrieron robarse las reliquias y aprovechándose de las sombras de la noche trataron de llevarse y ocultar el féretro que las encerraba, pero "el santo se hizo pesado". Muchos hombres trataron de levantarlo, pero tarea inútil. El santo no quería quedarse en Policastro, quería llegar a Tortorella. Al arribar la procesión a las puertas de Tortorella, con gran ceremonial le fueron ofrecidas las llaves de la ciudad, y el santo momificado se medio incorporó, extendió el brazo derecho y se apoderó de las llaves ofrecidas. Desde entonces, las llaves de Tortorella aparecen en las manos de San Félix, que junto con San Vito comparte el patronato del pueblo.

Solamente una parte de Tortorella está amurallada, pues el resto está defendida por la naturaleza misma: un cantil de gran altura,

cortado a pico, a cuyo pie corre lleno de espuma el torrente de Casaletto. Observo que numerosas poblaciones del sur de Italia están situadas en las alturas, casi como nidos de águilas. Me explican que en la Edad Media los litorales del mar Tirreno eran asolados por los piratas sarracenos y, además, había continuas luchas entre poblaciones inmediatas, y por ello escogían lugares fácilmente defendibles para asentar y consolidar sus burgos.

A mediodía, comida espléndida a base de macarrones, *cacciocavallo*, un queso sabrosísimo llamado mozzarella, pescado y buen vino, cosechado en los pequeños viñedos de mis tías. En la tarde, visita a algunos parientes, entre ellos la familia Cartolano. En la noche, la casa estaba iluminada con las medioevales lámparas de aceite, de las que sólo conocía el diseño que figura en el emblema de la Real Academia Española con la leyenda "Limpia, fija y da esplendor". Mis tías me meten en la cama, un lecho de cerca de dos metros de altura, me arrebujan en las mantas, me acarician las dos ancianas y me arrullan.

El siguiente día me quedé metido en la casa por el mal tiempo y me dediqué a hurgar un montón de cartas amarillentas, junto a enorme chimenea, en la pieza destinada a la vez a salón de recepción, a comedor y a cocina. Era la correspondencia de mi padre dirigida a mi abuela Carmen. Encontré cartas de mi padre fechadas en Marsella en 1872, anunciándole su partida para Nueva Orleans, a bordo del vapor "Menfis"; cartas de Nueva Orleans, participando su llegada a América, después de una travesía de 38 días, fechadas el año de 1873, y cartas del mismo año, fechadas en Matamoros, Tamaulipas, en las que participaba su traslado y su estancia en esta población mexicana.

El día 18 de diciembre hizo buen tiempo y aprovechamos la mañana, mis tías y yo, para visitar sus propiedades. Parcelas de tierra de extensión insignificante cultivadas y cuidadas con celo paternal. Cada castaño, cada olivo y cada sarmiento tenían una historia. La

extensión de la principal parcela no llegaba a una hectárea. Luego visitamos el huerto de arriba y después el de abajo, en donde cultivaban legumbres y flores; dos porciones que parecían suspendidas en la falda de la montaña y con muros de piedra para sostener las tierras a la vera del camino. Los habitantes de Tortorella se proveen de agua de un manantial situado muy abajo del pueblo y a dos kilómetros de distancia, y eran de admirarse las campesinas esbeltas y erguidas con grandes cántaros en la cabeza y las dos manos apoyadas en la cintura, que caminaban con majestad de reinas. Eran griegas auténticas.

En la tarde, mis tías me condujeron a todas las casas que habitaban las personas que habían ido a visitarme. Eran visitas protocolarias para corresponder las atenciones que me habían dispensado y para despedirme de ellas. Fue forzoso visitar una por una todas las casas de la diminuta población. Y en todas fui agasajado con un vaso de vino y ya, al final, temía que me llevaran en andas a la casa de mis tías, pero, con gran sorpresa mía, ese buen vino sin mixturas no me produjo ningún malestar sino, por el contrario, una gran alegría.

El día 18 de diciembre partí de Tortorella, directamente para Roma. No quise hacer ninguna escala en Nápoles porque sabía que en menos de un mes regresaría a esta ciudad a esperar a mi padre, a mi esposa y a mis tres hijas. Llegué a Roma al día siguiente, a las ocho de la mañana.

La prensa de México venía llena de noticias que parecían funestos presagios para el gobierno de Madero. Y no era que los acontecimientos fueran verdaderamente graves, pero la prensa, casi en su totalidad enemiga de la administración, revestía los hechos reales de proporciones de que carecían, los abultaba y los exageraba, y esta labor hacía mucho daño en un país en donde no hay corrientes de opinión y en donde se cree a pie juntillas lo que se lee en letras de molde.

Después de la toma de Veracruz sobrevino una polémica envenenada y acre sobre las circunstancias que mediaron en la ocupación de aquella plaza. Los enemigos de Madero aseguraban que se trataba de una traición de Beltrán y que, debido a ello, pudieron ocupar Veracruz casi sin combatir. Que hubo muchas pláticas entre oficiales y hasta jefes de uno y otro bando, y que las tropas federales entraron a la ciudad llevando sus soldados banderas blancas. Los partidarios del gobierno negaban rotundamente estos hechos. De cualquier modo, sobre el jactancioso general Beltrán se abatió una racha de diatribas.

A raíz de la ocupación de Veracruz, se reunió un Consejo de Guerra Extraordinario para juzgar a Félix Díaz y a sus compañeros de aventura. El día 25 de octubre, en la madrugada, fueron sentenciados a muerte el general Félix Díaz, el coronel Migoni, el mayor de ingenieros Fernando Zárate y el teniente Salustio Lima, y a 10 años de prisión, los capitanes Manuel Mallén y Hermilo Martínez y el teniente Óscar Camacho. La justicia federal intervino e impidió la ejecución. En la Ciudad de México hubo manifestaciones pidiendo la cabeza de Félix Díaz y otras pidiendo que no se le privara de la vida.

A fines de noviembre ocurrieron algunos cambios en el gabinete presidencial. Renunció el licenciado Flores Magón a la cartera de Gobernación, siendo nombrado para substituirlo el licenciado Rafael Hernández, quien dejó la cartera de Fomento. Fue designado secretario de Fomento el ingeniero Manuel Bonilla, quien desempeñaba la cartera de Comunicaciones, y en su lugar fue nombrado el señor Jaime Gurza, enteramente desconocido.

Capítulo XXII

La Navidad y el Año Nuevo en Roma.— La felicitación al Rey.
El Palacio del Quirinal.— El cuerpo diplomático.— Recuerdo de Hugo Fóscolo.
Aspecto cosmopolita y vacuo.— Los diplomáticos más conspicuos.
Los norteamericanos, sencillos y austeros.
El personal de la embajada rusa con trajes nacionales.
Recomendaciones protocolarias ridículas.— Presentación al Rey y a la Reina de Italia.
El besamanos de la reina Margarita.— La revista de las tropas negras de Eritrea.
Cablegrama de mi padre.— Dificultades para marchar a la campaña de los Balcanes.
Mis proyectos de estudio.— Viaje a Nápoles.— Rápidos paseos y visitas.
Tres acorazados viejos y bien cuidados.— Nuestra marina mercante.
Nuestros vetustos barcos de guerra deben ser volados con dinamita.
Llegada de mi familia.
La glorificación de las banderas de los cuerpos que tomaron
parte en la campaña de Libia.— El Rey pasa revista a las tropas.
La plaza Venecia.— El monumento a Víctor Manuel II.
Una montaña de mármol y bronce.— Aplastamiento de la colina del Capitolio.
La guerra ítalo-turca.— Las bajas de los italianos.
Empleo de los aeroplanos y de los dirigibles.
El cañón Deport de grandes campos de tiro.— Mi enfermedad.

Procuro enviar información copiosa sobre todas mis observaciones, aunque presumo que mi correspondencia y todos mis informes irán a formar un voluminoso expediente que no será leído por nadie, pero a mí me gusta cumplir con mi deber, sin importarme ni preocuparme que los demás cumplan o no con él.

En Roma, la temperatura invernal es molesta y peligrosa. A días llenos de sol, que parecen primaverales, suceden días grises, lluviosos, en los que sopla un vientecillo helado y sutil que llaman de *tramontana*. Y en estos días hay que permanecer encerrado y aburrido.

En la Navidad la alegría es desbordante. Las calles parecen ríos de gente. El servicio de tranvías se interrumpe y el Corso Humberto y las principales arterias se parecen a la avenida de San Francisco de México en la noche del 15 de septiembre. Yo ceno triste y solo en el Café Faraglia, en medio de un bullicio, de una alegría y de una algazara enormes.

La entrada del año nuevo es celebrada también ruidosamente. Los teatros y los cafés están pletóricos de gente, y una multitud invade las calles. Las mesillas colocadas en las banquetas de las principales avenidas están repletas. Sentado en una de ellas, pienso que este año que acaba de terminar no ha sido malo para mí. He disfrutado de cierto bienestar y de cierta tranquilidad, y vino al mundo la tercera de mis hijas. Estoy separado de mi familia y la extraño muchísimo, pero me consuela la idea de que pronto estaré con ella, pues espero su arribo en el mes de enero. ¡Qué solo se siente uno en estos días solemnes, en una ciudad populosa en que transitan millares y millares de gentes completamente desconocidas!

El día 2 de enero de 1913, el ministro de México, acompañado de su secretario, pasó por mi casa a recogerme, para concurrir a las felicitaciones de principio de año al Rey y a la Reina. Llegamos los tres en el coche de la Legación al Palacio del Quirinal. En la puerta, la guardia de granaderos de gran gala. Ascendimos la monumental escalera y llegamos a un amplio salón, en donde esperaba todo el cuerpo diplomático acreditado ante el Quirinal. Había allí multitud de gente enchamarrada con los ridículos uniformes diplomáticos, con los pechos llenos de condecoraciones, que me hicieron recordar sin querer la famosa cuarteta de Hugo Fóscolo. Había allí gente de todos los países y de todas las razas. Diplomáticos, con su aspecto cosmopolita y vacuo, que habían recorrido medio mundo, acompañados de sus esposas y de sus hijas, desde el fastuoso embajador de una gran potencia hasta el simple agregado comercial de alguna república centroamericana. Me mostraron a los diplomáticos más

conspicuos: Camille Barrére, embajador de la República Francesa, y Von Jagow, embajador del Imperio Alemán.

Los diplomáticos norteamericanos se distinguen por su sencillez y austeridad. Ellos han desterrado la librea diplomática y vienen vestidos de frac. En sus pechos no ostentan ninguna condecoración. Los miembros de la embajada rusa, que es numerosa y abundante en mujeres, han tenido la humorada de vestirse con el traje nacional ruso y forman un conjunto abigarrado y pintoresco. Los agregados militares visten el uniforme de los ejércitos de sus respectivos países. Von Jagow, el embajador de Alemania, dejó en su guardarropa el uniforme de embajador para presentarse con el sencillo uniforme de teniente de dragones.

Las misiones diplomáticas tienen que ingresar al salón del trono por riguroso turno de precedencia. Primero tiene acceso el personal de las embajadas y luego las legaciones. A la de México toca el primer turno de estas últimas. El ministro y el secretario me asedian con recomendaciones protocolarias ridículas: tantas caravanas, salir sin dar la espalda al Rey y a la Reina, y otras caravanas; no dirigir la palabra a los monarcas sino cuando estos interrogan, y otras por el estilo.

Entramos al gran salón. El Rey, vestido de riguroso uniforme, está de pie y tiene a su derecha a la Reina, una hermosa dama morena, más alta que su consorte. Hacemos las caravanas prescritas y el ministro Esteva hace la presentación en francés. El monarca, afable y demócrata, me pregunta en francés qué grado tengo en el ejército y yo le contesto en italiano, idioma que domino mejor que el francés, que soy teniente coronel del cuerpo de Ingenieros. El Rey se sorprende de que siendo tan joven haya alcanzado un grado tan alto. Le respondí que tuve un ascenso por méritos en campaña. Luego quiso saber cómo había aprendido el italiano, respondiéndole que era hijo de italiano. Luego quiso saber de dónde era mi padre. El Rey estuvo afabilísimo conmigo. Al terminar la felicitación,

nos retiramos caminando para atrás, a fin de no dar la espalda a los monarcas.

La sorpresa del Rey era justa. Conocí a muchos capitanes de artillería y de ingenieros del ejército italiano que tienen alrededor de 50 años de edad y sus cabezas peinan canas. Yo tengo 34 años.

El día 4 de enero, en la tarde, fue el besamanos de la Reina Madre.

Tengo verdadero interés en conocer a la viuda del rey Humberto. A la caritativa reina adorada por todos los italianos; a la hermosa reina cantada por Carducci; a la dama que Zolá llamó la más intelectual de todas las reinas, y a la que glorificó el poeta Gabriel D'Annunzio, diciendo de ella que llevaba el nombre de la blanca flor estelar: la reina Margarita.

La Reina, severamente vestida de negro, hermosísima a pesar de su cabellera enteramente blanca, recibe de pie los homenajes de todas las misiones diplomáticas. Toca su turno a la de México; el ministro Esteva me presenta y la Reina me dirige breves palabras amables. Quedo gratamente impresionado.

A raíz de mi llegada a Roma, fui invitado a presenciar varias revistas militares. La guerra de Trípoli acababa de terminar con los tratados de paz firmados por Italia y Turquía, en Ouchy, Suiza. En esa guerra de conquista, en que Italia se apoderó de Trípoli y de Cirenaica, para formar la colonia italiana a la que asignó el antiguo nombre romano de Libia; en esa guerra tomaron activa participación varios regimientos de tropas negras traídas de la colonia Eritrea. Terminada la guerra, estas tropas debían volver a Eritrea, pero antes de dirigirse a su destino se hizo marchar a cada uno de los regimientos a Nápoles, y desde allí se les condujo a Roma para que el Rey les pasase revista. El día 8 de diciembre de 1912, le tocó esta revista al 7º Batallón de *ascari* eritreos.

Con anterioridad, el jefe de la división del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra invitó a los agregados militares a concurrir a esta revista, poniendo a disposición de los que lo desearan caballos

del Regimiento Piamonte Real. Algunos tenían caballos de su propiedad. Los que no teníamos, que constituíamos mayoría, nos dirigimos con anticipación al cuartel del referido regimiento a probar los que se nos habían asignado, saliendo todos juntos un poco antes de las 11 de la mañana, para esperar al Rey y a su Estado Mayor y agregarnos a su séquito.

Esa revista se consideraba como un honor que dispensaba el Rey a los soldados etíopes que habían combatido a los nativos de Trípoli, bajo la bandera italiana y al mando de oficiales italianos. Estos soldados negros son de estatura elevada y se les nota robustos y bien disciplinados.

El 5 de enero de 1913 recibí un cablegrama de mi padre, fechado la víspera en Nueva York, en el que me participa que ese día se embarcaron en el vapor alemán "Berlín", que llegará a Nápoles el 15 de enero. Tengo un gusto enorme. Al fin, ya voy a estar tranquilo con los míos. Los días que faltan para la llegada de mi familia los dedico a buscar un apartamento amueblado, me toca asistir a una nueva comida de los agregados militares y navales, y a proyectar varios viajes, tanto para conocer las principales ciudades de Italia como para estudiar lo mejor posible la organización del ejército italiano. Mi primer viaje será a Turín, centro militar muy importante en donde se encuentran de guarnición varias corporaciones dependientes del cuerpo de ingenieros: la Escuela de Artillería e Ingenieros y la Escuela de Guerra. En las cercanías de Turín, en Pinerolo, se encuentra la famosa Escuela de Caballería de este nombre.

No he podido arreglar nada sobre mi marcha a la campaña de los Balcanes, pues todas las gestiones hechas de acuerdo con el ministro de México se han dificultado mucho, ya que México no sostiene relaciones diplomáticas con ninguno de los Estados que participan en la guerra.

El 11 de enero me cambié al apartamento que destino para alojamiento de mi familia. Está en la casa número 79 de la Via Boncom-

pagni. El día 13 del mismo mes, a las 10 de la mañana, partí para Nápoles, arribando a esta ciudad a las tres de la tarde. Aprovecho el tiempo haciendo un paseo hasta Possilippo, por las calles principales, muy típicas y muy ruidosas, y por el muelle. Al día siguiente recorro el Museo Nacional, de gran interés por las colecciones que contiene, en su mayor parte extraídas de Pompeya, y el riquísimo, aunque pequeño, Acuario. En la tarde visité el acorazado "Regina Margherita". Estaban ese día en la bahía de Nápoles, además del acabado de mencionar, los acorazados "Emanuele Filiberto" y "Saint Bon". Los tres son barcos anticuados, que quizá muy pronto sean puestos fuera de servicio, pero notables por el cuidado que se tiene con ellos. Al regresar, pensé con tristeza que nuestra Patria no se ha preocupado por la formación, con un criterio racional que atienda a nuestras necesidades, de una marina mercante y de una pequeña marina de guerra. Tenemos dos litorales extensísimos y casi no hay marina mercante, y nuestros pequeños barcos de guerra, además de anticuados, resultan verdaderos inválidos de los mares. Nuestra marina de guerra es tan ridícula que la mayor parte de nuestros vetustos e inadecuados barcos merecen ser volados con dinamita.

El día 15 de enero, a las siete de la mañana, llegó el vapor "Berlín", habiendo hecho su travesía con muy buen tiempo y con escalas en Gibraltar y en Argel. En él llegaron mi buen padre, mi esposa, mi hermana María y mis tres hijas. En la tarde partimos para Roma, adonde llegamos a las siete de la noche.

El día 19 de enero concurrí a la solemne ceremonia efectuada en el colosal monumento a Víctor Manuel II, en la plaza Venecia, en la que el Rey entregó las recompensas al valor a las banderas de los cuerpos que se distinguieron en la campaña de Libia. Antes, el Rey pasó revista a todas las tropas de guarnición en la Ciudad Eterna y a los destacamentos que vinieron de distintas partes de Italia, pertenecientes a los cuerpos que participaron en la campaña, efectuándose la revista en la enorme plaza que está frente al cuartel de

Castro Pretorio. El Rey, a caballo, seguido de un brillante Estado Mayor y formando parte de su séquito todos los agregados militares, se trasladó a la Plaza de la Independencia y desde allí presenció el desfile de las tropas, que prosiguieron su marcha por la plaza de las Termas y la calle Nacional. Los regimientos se formaron en la enorme plaza Venecia, frente al monumento de Víctor Manuel. Las calles por donde pasamos estaban pletóricas de gente y la hermosa plaza Venecia parecía un mar de cabezas. Esta se caracteriza por el orgulloso y bello palacio de Venecia, donde residían los embajadores de la poderosa república y donde está instalada actualmente la embajada de Austria Hungría. Al fondo se levanta el colosal monumento destinado a simbolizar la independencia y la unidad de Italia que, con su magnitud, parece aplastar la sagrada e histórica colina del Capitolio sobre la cual está recostado. Y en ese día, repleta de soldados y civiles, con el brillo de las armas y con el ondear de las banderas de todos los regimientos italianos, la plaza presentaba un aspecto imponente de verdad. Es tan vasta, que el monumento no representa la grandeza que realmente tiene. El descanso sobre el que se eleva la estatua ecuestre del primer Rey de Italia tiene más de 100 metros de longitud por 66 de anchura, y en este se instalaron el Rey, la familia real, todo el cuerpo diplomático acreditado ante el Quirinal, los principales funcionarios públicos y las representaciones de todas las corporaciones militares italianas, con sus respectivas banderas.

A cada una de las banderas de los cuerpos que se distinguieron en la guerra, el Rey colocó las medallas a que se hicieron acreedores. Se repartieron unas cuantas de oro, algunas más de plata y el resto de bronce, inclinándose en cada acto todas las banderas, en medio de los acordes marciales de las músicas.

Ya he expresado con anterioridad que no pretendo en estas memorias dar una descripción, aun cuando sea somera, de los monumentos visitados. Para ello es mejor ver las excelentes guías,

pero no puedo resistir a la tentación de transcribir algunos datos que darán idea de la grandeza del monumento a Víctor Manuel, que parece simbolizar el esfuerzo de Italia, unida e independiente, y caracterizar el orgullo de los italianos, principalmente de los romanos que quieren dejar siempre una huella imperecedera de su paso por este mundo.

El monumento tiene una longitud, en su eje, de 130 metros y una anchura de 135 metros. La altura máxima de las cuádrigas sobre el nivel de la plaza es de 79 metros; la altura máxima del pórtico, de 62 metros, y la de la estatua ecuestre, de 43 metros.

Recostado sobre la loma capitolina parece una montaña de mármol y bronce, con sus amplias escalinatas alternadas con descansos; sus enormes grupos de bronce, que representan el Pensamiento y la Acción; sus fuentes monumentales, provistas de verdaderas cascadas de agua, que figuran el Mediterráneo y el Adriático; sus grupos de piedra: el Derecho, la Fuerza, el Sacrificio y la Concordia; el altar de la Patria; la estatua ecuestre de Víctor Manuel, de bronce dorado, de 12 metros de altura y colocada sobre un pedestal de 11 metros, estatua que tiene un peso de 50 toneladas; su pórtico con las estatuas sedentes de Cavour, Garibaldi, Mazzini, Gioberti, Manin, Guillermo Pepe, Ricasoli y Farini; sus cuatro columnas triunfales, coronadas con Victorias de bronce dorado, con sus frontones decorados con bajorrelieves, que representan la Libertad y la Unidad; con sus dos cuádrigas de bronce dorado, de nueve metros de altura y con el pórtico que se desarrolla en ligerísima curva y cuyo ático está decorado con figuras que representan a las 16 regiones de Italia.

Este monumento, cuya construcción ha durado más de 26 años y en el que se han gastado más de 10 millones de pesos, a pesar de sus grandes proporciones aparece frío, sin vida, como un amontonamiento arquitectónico y escultórico formado sin unidad de pensamiento, y su mole inmensa, que aplastó parte de la colina del Capitolio, no puede resistir la comparación con el monumento inme-

diato: la estatua ecuestre de Marco Aurelio, serena y sencilla, colocada simplemente sobre la plaza de la misma colina y a la cual sirven de fondo los maravillosos palacios de Miguel Ángel.

La glorificación de las banderas constituyó el coronamiento de la guerra ítalo-turca, que duró aproximadamente un año y en la que Italia hizo un esfuerzo supremo para conservar el equilibrio del Mediterráneo, adquiriendo de paso una gran extensión de territorio para llevar a él la superabundancia de su población, sin correr el riesgo de que estos hijos suyos pierdan su nacionalidad. La campaña fue dura, pues hubo de combatir con tribus de Tripolitania, reforzadas, armadas y comandadas por los turcos. Ella se desarrolló en los desiertos de Libia y en las islas del mar Egeo. Tuvo que enviar alrededor de 80 mil soldados al campo de la guerra, perdiendo 236 oficiales y 4,076 soldados, además de 1,948 muertos por enfermedad.

En esta guerra se usaron por primera vez los aeroplanos y los dirigibles, los que dieron excelentes resultados para los servicios de reconocimiento y exploración, para hostilizar a las columnas enemigas en marcha y para el bombardeo de sus retrincheramientos. La navegación aérea empezó a utilizarse en los reconocimientos topográficos por medio de la fotografía, que ya se había empleado en Italia para el levantamiento de planos. La navegación aérea parece haber relegado a la caballería a un lugar secundario, y habrá de modificar profundamente los principios de la fortificación de campos de batalla.

También se usaron en esta guerra, por primera vez y en gran escala, los transportes por medio de automóviles, prestando grandes servicios para el reaprovisionamiento de las tropas y, principalmente, para el transporte de agua en el desierto.

En esta campaña fue usado por primera vez el cañón Deport, de invención francesa, llamado también cañón de grandes campos de tiro, cuya principal característica es la articulación de su cureña. Al ser colocado el cañón en batería, hace que la cureña quede en forma

de “V” bastante abierta, lo que además de proporcionar gran estabilidad al mecanismo, permite al arma moverse con grandes ángulos, tanto horizontales como verticales, pudiendo, por tanto, ser aprovechada para el tiro contra los dirigibles y los aeroplanos.

La ceremonia de las banderas se efectuó en la mañana, que era fría en extremo, y como yo estaba un poco resfriado, en la tarde me sentí enfermo, con una fuerte fiebre que me hizo guardar cama.

Capítulo XXIII

Los diarios italianos.— Nueva revolución en México.
El cuartelazo de la Ciudadela.— Combates en las calles de la capital.
Censuras de la prensa italiana.— La traición de Huerta.
La prisión del Presidente y del Vicepresidente de la República.
La sucesión presidencial.— Las renuncias de Madero y Pino Suárez.
La farsa de renovación.— La cobardía de los diputados.
La actitud del general Velasco.— El asesinato de Madero y de Pino Suárez.
El Pacto de la Embajada.— Huerta, Presidente de la República.
El nuevo gabinete.— Examen de conciencia.— La actitud del ministro Esteva.
Coahuila y Sonora sobre las armas.— El general Porfirio Díaz en Roma.
El crepúsculo de un dictador.— El combate de Angelo.— El ataque a Saltillo.
Orden de regresar a México.— En Nápoles.— El vapor "Ancona".
Estadía en Palermo.— Arribo a Nueva York.
Visita a la viuda del presidente Madero.— Partida de Nueva York.— El vapor "México".
La Habana.— Llegada a Progreso.— Rápido viaje a Mérida.

Desde el día 19 de enero de 1913 he guardado cama. Primero fue una fuerte influenza. El día 25 me sentí bien, y acompañado de mi esposa y de dos de mis hijas di un paseo por el Pincio, el grande y hermoso parque de Roma. Hacía una mañana llena de sol, pero hacía frío también y en la tarde me sentí mal. Sufrí una recaída que se complicó con una molesta bronquitis capilar, que me hizo guardar cama más de un mes.

Rodeado de mi familia, que me llena de cuidados y atenciones, a ratos me dedico a la lectura. He leído con delectación una excelente obra de polémica histórica, plena de vida y de erudición, sobre la batalla naval de Lissa. Su autor es G. Lumbroso y tiene por título *Lissa nella Storia e nella Leggenda*. Lumbroso explica con acopio de

datos y de razonamiento las causas que motivaron el desastre de la flota italiana comandada por el almirante conde de Persano. También me dedico a la lectura de los diarios italianos, muy diferentes de los norteamericanos y aun de los nuestros. Todos están muy bien escritos, pero tienen poco papel. Las notas informativas son cortas. Las notas editoriales son breves, concisas y bien escritas. El servicio cablegráfico es reducido. Y eso en lo que atañe a Europa y a los Estados Unidos, pues en lo que se refiere a México y a los demás países latinoamericanos el mencionado servicio es completamente nulo, al grado de que en cuatro meses no he visto en los diarios italianos un solo cablegrama procedente de México. La información gráfica es muy parca. Las informaciones policiacas, que en México son muy extensas, en la prensa europea se dan en unas cuantas líneas.

También recibo los principales diarios de la Ciudad de México con un retardo de fechas de 12 a 16 días, sujetos a la salida de vapores de Nueva York, recibiéndolos comúnmente dos días a la semana. Leo con verdadera avidez la prensa mexicana, aunque su lectura me produce casi siempre un sentimiento de disgusto. Desde lejos se puede apreciar mejor la mezquindad de nuestras luchas.

El 11 de febrero de 1913, la doncella de la casa, una muchacha romana del Trastevere, cuya cara tiene un perfil de medalla, al servirme en la cama el desayuno me mostró un ejemplar del *Giornale d'Italia*, diciéndome: "Signore, nuova rivoluzione nel Messico". Cogí rápidamente el diario, y en la primera de las seis planas que formaban el periódico vi una columna entera de cables que noticiaban que había estallado una nueva revolución en México; que se combatía en las calles de la capital mexicana; que el presidente Madero había huido de México; que el general Bernardo Reyes había muerto; que los generales Félix Díaz y Mondragón se habían apoderado de la Ciudadela, el principal fuerte de México. Agregaba la información cablegráfica del periódico que las fuerzas sublevadas se componían

del 1er Regimiento de Caballería, de tres regimientos de artillería, de la policía de la capital y de los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes. Que el general Villar había sido herido y en su lugar había sido nombrado Comandante Militar el general Huerta. Asimismo, decía la información, que en la mañana del 9 de febrero, los alumnos del Colegio Militar de Chapultepec habían escoltado al presidente Madero en su marcha de Chapultepec al Palacio Nacional y que uno de los sublevados, el general Gregorio Ruiz, había sido fusilado en uno de los patios del mismo Palacio Nacional.

Yo me quedé estupefacto ante estas sensacionales noticias. Mandé adquirir todos los diarios de Roma, para ver si sus informaciones cablegráficas eran más amplias. Me llevaron *Il Corriere d'Italia*, *Il Messaggero* y *La Tribuna*. En la tarde compré el excelente diario *Il Corriere della Sera*, de Milán, pero, desgraciadamente, aunque traía las mismas noticias, sus informaciones eran menos prolijas. En los cables se asentaba que, en las primeras horas de la mañana del día 9, los sublevados se habían dirigido a la Prisión Militar para sacar de allí al general Reyes, quien estaba preso, y después marcharon a la penitenciaría y de allí sacaron a Félix Díaz. Yo, que sabía que este último estaba preso en la fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz, creí por dos o tres días más que las informaciones adolecían de alguna falsedad.

Pero salí de dudas cuando recibí un paquete de periódicos mexicanos y leí en *El Imparcial* que el día 24 de enero fue conducido Félix Díaz de Veracruz a México, y que en la estación Tepexpan, inmediata a la capital, fue bajado del tren por el inspector general de Policía, Emiliano López Figueroa, y conducido en automóvil a la penitenciaría del Distrito Federal.

En los días siguientes adquiría todos los diarios de Roma, de Milán y de París. Seguían los combates a cañonazos en las calles más céntricas de México. Se habían derrumbado los muros de la cárcel de Belem, y todos los criminales se habían fugado, engrosan-

do las filas de los rebeldes encabezados por Mondragón y Félix Díaz, que se habían hecho fuertes en la Ciudadela, desde donde cañoneaban el Palacio Nacional. Las plazas y calles de la capital estaban llenas de muertos, que era imposible retirar y sepultar a causa del fuego nutrido de los contendientes, que levantaban barricadas en las calles. El presidente Madero había salido de la capital y regresado rápidamente a ella a la cabeza de las fuerzas que en Cuernavaca comandaba el general Ángeles, y se había ordenado la concentración de fuerzas numerosas en la Ciudad de México.

Durante estos días la Legación de México publicó dos boletines en los que se afirmaba que la sublevación carecía de importancia y que el movimiento sería completamente dominado en pocos días.

Yo estaba contristado y nerviosísimo. Mi enfermedad me impedía salir a la calle para tomar noticias fidedignas en la Legación de México y para cambiar algunas impresiones con el ministro. Los diarios italianos echaban su cuarto a espadas en las notas editoriales, censurando acremente al Ejército mexicano, del cual era yo representante en Italia, por la deslealtad de muchos de sus miembros, y se referían a las continuas revueltas en nuestro país, que han impedido el desarrollo de su riqueza y de sus múltiples recursos naturales.

Todos los días, noticias de terribles bombardeos, de nutrido fuego de artillería y de ametralladoras; de que la ciudad carecía de agua y de luz y de que los muertos estaban amontonados en las principales avenidas. Se hablaba de combates terribles para tomar y recuperar el edificio de la 6ª Comisaría, de granadas dirigidas desde la Ciudadela que estallaban en una de las puertas del Palacio Nacional, de un regimiento de rurales que atacaba a caballo la Ciudadela y era barrido con el fuego de los cañones y de las ametralladoras en la calle de Balderas, de que había treguas que duraban pocas horas y de que la lucha era feroz, muriendo muchos ciudadanos pacíficos.

Por último, según las informaciones periodísticas, el día 18 de febrero el general Huerta, comandante de las fuerzas que defendían al gobierno de Madero, se pasó a los sublevados con todos los soldados que atacaban a sus órdenes; mandó aprehender al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez; ordenó el fusilamiento de Gustavo A. Madero y de Adolfo Bassó, intendente de Palacio, y envió telegrama circular, expresando que por orden del Senado había asumido la Presidencia de la República.

Los periódicos italianos, ahora sí, contrastando con el mutismo que siempre han guardado sobre los asuntos de México, publican en el lugar preferente de sus ediciones telegramas sobre los acontecimientos mexicanos. Pero la misma lejanía del teatro de los sucesos los hace incomprensibles; expresan tales cosas que parecen descabelladas en un medio escasamente civilizado. El jefe de las fuerzas encargado de la defensa de las instituciones, después de ocho días de combates terribles, hace causa común con los sublevados. Además de la profunda inmoralidad que este acto encierra, cualquiera se pregunta: ¿Para qué peleó inútilmente Huerta durante ocho días, haciendo que se mataran entre sí muchos mexicanos y que se causaran a la Ciudad de México grandes perjuicios materiales? Yo recordaba que en el pronunciamiento de la Ciudadela, en el año de 1871, el general Sóstenes Rocha, jefe de las fuerzas del gobierno, tomó este edificio —que de Ciudadela sólo tiene el nombre— en unas cuantas horas y domeñó aquella rebelión en un mar de sangre, mandando ejecutar, sin formación de causa, a todos los prisioneros. Y entonces, la Ciudadela, que antes era una fábrica de tabacos, tenía fosos en su derredor y el edificio se levantaba aislado en medio de una llanura. Ahora, los fosos han desaparecido y está rodeado de construcciones, lo que permite la aproximación de asaltantes sin grandes riesgos. Sin embargo, la famosa Ciudadela no pudo ser tomada en ocho días y, a la postre, el jefe de la guarnición de México traicionó al gobierno, se unió a los rebeldes, que sólo con aislarlos se hubiesen muerto de hambre;

alevosamente hizo prisioneros al Presidente y al Vicepresidente de la República y mandó asesinar a los defensores del mismo gobierno, tendiéndoles una celada indigna de hombres civilizados.

La Constitución de México previene la forma de sucesión de la Presidencia de la República en el caso de que llegaren a faltar este y el Vicepresidente de la República. La misma Constitución no faculta al Senado para designar Presidente de la República y, por esta circunstancia, no entiendo ni puedo entender el mensaje circular de Huerta que publica toda la prensa europea, en el que asegura que, autorizado por el Senado, se hizo cargo del Poder Ejecutivo.

Llegan también noticias de que junto con el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez ha sido aprehendido el general Felipe Ángeles, distinguidísimo oficial del Ejército mexicano. Los cablegramas de prensa aseguran que en 10 días de combate se registraron 2 mil muertos y más de 6 mil heridos.

En los días siguientes llegan nuevos cables. El presidente y el vicepresidente, que continúan presos, han presentado sus renuncias, a cambio de la promesa de Huerta de que serán embarcados con toda clase de garantías y se les permitirá la salida del país para que se radiquen en el extranjero. El día 19 de febrero, en sesión de la Cámara de Diputados, se da cuenta de esta renuncia, que es admitida desde luego, prestando la protesta de ley como Presidente de la República el licenciado Pedro Lascuráin, secretario de Relaciones Exteriores del gabinete de Madero. En el mismo local de la Cámara, Lascuráin nombra secretario de Gobernación al general Victoriano Huerta, e inmediatamente después presenta su renuncia a la misma Cámara del puesto que desempeñó por 50 minutos y, por prevenirlo así la Constitución, asume la Presidencia de la República el general Huerta.

Lo ocurrido se antoja una farsa indigna a la que se presta dócil y cobardemente la Cámara de Diputados, pues ahí no se dejó oír una sola protesta. Con excepción de cinco diputados verdadera-

mente dignos, todos los demás, como carneros, votaron por la aceptación de las renuncias de los dos altos funcionarios que estaban presos, con los cuales pretorianos indignos habían cometido todo género de atropellos. No lo sé a punto fijo, pero entiendo que la mayoría de los diputados pertenece al Partido Renovador, es decir, son maderistas y no se puede explicar su actitud.

Entre tanto, cables transmitidos desde Nueva York a la prensa europea daban la noticia que el general José Refugio Velasco, comandante militar de Veracruz, era adicto a Madero y había comunicado a Huerta que mientras no se hiciera la transmisión legal del poder, de acuerdo con las normas constitucionales, él, Velasco, continuaría reconociendo como presidente legítimo al mismo Madero. La actitud del general Velasco era gallarda y contrastaba con la actitud medrosa de la Cámara de Diputados. Madero, para salir del país, era probable que lo hiciera por el puerto de Veracruz, y contando con la actitud legalista de este viejo y honesto soldado, el presidente contaría con un pie de fuerzas veteranas para sostener su legalidad contra la perversa e indigna traición de Huerta.

Yo sospechaba, ateniéndome a los cables de la prensa, que ni el presidente Madero ni el vicepresidente Pino Suárez habían cometido la debilidad de renunciar. Madero, poco tiempo antes, había declarado que sólo muerto lo sacarían del Palacio Nacional.

Mi estupor llegó al colmo el día 24 de febrero. Yo he continuado enfermo con mi molesta bronquitis capilar. Y este día todos los diarios de Roma publican la noticia de la muerte del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez. En los mismos cables se inserta un boletín que, según los mismos, fue publicado por todos los periódicos de la Ciudad de México en sus ediciones correspondientes al 23 de febrero, asentándose que dicho boletín fue entregado a los diarios a las dos de la mañana del mismo día 23, en la Secretaría Particular de la Presidencia de la República. El boletín dice:

> El señor Presidente de la República reunió a su gabinete a las doce y media de la noche para darle cuenta de que los señores Francisco I. Madero y Lic. José María Pino Suárez, que se encontraban detenidos en el Palacio Nacional, a disposición de la Secretaría de Guerra, fueron conducidos a la Penitenciaría, según estaba acordado, cuyo establecimiento se había puesto bajo la dirección de un jefe del ejército esta misma tarde para mejores y mutuas garantías. Que al llegar los automóviles a un punto situado al terminar el tercio final para llegar a la Penitenciaría, fueron atacados por un grupo de personas armadas y habiendo bajado la escolta para defenderse, al mismo tiempo que el grupo se aumentó, pretendieron huir los prisioneros; que entonces tuvo lugar un tiroteo del que resultaron dos agresores heridos y uno muerto, quedando destrozados los automóviles y muertos los señores Madero y Pino Suárez.

En los diarios de Roma se publicaba la noticia de un pacto celebrado en el edificio de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica, subscrito por los generales Victoriano Huerta y Félix Díaz. En ese pacto se desconocía al Poder Ejecutivo, se comprometían a que antes de 72 horas Huerta asumiría la Presidencia de la República con el siguiente gabinete: Relaciones, licenciado Francisco León de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, general Manuel Mondragón; Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; Gobernación, ingeniero Alberto García Granados; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, licenciado Jorge Vera Estañol; Comunicaciones, ingeniero David de la Fuente. Se agregaba que el general Díaz lanzaría su candidatura para la Presidencia de la República.

Secundando los términos de este pacto, los diputados, o acobardados o convenencieros, el día siguiente, el 19 de febrero, ungieron a Huerta mediante una farsa de aceptación de las renuncias de Madero y Pino Suárez. Luego tomaron la protesta a Lascuráin, quien en su calidad de secretario de Relaciones quedaba como presidente substituto. En seguida sancionaron el nombramiento expedido por

Lascuráin en favor de Huerta como secretario de Gobernación y a los pocos instantes aceptaban la renuncia de Lascuráin como Presidente de la República y tomaban protesta a Victoriano Huerta como Presidente de la República. Se habían cubierto todas las formalidades legales y, de acuerdo con la Constitución, Victoriano Huerta era legítimo Presidente de la República.

No cabía duda alguna de que Madero y Pino Suárez habían sido asesinados y que el asesinato era político. Se había aplicado en este caso la odiosa ley fuga, una vergüenza de México. Yo me sentí agobiado y avergonzado ante este crimen cometido por altos jefes del ejército, al que yo representaba en una nación extranjera. No me imaginaba cómo gentes decentes, como De la Barra, Esquivel Obregón, Robles Gil y Vera Estañol podían solidarizarse con una administración que había cometido este atentado sin nombre.

He hecho un examen de conciencia. Hace un poco más de un mes arribó a Roma mi familia para unírseme. Los gastos de viaje erogados y los desembolsos hechos con motivo de mi enfermedad hacen que vivamos al día, con estrecheces. No poseo ningún capital. Mi primer impulso ha sido el de solicitar por medio de un cablegrama mi licencia absoluta, sacrificando una carrera de abnegación y de trabajos. Llevo 17 años de servicios y he logrado llegar a ser teniente coronel de ingenieros. Estas traiciones y estos asesinatos sublevan mi espíritu, pero me detiene la consideración de mi pobreza y la perspectiva de una lucha terrible en un ambiente extraño. Esperaré más noticias para tomar una decisión.

Febrero 25, 1913

Continúo en cama. Estoy desesperado e inquieto. Esta enfermedad me impide salir a la calle y no puedo inquirir noticias en el único lugar en que puedo hacerlo, la Legación de México. La prensa sigue publicando noticias contradictorias. Primero anunció que el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, se había levantado en armas contra el gobierno de Huerta, pero que después había desistido de su actitud en virtud de negociaciones entabladas

entre el mismo Carranza y Huerta, en las que habían intervenido amigos de ambos y agentes del Gobierno de los Estados Unidos. He decidido esperar el curso de los acontecimientos y obtener más noticias.

Febrero 26, 1913

Continúa mi nerviosidad. Desde el día 10 de febrero, que me trajo mi sueldo de todo el mes el secretario de la Legación, hijo del señor Esteva, no estoy en contacto ni con el ministro ni con el secretario. Además, no puedo salir a la calle y no puedo adquirir noticias fidedignas sobre la situación de México. Continúo en cama y apenas si puedo escribir estas notas sin aliño, que reflejan mi incertidumbre.

Marzo 1, 1913

Me he sentido muy mejorado. El médico me ha participado que desde mañana puedo salir, siempre que haga buen tiempo, y solamente a mediodía. Los de la Legación ni siquiera han tenido la atención de informarse por mi salud. Mañana volaré a la Legación.

Marzo 2, 1913

A mediodía, en la Legación. Hablé con el ministro Esteva, a quien encontré radicalmente transformado. Antes, seguramente porque me creyó amigo de Madero, me hacía grandes elogios de él. Ahora, con gran sorpresa mía, me dijo que habían hecho bien en derrocar al inepto de Madero y que ahora sí se salvaría la Patria. Yo salí asqueado con ese proceder que me causó náuseas y desconsolado ante la falta de convicciones de un hombre que creía honorable.

Respecto de noticias, encontré en el ministro y en el secretario, su hijo, un hermetismo harto sospechoso.

Marzo 7, 1913

En la prensa se han publicado cablegramas procedentes de México y de los Estados Unidos, asegurando que las legislaturas de Coahuila y de Sonora han desconocido a Huerta y que los respectivos gobernadores han empuñado las armas para sostener

la legalidad. Las mismas informaciones aseguran que todas las demás legislaturas locales han reconocido como legítimo al gobierno de Huerta. Hoy fue bautizada mi tercera hija en la Basílica de San Pedro, a quien pusimos el nombre de Margarita. Fueron padrinos mi padre y mi hermana María. Al volver a la casa, a la una de la tarde, encontré un cablegrama procedente de México, depositado el día anterior, con esta única palabra: "Regresarás" y firmado por mi hermano José. Esto, indudablemente, debe comprenderse como una orden de la Secretaría de Guerra que vendrá por correo para que yo regrese a México. Ello me quita vacilaciones. Ya no puedo solicitar mi licencia absoluta, pues me la negarían, alegando que, según disposición de la Ordenanza, un oficial que recibe una orden no puede solicitar su baja sino hasta después de haber cumplido la orden recibida. Al llegar a México decidiré mi situación. Cuando menos tendré con qué regresar. Ya me siento bien, pero estoy muy debilitado por tan prolongada enfermedad. Sólo permaneceremos en Roma por unos cuantos días y como mi pobre mujer casi no conoce nada de las maravillas de esta urbe, me dedicaré por completo a enseñarle todo lo que conozco de la Ciudad Eterna. Casi al llegar, me enfermé, y ella me ha atendido solícita y cariñosa en nuestro modesto departamento de la calle Boncompagni. Estoy decidido a no volver a ver a ninguno de mis compañeros, los agregados militares, pues hasta me da vergüenza encontrarme con ellos y que me espeten la invariable pregunta: "¿Cómo está la situación en México?".

Me he abstenido también de visitar a mis amigos, los oficiales del ejército italiano, y de concurrir a las reuniones mensuales que celebran los agregados militares en el Grand Hotel. Me causa pena representar a un ejército tan corrompido. Me parece que la traición cometida por Huerta no tiene nombre.

Marzo 20, 1913

Mientras llegan las órdenes de partida, mi mujer y yo nos hemos dedicado por entero a visitar todas las bellezas de Roma. Ya conoce ella el castillo de Sant' Angelo, los museos del Vaticano, las

cámaras y logia de Rafael, la admirable Capilla Sixtina, el grandioso y frío monumento a Víctor Manuel, el Capitolio con sus museos, el Foro y el Coliseo.

Hace dos días llegó a Roma el general Porfirio Díaz. El ex presidente, desde que salió de México reside en París, pero hizo un viaje a Egipto. A su regreso desembarcó en Nápoles y de allí vino a Roma. Con la debida anticipación, recibí una esquela del ministro Esteva suplicándome que estuviese en la estación a la hora de la llegada del tren. No concurrí a este acto oficial al que no estaba obligado, pero quise hoy presentar mis respetos al viejo soldado que luchó en las guerras de Reforma y contra la Intervención y el Imperio. Está alojado en el Hotel Bristol, en la Plaza Barberini. Nunca había cruzado dos palabras con el viejo general. Me hicieron pasar a un saloncito del entresuelo, y cuando me saludó quedé sorprendido por su prestancia y vigor físico. Alto, erguido, a pesar de sus ochenta y tantos años parecía rebosar salud. Pero esta admiración se tornó en desencanto cuando yo mismo me presenté, diciéndole quién era en breves palabras. El general Díaz, más sordo que una tapia, no oía ni un cañonazo. Está rematadamente sordo. Era materialmente imposible sostener con él la más rudimentaria conversación. Además, creo que no está muy bien de sus facultades mentales. Me preguntó más de cinco veces si yo había sido compañero de Félix —se refería a Félix Díaz— en el Colegio Militar, y a mis reiteradas negativas insistía en sus preguntas. Le hablaba casi gritándole, pero yo creo que además de no oír, no entendía nada. Salí triste al ver el crepúsculo de un hombre que imperó sobre México por tantos años. Está en plena decadencia y ahora me explico por qué fue derrocado tan fácilmente. Es una verdadera ruina.

Marzo 21, 1913

Continúan llegando noticias de México. Los estados de Coahuila y de Sonora están en abierta rebelión contra Huerta. En Saltillo, Carranza impuso un préstamo forzoso al comercio. Yo tengo inquietudes por mi madre, que reside en esa ciudad y de la

que desde hace varios días no tengo noticias. Fue nombrado gobernador de Coahuila el doctor Ignacio Alcocer, pero Carranza, con las fuerzas regionales, está en posesión de Saltillo y de gran parte del estado. La misma prensa habla de un combate librado en Anhelo entre fuerzas comandadas personalmente por Carranza y federales a las órdenes del general Trucy Aubert, que tuvo como resultado la derrota completa del primero, abandonando en Anhelo armas, caballada, pertrechos y hasta su equipaje particular, huyendo rumbo a Monclova.

En la mañana visité con mi esposa las iglesias de San Camilo, de Santa María de la Victoria, de Santa Susana, de San Bernardo, de Santa María de los Ángeles, de Santa María la Mayor y la iglesia y el claustro de San Juan de Letrán. Por la tarde visitamos la iglesia y el claustro de San Pablo Extramuros. Vimos la pirámide de Cayo Sestio, que está inmediata a la puerta de San Pablo. Es necesario aprovechar el tiempo porque quizás ya no volvamos a Roma.

Marzo 25, 1913

Hemos continuado visitando todo lo notable de Roma. Todavía no me llega la anunciada orden para mi regreso a México. No me explico tanta tardanza.

Marzo 26, 1913

Hoy recibí oficio de la Secretaría de Guerra, en el que se me hace saber que, por disposición del Presidente de la República, ceso en la comisión de agregado militar en la Legación de México en Italia y que debo marchar a México a incorporarme al cuerpo de ingenieros, al que pertenezco. El oficio está fechado el 26 de febrero próximo pasado. Por la prensa me he enterado que me substituirá como agregado militar el teniente coronel de artillería Gabriel F. Aguillón, quien, con el regimiento de artillería que estaba a sus órdenes, secundó el movimiento felicista iniciado el 9 de febrero pasado.

Marzo 27, 1913

He tomado informes en todas las agencias de vapores para obtener pasajes a Nueva York en los barcos que tocan los puertos de Génova y Nápoles, pero he encontrado grandes dificul-

tades. En la orden de regreso se expresa que se me abonará la gratificación que percibo como agregado militar hasta el día que salga de Roma y que se me entregarán 600 pesos para gastos de viaje. Resultaría costoso si tuviese que ir hasta París para embarcarme en un puerto francés con rumbo a Nueva York.

Abril 1, 1913 Después de muchas dificultades, hoy conseguí pasajes para mi familia y para mí en el vapor "Ancona" de la Compañía de Navegación Italia, que zarpará de Nápoles el 16 de abril rumbo a Nueva York y Filadelfia.

Abril 6, 1913 He continuado visitando junto con mi mujer lo más importante de Roma y preparando mi viaje.

Abril 7, 1913 He tenido que guardar cama nuevamente y esto me preocupa.

Abril 10, 1913 Ya llevo cuatro días en cama, pero mañana saldré de Roma como quiera que sea. Ya entregué por riguroso inventario el mobiliario de mi departamento.

La prensa trae noticias de un combate en Saltillo entre federales y revolucionarios, estos últimos encabezados por Carranza, en el que, se asegura, fueron completamente derrotados los soldados de Carranza.

Abril 11, 1913 A la una y treinta y cinco de la tarde salimos de Roma para Nápoles, adonde llegamos a las seis y cuarenta de la tarde. Yo, aunque delicado de salud, estoy muy mejorado.

Abril 12, 1913 No pude salir en todo el día.

Abril 13, 1913 En la mañana visité con mi mujer y mi hija Carmen la iglesia de San Francisco de Paula y el convento de San Martín. En la tarde, el Palacio Real y Vomero.

Abril 15, 1913

Esta tarde visitamos los alrededores de Nápoles. La cima del Vesubio está nevada y no nos atrevemos a hacer esta interesante excursión por lo delicado de mi salud. Lo lamento muy de veras. Tampoco podré visitar Pompeya.

Abril 16, 1913

Visita al notable acuario de Nápoles, pequeño, pero muy interesante. Después estuvimos en la catedral de San Jenaro. A las cuatro y media de la tarde nos embarcamos en el vapor "Ancona". Como el vapor no debía zarpar sino hasta las ocho de la noche, alquilamos un bote de gasolina y dimos un paseo por la hermosa bahía, admirando los acorazados italianos "Dante Alighieri" y "Sicilia" y el acorazado francés "Jeanne d'Arc". A las ocho en punto de la noche zarpamos con rumbo a Palermo, con muy buen tiempo.

Abril 17, 1913

Me levanté muy temprano. El barco tiene un desplazamiento de 15 mil toneladas. Antes estaba destinado a la línea Génova-Buenos Aires, pero ahora se le cambió a la línea de Nueva York. Solamente tiene adaptaciones para 70 pasajeros de primera clase y unos 100 de segunda, pero puede transportar 2 mil pasajeros en tercera. Este último departamento está lleno de gente humilde italiana.

Ya se avistan las montañas que forman la hermosa "Concha de Oro" de Palermo. A las ocho en punto de la mañana llegamos a Palermo. El barco permaneció en el puerto todo el día para tomar un gigantesco cargamento de limones. Aprovechamos muy bien esta estancia limitada, recorriendo en la mañana, en coche, las principales calles de Palermo y visitando la iglesia de San José, la catedral, el convento de Capuchinas con sus largas filas de momias y la bellísima Villa Tasca. Tuvimos una magnífica impresión de Palermo, con sus calles rectas, anchas y aseadas. Comimos a bordo. En la tarde recorrimos en coche un enorme parque de naranjos y limoneros, todos en flor, para visitar la Villa Favorita, casa de campo mediocre, pero bellamente situada en el centro de la "Concha de Oro". Palermo me ha encantado por su belleza, por su carácter y por su colorido.

A las ocho de la noche, con buen tiempo, zarpamos para Nueva York.

Abril 20, 1913 Hemos tenido un tiempo excelente. La comida es muy buena, hay vino a pasto y limonadas y naranjadas a granel. El personal es muy atento. Nos divertimos contemplando, desde el puente de primera, a los pasajeros de tercera que bailan al son de acordeones. Su pieza favorita es el vals *Sobre las Olas*, de nuestro malogrado Juventino Rosas. A las nueve de la mañana pasamos frente a Gibraltar, divisando a distancia las poblaciones españolas de Estampona, Marivela y Algeciras; y al sur, las montañas de la costa africana. A las nueve y media pasamos frente a Tarifa en la costa de África.

Abril 23, 1913 A las dos de la tarde pasamos frente a las islas de San Miguel y de San Roque del archipiélago de las Azores. Hemos tenido dos días y dos noches de mar muy picada. Ahora volvemos a disfrutar de buen tiempo. Vamos muy contentos con la comida y con el trato que se nos dispensa a bordo.

Abril 26, 1913 Hoy cayó en cama mi hija Margarita. El médico diagnosticó un ataque de bronconeumonía.

Abril 29, 1913 Hemos tenido muy buen tiempo. Margarita continúa enferma. Llegamos a Nueva York a las 11 de la mañana.

Abril 30, 1913 Margarita continúa enferma. Las comunicaciones ferroviarias están interrumpidas en el norte de México y, por tanto, además de esperar a que se alivie Margarita, tendré que hacer el viaje por mar a Veracruz. Quiero obtener noticias de México, de las que he estado ayuno por muchos días, y me comunico con José Garibaldi, quien se encuentra en Nueva York. Comimos en el Club Nacional Italiano. Me informan con detalle de la situación de México. Allí sé que el gobernador del Distrito Federal, Enrique Cepeda, favorito de Huerta, mandó asesinar en una noche a muchos presos políticos en la cárcel de Belem y luego los mandó incinerar. Garibaldi nunca ha

simpatizado con Carranza ni yo tampoco. Carranza fue por muchos años senador mudo y de consigna.

Mayo 2, 1913

Hoy visité a doña Sara Pérez viuda de Madero. Está inconsolable por el asesinato de su esposo. Me refiere detalles horrorosos.

Mayo 5, 1913

Me visitaron Estanislao González Salas y Manuel J. Urrea, antiguos compañeros del Colegio Militar. Con ellos obtuve plétora de informes.

Mayo 6, 1913

He recibido muchas visitas, entre otras, las de Juan Francisco Urquidi, Federico González Garza y Adrián Aguirre Benavides, todos maderistas connotados. Los tres me instan para que no vaya a la Ciudad de México y me dirija a Piedras Negras a presentarme a Carranza que, según ellos, empuña la bandera de la legalidad. Yo me niego abiertamente, expresando que me repugna Huerta por su traición, pero que yo no puedo convertirme de la noche a la mañana en un desertor y en un tránsfuga. Discutimos ampliamente y yo les prometo que, al llegar a México, sacrificaré mi carrera solicitando mi licencia absoluta, pero que no deseo incorporarme a las filas de Carranza por no tener ninguna fe en sus propósitos libertarios, debido a sus antecedentes. Agregué: "Mi deber como soldado, en estos momentos, está en cumplir las órdenes recibidas para incorporarme a mi cuerpo. Cuando esté despojado de mi carácter militar, decidiré lo que convenga hacer". Desde luego, creo que debo separarme del ejército al llegar a México, pero hasta después de cumplidas las órdenes que recibí. Hacer otra cosa lo considero indebido. Mi hija Margarita se ha restablecido.

Mayo 8, 1913

A la una de la tarde zarpamos de Nueva York en el vapor "México" de la Ward Line, con destino a Veracruz, pasando por La Habana y Progreso. Barco de 9,600 toneladas. Comidas americanas muy malas. Muy inferior al "Ancona".

Mayo 12, 1913

En la madrugada llegamos a La Habana, con buen tiempo. A las nueve y media desembarcamos, con un calor insoportable, y recorrimos en automóvil las principales calles y los alrededores de la ciudad. Población sucia, con calles mal pavimentadas. A las cinco de la tarde salimos de La Habana con dirección a Progreso.

Mayo 14, 1913

Llegamos a Progreso a las seis de la mañana, anclando el barco a cinco kilómetros del muelle a causa del poco fondo. Desembarqué a las nueve y media. Progreso no tiene de puerto más que el nombre, es muy pestilente y tendrá unos 4 mil habitantes. A las diez y media salimos en tren para Mérida, recorriendo en 40 minutos los 36 kilómetros que la separan de Progreso. Camino plano sembrado de henequén. Comí con el general Rafael Eguía Lis, jefe de las armas en Yucatán, y recorrí con él las principales calles. Mérida es una ciudad muy limpia y muy simpática. Está llena de molinos de viento, y los indios portan vestiduras blancas, muy aseadas. Regresé en tren a Progreso y a las cinco de la tarde estuve de vuelta en el vapor. Zarpamos a las nueve de la noche para Veracruz.

Capítulo XXIV

Arribo a Veracruz.— El general Velasco.— Su actitud frente a la cuartelada.
La fortaleza de Ulúa.— Llegada a México.— Sacrificio de mi carrera militar.
Entrevista con Huerta.— Agria conferencia con Mondragón.
Devolución de mi solicitud de licencia absoluta.— Encargado de obras militares.
Orgía de ascensos.— Improvisación de generales y jefes del ejército.
La cruz del mérito militar.— Los auxiliares en el cuerpo de ingenieros.
Un rural famélico.— Bromas crueles.
La situación internacional y militar. La renuncia de Mondragón.
Resquebrajamiento del bloque de la traición.— El Plan de Guadalupe.
Invitación a los miembros del ejército para que se incorporen a las filas revolucionarias.
Mondragón sale al extranjero.— Su actuación en la Secretaría de Guerra.
Propósitos de Huerta para eliminar a Félix Díaz.— Entrevista con Urrutia
Amenazas de este cirujano.— Las ideas de Rodríguez Malpica.
Mi licencia absoluta para separarme del ejército.
Un ambiente de bribonada y de traición.— Viaje a Saltillo.
La imagen de la desolación.— Actividades revolucionarias de Eulalio Gutiérrez.

Mayo 16, 1913

LLEGADA a Veracruz a las siete de la mañana. Ciudad de apariencia insignificante, con edificios mediocres, calles sucias y plétora de zopilotes en las rúas y en las palmeras. En la mañana, en la Comandancia Militar. En la tarde visité el Arsenal Nacional y el castillo de San Juan de Ulúa.

Es el comandante militar de Veracruz el general don José Refugio Velasco, a quien conocí y traté en Sonora cuando era coronel jefe del 19º Batallón. De estatura regular, más bien baja, moreno, delgado, cojo, con el pelo casi enteramente cano echado hacia atrás y con ojos vivos cubiertos por lentes. En Sonora tuvo siempre reputación de íntegro, valiente y amable con sus subordinados. Un buen

jefe de cuerpo. Después de los saludos de rigor y de la presentación de mi pasaporte, lo felicité por la actitud que asumió en los momentos difíciles de la sucesión presidencial. Le agradó mi felicitación, preguntándome si la prensa extranjera había publicado todo lo que atañía a su conducta en aquellos momentos de prueba. Contesté que esa prensa sólo había publicado que el comandante militar de Veracruz, en forma comedida y enérgica a la vez, había telegrafiado al general Huerta que mientras no se hiciese legalmente la transmisión de poder, él, Velasco, no lo reconocería como encargado del Poder Ejecutivo.[24]

[24] Posteriormente, el coronel don Eugenio Gutiérrez, secretario de la Comandancia Militar de Veracruz en aquella época, me proporcionó copias de los mensajes intercambiados entre Velasco, el general Manuel Mondragón, nombrado secretario de Guerra y Marina, y Victoriano Huerta. Estos mensajes, que no se han publicado hasta ahora (año de 1931, mes de julio), son muy interesantes y dicen así:

> *Muy Urgente*. H. Veracruz, a 19 de febrero de 1913. Presidente de la Cámara de Senadores. México, D.F. Fechado ayer en esa capital, he recibido el mensaje siguiente: "Autorizado por el Senado, he asumido el Ejecutivo estando presos el Presidente y su Gabinete. V. Huerta". Hónrome transcribirlo, suplicándole se sirva garantizarme la autenticidad de esa noticia, e informarme si el acuerdo de que se trata está dentro de las prescripciones constitucionales y de la Ley, bajo el concepto de que al desaparecer el Poder Ejecutivo legalmente constituido, la Comandancia Militar de mi cargo no será hostil a las medidas de orden, y se considerará relevada de responsabilidades futuras, desde el momento en que se trate de cumplimentar un acuerdo tomado por el Poder Legislativo. R. Velasco.
>
> H. Veracruz, a 19 de febrero de 1913. Al general de División Victoriano Huerta. México, D.F. Hónrame comunicar a usted haber recibido, fechado ayer en esa capital, un mensaje suscrito con el nombre de usted, que dice: "Autorizado por el Senado he asumido el Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete". Dado el estado anormal del País y no viniendo ese mensaje con la clave respectiva, acabo de pedir al Senado garantice la autenticidad de esa noticia, haciéndole presente que no soy hostil a las medidas de orden. Respetuosamente. R. Velasco.
>
> Veracruz, a 19 de febrero de 1913. General de División Victoriano Huerta. México, D.F. Hónrome dirigirme a usted en lo privado y en su carácter de alta jerarquía militar, apelando a sus sentimientos de honor, suplicándole me defina claramente la situación creada en esa capital, pues mi honor de soldado me impide reconocer un orden de cosas que no emane de la ley, en concepto de que mientras se establece un régimen legal, esta Comandancia dicta toda clase de disposiciones encaminadas a mantener el orden, a fin de evitar complicaciones internacionales y dificultades de otro género, perjudiciales para llegar a la deseada paz de la República. R. Velasco.
>
> Veracruz, a 20 de febrero de 1913. Al General de División Victoriano Huerta. México, D.F. Hónrome participar a usted tengo conocimiento que hoy a las 10:00 a.m. saldrá de esa capital para este puerto tren especial custodiado por el 29º Batallón, condu-

La actitud del honesto general Velasco en aquellos momentos de confusión y de desorientación no podía ser más correcta. Los taimados senadores no contestaron ni protestaron cuando Huerta tomó indebidamente el nombre del Senado. El general Velasco puso un bello ejemplo de pundonor militar y de lo que es la comprensión correcta, en momentos difíciles, del cumplimiento del deber. Es casi seguro que su actitud honrada haya determinado el asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, pues Huerta contestó:

> México, a 20 de febrero de 1913. Al general comandante militar J.R. Velasco. Veracruz. Contesto su atento mensaje manifestándole no es cierto salga el señor Madero hoy para ser embarcado en ese puerto. En cuanto al asunto de la legalidad, el Congreso aceptó las renuncias del Presidente y Vicepresidente y me nombró Presidente Interino de la República por unanimidad. Lo saludo y espero su contestación. V. Huerta.

Todavía insistió el general Velasco, no satisfecho con el anterior mensaje, telegrafiando al general Mondragón:

> Veracruz, 21 de febrero de 1913. Al General Manuel Mondragón. México, D.F. A mi actitud honrada parece que se le quiere dar otra interpretación. Suplícole hacer presente al señor general Victoriano Huerta que no soy revolucionario ni pretendo poner obstáculos. Que se me comunique oficialmente que este régimen está sancionado por la ley, y sin esperar contestación mía, quedo en todo y por todo a las superiores órdenes de ese gobierno. Mis antecedentes de lealtad y honradez garantizan el estricto cumplimiento de este mensaje. Respetuosamente. R. Velasco.

---

ciendo al señor Presidente de la República don Francisco I. Madero, para ser embarcado con destino al extranjero. Creo conveniente manifestar a usted que mientras no tenga conocimiento oficial de que ha renunciado el señor Madero, para mí representa la legalidad y la sostendré con los elementos de que dispongo. Respetuosamente. R. Velasco.

Con fecha 21 de febrero, uno de los secretarios de la Cámara de Senadores contestó el mensaje del general Velasco en la siguiente forma:

> México, a 21 de febrero de 1913. Señor General Comandante Militar. Veracruz. En contestación a su telegrama de fecha 19 del presente mes, transcríbole el siguiente decreto: La Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, en ejercicio de las facultades que le confieren los artículos 72, inciso A, fracción II, 81 y 82 de la Constitución General de la República y las leyes de 13 de mayo de 1891 y 6 de mayo de 1904, decreta: Artículo primero: Se admite la renuncia que presenta a esta H. Cámara el C. Licenciado Pedro Lascuráin, del cargo de Presidente Interino de la República. Artículo segundo: Llámese al C. General Victoriano Huerta, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, para que preste la protesta de ley como Presidente Interino de la República. Económico: Comuníquese este decreto a quienes corresponda. R. Becerra Fabre. S.S.

Por su parte, Huerta dijo al general Velasco, por la vía telegráfica, lo siguiente:

> Palacio Nacional, 21 de febrero de 1913. Al General Comandante Militar. Veracruz. Para perfecta inteligencia de usted, respecto de la nueva situación política del País, me permito manifestarle que, previas las renuncias de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, de Presidente y Vicepresidente de la República, legalmente aceptadas por el Congreso de la Unión, me hice cargo, con fecha 19 del actual, de la Presidencia Interina de la República, por ministerio de la Ley, en mi carácter de Ministro de Gobernación y por falta del Ministro de Relaciones, quedando de esta suerte restablecido constitucionalmente el Poder Ejecutivo de la Unión. En vista de lo expuesto, espero que a la mayor brevedad, por esta vía, se sirva usted, con lealtad y franqueza que siempre le fueron características, manifestarme cuál es su actitud respecto de este nuevo gobierno constitucional. V. Huerta.

El general Velasco cumplió con su deber. A él no le incumbía juzgar si los señores Madero y Pino Suárez habían hecho bien o mal

en presentar sus renuncias, si la Cámara de Diputados había hecho bien o mal en aceptarlas y si Victoriano Huerta, que había protestado ante la misma Cámara cubriendo todas las formas legales, había procedido como un traidor asesino o como un patriota.

La visita al vetusto castillo de San Juan de Ulúa me impresionó hondamente. Los muros dorados por el sol, con una pátina brillante debida a las emanaciones salinas, de tonos nacarados, que resaltaban con la luz ardiente de la costa. En diversas partes se encuentran inscripciones, datando la más antigua de ellas del año de 1633. Durante la época porfiriana se destinó la mayor parte de la fortaleza para presidio, dedicándose una porción para arsenal. En la época de Madero se dispuso que no fueran encerrados allí los delincuentes y mucho menos los presos políticos, que eran amontonados en galeras húmedas sin luz ni ventilación.

Veracruz produce mala impresión. Una ciudad mezquina y sin carácter. Además, los zopilotes son repugnantes.

Mayo 17, 1913

A las seis de la mañana salí para México, llegando a la capital a las siete y cuarto de la noche. No conocía este camino, que es bellísimo antes de llegar a la mesa central por el atrevimiento de su trazo y por la hermosura de la exuberante vegetación tropical. Estoy contento por haber regresado a mi Patria. Inmediatamente después de presentarme a la Comandancia Militar y al jefe del Departamento de Ingenieros, que es el general Alberto Canseco, muy buen amigo mío que me estima mucho desde que serví a sus órdenes en Monterrey como subdirector de las obras militares de aquella plaza, pediré mi licencia absoluta.

Mayo 19, 1913

Me presenté hasta hoy, por haber sido domingo ayer, al Comandante Militar de la Plaza, general Aureliano Blanquet. Me recibió muy bien. Después estuve en el Departamento de Ingenieros de la Secretaría de Guerra y entregué personalmente un oficio, haciendo saber que, en cumplimiento de las órdenes recibidas, me

incorporaba al Cuerpo de Ingenieros Constructores, al cual pertenecía. Luego de haber llenado este requisito militar, presenté una instancia solicitando licencia absoluta para separarme del ejército por convenir así a mis intereses.

Dejaré una carrera en la que había prosperado por mi propio esfuerzo, llegando a batir, sin influencias, un récord de velocidad en ascensos. Porfirio Díaz, hijo, entró al Colegio Militar ocho o 10 años antes que yo, pues cuando ingresé a Chapultepec, el 8 de enero de 1896, *Porfirito* era capitán segundo de Estado Mayor, comisionado en la 1ª Compañía del mismo Colegio, y ahora tengo el mismo grado militar que él. Me causa cierta tristeza dejar mi carrera, pero debo hacerlo. Provoca náuseas esta administración emanada de la más vil traición. Tendré que abrirme paso en nuevas y desconocidas actividades, pero tengo 34 años, me siento fuerte y bien preparado con la educación de la escuela de Chapultepec y sabré triunfar. Tengo fe absoluta en el porvenir. Mientras decido mi situación, mandaré a mi mujer y a mis hijas a Saltillo, junto con mis padres. Así tendré más libertad de acción.

Mayo 22, 1913

A las dos de la tarde salieron para Saltillo mi mujer y mis hijas. Después comí en el Café Colón con el general Canseco y con mi hermano José. Me instaron mucho para que retirase mi solicitud de licencia absoluta, diciéndome que era tontería sacrificar mi carrera militar solamente por un capricho o por un malentendido sentimiento del cumplimiento del deber. El general Canseco expresó que él me tenía gran estimación y era mi amigo y que había detenido mi solicitud de baja. Yo me mantuve firme.

Mayo 29, 1913

Llamado por el general Huerta, acudí a verlo al Palacio Nacional. Me recibió a las cinco de la tarde. Me abrazó fuertemente, me indicó que tomase asiento y después de los saludos de rigor, me dijo:

—Amigo, me informan que usted pidió su licencia absoluta y eso me ha extrañado. Sé que usted fue amigo de Madero y respeto sus

afectos. Haría usted mal en no tenerlos. Pero eso nada tiene que ver con la legitimidad del actual Poder Ejecutivo. Yo lo estimo a usted y sé lo que vale, y no debe usted separarse del ejército.

—Mi general, yo no discuto legitimidades en estos momentos. Deseo separarme porque así conviene a mis intereses y así lo expresé en mi solicitud de baja.

—Si es por cuestión de conveniencias —y recalcó la última palabra—, usted debe continuar en el ejército. Esta es la época de nosotros los militares. Dígame usted qué comisión quiere.

—No deseo ninguna, mi general, deseo separarme del ejército.

—Está bien, pero puede ser que tenga usted que arrepentirse.

Mayo 31, 1913

Hoy tuve una agria conferencia con el ministro de la Guerra, general Manuel Mondragón. Sabía que este me tiene una gran mala voluntad por la participación que tuve, durante la administración de Madero, en el desartillamiento de Salina Cruz, cuando yo era jefe del Estado Mayor del secretario de Guerra y Marina, general José González Salas. Por lo demás, esa mala voluntad está correspondida, pues siempre he tenido desprecio por este general negociante. Casi estuve a punto de salir de la oficina del ministro para ser conducido a la Prisión Militar de Santiago.

Me habló de mi instancia de baja. Avinagrado y amarillo, me dijo que eso indicaba que yo simpatizaba con los bandidos del Norte. Yo contesté que él no tenía ningún motivo para fundar ese aserto y que, aun suponiendo que ello fuera así, le pedía atentamente respetase mis convicciones; que yo nunca había faltado a mis deberes de soldado y que, en todo caso, hacía lo mismo que él había hecho cuando solicitó su baja a la caída del general Díaz.

—¡Ah! —contestó—, pero el gobierno del general Díaz era respetable y yo no consideré honesto seguir sirviendo al gobierno de Madero.

Mondragón, torpemente, me daba un arma muy fuerte, pero consideré muy peligroso esgrimirla en aquellos momentos dicién-

dole: "Yo no creo honesto servir a una administración de traidores como ustedes". Me reprimí, me contuve, me di garrote y le dije, poco más o menos:

—Yo nunca saludé al general Díaz. Yo no le debí el menor favor, y, sin embargo, en defensa de su administración derramé mi sangre en los campos de Chihuahua. Pero yo nunca pensé que mis servicios eran, en forma personal, para el general Díaz. Servía al gobierno de mi país y no consideré deshonesto continuar sirviendo a la administración del señor Madero.

Aquel general de espada virgen y de negocios turbios, cuyo único hecho de armas consistía en el torpe asalto de la Ciudadela, quedó como anonadado ante aquella respuesta y, sin darle tiempo a reponerse, agregué:

—Además, he sido postergado. No he querido pedir mi pliego de posterga, porque sé que no se me hará justicia. El teniente coronel Agustín del Río acaba de ser ascendido y eso constituye una posterga para mí. Yo figuraba en el escalafón antes que él. Yo no quiero pedir justicia.

—Del Río —saltó Mondragón— era más antiguo que usted.

—No, mi general —contesté—. Él ascendió dos o tres meses antes que yo a teniente coronel, pero se separó del ejército a raíz de la caída del general Díaz y no reingresó sino cuando fue nombrado presidente el general Huerta y, de acuerdo con las disposiciones de la Ordenanza, no debe contársele el tiempo que estuvo separado del ejército. Por eso yo era más antiguo que él y considero su ascenso como una posterga para mí. Además, mis servicios han sido casi siempre de campaña, y Del Río siempre fue edecán en las antesalas presidenciales.

—Yo dispuse —contestó amostazado Mondragón— que se le contara el tiempo que estuvo separado.

—Creo —respondí—, y esto lo digo con todo respeto, que usted, mi general, no puede modificar ni contrariar las disposiciones de la Ordenanza. Por eso no acudo al derecho que tengo para pedir mi

pliego de posterga y a que sea yo juzgado por un Consejo de Generales, como lo manda la misma Ordenanza. Por eso prefiero separarme del ejército.

Me despedí, por fortuna, sin un contratiempo mayor, dejando verdaderamente enojado al bilioso Mondragón. Sabía que no se me haría justicia, pues conocía las íntimas ligas entre Mondragón y Félix Díaz, y era público y notorio que, en aquellos momentos, Agustín del Río era una especie de jefe de Estado Mayor del segundo, y hombre de todas sus confianzas. En una palabra, un verdadero favorito.

Junio 4, 1913

El general Canseco me devolvió mi solicitud de baja, diciéndome que le habían ordenado no darle curso. Al mismo tiempo recibí una orden para hacer un presupuesto para reparaciones en los edificios ocupados por la Fábrica de Artificios de Belem. Conservo esa solicitud con el sello de entrada del Departamento de Ingenieros.

Quedó sin efecto una orden que no se había comunicado y que fue expedida desde el mes de marzo para que causase alta en la División del Nazas, como comandante general de ingenieros. El ejército es, en estos momentos, una orgía de ascensos, de nombramientos, de jefes improvisados y de concesiones para usar la medalla del mérito militar, antes tan respetada. Se ha creado una milicia irregular auxiliar y a montones se fabrican todos los días generales, jefes y oficiales repletando el escalafón con nombres de favoritos de Victoriano Huerta, de Félix Díaz y de Joaquín Maass.

Es obligatorio para todos los jefes y oficiales de ingenieros residentes en México presentarse a tomar órdenes del jefe del Departamento respectivo entre 12 y una de la tarde. Los famosos "auxiliares" han llegado hasta el Cuerpo de Ingenieros, pues todos los días se presenta un individuo llamado Pascual Ortiz Rubio, de cara abotagada y traje desastrado, que está encargado del Laboratorio de Experimentación de Materiales del Parque General de Ingenieros. Es un ingeniero topógrafo ignorantón, que es visto con desprecio por todos

los camaradas, quienes gastan con él muchas bromas pesadas. Uno de ellos le hacía una pregunta muy conocida en el Colegio Militar, que los antiguos empleaban mucho con los noveles:

—¿A usted, don Pascual, lo trajo al Cuerpo de Ingenieros doña Ambrosia o doña Filomena?

En el Colegio Militar se le llama al hambre *Ambrosia* y también *Filo*. Pero don Pascual no entendía, o fingía no entender, aquella jerga y sonreía mansurronamente. Todos los inferiores a él en grado, por razón natural, ante aquel nombramiento de favor, lo detestan cordialmente. Su posición es muy precaria, pero él soporta todo con paciencia digna de Job. Son crueles con este pobre famélico a quien de golpe y porrazo se ha hecho, de la noche a la mañana, teniente coronel auxiliar de ingenieros. El único que lo defiende, diciendo que Ortiz Rubio había aceptado aquel puesto por necesidad, es el michoacano López Aguado.

En la noche salió Miguel, mi hermano, por la vía de Veracruz, a incorporarse a las filas revolucionarias.

Junio 16, 1913

Hoy me encargué de la obra de construcción del cuartel de Santiago Tlaltelolco.

Junio 17, 1913

Hoy en la madrugada salió José, mi hermano, incorporado a una columna militar que, se dice, marcha a Matamoros, Tamaulipas, a recuperar esta plaza, tomada hace algunos días por una partida de revolucionarios encabezados por Lucio Blanco.

La situación es muy obscura. La administración de Huerta no ha sido reconocida por el Gobierno de Estados Unidos. Hace cuatro días renunció a la cartera de Guerra el general Mondragón y a la de Educación Pública el licenciado Vera Estañol, este último un elemento honorable e idóneo. Antes había renunciado a la cartera de Gobernación el ingeniero García Granados, habiéndolo substituido el doctor don Aureliano Urrutia. En lugar de Mondragón fue designado el general Blanquet para ocupar la Secretaría de Guerra.

Han comenzado a circular subrepticiamente dos documentos de los revolucionarios. Uno de ellos es el Plan de Guadalupe, firmado en la hacienda del mismo nombre del estado de Coahuila, por el cual se desconocen a los tres poderes de la Federación y a los gobiernos de los Estados que hayan reconocido a Huerta; se nombra "Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al C. Venustiano Carranza", y se establece que, al ocupar el Ejército Constitucionalista la capital de la República, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo el propio Carranza, quien convocará a elecciones tan luego como se consolide la paz. Un "plan" como los mil que ha sufrido la República, que no se refiere más que al entronizamiento de Carranza. Allí no se habla para nada de reformas sociales ni de moralización de la administración ni de respeto al voto público. Este plan está fechado el 26 de marzo de 1913.

El otro documento es un decreto expedido en Piedras Negras con fecha de 20 de abril de 1913, por el "Primer Jefe del Ejército Constitucionalista", en que se concede a los generales, jefes y oficiales del ejército un plazo de 30 días para que se incorporen a las filas revolucionarias, ofreciéndoles a los que lo hagan, el reconocimiento y ratificación de sus grados militares. Los oficiales de todas las categorías tienen ante sí un dilema: optar por servir a las órdenes de Huerta, reconocido por el Congreso de la Unión, o servir a las ambiciones de Carranza, secundando el desconocimiento de Huerta decretado por las legislaturas de Coahuila y de Sonora.

Se habla de graves disensiones entre el grupo felicista y el que se considera personalmente adicto a Victoriano Huerta, y se juzga que la caída de Mondragón se debió a estas rencillas. Se asegura, además, que el ex ministro de la Guerra hubo de salir rápidamente a Veracruz custodiado por polizontes.

Su actuación en la Secretaría de Guerra fue mala. El avance de la revolución se achaca a su ineptitud y a su tendencia a entrometerse en negocios. Todo el estado de Sonora, con excepción del puerto de

Guaymas, está en poder de los rebeldes. Casi todo el norte de Coahuila está controlado por Carranza y sus subordinados. Zacatecas, Durango y Matamoros fueron tomados por los revolucionarios y han aparecido brotes rebeldes en Tabasco. El gobierno norteamericano no hostiliza a los revolucionarios y, al contrario, estos encuentran en Estados Unidos facilidades o cuando menos disimulos para proveerse de armas y municiones. Se dice que Huerta no ha combatido a los revolucionarios como pudiera haberlo hecho, porque quiere retardar la fecha de las elecciones y deshacerse del compromiso contraído con Félix Díaz.

Julio 18, 1913

A las cinco de la tarde se presentó un individuo en el hotel en el que me encuentro alojado, diciéndose agente confidencial de la Secretaría de Gobernación. Me comunicó que el ministro Urrutia deseaba hablar conmigo ese mismo día. Pregunté si, no obstante ser día de luto nacional, despachaba en sus oficinas, y como me contestara afirmativamente, me trasladé desde luego a la secretaría.

Llegué como a las siete de la noche. No me imaginaba para qué podría necesitarme Urrutia, a quien conocía sólo de nombre por ser un cirujano afamado. Fui introducido a su despacho y, mientras esperaba a que un amanuense le recogiera una copiosa firma de documentos, lo examiné detenidamente.

Un indio de aspecto enteramente vulgar con larga, recia y mal peinada cabellera. Muy moreno y mofletudo. Algo grueso y de estatura regular. Me saludó con cierta altanería y me dijo en tono amenazante, sacando un papel:

—Hemos capturado a Ismael Padilla, secretario de Maytorena, y entre sus pertenencias encontramos un papel en el que figura una lista de personas comprometidas con la revolución, y entre esas personas figura el nombre de usted. El gobierno —agregó— está dispuesto a proceder con toda firmeza y energía contra ese movimiento antipatriótico.

—Yo no conozco a ese señor Padilla —interrumpí—, ni tengo ninguna conexión con él. Le ruego se sirva rectificar el nombre.

—Aquí dice —expresó releyendo el documento—, entre los nombres de otras personas, Alessio Robles, con todas sus letras.

—Ahora me explico por qué figura ese nombre. Alessio Robles es un doble apellido que usamos todos los hermanos, y mi hermano Miguel, el licenciado, no sólo está comprometido con la revolución sino que ya está incorporado a ella. Sé de buena fuente que se encuentra en Sonora, de donde parece proceder ese papel. Por tanto, podía usted haberme evitado la molestia de oír sus amenazas, que no merezco, pues soy soldado que sé cumplir con mi deber.

En ese momento, cuando iniciaba un movimiento para levantarse el mencionado Urrutia, entró sin anunciarse el general Samuel García Cuéllar, gobernador del Distrito Federal. Medio incorporado, el secretario de Gobernación me dijo:

—Va usted preso para que se averigüe la verdad.

Intervino García Cuéllar a favor mío, diciendo que respondía por mí, porque me conocía. Urrutia le mostró el documento y García Cuéllar le explicó que se trataba seguramente de una confusión. Me dio excusas el indio ministro y me retiré muy disgustado.

Agosto 13, 1913

Comí con el comodoro Hilario Rodríguez Malpica. Desde la entrevista con Urrutia he notado que estoy sujeto a una molesta vigilancia. Uno o dos esbirros me siguen a todas partes. Además, he recibido una orden para marchar a la república de Chile a estudiar la organización del ejército de aquella nación, disponiéndose que se me entregue una cantidad para gastos de viaje. He sabido que Rodríguez Malpica, que fue jefe del Estado Mayor del presidente Madero, ha recibido una orden idéntica para ir a Brasil a estudiar la organización de la armada brasileña. Le pregunté si iba a aceptar esa comisión y me contestó afirmativamente, expresando que tenía una numerosa familia y que no podía quedarse en la calle. Yo le expresé que era deshonroso aceptarla, dado los vínculos de gratitud que a

él y a mí nos unían con la memoria de Madero y que yo insistiría en la solicitud de licencia absoluta que había presentado.

Agosto 14, 1913

Hoy cumplo 34 años y me di de cuelga la presentación de una instancia, insistiendo en que se me conceda licencia absoluta para separarme del ejército.

Agosto 18, 1913

Supe que hoy fue acordada favorablemente mi solicitud de baja.

Agosto 23, 1913

Hoy recibí oficio concediéndoseme licencia absoluta para separarme del ejército. Me siento contento de salir de este ambiente de bribonada y traición.

Agosto 24, 1913

Me estoy dedicando a arreglar mis asuntos particulares. He hablado con el licenciado Viesca, apoderado de una compañía petrolera, para obtener un trabajo, pero habrá que esperar uno o dos meses. Mientras se resuelve este asunto, me iré a Saltillo a pasar una temporada con mis padres, con mi mujer y con mis hijas. La revolución sigue cundiendo.

Septiembre 6, 1913

Hoy a las dos de la tarde partí para Saltillo.

Septiembre 7, 1913

A las cinco de la tarde llegué a Saltillo. El camino entre San Luis Potosí y Saltillo es la imagen de la desolación. Muchas estaciones quemadas, locomotoras y carros de ferrocarril destruidos, con sus esqueletos metálicos retorcidos y desvencijados. Por esta región opera una partida de revolucionarios a cuyo frente se encuentra Eulalio Gutiérrez, un minero de Concepción del Oro, quien con harta frecuencia ha empleado dinamita para volar convoyes militares y también trenes de pasajeros.

Capítulo XXV

Mi estancia en Saltillo.— Actividades revolucionarias.
Renuncias y cambios ministeriales.— El paradero de Carranza.
Reorganización del gabinete de Huerta.
Asesinato del senador Belisario Domínguez.— Disolución de las Cámaras.
Mi aprehensión.— Encierro en la Penitenciaría de Saltillo.
Un esbirro majadero.— Desfile entre soldados por las calles de Saltillo.
Los trenes militares.— Las frecuentes voladuras con dinamita.
Luis y Eulalio Gutiérrez.— Un viaje peligroso.
Los cabestros de don Agustín Rodríguez.
Relevo de la escolta. Arribo a San Luis Potosí.— Viaje a México.
Noticias falsas de los diarios metropolitanos.
La sala de banderas del cuartel de San Ildefonso.
La Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco.— Los presos alojados en esta cárcel.
Traslado a la Penitenciaría del Distrito Federal.— La rigurosa incomunicación.
Primera visita de mi padre.— Un juez de aspecto repugnante.
La formal prisión.— Mis lecturas.— Término de la incomunicación.

Octubre 6, 1913

Me he pasado un mes muy contento al lado de los míos. Contadas personas me visitan y yo apenas si salgo de la casa a dar paseos por los hermosos alrededores de Saltillo. He recorrido las huertas llamadas del "Pueblo", famosas por sus suculentos y aromáticos perones, los manantiales de San Lorenzo, el bello ojo de agua principal, desde el cual se disfruta un bello panorama del valle de Saltillo, y el fortín llamado de los "Americanos".

Estoy en espera de noticias del licenciado Viesca sobre los trabajos que me fueron ofrecidos por él en una compañía petrolera, pero hasta ahora no he tenido ninguna.

Abundan los acontecimientos sensacionales. Al sur de Saltillo son volados casi diariamente los trenes militares y, algunas veces, los de pasajeros, por una partida de revolucionarios encabezada por los hermanos Luis y Eulalio Gutiérrez.

Acaban de recibirse noticias de que el día 2 del presente mes fue tomada la plaza de Torreón por los revolucionarios comandados por Francisco Villa.

En México menudean las renuncias y los cambios ministeriales. Renunció al cargo de secretario de Gobernación el doctor Aureliano Urrutia, a quien la opinión pública acusa como autor de varios asesinatos políticos cometidos en las personas de diputados y senadores. Se afirma que este ministro es un sanguinario que preconiza el método de la cirugía política, haciendo desaparecer a los que él califica de "miembros dañados de la sociedad".

Renunció también el general García Cuéllar, un elemento sano y honorable, al cargo de gobernador del Distrito Federal. Renunció también don Federico Gamboa el puesto de secretario de Relaciones.

Don Venustiano Carranza, quien se encontraba primero en el norte de Coahuila, apareció posteriormente en un ataque frustrado a Torreón, anterior al de Villa, y ahora no se sabe dónde se encuentra.

Octubre 8, 1913

Ha quedado reorganizado el gabinete presidencial en la forma siguiente: Relaciones, licenciado Querido Moheno; Gobernación, licenciado Manuel Garza Aldape; Justicia, licenciado Enrique Gorostieta; Fomento, licenciado Leopoldo Rebollar; Comunicaciones, licenciado José M. Lozano; Hacienda, licenciado Adolfo de la Lama, y Guerra, general Aureliano Blanquet.

Octubre 11, 1913

La prensa publica la noticia que ayer fue disuelto el Congreso de la Unión. Habiendo desaparecido don Belisario Domínguez, senador por Chiapas. La Cámara de Diputados acordó el nombramiento de una comisión para que investigue su paradero, rumoreándose que fue asesinado por agentes del Ejecutivo. El general

Huerta mandó al ministro Garza Aldape a la Cámara para que pidiese a esta la reconsideración de su acuerdo, y como el presidente turnara el asunto para estudio a las comisiones de Gobernación y Puntos Constitucionales, fueron aprehendidos y encerrados en la Penitenciaría del Distrito Federal 84 diputados y un senador. El Ejecutivo expidió un decreto por el cual se disuelven las dos cámaras y se arroga el uso de facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda, Guerra y Gobernación.

Octubre 21, 1913

Después de permanecer más de un mes en Saltillo, casi aislado, este día, a las tres de la tarde, salí de casa en compañía del coronel veterano Pedro Agüero. Vino a invitarme a que fuésemos juntos a saludar al general José Refugio Velasco, que hoy llegó a Saltillo a la cabeza de numerosas fuerzas destinadas a la recuperación de Torreón. Nos dirigimos al Hotel Coahuila y estuvimos por breves instantes con el general Velasco, a quien saludamos. Al regresar solo a mi casa me detuvo un polizonte. Aunque no traía ninguna orden escrita de autoridad competente, lo acompañé, conduciéndome a la penitenciaría. Allí, después de sufrir un registro y un interrogatorio ultrajantes por parte de un majadero empleado de ese establecimiento, llamado Ignacio Cadena, fui encerrado en una sucia celda, en donde permanecí solamente unos 15 minutos, pues al cabo de ellos fui conducido a presencia del director, señor Jesús María de la Fuente, quien me trató con mucha atención y cortesía e hizo que me llevaran a una pieza destinada a botiquín, quedando rigurosamente incomunicado.

Aunque esta pieza no está muy aseada y despide un molesto olor a yodoformo, resulta incomparablemente superior a la celda en que el esbirro Cadena me mandó encerrar.

A las siete de la noche me mandaron de mi casa una cama y la cena. Como detalle debo consignar que el esbirro Cadena fue quien me arregló la cama.

Ignoro la causa de mi detención. No sé de quién provenga la orden de aprehensión dictada arbitrariamente en mi contra. Sólo sé que en una galera inmediata al botiquín que me sirve de prisión están presos cerca de 50 individuos, acusados de estar en connivencia con los revolucionarios.

Es la primera vez que guardo prisión y estoy nervioso e indignado. No tengo noticias del exterior y no puedo comunicarme con nadie.

Octubre 22, 1913

A las seis y media de la mañana fui sacado de la Penitenciaría de Saltillo. En la calle estaba formada una escolta de 50 hombres del 47º Batallón al mando del capitán Antonio de P. Reyes. Yo, con una colchoneta en el brazo y con una bolsa de mano pequeña con útiles de aseo, fui colocado entre las filas de escolta; a los pocos momentos fueron agregados cerca de mí dos ancianos, reconociendo a uno de ellos, don Agustín Rodríguez, viejo agricultor de Saltillo. Al otro no lo conozco.

El capitán Reyes mandó cargar las armas a los soldados de la escolta y ordenó el desfile por las calles de Saltillo. Yo me sentía un poco ridículo con la colchoneta y la bolsa de mano, desfilando por las calles de mi ciudad natal entre soldados y como un malhechor. Pasamos por un costado del Palacio de Gobierno, y en un balcón presenciaron el desfile el gobernador, doctor Ignacio Alcocer, y el general Ricardo Peña, jefe de la guarnición de Saltillo. Al llegar al Banco de Coahuila la escolta torció por las calles de Morelos y luego siguió por las de Ramos Arizpe. Me alegré de ello, pues con esto me ahorré la humillación de pasar preso por mi casa, en la calle de Victoria, y que me vieran en esa penosa situación mis padres, mi mujer y mis hijas. En la estación del Ferrocarril Nacional estaba reunida gran cantidad de gente que había acudido allí por curiosidad.

No había desayunado y en la estación compré a un vendedor ambulante dos docenas de los magníficos perones de Saltillo. Los tres presos fuimos introducidos al *caboose* de un tren militar que, como

explorador, debería preceder con la escolta al tren de pasajeros. En la estación estaban mi padre y mi madre. Mi padre, contra mi voluntad, decidió acompañarme y con permiso del jefe de la escolta se acomodó en el *caboose*. Yo estaba temeroso por la suerte de mi padre, pues los trenes militares eran volados con dinamita muy frecuentemente en el tramo de vía comprendido entre las estaciones de Gómez Farías y El Venado, pero mi buen padre se obstinó en acompañarme. Me despedí de mi buena madre.

Don Agustín Rodríguez me presentó con el otro preso, don Juan Garza, de Parras, apoderado de los Madero. Don Agustín y don Juan hacía mucho tiempo que estaban presos en la Penitenciaría de Saltillo.

Las puertas del *caboose* iban custodiadas por soldados. Para disfrutar del panorama, subí la escala que conduce al mirador y me instalé ahí con mis perones. Me comí tres mientras pensaba sobre los motivos de mi actual situación. Indudablemente, la orden de aprehensión había venido de México y quizá la causa de ella fuera el hecho de haber solicitado licencia absoluta para separarme del ejército.

Pasamos por La Angostura, célebre campo de batalla, y por La Encantada. Allí empezamos a atravesar la zona peligrosa al sur de Gómez Farías.

Pensaba: "Con tal de que los revolucionarios no tengan la ocurrencia de volar este tren. Yo lo sentiría sobre todo por la vida de mi buen padre". Estaba sumido en esas reflexiones cuando subió don Agustín. Yo iba malhumorado y no hallaba cómo hacer callar al viejo amigo. La obsesión de este era saber por cuál motivo los habían escogido a él y a don Juan Garza para ser conducidos en mi compañía, cuando había, —decía él—, 50 presos políticos.

Ignoraba el motivo. Comedidamente le expresé que a mí me habían aprehendido la víspera; que yo no había conocido, sino hasta ese día, a don Juan Garza, que hacía más de cinco años que no había

cruzado una sola palabra con mi interlocutor y que, por tanto, no podía ni siquiera remotamente sospechar el porqué habían escogido a mis dos acompañantes para hacer aquel peligroso y molesto viaje.

Pero don Agustín insistía tercamente. Repitió su pregunta tres o cuatro veces. Quería saber los motivos por los cuales los habían elegido para hacerme compañía.

Ya molesto ante aquella insistencia que me alejaba de mis reflexiones, le pregunté:

—Dígame, don Agustín, entre los 50 presos políticos que se encontraban recluidos en la Penitenciaría de Saltillo, ¿no eran usted y don Juan los de más edad?

—Hombre, sí —contestó ansioso don Agustín.

—Bueno —repuse yo—, se me ocurre una explicación: ¿No se ha fijado usted, don Agustín, que cuando meten a un toro bravo al corral, lo hacen acompañar por cabestros?

Con vivacidad fronteriza, aquel viejo ranchero saltó como impelido por un resorte y con viveza respondió indignado:

—¿Qué? ¡Yo soy más hombre que usted!

Pedí disculpas a don Agustín, le ofrecí un perón que se comió con gusto y continuamos conversando sobre las peligrosas actividades de Eulalio Gutiérrez. No era, en verdad, nada grato echar un repentino salto a la eternidad.

Llegamos a Estación Vanegas sin novedad. Habíamos pasado el tramo peligroso. En dicha estación nos procuramos algunos alimentos. Allí se hizo el relevo de la escolta. La nueva la comandaba el mayor Manuel F. Aguilar y llevaba como segundo al teniente Garza Zertuche, oriundo de Saltillo. Uno y otro nos trataron con toda atención. El mayor Aguilar me recordó que había sido mi discípulo en la Escuela Militar de Aspirantes y me refirió que había tomado parte en el cuartelazo de la Ciudadela.

A las ocho de la noche llegamos a San Luis Potosí. Fuimos conducidos, primero, al Cuartel General y luego al cuartel de infantería que está contiguo, recibiendo la visita del general Juan B. Ávila, jefe de la guarnición, quien perteneció al cuerpo de ingenieros, y del mayor José C. Arce, a quien conocí en Sonora.

Pasamos la noche en la sala de banderas del cuartel. Hacía frío.

Extendí mi colchoneta en el suelo y, con la bolsa de mano como almohada, me tendí a descansar de las fatigas y emociones de la jornada, no sin haber convidado parte de la colchoneta a mis dos acompañantes.

Octubre 23, 1913

Dormí bien a pesar de todo. A las siete de la mañana, en tranvía, fuimos conducidos a la estación por el general Ávila, el mayor Arce y otro oficial. Nos desayunamos en el restorán de la estación y, posteriormente, nos trasladaron al coche de primera clase del tren de pasajeros. Viajaba con nosotros una escolta de seis individuos de tropa y un oficial comandada por el mayor Arce. En el mismo tren viajaba el general Guillermo Rubio Navarrete, quien venía procedente de Lampazos por la vía de Tampico. Me informó que apenas había pasado por Monterrey y tuvo noticias que los revolucionarios habían iniciado el ataque a dicha ciudad. Al llegar a la estación de Sayula encontramos al tren procedente de México y compramos la prensa del día.

El Imparcial, *El Independiente* y *El País* publican sendos telegramas de sus corresponsales en Saltillo, en que dan noticia de nuestra aprehensión e informan que esta se debió a que se había descubierto que don Juan Garza, don Agustín Rodríguez y yo tramábamos un complot para un sangriento motín que debería estallar en la ciudad referida. Llegamos a las ocho de la noche a México. En la estación esperaba mi hermano Ricardo. Fuimos conducidos, primero, a la Mayoría de Órdenes y luego al cuartel de San Ildefonso, en donde está alojado el 5º de Infantería.

El general Juan Robles Linares, a quien conocí en Sonora, me mandó un catre de campaña y ropa de cama y al mismo tiempo nos puso dos centinelas de vista.

En la misma sala de banderas se halla un individuo que dice ser oficial y estar en calidad de arrestado. Procura a toda costa trabar conversación con nosotros. Es, sin duda, un polizonte.

Recibimos muchas atenciones del capitán Eduardo Urriola, que fue discípulo mío en la Escuela Militar de Aspirantes.

Octubre 24, 1913

A las siete de la mañana fuimos conducidos por un capitán del 5º Batallón a la Prisión Militar de Santiago. Por una sucia y vetusta escalera nos condujeron a la planta alta del edificio, destinada a prisión de los oficiales, reservándose la planta baja para las clases de tropa. En amplias piezas que dan a un gran corredor se encuentran, en la parte alta, muchos oficiales procesados o sentenciados. En cada pieza hay alojados hasta ocho o 10 presos que han formado pequeños departamentos con tiras de madera y cortinas de percal o de manta. En casi todos esos separos se nota desde luego un catre de lona, una mesa y una silla de tule. Todos los presos salen libremente al corredor y allí departen amigablemente en corros. Aquí y allá se organizan partidos de dominó. Entre los presos que no pertenecen al ejército encontré a mis viejos amigos el doctor Rafael Cepeda, ex gobernador de San Luis Potosí y antiguo compañero de escuela del Ateneo Fuente de Saltillo, y a Manuel J. Urrea, ex primer teniente de la armada nacional y compañero de promoción en el Colegio Militar de Chapultepec. Los dos me presentaron con el licenciado Roque Estrada, compañero de Madero en la campaña política que llevó al segundo a la Presidencia de la República, y distanciado del apóstol cuando este escaló el poder; al notario Francisco L. Navarro, director de un periódico de oposición de Guadalajara, que tenía por nombre *La Libertad*; al comandante de rurales, general Rafael M. Tapia; al licenciado Próspero Blanco, y a

otros más. No estamos incomunicados y pasamos la vida lo mejor posible. Desde luego nos enviaron de nuestras casas los indispensables catres y bandejas para lavarnos, y nos preparamos para construir nuestros "toriles", como son llamadas las divisiones de madera y percal que constituyen los separos. Mi padre me visitó. En el patio colonial de la planta baja, los soldados presos, con uniformes rayados, lavan su ropa en los lavaderos que se encuentran alrededor de la fuente.

Octubre 25, 1913

Pasamos el día bien. Ya estamos cómodamente instalados en nuestros catres y nuestras divisiones. Recibimos visitas a mañana y tarde, pero mi padre no ha podido inquirir el motivo de mi detención. No hemos sido consignados a ningún juez.

Octubre 26, 1913

A las siete de la mañana fuimos conducidos, mis dos compañeros de Saltillo y yo, a la Penitenciaría del Distrito Federal. La conducción se hizo en un automóvil en el que iban el teniente coronel Crespo y dos oficiales. Después de recogernos en la entrada los valores que portábamos, fuimos separados. Yo pasé, rigurosamente incomunicado, a la celda número 960 de la crujía "I". La celda, que está en el piso bajo de la crujía referida, tiene tres metros y medio de longitud por dos de ancho. Sus paredes son de palastro y el techo es de viguetas de hierro y bóveda de lámina, tiene una puerta metálica con un ventanillo y, en la parte opuesta, una ventana con barrotes. El piso es de cemento. El mobiliario consiste en una cama plegadiza de hierro, un excusado y un lavabo con agua corriente. Al entrar en la celda, cayó del corredor de la parte alta una colchoneta. El celador me comunicó que me la enviaba el teniente Luis Martínez. No obstante el refuerzo de esta manta, que se agregó a la colchoneta que yo había traído desde Saltillo, pasé el día y la noche con un frío terrible que casi no me dejó dormir. No me desayuné en la Prisión Militar de Santiago, y como los de mi casa no estaban advertidos de mi traslado a la penitenciaría, tampoco me mandaron alimentos a me-

diodía y yo me rehusé a tomar el rancho de la prisión, que es incomible y causa náuseas. Me contenté con probar la ración de pan. Di vueltas en la celda como fiera enjaulada hasta rendirme. No sé a qué conduce esta incomunicación, no tengo la menor noticia de nada ni de nadie.

Octubre 27, 1913

De 11 a 12 de la mañana, vigilado por un celador, me condujeron a un patio aislado para que tomara sol. Al regreso, me cambiaron a la celda 974 de la misma crujía, situada en la parte alta. Recibí un colchón y unas almohadas que me mandó mi padre. El celador me proporcionó una mesa con un periódico, a guisa de tapete, y una silla de tule. No me ha sido dable comunicarme con nadie. Me he pasado el día dando vueltas de tres y medio metros de longitud. La estrechez hace que al cabo de una hora de vueltas venga una especie de mareo. La celda es igual en todo a la del piso bajo, aunque es menos fría.

Octubre 28, 1913

Continúo incomunicado. Hoy no hubo hora de sol.

Octubre 29, 1913

Continúa la incomunicación, pero hoy sí me dieron la hora de sol. Al único que veo es al celador, que apenas si contesta mis preguntas cuando me lleva los alimentos. Estoy verdaderamente desesperado porque transcurren los días sin haber logrado saber el motivo de mi detención y por la pena que les habrá de causar a mis buenos padres, ancianos y achacosos, a mi excelente mujer y a mi hija Carmen, que ya está en edad de darse cuenta de mi prisión. La incomunicación constituye una pena verdaderamente desesperante.

Octubre 30, 1913

Continúa la incomunicación y no hubo hora de sol. ¡Contrastes de la vida! Hace un año iba embarcado en el vapor “Majestic” y me acercaba a las costas de la libre Inglaterra y hoy me encuentro

sumido en una celda de férreos muros, sin hablar con otra persona que con el celador a cuyo cuidado está la vigilancia de la crujía. He podido inquirir que en la misma crujía I están alojados Eduardo Cepeda, ex gobernador del Distrito Federal, acusado de haber asesinado al general maderista Gabriel Hernández en la prisión de Belem, y Manuel A. Zárate, ex secretario particular de la Inspección General de Policía. A las cinco de la tarde envié una tarjeta al general Ballesteros, director de la penitenciaría, suplicándole me permitiese hablar con él. Ballesteros, a quien conocía, se presentó a los pocos momentos en mi celda. Le manifesté que ya llevaba mucho tiempo incomunicado y sin ser consignado a ningún juez, con grave violación de la ley; que no sabía a disposición de cuál autoridad me encontraba y que necesitaba ver urgentemente a mi padre para ponernos de acuerdo sobre las gestiones que habría de emprender para mi defensa. Me autorizó bondadosamente que escribiese a mi padre diciéndole que se presentara en la penitenciaría para hablar conmigo. Agregó que él se encargaría de hacer llegar la carta a su destino. Escribí inmediatamente.

Octubre 31, 1913

A las cinco de la tarde, acudiendo al llamado que le hice ayer, me visitó mi padre acompañado del director de la penitenciaría. Nos abrazamos y cuando me desprendí de él sentí una gran emoción. Mi padre tenía sus bellos ojos azules inundados de lágrimas. Nunca lo miré tan hermoso como en esta ocasión. Parecía transfigurado por la pena. Paseaba su mirada por la férrea celda y no podía hablar por la emoción que lo embargaba. Me informó que mi madre, mi mujer y mis hijas estaban bien en Saltillo. Me dijo que había hablado, tras muchas dificultades, con el secretario de Gobernación, licenciado Manuel Garza Aldape, y este le había expresado que esperaba informes del gobernador de Coahuila sobre mi asunto, para resolver lo que debería hacerse conmigo. Comprendí que el dicho de Garza Aldape constituía solamente una evasiva. La entrevista fue breve, me proporcionó un gran consuelo, me restó muchas inquietudes y

tonificó mi espíritu. Durante mi soledad llegué a temer por la salud de mi padre.

Noviembre 1, 1913 | Hoy pasé el día menos desesperado por el gran consuelo que recibí ayer con la visita de mi padre. Continúo rigurosamente incomunicado.

Noviembre 2, 1913 | Hoy he pasado el día muy animado haciendo castillos en el aire sobre mi libertad. A mediodía recibí unos dulces que me envió mi padre. A las 10 de la noche me encontraba ya acostado para defenderme del frío que penetra por la ventana alta, que no tiene ni maderas ni cristales, cuando oí sonar los cerrojos de la celda. El celador de servicio me comunicó que debería acompañarlo. Me vestí rápidamente sin saber a dónde me conducían. Recordé que algunos presos eran sacados en la noche para ser asesinados cobardemente. Caminamos en silencio por un dédalo de pasillos, hasta llegar a un gran salón que, por los pupitres y por los cuadros murales, parecía destinado a escuela. Allí se encontraba un individuo obeso, de aspecto repugnante, que después supe se llama Francisco Pascual García. Es licenciado y desempeña el cargo de juez de distrito.

Me hizo saber que había recibido una consignación del procurador general de la República, fechada el día 1 de noviembre, acusándome de rebelión por estar complicado con los rebeldes del Norte. Me preguntó por qué había pedido mi baja del ejército, contestándole que por convenir así a mis intereses. Inquirió si conocía a Javier Larrea y contesté negativamente. Preguntó si conocía a Manuel Madero, a Juan Garza y a Agustín Rodríguez, contestando que al primero nunca lo había visto, que al segundo lo conocí cuando fui conducido preso desde la ciudad de Saltillo a la de México, y que al tercero lo conocía desde hacía muchos años, pero que hasta el momento de ser conducido preso a México, hacía más de cinco años que no cruzaba una sola palabra con él. Me preguntó también si tenía

algunos tratos con los rebeldes del Norte y contesté negativamente. Se asentaron mis declaraciones, las firmé y fui conducido de nuevo a mi celda.

Sopla un viento helado que me hace tiritar. Estoy contento. Abrigo la esperanza de que, antes de que transcurran 72 horas, el juez decretará mi libertad y me duermo con esta ilusión.

Noviembre 3, 1913

Continúo rigurosamente incomunicado, deseando que vuelen las 72 horas.

Noviembre 4, 1913

Pasé el día con una gran ansiedad, pues hoy se cumplían las 72 horas a partir de la fecha en que fui consignado al juez segundo de distrito y, por tanto, este tenía que decretar la formal prisión o mi libertad. Tenía la seguridad de ser puesto libre, pues no había en realidad ningún cargo en mi contra. Todo el día hice conjeturas. Por fin, después de mucho desesperar, esperando, a las seis de la tarde se presentó en mi celda el secretario del Juzgado Segundo de Distrito para notificarme la formal prisión. Yo manifesté mi inconformidad y nombré defensores a mi padre y a mi hermano Ricardo. El secretario me notificó, además, que mi incomunicación se prolongaría hasta el día 7 del presente mes. Me quedé muy irritado ante aquella injusticia. Pensé que si estaba demostrada mi culpabilidad, resultaba inútil la incomunicación, y la prolongación de esta me hizo concebir ciertas esperanzas. Pensé, en efecto, que se me tomarían nuevas declaraciones, que se me haría conocer el nombre de mi acusador y que se me carearía con mis presuntos cómplices. Para algo habría de servir aquel nuevo periodo de incomunicación.

Noviembre 5, 1913

En el día recibí unas naranjas que me envió mi padre. Nunca podré pagarle sus desvelos, sus cuidados y sus atenciones. Durante mi prisión he leído algunas obras de la mediocre biblioteca de la penitenciaría que ha traído el celador a mi celda: *Derecho Constitucional*, de Coronado, *Un invento prodigioso*, *El testamento de un excéntrico* y *Los hijos del Capitán Grant*, de Julio Verne, *Los viajes*

modernos, de Pachón, *El alimento de los dioses,* de Wells, y, el día de hoy, la preciosa novela *Al primer vuelo,* de Pereda. El celador me introduce por el ventanillo de la ferrada puerta todos los días *El Imparcial*, que me manda Manuel A. Zárate. De esa manera me entero que los revolucionarios fueron rechazados de Monterrey, que Joaquín Maass, hijo, fue nombrado gobernador de Coahuila, que el día 26 de octubre se efectuaron las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, y para diputados y senadores, con muchos candidatos para los dos primeros puestos mencionados, y que Alcocer fue nombrado subsecretario de Gobernación.

Noviembre 6, 1913

Continúo con la maldita incomunicación que yo no sé a qué diablos conduce. Me paso leyendo todo el día y gran parte de la noche, a la luz de una vela.

Noviembre 7, 1913

Hoy, a las ocho de la mañana, me levantaron la incomunicación. Puedo circular libremente por la crujía I. Saludo a Manuel A. Zárate y me paso casi toda la mañana al sol. A las 12 del día tuve el gusto de recibir la visita de mi padre. A la una de la tarde me visitó mi hermano José. Mi padre me informó que ha movido todos los resortes para obtener mi libertad, sin resultado alguno. Decidí solicitar mi libertad bajo caución. El juez de distrito no ha vuelto a presentarse.

Capítulo XXVI

La crujía "C".— Un régimen más humano.— Las visitas de los presos.
Las diversiones de los detenidos.— "Mi cómplice" A. Larrea.
Los diputados detenidos.— Los libertados.— El viejo Zavala.— "Puerco Parado".
Los baños de la penitenciaría.— La fecundidad de Novelo.
La idiosincrasia de Bordes.— La viveza de Alardín.
La verba de Hernández Jáuregui.— El arte de Marcelino Dávalos.
Las ocurrencias de don Agustín Rodríguez.— Las cualidades de Palavicini.
La aristocracia de Castillo Negrete.— La chifladura de José María de la Garza.
La tontería de Ostos.— El espiritismo de Navarro.
La honorabilidad del senador Gómez.— El coñac de don Armando Deschamps.
La risilla de Reynoso.— La renuncia de Garza Aldape.— Un centro de noticias.
El paradero de Carranza.— Las campañas fulgurantes de Villa.
La cultura de Puig y Casauranc.— La sordera de Cravioto.— La cachaza de Macías.
La "orden superior".— Las prisiones de Juan Sarabia.— La ignominia de Ulúa.
El combate de Tierra Blanca.— Las tijeras de Luis Manuel Rojas.
El trámite de José María de la Garza.— Las confidencias de Ortiz Rubio.
La evacuación de Chihuahua.— Rumores de libertad.— Los cohetes de Zavala.—
La ansiada libertad.— El buen humor de Victoriano Huerta.
Balance del infausto 1913.

Noviembre 8, 1913

En la mañana me pasaron a la crujía "C", haciéndome ocupar la celda número 364. En esta crujía están los diputados y un senador de la XXVI Legislatura que fueron detenidos el 10 de octubre.

En la crujía "C", que parece destinada a los presos políticos, encontré también al general José M. Servín, uno de los prohombres del felicismo, y a mis antiguos compañeros de prisión desde Saltillo: don Juan Garza y don Agustín Rodríguez, estos dos últimos incomunicados todavía.

La celda, como todas las demás de la penitenciaría, es enteramente igual a la que ocupé por varios días en la crujía "I".

En esta crujía he encontrado un régimen más humano. De nueve a 12 de la mañana y de tres a cinco de la tarde, todos los presos quedan reunidos en un gran patio adyacente que tiene la forma de un trapecio irregular y, en uno de sus extremos, una gran alberca. Junto a este patio, y comunicado con la alberca, se encuentra un gran salón que probablemente haya sido destinado en alguna ocasión a taller de los presos, pero que en la actualidad está desocupado.

Los presos transportan sus sillas de tule y algunas mesitas de madera blanca a este patio. Algunos traban partidos de ajedrez y de dominó. Otros juegan al rebote en una de las paredes. Otros forman corros alrededor de la fuente y otros más dan vueltas a lo largo del extenso patio, que parece enorme comparado con la estrechez de las celdas.

Todos los días, entre 11 y 12, los presos de esta celda reciben las visitas de sus familiares y amigos en el local en que fui interrogado por el juez Francisco Pascual García, que en algún tiempo estuvo destinado a escuela. Como los presos de esta crujía somos cerca de 100, el local es insuficiente para contener a presos y visitantes y casi todos los prisioneros llevan sus sillas de tule y departen con sus familiares en los pasillos inmediatos a la escuela.

A las 12 del día terminan las visitas. Yo recibí con gusto enorme la de mi padre.

A la una de la tarde, los celadores llevan las cestas y los portaviandas que nos envían nuestros familiares, que contienen los alimentos para 24 horas. Se toman los alimentos del mediodía en las celdas, y en algunas de ellas se reúnen hasta cinco o seis presos para hacer juntos las comidas.

A las cinco de la tarde, todos los presos son encerrados en sus celdas, y rechinan los fuertes cerrojos que aseguran a la vez una hilera de estas. A esas horas, alumbrados por una vela, comienzan la lectura, las meditaciones y los ensueños.

Hasta hoy conocí a "mi cómplice", Larrea, que fue administrador general de correos a raíz del triunfo de la Ciudadela y ahora ha caído en desgracia, como todos los felicistas.

Noviembre 9, 1913

Hoy, por ser domingo, no hubo visitas. He saludado a todos los presos. Entre ellos hay muchos diputados que eran conocidos y, algunos, hasta amigos míos, y otros que me eran completamente desconocidos. Después de la disolución de las cámaras, han salido algunos de los presos.

La lista íntegra de los diputados aprehendidos el 10 de octubre es la siguiente:

Licenciado Aquiles Elorduy, Emilio López, Pedro Galicia Rodríguez, licenciado Rodolfo Reyes, profesor Abraham Castellanos, Enrique Bordes Mangel, licenciado Moisés García, Alfonso G. Alarcón, licenciado Jorge Vera Estañol, Manuel Carvajal, Alonso Aznar, ingeniero Pedro R. Zavala, Luis G. Guzmán, Rafael Curiel, licenciado Francisco Arias, licenciado José I. Novelo, Pedro B. Álvarez, Alejandro M. Ugarte, Antonio Aguilar, Antonio Ancona Albertos, Isaac Barrera, Miguel Alardín, licenciado José María de la Garza, Silvestre Anaya, Román Morales, Jerónimo López de Llergo, licenciado Alfonso Cravioto, Hilario Carrillo, licenciado Adalberto Ríos, licenciado Guillermo Meixueiro, Pablo Salinas y Delgado, José María Lezama, ingeniero Patricio Leyva, Jesús Martínez Rojas, Benjamín Balderas Márquez, licenciado Flavio González, licenciado Marcelino Dávalos, ingeniero José J. Reynoso, Manuel J. Méndez, José Ortiz, licenciado Manuel Malo Juvera, Rómulo de la Torre, Rafael Castillo Calderón, Francisco Verdugo Fálquez, licenciado Faustino Estrada, Ignacio Peláez, licenciado Manuel Munguía Santoyo, Tranquilino Navarro, licenciado Miguel Hernández Jáuregui, ingeniero Pascual Ortiz Rubio, licenciado José Mariano Pontón, licenciado José Natividad Macías, doctor José Manuel Puig y Casauranc, Ignacio Noris, Emilio Ibáñez, Ismael Palomino, licenciado Luis Manuel Rojas, Gerzayn Ugarte, Francisco de la Peña, licenciado Enrique Rodiles Maniau,

Vicente Pérez, licenciado Guillermo Ordorica, Enrique Ibáñez, Valentín del Llano, Joaquín Ramos Roa, licenciado Eduardo Neri, Marcos López Jiménez, ingeniero Félix F. Palavicini, licenciado Luis Zubiría y Campa, Gonzalo del Castillo Negrete, Enrique O'Farrill, doctor Alfonso Cabrera, Mariano Vicencio, Emilio Cárdenas, Gonzalo Herrera, Manuel García González, Alfredo Vergara, Trinidad Herrera, Juan N. Frías, licenciado Julián Ramírez Martínez, Juan Sarabia, licenciado Ignacio Borrego, licenciado Armando Z. Ostos.

Ya no están todos. Algunos han quedado en libertad, pues Pedro B. Álvarez, Pablo Salinas y Delgado, Guillermo Meixueiro, Jesús Martínez Rojas, Ignacio Noris, Guillermo Ordorica, Vicente Pérez, José María Lezama, Ismael Palomino e Ignacio Peláez quedaron libres unos días después de su aprehensión por orden del ministro Garza Aldape.

Un poco más tarde recobraron su libertad, por orden del juez segundo de distrito: Trinidad Herrera, Gonzalo Herrera, Mariano Pontón, Emilio Ibáñez, Rómulo de la Torre, Emilio Cárdenas, Antonio Aguilar, Faustino Estrada, Mariano Vicencio, Moisés García, Antonio Ancona Albertos, Manuel Carvajal, Alfonso G. Alarcón y Francisco Verdugo Fálquez.

Además está preso el licenciado Fidencio Hernández, viejo amigo y conocido mío. Entre los diputados presos se encuentra *mi hermano* Pedro R. Zavala, antiguo alumno del Colegio Militar, que perteneció a la promoción siguiente a la mía e hizo brillantes estudios. Muy inteligente, oriundo de El Fuerte, Sinaloa, descollaba como atildado escritor y poeta inspirado. Fue un excelente esgrimista. Salió del Colegio como oficial técnico de artillería y la mayor parte de su carrera la pasó en Europa, inspeccionando en las fábricas europeas el material de guerra construido para México. Siempre me ligó con él una fraternal amistad.

Zavala regresó a México a mediados de 1911, con manifestaciones de lepra. El terrible mal había minado su organismo, aunque conser-

vaba intactas sus facultades intelectuales, que siempre fueron muy grandes. La Secretaría de Guerra, considerando peligrosa su estancia en el ejército, le indicó que debía pedir su licencia absoluta, concediéndole antes una licencia de seis meses con goce de sueldo que Zavala aprovechó para hacer su propaganda electoral como candidato a diputado por su distrito natal. Resultó electo y desempeñó un brillante papel en la XXVI Legislatura.

Su enfermedad avanza cada día más, pero no ha perdido su fino espíritu de observación, su sutil ironía y su gran talento.

Entre los diputados los hay de todas las clases sociales, ricos, como Reynoso, y pobres de solemnidad; inteligentes y tontos; aristócratas y plebeyos; cultos e ignorantes; elegantes y desastrados. Ahora se encuentran mezclados amigablemente individuos de filiación felicista e individuos de filiación maderista.

Noviembre *10, 1913*

Visita de mi padre y de mis hermanos José y Ricardo. La solicitud para obtener mi libertad bajo caución no tiene esperanzas de buen éxito. El juez alarga las diligencias taimada y socarronamente. Todos aseguran que es un instrumento del Ejecutivo, un juez indigno, y le aplican el remoquete de "Puerco Parado". El apodo está bien, pues parece un cerdo.

Entre los presos está Pascual Ortiz Rubio, quien se distingue de los demás por los mugidos y berridos que, por guasa, lanza en las noches. Yo ignoraba que fuese diputado y cuando me informó que era diputado propietario y que hasta el mes de septiembre había estado en funciones su suplente Antonio Carranza, quedé sorprendido de que hubiese abandonado su curul con dietas de 500 pesos mensuales para ir a desempeñar el cargo de teniente coronel auxiliar con un sueldo inferior a seis pesos diarios.

Noviembre *11, 1913*

Visita de mi padre. Las celdas son limpias, pero hay gran cantidad de moscas que molestan mucho, provenientes, sin duda, de los llanos inmediatos, destinados a tiraderos de basura. He veni-

do tratando a la mayoría de los detenidos. Rodolfo Reyes tiene su celda muy bien amueblada y hasta una alfombra sobre el piso. Es amable y cortés. Vera Estañol es un distinguido abogado muy inteligente.

Noviembre 12, 1913

Visita de mi padre. Todos los días he tomado un delicioso baño en el estanque del patio inmediato a la crujía. Hoy descubrí que la penitenciaría está dotada de excelentes baños de agua tibia proveniente de pozos artesianos, de los que el establecimiento se provee. Los que están situados en la parte noreste producen agua caliente, los restantes, agua fría.

Por invitación especial de varios detenidos, he acordado hacer mis comidas del mediodía en la celda del licenciado José Inés Novelo. Allí nos reunimos el mismo Novelo, Bordes Mangel, Alardín, Zavala, Hernández Jáuregui, Marcelino Dávalos y Curiel.

Novelo es un abogado yucateco muy inteligente. Es, además, un poeta de una fecundidad extraordinaria. Bordes Mangel fue antiguo alumno del Colegio Militar, aunque destripó en el primer año, y propagandista de la campaña política de Madero. Yo lo conocía, pero no lo había tratado íntimamente. Tiene el aire de niño consentido y malcriado, y Novelo, quien lo estima mucho y es mucho mayor que él, parece servirle de niñera.

Alardín es neoleonés y cojea. Tiene el tipo del ranchero fronterizo, astuto, simpático e inteligente. Es de una viveza extraordinaria. Hernández Jáuregui, de filiación felicista, es de una verba desbordante, muy culto y muy inteligente. Marcelino Dávalos es un artista, poeta y pintor. Curiel es un potosino callado y agradable.

Noviembre 13, 1913

Visita de mi padre. Les fue levantada la incomunicación a don Agustín Rodríguez y a don Juan Garza. Son mis compañeros en el paseo por el patio y en los descansos, que hacemos sentados en las paredes del estanque. Añoramos nuestra tierra. Don Juan es callado. Don Agustín es de una gran locuacidad y de una gran viveza ranchera. Se asegura que es un hombre muy rico. Todos los días,

un hijo suyo que está siguiendo la carrera de abogado le envía el diario *The Mexican Herald*, que es al único periódico que, quizá por estar escrito en inglés, le permiten publicar algunas noticias contrarias al gobierno, pues los demás dan muestra de un gran servilismo y de una gran cobardía. Es divertidísimo don Agustín. Todos los días saca su ejemplar y me dice:

—Alessio, aquí está el "Machinan Jeral" (*Mexican Herald*). Vamos a ver qué trae.

Don Agustín es un admirador de Palavicini, no sé por qué. Hoy me espetó esta afirmación estupenda:

—Alessio, a mí me parece que el más inteligente de todos los presos es ese licenciado "Lavichini".

Yo le contesté bromeando:

—No es licenciado, ni inteligente, ni "Lavichini".

Llamé a Palavicini, que cerca de allí se encontraba vivaz e inquieto, y riéndome le referí la admiración que por él sentía don Agustín y mi respuesta a las afirmaciones del viejo ranchero de Saltillo.

Palavicini se rió de buena gana. Yo le pregunté que en qué escuela había hecho sus estudios de ingeniero, y muy orondo me contestó que es agrónomo y que había estudiado y recibídose en la Escuela Regional de Tabasco.

Noviembre 14, 1913

Hoy me visitaron, además de mi padre, mi hermano José y el licenciado Ramón Cosío González, excelente amigo mío.

Entre los presos hay un aristócrata, Castillo Negrete. Dice descender de una linajuda familia española. Está también mi bueno y viejo amigo el licenciado José María de la Garza, diputado por Nuevo León, quien era presidente de la Cámara de Diputados en el momento de la disolución. Él fue quien dio el trámite de que fuera turnada a las comisiones de Puntos Constitucionales y de Gobernación la petición del ministro Garza Aldape, para que la representación nacional reconsiderara sus acuerdos anteriores sobre el asesinato del senador Belisario Domínguez. Francamente optimista, de muy buen

fondo y extremadamente ingenuo, no habla de otra cosa que del famoso "trámite" y asegura que con él salvó a la Cámara de una verdadera y cruenta hecatombe. Asigna al "trámite" una trascendencia enorme en los destinos nacionales y cree que fue un acto, por su parte, que encierra un gran valor civil. Fuera de esta chifladura inofensiva, es un gran compañero, pero hay que oírle el relato del "trámite".

En cambio, Armando Zacarías Ostos es muy pesado, no por malo ni por perverso, sino por tonto, de una tontería piramidal.

Noviembre 15, 1913

Visita de mi padre. Hoy envié por su conducto un ocurso al juez primero de distrito, pidiendo amparo contra actos del indigno juez segundo de distrito.

He trabado amistad con don Tranquilino Navarro, diputado chihuahuense y hermano de doña Benita Navarro viuda de Partida, en cuya casa estuve alojado mientras permanecí en Chihuahua en los años 1910-1911. Es un anciano de bigote y de pera blancos. Excelente y ameno, con mucho de misticismo. Es un espiritista muy aferrado a sus creencias. Es un hombre honorable en toda la extensión de la palabra.

He tratado también a don Salvador Gómez, el único senador que se encuentra preso. Acompañó a Madero en el combate de Casas Grandes. Es un hombre modesto y respetable por sus convicciones y por su honorabilidad.

Entre los presos se encuentra un viejo veracruzano muy simpático, don Armando Deschamps, que era diputado a la legislatura de Veracruz y fue remitido preso en unión de Silvestre Aguilar, del doctor Delfino Victoria y de Tomás Piñeyro. Muy jovial y muy campechano, le envían algunas veces excelentes comidas veracruzanas y siempre puede disponer de una botella de buen coñac, que en la cárcel sabe a maravilla. Hoy comí en la celda de don Armando.

Noviembre 16, 1913

No hubo visitas por ser domingo. He tratado a Reynoso, que es ingeniero de minas y de quien se dice posee una gran for-

tuna hecha en las minas de El Oro. Es simpático, aunque tiene una risilla forzada y a veces habla atipladamente. Los domingos son los días más tristes en la prisión.

Por la prensa nos hemos enterado de la renuncia de Garza Aldape. Se dice que estaba en connivencia con los agentes confidenciales del gobierno norteamericano para derrocar a Huerta, y fue obligado a renunciar por este y a salir inmediatamente del país. En su lugar fue nombrado el doctor Ignacio Alcocer.

El "Machinan" de don Agustín publica la noticia de que la plaza de Ciudad Victoria fue evacuada por las tropas federales y ocupada por los revolucionarios que comanda Luis Caballero.

Las elecciones presidenciales fueron nulificadas por decreto del nuevo Congreso, compuesto por serviles sin dignidad que se prestaron para ser diputados en esta farsa de gobierno. Huerta continuará indefinidamente hasta… que se lo permitan los norteamericanos.

Noviembre 17, 1913

Hoy recibí muchas visitas: las de mi padre, de mi hermano José, de los nietos de doña Guadalupe Fuentes viuda de Gómez Vergara, de la señorita América Beltri y de mi compadre Fernando Ramírez de Aguilar.

La crujía "C" es un centro de noticias y de información; allí llegan todas, aun las que no publica la prensa, muchas de ellas con la natural exageración puesta por todos los que cifran sus únicas esperanzas de libertad en la caída del nefando régimen huertiano.

Allí se sabía que la corrupción reinaba soberana en el gobierno. Que el robo y los asesinatos estaban a la orden del día. Que los gobernadores de los estados habían sido arrojados y substituidos por pretorianos ensoberbecidos. Que la penuria del erario era grandísima. Que la representación, llamada nacional, era sólo una farsa, y que el gobierno norteamericano parecía no consentir en la afirmación de un régimen de iniquidad.

Se sabía que Carranza, después de dirigir un ataque infructuoso a la plaza de Torreón y después de sus fracasos en Coahuila, pobre

y desalentado, había atravesado, en una penosa caminata, la Sierra Madre Occidental, para refugiarse con un pequeño núcleo de partidarios en el estado de Sonora, enteramente controlado por los revolucionarios, quienes habían logrado expulsar a los federales de todo el territorio sonorense, excepción hecha de Guaymas, en donde se sostenía, apoyada por los fuegos de los barcos de guerra, una guarnición. En Sonora continuaba al frente de los destinos del estado el gobernador José María Maytorena.

Allí se sabía que Francisco Villa, prófugo de la justicia en las postrimerías de la administración de Madero, dos o tres meses después del cuartelazo había penetrado a Chihuahua con ocho hombres y escasos recursos, y que, gracias a su espíritu de organización, a su valor, a su astucia, a su gran magnetismo personal y a su acometividad, había logrado reunir un núcleo respetable y con él había derrotado a los federales en San Andrés, batiéndolos completamente y apoderándose de cañones y de gran cantidad de pertrechos de guerra.

Que Villa, con esos elementos y otros que se le unieron, muy valiosos, tales como los encabezados por Manuel Chao, Maclovio Herrera, Rosalío Hernández y otros, había tomado la plaza de Torreón, apoderándose de elementos de todo género. El ascendiente y la valía de Villa quedaban demostrados con el hecho de que todos los revolucionarios que operaban en Chihuahua, Durango y el sur de Coahuila se ponían, sin discusión y sin remilgos, a sus órdenes.

Allí se sabía que Villa, con una rapidez y una audacia increíbles, se presentó inesperadamente frente a Chihuahua, guarnecida por federales e irregulares, estos últimos a las órdenes de Caraveo, Pascual Orozco y José Inés Salazar, y tras un amago que duró varios días, se apoderó de un tren carbonero en Estación Terrazas, a poca distancia al norte de Chihuahua. Interrumpió las comunicaciones telegráficas, descargó el carbón y embarcó a sus soldados, haciendo un viaje raudo a Ciudad Juárez, entrando hasta el corazón de ella en el

tren capturado y sorprendiendo por completo a la guarnición federal de aquella plaza fronteriza.

Se sabían muchas cosas. Nosotros, naturalmente, deseábamos el triunfo de la revolución. Ese triunfo nos traería la anhelada libertad.

Noviembre 18, 1913

Visita de mi padre, de mis hermanos José y Ricardo y del general Antonio Delgadillo.

Entre los presos se encuentra el doctor Puig y Casauranc, considerado como de filiación felicista. Es agradable, inteligente y culto.

Noviembre 19, 1913

Visita de mi padre y de José, mi hermano.

He tratado a Cravioto. Es rematadamente sordo. Muy culto y muy inteligente.

Noviembre 20, 1913

Visita de mi padre, de mi hermano José y del coronel Agüero. Me informan que no hay esperanzas de que yo recupere pronto mi libertad. No he vuelto a ver a "Puerco Parado".

Noviembre 21, 1913

Visita de mi padre, de mis hermanos José y Ricardo y de la señora de Cervantes.

Entre los presos se distingue el viejo abogado don José Natividad Macías, obeso y cachazudo. Fue diputado porfirista y después estuvo afiliado al Bloque Renovador maderista. Habla poco.

Noviembre 22, 1913

Visita de mi padre y de mi hermano José.

Noviembre 23, 1913

Sin visitas por ser domingo.

Noviembre 24, 1913

Visita de mi padre, de mis hermanos José y Ricardo y de la señora Fuentes viuda de Gómez Vergara.

Nuestra única diversión consiste en las visitas que nos hacen los amigos y familiares, en las grandes partidas de ajedrez y de dominó que se organizan, en el juego de pelota, en la lectura de periódicos,

entre los cuales es muy solicitado el *Machinan Jeral*, que le llevan a don Agustín; en los cambios de impresiones con mis amigos don Agustín, don Juan Garza y mi hermano Pedro R. Zavala, y en la lectura, después de las cinco de la tarde, hora en que nos encierran, de los libros de la biblioteca de la penitenciaría, que ya hemos devorado, así como los que obtenemos por intercambio entre todos los detenidos.

Noviembre 25, 1913

Se suspendieron las visitas a presos políticos por "orden superior". Cómo me repugnan esas dos palabras. Al abrigo de ellas se han cometido en México los mayores crímenes y los más grandes atentados. La prohibición reza también con los defensores. Con esto nos han quitado a nosotros y a nuestros familiares uno de los mayores consuelos.

Noviembre 29, 1913

Hemos estado sin visitas y el fastidio comienza a apoderarse de todos.

En la tarde, con sorpresa, recibí una visita especial de mi padre y de mi hermano José. Me comunicaron que han hecho varias gestiones y que tienen esperanzas de obtener pronto mi libertad.

Noviembre 30, 1913

Domingo sin visitas.

Uno de los presos más queridos es Juan Sarabia, a quien se considera como un veterano de las cárceles. Durante la dictadura porfiriana permaneció preso muchos años en San Juan de Ulúa. En las noches canta melancólicamente una canción compuesta por él, *Las golondrinas de Ulúa*. Nos ha hecho relatos terroríficos de los horrores de esa prisión.

Durante mi encierro he leído la maravillosa y dulce obra *Mis prisiones,* de Silvio Pellico, llena de bondad para sus propios verdugos. Creo que Ulúa es más terrible que todas las cárceles del mundo. Según Sarabia, las galeras de nuestra cárcel máxima mexicana son inmundas, el agua se filtra por los techos y por los pisos, hay unos separos en que un hombre no puede tenerse de pie, carentes de luz

y de ventilación y pletóricos de humedad, que son conocidos con los nombres de *El Infierno*, *La Gloria* y *El Purgatorio*. Allí contrajo Sarabia la tuberculosis que lo está matando.

Diciembre 1, 1913

Visita de mi padre. Ahora tendremos visitas únicamente una vez a la semana y por turnos.

Hemos sabido que Villa infligió una terrible derrota a los federales en Tierra Blanca, a corta distancia al sur de Ciudad Juárez, apoderándose de trenes, cañones y municiones y haciendo muchos prisioneros. La campaña de Villa ha sido fulgurante.

Diciembre 2, 1913

He conversado largamente con Luis Manuel Rojas, abogado tapatío y antiguo periodista, que logró hacer progresar una revista semanal que tuvo gran circulación en toda la República. Rojas me confió que el secreto de su triunfo consistió solamente en unas buenas tijeras hábilmente manejadas. Agregó que él no escribió nunca un solo artículo ni pagó nunca una colaboración. Cuando más, se dedicaba a traducir escritos en lenguas extranjeras. Es afectuoso, atento y bueno.

Diciembre 3, 1913

José María de la Garza sigue hablando del "trámite". Bonachón, como siempre, es de ver el contento que se apodera de él cuando repite ufano que salvó a la representación nacional.

Diciembre 4, 1913

Ortiz Rubio me hizo confidencias. Me explica que él siempre ha sido amigo y protegido del inmaculado doctor don Miguel Silva, electo el año anterior gobernador de Michoacán, y que se vio obligado a abandonar el gobierno por orden de Victoriano Huerta. Me dijo que él sabía que yo tenía gran amistad con el doctor Silva.

—¡Cómo no! —le interrumpí—. Tengo por él no sólo respeto, sino positiva admiración. Lo considero como uno de los hombres más puros de México. Es un gran médico, es un sabio, es un benefactor.

—Yo —prosiguió Ortiz Rubio— debería estar con él. El doctor Silva se encuentra ya en las filas revolucionarias, lo mismo que su her-

mano Miguel. Yo creo recuperar pronto mi libertad y deseo incorporarme lo más pronto posible a la revolución. ¿No sabe usted en qué forma podría hacerlo sin grandes peligros?

—Es un poco difícil —contesté—. Desde luego, la mejor manera sería marcharse a los Estados Unidos y desde allí incorporarse al Primer Jefe o a cualquier partida revolucionaria, pero es peligroso salir del país por Laredo o por Veracruz, pues una simple sospecha puede hacer que el que lo intente se vaya al otro mundo.

Conversamos largamente sobre el mismo tema, y a mí me quitó toda la mala impresión originada por el hecho de que Ortiz Rubio habíase dado de alta en el Ejército federal tres meses después del asesinato de Madero: su larga prisión y sus ideas e intenciones lo absolvían ante mis ojos.

Diciembre 5, 1913

Los periódicos no publican nada. El mismo *Mexican Herald* se ha vuelto más cauto. Sin embargo, ha llegado hasta el centro de informaciones de la crujía "C" la noticia estupenda de que el general Salvador R. Mercado, gobernador de Chihuahua y jefe de la División del Norte, con más de 3 mil hombres, asustado ante el empuje de que hizo gala Francisco Villa en el combate de Tierra Blanca, evacuó la ciudad de Chihuahua, dirigiéndose hacia Ojinaga, único punto libre, pues tiene enemigos al norte, al oeste y al sur.

Diciembre 6, 1913

Corren rumores de que serán puestos en libertad muchos de los detenidos, diputados y no diputados, y que sólo quedará en la penitenciaría un reducido número de detenidos políticos. Ojalá y sean ciertos estos rumores.

Diciembre 7, 1913

Continúan los rumores de la obtención de la suspirada libertad para muchos de los detenidos. Todos nos dedicamos a forjar castillos en el aire. *La libertad es el más preciado de todos los dones.*

Diciembre 8, 1913

Visita de mi padre y de mis hermanos José y Ricardo. José me informa que habló sobre mi libertad con el propio Victoriano

Huerta y que este le dijo en el Café Colón que desde luego podía quedar libre a condición de que yo reingresara al ejército. Apoyado por mi padre y por Ricardo, contesté a José que me era imposible aceptar esa condición. José insistió, pero no me pudo hacer desistir de mi determinación. Le hice ver que sería no sólo indigno sino hasta peligroso que yo volviese al ejército. José prometió insistir con el mismo Huerta para que me pusiera en libertad sin condiciones de ningún género. Esta noticia me ha inquietado.

Diciembre 9, 1913

Un espíritu de libertad flota en el ambiente de la crujía. Todos esperamos recuperar nuestra libertad en un breve lapso. ¡Qué odioso resulta estar sujeto a los caprichos de un déspota, cuando no gobierna la impersonalidad soberana de la ley!

Ortiz Rubio insiste en sus proyectos de incorporación a las filas revolucionarias inmediatamente después de que obtenga su libertad. Yo abrigo el mismo propósito y nos prometemos ayudarnos mutuamente en nuestro intento.

Diciembre 10, 1913

Continúan las esperanzas de libertad.

Diciembre 11, 1913

En la noche se oyen detonaciones cercanas. De celda a celda se comunican los detenidos. Uno de ellos grita:

—¡Son balazos!

—¡Son cañonazos! —grita otro.

—¡Son cohetes! —grita con voz estentórea Pedro R. Zavala.

—¿Cómo lo sabes, viejo sátiro? —grita Hernández Jáuregui.

—Porque soy artillero —contesta Zavala.

Eran efectivamente cohetes disparados en la cercana Villa de Guadalupe en la víspera de la celebración de la fiesta guadalupana.

Diciembre 12, 1913

Hoy, a las 10 de la mañana, me participó un celador que quedaba en libertad. La noticia trascendió inmediatamente entre

los presos de la crujía, quienes la recibieron con emoción, y creo que hasta con cierta envidia, por otra parte, muy humana.

Hernández Jáuregui, muchacho simpático, lleno de nervio e inteligencia, lanzó una hurra por mí que fue coreada por todos.

Me despedí rápidamente de todos mis compañeros de prisión. Fuertes abrazos y recomendaciones.

—¡No te olvides de mí! —me decía *mi hermano* Zavala.

—¡No se olvide de los amigos! —decían otros.

—¡No se olvide de mi recomendación! —me decía al oído, al abrazarme, Ortiz Rubio.

Me desprendí de todos, abrazándolos.

En las oficinas de la dirección de la penitenciaría me esperaban mi hermano José y el coronel Víctor Manuel Corral, jefe del Estado Mayor Presidencial. Este último me dijo:

—Por disposición del Presidente de la República, queda usted libre.

En automóvil me condujeron Corral y José hasta la casa de huéspedes en que estaba alojado mi padre, en la calle de Rosales. Subimos José y yo. Le di un apretado abrazo a mi padre, que estaba loco de gusto al verme libre.

Nunca había visto tan contento a mi padre y, por mi parte, estaba radiante de gozo.

José me explicó que muy temprano le había "caído" a Huerta en su casa de la colonia de San Rafael. Que lo había encontrado de un humor excelente y que, aprovechando aquella buena disposición de ánimo, le había pedido mi libertad. Que Huerta, por toda contestación, había llamado a su jefe del Estado Mayor, el coronel Corral, y le había dicho:

—Vaya usted con el general José Alessio Robles a la penitenciaría y comunique que, de mi orden, queda en libertad el ingeniero Alessio Robles. Comunique después este acuerdo al general Blanquet.

En esa forma se había obtenido mi libertad. La libertad y hasta la vida de un hombre dependían del humor de un individuo que se había encaramado al primer puesto de la República por medio de la traición y del asesinato.

Nunca me había parecido más bella la libertad que en este día memorable. Salí con mi padre, que a cada momento me abrazaba y me besaba, con dirección a la oficina de telégrafos. Dirigí a mi buena madre un mensaje, anunciándoles, a ella, a mi mujer y a mis hijas, mi libertad.

Diciembre 31, 1913

Desde el día 12 no he escrito una sola línea en mi diario. He saboreado a plenos pulmones mi libertad, compartiendo mi alegría mi buen padre. Como unos chiquillos hemos concurrido a toda clase de diversiones: teatros, cines y toros, visitando con frecuencia los puestos de Navidad establecidos en la Alameda.

No hemos considerado prudente trasladarnos a Saltillo. Este viaje podría originar suspicacias y hay que ser cautos.

Es difícil la salida del país. Esto podría originar una nueva detención y quizás la muerte.

He hablado con don Antonio Prieto, viejo y eficaz propagandista de los revolucionarios en la capital de la República, sobre los medios que se podrían emplear para incorporarme a una partida revolucionaria. Él ha prometido ayudarme y me ha sugerido que obre con toda cautela y discreción. Él, oportunamente, me facilitará los medios adecuados y me ayudará en todo. El mismo Prieto me informa que Mercado fue batido por Villa en Ojinaga y que casi todos los jefes, oficiales y soldados de la guarnición federal tuvieron que pasar en desbandada al lado americano y allí se encuentran prisioneros de los yanquis.

La situación es terrible para el gobierno, pero la revolución progresa con desesperante lentitud. Obregón se ha dormido después de sus victorias y permanece inactivo en Sonora y Sinaloa, estrellándose en infructuosos ataques a las plazas de Guaymas y Mazatlán.

Los revolucionarios de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas han obtenido sólo éxitos parciales.

En Villa están cifradas, por el momento, todas las esperanzas.

Hago el balance del año. Este ha sido infausto. He truncado mi carrera militar. En este año he estado enfermo 42 días y estuve preso 53.

Además, he estado separado de mi esposa y de mis hijitas, y mis penas han causado grandes contrariedades a mi padre y a mi madre.

En los días de diciembre que he estado libre, he podido notar que mis antiguos amigos y conocidos, con muy contadas excepciones, huyen de mí como un apestado. Rehúyen hasta el saludo. ¡Mentecatos!

Tal parece que en este país sólo pueden prosperar los desvergonzados, los que se solidarizan con las situaciones infamantes, los que se humillan, los que se sobajan.

¡Dios salve a la Patria de tanta ignominia!

Capítulo XXVII

Inquietud y tristeza.— La libertad de otros diputados.
Encuentro con Victoriano Huerta.— Proyectos para salir de México.
La salida de Ortiz Rubio.— Temores de indiscreción.— Mi nueva aprehensión.
Viaje a Veracruz con escolta.— El cuarto de los leones.— Arribo a Veracruz.
La Prisión Militar.— Remisión a Ulúa.— Los cañones norteamericanos.
La ironía de Zavala. Ingreso a Ulúa.— Un calabozo inmundo.
Nuestro mobiliario.— Un bombardeo alarmante. Las salvas de artillería.
El natalicio del emperador de Alemania.— El bote "rebufador".— Noticias falsas.
Un complot descabellado.— Las recomendaciones de Gustavo Maass.
La chifladura de Blanquet.— Los antecedentes de Maass.
El coñac de Fernández Somellera.— Cambio de calabozo.
El arrecife de La Gallega.— Las estalactitas.— Las inscripciones vetustas.
Las leyendas de Ulúa. Huéspedes distinguidos.— La fortaleza histórica.
Los cuentos de Vigil.— La indignación de Zavala.
Los "sapos y culebras" del general Reyes.— El tétrico cementerio de La Puntilla.
El realismo de Federico Gamboa.— La Ley Juárez.
Las negras intenciones de Maass.— La reanudación de mi carrera.
Las leyes hipócritas.— Los farmacéuticos de Zacatecas.
Proyecto de evasión.— Las preocupaciones de Vigil.

Enero 1, 1914

Hoy he dado un largo paseo con mi padre por las principales calles de la capital y he creído encontrar retratadas la inquietud y la tristeza en todos los semblantes. El porvenir se presenta muy obscuro.

Enero 2, 1914

Hoy publica la prensa que quedaron libres Abraham Castellanos, Gonzalo del Castillo Negrete, Alfonso Cravioto, Juan N. Frías, José María de la Garza, Flavio González, Luis G. Guzmán, Eusebio León, Jerónimo López de Llergo, Valentín del Llano, Emilio

López, Tranquilino Navarro, Pascual Ortiz Rubio, José Manuel Puig y Casauranc, José J. Reynoso, Enrique Rodiles Maniau, Pedro R. Zavala, Rafael Curiel, Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol, Enrique Ibáñez, José Natividad Macías, Armando Ostos, Patricio Leyva, José I. Novelo, Alonso Aznar, Silvestre Anaya, Benjamín Balderas Márquez, Isaac Barrera, Manuel Gea González, Manuel Malo Juvera, Enrique O'Farrill, Joaquín Ramos Roa y Julián Ramírez Martínez.

Todavía queda un buen número de compañeros presos, entre ellos, don Agustín Rodríguez y don Juan Garza.

Enero 3, 1914 Nos cambiamos mi padre, Ricardo y yo a la casa de huéspedes de la señora Guadalupe Fuentes viuda de Gómez Vergara, 1ª calle de Colima número 23.

Enero 8, 1914 Según la prensa, quedó en libertad ayer el licenciado Miguel Hernández Jáuregui.

Enero 11, 1914 En la tarde, en los toros. Torearon Pastor, Gaona y Vázquez II. Al lidiarse el segundo toro se desató un fuerte aguacero. Me refugié en una de las escaleras en compañía de Emilio Osorio, oficial de Estado Mayor, y de Enrique Vázquez, oficial de ingenieros. Momentos después llegó el general Huerta acompañado de varias personas a refugiarse también de la lluvia. Al verme, se detuvo, me tendió la mano y me preguntó:

—¿Amigo, qué hace usted aquí?

—Viendo los toros —le contesté.

—Tenemos necesidad de hablar usted y yo —repuso Huerta— y, por tanto, véame usted mañana, sin falta.

—Está bien, iré —contesté.

Huerta se despidió de mí.

En la noche he reflexionado sobre este encuentro inesperado y después de mucho pensar sobre el particular, decidí no ver a Huerta. Es casi seguro que desee verme para obligarme a reingresar al ejército, y en caso de una negativa mía es capaz de mandarme asesinar

o cuando menos mandar que se me encarcele de nuevo. Lo mejor es no verlo.

Enero 19, 1914

Don Antonio Prieto me comunica que un ferrocarrilero puede llevarme hasta una estación cercana a una hacienda del estado de Zacatecas, en donde residen amigos que pueden facilitarme los medios para incorporarme a una partida revolucionaria. Decidí desde luego poner lo anterior en conocimiento de Ortiz Rubio y al efecto me trasladé a su casa en el entresuelo del número 147 de la calle de Mérida. Hablamos sobre el asunto y me comunicó que estaba enteramente decidido a incorporarse a las filas revolucionarias, que le parecía bueno el plan trazado por Prieto, pero que él necesitaba arreglar algunos asuntos para dejar medios de subsistencia a su familia. Convenimos en volver a vernos tres días después.

Enero 22, 1914

Hoy me quedé aterrado. Creo que he cometido una verdadera ligereza. Fui a ver a Ortiz Rubio, y su esposa, que abrió la puerta del entresuelo, me comunicó que había salido de la capital. Al inquirir cuándo volvería, la respetable dama me informó que no lo sabía, pues su esposo había salido para Saltillo con una columna militar mandada por el general Maass. Yo creí que lo habían aprehendido nuevamente y pregunté:

—¿Por qué lo prendieron?

—No va preso —me contestó la esposa de Ortiz Rubio—, va agregado a la columna del general Maass con su grado militar.

Me despedí confuso ante aquellas palabras sin saber qué pensar. Indudablemente, he cometido un error que quizá pueda ser de consecuencias lamentables para mí.

Enero 25, 1914

Fui en la tarde a los toros con *mi hermano* Pedro R. Zavala. Torearon Vicente Pastor, Rodolfo Gaona y Juan Belmonte. A la salida de los toros nos prendieron a Zavala y a mí, internándonos en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco. A Zavala lo llevaron a una galera de la parte baja y a mí me condujeron a la parte alta.

Allí encontré todavía preso al doctor Rafael Cepeda, quien me informó que una noche habían sacado de la prisión al general Rafael Tapia y lo habían asesinado. Me dijo también que habían sacado al licenciado Roque Estrada y que se ignoraba su paradero y la suerte que corrió, pues no se sabía nada de él.

Como no había modo de comunicar a mi padre mi detención, hube de pasar la noche en la pieza de la planta alta, destinada provisionalmente a las reuniones del Consejo de Guerra. Rafael Cepeda me facilitó un bulto de periódicos, que me sirvieron de almohada, y una frazada. Dormí en la mesa del Consejo de Guerra. A las cinco de la mañana me despertó una *Diana* magistralmente tocada por la banda de trompetas del regimiento de caballería que está alojado en el inmediato cuartel de Santiago. Añoré mis tiempos de cadete.

Enero 26, 1914

A las siete de la mañana nos sacaron de la prisión a Zavala y a mí, conduciéndonos por en medio de las calles de la capital, entre las filas de una escolta de 50 soldados, a la estación del Ferrocarril Mexicano. Todas las calles del trayecto recorrido, empedradas, tienen este anticuado pavimento y resultan muy molestas para caminar por ellas al paso redoblado.

Nos acomodaron en la parte central de un carro de tercera clase provisto de bancas longitudinales de madera. A las ocho y media de la mañana partimos de la estación. Luego se nos informó que íbamos para Veracruz.

Pasamos por Teotihuacán y admiramos las viejas pirámides. La mañana fue muy fría y en una gran porción del camino podíamos contemplar el bello espectáculo de cuatro enormes montañas, nevadas todas. El Popocatépetl, el Iztaccíhuatl, La Malinche y el Pico de Orizaba.

Después de haber pasado por Guadalupe, el comandante de la escolta ordenó se retirasen de nosotros los soldados que nos custodiaban. Al principio nos despertó cierta suspicacia aquella maniobra.

Zavala pensó que era para que nos dispararan los soldados, sin herirse entre ellos, y después dar parte de que habíamos pretendido fugarnos. Le dije a Zavala que para asesinarnos nos hubieran sacado a media noche o en la madrugada de la prisión, como acostumbraban hacerlo, y no se hubieran tomado el trabajo de mandarnos en un tren militar a Veracruz.

Proseguimos nuestra marcha sin novedad y hubimos de convencernos de que aquel acto del oficial comandante de la escolta encerraba una cortesía para nosotros: había querido alejar los malos olores de los soldados y, quizá, hasta dejarnos conversar con más libertad.

Cambiamos impresiones *el hermano* Pedro y yo. Me refirió que había pasado una noche infame en la Prisión de Santiago, pues fue encerrado en una galera pequeña, de cuatro por cinco metros, sin ventilación, junto con 40 detenidos que estaban materialmente hacinados, y que era del todo imposible tenderse en el suelo. Agregó:

—¡Hubieras visto qué caras de patibularios. Yo sentí miedo ante ellos. Temía que me encueraran. Me imaginé que yo era Daniel que se encontraba en la cueva de los leones! ¡Qué pestilencia! ¡Me ahogaba en aquella atmósfera irrespirable! Pero mis leones se manejaron bien y hasta se comportaron amables conmigo. Se estrecharon más de lo que estaban para hacerme lugar. Inquirieron respetuosos y solícitos por mi suerte y por los motivos de mi detención y no me quitaron nada. Traigo mi reloj, mi cartera, mi lápiz y todo el dinero que llevaba en el bolsillo: 1.75 pesos.

Yo le referí que había pasado una noche aceptable, gracias al auxilio del doctor Cepeda.

Luego hicimos conjeturas sobre los motivos de nuestra aprehensión. ¿A qué se debería? Era nuestra obsesión del momento. En aquellos instantes no sabíamos ni qué autoridad nos había mandado prender, aunque por el hecho de habernos encerrado la noche anterior en la Prisión Militar de Santiago, nos imaginábamos que en nuestro caso andaba la mano de la Secretaría de Guerra.

Zavala conocía el incidente de Ortiz Rubio y también el hecho de que yo no había acudido a la cita de Huerta, y sobre estas dos circunstancias giraban nuestras presunciones.

Zavala me hizo reír de buena gana hasta que llegamos a Esperanza. Allí nos proveímos de alimentos con los vendedores y comimos muy bien, pues no habíamos desayunado.

Yo, afortunadamente, llevaba unos 150 pesos en billetes del Banco Nacional.

El buen humor de la mañana fue substituido por una gran pesadez en la tarde.

Llegamos a la estación Los Cocos a las nueve de la noche. Allí nos hizo descender la escolta y entre filas nos condujeron a las oficinas de la Comandancia Militar de Veracruz, en donde permanecimos por breves instantes, llevándonos después, también entre filas, a la prisión militar.

Nos introdujeron en una pieza con centinelas de vista en la puerta y allí estuvimos cerca de dos horas. Observamos muchos misterios y muchos cabildeos. Zavala me dijo:

—Ahora, hermano Vito, sí la veo fea. Observo muchos preparativos sospechosos. Acaban de llegar más soldados.

Zavala es muy decidido, aunque suspicaz en extremo. Yo nunca creí que nos hubieran llevado a Veracruz para asesinarnos allí. Era inútil el viaje para los procedimientos expeditivos usados por Huerta.

Un poco después de las 11 de la noche, tres individuos, en trajes civiles, que después averiguamos eran el teniente coronel Manuel Contreras y tres oficiales más, nos sacaron de la prisión en cuya puerta nos esperaban dos carretelas descubiertas. Me indicaron que subiese a una de ellas, tomando asiento a mi lado el teniente coronel Contreras y uno de los oficiales. En la otra se acomodaron Zavala y los otros dos oficiales. Recorrimos algunas calles de Veracruz hasta llegar a uno de los muelles en donde esperaba una lancha de vapor. Subimos a ella, se puso en movimiento y cuando pasába-

mos junto a uno de los acorazados norteamericanos que se encontraban en la bahía y por debajo de las cañas a volar de los cañones que sobresalían de la banda, Zavala, que no perdía su espíritu ni aun en los momentos más apurados, preguntó a Contreras con aire de ingenuidad, que por poco me hace soltar una carcajada:

—¿Para qué sirven esos tubos tan grandotes?

Contreras, que ignoraba seguramente que Zavala era uno de los oficiales de artillería más distinguidos, contestó con simpleza:

—Dicen que son cañones, pero estoy seguro que son puros aparatos para espantar bobos y que no sirven para nada.

—¡Ah! —repuso Zavala, en son de burla—, no los conocía.

Momentos después llegamos a un puente de la fortaleza de Ulúa y a la puerta. Allí nos recibió un viejo muy malhumorado, en paños menores, con un abrigo y con pantuflas, acompañado de un individuo que tenía en la mano una linterna. Contreras dijo al viejo:

—Aquí le entrego presos, mi coronel, a los ingenieros Vito Alessio Robles y Pedro R. Zavala, que deben quedar rigurosamente incomunicados.

—Está bien —refunfuñó el individuo a quien Contreras llamó coronel y que se conoce había sido despertado para este acto.

Contreras y sus acompañantes se retiraron; rechinó la fuerte puerta de la prisión y luego descorrieron los cerrojos de otra puerta de barrotes de hierro. Penetramos a una pieza pequeña y luego abrieron otra reja. Estábamos en el calabozo que se nos había asignado y que tenía por todo mobiliario un cajón, un bote de hojalata y un petate.

El viejo se apiadó de nosotros y mandó llevar dos catres de lona y dos almohadas. Dijo que nos las prestaba y que al día siguiente teníamos que mandar comprar catres. Nos hizo entregar todos los objetos que llevábamos en los bolsillos: carteras, dinero, relojes, y se despidió deseándonos buena noche y que durmiéramos bien.

Quedamos enteramente a obscuras. Conversamos un rato Zavala y yo y, rendidos por las emociones de la víspera y por el cansancio del camino, nos dormimos profundamente.

Enero 27, 1914

Nos despertó en la mañana un chirriar de cerrojos, presentándosenos el anciano que nos había recibido la víspera. Nos hizo saber que es el coronel Aurelio Vigil, jefe de la fortaleza de Ulúa, que quiere ponerse a nuestras órdenes; que él puede mandar comprar a Veracruz lo que necesitemos y que le hagamos una lista, y que si no queremos comer el rancho que se da a los presidiarios, nos pueden dar de comer de la "fayuca" por un peso diario por persona. Cerramos el trato desde luego, para que nos traigan de inmediato el desayuno, pues no cenamos la víspera. Zavala y yo hicimos la lista del mobiliario y efectos que necesitamos urgentemente: dos catres, cuatro sábanas de manta, dos almohadas con sus fundas, dos bandejas, cuatro toallas, dos cepillos de dientes, dos vasos, dos peines y cuatro mudas de ropa interior, incluyendo calcetines.

Reconocemos nuestro calabozo, que tiene el lujo de poseer un vestíbulo. Tiene cuatro metros de longitud por tres y medio de ancho, con un entrante cerca de la puerta, que está cerrada por una fuerte reja de hierro con un macizo cerrojo. El vestíbulo tiene tres metros de longitud y metro y medio de anchura, con una ventana de un metro de ancho y 70 centímetros de altura, con barrotes de sección cuadrados, muy unidos, que deben haber servido anteriormente de ejes de carro de transporte, pues tienen cuando menos 10 centímetros por lado. El vestíbulo tiene acceso por otra reja semejante a la que comunica dicho vestíbulo con nuestro calabozo. El techo es de vigas y tablas y sumamente bajo, pues no podemos ponernos de pie sin tocarlo con nuestras cabezas. El piso no tiene pavimento de ninguna clase y es sumamente húmedo. Las paredes son de una piedra muy porosa llamada múcara —madrépora—, están llenas de salitre y de obscenidades, y tanto estas como el techo están infesta-

das de chinches y de cucarachas. La obscuridad es muy grande. Para leer es necesario encender una vela. El calor es sofocante por la falta de ventilación y nuestra estancia apesta a rayos.

El calabozo número 10 fue el ocupado durante 17 días por el ingeniero Pedro R. Zavala y por el autor de estas memorias. Después pasaron a ocupar el número 11, muy bien ventilado, que habían ocupado antes el general Félix Díaz y el mayor de ingenieros Fernando Zárate.

Tomamos el desayuno: café con leche y pan. Hicimos nuestros encargos. El coronel Vigil nos facilita una mesa de madera blanca; pedimos una botella, para que nos sirva como candelero, y velas. El bote de hojalata que está en uno de los ángulos, tapado con una tabla, nos servirá de excusado. Zavala lo bautiza con el nombre de *el bote rebufador*, por los miasmas insoportables que despide.

La mañana se nos hace larga y tediosa. Como no tenemos relojes, hemos perdido totalmente la noción del tiempo en aquella espesa penumbra que aprieta el alma.

Sentados a la turca en los catres de lona, sin vestirnos siquiera, pues el calor es agobiante y nos hemos quedado en calzoncillos y camiseta, departimos Zavala y yo sobre nuestra situación. Nos reímos de los tubos "espanta bobos", de los barcos yanquis, de los cuchicheos observados la víspera en la cárcel militar de Veracruz, del mal humor con que nos recibió el jefe de la fortaleza, de la impresión que nos causó el enorme patio de Ulúa, alumbrado solamente por un tétrico farolillo. ¿Quién nos había mandado aprehender? ¿Por qué nos habían mandado aprehender? ¿Para qué nos habían traído a Veracruz? ¿Qué se proponían hacer con nosotros? ¿Lograrían saber nuestros familiares de nuestro paradero?

Estas interrogantes bailoteaban repetidas veces en nuestra conversación. Tratábamos de adivinar, pero después de mucho conjeturar y divagar llegábamos a la conclusión de que no sabíamos nada, de que ignorábamos todo.

De repente sufrimos un sobresalto. Se oía un fuerte cañoneo. Parecía que los proyectiles chocaban con los muros y en las bóvedas de la fortaleza. El retumbe de los disparos era repetido y acrecentado por el eco. Fueron cerca de 300 cañonazos. Guardamos silencio. A través de las dos rejas vimos que tres soldados pasaban corriendo. Silenciosos, nos interrogábamos Zavala y yo con la mirada. No acertábamos a explicarnos aquellos cañonazos. Al fin, Zavala rompió el silencio y, en voz baja, dijo:

—¡Ya los americanos están bombardeando Veracruz y estos… van a correr y nos van a dejar abandonados!

Hubo un momento de silencio. El cañoneo seguía nutrido. Zavala prosiguió completando su pensamiento:

—¡Y el tiempo que van a tardar para encontrarnos en esta pocilga!

Cesaron los disparos de cañón, que en aquel lugar tenían una resonancia extraordinaria y parecían multiplicarse por la sonoridad de las bóvedas de la vetusta fortaleza. Sobrevino un silencio de tumba. No sabíamos la hora porque nos habían despojado de nuestros relojes. Atentos al ventanillo, no veíamos alma viviente. ¿Qué sería?, nos preguntábamos ansiosos.

Transcurrió una hora larga. Oímos rechinar los cerrojos de la primera reja y luego los de la segunda. Entró un individuo con una cesta. Era nuestra comida enviada de la "fayuca". Casi con temor interrogamos a aquel individuo:

—¿Qué fueron esos cañonazos de hace un rato?

—Fueron salvas —nos contestó— que hicieron todos los buques de guerra que se encuentran en el puerto, para festejar el natalicio del emperador de Alemania. Cada barco hizo 21 disparos, y entre mexicanos y extranjeros hay aquí 14 barcos. El "Chester" está a unos cuantos metros de la fortaleza.

Nos miramos Zavala y yo sonriéndonos. Nos dedicamos a examinar nuestra comida, que nos pareció suculenta. Había allí unos

pulpos en jerez sabrosísimos. Comimos muy bien, comentando las emociones producidas por los cañonazos.

En la tarde nos llevaron nuestros catres, la ropa y las bandejas y útiles de aseo. Yo marqué con lápiz tinta toda la ropa, asignando a Zavala su lote y reservándome el mío. Conversamos largamente e hicimos muchas conjeturas sobre nuestra situación.

Enero 28, 1914

Continuamos en nuestra infecta y mísera pocilga. Nuestros ojos se van acostumbrando a leer en la obscuridad y nuestras narices se van acostumbrando a los miasmas que despide el *bote rebufador*, que es sacado cada 24 horas y que verdaderamente bufa…

Enero 29, 1914

Hoy entró a nuestra cueva el coronel Vigil con su cuerpecillo enteco y desmedrado. Conversó largamente con nosotros y sacó un periódico: *El Diario* de la Ciudad de México, correspondiente al 27 del presente mes. Lo devoramos ávidamente, leyendo yo en voz alta en presencia de Vigil.

En primera plana y con un encabezado a tres columnas: "La tenaz vigilancia de la policía hizo fracasar un descabellado complot", llena más de media página con nuevas espeluznantes. Expresa que se fraguaba un terrible complot; que el general Fernando González fue aprehendido y obligado a embarcarse en Veracruz; que el general Eugenio Rascón está siendo vigilado; que don Gumersindo Enríquez logró escapar y que don Teodoro Dehesa, ex gobernador de Veracruz, fue aprehendido en el puerto del mismo nombre y conducido preso a México. Al final, la misma información da noticia de nuestra aprehensión, por suponernos también mezclados en el abortado complot, y dice que fuimos llevados al fuerte de San Juan de Ulúa.

Comentamos en presencia del coronel Vigil estas falsedades. Ni Zavala ni yo conocemos a Rascón ni a Enríquez ni a Dehesa. Zavala

nunca ha cruzado una palabra con Fernando González y yo hace más de ocho meses que no lo veo.

Vigil nos asegura que estamos presos a disposición de la Secretaría de Guerra; que se recibieron órdenes de que fuéramos tratados con toda dureza y de que nuestra incomunicación sea estrictamente rigurosa.

Zavala se pone insinuante y amable con el viejo Vigil. Le informa que él también perteneció al ejército y creo que hasta enternece al jefe de nuestros carceleros, pues Vigil exclama:

—¿Pero qué han hecho ustedes para que los recomienden tanto?

—No lo sabemos —contestó Zavala—. Sólo nos consta que después de *El Infierno*, de *El Purgatorio* y de *La Gloria* nos ha dado usted el calabozo más obscuro y más malo.

—Es el más malo —aclaró Vigil—, pues *La Gloria, El Purgatorio* y *El Infierno* fueron tapiados en tiempo de Madero. Este es el más malo de todos, pero yo recibí orden del general Gustavo Maass de encerrarlos en este calabozo.

Luego nos refirió que había estado preso, tres o cuatro días, el licenciado Fernández Somellera, presidente del Partido Católico; que él lo había tratado muy bien y que cuando fue puesto libre le envió de México dos cajas de coñac *Napoleón 1830*.

—Desgraciadamente, por mis enfermedades, no he podido saborearlo —agregó el coronel Vigil.

—Pero, seguramente, no lo tuvo usted preso en este calabozo —dijo Zavala con cierto dejo de ironía y de amargura.

—No, pues no vino tan recomendado como ustedes.

Se despidió Vigil y a los pocos momentos llegó un presidiario, con su uniforme rayado, portando una bandeja con dos copas de coñac, que nos parecieron deliciosas.

Zavala y yo hicimos comentarios. Ya sabíamos que nuestra orden de aprehensión dimanó de la Secretaría de Guerra y que por instruc-

ciones expresas de Gustavo Maass nos encontrábamos en aquella infecta pocilga, "en donde toda incomodidad tiene su asiento".

Zavala me preguntó si conocía a Blanquet. Le dije que sí y que siempre me había tratado afectuosamente. Le informé que cuando fue herido en una pierna en el combate de Rallano, en tiempo de Madero, yo lo conduje de la estación a una humilde casa del barrio del Carmen. Que por encargo especial del presidente Madero le hice varias visitas, y en una ocasión acompañé al mismo presidente que quiso visitarlo y le hizo en mi presencia el obsequio del reloj de oro que portaba, al darse cuenta que el reloj de Blanquet, que se encontraba en la mesa de noche de la cabecera de la cama del herido, no funcionaba.

Informé a Zavala que Blanquet tenía reputación en el ejército como jefe de gran valentía y honorabilidad, pero que era sumamente ignorante, pues apenas sabía leer y escribir. Tenía una chifladura: en todas sus conversaciones, viniera o no al caso, refería que él era sargento cuando fue fusilado Maximiliano en el Cerro de las Campanas y él —Blanquet— le había dado el tiro de gracia al llamado emperador. Casi no hablaba de otra cosa. Yo se lo oí referir cuando menos 50 veces. Parecía constituir su obsesión. Agregué que, en general, yo tenía buen concepto de Blanquet y que me había sorprendido el hecho de que se pusiese de acuerdo con Huerta para traicionar a Madero. Expresé que si yo me hubiera encontrado en la Ciudad de México durante la Decena Trágica, "hubiese metido la mano en la lumbre por Blanquet". Terminé por decir que el acto censurable del propio Blanquet sólo me lo explicaba por su ignorancia y por su tontería. Después hablamos largamente de Gustavo Maass, un general de artillería sin combates y muy desprestigiado desde que asesinó traicioneramente al ingeniero David Olivares. Huerta lo sacó de la obscuridad por el hecho de tener un parentesco político con el traidor.

Enero 30, 1914

Continuamos en nuestra cueva. Blanquet y Gustavo Maass nos han dado temas de conversación. Vigil se presentó en la mañana y en la tarde, y Zavala sigue afianzando su amistad con él. Repitió el obsequio del coñac, pero ahora las copas, a insinuaciones de Zavala, fueron más grandes.

Enero 31, 1914

Zavala se ha ganado toda la confianza de nuestro carcelero, el coronel Vigil. En la mañana se pasó dos horas con nosotros en el calabozo y en la tarde repitió la visita. Hubo ración doble de coñac, y obtuvimos de él que se saque dos veces al día el *bote rebufador*. Zavala y Vigil jugaron una partida de tute. Cuando nos quedamos solos, Zavala alardeó conmigo de la influencia que tiene con Vigil. Elogiamos el coñac de Fernández Somellera.

Febrero 1, 1914

A las 11 de la mañana se presentó el coronel Vigil en nuestro calabozo, pidiéndonos albricias. Después de mantenernos por un buen rato de expectación, nos dijo que había obtenido autorización del Comandante Militar de Veracruz para cambiarnos de calabozo. Nos aseguró que le dijo a Maass que si nosotros seguíamos allí, tendría que enterrarnos en La Puntilla, informándonos que así se llama el cementerio de la prisión.

Inmediatamente, con la ayuda de unos "rayados", nos trasladamos al calabozo número 11, que nos pareció sibarítico, confortable y elegante, comparado con el 10. Vigil, amablemente, presidió el cambio. El 11 es muy alto, con techumbre abovedada, piso de cemento, paredes limpias y lleno de luz y ventilado gracias a una amplia ventana con reja de hierro, que da a la Plaza de Armas, y a una puerta de reja que da al vestíbulo. Tiene en el fondo dos divisiones de ladrillo, sin que lleguen los muros hasta el techo. Estas serían nuestras recámaras y el resto nuestro salón de recibir, aunque nos está vedado recibir visitas, cosa que nos preocupa poco, pues no tenemos familiares en Veracruz. Nos informó Vigil que este calabozo había sido ocupado por Félix Díaz y por Fernando Zárate y que

había sido arreglado para alojar a estos dos presos. Nos concedió Vigil que recorriéramos libremente la fortaleza, pues el calabozo nos sería abierto a las seis de la mañana, para cerrar la reja hasta las ocho de la noche.

¡Qué hermoso resulta alargar las piernas, caminar y recibir los rayos del sol después de varios días de encierro!

Zavala y yo aprovechamos la franquicia. Recorrimos gran parte de la vetusta fortaleza que yo había visitado a la ligera meses antes. Inquirimos por las famosas tinajas, pero ya habían sido tapiadas. Visitamos las galeras destinadas a los presidiarios con condenas de 20 años. Recorrimos la plaza de armas, enorme rectángulo en uno de cuyos costados se encuentra el arsenal militar, aunque sin comunicación con dicha plaza. El palacio del gobernador de Ulúa está en otro costado, pero de palacio sólo tiene el nombre. Allí saboreamos dos copas de coñac con Vigil, disfrutando de las delicias de la brisa marina.

La fortaleza está construida sobre una porción, la más alta del arrecife de La Gallega. El cuerpo principal tiene forma rectangular con cuatro baluartes en los cuatro ángulos, llamados de San Crispín, de San Pedro, de Santiago y de La Soledad. Las obras exteriores comprenden las baterías de Guadalupe y de San Miguel y las plazas de armas del Pilar y de Santa Catarina, dispuestas en forma de rediente o media luna y unidas con el cuerpo principal por puentes.

Antes, el arrecife de La Gallega, de formación coralífera, estaba enteramente separado de la costa y distaba un poco menos de un kilómetro de Veracruz. Ahora está unido con la plaza por medio de un rompeolas construido para abrigar el puerto. La distancia que separa a Ulúa de la playa es hoy menor por los terrenos ganados al mar con motivo de las obras del puerto. Ahora la fortaleza se provee de agua potable de Veracruz por medio de una cañería instalada a lo largo del malecón. Antes tenía que proveerse de agua pluvial recibida en las bóvedas y almacenada en grandes aljibes.

De esta circunstancia y de la permeabilidad del material empleado, proviene que todas las bóvedas de Ulúa presenten un aspecto semejante al de las grutas. Están cubiertas de estalactitas.

Tiene la fortaleza varias inscripciones. Una data del año de 1633 y otras más de 1707, de 1710 y de 1762.

No se sabe la fecha exacta en que se inició la construcción de esta antigua fortaleza, aunque parece que fue a fines del siglo XVI. La construcción duró mucho tiempo, probablemente dos siglos, costando fuertes sumas de dinero por el hecho de la carencia de materiales en el arrecife y aún en la ciudad de Veracruz y en sus inmediaciones. Los espesos muros y bóvedas están hechos casi en su totalidad con madrépora, sacada del mismo arrecife, que en Veracruz es conocida con el nombre de piedra múcara. Esta circunstancia debe de haber contribuido en buena parte a lo tardado y lo costoso de la edificación.

La leyenda refiere que todos los barcos que arribaban a Ulúa deberían traer unas piedras para la construcción de la fortaleza. También se cuenta que Felipe IV, indignado por las repetidas peticiones de fuertes cantidades de dinero para la continuación de las obras de Ulúa, que, según él, ya costaban millonadas y nunca se terminaban, en cierta ocasión, en Cádiz, a orillas del mar, se empinaba ansiosamente sobre las puntas de los pies tratando de encontrar algo en el horizonte hacia el Occidente. Un cortesano ministro que estaba a su vera, interrogó:

—¿Qué busca, Vuestra Majestad?

—Busco a San Juan de Ulúa —repuso secamente el Rey.

—Es imposible ver esa fortaleza —explicó pretenciosamente el ministro—. La redondez de la tierra…

—Ya lo sé —interrumpió bruscamente el soberano—, pero con todo y la redondez de la tierra ya debería verse San Juan de Ulúa desde Cádiz, por lo que ha costado.

Esta fortaleza ha tenido huéspedes muy distinguidos, entre otros al padre Mier y a don Benito Juárez, y ha sido teatro de notables acontecimientos históricos: los ataques de los piratas en la época colonial; el arribo y la partida de las flotas cargadas de azogues, de vinos, de aceite, y reexpedidas llenas de plata y de mercaderías de Filipinas; las luchas entre mexicanos y españoles a raíz de consumada la Independencia; los ataques del contralmirante Baudin y el desembarco de los franceses, primero, y de los norteamericanos, después.

Febrero 2, 1914

Nuestra situación es mucho más aceptable. Pasamos horas enteras en la torre del vigía y con el encargado del observatorio meteorológico. Además, Vigil es de una locuacidad extraordinaria. Nos refiere unos cuentos larguísimos. Siente verdadera predilección por nosotros y, sobre todo, por Zavala, que tiene la paciencia de escuchar con gran atención sus narraciones kilométricas. En cierta ocasión los dejé a la mitad del relato sentados en una banca de la plaza de armas y me puse a pasear enfrente de ellos. A la hora de la cena, Zavala, indignado, me dijo:

—No seas bruto. Hoy cometiste la majadería de dejarnos solos a mitad de un relato del viejo Vigil. ¿Qué? ¿Quieres que nos vuelvan a encerrar en el 10?

Vigil nos ha referido hasta por dos veces su repertorio anecdótico. Nos contó que había sido ayudante del general Reyes cuando este jefe fue ministro de la Guerra; que el ministro tenía como asistente a un viejo soldado muy adicto, que era el que le limpiaba diariamente las botas y, a la hora del aseo, seguramente por un sentimiento de adhesión muy malentendido, hacía tragarse al general una buena ración de "sapos y culebras".

En efecto, el leal y buen asistente consideraba como un acto de cariño comprar a primera hora todos los periódicos dirigidos por enemigos del general Reyes y enterarse, para enterar a su jefe, de todos los ataques, diatribas, insultos e invectivas que se le lanzaban.

—Mi general —comenzaba el asistente—, ¿ya vio usted el periódico tal? Dice de usted que es un impulsivo y un arbitrario.

El general Reyes, mordiéndose los labios, contestaba que ya lo vería. Que, en sus oficinas, su secretario particular le presentaba diariamente los recortes de la prensa y que de esa manera se enteraba de todos los elogios y de todas las censuras que se le hacían.

Pero el asistente no cejaba en su propósito, hasta que llegó a fastidiar a su jefe. En cierta ocasión, cuando el asistente repetía su pregunta:

—Mi general, ¿ya vio usted tal periódico que dice de usted…?

—¿Y de ti qué dicen? —cortó con brusquedad e indignación el general Reyes.

—De mí no dicen nada —contestó el asistente.

—De ti no dicen nada —increpó el general—, porque vales una…

Febrero 3, 1914

No hemos conseguido ningún periódico. Tenemos hasta coñac, pero de noticias andamos ayunos. Hoy visitamos La Puntilla, el cementerio de la prisión situado en las afueras de la fortaleza, sobre el desolado arrecife. Unas cuantas cruces de madera, repartidas aquí y allá, de presidiarios cuya muerte quizás hayan ignorado sus familiares. Se aprieta el corazón ante el espectáculo de este tétrico cementerio.

En otro lugar se encuentran tirados cerca de 100 cañones de hierro, llenos de herrumbre. Parece que la brisa marina los va desollando y dejando sus paredes carcomidas.

Durante el día se notan las "faginas" de presidiarios con trajes rayados que se ocupan en la carga y descarga de carbón de piedra destinado al arsenal.

Febrero 4, 1914

El coronel Vigil nos refiere que hace algunos años se presentó el novelista mexicano Federico Gamboa con una orden de la Secretaría de Guerra y Marina, para que se le permitiese visitar la fortaleza y hasta para alojarse en ella el tiempo que quisiera. Gamboa

visitó todas las dependencias del fuerte, inquirió, tomó apuntes y, con sorpresa del jefe, manifestó que quería pasar una noche en una de las galeras de los presidiarios. Se creyó que estaba loco quien tal cosa pretendía, pero él arguyó que quería documentarse, pues estaba escribiendo una novela que se publicaría con el nombre de *La Llaga*. Al caer la tarde fue encerrado, provisto de un catre de lona, en una de las galeras con un gran número de "rayados". Media hora después estaba gritando por uno de los ventanillos que lo sacaran. No pudo soportar el excesivo calor, la falta de ventilación de la galera, los miasmas que despedían los presos y un gran barril colocado allí, en el que los presos hacían sus necesidades. Salió ansiosamente, medio asfixiado.

Febrero 5, 1914

El coronel Vigil nos refiere que don Venustiano expidió un decreto poniendo en vigor la ley de 25 de enero de 1862. "¡Qué bárbaro! —decía Vigil—, por esa ley mandaba don Benito pasar por las armas a todos los que sirvieran a Maximiliano, y ahora don Venustiano la manda aplicar a todos los que servimos al general Huerta. Nosotros creemos que se trata de una patraña de nuestro carcelero, que se va humanizando más cada día.

Febrero 6, 1914

En la tarde, con una orden del secretario de la Comandancia Militar, recibí la visita de Ernesto Morelos, ex alumno del Colegio Militar. Morelos, que es entenado del coronel Eugenio Gutiérrez, secretario de la referida comandancia, nos informa que este le dijo que la noche que llegamos a Veracruz, Gustavo Maass pretendía fusilarnos por haber recibido un telegrama de Huerta en que le participaba nuestro envío a Veracruz con una escolta, y que nos enviaba muy recomendados. Gutiérrez, quien estuvo a mis órdenes en el Cuartel General de la 2ª Zona Militar, en Chihuahua, cuando Maass ordenó que fuéramos fusilados en la madrugada, objetó que "recomendar" no significaba matar. Después de una larga discusión, convenció a Maass de que dirigiera un telegrama a Huerta, pidién-

dole aclaraciones sobre el particular, antes de tomar cualquier determinación. Que así lo hizo Maass, mandándonos a Ulúa muy recomendados, y que Huerta no contestó.

Morelos me trajo un ejemplar de *El Imparcial* del 4 del presente mes de febrero.

Allí encuentro en primera plana con el encabezado "Alessio Robles va a reanudar su carrera", la siguiente noticia que me deja absorto: "La Secretaría de Guerra envió ayer al Juzgado Primero del Distrito un oficio, y en él comunica, a propósito del juicio de amparo interpuesto por el señor Vito Alessio Robles, presunto responsable de algunos delitos del orden político, que el detenido ha sido consignado al servicio de las armas.

"En tal virtud, el amparo pasó a la Suprema Corte de Justicia para su revisión".

Me quedé estupefacto. Yo me separé del ejército en donde, después de 18 años de servicio, tenía el empleo de teniente coronel de Ingenieros, y ahora resultaba consignado como soldado raso. ¡En esos momentos era yo lo que en la jerga de los cuarteles se designa con el nombre de "Reemplazo Amparado"!

Me informó Morelos que había visto hacía dos o tres días un número del periódico *El País*, que contenía la noticia de que el Juez Primero de Distrito, licenciado Bernardo Gracia Medrano, había dispuesto que yo, que estaba a su disposición en virtud del amparo interpuesto por mis familiares, fuera conducido a la Ciudad de México.

En la noche hicimos comentarios Zavala y yo sobre el particular y tronamos duro y macizo contra Blanquet, el zafio y rudo soldado que alardeaba de haber dado el tiro de gracia a Maximiliano.

Nos imaginamos que Blanquet contestó al Juez de Distrito, quien había pedido el informe con justificación, que yo no estaba preso… que había resultado favorecido en un sorteo para el servicio de las armas.

¡Siempre hemos vivido en México al margen de la ley! Se fabrican leyes hipócritas sólo para tomarse el placer de burlarlas. Según las leyes del ejército, se recluta por medio de sorteos, y todos sabemos que los reclutas son tomados por el inicuo procedimiento de leva o sacados de las prisiones.

Febrero 7, 1914

Hoy hemos conversado Zavala y yo con los hermanos Márquez, farmacéuticos de Zacatecas, quienes llevan varios meses de reclusión en Ulúa. Ellos son los encargados del botiquín de la fortaleza que está instalado en un departamento del costado oeste de la plaza de las armas. Nos muestran una ventana con vidrios apagados que da al exterior, abierta en un muro que tiene tres metros de espesor. La vidriera está adosada al paramento interior del citado muro, y cerca del exterior hay una reja de barrotes de hierro de fuerte sección cuadrada. Los hermanos Márquez, quienes duermen en el botiquín, nos dicen al oído que por allí podríamos evadirnos, necesitándose únicamente una segueta para cortar dos barrotes, con lo que se tendría acceso a la ancha berma de la fortaleza en la cortina occidental, vulgarmente conocida con el nombre de zapata. Agregan que ese trabajo podrían hacerlo ellos en la noche sin que nadie lo notara, pues nadie revisa esa ventana.

Pero, según ellos, era necesario además gestionar que fuéramos recibidos en uno de los barcos de guerra norteamericanos surtos en el puerto, en el "Chester", que estaba anclado a unos cuantos metros de la fortaleza y, si posible era, una lancha nos condujese al referido barco, pues los alrededores de la fortaleza estaban infestados de tiburones.

Todo el día pensamos en el plan de los hermanos Márquez y lo encontramos factible. Pensé desde luego en don Armando Deschamps, el antiguo compañero de la penitenciaría, para que se encargase de todas las gestiones. La única dificultad estribaba en encontrar un conducto seguro para comunicarse con él.

Febrero 8, 1914

Hoy es el octavo aniversario de mi matrimonio. Mi compañera se encuentra en Saltillo con mis tres hijas en la casa de mis padres. Probablemente ya saben mi nueva prisión. No he podido comunicarme con ella. Las acompaño con el pensamiento.

Febrero 9, 1914

No he encontrado manera de comunicarme con Deschamps. La famosa segueta constituye nuestra obsesión. Zavala y yo hemos soñado con ella.

Han continuado los cuentos del coronel Vigil, pero hoy lo hemos encontrado hondamente preocupado. Nos comunica que el gobierno norteamericano ha prohibido la exportación de armas y municiones para el gobierno de Huerta y, en cambio, los rebeldes se proveen ampliamente de unas y otras en los Estados Unidos. Nos dice con una mezcla de sobresalto y de indignación: "Los yanquis están protegiendo a los rebeldes".

Febrero 10, 1914

Hoy en la tarde recibí la visita del segundo teniente de la armada, Arturo Limón, a quien conocí en el Colegio Militar de Chapultepec. Cojo la ocasión por los cabellos. Escribo unas cuantas palabras para Deschamps. Limón ofrece ayudarnos y traernos personalmente la segueta. Estamos encantados. Nuestra evasión será sonada y espectacular.

Capítulo XXVIII

Mi salida de Ulúa.— Viaje a México.
Otra vez en la Penitenciaría del Distrito Federal.— La crujía "B".
Otra vez en la crujía "C".— Libertad de diputados.
Vínculos de afecto y de solidaridad.— Una marcha simbólica y maldiciente.
Ceremonia significativa.— Plantación de un árbol.— El acta de la plantación.
25 presos.— Siembra de legumbres.— El onomástico del general Servín.
La libertad de Zavala.— Las condiciones de Huerta para ponerme en libertad.
Una noche de ansiedad.— Entrevista con Blanquet.
La amabilidad del ministro de Guerra.— Libre, sin compromisos.
Desistimiento del amparo.— Los jueces bribones.— Visita a Zavala.
Su entrevista con Blanquet. Los efectos del tiro de gracia a Maximiliano.
Inconvenientes de las tiranías.— Mis propósitos de fuga de la capital.
Los marinos yanquis en Tampico.— Toma de Chilpancingo.— Asalto a Torreón.
Derrota del general Velasco. Mi salida de México como fogonero.
Mi arribo a San Luis Potosí.— Viaje a Estación Montaña.
Una cabalgata nocturna.— Estancia en Rincón de Turrubiates.

Febrero 11, 1914

HEMOS ESTADO esperando con ansia a Limón. A las cuatro y media de la tarde me sacó de la fortaleza de Ulúa el teniente coronel Manuel Contreras. Me despedí con un fuerte abrazo de *mi hermano* Zavala y de los hermanos Márquez. Vigil me felicitó porque él cree que voy a México y que eso es augurio de libertad. Nos embarcamos en el remolcador "Tulum" y luego caminamos a pie desde el muelle hasta la Comandancia Militar. Allí, Maass y Gutiérrez me participaron que tendría que salir para México al día siguiente. Cené y dormí en la Prisión Militar.

Febrero 12, 1914

A las siete y media de la mañana, el coronel Adolfo Martínez me condujo en coche a la estación del Ferrocarril Mexicano y

allí, con 30 hombres de escolta, nos embarcamos rumbo a México. En el mismo carro venía detenida la señorita Susana Barrios, hermana del ingeniero Ángel del mismo apellido, conocido rebelde zapatista. En Estación Esperanza, el coronel Martínez me permitió depositar un telegrama dirigido a mi padre. Llegamos a las nueve y media de la noche a México. Mi padre me esperaba en la estación. Nos condujeron en coche, a la señorita Barrios y a mí, a la Comandancia Militar, y después de permanecer allí algún tiempo nos llevaron a la penitenciaría, quedando encerrado en la celda número 128 de la crujía "B" a las once y media de la noche. Mi padre me comunicó que había sido traído a México por disposición del Juez de Distrito, debido a reiteradas gestiones suyas, pues estaba muy preocupado con mi estancia en Ulúa.

Febrero 13, 1914 A las ocho de la mañana abrieron mi celda y en el patio encontré que eran mis compañeros de presidio los señores Francisco Navarro y Próspero A. Blanco, a quienes conocí en la Prisión Militar de Santiago; Manuel Madero, a quien conocí hasta este día, y los hermanos Trejo, ex diputados a la legislatura de Tamaulipas. En el día me cambiaron a la celda 153 de la misma crujía.

Febrero 14, 1914 Mis compañeros Blanco y Navarro son hombres de ideas muy firmes. He conversado ampliamente con ellos.

Febrero 15, 1914 Debido a gestiones que cerca del director de la penitenciaría hicieron mis antiguos compañeros de la crujía "C", me trasladaron a la referida crujía. Los compañeros, ya muy mermados porque muchos han sido libertados, me recibieron con aplausos. Me tocó ocupar la celda número 397.

Febrero 16, 1914 Hoy me visitaron mi padre y mi hermano Ricardo.

Sólo encontré 42 detenidos. Estaban Hernández Jáuregui, que fue reaprehendido, y el licenciado Roque Estrada. Febrero 17, 1914

He continuado comiendo en la celda de Novelo con todos mis antiguos compañeros que aún quedan en la prisión y he reanudado los partidos de dominó. Desde las cinco de la tarde, hora en que nos encierran en nuestras celdas, me dedico por entero a la lectura. Febrero 18, 1914

Hoy en la noche quedaron libres 15 ex diputados, entre ellos mi buen amigo el licenciado José I. Novelo. Febrero 19, 1914

Hoy quedaron libres el licenciado Mauricio L. Chirinos y los señores Paz Galicia y Quintín Sandoval. Febrero 20, 1914

Recibí visita de mi padre y estuve muy contento. Febrero 23, 1914

Los que seguimos presos no tenemos la más remota esperanza de quedar libres. Se han afianzado los vínculos de afecto y de solidaridad. Se ha establecido en nuestra celda comedor el ritual de que, al terminar la comida, nos ponemos de pie, ponemos horizontal el brazo derecho y entonamos en coro la *Marcha de Honor*. Este acto, que después se ha extendido a toda la crujía y que se repite por todos a las cinco de la tarde, hora del encierro, tiene una significación especial: lleva implícito una maldición colectiva para Huerta y sus ministros. Febrero 24, 1914

Visita de mi padre, de Rafael Curiel y de José Inés Novelo. Febrero 27, 1914

Visita de mi padre. Marzo 2, 1914

Marzo 4, 1914

Hoy quedó libre el licenciado Manuel Malo Juvera, ex diputado al Congreso de la Unión.

Marzo 9, 1914

Visita de mi padre.

Marzo 10, 1914

A las cinco de la tarde, en el patio en donde están los talleres de la crujía "C", se efectuó una significativa ceremonia: la plantación de un laurel de la India o sicomoro. Los 25 presos de la mencionada crujía subscribimos un documento en el cual yo antepuse los títulos: "Ex teniente coronel de ingenieros y reemplazo amparado". Este documento se enterró bajo el árbol en una botella lacrada. Después de la plantación del laurel, el ex diputado Enrique Bordes Mangel dijo una hermosa y breve alocución alusiva. Luego se nombraron turnos para el riego del árbol, tocándonos, por orden alfabético, ser los primeros a J. Trinidad Alamillo, gobernador constitucional de Colima, Miguel Alardín, ex diputado por Nuevo León y a mí. Cumplimos nuestro cometido provistos de sendas regaderas y efectuamos nuestra marcha desde el estanque hasta el árbol con la regadera en la mano izquierda y con el brazo derecho horizontal, entonando la *Marcha de Honor*, que fue coreada por todos los presentes.

El documento enterrado al pie del árbol dice así:

"Acta de la plantación del laurel. Árbol simpático.

"¡Quédate aquí como testigo vivo de nuestras horas negras y de nuestra serenidad de conciencia! ¡Crece, da tu sombra a otros presos inocentes y cuenta a las generaciones futuras que los que aquí te plantaron anhelaban, antes que su propia libertad, la libertad y el engrandecimiento de la Patria!

Penitenciaría, 10 de marzo de 1914".

Juan Sarabia, diputado por el Primer Distrito Electoral de San Luis Potosí.

Licenciado M. Dávalos, diputado por el 5º Distrito Electoral del Distrito Federal.

Adolfo Grajales, ex secretario privado del gobernador constitucionalista de Veracruz, A. Pérez Rivera.

Javier Larrea, director general de Correos, destituido por el general Huerta el 2 de julio de 1913.

Juan Reyes Saavedra (oaxaqueño).

Licenciado Guillermo Meixueiro, diputado al XXVI Congreso de la Unión por los Distritos de Villa Alta y Choapan, Estado de Oaxaca.

J. Trinidad Alamillo, gobernador constitucional de Colima.

Licenciado J. Munguía Santoyo, diputado por el 12º Distrito Electoral de Michoacán.

J. M. Servín (general de Brigada).

Ingeniero Patricio Leyva, gobernador constitucional de Morelos y diputado por el Primer Distrito del mismo.

Baldomero Dávila (oaxaqueño).

Licenciado Fidencio Hernández, diputado al XXVI Congreso de la Unión por los distritos de Ixtlán de Juárez y Etla, del Estado de Oaxaca.

Marcos López Jiménez, diputado por el 2º Distrito Electoral del Distrito Federal.

Ingeniero Félix F. Palavicini, diputado por el Primer Distrito Electoral de Tabasco.

Licenciado Roque Estrada.

Licenciado M. Hernández Jáuregui, diputado por el 8º Distrito Electoral de Veracruz.

Licenciado Adalberto Ríos, diputado por el 4º Distrito Electoral de Durango.

Salvador Gómez, senador por Jalisco.

Doctor Alfonso Cabrera, diputado por el 17º Distrito Electoral de Puebla.

Miguel Alardín, diputado por el 2º Distrito Electoral de Nuevo León.

V. Alessio Robles, ex teniente coronel de ingenieros y reemplazo amparado.

Licenciado Ignacio Borrego, diputado por el Primer Distrito Electoral de Durango.

E. Bordes Mangel, diputado por el 2º Distrito Electoral de Guanajuato.

Miguel Hernández (oaxaqueño).

Gerzayn Ugarte, diputado por el 2º Distrito Electoral de Tlaxcala.

Marzo 11, 1914

Parece que la prisión va para largo. Cerca del laurel hemos preparado una porción de terreno para dedicarnos a la horticultura. Hemos sembrado rábanos, lechugas, cebollas, zanahorias y tomates.

Marzo 15, 1914

Visita de mi padre y de mi hermano José.

Marzo 19, 1914

Hoy he acompañado con el pensamiento a mi primogénita Carmen, con motivo del quinto aniversario de su nacimiento. Para festejar el onomástico del general Servín, nos reunimos en su celda Marcelino Dávalos, Miguel Hernández Jáuregui, Adalberto Ríos, Enrique Bordes Mangel, Miguel Alardín, Gerzayn Ugarte y yo. Juntamos nuestras comidas. Al general Servín le mandaron de su casa una comida especial. Al trinchar un suculento lechón al horno nos encontramos que traía en su interior una botella de champaña que había logrado burlar la vigilancia de los celadores. Estuvimos muy contentos.

Marzo 20, 1914

Hoy me enteré por la prensa de que *mi hermano* Pedro R. Zavala fue traído de Veracruz y puesto en libertad de orden del secretario de Guerra y Marina. Esto me anima y me hace concebir algunas esperanzas de obtener mi libertad. Espero el próximo día de visita con ansiedad y la ilusión de recibir la visita de Zavala.

Visita de mi padre, de mis hermanos José y Ricardo y de Agustín Torres. Marzo 23, 1914

José me dice que habló con Huerta y que este dice que me pondrá libre si acepto reingresar al ejército. Yo, apoyado por mi padre, resuelvo que al ejército no volveré nunca, así deba permanecer en la prisión hasta que me muera. José expresa que eso es una obcecación mía.

Quedo triste con esta noticia y con la falta de visita de Zavala, a quien esperaba con verdadera ansia para conocer las circunstancias en que obtuvo su libertad y aprovecharlas, si fuere posible.

Hoy me cambiaron a la celda 432 de la misma crujía "C". Marzo 24, 1914

No he podido tener noticias de Zavala. Marzo 25, 1914

A las cuatro de la tarde me encontraba jugando dominó en el patio de talleres y se me acercó uno de los celadores de la crujía, diciéndome que debería alistarme para salir a la calle. Marzo 26, 1914

—¿A qué? —pregunté.

—No sé —me contestó el celador—. Sólo sé que van a venir por usted.

Me puse la mejor ropa que tenía en la prisión y estuve preparado en unos cuantos minutos, pero la reja de la crujía no se franqueaba para mí. A las cinco de la tarde encerraron a todos los compañeros en sus celdas y a mí me dejaron en el patio. Me paseé dos horas, que me parecieron eternas, por el patio de la crujía, oyendo los cuartos de hora que daba el reloj de la prisión. ¿Adónde me llevarán?, era la interrogación que me hacía, pues francamente no esperaba obtener la libertad, dadas las condiciones de Huerta que me hizo conocer José. A las siete de la noche entró un celador al patio, me saltó el corazón de alegría, pero el gozo se fue al pozo. El

celador me encerró en mi celda sin que pudiese aclarar nada. Casi me pasé la noche en vela. Desde las celdas inmediatas inquirían los compañeros. Ni yo sabía nada.

Marzo 27, 1914

Me levanté muy temprano. No acertaba a explicarme los acontecimientos de la víspera. Después del frugal desayuno, me preparaba a jugar una partida de dominó cuando recibí la noticia de un celador de que debería ir a la dirección de la penitenciaría. Lo acompañé. En la dirección me esperaba el teniente coronel Torreblanca, jefe del Estado Mayor del secretario de Guerra, quien me dijo que había recibido orden del general Blanquet de llevarme a su presencia. Subimos a un automóvil y durante el trayecto hice miles de conjeturas. ¿Para qué me querría Blanquet?

El teniente coronel Torreblanca me introdujo a la sala de espera de distinción y allí, arrellanado en un cómodo sillón, esperé más de una hora. Al fin de ella, entró Blanquet, alto y erguido, con su cabeza blanca, de uniforme, con la guerrera desabotonada. Al verme, se dirigió a mí apresuradamente. Me puse en pie y me dio un apretado abrazo, diciéndome, con gran sorpresa mía:

—¿Qué le pasa, amigo? —haciendo señal de que tomase asiento.

No me reponía de mi sorpresa ante aquel inesperado recibimiento tan afectuoso, y le dije:

—Eso lo debo preguntar a usted, mi general. ¿Por qué me mandó usted prender?

—A que mi amigo, no sabe cuánto he sentido lo que le ha pasado a usted. Yo lo estimo muchísimo y sé que usted me estima también y que se expresa muy bien de mí. Hablé con el señor presidente sobre su libertad y él me autorizó para hacer con usted lo que yo quisiera. Y lo pongo en libertad sin ninguna condición.

Yo no volvía en mí de mi sorpresa. Sentí cierto temor y hasta cierto remordimiento cuando le oí decir que yo me expresaba muy bien de él, y para hacer tiempo y para reponerme, le dije:

—Muchas gracias, mi general.

—Ahora —agregó Blanquet—, sin que esto sea una condición, le ruego que vaya usted solo, sin vigilancia, al Juzgado de Distrito, en donde está radicado el amparo que pidieron sus familiares, a retirarlo, pues de esa manera quedará usted a disposición de la Secretaría de Guerra. Yo me encargaré después de correr todos los trámites para que quede usted relevado de toda molestia.

—Muchas gracias, mi general —repetí, sin darme cuenta de lo que pasaba entre nosotros dos. ¡Tan inesperada era así la conversación de Blanquet y su conducta para conmigo!

—Ahora le voy a hacer otra súplica: quiero que usted vuelva al ejército. Ya sé lo que me va usted a contestar, pero usted no va a solicitar su reingreso. La Secretaría de Guerra lo llamará al servicio, y lo hará en términos que lo dejen satisfecho. Se publicará el llamamiento que se le hace a usted por la orden de la plaza. Buscaré a una persona inteligente que redacte eso y volverá usted con el empleo de coronel, y le doy mi palabra de que un mes después será ascendido a brigadier. Y en cuanto a comisión: la que usted escoja, ya sea en México o en el extranjero.

—Mi general —contesté decorosa y honorablemente—, yo no puedo reingresar al ejército. Tuve primero un proceso de rebelión y después de eso no me tendrían confianza ni mis superiores ni mis camaradas ni mis inferiores; y aun cuando me la tuvieran, eso daría motivo, o cuando menos pretexto, para un montón de intrigas. Además, mi general, yo me separé del ejército siendo teniente coronel de ingenieros, y la Secretaría de Guerra me consignó como soldado raso, lo cual equivalió a una degradación sumamente vergonzosa para mí. Creo que no puedo volver al ejército sin mengua de mi delicadeza y de mi decoro y, por tanto, le suplico me dispense que no acepte su proposición.

—Tiene usted razón —repuso Blanquet—, yo quería que volviera usted al ejército para que dependiera de mí directamente y evitar

que tuviera usted molestias. Sabe que lo estimo. Esperaremos que pase algún tiempo, unos tres o cuatro meses, y volveremos a tratar este asunto. Mientras tanto, sabe que me tiene usted a sus órdenes, venga a verme cuando guste. Cuando tenga alguna molestia, avísemelo luego. Estoy a sus órdenes para todo lo que se le ofrezca.

Me despedí de Blanquet y radiante de gozo y confundido al mismo tiempo, me dirigí a la calle de Donceles, en donde se ubican los juzgados de distrito. Encontré a mi padre allí, que, incansable y también inútilmente, venía gestionando desde hacía mucho tiempo mi libertad bajo fianza, aplazando el juez repetidas veces, con pretextos fútiles, las audiencias de derecho. Se sorprendió gratamente cuando le informé que había sido puesto en libertad por Blanquet y que iba a retirar el amparo interpuesto. Me anuncié con el Juez de Distrito, quien me recibió de mal talante, diciéndome, sorprendido:

—Yo no lo he mandado llamar a usted.

—Vengo a retirar el amparo interpuesto. Me puso en libertad el general Blanquet.

Aquel pícaro juez de consigna se tornó complaciente y en pocos minutos quedó arreglado el desistimiento del amparo.

Salí con mi padre contentísimo. ¿Qué pasaría con Blanquet, que se mostró tan amable conmigo?

Marzo 28, 1914

Hoy me visitó Zavala. Me refirió que sus familiares habían logrado hablar con Blanquet y, después de muchos ruegos, había accedido a dar orden de que fuera traído de Ulúa al cuartel del 29º Batallón, en donde permaneció tres días, para que se sincerara ante el referido ministro. Que fue conducido a su presencia y hoscamente le dijo:

—Sus familiares me han pedido que lo traiga a mi presencia para que se sincere usted de su conducta.

—Sí, señor general, pero para sincerarme necesito saber de qué se me acusa. Hace mucho tiempo que estoy preso, no he sido con-

signado a ningún juez e ignoro qué delito he cometido. Le ruego me diga de qué se me acusa.

—A usted se le acusa —dijo Blanquet— de ser desafecto al gobierno, y se basa la acusación en el hecho de que usted se separó del ejército y en el hecho, también, de que usted es amigo íntimo e inseparable de Vito Alessio Robles, y de Vito Alessio Robles tiene muy mala opinión el gobierno.

—Ahora sí voy a sincerarme —contestó Zavala—, y lo voy a dejar plenamente convencido de mi inocencia. Yo no me separé del ejército; era mayor de artillería, y a mí me separaron. Yo no me separé por mi voluntad. Padezco una enfermedad muy contagiosa que se llama lepra, y en 1911, en tiempo de Madero, una comisión de médicos militares me hizo un reconocimiento y dictaminó que mi estancia en el ejército era muy peligrosa, y me obligaron a pedir mi baja. Todo lo que estoy diciendo consta en mi expediente. Si usted quiere, puedo volver al ejército…

—No dijo Blanquet—, retirando instintivamente su asiento.

—Además —prosiguió Zavala—, es cierto que soy amigo íntimo de Alessio Robles, fuimos compañeros del Colegio Militar y nos queremos más que si fuéramos hermanos. Pero Alessio Robles no es enemigo del gobierno, es un admirador de usted. En Ulúa, cuando supimos que usted nos había mandado prender, yo, que no tenía el honor de conocerlo, le hice algunas preguntas relacionadas con su personalidad militar. Alessio Robles hizo un gran elogio de usted: me dijo que era un militar ameritado y valiente, y por él supe que usted le había dado el tiro de gracia a Maximiliano…

Zavala me dijo que había recalcado lo del tiro, con gran alegría de Blanquet, que se puso contentísimo, retratándose su satisfacción en el semblante, preguntando:

—¿Eso le dijo Alessio?

—Eso y muchos más elogios hizo Alessio de usted.

—Bueno —dijo Blanquet—, queda usted libre.

Después de esta conversación con Zavala, me expliqué la amable recepción que el día anterior me había hecho Blanquet, y no pudimos menos que hacer amargas reflexiones sobre lo poco que vale la libertad y hasta la vida de un hombre en los regímenes tiránicos. Allí, donde no hay libertad, donde no gobierna la ley, todo queda al arbitrio de los que detentan el poder. Debía mi libertad a la indiscutible habilidad y finura de Zavala, que había sabido halagar la vanidad de un zafio, pero me espantaba el solo considerar que en vez de un elogio para Blanquet como el que trasmitió Zavala, otro individuo hubiéseme atribuido expresiones contrarias. Mi vida hubiera estado en un hilo en estos momentos.

Tendré que obrar con extremada cautela. No frecuentaré lugares de reunión y apenas encuentre una oportunidad me fugaré de la Ciudad de México para incorporarme a cualquier partida revolucionaria. Comunico mis ideas a Zavala, para obrar siempre de acuerdo.

Abril 3, 1914

Circulan por la ciudad miles de rumores. Se dice que Chilpancingo fue ocupada por los rebeldes y que la importante plaza de Torreón, tras de sangrientos asaltos que duraron varios días, la tomó Francisco Villa, quien derrotó por completo a un fuerte núcleo federal comandado por el general José Refugio Velasco.

Abril 5, 1914

He activado mis gestiones para salir de la capital, pero hasta ahora no he logrado un medio que me satisfaga y que presente siquiera relativas seguridades de buen éxito.

Abril 12, 1914

Corren rumores alarmantes de graves dificultades entre el gobierno de Huerta y el gobierno norteamericano, con motivo del desembarco de marineros yanquis en Tampico, que fueron apresados y luego puestos en libertad por las autoridades militares de aquel puerto.

Abril 14, 1914

Recibí visita de Zavala. Me dice que ha encontrado el medio para que yo salga de México y que basta con que me presente

en la casa de las señoritas Gallegos, en las calles de 5 de Febrero, con una contraseña convenida para discutir el asunto. En la noche, en la casa número 45 de las calles de 5 de Febrero, las señoritas Gallegos me comunicaron que tienen íntima amistad con el señor José Sedano, inspector de maquinistas de las Líneas Nacionales, quien me podría facilitar los medios para salir de la capital. Me indicaron que regresara al día siguiente a las siete de la noche para presentarme con el referido señor Sedano. Encontré mujeres resueltas e inteligentes.

Abril 15, 1914

A las siete de la noche, en casa de las señoritas Gallegos, quienes me presentaron a Sedano, hombre que desde luego me inspiró gran confianza. Hablamos largamente y allí quedó fijado el plan que deberá llevarse a la práctica pasado mañana. Cuando salí de la conferencia estaba ardiendo el edificio de El Palacio de Hierro, casa comercial establecida en las calles de 5 de Febrero.

Abril 16, 1914

Me he dedicado a hacer mis preparativos de viaje. Mañana me jugaré una carta decisiva. En la tarde, el judío Abraham Ratner me facilitó 200 pesos.

Abril 17, 1914

A las once y cuarenta y cinco de la mañana llegué en coche hasta las cercanías de la casa de las señoritas Gallegos, acompañado por mi padre. Allí le di un fuerte abrazo y nos despedimos. Me cambié el traje que portaba por uno de mecánico, que ya tenía preparado. Me recorté el bigote, salí a la calle, acompañado por una criada de las referidas señoritas Gallegos, con un rollo de alambre en la mano. Tomé un taxímetro que ya me esperaba en la esquina y, atravesando una gran parte de las calles de la metrópoli, llegué a la estación de Nonoalco a las doce y cuarto de la tarde. Encontré allí a Sedano y me despedí de la criada.

En los patios de Nonoalco se alistaba la locomotora que debería remolcar los carros del tren de pasajeros que saldría de la estación

de Colonia a las dos de la tarde. Sedano me presentó con el maquinista Wenceslao J. Lomelí, diciéndole que me llamaba Juan González, que era mecánico, que trabajaba en Rincón Antonio, que iba a buscar trabajo en la División de Cárdenas y que le rogaba que me llevara como "mosca" en la máquina.

Sedano, a distancia de Lomelí, me indicó que él se iría conmigo en la locomotora hasta Colonia, y de allí me acompañaría hasta Tacuba. Que en caso de que pretendieran aprehenderme, haríamos fuego sobre los policías, y él, rápidamente, desengancharía la máquina y la llevaría hasta Santa Julia, en donde podríamos ocultarnos.

A las doce y cuarenta y cinco de la tarde partimos de Nonoalco en la locomotora número 131. Llegamos a la estación de Tacuba y de allí retrocedimos hasta Colonia, en donde la máquina se enganchó al convoy. Permanecimos 20 minutos en Colonia, que a mí me parecieron eternos. Sedano se bajó y observaba a distancia. Yo me ocupé en limpiar con estopa la locomotora. Afortunadamente, no hubo novedad, partiendo el tren a las dos de la tarde. Sedano, que me acompañó hasta Tacuba, se despidió de mí en este punto.

Las locomotoras tienen muelles muy precarias. Yo iba bailoteando de pie en la unión de la locomotora y el *ténder*, frente a la bocaza del quemador de petróleo crudo. Los dos únicos asientos estaban destinados para el maquinista y para el fogonero.

Cuando traspusimos Barrientos, respiré a plenos pulmones. Cruzamos rápidamente las llanuras y montañas del estado de Hidalgo y la planicie ondulada de San Juan del Río. En la noche me sentí más tranquilo aunque horriblemente fatigado. Sentía que me hormigueaban las piernas.

A las nueve y veinte de la noche llegamos a Estación González. Allí hubo cambio de locomotora y de maquinista. Lomelí me recomendó con el maquinista López para que me llevase hasta San Luis Potosí y este accedió de buena voluntad. La nueva máquina tenía el número 676.

Abril 18, 1914

Después de un plantón de 13 horas, en un piso movedizo, en equilibrio inestable y llevando casi en las narices el fogón de la locomotora, llegué a las tres y diez de la mañana a San Luis Potosí. Descendí de la máquina antes de llegar a la estación, para dirigirme, de acuerdo con las instrucciones de Sedano, a la Casa Redonda del Central, donde debería de preguntar por el maestro de noche y, mostrándole una llavecita que me había dado el mismo Sedano, pedirle que me condujese al cuarto en donde dormía, cuando pernoctaba en San Luis Potosí, el maquinista Juan Díaz Cortés.

Según instrucciones de Sedano, allí debería descansar hasta las seis de la mañana, para proseguir mi viaje, en el primer tren, hasta Estación Montaña en la línea de San Luis Potosí a Tampico.

Por una feliz casualidad encontré allí a Díaz Cortés, que dormía profundamente en un camastro de madera. Me di a reconocer. A él sí le di mi nombre, se levantó y me obligó a acostarme. Dormí hasta las cinco y media de la mañana.

A esta hora me despertó Díaz Cortés. Tomamos café en la estación y a las seis y media de la mañana. Partí de San Luis Potosí, acompañado por Díaz Cortés, en la locomotora número 699, conducida por el maquinista Barragán.

Llegamos a las nueve y media de la mañana a la Estación Montaña. Descansé un buen rato en la casa de Guadalupe Nieto, mecánico de la estación. Comí con buen apetito y tomé informes. En Montaña había un destacamento de 20 soldados federales comandados por un subteniente de apellido Pineda. Dormí nuevamente toda la tarde.

A las seis de la tarde, cuando comenzaba a obscurecer, montamos Nieto y yo en caballos mandados por Díaz Cortés y salimos de Estación Montaña por medio de un gran rodeo. Después de faldear unas lomas, siguiendo una vereda, atravesamos la vía férrea entre Montaña y Cerritos. En este último punto había una guarnición de 150 federales. Nieto había sido informado de que yo era el mecánico

Juan González, que desde Rincón Antonio venía a visitar a mis familiares que residían en Guadalcázar.

Había grandes nubes que hacían la noche completamente obscura. En la lejanía se cernía la tempestad. Numerosos relámpagos rompían momentáneamente aquella obscuridad majestuosa. El campo estaba lleno de luciérnagas que cruzaban raudas el espacio, iluminándolo con sus luces verdosas, notables por su magnitud; en esa hora solemne se me antojaron los espíritus de las personas que me quieren y que me acompañaban y me protegían en aquella aventura. La atmósfera estaba cargada de electricidad y se percibía el olor de la tierra mojada.

Me sentí feliz del todo en la soledad augusta de la noche, por considerarme ya fuera del alcance de las garras de los asesinos Huerta y Blanquet.

Mi guía debería conducirme hasta Guadalcázar. Lo interpelé:

—¿Por aquí ya no hacen incursiones los federales?

—No —contestó Nieto—. Los federales no salen de Cerritos y de Montaña.

—¿No encontraremos por aquí alguna avanzada rebelde?

—Creo que no vamos a tardar en encontrarla.

Me alegré por aquella respuesta. Ya podría prescindir de los servicios del guía. Pensé en los peligros que entrañaba aquel primer contacto.

Pasamos a las ocho de la noche por el rancho de San Rafael. Fuimos recibidos con un coro de ladridos. Los canes parecían desgañitarse ante la presencia de desconocidos.

Tomamos informes. Un campesino, a pregunta especial, dijo que los rebeldes habían sido vistos por Derramaderos, levantando los alambres de la línea telegráfica.

Proseguimos nuestra marcha. Media hora después llegamos a una ranchería llamada Rincón de Turrubiates. Nuevos informes que confirmaban los anteriores. Un labriego dijo que ese día había sido vista

una partida pequeña muy cerca del rancho, y que los federales nunca habían pasado por allí. Nieto me apartó del campesino y me dijo:

—Yo no sigo adelante y tengo que volverme con los dos caballos. Es muy peligroso seguir de noche, pues nos exponemos a un encuentro con una avanzada revolucionaria y a que nos hagan fuego o a que nos den una "cinchada". Usted puede descansar aquí y seguir mañana su viaje.

No quise insistir. Pedí alojamiento al campesino, que se llama Magdaleno Montelongo, quien accedió de buen talante. Me despedí de Nieto y dormí en el suelo en el jacal de Montelongo, teniendo por almohada una "olotera".

Recomendé a este que en caso de que sintiera el paso de soldados revolucionarios, los llamara, diciéndoles que en el jacal se encontraba una persona que deseaba hablar con ellos.

Dormí muy bien.

Capítulo XXIX

Una peregrinación peligrosa.— Encuentro con los rebeldes.
Primer contacto con Carrera Torres.— Viaje a Guadalcázar.
Un nido de águilas.— Una fonda comunista.
Sin cubiertos y sin manteles.— Las casas pueblerinas.
Los desaseados patios.— Región controlada por Carrera Torres.
Los almacenes y talleres comunistas.— Organización de los trabajos.
Las siembras y el aprovechamiento de la lechuguilla. Una aduana especial.
Un listo ibero.— Retrato de Carrera Torres.— Un tipo pintoresco.
Cojo y extraordinariamente miope.— Mucha gente y plétora de brigadas.
Los gabinetes de Carrera Torres.
Su admiración por Gustavo A. Madero y por Jesús Urueta.
Una línea telefónica.— Las escuelas de Carrera Torres.— Mensajes a Carranza.
Reconocimiento al rancho de Acevedo.— Un dinamitero intrépido.
La situación de Guadalcázar.— Invasión de parásitos.
Nombramiento de Jefe del Estado Mayor de Carrera Torres.
Proyectos de organización.— "Los tigres" de Carrera Torres.
El resumidero de la revolución.— Grande indisciplina.
La jactancia de Carrera.— Un Tartarín rústico.— Su táctica especial.
La increíble castidad de Carrera Torres.— Ni tabacómano ni alcohólico.
La artillería de Carrera Torres.— Las mulas locas.
Proyectos de operaciones militares.— Servicios de información y espionaje.
Las añoranzas de Nabor Morales.— Órdenes para el combate.
Reconocimiento en Charco Blanco.— Carrera Torres, santón de la comarca.
La conseja de la prisión de la Virgen de Guadalupe.— Quemazón de brujas.

Abril 19, 1914

A LAS CINCO de la mañana me despertó el buen campesino Montelongo, que de manera tan generosa me había brindado hospitalidad. Me ofreció una taza de café caliente y unas tortillas, que tonificaron mi estómago. Le pedí que me acompañase en calidad

de guía hasta Guadalcázar, accediendo con gusto. A las cinco y cuarto de la mañana emprendimos la marcha a pie. El camino que seguíamos era hermosísimo, lleno de sembrados, y la temperatura tibia y muy agradable. Encontramos una verdadera hilera de campesinos a pie, que, me informó Montelongo, se dirigían a Cerritos a vender sus legumbres por ser día de mercado.

Pasamos por los ranchos del Palmarito y Derramaderos, y un poco adelante de esta última ranchería encontramos a dos hombres recogiendo alambre. Me informaron que eran enviados de los revolucionarios que se encontraban en Pozo de Acuña, para juntar alambre que debería emplearse en la construcción de una línea telefónica entre Guadalcázar y Tula, Tamaulipas.

Hice que regresara mi guía Montelongo, gratificándolo. Yo esperaría hasta que regresaran aquellos dos revolucionarios a Pozo de Acuña, pero a los pocos momentos se presentó un individuo a caballo, armado hasta los dientes, con una carabina 30-30 y cananas cruzadas en el pecho, quien me preguntó mi nombre, qué andaba haciendo y qué armas portaba. Le dije mi nombre y que andaba en busca del general Alberto Carrera Torres, jefe de las fuerzas revolucionarias en aquella región. Le entregué una pistola *Colt* calibre 32. Me obligó a seguirlo a pie.

Después de haber caminado como un kilómetro, nos alcanzó un grupo de 20 hombres, entre los cuales venía el propio general Alberto Carrera Torres, quien me sujetó a un largo interrogatorio en el que se traslucía una desconfianza muy grande. Contesté todas sus preguntas en presencia de los hombres que lo acompañaban, manifestándole que fui inspector general de Policía en la administración de Madero, que hacía cerca de un año que había pedido mi baja del Ejército Federal, y que había estado preso en la Penitenciaría del Distrito Federal y en la fortaleza de San Juan de Ulúa, que, disfrazado con el traje de fogonero que llevaba, me había escapado de la Ciudad

de México para unirme a las fuerzas revolucionarias y que, por lo tanto, le ofrecía mis servicios sin condición alguna.

Carrera Torres me hizo todavía una infinidad de preguntas sobre la forma en que había hecho el viaje y cómo había podido llegar hasta el punto en que los hombres a sus órdenes recogían alambre. Puntualicé con todo detalle las circunstancias de mi viaje.

Entonces ordenó a uno de sus soldados que me facilitase el caballo que montaba y que me devolvieran mi revólver. Dispuso que marchara a Guadalcázar acompañado por el mayor Carlos Ortega.

Después de un ascenso continuado por la falda de una montaña cubierta de encinas y de pinos, llegamos a las doce y media de la tarde a la vetusta ciudad de Guadalcázar, que semeja un nido de águilas y se encuentra en el centro de la sierra del mismo nombre.

Ortega me condujo a una fonda en donde comían en una mesa sin mantel y sin cubiertos unos 20 individuos, tres calzados con zapatos y los restantes con huaraches. La mayoría de ellos estaban vestidos con calzones y camisas de manta, con una especie de delantal de forma triangular anudado a la cintura. Casi todos conservaban sus sombreros anchos de palma, de grandes faldas atormentadas y de elevadas copas con sus "pedradas", y todos con cromos de imágenes de santos en la parte delantera de la copa.

Comían con apetito y en silencio, cogiendo la carne con los dedos o haciendo cucharas con trozos de tortilla para llevarse el arroz o los frijoles a la boca. Nadie reparó en nosotros. Mi indumentaria azul de fogonero no era para llamar la atención de nadie. El mayor Ortega, hombre de unos 50 años, iba vestido con pantalón de campana, esa prenda ajustadísima que usan nuestros charros auténticos y que debe de ser muy molesta, una chaqueta de dril y un sombrero de fieltro de anchas alas.

Devoramos nuestra porción de arroz, que fue grande. La carne con chile nos pareció deliciosa y los frijoles enteros y hervidos nos supieron a gloria.

Al terminar la comida me asomé a la casa de pueblo, un edificio destartalado con cuartos y patios enormes y gran afluencia de gente. El patio principal, cubierto con una gruesa capa movediza de rastrojo pisoteado, mezclado con boñiga seca y fresca. En la enorme cocina pueblerina, dotada de un amplio y alto brasero circular en el centro, y en la parte inmediata del corredor, 14 mujeres molían el nixtamal y echaban tortillas. En el brasero humeaban enormes cazuelas y se cocían las tortillas en muchos comales. A la casa entraban hombres que devoraban con apetito y eran substituidos por otros que, no encontrando asiento en la mesa, comían sentados en el suelo del mismo comedor o en los corredores.

Ortega me condujo al segundo patio, más grande todavía que el primero, con más rastrojo pisoteado. La capa movediza alcanzaba medio metro. Hasta 10 caballos comían aquí y acullá. El olor y el espectáculo no eran ni agradables ni edificantes. Por dondequiera, materias fecales humanas, y hombres y mujeres haciendo al vuelo sus necesidades.

Ortega me informó que los soldados de Carrera Torres, que pasaban de 20 mil no ganaban sueldo, pues en la región controlada por este jefe, que se extendía desde los alrededores de Guadalcázar hasta Tula, en todos los poblados existen fondas como en la que acabábamos de tomar nuestros alimentos, en donde los soldados pueden comer, con el único requisito de una simple identificación de que pertenecen a las fuerzas del general Carrera Torres.

La División —me informó el mayor Ortega— tiene también almacenes, sastrerías, tenerías, sombrererías y zapaterías en las principales poblaciones. Los soldados reciben autorización para proveerse allí, de raciones los que tienen mujer e hijos, y de huaraches, de ropa y de sombreros, los célibes.

A pregunta especial mía, el mayor Ortega, quien me pareció un hombre recto y de mediana cultura, me informó que los fondos para surtir aquellos almacenes, fondas y talleres provenían de los pro-

ductos de las cosechas, que eran administrados por una comisión nombrada por el general Carrera Torres. Los soldados trabajan por turnos en los campos, recibiendo el sustento, implementos y habilitación correspondiente. Se habían levantado muy abundantes cosechas de maíz y de frijol. Muchos de los soldados se ocupan en tallar lechuguilla, muy copiosa en la región y de muy buena calidad. El excelente ixtle producido se vende a buen precio en Estados Unidos, llevándolo a Matamoros, puerto que está en poder de los revolucionarios, aunque también, según Ortega, se vende parte del maíz, del frijol y del ixtle en San Luis Potosí por intermedio de un español administrador de la hacienda de Buenavista. Este se encarga de la venta de los productos y a la vez adquiere todos los artículos que se necesitan, tales como arroz, petróleo, cigarros y manta. Ese español fue el único, dice Ortega, que ayudó a la revolución en sus comienzos, facilitando un préstamo de 2 mil pesos. Por eso no fueron quemadas las casas del casco de esa finca y se le ha permitido permanecer al frente de la hacienda que administra; se le pagaron los 2 mil pesos que prestó y ha servido de mucho, pues sin su ayuda tendríamos muchas dificultades para vender el ixtle en San Luis Potosí y para comprar en la capital del estado lo que necesitamos. Me imagino que las ganancias de este listo ibero deben de ser muy grandes. Es la única aduana establecida entre los territorios de la revolución y los dominados por Huerta.

Me encontraba ante un serio y curioso ensayo de comunismo.

Quise lavarme las manos para quitarme la grasa y el chile que me había dejado la comida, pues hube de apelar el recurso supremo de comer con los dedos, como lo hacían todos mis nuevos camaradas, pero en aquella casa no se encontraba ni una bandeja ni una toalla. Una buena mujer con un pequeño jarro vertía el agua necesaria para el lavado. Después me enjugué con un sucio paliacate.

Hice un recorrido por las principales calles de la vetusta población, que tiene algunas construcciones antiguas con cierto carácter.

Encontré que los jardines estaban abandonados por completo, que en las calles reinaba el más absoluto desaseo: montones de tierra y de estiércol por todas partes, desechos de comidas y multitud de canes famélicos. Por doquiera, soldados-labriegos de Carrera Torres, aunque la mayor parte sin armas y sin arreos bélicos y con la apariencia de mansedumbre característica del indio. Se notaba en ellos cierto bienestar.

Se nos comunicó a Ortega y a mí que había llegado el general Carrera Torres y que deseaba hablar conmigo. Ocurrí al cuartel general, un caserón pueblerino con amplio zaguán, centinelas en la puerta y un gran patio con corredores recubiertos con restos de pasturas y de inmundicias. El general despachaba en una pieza enorme de unos 12 metros de longitud, que en otros tiempos debió de haber sido la sala de la mansión, con ventanas a la calle provistas de rejas de hierro en toda la extensión de los claros. Me ofreció asiento y pude examinarlo mejor. Un tipo verdaderamente original, bizarro y pintoresco. Noté que le faltaba una pierna, amputada desde muy cerca del tronco, y que necesitaba de muletas para caminar. Muy moreno, con cabeza de forma alargada que semeja un pilón de azúcar, y cabellera recia y greñuda que parece alargarle todavía más el cráneo. Ojillos pequeñísimos cubiertos por cristales de un espesor inverosímil muestran que padece de una miopía extraordinaria. Boca grande, sombreada por un bigotillo negro. Alto y delgado, revela tener unos 30 años. Su busto está cubierto por una cotona de gamuza, de color amarillo obscuro, adornada con arabescos de cuero blanco y con largos flecos de gamuza morada a todo lo largo de los brazos, en la espalda y por la parte anterior. Es la cotona usada en el sur de Tamaulipas.

Es de una locuacidad extraordinaria y de una ingenuidad casi pueril. Inquiere ampliamente sobre mis antecedentes con un acento que deja traslucir la desconfianza, que paulatinamente se va trocando en confianza absoluta cuando yo le informo sobre mi cariño para

Madero, la confianza que me dispensó el Mártir y el respeto y veneración que guardo para su memoria. Le hago saber las atenciones que me dispensó Madero, la circunstancia de haberme encontrado en Italia como agregado militar cuando ocurrió el golpe de cuartel, el hecho de haber pedido mi baja del Ejército Federal por no haberme querido manchar con una deserción y una traición; las persecuciones y las prisiones que sufrí y la forma en que me escapé de México, con el traje que todavía llevaba, como fogonero en una locomotora de un tren de pasajeros y, con todo detalle, le relaté mi viaje desde Estación Montaña hasta el momento en que me encontré con él.

Me preguntó si había conocido a Gustavo A. Madero. Cuando le informé que tuve estrechas relaciones con él, entusiasmado, me dijo que él admiraba más a Gustavo que a don Pancho y que si el segundo hubiese creído al primero, no le hubiese pasado lo que le aconteció. Me dijo también que las tropas que él comandaba formaban "una división compuesta de 93 brigadas" y que su "división" se llama "División Gustavo A. Madero del general Carrera Torres".

Me habló con entusiasmo y admiración del tribuno Jesús Urueta, diciendo:

—Ojalá y pudiera hacerlo venir aquí, pues con él, con usted y con otros podría formar mi gabinete.

Me quedé sorprendido ante aquella afirmación. Creí que me engañaban mis oídos, pero me convencí de lo contrario cuando Carrera Torres agregó:

—Yo tenía como ministro en mi gabinete al licenciado Manuel Rivas, pero Lucio Blanco me lo quitó y se lo llevó a Matamoros.

Carrera Torres me hizo una larga historia de sus servicios revolucionarios, diciéndome que él había levantádose en armas en la Revolución Maderista y que a raíz de la cuartelada de Victoriano Huerta él había sido el primero que se alzó contra este pretoriano, a principios de marzo de 1913, antes que don Venustiano, que en esas fechas todavía andaba en pláticas con Huerta.

Sacó un papel muy ajado de un bolsillo de la cotona y acercándoselo a los ojos, armados de fuertes y espesos cristales, leyó:

—División Gustavo A. Madero del general Alberto Carrera Torres. Brigada Hidalgo, Brigada Morelos, Brigada Allende, Brigada Matamoros, Brigada Galeana, Brigada Guerrero… —y así, sucesivamente, hasta completar cerca de 100 brigadas y agotar los nombres de nuestros héroes.

Yo inquirí:

—¿Cuántos hombres tiene cada brigada?

—El número es variable —me contestó—. Oscila entre 50 y 120 hombres. Están a mis órdenes —agregó— más de 30 mil hombres que trabajan en los campos y pelean. La región en donde yo mando se extiende hasta Tula de Tamaulipas. Desde Tula hay telégrafo hasta Matamoros y hoy mismo quedará arreglada una línea telefónica entre Guadalcázar y Tula, para podernos comunicar por la vía de Matamoros con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, que se encuentra en Chihuahua. En toda mi región he establecido escuelas que están funcionando muy bien, pagando buenos sueldos a los maestros y maestras, pues yo fui maestro de escuela después de haber sido escribiente de un juzgado.

Felicité al general Carrera Torres por esta progresista medida. Él, muy satisfecho, me contestó:

—Hay que fomentar la educación del pueblo y por eso no la descuido, a pesar de la guerra. Ya le enseñaré a usted mis escuelas.

Llevaron la cena. En una gran mesa se instalaron hasta 10 personas que, ariscas y sin descubrirse, me miraban de reojo y con desconfianza. Sentí que mi situación era difícil. Hablé poco y con discreción. Cuando terminó la comida, que se efectuó sin manteles, sin cubiertos y sin vasos, pues todos tomábamos agua en un enorme jarro de barro, anunciaron al general que acababa de ser tendida la línea telefónica y que el general Francisco S. Carrera esperaba en el aparato en Tula, para que él la inaugurase. Carrera Torres redactó

él mismo un mensaje que, después de los saludos de rigor, fue el inaugural de aquella línea de comunicación. Decía así:

> Cuartel General en el Peñasco Guadalcázar, S.L.P., a H. Matamoros, el 19 de abril de 1914.
> Al Jefe Supremo V. Carranza, cuidado del general Pablo González.
> Participole a su honorable personalidad que hoy a las ocho de la mañana incorporóse nuestro correligionario, teniente coronel de ingenieros, Vito Alessio Robles, después de haber sufrido horrorosas vejaciones en Ulúa y Penitenciaría. He confirmado Urueta, Cepeda, Hidalgo, Bordes Mangel, Alardín y demás correligionarios encuéntranse bien. Pronto tendré aquí algunos de ellos. Salúdolo.
> Su muy atento servidor.
> General Alberto Carrera Torres.

A instancias de Carrera Torres, dirigí un mensaje a mi hermano Miguel, quien se encuentra en Chihuahua al lado de Carranza. El telegrama decía así:

> Guadalcázar, S.L.P., abril 19 de 1914.
> Lic. Miguel Alessio Robles. Cuidado del Sr. Venustiano Carranza.
> C. Juárez, Chihuahua.
> Hoy incorporéme Guadalcázar fuerzas general Carrera Torres, a quien encontré entre sus avanzadas y enemigo, explorando personalmente a corta distancia del enemigo. Impresionado actividad, organización y servicios constitucionalistas y energía de su general. Saluda al Sr. Presidente y al general Ángeles.
> V. Alessio Robles. Cuidado Sr. Gral. Pablo González.
> H. Matamoros.[25]

[25] Estos mensajes fueron publicados en el periódico *La Democracia*, de Tula, Tamaulipas, en su edición correspondiente al domingo 26 de abril de 1914, año 1.- núm. 1. Al frente de este periódico, que se titula Órgano de la Revolución Constitucionalista, aparecen los siguientes nombres: Jefe de Redacción: teniente coronel Tiburcio Sustaita. Gerente: S. Suárez. Administrador: Pedro López Morales. Responsable: mayor Alberto Guzmán Santacruz. Papel rosa. 4 págs. de 30 por 20 centímetros.

Muchos años después, un tipo muy conocido llamado Gonzalo N. Santos, desde la tribuna de la Cámara de Diputados, en 1928, me atacó soez y calumniosamente aseverando que al efectuarse el combate de La Herradura —que ocurrió el 24 de abril de 1914—, yo me deserté de las filas federales comandadas por el general Arzamendi y que, traicionando a este, me uní a Carrera Torres.

En la misma pieza en donde cenamos, el general Carrera Torres había mandado llevar una cama de hierro con un colchón. Me dijo que podía descansar y llevar allí mi ropa. Le expresé que mi equipaje consistía únicamente en la ropa que llevaba puesta. Dormí tranquilo y confiadamente, aunque me sentía vigilado por los subordinados de Carrera Torres.

Abril 20, 1914

Dormí muy bien. Al despertar, muy temprano, noté que cerca de mí dormían en el suelo cinco soldados. Carrera Torres no había dormido allí. Soñé en un gran ejército compuesto de muchas brigadas.

Procuré lavarme, pero en la casa no había una sola bandeja ni una toalla. Una vasija de barro suplió para el caso y con ella me lavé la cabeza, la cara y las manos, sin jabón, y me sequé con mi camisa.

Se presentó Carrera Torres y me invitó a desayunar y a ir con él a practicar un reconocimiento a caballo. Él montó ayudado por tres hombres, a causa de la pierna que le faltaba. Recorrimos una parte de la sierra de Guadalcázar, ascendiendo por una de las elevaciones que cierran la alta hoya en que está asentada la población de Guadalcázar. Por todas partes se notan los terreros de las minas, famosas en otro tiempo por su plata y por su mercurio, abandonadas desde hace muchos años. Llegamos al rancho de Acevedo.

En los caminos y en los poblados los campesinos-soldados saludan con gran afecto y respeto a Carrera Torres. Este trata bondadosamente y con aire paternal a sus subordinados. En Acevedo mandó reunir a su gente y se congregaron unos 200 hombres, todos sin armas. Regresamos a mediodía a Guadalcázar.

Comen con nosotros varios coroneles y tenientes coroneles, que me miran hoscamente y de reojo. Observo que estoy en un medio extraño y hostil. Hasta he creído notar un cambio en el mismo Carrera Torres, pues durante el viaje a Acevedo no cesó de hacerme preguntas en que se adivinan cierta desconfianza.

En la tarde, acompañado del teniente coronel Nabor Morales, un mocetón fornido y simpático que me ha demostrado algún afecto, hago una visita a pie por las calles del pueblo cuya fundación data de los principios del siglo XVII. Tiene una temperatura agradabilísima, pues está situado a cerca de 1,700 metros de altitud y abrigado de todos los vientos por las altas montañas que lo rodean formando una gran hoya o "joya", como aquí se la llama.

Hay dos templos: el parroquial y el de la Concepción, los dos muy antiguos. El primero, con suntuosos altares de estilo churrigueresco. En las calles y en todas las casas de esta república comunista, un desaseo enorme. Aquí nadie se lava ni siquiera las manos. Todo está invadido por los piojos.

Francamente, no me siento a gusto. No es que rehúya las privaciones y las fatigas, a las que estoy acostumbrado, pero siento que no se me tiene confianza y se me observa como a animal raro y dañino. Ojalá al contestar Carranza el mensaje de Carrera Torres, ordene que me le presente.

Carranza se encuentra actualmente en Chihuahua, pero Guadalcázar puede comunicarse con ese Estado por la vía de Tula, Victoria, Matamoros, y de allí, por territorio norteamericano, hasta El Paso. Las fuerzas de Carrera dependen, nominalmente, del general Pablo González. Todo Chihuahua y todo Durango están dominados por los constitucionalistas. Torreón está ocupado por Villa. Tamaulipas está dominado por los revolucionarios, con excepción de Tampico y Laredo. Saltillo, Monterrey, Lampazos, Monclova y Piedras Negras están en poder de los federales.

Abril 21, 1914

Mientras nos desayunábamos, la jefatura de la guarnición de Tula transmitió por la línea telefónica un mensaje de Carranza, con el que se han derrumbado todas mis ilusiones. Dice el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista que celebra mi incorporación a las filas revolucionarias y que espera sea un elemento de cooperación muy importante para las operaciones militares. El tele-

grama es elogioso para mí..., pero debo permanecer indefinidamente en esta región.

Carrera Torres, después del desayuno y del mensaje, me trata con gran afecto y ordena a todos los jefes que se me reconozca como "Jefe del Estado Mayor de la División Gustavo A. Madero del general Carrera Torres". Me invita a que hagamos desde luego una visita a todos los cuarteles, la que efectuamos montando a caballo. Tanto en el Cuartel General, en donde vivimos —aunque Carrera Torres nunca duerme allí—, como en las demás casas de la población destinadas a alojar tropas, hay un cuerpo de guardia en el zaguán. Soldados en trajes de manta, armados con carabinas Winchester, muchas de ellas de modelos anticuados y con escasa dotación de cartuchos. En cada cuartel, dice Carrera Torres que debo ser reconocido como Jefe del Estado Mayor.

En esos cuarteles se ve a las claras que no ha funcionado una escoba de un año atrás. Los patios, cubiertos de cañas, de rastrojo y de estiércol. Los muros, llenos de polvo y de telarañas. Las pulgas son numerosas y ferozmente agresivas.

De regreso al Cuartel General hablamos largo sobre organización. No es posible obtener un estado, siquiera aproximado, de fuerzas. Carrera Torres me informa que están a sus órdenes más de 30 mil hombres, pero a lo sumo unos 4,000 estarán armados. Le esbozo un proyecto de reorganización, no para suprimir brigadas, pues eso originaría descontento entre los jefes, sino para agrupar tres o cuatro brigadas en un tercio, o en una falange, o en una legión, pues el nombre es lo de menos. Carrera Torres queda encantado con el nombre de "legión" y decide agrupar cuatro brigadas en cada legión. Vamos a tener, pues, unas 14 legiones. Le indico que todavía esas legiones deberían reunirse en otra agrupación más grande, que podría llevar un nombre cualquiera: cohorte, chusma. Carrera Torres ofrece estudiar el asunto. Me dice que tiene a sus órdenes muchos jefes muy "bragados", pues que además de los que siempre lo han

acompañado, como Magdaleno y Saturnino Cedillo y Francisco y Eduardo Carrera, tiene jefes de otras partes, como Miguel Zapata, que es muy valiente y "muy tigre". Zapata pertenecía antes a las fuerzas de Luis Caballero y fue el que tomó la plaza de Ciudad Victoria. Están, además, Nabor Morales, quien era el jefe de los dinamiteros de Eulalio Gutiérrez, y Ruiz de Cáceres, que era de las fuerzas de Tamaulipas. "Todos son muy fieras", agrega el general Carrera Torres, y hay que contar con ellos para este proyecto de reorganización. Ya había tenido noticias de que no habían podido soportar la suave disciplina implantada en las fuerzas de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, o que por disgustos con sus respectivos jefes, se habían venido a incorporar con las fuerzas de Carrera Torres. En cierta forma, a las órdenes de un jefe bueno, pero débil, como es Carrera Torres, se ha formado aquí una especie de resumidero de la revolución.

Reina una indisciplina muy grande. Más bien dicho, no existe ni asomo ni remedo de disciplina. Carrera Torres, por necesidad o por idiosincrasia, es muy complaciente con sus "fieras".

Hablamos sobre operaciones militares. Carrera Torres, a pregunta mía, me dice que hace muchos meses que sus fuerzas no sostienen un solo combate con los federales: desde que una fuerza salió de Cerritos para atacar a Guadalcázar y que cayó en una emboscada en el camino, quedando prisionero su jefe, el teniente coronel Pablo Quintana, quien se encuentra como prisionero de guerra en Tula.

Y Carrera Torres suelta la lengua. Lo escucho encantado y estupefacto, casi sin querer dar crédito a lo que oigo. Me parece un Tartarín rústico que, regocijado, cuenta muchas mentiras y a fuerza de repetirlas él mismo las cree a la postre. Me dice muy orondo:

—A mí no me vence nada ni nadie. Yo tengo una resistencia física y un talento excepcionales. ¿No ha notado usted que yo soy mucho más inteligente que usted?

Mi situación especial y mi flamante jefatura de Estado Mayor me obligan a ser prudente, aun cuando la pregunta me desconcierta por lo inusitado, y contesto:

—Sí, lo he notado.

—En 1911 me amputaron una pierna y la herida me cicatrizó antes de las 24 horas. Nadie puede vencerme a mí porque yo he inventado una táctica especial para combatir. Empleo un procedimiento de triángulos cerrados y no se escapa nadie. Con ese método, cualquiera vence forzosamente.

Yo abría tamaños ojos en los que seguramente se denunciaba un azoramiento muy grande, pero quizás Carrera Torres interpretó mi gesto como un sentimiento de curiosidad, porque agregó:

—Pero no crea que le voy a revelar mi secreto. Yo lo inventé y es muy mío. ¿A que no adivina usted a qué se debe el que yo esté dotado de tan gran inteligencia y que tenga tanta resistencia física?

—No lo sé.

—Pues se debe a que tengo 28 años, y hasta hoy no me he fumado un solo cigarro, no he tomado una copa de ninguna bebida que contenga alcohol, ni he tocado a ninguna mujer.

Yo estaba más y más admirado en presencia de mi extraño interlocutor, y respondí:

—Ahora me lo explico todo. Confieso sinceramente que antes de las últimas palabras de usted, existían para mí cosas que eran inexplicables.

—"Pos" sí —dijo Carrera Torres muy satisfecho, el tabaco, el vino y las mujeres: he allí los enemigos más mortales del hombre. Ahora le voy a decir los ataques que he hecho a la guarnición federal de Cerritos. ¿Ve usted esos aparatos? —inquirió señalando unos receptáculos de bronce fundido, colocados en un ángulo de la pieza, que tenían la forma de pequeños barriles de unos 30 o 40 centímetros de altura—, pues esa es mi artillería.

—¿Cómo?

—"Pos" es muy sencillo. Ya le he dicho que tenemos muy pocos rifles y muy poco parque. En Cerritos hay una guarnición de 200 hombres, atrincherados en los pretiles de las casas, con costales de arena. "Pos" yo les llego en la noche, y todita la noche les tiramos "cuetes", y ellos dispare y dispare, y gaste y gaste parque, sin que maten o lastimen a nadie. En la mañana, dejamos unos caballos sueltos cerca de Cerritos y nosotros nos escondemos. Como los federales son muy voraces para los caballos, salen a agarrarlos y entonces funciona mi artillería… Ya vio los tubos, pues los retaco de pedazos de fierro y de dinamita, les pongo una cañuela larga y cargo dos de ellos en una mula, mientras más bronca mejor… Cuando los federales andan más entretenidos agarrando los caballos, le amarramos a la mula un bote de hojalata en la cola, le prendemos a la cañuela, le damos unos cuartazos, espantándola hacia donde están los federales y… ¡zas!… La mula hace explosión entre ellos.

Yo oía extasiado aquellos pueriles relatos y comenté:

—Entonces, una mula loca. ¿Pero si esa mula loca cargada de dinamita y con la mecha encendida, por aquello de la querencia o por estar más o menos "achinchorrada", se devuelve hacia donde están los nuestros?

—No se devuelven nunca. Pero en el caso remoto de que eso sucediera, todos le dispararíamos y la mataríamos. Yo he empleado esta táctica muchas veces y nunca se ha devuelto la mula.

Aproveché aquel relato. Dije a Carrera Torres que podríamos aplazar la reorganización, aunque fuera elemental, de sus fuerzas, pero que debíamos hacer alguna cosa sonada y que esto podríamos ejecutarlo con relativa facilidad.

—Estamos —le dije— a unos 11 o 12 kilómetros de la vía férrea que une a San Luis Potosí con Tampico. Hace algún tiempo que los constitucionalistas están atacando a Tampico sin lograr tomarlo, por la topografía especial de esa plaza y por la ayuda que proporcionan a los sitiados los barcos de guerra. Ese sitio no es riguroso ni mucho

menos, pues por ferrocarril y por mar les llegan provisiones, municiones y refuerzos. Todos los días pasan por Villar dos trenes militares, con escoltas que varían entre 50 y 100 soldados. Nosotros podríamos y deberíamos interrumpir completamente el tráfico ferrocarrilero entre San Luis Potosí y Tampico. Eso equivaldría a una gran victoria de muy grandes efectos. En primer lugar, los convoyes militares de Huerta tendrían dificultades para aprovisionarse del petróleo que queman sus locomotoras; en segundo lugar, se dificultaría el envío de auxilios a Tampico, y en tercer lugar… aplastaríamos las escoltas de los trenes militares, casi sin riesgo para nuestros soldados, con la ventaja de apoderarnos de 50 o 100 fusiles en cada asalto… Creo, mi general, que debemos intentarlo desde luego.

A Carrera Torres le agradó la idea, pero objetó que estaba en la espera de unas armas y cartuchos que deberían llegarles por Matamoros, adquiridos con el producto de la venta de un cargamento de ixtle.

Yo insistí. Le hice ver que empleando dinamita sobre la vía no se requerirían de nuestra parte muchos soldados, y que en cada asalto podríamos coger de 50 a 100 fusiles y algunos millares de cartuchos. Contestó que lo pensaría.

Le hice ver la necesidad de organizar un servicio de información y espionaje para estar reseñados sobre la fuerza y los movimientos del enemigo. Ese mismo día, mandamos a un mocetón robusto e inteligente, que sabía leer y escribir, a San Luis Potosí, para que tomara informaciones sobre la fuerza y situación de los federales, acopiando todos los datos para el caso de que se decidiera emprender un ataque a la referida plaza.

Abril 22, 1914

En la mañana, Carrera Torres me comunica que acepta el ataque al convoy militar que, partiendo de San Luis Potosí, pasa a las nueve y media de la mañana por La Herradura, cerca de Estación Villar. Me informa que el lugar es excelente y en mi pre-

sencia ordena a Nabor Morales, el antiguo dinamitero de Eulalio Gutiérrez, que prepare una mina de una caja de dinamita y un explosor eléctrico, indicándole que debe ser colocado precisamente en La Herradura.

Brillan los ojos de Nabor Morales con extraño fulgor, como si añorara sus actividades predilectas, y exclama:

—Voy a recoger un cuero fresco de las reses que están matando, para hacerlo correas y liar con ellas, muy apretadas, la caja de dinamita. Así hace más efecto.

Se dispone que Morales coloque las minas esa misma noche y que nos espere en el rancho de San José, cerca de Villar, al amanecer del día siguiente.

Firmadas por Carrera Torres y por mí, se corren instrucciones para que el día siguiente, a las seis de la mañana, el coronel Eduardo Carrera se coloque con 100 hombres en el puerto de San José, con instrucciones de volar con dinamita un tramo de vía, en el momento en que se oiga la detonación de la mina que va a ser colocada en La Herradura. Ello para impedir o cuando menos retardar, por cuantos medios estén a su alcance, la llegada a La Herradura de refuerzos procedentes de San Luis. Al mayor Carlos Ortega se le previene que debe situarse sobre la vía férrea con 250 hombres, entre Montaña y Cerritos, con instrucciones de volar un tramo de vía cuando oiga la detonación de la bomba de La Herradura y de evitar, o cuando menos dificultar, el paso de tropas que, procedentes de Cerritos, pretendieran auxiliar a los federales atacados en La Herradura. Al coronel Miguel Zapata se le ordenó que se acerque con precauciones a Estación Montaña y, al detonar la mina de La Herradura, ataque con 150 hombres al destacamento de 20 soldados, que, al mando del subteniente Pineda, guarnecen Estación Montaña.

En la madrugada del día siguiente saldrían de Guadalcázar 300 hombres a mis órdenes, para situarse en posiciones en La Herradura con la anticipación conveniente. "El general en jefe, Alberto

Carrera Torres, se reserva —decía la orden escrita— la dirección general de las operaciones combinadas sobre La Herradura".

Después de corridas todas las órdenes y hechos todos los preparativos, partimos Carrera Torres y yo hacia Charco Blanco, en donde comeríamos, para luego pasar revista a las tropas. Nos dirigimos, a caballo, hacia el occidente de Guadalcázar, trasponiendo una de las montañas que forman la hoya. Pasamos por el rancho del Aguaje, en donde los campesinos-soldados saludaban con veneración a Carrera Torres. Al filo del mediodía arribamos a Charco Blanco. Allí esperaban a su jefe cerca de 2 mil campesinos, que en compacta multitud lo aclamaban y vitoreaban.

Nos sirvieron una comida en un jacal, que estaba rodeado de los mismos campesinos que, tal parecía, no querían perder un solo gesto de su general. Pude convencerme de que Carrera Torres era considerado como un santón por sus subordinados.

Todos iban vestidos de manta y calzados con huaraches. En sus sombreros de palma ostentaban verdaderos altares con imágenes de santos cromolitografiadas. Aquella multitud se arremolinaba en las cercanías de la choza.

Carrera Torres me refirió que les había contado a sus soldados que "el bandido de Victoriano Huerta tenía presa a la Virgen de Guadalupe", y que eso los tenía muy indignados.

Regresamos a primera hora, en la tarde. Quiso el general que visitáramos la escuela de niños. La encontré bien atendida, con asistencia copiosa de escolares y bien provista de material escolar. Carrera Torres me pidió hacer algunas preguntas a los educandos.

A las cinco de la tarde, partió Nabor Morales para La Herradura, con su mina y su explosor, acompañado de cinco hombres. Todo estaba arreglado para la función de armas que debería efectuarse el día siguiente.

A las nueve de la noche, uno de los jefes de Carrera Torres llegó al Cuartel General en busca del jefe, pero el jefe no dormía

nunca allí. Apenas obscurecía y desaparecían todos los jefes de Guadalcázar. Al principio yo creía que se trataba, por parte del general, de algún lío amoroso, pero ahora que sabía que era heroicamente casto y hasta presumía de ello, no encontraba explicación para aquellas escapatorias nocturnas. El jefe que lo buscaba quería recabar su autorización para quemar a una mujer acusada de brujería y para fusilar a un soldado que estaba en connivencia con ella. Pretendía que yo, en ausencia del general, diera la autorización, pero me negué terminantemente a sancionar aquel acto de salvajismo.

Me dormí profundamente soñando en la caja de dinamita preparada por Nabor Morales, en brujas quemadas vivas, en mulas locas cargadas de explosivos y en una victoria fulgurante en la que el enemigo quedaba destrozado.

Capítulo XXX

Preparativos de combate.— Noticias de fusilamientos.
El rancho Los Pinitos.— El telegrafista de Estación Villar.
El tren militar del general Navarro.— La posición de La Herradura.
Construcción de trincheras.— Recuerdos del combate de Malpaso.
Una mina poderosa.— Tiroteo en el puerto de San José. Tres convoyes militares.
La explosión de la bomba de dinamita.
Bombazos por los rumbos de Cerritos y de San José.
Iniciación del combate de La Herradura.— El pánico del enemigo.
El corneta de órdenes.— Un conato de ofensiva.— Los gritos de los soldados.
Intento de contraofensiva.— Los soldados bisoños.— Nuestra retirada.
Un parlamento inesperado.— Mi conferencia con Arzamendi.
Las preguntas de las soldaderas.— La herida de Arzamendi.
La orden de Carrera Torres.— Respeto a la vida de los prisioneros.
La desaparición de Carrera Torres.— Una noche en "La Joya".
La huida de Arzamendi.— Evacuación de los heridos.— Un gran botín.
Las operaciones del coronel Zapata en Estación Montaña.
Las operaciones de Ortega en Cerritos. Relatos del combate de
La Herradura hechos por un federal.— Las precauciones de Carrera Torres.
Los partes de Carrera Torres.— Mi salida de Guadalcázar.
La captura de Arzamendi.— Un croquis rústico.
La actitud de Magdaleno Cedillo.

Abril 23, 1914

A LAS CINCO de la mañana partí de Guadalcázar con la tropa puesta a mis órdenes. Nos acompaña el general Carrera Torres. El camino es hermosísimo, y en esa región se le designa con el nombre de El Caracol. Baja desde Guadalcázar serpenteando por la sierra en un descenso pronunciado. A un lado, la roca cortada a pico, y por el otro, profundos precipicios. Apenas pueden pasar a la

vez dos caballos. La senda va zigzagueando continuamente. La vegetación es hermosa y la temperatura tibia en esta bella mañana abrileña.

El camino sigue la dirección general Noreste-Sudoeste. Apenas traspasadas las laderas que forman la hoya de Guadalcázar, llegamos a la cima, desde la cual se abarca un extenso panorama. Allá a lo lejos se distingue la vía férrea culebreando entre montañas y se aprecia la herradura que la vía forma en el lugar del mismo nombre. Más lejos todavía, el puerto de San José. Nos detuvimos, Carrera Torres y yo, para abarcar el conjunto del terreno en que se iban a desarrollar nuestras operaciones de ese día. En esos momentos se nos incorporó Nabor Morales, quien no había colocado las minas en la noche porque, según informó, encontró gente sobre la vía.

Esto nos contrarió sobremanera y acordamos que se transfiriera la operación para el día siguiente, enviando las comunicaciones respectivas a los jefes que deberían operar conjuntamente sobre el puerto de San José, sobre Montaña y sobre Cerritos. Estábamos en eso cuando se escucharon dos descargas secas y uniformes de fusilería.

—Son los individuos que mandó fusilar el coronel Miguel Zapata —dijo Carrera Torres.

Pasamos por el Potrero de los Pineda, ranchería insignificante, y llegamos al rancho Los Pinitos, situado a menos de un kilómetro de la Estación Villar y separada de ella por un cerro de forma redondeada.

Los soldados mataron unas gallinas y nos prepararon una comida que resultó muy precaria.

Mandé a unos soldados que condujesen al telegrafista de Villar a mi presencia, sin vejarlo. Tomé informes con él. Me comunicó que media hora después debería pasar un tren militar procedente de Cárdenas con dirección a San Luis Potosí; que los soldados venían mandados por el general Juan J. Navarro, y que había oído en el te-

légrafo que esa misma tarde saldrían de San Luis Potosí dos trenes militares conduciendo soldados con destino a Tampico. El telegrafista volvió luego a su oficina para atender su servicio. Carrera Torres me dijo que era buen amigo de los constitucionalistas.

Como lo había anunciado el telegrafista, pocos minutos después pasó el tren militar que, según informes del mismo, iba comandado por el general Navarro. Lo vimos desfilar raudo, tras una pequeña detención en Estación Villar.

En la noche se reiteraron las órdenes para el combate del día siguiente. Acompañé a Nabor Morales a colocar la mina y a tender el alambre que la conectaba con el explosor, y me acosté en un jacal lleno de pulgas y de otros bichos.

Abril 24, 1914

Apenas amanece y estoy en pie. Dormí vestido, pero me encuentro muy bien. Me miro las manos y parte de los brazos. Los tengo abotagados hasta donde llegan los puños de la camisa. Son los millares de pulgas que se han cebado en mi pobre humanidad, pero que no lograron quitarme el sueño. Tomo una taza de café caliente y con Nabor Morales recorro de nuevo el campo. Mando formar a nuestros 300 hombres y los divido en cinco fracciones de 60 soldados, los cuales coloco en las faldas de los lomeríos que circundan a La Herradura.

Es bajo el monte que cubre estas lomas y se requieren unas pequeñas trincheras para abrigar a nuestros hombres. Rápidamente proceden a construirlas amontonando piedras, que abundan en las cercanías. Son trincheras de poca altura, para hacer fuego pecho o rodilla en tierra. Las trincheras están a distancias que no exceden de 200 metros de la vía. La cortedad del alcance de los Winchester anticuados obliga a esta medida. Por otra parte, los disparos de los nuestros serán más certeros y al convoy que llegue a La Herradura le lloverán fuegos de frente, de flanco, de revés y de enfilada. No habrá escapatoria posible para el enemigo.

Apenas instalados nuestros hombres, tomo el mando directo de una de las cinco fracciones, la más cercana a la potente mina. Colocado el destacamento a la mitad de la falda de una loma, se domina una gran extensión de la vía que va culebreando por las montañas.

La mañana es tibia y hermosa. El sol empieza a aparecer por entre los montes, apenas velados aquí y allá por sutiles mantos de vaporosa niebla. Los accidentes del terreno tienen perfiles bien marcados en aquellos contrastes de luz y sombra. Un estrecho valle, muy encajonado, con un riachuelo en el fondo. Hacia el noroeste, parece cerrarse el vallecillo por las montañas que forman el puerto de San José. Hacia el sudeste, el valle, muy ondulado, se extiende y se ensancha en dirección de Cerritos.

Espero nervioso. Sin querer, añoro el combate de Malpaso en el que me encontré en diciembre de 1910 y, sin querer también, establezco comparaciones. Parece que he aprovechado bien aquella dura lección que nos dieron los serranos de Chihuahua. Incluso creo que la hemos mejorado. La posición de La Herradura es superior a la de Malpaso; pienso que la colocación de nuestras tropas es mejor y, además, contamos con el efecto moral y material que la mina produzca en nuestros enemigos. La arboleda de las montañas en que nos encontramos es menos tupida y menos robusta que la de Malpaso.

Pienso que es una enorme mina. Una caja entera de dinamita, liada con correas frescas restiradas, capaz de volcar y arrojar a varios metros de distancia a una pesada locomotora y de hacerla trizas.

Me asalta un remordimiento. Pienso en los pobres oficiales y soldados que van a ser sacrificados bárbaramente; que los oficiales subalternos no tienen ninguna culpa de los pecados de Victoriano Huerta, y que los soldados, cogidos de leva, son llevados a combatir contra su voluntad. Pero el sacrificio es indispensable. La sangre abona y tendremos libertad. Nuestros indios serán substraídos a la

barbarie y a la miseria en que se encuentran. Tendremos una patria mejor para todos.

Me sacó de mis pensamientos una detonación seca que repercutió en las montañas, hacia el rumbo del puerto de San José. ¿Qué era? El convoy que deberíamos atacar pasaría a las nueve y media de la mañana y eran apenas las ocho y media. La detonación, que parecía un disparo de artillería, fue seguida por un nutrido fuego de fusilería. Subí la falda de la loma en que me encontraba para ver mejor. El fuego cesa lentamente y puedo percibir, primero, una densa humareda y, luego, tres convoyes que avanzan. Se escuchan ya los resoplidos de las locomotoras y se distinguen los tres convoyes. El primero, compuesto de una locomotora y de dos góndolas blindadas repletas de soldados. Los dos restantes, compuesto cada uno de 20 carros y un *caboose,* traen soldados hasta en los techos de los carros. Bajo rápidamente a ocupar mi puesto en la trinchera. Nabor Morales está muy cerca de nosotros con el explosor.

Tengo dudas. Son muchos los enemigos. Indudablemente pasan de 1,000. ¿Qué hacer? Grito a Morales:

—¡Morales, deje pasar el primer tren, que es explorador, y luego que haya pasado la máquina del segundo tren, apriétele a la bomba!

Dos o tres minutos después pasa por encima de la mina el primer tren, majestuoso, con un largo penacho de humo blanco, sin darse cuenta del peligro que se cierne sobre sus tripulantes. Mi corazón late apresurado, quiere saltárseme del pecho. Pasa la locomotora del segundo tren. El mocetón Morales, agazapado sobre el explosor, está atento.

Una detonación fragorosa que el eco multiplica y repite. Un enorme cono invertido de humo y de tierra, negro, espeso, que se levanta a más de 100 metros y se deshace como un cohete luminoso en la altura, obscureciendo el pequeño valle y bañándonos de una lluvia de tierra y de pequeñas piedras. La tierra pareció temblar. A lo lejos, por el rumbo de Cerritos, otra explosión pareció contestar

a la de nuestra formidable mina. Luego, el crepitar del fuego de fusilería, seco, irregular, repetido. Otro bombazo por el rumbo del puerto de San José.

Soldados que parecen bailotear en la cercanía de los trenes. Soldados que caen. Muy pocos de nuestros enemigos disparan sus armas. Oficiales que recorren los carros, agitados y violentos, y parece que quieren sacar a los soldados. Recuerdo Malpaso, donde nuestros soldados se negaban a combatir. Palpo que aun cuando el enemigo es poderoso, el pánico ha hecho presa de él.

Considero que hay que aprovechar estos momentos supremos y que un gesto nuestro de decisión nos proporcionará una victoria fácil, completa y aplastante. Una vigorosa contraofensiva sobre los trenes acabará con el resto de energía de nuestros enemigos.

Mando a mi corneta de órdenes —el único corneta de la división, un antiguo músico de Guadalcázar que se ha apoderado de una corneta vieja y abollada— que toque *Ataque*. Es la señal convenida para que todos los nuestros abandonen sus posiciones, desciendan de las lomas y se lancen con energía sobre el convoy. Ordeno a mis soldados se preparen para marchar al asalto. Mis buenos soldados se miran entre ellos, pareciendo no comprender. Observo los lugares en que están apostados los demás; ninguno sale de las trincheras, pensando, seguramente, como yo lo pensaba también, que el enemigo es muy superior en número. El corneta, azuzado por mí, repite el toque, destemplado, con notas falsas, posiblemente por la emoción que lo embarga. Nadie sale de las trincheras.

En esos momentos aparece en un recodo una cadena de unos 100 tiradores enemigos. Un oficial, seco, alto, gallardamente empuja y anima a sus hombres, dirigiéndolos hacia nosotros, quizás guiado por las notas de nuestro corneta. Avanzan unos cuantos metros, echan pecho a tierra y disparan sus armas. Se oyen los gritos enérgicos del oficial que, magnífico, desafía el peligro de pie, erguido, valiente. Arrecia la gritería de los soldados de uno y otro

bando. Nuestros soldados flaquean ante aquella ofensiva del enemigo. Son soldados bisoños. Repiquetean sobre nuestras trincheras de piedra los golpes secos de los proyectiles enemigos. La gritería es ensordecedora, como si se quisiera combatir a gritos y con ellos se enardecieran los soldados. El corneta repite apresurada y destempladamente el toque de *Ataque*.

—Aprieta el culo, corneta hijo de la... grita un soldado federal con voz estentórea que domina el fragor de la fusilería.

—¡Viva la revolución, pelones hijos de la...!

—¡Comevacas, muertos de hambre...!

Nuestro corneta ha agotado sus alientos. Cada vez sus notas son más destempladas y más imprecisas. La cadena enemiga avanza unos cuantos pasos a la carrera y echa de nuevo pecho a tierra. Las balas rebotan en nuestra trinchera. Están ya en la falda de la loma, a unos 100 pasos de nosotros. Ordeno a los míos que apunten bien y que no desperdicien nuestras escasas municiones. Un soldado de los nuestros cae con el cráneo destrozado. Los nuestros vacilan y muchos se retiran sin que nadie pueda contenerlos. Nos quedan unos 20 solamente. Caen muchos de la cadena; los que quedan se arremolinan y retroceden, a pesar de los esfuerzos que para contenerlos hace el bravo oficial que los comanda. Corren. Se refugian en los carros del primer convoy, en los terraplenes de la vía y debajo de los vagones. ¡Una repetición del combate de Malpaso!

El enemigo está abatido y basta la simple iniciación de un movimiento ofensivo de nuestra parte para acabar con él, para ponerlo en completa derrota, pero nuestros soldados no están preparados para esa ofensiva, no están disciplinados, no obedecen. Hago esfuerzos sobrehumanos para hacerlos saltar de sus trincheras. Nadie se mueve. De las otras trincheras ninguno ha salido. Nos contentamos con continuar el fuego, fuego lento, recomendado por mí para no desperdiciar cartuchos. El enemigo contesta más débilmente el fuego. Ha cesado la gritería. Los nuestros parecen satisfechos

con el esfuerzo desarrollado y, además, se agotan nuestras municiones después de tres horas de fuego. Estoy rabioso. No podremos consumar aquella victoria tan espléndidamente comenzada. Siento que la gloria —una gloria de lucha de hermanos— se nos escapa por nuestra falta de decisión, dejando pasar una de las ocasiones más bellas… Pero nuestros soldados no atacarán. No harán el esfuerzo final y decisivo…

El número de los míos se va mermando poco a poco. Cuando se les quiere detener, con gesto fatalista alegan que ya no tienen municiones y se marchan… Apenas se escucha uno que otro disparo. Yo, lleno de rabia, me retiro también, acompañado por Nabor Morales, agazapándonos entre el monte bajo para no ser vistos y trasponer la ladera que tiene una gran pendiente. Casi llegamos a la cima de la loma y, con sorpresa, oímos el toque de *Cesar el fuego*, repetido varias veces por un corneta enemigo. Nos detenemos a escuchar. Un hombre a la cabeza del tren hace ondear una gran bandera blanca… ¿Qué será?

Anhelante, oigo repetir el toque del corneta y veo aquella bandera que se destaca entre la verdura de las frondas. Explico a Nabor Morales y a tres soldados que nos acompañan:

—Ese toque significa una orden para que los soldados federales dejen de disparar, y esa bandera blanca indica que los enemigos quieren parlamentar con nosotros. Ellos tienen que buscarnos, pero será muy difícil que nos encuentren en este breñal. Es necesario saber qué quieren.

Y haciendo mi voz más imperiosa:

—Mayor Morales, vaya usted a ver qué desean.

El buen Morales me miró sorprendido, vio a los otros y contestó:

—Mi coronel, mándeme usted lo que quiera, pero eso no. Usted no conoce a los federales. Son capaces de "traccionar" hasta a la "madre del vinagre".

Tuve un momento de indecisión. Yo no quería ir tampoco. Permanecí clavado en mi puesto. Tampoco quería retirarme sin aclarar el motivo de aquel toque que seguía repitiéndose en el valle, en esos momentos silencioso, con silencio de tumba, mientras la bandera blanca seguía ondeando. Hice acopio de energías, me reconcentré y decidí jugarme el todo por el todo.

—Si usted, Morales, no quiere ir, iré yo —dije, y comencé a descender la ladera.

Morales me siguió, diciéndome noblemente:

—Si usted va, yo lo acompaño.

Descendimos en breve tiempo aquella ladera, dejándonos a trechos deslizar sentados y agarrándonos de los matorrales y arbustos. Llegamos a la parte plana, atravesamos un corto espacio, y a poco nos encontramos a la cabeza del primer tren.

Allí están dos oficiales conocidos míos: el mayor Porfirio Ruiz y el mayor Lenar Chávez. El primero, antiguo compañero de la campaña de Sonora y que sirvió a mis órdenes como capitán ayudante del 12º Batallón en la campaña de Chihuahua; el segundo, ex alumno del Colegio Militar y de quien fui cabo de escuadra. Los dos, junto con un grupo de soldados, al reconocerme, me acogieron cariñosamente. Ruiz mandó al corneta que tocara *Diana*, gritando: —¡Viva el coronel Alessio Robles!

Muy cerca de nosotros estaba una góndola de acero con las ruedas hacia arriba, un carro de "caja", volteado, y dos más descarrilados. Eran los efectos de la bomba. En el suelo, cadáveres de hombres, de mujeres y hasta de niños, horriblemente destrozados.

—¿Qué desean? —pregunté a los mayores Ruiz y Chávez.

—El jefe nuestro, que es el general Juan de Dios Arzamendi, desea conferenciar con el jefe de ustedes —contestó Porfirio Ruiz.

—Está bien, avísenle que yo soy el jefe y que puede venir aquí.

—El general Arzamendi no puede hacerlo porque está gravemente herido. Se encuentra en el *caboose* del segundo tren.

Yo medí con la mirada la longitud de los convoyes y me pareció enorme en aquellos momentos, pero, haciendo de tripas corazón, acompañado por Ruiz, Chávez y Morales, emprendí la caminata a lo largo del primer tren, por el lado en que la roca de la montaña está cortada a pico, donde apenas cabíamos. Soldados y soldaderas, con el espanto retratado en los semblantes, nos miraban curiosos, asomándose a las puertas de los carros de "caja".

Una soldadera, más atrevida, interroga:

—"Siñor", ¿es cierto que está "bongueada" toda la vía?

Yo continúo mi camino sin contestar. Mi doble papel de jefe enemigo y de parlamentario me obligan a ser discreto.

Rebasamos todo el primer tren. Un espacio vacío, luego la locomotora del segundo, majestuosa y callada. Continuamos por el costado de los carros del convoy hasta llegar al *caboose*. Allí, dos centinelas en la puerta. Nabor Morales y Lenar Chávez se quedan. Entro al interior del *caboose* acompañado por Ruiz.

Un individuo prepara vendajes; reconozco primeramente al mayor José Arce, jefe de la escolta que me condujo preso desde San Luis Potosí a México, con un brazo vendado y la venda manchada de sangre. Más adelante, en el camastro del *caboose*, el general Arzamendi, recostado, con una bacinica en la mano, llena de sangre, con la camiseta levantada y en el vientre un vendaje enrojecido.

Saludo atentamente a Arzamendi, viejo amigo mío y compañero de la campaña de Chihuahua. Inquiero por su herida. Me refiere, con gesto de dolor y de abatimiento, que un proyectil le atravesó el vientre, disparado por uno de sus soldados reclutas, y que la bala le entró por la espalda. Me pongo a sus órdenes, para saber qué desea.

—Los americanos —dice lentamente Arzamendi— han ocupado Veracruz y Tampico. Nosotros vamos a batirlos a Tampico. Traemos instrucciones de no combatir con los revolucionarios y, al contrario, de atraérnoslos, para, juntos, combatir al invasor extranjero. Por

eso, he mandado izar bandera blanca, para invitarlos a que se unan con nosotros para echar a los americanos de Tampico.

Me imagino que se trata de un ardid de Arzamendi, pues nosotros ignoramos en lo absoluto aquella ocupación. Con firmeza replico:

—Mi general, con todo respeto le manifiesto que no creo la noticia. Usted es un jefe culto salido del Colegio Militar y quiero que me haga el honor de no considerarme un ignorante. Nosotros estamos en comunicación telegráfica con Ciudad Victoria y con Matamoros, y ya sabríamos la noticia. Además, usted dice traer instrucciones de no combatir con los revolucionarios, y para eso se manda un oficial acompañado de un corneta y de un sargento, provistos de una bandera blanca; no se iza esa bandera blanca después de seis horas de combate y cuando ustedes están completamente derrotados y cercados…

La objeción era fuerte y la afirmación audaz. Arzamendi dijo:

—El 21 de abril, hace tres días, ocuparon Veracruz los americanos. Volaron un acorazado, el español "Carlos V." Villa se va a unir con Velasco. Yo no miento.

—Mi general, lo que usted me asegura es muy grave. Sírvase usted mostrarme sus instrucciones escritas para resolver sobre el asunto, aun cuando el jefe de todas las fuerzas es el general Carrera Torres y tendría que comunicarme con él para decidir, en definitiva, lo que debe hacerse. Enséñeme usted sus instrucciones.

Arzamendi hizo un gran esfuerzo. Su rostro se contrajo dolorosamente. Respondió:

—Usted es un oficial culto y sabe que yo, como general en jefe, no debo mostrar esas instrucciones a nadie.

—Está bien, mi general. Las circunstancias, según usted afirma, son excepcionales, y bien podríamos pasar por las zarandajas de los reglamentos de campaña. Pero usted no quiere y no hay nada ha-

blado. Yo vine aquí, fiado en el honor de ustedes. Me da usted 10 minutos y reanudaremos el combate.

En esos momentos hizo irrupción, sin anunciarse, el capitán primero de ingenieros Roberto Laimón, para poner en conocimiento del general Arzamendi que algunos revolucionarios se encontraban a la cabeza del primer tren y estaban desarmando a los soldados federales, y que muchos de estos se unían a los rebeldes. Vi el cielo abierto. Aquel acontecimiento inesperado facilitaba mis difíciles negociaciones. Arzamendi me pidió que ordenase la suspensión de aquel desarme y yo me excusé atentamente:

—No puedo hacerlo, mi general. Se trata de tropa muy indisciplinada que no obedece y yo no tengo gran ascendiente sobre ella, pues hace apenas seis días que me incorporé a estas fuerzas.

—Yo no puedo ni debo continuar combatiendo —dijo Arzamendi—. Ustedes deben, por patriotismo, unirse a nosotros.

—Nosotros no podemos unirnos a ustedes. Nos separa un abismo. Nuestras fuerzas ascienden a más de 20 mil hombres que están a las órdenes del general Carrera Torres.

—Entonces, puedo enviar un parlamentario con el general Carrera Torres. Vaya usted, Laimón —dijo, dirigiéndose a este oficial—, siempre que el coronel Alessio Robles se comprometa a no atacarnos mientras usted no regrese.

—Me comprometo a que nuestras fuerzas no ataquen a las de usted, siempre que usted se comprometa a no tratar de huir.

—Me comprometo —contestó Arzamendi.

Me retiré del *caboose* acompañado por Laimón, que era el Jefe del Estado Mayor de la columna federal, por Ruiz, Morales y Chávez. En la cabeza del tren se encontraban unos 30 soldados de los nuestros, que desarmaban a los soldados federales. Estos entregaban gustosos sus armas y cartuchos y muchos hasta acompañaban a los rebeldes. Rápidamente se sucedieron tres detonaciones. Se arremolinaron federales y rebeldes. Nos abrimos paso entre ellos. Estaban

muertos dos rebeldes y un federal, explicándonos, los que presenciaron la reyerta, que dos rebeldes pretendieron desarmar a un viejo sargento; que este se opuso a entregar su fusil; que los rebeldes usaron de la fuerza; que el sargento había hecho fuego, matando a los dos, y que otros rebeldes habían matado al sargento.

En eso llegaba a caballo, acompañado de otros tres individuos, el teniente coronel Ruiz de Cáceres, una de las "fieras" de Tamaulipas, joven, rubio, de ojos azules y pequeño de cuerpo, notable por sus baladronadas. Se acercó y me entregó un papel doblado. Dice así:

"Orden:

"Primero.— Perdónese la vida de todos, de General, inclusive, abajo, en nombre sangre Madero-Pino Suárez.

"Exíjase la rendición inmediata, entregando las armas y pertrechos de guerra. En caso contrario, que las brigadas E. Carrera y Zapata empiecen el fuego por los tres lados.

"A. Carrera Torres."

Aparté del resto a Ruiz de Cáceres y le expliqué brevemente lo que acontecía, relatándole la conversación que había tenido con Arzamendi y las pretensiones de este de enviar un parlamentario cerca de Carrera Torres. En esos momentos llegó Zapata, quien me informó brevemente que había capturado a todo el destacamento de Estación Montaña y a 100 soldados del tren explorador que se le habían rendido. Me informó Ruiz de Cáceres que Carrera Torres se encontraba en Los Pinitos, y tanto este como Zapata, cuando yo insinué e insistí en que el parlamentario debería conferenciar con Carrera Torres, contestaron con cierta insolencia que debería acatarse desde luego la orden del general.

Llamé al parlamentario a presencia de ellos y le informé que el general Carrera Torres ordenaba se le comunicara al general Arzamendi la orden escrita que le hice conocer y que, en tal virtud, consideraba inútil su viaje adonde se encontraba nuestro general.

Laimón marchó hasta el *caboose* del segundo tren. Conferencié con Zapata y con Ruiz de Cáceres y les hice ver que, en cualquier caso, el enemigo tenía sobre el terreno más soldados que nosotros, que los soldados enemigos abandonaban el campo tirando sus armas, pues se había iniciado entre ellos la desbandada, y que nada se perdía con aceptar la marcha del parlamentario.

Contestaron aquellos dos "tigres" que ellos cumplirían las órdenes del general Carrera Torres.

—Está bien —respondí—. Apenas regrese Laimón, si no se rinden los federales, los atacaremos.

Después de breves instantes regresó Laimón. Arzamendi contestó que él no se rendía. Los bravucones pensaron entonces que era mejor que Laimón fuera a conferenciar con el general Carrera Torres.

Vuelta de Laimón con Arzamendi y regreso hacia donde estábamos nosotros. Los rebeldes le facilitaron un caballo. El mío ya se encontraba allí, mandado traer de Los Pinitos por Nabor Morales.

Decidí acompañar a Laimón y junto con Nabor Morales emprendimos la marcha en dirección de Los Pinitos, no sin recomendar antes a Ruiz de Cáceres y a Zapata vigilasen cuidadosamente que no se escapara nadie de los trenes.

Llegamos a Los Pinitos y no se encontraba allí Carrera Torres. Nos informan que está en La Joya. Hacia allá nos dirigimos ya de noche por un terreno muy escabroso. Nuestros caballos marchan al borde de terribles precipicios. En La Joya nos dicen, con muchos misterios, que Carrera Torres está en Guadalcázar.

Esto me contraría mucho. ¿Qué hacer? La noche es muy obscura y no me atrevo a aventurarme por la estrecha y peligrosa senda que conduce a Guadalcázar. Además, estoy seguro que el viaje será inútil, pues tengo la seguridad, por las preguntas que he hecho a los soldados, que Carrera Torres se encuentra en La Joya y que no

quiere dejarse ver por nosotros. Encima, me caía de cansancio. En todo el día no había tomado más que una taza de café aguado.

Mando desensillar y, en pleno campo, poniendo mi montura como cabecera, me acuesto y a mi lado hacen otro tanto Nabor Morales y Roberto Laimón. Dormí profundamente.

Abril 25, 1914

Desperté muy temprano y a mi lado dormían las dos "fieras", Zapata y Ruiz de Cáceres. Me sorprendió este hecho y los desperté. Me comunicaron que Arzamendi se había escapado en la noche. Reclamé por su falta de cuidado y me contestaron que 20 hombres no podían evitar que se fugaran mil y pico. Los invité a que fuéramos a La Herradura, y me acompañaron.

Encontramos abandonados los dos trenes. Los heridos continuaban en ellos, quejándose y muertos de hambre. Nos informaron que el médico de la columna, el doctor Jurado y Gama, dormía en uno de los carros. El doctor no se había ido y los había atendido. Hice buscar al doctor Jurado y Gama, quien se presentó de inmediato. Con grandes dificultades, organizamos en una carretilla de mano el transporte de los heridos a Estación Montaña. Del primer viaje volvió acompañada de una locomotora y un carro que se encontraban en Montaña. En esos carros fueron instalados todos los heridos, que pasaban de 80, y llevados a Montaña al cuidado del maquinista Juan Díaz Cortés y del mecánico Guadalupe Nieto. Junto a las dos jaulas de ganado se encontraban dos caballos con los remos hechos pedazos. Los revolucionarios los habían obligado a saltar sobre el piso, el cual se encontraba muy bajo por causa de un alto terraplén.

Hice venir alguna gente para que bajase una gran cantidad de cajas de cartuchos, que casi llenaban un carro de "caja", para que fuesen transportadas a lugar seguro, en previsión del arribo de refuerzos federales. Se organizó una caravana que las transportó en hombros a Los Pinitos. De allí fueron llevadas después a Guadal-

cázar. Encontramos en los carros una gran cantidad de fusiles *Mausser*, fabricados en Austria, enteramente nuevos. Mandé a Los Pinitos más de 500 y una gran cantidad de cananas cartucheras con paradas de municiones. Los revolucionarios sacaron de los carros un gran botín. Los fugitivos lo habían abandonado todo.

En el camino, Zapata me refiere con amplitud los acontecimientos de la víspera. Llegó, como se le había ordenado, en la mañana del día 23 a inmediaciones de Montaña y allí emboscó su gente en lugar apropiado, esperando el momento propicio para iniciar su ataque. Poco después llegó un correo con la comunicación escrita de que todas las operaciones concertadas deberían aplazarse para el día siguiente. Él se alejó un poco de Montaña y permaneció en observación todo el día. El 24 ocupó sus posiciones en espera de la detonación de nuestra bomba de dinamita, como se le había prevenido. Seguramente, sabedores los de Montaña de su presencia en aquel lugar, al poco rato se presentó una comisión de tres vecinos con una bandera blanca y lo invitó a conferenciar con el subteniente Pineda, pues era necesario hacerlo porque los americanos habían ocupado Veracruz. Zapata accedió y con su gente entró a Montaña, sin combatir, siendo recibido con honores por el destacamento federal.

Zapata, regocijado, contaba que le habían dado de comer a él y a toda su gente, y que mientras preparaban el almuerzo fue llamado a la oficina telegráfica para tener una conferencia con "un tal general Olea, jefe de la División de Potosí", quien le manifestó que lo felicitaba por haberse unido con los federales que iban a combatir a los americanos y le recomendaba procurar que todos los revolucionarios hicieran lo mismo. Agregó, riéndose, que él había contestado que así lo haría y que se retiraba porque iba a comer en esos momentos con los federales, que le habían preparado un banquete.

—Comimos muy bien —decía Zapata— con harta cerveza. Cuando estábamos satisfechos, a una señal mía nos echamos encima de los soldados y los amarramos. Sólo se nos escapó el re… del subte-

niente. Fuimos al cuartel y nos apoderamos de todas las armas. Estábamos en eso —agregaba ufano— cuando llegó, primero, una máquina con dos carros cargados de soldados. Los desarmamos sin que presentaran resistencia. Luego llegó otra máquina sola con el *tender* roto. El maquinista nos informó que en La Herradura volaron el tren que remolcaba, pero que la máquina pudo seguir su marcha y que "el bombazo había sido padre".

Zapata rebosaba de gusto por todos los poros. No me pareció bien lo que había hecho, pero me abstuve de externar mi opinión.

Poco después se nos incorporó el mayor Carlos Ortega, quien a su vez me refirió que él se situó a medio camino entre Montaña y Cerritos, cerca de la vía, para dar cumplimiento a la orden de aplazamiento para el día siguiente y que, el 24, muy temprano, había detenido un coche en el que iban cuatro individuos con bandera blanca, quienes le informaron que se dirigían a Pozo de Acuña para conferenciar con los revolucionarios; que él no quiso resolver y los mandó escoltados hacia Pozo de Acuña; que cuando oyó el bombazo de La Herradura, él voló con dinamita un tramo de vía, y que la guarnición de Cerritos, compuesta de 180 hombres a las órdenes del mayor García, no se movió.

Tal fue el combate de La Herradura.[26]

[26] Algún tiempo después, en el mes de septiembre de 1914, el capitán Laimón, quien permaneció en Guadalcázar y luego marchó a Brownsville en la forma que se relata en otra parte de estas *Memorias*, se presentó en mi casa en la Ciudad de México. Conversamos sobre el combate de La Herradura, que se efectuó en circunstancias casi increíbles. Le supliqué escribiese un relato, para publicarlo en su oportunidad. Laimón me contestó que conservaba una reseña que había escrito en Brownsville, Texas, a instancias del señor Bernardo Calero, director de la sección en español del diario *The Brownsville Herald*, y que me obsequiaría la copia que conservaba.

El día siguiente regresó con cinco hojas, escritas a lápiz, de su puño y letra. Le rogué que le pusiera una nota que indicara las circunstancias en que había sido escrita, y con tinta lo hizo y la firmó.

He aquí el documento, que conservo en mi colección y que transcribo íntegro:

Cómo fue el combate de La Herradura en el que resultó gravemente herido el general Arzamendi.

Llegamos a la una de la tarde a Guadalcázar. Desmonté en la puerta del Cuartel General. El mayor Garza me dijo que de orden del general en jefe debía entregar mis armas, y en ese momento, cuatro individuos armados me apuntaron sus carabinas al pecho. Yo, lívido de rabia, entregué mi revólver a Garza. Encontré a Carrera Torres sentado frente a una mesa. La indignación no me dejaba ha-

---

Un testigo ocular que acaba de llegar de aquellos lugares se ha servido proporcionarnos la siguiente información:
El día 23 de abril, a las 9:30 p.m., salió de San Luis Potosí con rumbo a Tampico una columna compuesta de 1,800 hombres a las órdenes del general Arzamendi, y formando un convoy de dos trenes, precedidos por una máquina exploradora. Cada tren era de 20 carros. La columna pernoctó en la estación de Peotillos, reanudando su marcha a las 6:30 a.m. del 24. El general Arzamendi traía instrucciones de evitar todo combate con los rebeldes y procurar que se le unieran, pues sabía por telegramas oficiales del Gobierno del Centro que estaba declarada la guerra con los E.U., que los alumnos de la Escuela Naval de Veracruz habían hundido el *Louisiana*, que el *Carlos V*, acorazado español, había hundido a otro barco americano, siendo hundido a su vez por el resto de la escuadra americana surta en el puerto de Veracruz. Que Villa y Velasco se habían unido y juntos marchaban a invadir el territorio americano con un ejército de 50 mil hombres; que Lucio Blanco había tomado Brownsville a sangre y fuego; que Quintana había tomado del mismo modo Laredo, Texas; Guajardo, Eagle Pass, y, en resumen, que las ciudades fronterizas estaban todas en poder de las fuerzas mexicanas.
Así pues, en la creencia de que se había declarado la guerra, Arzamendi decidió conferenciar con los rebeldes para ponerlos al tanto del estado en que él creía estaban las relaciones entre México y E.U.
Todo esto hace pensar que fue un ardid de Huerta para provocar una reacción en el pueblo y que, uniéndose todos, lo conservaran en el poder, al mismo tiempo que lograba hacer llegar refuerzos a Tampico, que desde hace mucho está siendo atacado por las fuerzas de Luis Caballero.
Salió, pues, la columna de Arzamendi, de Peotillos a las 6:30 a.m. y llegó como a las 8:00 a.m. al lugar llamado Puerto de San José, donde fue tiroteada por las fuerzas de Eduardo Carrera Torres. Se le hicieron a Arzamendi dos muertos y ocho heridos, entre los cuales estaba él mismo. Hay que advertir que la tropa era de pésima calidad. Estaba constituida casi totalmente por la leva de hacía cuatro días. La prisión de Guadalajara fue vaciada para proporcionar contingente. Había entre ellos algunos que no sabían cargar el fusil. A causa de la torpeza de esta gente, pues no se le puede llamar tropa, fue herido Arzamendi de gravedad por un soldado de los suyos que se puso a hacer fuego teniendo mucha gente delante. Se continuó la marcha a las 8.30 a.m., y al llegar al kilómetro 306, en un lugar llamado La Herradura, se oyó una detonación atrás del convoy, fue la voladura de la vía cortando la retirada, y poco después se oyó otra explosión de una mina que voló la vía y un carro que contenía tropa. Esta fue la señal de combate. La tropa federal descendió de los carros bajo el mortífero fuego de los rebeldes, que posesionados de las alturas y perfectamente emboscados, hacían un fuego certero sobre el convoy. El combate continuó hasta las 4:00 p.m., hora en que se pudo hacer cesar el fuego,

blar. Carrera Torres me preguntó que para qué lo buscaba la noche anterior. Yo le hice saber el objeto.

—¡Ah! —exclamó aquel individuo—, yo creí que era para asesinarme. Usted comprende que debo cuidarme.

Contesté con vehemencia, ante el azoro de los que me escuchaban:

—Señor general, yo no soy ni un asesino, ni un traidor. Usted ha mandado vejarme ante estos compañeros y creo tener derecho a que se me trate de otra manera. Si usted tiene alguna queja sobre mi conducta, estoy dispuesto a responder de ella. En caso contrario, permítame que me retire de sus fuerzas. Yo no puedo decorosamente continuar a las órdenes de usted.

Carrera Torres ordenó que me devolvieran mi pistola, dijo que no había querido ofenderme y que no debía retirarme de sus fuerzas.

---

a pesar de que se estuvo ordenando desde que principió; pero la incuria de la tropa y su poca disciplina hicieron que el combate se prolongara hasta esa hora. Los jefes carrancistas que mandaban esa fuerza eran el ex teniente coronel de Ingenieros Vito Alessio Robles, ex inspector general de Policía en tiempos de don Francisco I. Madero, y, además de él, Miguel Zapata, Ruiz de Cáceres, Jesús E. Garza, Nabor Morales y algunos más.

El jefe Alessio Robles se acercó al tren y llegó al *caboose* del segundo tren, que era donde estaba Arzamendi, ya herido. Después de Arzamendi puso a Alessio Robles al tanto de las noticias falsas con que lo engañó el gobierno de Huerta, Alessio Robles se manifestó sorprendido de conocer esas noticias y dijo que le extrañaba ignorarlas, pues ellos estaban en constante comunicación con Guadalcázar y Tula, y de este punto había telégrafo hasta Matamoros. Le dijo a Arzamendi que él no era quien mandaba esas fuerzas, siendo el jefe de ellas el general Alberto Carrera Torres y, por lo tanto, a él le tocaba decidir si debía unirse a las fuerzas federales o se decretaba un armisticio hasta saber a punto fijo la verdad. Le manifestó que Carrera Torres no se encontraba allí y que sería preciso enviar un parlamentario, para tratarle el asunto. Arzamendi envió a uno de sus oficiales como parlamentario. Mientras tanto, habían empezado a bajar las fuerzas constitucionalistas y, debido al escaso criterio de las gentes que las formaban, no alcanzaban a comprender que se trataba de una unión y no de una rendición; y creyendo en esta última, empezaron a dasarmar a los oficiales. Viendo lo que estaba sucediendo y en previsión de que pudieran fracasar las negociaciones, ordenó Arzamendi que ningún soldado federal entregara sus armas. Esta orden ocasionó algunas fricciones entre rebeldes y federales, cuyo resultado fue la muerte de dos carrancistas y un federal. El incidente casi orilló a un nuevo conflicto, pues el combate iba a reanudarse.

Al fin se logró apaciguar a ambos y que las negociaciones continuaran. Partió el emisario de Arzamendi con Alessio Robles y estuvo a punto de ser fusilado por los constitucionalistas, que al fin fueron convencidos por Alessio Robles de que debían

No quise contestar ni permanecer allí. Sin despedirme, salí del Cuartel General sin saber adónde dirigirme. Iba loco de rabia, ciego de ira y de indignación. No había comido, pero vagué por las calles de Guadalcázar con la boca seca y amarga. Poco después se me juntaron Ortega y Morales, diciéndome que el general Carrera Torres estaba muy apenado por el incidente y que debía ir a comer

---

respetar su persona, que era inviolable como parlamentario. A las 7:30 p.m. partieron rumbo a Villar y de allí a Los Pinos, donde se creía estaba Carrera Torres. Allí estaba, pero se negó a conferenciar, diciendo que se había ido para Guadalcázar. Dijo lo anterior porque tuvo miedo de ser asesinado por el inerme parlamentario. Cómo se recordará, las tropas federales y rebeldes estaban juntas, fraternizando al parecer, pero la fricción de que ya se habló indujo a uno de los carrancistas a propalar entre la tropa federal la especie de que toda la vía estaba minada y que, si no se rendían, volarían todo el tren junto con los heridos y familias que viajaban con los soldados. La mala calidad de la tropa federal, el estado moral en que se hallaba, bastante quebrantado por la gran cantidad de muertos y heridos y la falta de oficiales, fueron la causa de que esta noticia sembrara el pánico entre los federales, quienes en partidas empezaron a desertar, tirando las armas unos, y otros presentándose con ellas al campamento carrancista de La Joya, sobre el cerro de San Pedro, en la sierra de Guadalcázar, sin que hubiera poder humano capaz de detenerlos. Viéndose abandonado, Arzamendi se hizo conducir al monte donde permaneció hasta que fue hecho prisionero por las fuerzas de Eduardo Carrera Torres, que lo llevaron a Guadalcázar, a presencia de Alberto Carrera Torres, quien ordenó que fuera trasladado a Tula para su curación, pues allí no había elementos.
Carrera Torres tuvo noticias por uno de los suyos, como a las 4:00 p.m., de que había cesado el fuego, y en la creencia de que se rendía Arzamendi con sus fuerzas, le mandó instrucciones a Alessio Robles para que se respetara la vida de Jefes, Oficiales y Soldados federales, tratándolos con toda clase de consideraciones en nombre de la sangre de Madero y Pino Suárez.
El parlamentario, que fue abandonado, regresó con Vito Alessio Robles el día 25 a las 9:00 a.m., y el convoy estaba completamente abandonado. Muchos de los heridos habían muerto por falta de atenciones, pues era muy deficiente la brigada médica. Vito Alessio se dirigió con el parlamentario a Montaña y allí dispuso se arreglara un local para Hospital de Sangre y se alistara un tren que, después de reparar un puente quemado, llegó a La Herradura y recogió los heridos, que quedaron en Montaña al cuidado del médico que traía la columna.
Carrera Torres dio orden de extender pasaportes a los soldados que quisieran retirarse a sus hogares, pues no tienen culpa alguna de ir a combatir forzados por el gobierno de Huerta. Muchos se les unieron, otros se retiraron a sus hogares. Se recogieron como botín de guerra casi todos los fusiles, que eran *Mausser* austriacos de nuevo modelo, y más de 100 mil cartuchos para los mismos.
Esta relación fue dada por el que subscribe al señor Bernardo Calero, encargado de la Sección en Español del *Brownsville Herald*, quien lo publicó en dicho periódico del mes de mayo de 1914 con algunas mutilaciones y ligeras alteraciones.
Roberto Laimón

con él. Que lo ocurrido se debió a que era muy desconfiado, creía que lo querían asesinar y que por eso todas las noches se salía lo más sigilosamente posible de Guadalcázar para dormir en una cueva, en un rancho o en pleno campo, para que nadie supiera dónde dormía. Que tenía desconfianza de mí porque había sabido que yo había ido solo adonde estaban los trenes federales, y cuando Nabor Morales le explicó que él había ido conmigo y le refirió detalladamente todos los acontecimientos de la víspera, se mostró apenado y arrepentido, y todos los jefes presentes, incluyendo Zapata que no me tragaba, habían abonado mi conducta.

Consentí en ir a comer con Carrera Torres, pero apenas si probé la comida. Fingí cierta deferencia, reservándome para hablar después con Carrera Torres. Llegué al convencimiento de que más que malo, era un loco.

Después de la comida me mostró la copia de un mensaje que había transmitido por la línea telefónica. Dio parte al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista de que había batido a 3,600 federales, haciendo muchos prisioneros, capturando muchos fusiles y municiones. El telegrama está fechado en "Peñasco Guadalcázar". Como yo preguntara por qué agregaba el nombre de Peñasco, me contestó orondamente que porque Guadalcázar estaba sobre un peñasco. Estuve a punto de reírme.

En la tarde se ausentó Carrera Torres de Guadalcázar y en la noche no durmió en el pueblo. Estoy decidido a no continuar en sus fuerzas, suceda lo que suceda.

Estoy hasta temeroso de un atentado. En la noche saco mi cobertor y, recatándome, salto las bardas del panteón que no son muy altas. El cementerio está completamente solo, me arrebujo en mi cobija y me duermo profundamente.

Abril 26, 1914

Carrera Torres no se aparece en toda la mañana. En la tarde llega contentísimo. Me informa que Arzamendi y algunos jefes, oficiales y soldados fueron capturados por las fuerzas de Eduardo

Carrera en las cercanías de Charco Blanco, que en la misma tarde llegarán a Guadalcázar y que el general Arzamendi está muy grave. No tuve oportunidad de hablar a solas con Carrera Torres.

Abril 27, 1914

A las siete de la mañana pude encontrar solo a Carrera Torres. Le expresé que no deseaba continuar a sus órdenes y que le rogaba atentamente me facilitara los medios para ir a Chihuahua a presentarme al primer jefe. Accedió fácilmente y hasta con gusto. Me extendió un certificado amable, escribió de su puño y letra una carta para el general Francisco S. Carrera, jefe de las armas en Tula, para que me facilitara dinero para pagar mis pasajes en el lado americano; dijo que debía acompañarme Laimón, quien había ofrecido sus servicios a la causa constitucionalista y deseaba ponerse a las órdenes del general Ángeles.[27]

[27] El certificado es curioso. Está escrito de puño y letra del mismo Carrera Torres, con excelente y clara letra vertical. Tiene impreso un escudo con las armas nacionales e impreso, también, en el margen, lo siguiente:

> General Alberto Carrera Torres.— General del Ejército Libertador en 1910, con Cuartel General en la ciudad de Tula, Tams. *(sic)*— General Francisco S. Carrera.— Coronel del Ejército Libertador en 1910, con Cuartel General en la Ciudad de Tula, Tams. *(sic)*— Generales en el Ejército Constitucionalista de San Luis Potosí, Tamaulipas y Nuevo León que se revelaron *(sic)* el 4 de Marzo de 1913.— Cuarteles Generales en las serranías de Tamaulipas, Nuevo León y San Luis Potosí en 4 de Marzo de 1913.— Bustamante, Tams. *(sic)*— General Zaragoza, N. León.— Marzo de 1913.
>
> Manuscrito, tiene lo siguiente:
>
> Div. Constitucionalista "Guztavo *(sic)* A. Madero" de Carrera T.
> El diez y nueve del presente, ante el subscripto, presentóse vestido de fogonero el Señor Teniente Coronel de Ingenieros Don Vito Alessio Robles en un punto cercano a Cerritos, S.L.P., pues a la sazón encontrábase el que firma inspeccionando la línea de puestos abanzados *(sic)* de nuestras fuerzas que estaban en contacto con el enemigo: ofreciendo con espontaneidad y sin condición ninguna prestar sus servicios al Gobierno Constitucionalista, los que desde luego fueron aceptados; habiendo tomado parte en las operaciones de armas comvinadas *(sic)* que tubieron *(sic)* verificativo el veinticuatro de los corrientes en el punto denominado Herradura, sobre la vía férrea Tampico—San Luis Potosí. A pedimento suyo, el día de hoy marcha a presentarse al Jefe Supremo del Gobierno Constitucionalista.
> Y para satisfacción del honorable Teniente Coronel Dn. V. Alessio Robles, extiéndesele la presente constancia a los veintisiete días del mes de abril de mil novecientos catorce.
> General Alberto Carrera Torres.
> (firmado)
> *Itálicas de VAR

Poco después condujeron en una camilla al general Juan de Dios Arzamendi, había sido capturado la víspera. Su estado era grave. El proyectil le había atravesado la vejiga y los intestinos, y había permanecido tres días sin atención médica. Además, en Guadalcázar no había un solo médico y fue necesario llamar a uno que se encontraba en Tula. Hablé brevemente con Arzamendi, a quien estimé siempre como hombre honorable y caballeroso.

En esos momentos llegó de San Luis Potosí el sargento que enviamos a practicar un reconocimiento. Dio un informe completo, que me satisfizo mucho, sobre las condiciones militares de la plaza. Acompañó su informe con un croquis.

Los preparativos para la marcha fueron breves. Mi equipaje se reduce a la ropa que llevo puesta, que no me he cambiado en 10 días. Llevaré también una sucia barba de otros tantos días.

A las 10 de la mañana, Laimón y yo partimos de Guadalcázar, acompañados por Miguel Zapata y Nabor Morales. A mí no me hace mucha gracia la compañía de Zapata. Comimos en Pozo de Acuña en una de las fondas "comunistas". Nuestros acompañantes se despidieron después de la comida. En la tarde, Laimón y yo reanudamos la marcha. Nos acompañaba un guía que debería conducirnos hasta Tula y regresar de allí con los caballos. A las cinco llegamos a la hacienda de Buenavista, en donde el ibero que funge de administrador nos brindó una generosa hospitalidad. En esa hacienda pude practicar un somero aseo de mi persona.

En la noche presencié un acontecimiento inusitado. Llegó una fuerza comandada por el general don Magdaleno Cedillo, de las fuerzas de Carrera Torres, quien trae prisioneros a los individuos de Cerritos que, con bandera blanca, fueron a conferenciar, sin lograrlo, por supuesto, con los revolucionarios de Carrera Torres, para que se uniesen revolucionarios y federales contra los norteamericanos. Por ese enorme delito, aquellos civiles que no se habían mezclado

en cuestiones políticas, acompañaban a pie a las tropas de Cedillo en todas sus marchas. El español de Buenavista, el famoso aduanero de la república comunista de Carrera, a quien me he referido con antelación, me rogó que intercediese por los prisioneros. Lo hice con buen éxito. El general don Magdaleno Cedillo los puso en libertad.

Capítulo XXXI

La huella de Nafarrate.— El general Francisco S. Carrera.
La fealdad de Tula.— Los Ébanos.— Una carretera moderna.
El coronel López de Lara.— Una fea capital.— Mi nueva prisión.
Explicaciones tontas.— Viaje a Monterrey.— Una columna bizarra.
Los cañones de Massieu.— El general Pablo González.
Un hombre repulsivo.— El general Villarreal.— Un tragacuras.
Viaje a Matamoros.— Brownsville, San Antonio y El Paso.— Viaje a Torreón.
El doctor Silva.— Visita al general Ángeles.— El general Francisco Villa.
Jefe del Estado Mayor de la Artillería de la División del Norte.
Marcha rumbo a Saltillo.— Los despojos de los derrotados.
La batalla de Torreón.— La batalla de San Pedro.— La recua de 22 generales.
Las promesas incumplidas de don Pablo González.— Estación Sauceda.
El enemigo en Paredón.— Los servicios de la División del Norte.
Una destrucción a fondo de la vía férrea. El plan de operaciones de Ángeles.
Rapidez de concepción y rapidez de ejecución.— Las ideas de Villa.
Su amor a don Venustiano.— Las debilidades de Carranza.
Su atingencia especial.— Tipo pintoresco y verdadero representativo.
La marcha por el cañón de Josefa.— Las andanzas de Francisco Coss.
El cuartel general en Estación Fraustro.— Víspera de combate.

Abril 28, 1914

SALIMOS a las siete de la mañana de la hacienda de Buenavista y, pasando por La Hincada, La Viga, El Coronel y El Colorado, llegamos a las tres y media de la tarde a Tula, Tamaulipas. Todo el camino es la imagen viva de la desolación. Todos los caseríos están quemados y las tierras abandonadas y yermas. Interrogué al guía sobre aquellos incendios y me contestó filosóficamente: "Por aquí pasó Nafarrate". Este Nafarrate, según informes, es ahora un jefe de la revolución; antes era un jefe de un cuerpo rural que se encontra-

ba en Tlalnepantla; a raíz del golpe de cuartel de Victoriano Huerta, se sublevó con su cuerpo, atravesó toda la República con dirección a Tamaulipas e incendió cuanto encontró a su paso.

A mediodía nos detuvimos a comer en un jacal de El Colorado. Allí saboreamos una excelente cecina asada.

Tula es una ciudad que parece aplastada. Muy vieja, sucia y muy fea.

El general Francisco S. Carrera nos recibió muy bien. Es hermano de Carrera Torres, de carácter seco y serio. Un buen hombre que demuestra más energía que su hermano.

Abril 29, 1914

Salimos de Tula a las diez y media de la mañana y llegamos a las cinco y media de la tarde al ranchito Los Ébanos. El camino que seguimos es quizás la única carretera de construcción moderna en toda la República. Fue mandado hacer por el general Manuel González cuando era Presidente de la República. Está bien trazado y conserva restos de importantes obras de arte, muchas de las cuales fueron destruidas por un reciente ciclón.

La hacienda en que descansamos es hermosa, con mucha agua, una gran huerta y un bello estanque entre arboleda muy tupida. Ahora está administrada por un agente de la revolución. Me mostraron el lugar en que fue muerto su propietario, el ingeniero Montemayor, por haberse negado a facilitar un préstamo forzoso a los revolucionarios. En un cuarto del cómodo *chalet* está todavía una caja de hierro que fue destrozada con barretas después del asesinato de Montemayor.

Abril 30, 1914

Partimos a las cinco de la mañana de Los Ébanos y, pasando por Palmillas y Jaumave, llegamos a Ciudad Victoria a las dos de la tarde. En todo el camino se advierten las huellas de la desolación y del incendio. "Por aquí pasó Nafarrate", repite ingenuamente nuestro guía. En la última parte del camino transpusimos el núcleo de la cordillera de la Sierra Madre Oriental, por un camino bellísimo y muy bien trazado, para descender bruscamente a Ciudad Victoria.

Después de comer despedí a nuestro guía. A las cuatro de la tarde me presenté al coronel César López de Lara, jefe de la guarnición de Ciudad Victoria, un individuo pequeño de estatura, con enormes orejas, que revela tontería en todos sus actos y palabras. Le mostré el certificado que me expidió Carrera Torres y le expresé mis deseos de marchar a Monterrey en el primer tren. Yo sabía que mediaban grandes disgustos entre los revolucionarios de Carrera Torres y los de Caballero, perteneciendo López de Lara a los de este último, que a la sazón, y desde hacía algún tiempo, se encontraba atacando a la plaza de Tampico.

Me contestó López de Lara que iba a consultarlo por telégrafo al general Pablo González, quien se encuentra en Monterrey. Me pidió regresara a las nueve de la noche.

Ciudad Victoria es una de las capitales más feas. No tiene ningún carácter y sus alrededores están desprovistos de belleza. Se siente un calor sofocante.

En la noche ocurrí de nuevo al Cuartel General. López de Lara me informó que no había recibido contestación del general González y me invitó a dar un paseo por la plaza principal en compañía de los coroneles Krum Heller y Mc Kinney. El primero es un médico y aventurero alemán. Durante el paseo, los tres me asediaron con infinidad de preguntas imbéciles.

Mayo 1, 1914

Me hospedé en el principal hotelucho de Victoria. Dormí a pierna suelta en un cuarto con balcón a la calle y puerta al corredor, la que dejé abierta de par en par por el excesivo calor. Me levanté a las seis de la mañana. Al pretender salir, cuatro correligionarios armados al mando de un sargento me lo impidieron. Según me informó el mismo sargento, estaba preso de orden del coronel López de Lara. Me desayuné en el cuarto y permanecí toda la mañana esperando saber el motivo de aquella extraña detención. A la una de la tarde, cuando me encontraba comiendo, llegó, haciendo

muchos aspavientos, el coronel Mc Kinney. Retiró a los correligionarios armados que se encontraban en la puerta de mi cuarto, llamándolos tontos, y me explicó que se trataba de un error, pues aquellos soldados habían recibido orden de vigilar a unos oficiales que se vinieron de Tampico sin permiso, y por equivocación me habían impedido salir de mi cuarto.

Fingí aceptar la explicación. A las tres de la tarde vi al coronel López de Lara, quien me repitió las explicaciones de Mc Kinney. Me dijo que había recibido respuesta del general Pablo González, que podía trasladarme a Monterrey cuando quisiera y que iría acompañado por una escolta de 30 hombres para que me atendiesen en el camino. Me entregó un salvoconducto y una orden de pasaje en los ferrocarriles. A mí, francamente, no me simpatizó la enorme cortesía de ser acompañado por una escolta y tuve la impresión de que marcharía preso a Monterrey.

En la tarde conocí a un tipo original llamado Gonzalo de la Mata, quien es juez instructor militar. Obeso, mofletudo y con luengas patillas rizadas. Parece un tipo de dramón. Después supe que antes de ser revolucionario había sido cómico. Visité al ingeniero Armando González Garza, quien es administrador del timbre, y allí saludé a un joven de Saltillo de apellido Calzado, que se ocupa en el negocio de venta de ganado. Al saber que yo me dirigía a Estados Unidos, me propuso llevarme directamente en automóvil a Matamoros. Decliné la invitación. Él insistió. Dijo que el camino era muy plano y que no había peligro de encuentros con los federales. No acepté la invitación. Le dije que no temía a los federales, que los peligrosos eran… los correligionarios, refiriéndole lo que me acababa de pasar.

Mayo 2, 1914

Laimón y yo partimos a las ocho de la mañana por ferrocarril. El jefe de la escolta, capitán Alardín, se puso a mis órdenes. Al llegar al río de San Juan hubimos de transbordar a otro tren, por estar destruido el puente. Llegamos a las once de la noche a Mon-

terrey. En la estación, el comandante de la escolta se despidió de nosotros… y yo respiré tranquilo.

Mayo 3, 1914

Es domingo y me encuentro con la dificultad de que están cerradas las casas de comercio. Necesito, por cuestión imperiosa de aseo y de decencia, cambiarme de ropa, la cual llevo puesta desde hace 15 días. Toco inútilmente en varios almacenes y al fin logro que me abran uno de ellos. Dejando allí toda mi ropa sucia, adquiero mudas de ropa interior, un traje sencillo y un sombrero. En la mañana tomé un baño en el hotel, pero necesito repetirlo y me dirijo a la casa de baños del manantial de Monterrey. Otro baño a "gran agua". Al salir de la peluquería, observo un espectáculo curioso: una columna militar desfila al toque de *Bando,* encabezada por Pablo de la Garza, aquel asesor chismoso e intrigante de la 1ª Zona Militar que conocí en Tórim y que ahora es coronel revolucionario. En medio de la columna desfilan ocho cañones de campaña, tirado cada uno de ellos por cuatro yuntas de bueyes. De la Garza va ufano, parece emperador disfrutando de los honores de una entrada triunfal.

Guillermo Castillo Tapia, que está a mi lado y es también coronel revolucionario, me informa que esas piezas de artillería fueron abandonadas por los federales en el cañón de Santa Catarina y que de la Garza fue comisionado para recogerlas y transportarlas a Monterrey. Me explica que el general Pablo González tomó la plaza de Monterrey el 24 de abril pasado y que el general Wilfrido E. Massieu, que la defendía, se retiró lleno de pánico por el camino de Saltillo. Sabedor de que al sur de Santa Catarina se encontraban fuerzas revolucionarias comandadas por Francisco Coss, tomó con su artillería el cañón de Santa Catarina para atravesar la sierra. Lo impracticable de la senda hizo que abandonara los cañones y que su retirada se convirtiera en un desastre.

A las 12 del día me presenté al cuartel general, hablando desde luego con Alberto Fuentes, oriundo de Saltillo, que me conoce

desde niño y que es el jefe del Estado Mayor del general Pablo González. Me dio un apretado abrazo y me dijo:

—Hace tres noches no dormí en toda la noche por ti.

—¿Por qué?

—Porque esos bárbaros de Ciudad Victoria te querían fusilar.

Alberto Fuentes me presentó con el general Pablo González, un hombre de estatura regular, bigote y cejas negros espesísimos y con anteojos azules de color muy subido. Su aspecto es repulsivo.

Casi no habla; parece mugir. Le presenté el certificado expedido por Carrera Torres y le expresé que creía que las fuerzas de su mando serían las destinadas a tomar la plaza de Saltillo; que yo conocía bien esa ciudad y sus alrededores y pensaba que podría ser de alguna utilidad, ofreciéndole, en consecuencia, mis servicios.

González me contestó:

—No puedo admitir sus servicios porque usted tenía un grado elevado en el Ejército Federal, y si yo le concediera el mismo, se disgustarían los jefes. Usted tiene que presentarse al Primer Jefe.

Objeté que no pretendía ningún grado, pero ni aun así quiso aceptar mis servicios.

En la noche, invitado por Castillo Tapia, asistí a una cena dada en honor del general Cesáreo Castro. Allí saludé a Cosío Robelo, muy "finchado", con aires de héroe. El general Cesáreo Castro me pareció un hombre humilde y bueno. Tiene reputación de valiente.

Mayo 4, 1914

Hice algunas visitas a mis antiguos amigos de Monterrey, a muchos de los cuales no veía desde el año de 1904. Visité al general Antonio I. Villarreal, gobernador del estado, quien me recibió afablemente, mostrando voluntad de que yo me incorporase al Cuerpo de Ejército del Noreste para cooperar en las operaciones que se llevaban a cabo en la plaza de Tampico.

Villarreal ha expedido varios decretos tendientes a restringir los abusos del clero. Ha reglamentado el uso de los toques de campa-

nas, mandado quemar públicamente los confesionarios y prohibido la entrada de mujeres a las sacristías.

Laimón y yo partimos a las siete de la mañana, por ferrocarril, a Matamoros. La vía de Laredo no está expedita aún. Mayo 5, 1914

Nos instalamos democráticamente en un furgón de carga provisto de bancas tomadas de una plaza pública. Llanuras llenas de monte bajo. Llegamos a Matamoros a las siete de la noche. De inmediato me presenté al jefe de las armas, general Jesús Carranza, quien me recibió amablemente.

Comí con Manuel Urquidi, Vicente Escobedo y Ramón Cabrera. A las tres de la tarde, acompañados por Cabrera, pasamos en una barca el río Bravo, que frente a Matamoros es muy ancho. Laimón decidió quedarse en Brownsville. Yo tomé el tren a las tres y cuarenta y cinco de la tarde para San Antonio, Texas. Mayo 6, 1914

Llegada a San Antonio a las siete y media de la mañana. Visita a don Juan Garza, mi antiguo compañero de prisión, con quien recorrí en tranvía las principales calles. Mayo 7, 1914

Llegué a El Paso a las siete y media de la noche. Encontré en el hotel a Félix A. Sommerfeld, judío alemán que estaba al servicio de don Francisco y de don Gustavo A. Madero y que ahora es agente confidencial del general Villa. Me acompañó a Ciudad Juárez a presentarme con el jefe de las armas, coronel Fidel Ávila. Cené con Sommerfeld y en la noche dimos un paseo en automóvil hasta Isleta. Mayo 8, 1914

Partí de Ciudad Juárez a las siete y media de la mañana, llegando a Chihuahua a las tres y media de la tarde. La vía férrea está bien reparada y los trenes corren a toda velocidad. Es evidente que hay organización de los servicios y noto también que en esta región existen menos suspicacias y menos tonterías que en otras zonas revolucionarias. En la estación de Chihuahua tuve el gusto de Mayo 9, 1914

saludar al doctor Miguel A. Silva, ex gobernador de Michoacán, quien ahora presta sus servicios como médico en la División del Norte, que comanda el general Villa. Es uno de los hombres más puros y más íntegros y se le considera como uno de los médicos mexicanos de más merecido prestigio. Continué mi viaje con el licenciado José Ortiz Rodríguez, antiguo compañero de prisión.

Mayo 10, 1914

Llegué a Torreón a las 11 de la mañana. Me noticiaron que hoy a las ocho salió el señor Carranza para Durango. A la una de la tarde visité al general Felipe Ángeles, comandante de la artillería de la División del Norte y subsecretario de Guerra del gabinete de don Venustiano Carranza. Conocí a Ángeles desde que yo era alumno del Colegio Militar, y él, capitán 1º de Artillería, comandante de la 2ª Compañía del mismo Colegio.

Alto, moreno, esbelto, de mirada viva e inteligente, frente grande y despejada, inspira viva simpatía por su honradez y por su saber. Está considerado como el jefe más culto del Ejército mexicano. Es un gran matemático y un gran artillero técnico; quizás demasiado idealista y demasiado soñador. Su carrera fue brillantísima y la perfeccionó con estudios suplementarios en las escuelas militares europeas.

De carácter independiente, era visto en el ejército como un rebelde, y por ello sufrió varios desaguisados, entre otros, un arresto que le fue impuesto por el general Rosalino Martínez, cuando este desempeñaba la subsecretaría de Guerra. El motivo fue una crítica que hizo al plan de estudios de la Escuela Militar de Aspirantes, fundada por este general.

Durante la administración de Madero, fue nombrado director del Colegio Militar y, sin dejar este puesto, fue enviado a sofocar el movimiento zapatista en los estados de Morelos y de México. El general Ángeles, con gran sorpresa de todos, proclamó que los adeptos de Zapata tenían razón y que su movimiento era de carácter social.

En el golpe de cuartel fue de los fieles a Madero. Cuando este fue aprehendido por Victoriano Huerta, también capturaron al general Ángeles, quien fue compañero de prisión del Apóstol. Después del asesinato de Madero, fue recluido en la penitenciaría y luego enviado con una comisión militar a Francia. A fines de 1913 abandonó su comisión y se unió a Carranza, que se encontraba en Sonora.

El general Ángeles me recibió con afabilidad, pues desde el Colegio Militar me profesó gran afecto. Brevemente le conté mis andanzas carcelarias y revolucionarias y mi intención de ir a Durango a presentarme al Primer Jefe. Pero Ángeles me hizo desistir de esa idea, indicándome que la División del Norte marcharía a Saltillo, plaza que estaba en poder de Joaquín Maass. Agregó que ya habían salido con esa dirección los primeros trenes con tropas, aconsejándome que me incorporara a la División, para lo cual debería ofrecer mis servicios al general Villa.

Acepté con gusto la idea. A las siete de la noche me anuncié con el general Villa. Tuve la fortuna de ser recibido inmediatamente, gracias a los buenos oficios de su secretario particular, Luis Aguirre Benavides, antiguo amigo mío.

Me encontré con un hombre corpulento, de manos enormes, de frente despejada, de ojos penetrantes dotados de gran movilidad y de gran fuerza magnética. Pelo ligeramente ensortijado, nariz recta de grandes fosas nasales, boca grande de labios abultados y carnosos, mandíbulas fuertes, bigote espeso, y el color blanco, aunque bastante tostado por el sol.

Le dije quién era y le hice un breve relato de mis antecedentes, de mis prisiones y de mi incorporación a las filas revolucionarias. Villa me escuchó con atención y clavó en mis ojos sus ojos de una manera fija y tenaz, como si quisiera escudriñar mis más ocultos pensamientos. Nunca en mi vida he mirado unos ojos como los de Villa. Cuando terminé de hablar, me dijo:

—Amigo, ha navegado usted mucho.

Y cuando le ofrecí mis servicios, el hombre fijó de nuevo su mirada en mí. Al cabo de un rato, dijo:

—Los acepto. Voy a mandar extender nombramiento de coronel a favor de usted. Venga mañana para decirle en qué cuerpo va a servir.

Salí impresionado muy favorablemente por la buena acogida que me dispensó. Allí no encontré desconfianzas ni suspicacias y, además, el hombre me inspiró simpatía y respeto.

Mayo 11, 1914

A las 10 de la mañana me presenté en el cuartel. Antes de hablar con el general Villa, conversé un rato con Luis Aguirre Benavides, quien me dijo:

—Le cayó usted muy bien al general Villa, pues cuando usted salió anoche me dijo: "Me gusta este hombre". Me pidió informes sobre usted y excuso decirle que se los di excelentes.

Me hizo pasar con el general Villa, quien me recibió con gran deferencia, diciéndome:

—¡Caray!, amigo, se lo disputan a usted. Eugenio Aguirre Benavides quiere llevárselo a la Brigada Zaragoza y el general Ángeles a la artillería. ¿A dónde quiere usted ir?

—Donde usted ordene, mi general.

—Bueno, preséntese con el general Ángeles.

Ángeles me nombró jefe del Estado Mayor de la artillería de la División del Norte y me comunicó que al día siguiente saldríamos con dirección a Saltillo. Todo el día lo ocupé en los preparativos del viaje. Tuve grandes facilidades en mi tarea, pues el mayor Leopoldo Gallardo, antiguo ayudante mío en la Inspección General de Policía, me entregó un magnífico caballo con una buena montura y me obsequió unas polainas. En el depósito de vestuario de la División del Norte me proveyeron de un sombrero texano, de un traje de kaki y otro de gabardina.

En esta división revolucionaria se nota una organización admirable. Hasta en Torreón, próspera ciudad a pesar de haber sido

teatro de recientes y reñidos combates, se nota desde luego que todos los servicios edilicios están al corriente.

Estoy encantado porque no he encontrado la desconfianza con que tropecé en otras partes. En estas tropas hay disciplina.

Mayo 12, 1914

Me ocupé casi todo el día en vigilar el embarque de la mayor parte de la artillería de la División, 36 piezas y su dotación de carros y municiones.

Partimos a las cinco de la tarde. Viajamos en un carro de segunda clase, el general Ángeles, el coronel Benjamín Bouchez, el teniente coronel José Herón González, los mayores Gustavo Bazán y Federico Cervantes y el capitán Pedro Trewartha.

Todos los anteriores fueron alumnos del Colegio Militar. Bouchez y Trewartha fueron ocupados, primero, en Cananea y, después, en Chihuahua, en la fabricación de material de guerra, principalmente granadas para la artillería. Ahora van a Monterrey a procurar la adaptación de los talleres existentes en esa plaza con el mismo objeto. Los restantes están incorporados a la artillería de la División del Norte. Bazán, oriundo de Monterrey, es un oficial muy distinguido de artillería e hizo estudios brillantísimos.

Los convoyes de la artillería divisionaria se detuvieron en San Pedro cerca de la media noche.

Mayo 13, 1914

Muy temprano, y mientras embarcan una gran cantidad de mulas de enorme alzada destinadas a la artillería, llamadas aquí "quintoqueñas" —porque proceden de Kentucky—, hago un rápido recorrido por San Pedro. Encuentro incendiados el mercado y varias casas comerciales del centro de la población. La mayor parte de las puertas de todas las casas tienen huellas de incendio, pues están renegridas por el fuego. Me informan que cuando huyeron los federales, el general Joaquín Maass ordenó el incendio de toda la población, que no pudo consumarse por la precipitación de la fuga y porque el combustible empleado fue gasolina, que al

arder rápidamente sólo ennegreció las puertas de las casas rociadas con ella.

La entrega de las "quintoqueñas" y su embarque se efectuaron rápidamente. Los servicios de la División caminan bien. A las ocho de la mañana proseguimos nuestra marcha.

La vía, que carece de curvas, sigue una dirección occidente-oriente por un terreno plano, sin la menor ondulación. Vamos pasando por el lecho desecado de la laguna de Mayrán, de la que sólo quedan charcos de pequeña extensión. Parece que vamos por una estepa. Vastas llanuras sin vegetación y, muy lejanas, algunas alamedas. Observamos los fenómenos de espejismo que se producen en esta región abrasada y desierta.

Observamos también los despojos dejados a lo largo de la vía por las tropas derrotadas de los generales José Refugio Velasco y Joaquín Maass, en su desastrosa retirada después de las derrotas de Torreón y de San Pedro de la Colonias: locomotoras descompuestas y llenas de herrumbre volcadas al lado de la vía, como enormes mastodontes muertos, jirones de vestuario, gorras militares y, cerca de Estación Tizoc, una gran cantidad de cascos de latón, pertenecientes a granadas que, sin duda, fueron quemadas allí por los fugitivos.

Las estaciones tienen nombres bizarros: Minerva, Ceres, Talía, Pomona, Venus, Marte, como si se quisiera representar a todo el Olimpo, pero de estaciones sólo tienen el nombre: unas cuantas casuchas para albergar a los peones encargados del mantenimiento de la vía. Pasamos por el famoso y extenso barrial de la Paila, compuesto, como su mismo impropio nombre lo indica, de enormes barrizales. Al norte pasamos casi faldeando la sierra de la Paila, célebre por su falta de agua y por su abundancia de caza; y al sur, y a mayor distancia, se divisa la hermosa sierra de Parras, a cuyas faldas está asentada la sonriente, fértil y romántica población del mismo nombre, famosa por sus viñedos.

El calor es sofocante. El general Ángeles me refiere con sencillez sus impresiones sobre las batallas de Torreón y de San Pedro.

"Las operaciones que culminaron con la ocupación de Torreón se iniciaron propiamente el 16 de marzo con la concentración, al norte de Bermejillo, de tropas procedentes de Chihuahua y de Durango. En Bermejillo se encontraba un fuerte destacamento federal. A partir del día 20 se inició una serie de combates sobre Vergel, el mismo Bermejillo, Sacramento, Matamoros, Tlahualilo, Gómez Palacio y Lerdo, que sucesivamente fueron ocupadas por las tropas de la División del Norte, hasta obligar a los federales a concentrarse en Torreón, ciudad en la que había fortificaciones importantes. Los combates parciales más reñidos ocurrieron en Gómez Palacio y en Sacramento. Gómez Palacio fue tomada y vuelta a capturar por el enemigo.

"En Torreón se había concentrado —dice el general Ángeles— lo más granado del Ejército Federal y se habían acumulado grandes elementos de guerra. Calculo que allí pelearon de 10 a 12 mil federales mandados por el general Velasco. La defensa fue obstinada, mas no hábil, pues los nuestros tomaron varias veces posiciones importantes que fueron recapturadas por los federales con un gran esfuerzo, sin embargo nunca aprovecharon la retirada de los revolucionarios para iniciar una contraofensiva vigorosa. Velasco tuvo a sus órdenes algunos buenos jefes, como Ricardo Peña, un valiente dragón que tenía gran fe en los efectos de sus sables, pero de poco talento; y un buen infante, el general Ocaranza. Los demás no servían para nada. Nuestros ataques fueron impetuosos, aunque desordenados.

"El general Velasco contaba con la llegada de grandes refuerzos procedentes de Saltillo, y tal parecía que trataba de reservar sus fuerzas y agotarnos a nosotros con una defensiva obstinada. Se aseguraba que en Saltillo se habían reunido a las órdenes de Joa-

quín Maass fuertes contingentes militares, que se hacían ascender a 15 mil hombres, destinados a reforzar a Velasco, para que este asumiera una vigorosa contraofensiva. Por nuestra parte, el general Villa había solicitado de don Venustiano que ordenara a las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noreste, a las órdenes de don Pablo González, impidieran a todo trance la llegada de refuerzos a los federales. Este general se comprometió a no dejar pasar un solo federal con dirección a Torreón, manifestando que comisionaba para el efecto a los generales Francisco Coss, Andrés Saucedo y Santos Coy.

"A pesar de todas las promesas de don Pablo, el día último de marzo recibimos noticias del arribo de fuertes contingentes federales a San Pedro, que iban a las órdenes de Maass, y nuestra situación se volvió muy comprometida. El general Villa se ve obligado a desprenderse, en aquellos críticos momentos, de 2 mil hombres, que, a las órdenes de los generales Toribio Ortega y Rosalío Hernández, son destacados en dirección de San Pedro. Villa decide jugarse el todo por el todo.

"El día 1 de abril, Villa ordena un asalto general a todas las defensas de Torreón. El enemigo se defendió obstinada y desesperadamente. La artillería funcionó toda la noche y por ambas partes se resienten numerosas pérdidas. Nuestras fuerzas ocupan las posiciones enemigas y son desalojadas. Al final, en la madrugada del día 2 de abril, logran ocupar las principales posiciones federales y consolidarse en ellas.

"El general Velasco juzgó perdida la situación y aprovechándose de una tromba de polvo que se levantó sobre Torreón y sus alrededores, evacuó precipitadamente la plaza, dejando en ella gran cantidad de botín de guerra.

"Las pérdidas nuestras —agrega el general Ángeles— fueron muy grandes. Tuvimos 550 muertos y 1,150 heridos, consumiéndose por nuestra parte cerca de 2 millones de cartuchos, 2 mil granadas y 3 mil bombas de dinamita. Las pérdidas del enemigo fueron

mayores, pues se calculan en unos 1,000 muertos, 2 mil heridos, 1,500 desertores y 300 prisioneros. El consumo de municiones de los federales fue enorme. El botín fue importante: varios cañones y ametralladoras, algunos millares de cartuchos y 2 mil granadas de fabricación francesa.

"El general Velasco se retiró por el sur y luego, dando un gran rodeo, tomó el rumbo de Viesca. Allí, sabedor de que Maass se encontraba en situación crítica en San Pedro, decidió auxiliarlo y, al efecto, se dirigió con sus derrotadas tropas a esta última plaza. Villa, por su parte, después de la victoria de Torreón, trasladó con gran rapidez todos sus elementos bélicos a San Pedro. Allí se desarrollaron reñidos combates que dieron por resultado la ocupación de esta plaza por los revolucionarios el día 13 de abril. En esta última fecha, cuando ya Maass había sido reforzado por Velasco, se libró una sangrienta batalla en la que tuvimos 200 muertos y 500 heridos. El enemigo, muy maltrecho, huyó precipitadamente hacia Saltillo, abandonando 11 cañones y toda su impedimenta. Sus bajas se calcularon en 2 mil, entre muertos y heridos. Hicimos 700 prisioneros".

Y el general Ángeles, riéndose con su peculiar risa casi infantil, prosiguió:

"Lo que impresionó más favorablemente al general Villa de este hecho de armas fue saber que había derrotado a 22 generales que comandaban en San Pedro. 'Una recua de generales', decía gozoso el general Villa, al enterarse de que en San Pedro se encontraban, además de Velasco y Joaquín Maass, los generales Francisco Romero, Javier de Maure, Víctor Manuel Corral, Gabriel Terrés, Hernando Limón, José Ortiz Monasterio, Arnoldo Casso López, Arturo Álvarez, Carlos García Hidalgo, Alberto Bátiz, Flaviano Paliza, Agustín A. Valdés y los 'colorados' Marcelo Caraveo, Aguirre, Corrales, Campa, Argumedo, Andreu Almazán y otros".

Los convoyes de artillería detuvieron su marcha en Estación Sauceda, a las cinco de la tarde. Ya nos habían precedido otros dos

trenes de tropas y se habían practicado reconocimientos rumbo al oriente. Miembros del servicio de información ya habían sido destacados hacia Paredón, para tener informaciones más precisas.

En Paredón se encuentra un fuerte destacamento federal de unos 5 mil hombres, a las órdenes de los generales Ignacio Muñoz y Francisco Osorno. La vía férrea está destruida casi en su totalidad entre las estaciones de Josefa y de Amargos, en una extensión de 20 kilómetros.

El general Ángeles manda montar una escolta de 50 hombres y practicamos un reconocimiento por el rumbo del cañón de Josefa, avanzando unos 12 kilómetros adelante de Sauceda. La vía férrea entre Torreón y Monterrey, que corre casi en línea recta de occidente a oriente, en Hipólito, estación que dejamos atrás, cambia de rumbo bruscamente dirigiéndose hacia el noreste. En Sauceda se bifurcan dos vías: una que va, por Reata, a Piedras Negras, y la otra que, pasando por Paredón —que es un nudo ferroviario—, va a Monterrey y a Saltillo. Nos encontramos ante un dédalo de montañas que forman la cordillera de la Sierra Madre Oriental, la cual, después de pasar por Saltillo, se dirige por este rumbo hacia el noroeste de Coahuila.

La vía penetra por el tortuoso cañón de Josefa. Más adelante de la estación de este nombre, encontramos la destrucción de la vía. No se puede aprovechar ni un riel, durmiente, planchuela o clavo. La destrucción ha sido hecha a conciencia, amontonando los durmientes en las uniones de los rieles y prendiéndoles fuego. Estos han quedado macabramente retorcidos. A las ocho de la noche regresamos a Sauceda.

Mayo 14, 1914

Todos los servicios de la División del Norte funcionan admirablemente. Todos los regimientos están provistos de cocinas de campaña del modelo de que está dotado el ejército norteamericano, y el rancho es excelente. Las soldaderas no marchan con la tropa. El servicio sanitario es bueno: carros de "caja" pintados de blanco

con una cruz roja y magnífica dotación de instrumentos quirúrgicos, de camillas y de medicinas.

El rancho es bueno, abundante y nutritivo. Los soldados están bien uniformados con trajes de kaki amarillo verdoso, sombreros de fieltro y polainas de lona. La tropa recibe un "prest" de $1.50 diarios. Me repugna ver en los botones de los uniformes el águila norteamericana, pero me informan que el general Villa adquirió un gran lote de vestuario en Estados Unidos con los contratistas del ejército de aquella nación y que no ha habido tiempo de cambiar los botones. La ropa interior es igual a la de los soldados yanquis.

Tenemos informaciones del enemigo, aunque algo imprecisas y contradictorias. En Paredón se encuentran 5 mil soldados de las tres armas, con 10 cañones; en Ramos Arizpe se encuentran cerca de 2 mil soldados irregulares, los famosos "colorados", al mando de Pascual Orozco, hijo, y en Saltillo se han reconcentrado cerca de 15 mil hombres a las órdenes de Joaquín Maass. Allí se encuentran los restos de las columnas que combatieron en Torreón y en San Pedro y, además, los efectivos federales que guarnecían todo el norte de Coahuila y los restos de la guarnición de Monterrey.

¿Cuál es el objeto del fuerte destacamento de Paredón? Como destacamento de observación, es muy numeroso. Para resistir nuestro empuje, resulta muy pequeño. Y, si tiene la intención de resistir allí, ¿para qué ha efectuado esa destrucción a fondo de la vía férrea? La reparación de la vía requerirá cuando menos 20 días y una gran cantidad de material. El general Ángeles opina que los federales no nos esperarán en Paredón y que al retroceder hacia Saltillo lo harán destruyendo la vía, en la misma forma en que lo han hecho entre Josefa y Amargos. Ángeles cree que la batalla decisiva la libraremos en Saltillo.

Mayo 15, 1914

Continúan llegando trenes a Sauceda. La cortedad de los escapes ferroviarios hace que las vías queden completamente

bloqueadas, dificultándose mucho los movimientos de los convoyes. Sabemos que en Estación Hipólito se han concentrado muchas tropas. Predomina la caballería, pues casi no hay tropas de infantería. El general Ángeles me explica que la mayoría de los soldados de la División del Norte ha sido reclutada en Chihuahua, Durango y Coahuila, y que los fronterizos no sirven para caminar a pie, que nacen dragones, y que el general Villa es ante todo un impetuoso jefe de caballería que le gusta decidir las batallas por un terrible choque. Informan al general Ángeles que el general Villa acaba de llegar a Hipólito y que el convoy en que viaja no puede continuar por la aglomeración de trenes. La obsesión del general Ángeles consiste en la retirada del destacamento de Paredón y en la destrucción de la vía entre Paredón y Saltillo. "Que se retiren —dice— pero que lo hagan apresuradamente, sin tener tiempo para destruir completamente la vía".

En una carta geográfica del estado de Coahuila, la del ingeniero Abbott, señalamos los puntos que ocupa el enemigo. Ángeles dice:

—Desde Hipólito, en donde se encuentra el general Villa con la mayor parte de nuestras tropas, hay que destacar una fuerza que por caminos de travesía ocupe Estación Zertuche, entre Paredón y Ramos Arizpe, amenazando de esta manera la línea de comunicaciones del enemigo. La caballería y la infantería deben marchar sobre Paredón, siguiendo el cañón de Josefa. La artillería, que no puede pasar por el cañón, debe dar un rodeo por La Tortuga, Treviño y Las Norias. Así descubriremos las intenciones del enemigo, pues el fuerte destacamento de Paredón es un absurdo. Tome usted, Alessio, una locomotora, marche a Hipólito a conferenciar con el general Villa, muéstrele este mapa y propóngale, de mi parte, la ejecución del plan de operaciones de que hablamos.

En unos cuantos minutos la locomotora recorrió los 19 kilómetros que median entre Sauceda e Hipólito, pero no pudo llegar a esta última estación. Las múltiples vías de Hipólito estaban atesta-

das de convoyes militares y hube de recorrer a pie un buen trecho. Subí al carro especial de Villa —un carro de superintendente—. En ese momento acababa de comer acompañado de Luis Aguirre Benavides, del licenciado Jesús Acuña, del mayor Lucio Dávila y del general Toribio Ortega.

Le dije el motivo de mi viaje, haciéndole conocer todos los informes que había obtenido el general Ángeles y su proposición de que una fuerza se situara en Zertuche, sobre la línea de comunicaciones del enemigo, y que el resto de las tropas avanzara sobre Paredón.

Villa escuchó con atención. Parecían saltársele los ojos. Comprendió de inmediato toda la importancia de la proposición y, apresuradamente, ordenó al general Ortega, que se encontraba presente, que con 2 mil caballos se situara en Estación Zertuche, a fin de cortar las comunicaciones de las tropas de Paredón e impedir la llegada de refuerzos procedentes de Ramos Arizpe y de Saltillo a este último punto. También ordenó que bajaran todas las tropas de los convoyes y que emprendieran la marcha por tierra rumbo a Sauceda. Vi un jefe rápido en la concepción y rápido, también, en la ejecución.

Me despedía de él para marcharme en mi locomotora, pero él me indicó que lo acompañara y dio orden para que la referida locomotora regresara a Sauceda. Media hora después subimos, el general Villa, el general Rosalío Hernández y yo, a una carretilla provista de un motor de automóvil. En el asiento delantero se instalaron Eusebio Calzado, jefe del servicio ferrocarrilero de la División del Norte, y un chofer.

La carretilla se puso en marcha. Por ambos lados de la vía desfilaban dos cordones interminables de tropas de caballería, con los caballos gordos y relucientes. Villa iba feliz observando aquella valla movible, mirando orgulloso hacia uno y otro lado, y se tornó locuaz.

—Miren cuánto feligrés —decía Villa—. Ahora sí creo que andamos haciendo una chin… seria. Pos' le vamos a tomar su capital a don Venus. Digan lo que quieran, yo quiero a don Venus porque es

hombre y no se raja, pero "trai" junto a él una manada de rotos que valen pura mierda. Parece que don Venus, dondequiera que mete la mano saca un pendejo. Esa bola de politiqueros, de licenciados y de muchachitos me revienta y… no voy a parar hasta que cuelgue a esos "gabinetes", esos que se llaman "menistros" y que sólo sirven para intrigar y para hacer pelear a los que ponemos el pecho. Que le vengan a entrar a los trancazos, como en San Pedro, en donde arrié una recua de 22 generales, que me los eché como quien se tira a una borracha.

Yo permanecía callado. El general Hernández, un viejo fornido de espeso bigote blanco, asentía con la cabeza.

Pero Villa no callaba. Rebosaba de orgullo y de contento:

—Antes de ocho días estará don Venus en su capital. Ese monigote de don Pablo González ni impidió la llegada de refuerzos a Torreón, ni sirve para nada y se rajó con la toma de Saltillo. No quiso entrarle al toro… se le aflojaron las sopandas. Vamos a darle una entrada hasta debajo de la lengua a ese Maass.

Villa es un tipo pintoresco y un verdadero representativo de nuestro México, con sus virtudes y con sus vicios. Tiene razón de sobra para sentirse orgulloso con la brillante división que ha sabido organizar. En ella hay orden y disciplina y todos los soldados adoran a su jefe. Llegamos a Sauceda.

Mayo 16, 1914

La infantería y la caballería marcharon por tierra, internándose en el cañón de Josefa. La artillería, con una pequeña fuerza de caballería, emprendió la marcha a las siete y cuarto de la mañana. por La Tortuga, llegando a Treviño a las 12. Allí se repartió el rancho. Reemprendimos la marcha a la una y media de la tarde y, pasando por Leona, llegamos a Las Norias a las tres de la tarde. Allí debería vivaquear la artillería.

El administrador de Las Norias nos ofreció una taza de café aguado —la bebida predilecta de los fronterizos—. Está vestido con calzones y camisa de manta y calzado con huaraches, pero me ex-

traña su tipo, que no es vulgar, su limpieza, dentro de la humildad de su indumentaria y, sobre todo, sus palabras que revelan cierta instrucción, pues habla de la "topografía" del terreno. Yo lo miro sorprendido. En cierta ocasión que el general Ángeles me nombró, aquel calzonudo hizo la pregunta:

—¿Eres tú Vito Alessio Robles?

—Yo soy —le contesté.

Me dio un fuerte abrazo. Era Bernardino de León, antiguo compañero mío de escuela.

—Ve en qué estado tan infeliz me encuentras. Aquí estuvo el bandido de Coss con su gente y nos encueraron a todos.

Después nos informó que Coss con sus soldados había destruido la vía entre Sauceda y Paredón, después de que Velasco y Maass habían regresado derrotados a Saltillo.

—¿Para qué? —preguntó el general Ángeles.

—Para hacer daño, únicamente. Esos no pelean; se han dedicado sólo a robar. Ahora que podrían ayudarlos a ustedes, no se presenta ninguno.

A las tres y media de la tarde, el general Ángeles y yo marchamos a Estación Fraustro, en donde se encuentra instalado el Cuartel General. Estamos a 21 kilómetros de Paredón. El enemigo no ha sentido nuestra aproximación. Permanece tranquilo, esperando que nosotros reparemos la vía férrea entre Sauceda y Paredón. El general Ángeles y yo pernoctamos en Fraustro.

Mañana combatiremos, si es que el enemigo no se ha replegado sobre Saltillo. Los servicios de información de la División del Norte funcionan de una manera admirable. Se tienen datos precisos sobre el destacamento de Paredón.

Capítulo XXXII

Marcha hacia Paredón.— Los dragones de la División del Norte.
Los hijos del norte.— El combate de Paredón.— Un huracán de dragones.
La caballería federal.— La estación de Paredón.— La hacienda de Anhelo.
Los prisioneros.— "El Resucitado".— Los músicos prisioneros.
Doble rancho.— Los duraznos californianos.— Que Huerta no se rinda nunca.
La triste condición de los peones.— Las ventajas de las andanzas revolucionarias.
Los heridos.— Persecución de los fugitivos.— El general Francisco Osorno.
Las monedas de Pedriceña.— Noticias de la ocupación de Saltillo.
La identificación del cadáver del general Muñoz.
El coronel Gómez Linares.— Marcha a Saltillo.— Entrada triunfal de Villa.
Reparto de dinero al pueblo.— Prisión de sacerdotes.
Aversión de Villa a los jesuitas.— El incendio del Casino.
Un saqueo metódico.— La salutación de los saltillenses.
La contestación de Villa.— Los escrúpulos del doctor Silva.
Jesús Acuña, gobernador de Coahuila.
Las protestas de Santos Coy y de Coss.— Plan general de operaciones.
Formación de un regimiento con los prisioneros de Paredón.
Orden de marchar a Durango.— Las predicciones de Ángeles.

Mayo 17, 1914

A las seis y media de la mañana, el general Ángeles y yo llegamos a Las Norias en una galopada. Las 36 piezas de artillería ya habían emprendido la marcha y ocupaban con sus armones y con sus carros varios kilómetros de un camino malo y tortuoso, bordeado por mezquites y huizaches ruines. Una polvareda baja, pegajosa y espesa, marca la enorme profundidad de la columna. El general Ángeles, nervioso y dinámico, la revistó toda, hasta la cola.

Las piezas y los carros conservan sus distancias. Los cañones brillan al sol de la mañana. Las mulas "quintoqueñas", robustas y

fuertes, están enjaezadas con arneses flamantes. Los oficiales y soldados marchan animosos y confiados.

Al galope, el general Ángeles recorrió de nuevo la columna por uno de los flancos, abriéndose paso entre los mezquitales, hasta rebasar la cabeza, y prosiguió su marcha, pasando por Fraustro, hasta las cercanías de Paredón.

Adelante se divisa una enorme y alta polvareda. Legiones y legiones de jinetes desfilan por diversos caminos en varias columnas. La artillería, el arma estrepitosa, desfila a la zaga de las caballerías.

El general Ángeles localiza el Cuartel General, y el general Villa aparece rodeado por su Estado Mayor y una imponente escolta, los famosos "dorados", jinetes en briosos corceles. El general Ángeles comunica al general Villa que va a adelantarse a las caballerías, a fin de escoger los lugares apropiados para establecer sus baterías.

Desfilamos al galope y vemos a los dragones de la División del Norte. Brigadas y regimientos nuevos, pero de historial épico y brillante. Desfila, al trote largo y de sus robustos caballos, la Brigada Benito Juárez, comandada por el bravo general Maclovio Herrera, famoso por su distinguida actuación de revolucionario; la Brigada Hernández, al mando del general Rosalío Hernández, respetado y querido jefe con aspecto de veterano; la Brigada Villa, mandada por el brigadier José Rodríguez; la Brigada Robles, a las órdenes del joven zacatecano José Isabel Robles; la Brigada Juárez de Durango, con el general Severino Ceniceros a la cabeza, por estar herido su jefe nato, el general Calixto Contreras, y la heroica Brigada de Zaragoza, con el coronel Raúl Madero. Todos los soldados fuertes y jóvenes, llenos de brío y de entusiasmo. Allí están representados los robustos hijos de Chihuahua, de Zacatecas, de Durango y de Coahuila. Dan la sensación de fuerza. Parecen centauros. Aquellas masas forman una incontenible avalancha.

Los oficiales del Estado Mayor de Ángeles, Federico Cervantes y Espinosa de los Monteros, y el asistente del mencionado general, un

capitán de “los dorados” llamado Baca, rebasamos las cabezas de las columnas y nos adelantamos hasta el rancho de San Juan. Ángeles manda a sus ayudantes a que activen la marcha de la columna de artillería y recorre un lomerío examinándolo atentamente.

A las diez y media de la mañana el enemigo rompe el fuego de artillería a distancia. Se perciben las detonaciones y se observan en lo alto tenues nubecillas de blanco humo, producidas por la explosión de las granadas. Los tiros del enemigo son cortos; no nos alcanzan.

En esos momentos llega el general Villa con su Estado Mayor y su escolta de “dorados”. Uno de estos últimos arroja a distancia una granada de mano que hace ruidosa explosión. Es la señal convenida para el ataque. Un huracán de caballos y de hombres pasa raudo por nuestros flancos. Es un espectáculo grandioso. Seis mil caballos envueltos en polvo y en sol.

Truena la artillería enemiga. Crepita la fusilería. Tabletean las ametralladoras. Nuestra artillería ha llegado y empieza, rápida, a colocarse en batería. El combate se aleja de nosotros. La Brigada Zaragoza va a la cabeza. Han transcurrido apenas 15 minutos y el enemigo huye en todas direcciones. Una masa de caballería enemiga, de más de 1,000 hombres, aparece amenazante, por un momento, en nuestro flanco derecho. Las brigadas Benito Juárez y Villa se lanzan resueltas contra ella; los dragones federales vacilan y vuelven grupas. El combate ha terminado sin que nuestra artillería hubiera tenido ocasión de quemar un solo cartucho. El fuego se aleja y continúa por algún tiempo, pero es fuego de persecución.

Cuatro baterías se forman de nuevo en columna y se adelantan al galope. El enemigo, perseguido por nuestros intrépidos y fogosos soldados, se ha dispersado y huido en todas direcciones.

Toda la artillería avanza sobre Paredón. El camino está sembrado de cadáveres y en la estación se encuentra la totalidad de los trenes del enemigo. La derrota ha sido completa y fulgurante. La

artillería no ha podido funcionar ni puede seguir a las caballerías que, velozmente, persiguen al enemigo por lugares imposibles, por cerros y por lomeríos.

Comienzan a llegar dragones con grupos de prisioneros. El general Villa ordena que toda la artillería se sitúe en la estación de Paredón, en espera de órdenes.

El silencio ha sucedido al estruendo del combate.

El sol caía a plomo en unas tierras color ocre, arcillosas, resquebrajadas, y parecía que de ellas se levantaban vahos de un calor asfixiante. Las montañas, pardas, peladas y tristes que rodean a Paredón, coronadas por enhiestos crestones, parecen reverberar rayos de fuego.

Unas cuantas casuchas dispersas. La casa del jefe de estación: un cubo de piedra con un soportal. Vegetación raquítica y cenicienta. Aquí y allá unos cuantos mezquites y huizaches desmedrados en aquellos barrizales que parecen atormentados por las impetuosas y avasalladoras fuerzas del agua, del viento y del sol.

En aquella desolación se levantan remolinos enormes que semejan erguidos y descomunales minaretes. En las cercanías se unen dos arroyadas constituidas por dos amplios barracones, anchos, de paredes escarpadas de deleznable barro rojo, con lechos de grandes guijarros, que hace mucho tiempo no reciben las caricias de las linfas de bienhechoras corrientes. La tierra parece resoplar.

Allá en lontananza percíbese la sierra hosca y parda y al pie de ella, una arboleda. Es la hacienda de Anhelo, en donde Carranza, el año de 1913, sostuvo una escaramuza con las fuerzas federales comandadas por el general Trucy Aubert, mílite comodino, que se contentó con cañonear a los revolucionarios desde Paredón con un fuego a la vez nutrido e ineficaz, pues los cañones tenían un alcance de cuatro kilómetros y la distancia que media entre Paredón y Anhelo es de seis. Don Venustiano se bañaba plácidamente en un ma-

nantial de aguas termales, y, como Venus surgiendo de las ondas, al oír los primeros cañonazos emprendió, con su fuerte testa de patriarca vasco, la fuga hasta Monclova.

Después del mediodía y bajo los rayos del sol ardiente, un ir y venir de soldados. Los infantes, sucios, empolvados y greñudos, con los fusiles a la bandolera. Los dragones, por hileras, llevando los caballos de la diestra. La artillería —36 piezas— desfila ruidosa para acampar en medio de los infantes y de los dragones.

A cada momento llegan nuevas fuerzas que custodian a mustios y famélicos prisioneros desarmados. Son cerca de 2 mil que se hacinaban materialmente en un corral de piedra tapizado de boñiga. Cerca de la estación se alinean 10 cañones capturados al enemigo.

Todo el campo está regado de charcos de sangre y sembrado de cadáveres en posturas inverosímiles y macabras, rodeados de enjambres de moscas. También hay cadáveres de caballos, que comienzan a hincharse y a apuntar sus cascos a lo alto. En el aire revolotean bandadas de zopilotes husmeando opíparo festín.

Convergiendo a la casa de la estación, un reguero de camillas en las que son conducidos los heridos. Allí se ha instalado el hospital de sangre.

Los soldados revolucionarios, después de la victoria, están hambrientos y fatigados. Los infantes y los dragones han efectuado una penosa marcha de noche por los vericuetos endiablados del cañón de Josefa, y las artillerías, estrepitosas y pesadas, han tenido que dar un gran rodeo, por La Tortuga y Venadito, para concurrir con el resto de las tropas al albazo que Villa preparó a los soldados de Muñoz.

El sol, el hambre, el cansancio y la laxitud que sucede a las emociones fuertes hacen caer sobre el campamento, desolado y triste, una pesadez de plomo.

Los soldados se arremolinan cabe la acogedora sombra del depósito de agua de la estación ferroviaria, pero la proyección de som-

bra sólo puede proteger a unos cuantos. Otros se tienden junto a los muros pardos de la casuchas de adobe sin enjalbegar. Los de más allá se refugian bajo los furgones de los carros de ferrocarril.

Los prisioneros —que saben que en aquella lucha no hay piedad para los hermanos de armas a quienes la suerte de los combates no ha sonreído— se amontonan cabizbajos y confusos, resignados a todo, en el corral tapizado de boñiga, y, agobiados física y moralmente, se duermen sin remilgos entre aquella bazofia.

Entretanto, los soldados no comían. En las tropas de Villa no había providentes soldaderas y, además, en Paredón no había que "avanzar".

Nutridos grupos de oficiales se congregan en las casuchas de adobe para cubrirse de los ardientes rayos del sol. En la del jefe de estación, que es la única de piedra, se han reunido los oficiales de la artillería divisionaria. Bravos, malhablados, decididos y burlones.

Este sopor es apenas interrumpido por el ruido de varias detonaciones: los soldados se entretienen en disparar sus armas sobre los zopilotes que revolotean siniestros por encima de los cadáveres y, tornándose cada vez más audaces, casi los rozan en sus vuelos circulares.

Los oficiales de artillería, reunidos en el soportal y tirados en el suelo y en los poyos de ladrillo, engañan el hambre con burlas y chanzas. Entre ellos se hace notar un oficialete flaco y pálido que parece tener densas sombras en el rostro. Callado y taciturno, en las marchas y en los campamentos no habla nunca. Está poseído siempre de una enorme tristeza. Se llama Federico Rojas y es capitán. Le aplican sus compañeros el remoquete de "El Resucitado".

A Rojas se enderezan las bromas de los demás oficiales, pero él no las contesta. Se contenta con sonreír, melancólica y tristemente, con un rictus doloroso.

—¡Ríete, Resucitado!

—¡Ponte alegre, Pililico, que hemos obtenido una gran victoria!

—¡Ahora, Resucitado, te ascenderán por méritos en campaña y no para compensarte un susto!

—¡A ti no te hacen nada las balas!

—¡Tú resucitas!

Cada frase es coreada con carcajadas, pero aquél a quien llaman "El Resucitado" no responde. Me interesó el tipo y pregunté quién era. Un oficial que está a mi vera me lo explicó todo. Federico Rojas era un teniente de artillería recién salido del Colegio Militar de Chapultepec. Había sido hecho prisionero en Torreón y, como todos los oficiales capturados, había sido condenado a muerte para cumplimentar las bárbaras disposiciones de la Ley Juárez exhumada por Carranza. Pero eran muchos los oficiales prisioneros y el consumo de municiones había sido extraordinario en los combates de los alrededores de Torreón. Era necesario economizarlas. En lugar de emplear media docena de balas para fusilar a un prisionero, Fierro, el terrible Fierro, encargado de las ejecuciones, ideó un procedimiento macabro para ultimar con una sola bala a seis prisioneros.

Fueron colocados seis prisioneros, uno tras otro, juntos, espaldas con pechos, apretujados y bien cubiertos, de manera que no hubiera la menor desviación. Un soldado apuntaba apoyando la boquilla de su fusil Mausser sobre el corazón del primero de cada una de las filas o hileras, disparaba a quemarropa, y todos rodaban simultáneamente atravesados por el mismo proyectil, retorciéndose en feroces espasmos para quedar inmóviles a los pocos momentos.

Entre los prisioneros estaba el teniente Rojas, a quien había tocado en suerte ser de los últimos en la fila. En el momento del disparo, cayó, como los demás, sin sentido. Villa presenciaba aquellas terribles ejecuciones rodeado de varios jefes y subalternos.

Los soldados a quienes habían encomendado aquellas múltiples ejecuciones se dedicaron ávidamente a despojar a los muertos de sus pertenencias, con esa avidez terrible que se apodera de los soldados de todas las nacionalidades. Para ellos era tarea habitual que

efectuaban sin escrúpulos y sin remilgos. Un soldado se sentó confianzudamente en el abdomen de Rojas y apresuradamente lo despojaba de sus zapatos, pero el "muerto" se incorporó y con sus manos rechazó bruscamente al "avanzador". Este, presa de pánico, lívido, lanzó un alarido de espanto y emprendió precipitadamente la fuga. Villa y sus acompañantes, que presenciaban aquella repugnante escena, prorrumpieron en una estrepitosa carcajada.

El jefe de la División del Norte se acercó a aquel oficial que resucitaba cual nuevo Lázaro. Lo ayudó a levantarse. Estaba pálido, exangüe, demudado, con la guerrera de kaki manchada de sangre. Registrado, se vio que el proyectil no había interesado su corazón. Se trataba de una herida en sedal cerca de la axila izquierda. Seguramente, al estar en la fatídica hilera y en el momento del disparo, por un movimiento reflejo y por espíritu de conservación, se ladeó y se salvó de una muerte segura.

Villa lo interrogó sonriente y cuando Rojas le informó, en la posición militar del saludo, que era teniente de artillería en las fuerzas que comandaba el general José Refugio Velasco, Villa, dirigiéndose a su jefe del Estado Mayor, con aquellos cambios tan característicos en él, le dijo:

—Que este c… se incorpore a nuestras fuerzas y que sea ascendido a capitán.

Por eso sus compañeros llamaban "El Resucitado" a aquel oficial taciturno y valiente.

En esos momentos y en medio de aquel sopor y de aquel cansancio, se dejaron oír las marciales notas de la vieja marcha *Zacatecas*, ejecutadas con verdadero entusiasmo. Todos dirigimos nuestros ojos a una casucha de adobe, en cuya puerta, formados en círculo, resoplaban vigorosamente en sus latones hasta 30 músicos militares, todos broncíneos, casi todos panzones, con los carrillos inflados, como si se tratara de un desfile. Parecía que en los alientos de aquellos filarmónicos residía su salvación.

El general Maclovio Herrera había capturado entre los prisioneros a una completa banda militar de música y ahora la obligaba a tocar en la puerta de su casa lo mejor de su repertorio. Aquellas bélicas y alegres notas resuenan terribles en este ambiente de tristeza, a pesar de la victoria, y el contraste es más cruel cuando se percibe que son los vencidos, los prisioneros famélicos y con gran inquietud en el corazón, los que las ejecutan con brío tan singular e inusitado en este campo sembrado de cadáveres sobre el cual revolotean los siniestros zopilotes.

Como si se tratara de un buen augurio, en aquellos instantes llegó al fin el ansiado tren de carros de municiones tirado por hermosas y robustas "quintoqueñas". Inmediatamente se plantaron las cocinas de campaña de las diversas corporaciones, y los soldados, provistos de sendas escudillas, se preparaban a recibir sus alimentos. Al poco rato, las bandas suenan el alegre toque de *Rancho*, tan grato a todos los soldados. Y en esta vez, aunque tardío, fue más abundante que de costumbre. Se repartió ración doble y cada soldado recibió, por disposición especial del general Villa, una lata de conserva de duraznos de California.

Los soldados que pudieron hacerlo, se instalaron en las contadas y reducidas sombras del campamento, congregándose en grupos para tomar sus alimentos. Otros se vieron constreñidos a sentarse en el suelo bajo los rayos de un sol que caldeaba los huesos. La tristeza se trocó en alegría. El cansancio y el mal humor se ahuyentaron y se dejó oír por todo el campo un murmullo de animación.

Recorrí los grupos. Los soldados están felices con la abundante y excelente pitanza. Engullen a dos carrillos y a dos manos.

En un cotarro, un soldado sacaba con los dedos un durazno californiano de una lata y se lo tragaba de un bocado. El almíbar chorreaba por las comisuras de los labios y embadurnaba y pegosteaba el duro bigote lleno de polvo. Arrojó el hueso y se limpió la

boca con el reverso de la mano derecha. Muy orondo, sentado a la turca, mientras empuñaba otro durazno, irguiendo el busto y levantando la cabeza lanzó un prolongado alarido de alegría y gritó destempladamente, con satisfacción que parecía rebosarle de lo más hondo del corazón:

—¡Que Huerta no se rinda nunca!

Yo observaba la escena con interés, pero este se tornó en sorpresa ante aquellas palabras que me causaron admiración y curiosidad. ¿Por qué este soldado desea que Victoriano Huerta no se derrumbe nunca, cuando el anhelo más grande de todos los revolucionarios es que termine de una vez por todas aquella administración de pesadilla y por eso, precisamente, hemos empuñado las armas?

Me acerqué al grupo. Departí amigablemente con los soldados, dándoles palmadas en los hombros, para inspirarles confianza. Hablamos de las peripecias del combate de la mañana y luego me dirigí al soldado que había lanzado aquel conjuro, para inquirir las causas:

—Y tú, hijo, ¿por qué quieres que Huerta no se rinda nunca?

Y aquel rudo soldado, fuerte, inteligente, joven, bronceado, vestido de kaki, con polainas de lona gris, zapatos amarillos de factura norteamericana y tocado con sombrero de fieltro, me dio una contestación y una explicación que no olvidaré nunca por su hondura, por su significación y por su alcance.

—Imagínese, jefe, si he de querer que se rinda Victoriano Huerta. Yo ganaba antes de la revolución, en una hacienda, un jornal de 25 centavos diarios y un puño de maíz por trabajar de sol a sol, y muchas veces nos levantaban en la noche para las labores de riego en la época de avenidas. Los 25 centavos se iban todos en la tienda de raya del amo y nunca los veíamos. Al contrario, siempre estábamos "entracalados" todos los peones. Vivía en un jacal, andrajoso y sin tener qué comer, con mi pobre mujer y dos hijos, pues las mercan-

cías y la ración de maíz que me daban no bastaba para quitarnos el hambre. Ahora, con mi general Villa, gano $1.50 diarios, buena comida y buena ropa y a veces… manos libres. Nunca me había trajeado bien. Nunca había comido como ahora. Nunca había probado estos duraznos, que están requetebuenos. Dígame, jefe, si he de querer que Huerta se rinda y se acabe la "bola". Es cierto que peligra el pellejo, pero las balas no hacen nada y… vale tan poco la vida para nosotros los peones.

Tenía razón aquel rudo soldado. Para ellos la vida no valía la pena vivirla. Para ellos resultaban una bendición del cielo las andanzas revolucionarias.

En la tarde continúan llegando prisioneros hasta formar un total de 2,101. Todos los trenes del enemigo han sido capturados, todas sus municiones y su impedimenta. Han sido recogidos más de 3 mil fusiles.

Las casas de la estación están llenas de heridos. Con rapidez, el doctor Silva y un médico alemán hacen las primeras curaciones, vaciando sobre las heridas frascos de yodo y colocando los primeros vendajes. Se establece un servicio para la evacuación de los heridos hacia Sauceda, donde se encuentran los carros del servicio sanitario.

El general Robles persigue a los fugitivos. Sólo ha logrado escapar intacta la caballería a las órdenes del general Miguel Álvarez, que tomó el camino de Saltillo, por Mesillas. La persecución debe ser sostenida y a fondo.

El general Villa dio orden de que no se fusile a ninguno de los prisioneros.

Mayo 18, 1914

Fui a caballo con el capitán Eugenio Aguilar a identificar el cadáver del general Francisco A. Osorno. Lo encontramos en el lecho seco del arroyo de Saltillo.

Mayo 19, 1914

Recorrí a caballo todo el campo de batalla levantando un croquis.

Mayo 20, 1914

Fui a mediodía a la hacienda de Anhelo con el mayor Enrique Santos Coy, quien pertenece al Estado Mayor del general Villa. Tuvimos que atravesar el arroyo de Patos por un dédalo de cauces hechos por las impetuosas corrientes. Nos bañamos en las aguas termales de Anhelo y después comimos con el general Ceniceros. Este me obsequió una moneda de plata de un peso, mandada acuñar en Pedriceña, Durango, por el general Calixto Contreras. Es una moneda imperfecta y que constituirá una verdadera novedad para los aficionados a la numismática, pues la acuñación fue muy corta. En el anverso tiene el águila nacional con las leyendas: "Ejército Constitucionalista" y "Muera Huerta". En el reverso, un gorro frigio con rayos y las leyendas: "Estados Unidos Mexicanos". "Un peso-1914". Celebramos la humorada de don "Calistro", como le dicen al general Contreras en la División del Norte.

En la División se hacen los preparativos para marchar sobre Saltillo, reparándose a toda prisa los desperfectos causados por Coss. Ya fue destacada, además de las brigadas de Robles, una brigada que tomó la dirección de la villa de General Cepeda.

A las ocho de la noche recibí por telégrafo un mensaje del general Robles en el cual comunica que tomó Saltillo, que el grueso de la guarnición huyó y que sólo tuvo que combatir con la retaguardia comandada por Argumedo. Agrega que los federales incendiaron el Casino de Coahuila y saquearon muchas casas comerciales.

Inmediatamente transmití el mensaje a los generales Villa y Ángeles, que se encuentran en Fraustro, y, lleno de gusto, mandé que todas las bandas de artillería tocaran *Diana*. Los soldados, contentísimos, disparaban al aire sus fusiles y tuve bastante trabajo para lograr que cesara aquel fuego de regocijo.

Me acuesto pensando que muy pronto voy a ver a mi madre, a mi mujer y a mis tres pequeñas hijas.

Mayo 21, 1914

Dos oficiales, prisioneros en el inmediato rancho de San Francisco, comunicaron a sus aprehensores que el general Igna-

cio Muñoz, comandante de las fuerzas federales, se encontraba muerto cerca de la cumbre del cerro de San Francisco. El general Villa, que tuvo conocimiento de esta información, encargó al general Ángeles que identificase el cadáver de Muñoz. Yo lo acompañé y presenciamos un espectáculo muy desagradable. Subimos al cerrito de San Francisco, de poca elevación, y entre un hedor insoportable, encontramos dos cadáveres hinchados, con las caras llenas de repugnantes gusanos.

Uno de los cadáveres era efectivamente el del general Muñoz; el otro pertenecía al coronel de ingenieros Joaquín Gómez Linares, compañero mío de promoción en el Colegio Militar de Chapultepec.

Nos acompañaban los oficiales prisioneros, quienes nos informaron que tanto Muñoz como Gómez Linares escaparon a caballo, seguidos por una fracción de tropa; que como vieran unas caballerías por el sur, que les interceptaban la retirada, subieron al cerro de San Francisco, seguidos muy de cerca por los revolucionarios; que hubo un momento en que, por lo abrupto del cerro, tuvieron que echar pie a tierra y que, siendo Muñoz muy grueso y muy pesado, ascendía con dificultad; que la mayor parte de los soldados y oficiales lo abandonaron, logrando trasponer la cumbre del cerro y que el grupo de revolucionarios, a una distancia de unos 20 metros, les intimó rendición a Muñoz y a Gómez Linares; que el primero contestó con una insolencia y que en el acto le dispararon una descarga.

Al regresar a Paredón acompañé al general Ángeles, quien dio parte al general Villa de lo que había presenciado.

En esos momentos este se preparaba para marchar a Saltillo con una escolta. Yo pedí permiso al general Ángeles para acompañarlo y, obtenida la venia correspondiente del general Villa, embarqué mi caballo. Llegamos a Estación Zertuche a las cuatro de la tarde. Allí desembarcamos la caballada, por encontrarse quemados algunos puentes al sur, y emprendimos la marcha por tierra al galope de los caballos, en medio de una nube de polvo. Entramos al fértil valle

de Saltillo, lleno de trigales que entusiasmaron a Villa; pasamos al galope por Ramos Arizpe, y a las siete de la noche, entre un repique a vuelo de las campanas de todos los templos, entramos a Saltillo.

Hacía siete meses, precisamente, que había salido de mi tierra entre filas de soldados federales, preso y humillado. Ahora hacía una entrada triunfal.

Abracé con un gusto enorme a mi buena madre, a mi esposa y a mis tres hijas. Estoy contentísimo.

Mayo 22, 1914

En la mañana me presenté en el Cuartel General, que está instalado en la casa de don Francisco Arizpe y Ramos, frente a la plaza principal. Tuve dificultades para entrar, por encontrarse fuera del edificio una gran cantidad de gente del pueblo. El general Villa había declarado fuera de circulación unos billetes emitidos por el gobierno local huertista, firmados por Massieu y por don Praxedis de la Peña, y había mandado repartir dinero entre las clases menesterosas de la ciudad. Ese reparto motivaba la avalancha de pueblo.

Saludé al general Villa, quien me recibió afectuosamente. Allí vi presos a algunos frailes. Villa mandó que los servicios de los templos continuaran en ejercicio, pero ordenó la captura de todos los sacerdotes extranjeros y la de los jesuitas extranjeros y mexicanos. Los cultos deberían estar a cargo de mexicanos, con exclusión absoluta de los jesuitas.

Pregunté a alguien el motivo de aquella orden y me informaron que el general Villa tenía una predisposición muy grande contra los sacerdotes extranjeros que, según él, postergaban siempre a los mexicanos, y que su mala voluntad para los jesuitas era tal, que los calificativos más crueles empleados por él cuando quería ofender a alguno, eran "jisuita" y "corriente".

Al salir, observé que el edificio del Casino había sido incendiado. Las paredes de blanca toba caliza se habían convertido en negras; las puertas quemadas, los techos desplomados, y en los pisos y en las cercanías, un hacinamiento de escombros. Me informaron que

Maass mandó incendiar ese edificio y que el ejecutor fue un aventurero llamado Gonzalo A. Enrile. También me dijeron que los federales, antes de evacuar la plaza, practicaron un saqueo metódico de los bancos y de las casas comerciales; que hileras de carros de transporte llevaron mercancías y muebles a los convoyes ferroviarios y que de las cajas del Banco de Coahuila fueron extraídos 150 mil pesos en monedas de oro.

Me cercioré de que Maass nunca tuvo intención de resistir en Saltillo y de que sacrificó inútilmente al destacamento de Paredón.

Regresé a mi casa. A los pocos momentos recibí a una comisión de saltillenses, entre los cuales se encuentran antiguos compañeros míos de escuela. Pretenden saludar al general Villa y quieren que yo los conduzca a su presencia. Trato de excusarme porque temo las consecuencias de la entrevista, pero mi resistencia es inútil; me comprometen a que cuando menos hable con el general Villa para preguntarle si desea recibir a una comisión de comerciantes, industriales y agricultores de Saltillo que desean presentarle sus respetos.

Hablé de nuevo con el general Villa. Mis paisanos me esperan en la plaza inmediata.

Al general Villa le bailaron los ojos de contento y noté un extraño fulgor cuando escuchaba. Al terminar mi embajada, me dijo:

—Sí, tráigamelos hoy mismo, a las cuatro de la tarde.

A las cuatro acompañé a la comisión compuesta de unas 20 personas. El distinguido poeta coahuilense don José García Rodríguez, que es al mismo tiempo agricultor desafortunado, fue el encargado de la salutación.

Villa nos recibe en su recámara. Está sentado en una cama, pero al vernos, se incorpora. Sus piernas están cubiertas por altas mitazas de finísima piel, su busto lo cubre una fina camisola de seda y su cabeza deja ver sus cabellos ensortijados por tener el sombrero tejano echado hacia atrás. De su cintura, en el lado derecho, y echado hacia adelante, pende un enorme pistolón 45.

Todos los miembros de la comisión le estrechan la mano. José García Rodríguez le espeta un breve saludo:

—Señor general Villa: Los representantes de la industria, de la agricultura y del comercio de Saltillo le saludan a usted muy cordialmente, le dan la bienvenida y desean que su estancia en esta ciudad le sea muy grata.

Villa paseaba su mirada por cada uno, como si quisiera medirlos, y contestó con calma:

—Yo también deseo cordialmente que mi estancia en Saltillo les sea grata a ustedes. Ya sé que todos ustedes ayudaron a Victoriano Huerta… —hizo un silencio y clavó su mirada en todos— pero sé… —agregó pausadamente— que le ayudaron por la fuerza, y así como ustedes ayudaron a Huerta por la fuerza, quiero que ustedes me ayuden a mí por la justicia. Porque si no me ayudan ustedes, ¿con qué quieren que "manije" estos 18 mil hombres que "truje"? Como estoy seguro de su buena voluntad para la causa del pueblo, les ruego que al salir de aquí, se junten, cada uno dé lo que buenamente pueda, y pasado mañana, a esta misma hora, los espero para que me traigan lo que hayan reunido y me digan: "General: aquí le 'traimos' a usted este real y medio…".

Sin hablar más, les estrechó la mano y los despidió afectuosamente.

Mis paisanos no salieron muy complacidos de la entrevista, pero decidieron reunirse desde luego para ayudar al general Villa.

Mayo 23, 1914

Me he quedado encerrado con mi madre, con mi mujer y mis hijas, que están, como yo, locas de gusto. En la tarde recibí la visita del general Ángeles y del doctor don Miguel A. Silva. Quiero procurarles alojamiento, pero el doctor Silva se niega rotundamente, diciendo que está en el hotel.

Villa ha instalado en el Palacio de Gobierno al gobernador nombrado por don Venustiano Carranza, el licenciado Jesús Acuña, y ha designado Jefe de las Armas de Saltillo al coronel Severiano Rodríguez, cuyo nombramiento fue hecho también por Carranza.

El segundo nombramiento ha provocado una lluvia de protestas por parte de los generales Ernesto Santos Coy y Francisco Coss, quienes ya entraron con sus fuerzas a Saltillo, ocupando y saqueando el antiguo colegio de jesuitas, llamado de San Juan Nepomuceno. Dispersaron la biblioteca y destruyeron los gabinetes de física y de química.

Estos generales hicieron su protesta a Villa en forma algo descomedida. Villa les manifestó que había hecho el nombramiento de Rodríguez por acuerdo expreso de Carranza. Todavía replicaron los generales, y Villa les contestó con dureza que él estaba acostumbrado a colgar generales.

Mayo 24, 1914

Recorrí con Ángeles gran parte de la ciudad de Saltillo y sus alrededores.

Mayo 25, 1914

A las dos de la tarde partí de Saltillo con el general Ángeles. Vamos a Torreón. En Saltillo se decía que la División del Norte iba a proseguir su marcha hacia el sur, por San Luis Potosí, pero Carranza decidió que esta marcha la efectuaría el Cuerpo de Ejército del Noreste a las órdenes de don Pablo González; que la División del Norte avanzaría sobre Zacatecas, y que el Cuerpo de Ejército del Noroeste, con Obregón a la cabeza, seguiría por Guadalajara.

Mayo 26, 1914

La vía entre Saltillo y Torreón, por Paredón, ha quedado totalmente reparada, con una prontitud que asombra. Llegamos a Torreón a las dos de la tarde. El general Ángeles me comunica que ha sido autorizado por el general Villa para formar un regimiento de infantería que sirva de sostén a la artillería, con los prisioneros tomados en Paredón que, por su voluntad, quieran servir en nuestras filas; que el regimiento se compondrá de tres batallones de 500 plazas cada uno y que yo debo organizar y tomar el mando de ese regimiento. “Es necesario —agrega el general Ángeles— que tengamos algunos infantes”.

Mayo 27, 1914

En la misma tarde ocurrí a los cuarteles en donde se encuentran los prisioneros. Estos, algo mermados en su número, pues ha habido gran demanda de cornetas, clarines y trompetas, así como de músicos que ya han sido agregados a algunas de las brigadas de la División del Norte. Hay un total de 1,693 prisioneros. Los mandé formar, expresándoles que el jefe de la División del Norte deseaba que todos ellos se incorporaran a sus filas, pero que quería que lo hicieran por su voluntad; que a los que no quisieran hacerlo, se les proporcionaría un salvoconducto y los fondos suficientes para que regresaran a sus hogares, y que los que se quedaran recibirían un sueldo de $1.50 diarios, rancho, igual al que estaban recibiendo como prisioneros de guerra, y vestuario. Mandé que los que quisieran regresar a sus hogares dieran un paso al frente. Sólo se adelantaron en las filas 122 hombres. Tenía de sobra para mi regimiento de 1,500 soldados. Cada uno de sus tres batallones debería estar dotado de una sección de cuatro ametralladoras y de una sección del servicio sanitario.

Se tomaron los nombres de todos los soldados. En los almacenes de la División del Norte, de una manera muy expedita, me proveyeron de vestuario interior y exterior para estos soldados, que con los nuevos uniformes de kaki adquirieron un aspecto marcial.

Mayo 28, 1914

Encuentro la dificultad de los oficiales para llenar los cuadros de los tres batallones de mi señor regimiento de 1,500 plazas y, sobre todo, para la organización de las bandas. Las otras brigadas han acaparado a los músicos y cornetas. Sólo encuentro algunos tambores. El general Ángeles quiere que esta organización se lleve a cabo muy rápidamente, pues dice que muy pronto tendremos que marchar a Zacatecas.

A las seis de la tarde me mandó llamar el general Ángeles para ordenarme, de parte del general Villa, que marche a Durango a presentarme al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Agrega Án-

geles que hable con el general Villa para que me autorice a declinar la comisión.

Conferencié con Villa, quien me mostró un telegrama de Carranza en el que ordena que me presente inmediatamente en Durango, y Villa dice que él tiene que obedecer al Primer Jefe.

Regresé con Ángeles. Este me compadece. Díceme que voy a un centro de chismes y de intrigas, del que él afortunadamente pudo salir. Que me retendrán en el círculo del Primer Jefe con el pretexto de "esperar órdenes" y que los mediocres que lo rodean me hostilizarán y seré el blanco de su espionaje y de su maledicencia. "Pasarán varios días —agregó Ángeles— antes de que sea usted recibido por Carranza. En las antesalas se acercarán a conversar con usted los lacayos que lo rodean y lo sondearán para inquirir si es incondicional carrancista. Yo, en Sonora, me asfixiaba en el estrecho círculo del Primer Jefe y de su mediocre séquito. Ya me imagino lo que sufrirá y lo compadezco de todas veras. No lo envidio".

Abracé al general Ángeles y me despedí, impresionado hondamente por sus palabras.

Capítulo XXXIII

Arribo a Durango.— Breceda, edecán del Primer Jefe.— Largo interrogatorio.
La belleza de Durango.— Los merenderos.— Entrevista con Carranza.
Su tozudez.— Sus antecedentes.— Oficial reservista.
Senador porfirista.— Representante mudo.
Candidato oficial al Gobierno de Coahuila.
Su participación en el movimiento maderista.— La catedral.
La indumentaria de Ciro B. Ceballos.— El séquito de Carranza.
Iglesias Calderón.— El voto de Hurtado y Espinosa.
El aspecto de Heriberto Barrón.— Las chivas de Barrera Peniche.
La elegancia de Fabela.— "El fabelismo".— Los hermanos Arrieta.
Pastor Rouaix.— El pintoresco Pancho Cerna.— Un "entourage" mezquino.
El Cerro del Mercado. Las algaradas de Huerta.
La disgregación de su camarilla.— Una fiesta cursi.
Don Ignacio Bonillas.— Juanito Barragán.
La organización del gobierno de Carranza.— Las recitaciones de Barrón.
Viaje a Torreón.— Las farsas de una compañía de acróbatas.
Arribo a Torreón.— Fría recepción.— El brindis de Fabela.
Llegada a San Pedro.— Las seducciones de Carranza.— Arribo a Saltillo.

Mayo 29, 1914

A LAS SIETE de la mañana salí de Torreón para Durango. La locomotora quema leña y arroja regueros de chispas que se introducen por las ventanillas de los coches, las cuales deben mantenerse abiertas a causa del excesivo calor. Atravesamos un bosque de huizaches y de mezquites que está siendo talado, bárbaramente, para proveer de combustible a las locomotoras.

El camino lo hago totalmente abstraído. ¿Para qué me querrá don Venustiano? Pienso en los peligros que me señaló Ángeles.

Llegué a las cuatro de la tarde a Durango. Me alojé en el Hotel Richelieu, frente a la plaza, y frontero al palacio municipal. Me quité

el polvo rápidamente y me dirigí desde luego al edificio del Banco Durango, en donde está alojado don Venustiano Carranza.

Me anuncié con un ujier de mala cara, quien pasó mi tarjeta sin decirme una sola palabra. Al poco rato salió un individuo tosiendo y dándose aires de importancia. Me pidió mi nombre, me dijo que el Primer Jefe estaba en acuerdo y que tuviera la bondad de esperar. Tomó asiento frente a mí. Vestido con uniforme de gabardina gris, joven, de color amarillento, casi verde, con ojos grandes y saltones que no se atreven a mirar de frente, rasgos regulares y una gran petulancia, tose con frecuencia e interroga de un modo impertinente y tonto. Es Alfredo Breceda, el favorito del Primer Jefe, a quien se le achacan complacencias vergonzosas para su protector y a quien se señala como el jefe del servicio de espionaje del mismo. Tiene los modales y la forma de hablar de los protegidos que nada valen por sí mismos. —¿Usted perteneció al Ejército Federal? —Sí, pero al asumir Huerta el poder, solicité y obtuve mi licencia absoluta, sacrificando una carrera de 18 años. Estuve preso en la Penitenciaría del Distrito Federal y en la fortaleza de San Juan de Ulúa. Después me incorporé a la revolución y milité en las filas de los generales Carrera Torres y Villa, y por llamado del señor Carranza vine a presentarme.

¿Qué opina usted de Huerta? ¿Qué opina usted de Félix Díaz? ¿Cómo dejó usted a México cuando salió de allí? ¿Cómo logró usted escaparse de México? ¿Cómo están organizadas las fuerzas de Carrera Torres? ¿Cómo están organizadas las fuerzas de Villa? ¿Cómo fue el combate de Paredón? ¿Cómo encontró usted a la ciudad de Saltillo? ¿Está contento el general Ángeles en la División del Norte? ¿Lo trataron bien a usted? ¿Hay buena organización en la División del Norte? ¿Quieren bien al Primer Jefe? ¿Conocía usted al señor Carranza?

Por dos horas escuché con resignación franciscana este largo e imbécil interrogatorio. Breceda tose continuamente, con una tos

seca y corta, y afecta una gran importancia. Contesté brevemente todas sus necias preguntas. A las seis y media de la tarde se levantó Breceda, entró al lugar en que despacha el Primer Jefe y regresó a los pocos momentos, diciendo que el señor Carranza no podía recibirme y que debía regresar al día siguiente a las 10 de la mañana.

Me retiré, y caminé saboreando las delicias del dulce y fresco clima de Durango, de marcado contraste con el caluroso de Torreón. Admiré la antigua fachada de la catedral, de hermoso aspecto en conjunto; la plaza principal sombreada de árboles; la pretenciosa fachada moderna del Palacio Municipal, y llegué hasta el parque Ortiz de Zárate.

En la noche me metí a un merendero que está frente a la plaza. Allí encontré al doctor José María Rodríguez, antiguo conocido mío y paisano, quien me trató afectuosamente y me presentó con el general Ignacio Pesqueira, ex gobernador de Sonora. El doctor Rodríguez es el médico del señor Carranza.

Mayo 30, 1914

Seguramente el resultado de las pesquisas hechas por Breceda y su informe al señor Carranza fueron satisfactorios, pues este me recibió a las diez en punto de la mañana. Me saludó secamente, con cierto aire de autoridad. Después de tomar asiento, me interrogó:

—¿Por qué se presentó usted a la División del Norte, en lugar de presentarse a mí para que le asignara comisión? Estas faltas son disculpables en los revolucionarios que no han hecho estudios en una escuela militar, pero no lo son en usted, que ha salvado los conductos.

Y Carranza, mirándome fijamente a través de sus anteojos con cristales muy obscuros, y rascándose la grande y cerdosa barba cana, recalcó la última frase, que me causó admiración por su tontería. Rápida y enérgicamente, contesté:

—Señor, me presenté a la División del Norte porque al llegar a Torreón supe que esta marchaba a tomar la plaza de Saltillo. Por circunstancias ajenas a mi voluntad me he incorporado demasiado tarde a la revolución. Después de haber obtenido mi baja del ejército, estuve preso y quise desde luego prestar servicios efectivos de campaña. Conozco bien la ciudad de Saltillo y sus alrededores y creí que mis servicios podían ser de alguna utilidad en el ataque de esa plaza. Además, y esto no puedo negarlo, me guió para ello una causa sentimental: allí se encuentran mi esposa y mis hijas, y deseaba verlas. Por lo demás, no creo haber cometido ninguna falta. Me presenté al general Felipe Ángeles, que es el subsecretario de Guerra, manifestándole mis deseos de concurrir al ataque de Saltillo. En ello no existió ninguna falta, y sí, por el contrario, el deseo vehemente de servir. Si me hubiese presentado directamente a usted, entonces sí habría salvado los conductos.

Mientras yo hablaba, Carranza me miraba de hito en hito a través de los vidrios azules, rascándose el mentón, con la cara impasible, surcadas las narices por grandes venas de un rojo azulado. Aquel hombre contestó con el mismo aire de autoridad con que lo encontré revestido:

—Siempre cometió usted una falta. Usted salvó los conductos.

—No estoy de acuerdo con la imputación de usted. Creo haber demostrado que no los salvé.

—Sí los salvó.

Comprendí que era inútil, y hasta podría ser perjudicial continuar discutiendo con este testarudo. Decidí cortar por lo sano, diciendo:

—Usted me mandó llamar para recibir órdenes. Le ruego se sirva dármelas.

—Permanezca usted en esta ciudad y espere mis órdenes.

Me despedí francamente disgustado de esta conferencia y formándome una triste opinión de Carranza, a quien conocía desde

hacía luengos años. Desde que yo era un niño lo vi varias veces en mi casa, tratando asuntos de negocios con mi padre. Sabía que era un hacendado de Cuatro Ciénegas de modesta fortuna, que por sus venas no corría una gota de sangre india y que sus ascendientes eran de pura sangre vasca. De estatura aventajada, robusto, con bigote y larga pera entrecanos, con anteojos azules y un bombín negro que le caía ridículamente, fue, allá por el año de 1900, oficial reservista de aquella famosa Segunda Reserva creada por el general Reyes, cuando este mílite era secretario de Guerra y Marina. Posteriormente, y por largos 12 años, fue senador de la República por el Estado de Coahuila durante la época porfiriana, en la que nadie podía ser diputado ni senador sin el consentimiento del general Díaz. Todo el mundo consideraba a Carranza como un satélite del licenciado Miguel Cárdenas, por muchos años gobernador de Coahuila, el que a su vez gravitaba en la órbita política de Reyes.

Por 1909, Cárdenas decidió abandonar el Gobierno de Coahuila y escogió para candidato a su compadre Carranza. Parece que esta candidatura, por gestiones de Reyes, alcanzó la anuencia del general Díaz, y todos esperaban que Carranza sería el sucesor de Cárdenas. Pero Reyes cayó en desgracia con todos sus protegidos y amigos. Cárdenas fue constreñido a abandonar el Gobierno de Coahuila y fracasó también la candidatura oficial de Carranza.

Traté algunas veces a Carranza en una casa de huéspedes, la de las señoritas López Araiza, ubicada en la calle de la Pulquería de Celaya, en la Ciudad de México, en donde era huésped mi hermano Miguel mientras fue estudiante de Jurisprudencia. Allí se alojaba nuestro hombre cuando venía de Coahuila a desempeñar sus funciones senatoriales, que fueron, más que mediocres, nulas. En los 12 años en que fue senador sólo pidió la palabra una sola vez: para informar que, habiendo sido comisionado junto con otros senadores para visitar a un colega enfermo, habían cumplido con el encargo del Senado y que el colega referido se encontraba muy mejorado

en su salud. Todo mundo puede registrar la colección del *Diario de los Debates* y no encontrará allí un solo discurso de Carranza, ni una iniciativa y ni siquiera una mala moción de orden.

Cuando estalló el movimiento maderista, Carranza tomó parte en él de una manera tardía, pues aseguran que concurrió a principios de 1911 al curioso sitio de la plaza de Ojinaga, defendida por el general Gonzalo Luque, asedio que duró 52 días y en el que no se registró una sola baja ni entre los sitiados ni entre los sitiadores. Al triunfo de Madero en Ciudad Juárez, Carranza fue nombrado secretario de Guerra y Marina; después asumió el Gobierno de Coahuila.

Ahora, Carranza ya no es el manso huésped de la casa de asistencia de la calle de la Pulquería de Celaya, que continuamente se rascaba la barba y el cuerpo, ni el senador insignificante. Toma aires de dictador y sólo conserva su inveterada manía de rascarse el mentón.

Como con el general Pesqueira en un merendero que está frente a la plaza principal. El general es un hombre reposado y amable. En la tarde me dedico a deambular por las calles de Durango y me meto a la catedral, cuyo interior estudio, llamándome la atención la pintura de las bóvedas de la sacristía, por lo extravagante. Hago que un clérigo me acompañe y me muestra una verdadera riqueza en casullas bordadas en Toledo a mediados del siglo XVII. Me muestran las criptas en que están sepultados los obispos de Durango, y entre esos cadáveres miro el incorrupto del obispo Zubiría.

Casi me parece un crimen admirar, en estos momentos de luchas, casullas clericales y cadáveres de obispos, pero la tozudez de Carranza me obliga a esperar órdenes.

En la noche paseo por la plaza principal y tengo la fortuna de encontrar dos viejos amigos: Ciro B. Ceballos y el licenciado Martín Suárez Gómez. Ciro es un periodista de combate que ha escrito una obra de admirable documentación: *Aurora y ocaso*. Es muy conocido en México, más que por sus escritos, por su rara indumentaria,

consistente en un seboso traje y en un invariable sombrero alto, que, a fuerza de viejo, ya no despedía luces. En México es un tipo casi tan popular como don Nicolás Zúñiga y Miranda. Pero en Durango está irreconocible. Ahora viste un *flux* nuevo y usa un sombrero de jipi. La revolución lo ha transformado. El licenciado Suárez Gómez fue mi compañero de escuela en Saltillo. Los dos esperan, como yo, órdenes del Primer Jefe.

Mayo 31, 1914

La plaza principal de Durango, a eso del mediodía, presenta un aspecto pintoresco y abigarrado, y es, al mismo tiempo, un centro de intrigas y de chismes. Allí distraemos nuestros ocios todos los que esperamos órdenes del Primer Jefe, que somos muchos, y también los que tienen comisiones. Por allí pasean don Fernando Iglesias Calderón, presidente del Gran Partido Liberal y ampuloso autor de varios insulsos libros de rectificaciones históricas; don Leopoldo Hurtado y Espinosa, uno de los cinco diputados que en febrero de 1913 dio un voto negativo a la aceptación de las renuncias de Madero y Pino Suárez, industrial de Uruapan y comerciante de artículos de fabricación nacional; un señor Ramos, ex comerciante quebrado de Puebla, quien refiere a todo mundo que a raíz del golpe de cuartel dirigió una carta al presidente Wilson, y por ese solo hecho se cree una autoridad en asuntos internacionales; el senador Magaloni, yucateco de luenga melena; el licenciado Manuel Rivas, el mismo que estuvo a punto de ser ministro en el gabinete de Carrera Torres; Heriberto Barrón, de aspecto repulsivo, con su luciente calva, el mismo que disolvió un grupo liberal en San Luis Potosí y que después fue acólito del general Reyes; Alfonso Barrera Peniche, un yucateco simpático, decidor y desahogado, que cuenta regocijadamente que había logrado reunir un ganado de 50 mil chivos para proveer de alimento a los soldados constitucionalistas.

Entre los que desempeñan comisiones se hace notar por su elegancia, quizás demasiado refinada en aquel medio, el licenciado Isidro Fabela, oficial mayor encargado de la Secretaría de Relacio-

nes. Viste albeante traje de seda, zapatillas blancas y sombrero de jipi. No hace daño a nadie. Es el orador en todas las solemnidades oficiales. Se comenta el uso inmoderado de términos y frases rebuscadas y de elogios descomunales que en todos sus discursos prodiga al Primer Jefe. Se recuerda que en varias ocasiones lo ha llamado "El caudillo de la barba florida". A su especial estilo oratorio se le ha dado el nombre de "fabelismo".

Desfilan los hermanos generales Arrieta, caudillos militares del estado de Durango, ya convertidos prematuramente en caciques, con sus tipos verdaderamente trogloditas. Se asegura que son analfabetas los dos. Ellos han nombrado gobernador de Durango al ingeniero Pastor Rouaix, un topógrafo insignificante, y los bromistas dicen que en este nombramiento influyó grandemente en favor de Rouaix su nombre de Pastor.

En esa plaza se puede mirar, muy finchado, al coronel Jacinto B. Treviño, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe, antiguo oficial de artillería, muy mediocre; al teniente coronel Manzo, jefe del 4º Batallón de Sonora, que escolta al Primer Jefe, y a los oficiales Urquizo y Cuevas, de bigotes arriscados.

Pero el tipo más pintoresco de todos es Pancho Cerna, antiguo dueño de una tequilería y ostionería de la capital, que ahora es el intendente de las residencias temporales y de los trenes de la suprema jefatura. Se da una importancia enorme y es admirador de Sánchez Azcona, con quien estuvo una breve temporada en Francia. Vale la pena escuchar sus relatos ingenuos de impresiones de viaje. Lo que más le llamó la atención fue la catedral de Reims, pero aclara que no se pronuncia R-e-i-m-s, sino "Ram", y al pronunciar esta última palabra lo hace con un forzadísimo acento nasal.

En todos los corrillos se habla mal de Villa y de Ángeles, diciéndose que el primero es un bandido, ladrón y asesino, y que el segundo es un federal intrigante que traiciona al Primer Jefe prepa-

rando una escisión en las filas revolucionarias. *L'entourage* de Carranza es mezquino.

Junio 1, 1914

Hago un paseo en coche con el licenciado Zubiría y Campa, antiguo diputado renovador y compañero mío de prisión. Como él es nativo de Durango, me sirve amablemente de cicerone. Admiramos la rara arquitectura del Palacio de Gobierno y la extravagante estructura de un vetusto edificio colonial que perteneció al conde de Súchil y ahora es propiedad de un alemán llamado Maximiliano Damm. Después de pasar entre las pequeñas eminencias de Guadalupe y de San Diego, muy cerca de la estación ferroviaria, llegamos al famoso Cerro del Mercado. Una eminencia de unos 250 metros de altura, de unos 1,500 de longitud y de 600 de anchura. Es una enorme masa que emerge del valle. Está formada, en su totalidad, de mineral de hierro, en una proporción muy cercana al 70 por ciento.

Al pie del cerro hay una mezquina fundición que sólo ha logrado arañar de un modo insignificante la corteza de esta colina.

Junio 2, 1914

Continúan los rumores de una próxima escisión entre los adictos al Primer Jefe y las fuerzas que integran la División del Norte.

A mediodía me encontraba sentado en la plaza principal con Ciro B. Ceballos y con Martín Suárez Gómez. Don Fernando Iglesias Calderón, que paseaba con otras personas, se acercó a saludarme. Hice la presentación de mis acompañantes. Don Fernando, al oír el nombre de Ceballos, se encogió y no le dio la mano. Hubo un momento de estupefacción. Luego se despidió don Fernando. Ciro me explicó que eran enemigos porque en su obra *Aurora y ocaso* había atacado a don José María Iglesias, padre de don Fernando; este me dijo después que se había acercado sin haber reconocido a Ciro, porque andaba vestido de limpio, y que él no podía estrechar la mano del que había insultado a su padre por mandato del licenciado Ignacio Mariscal.

Junio 3, 1914

Los americanos que ocuparon Veracruz no avanzaron de esa plaza. Victoriano Huerta hizo una gran algarada, aprovechándose del patriotismo de los mexicanos para tratar de unificarlos en favor suyo y atraerse a los revolucionarios. El mismo Huerta destacó algunas tropas de línea a las cercanías de Veracruz.

A raíz de la ocupación, Carranza lanzó una protesta inflamada, una especie de ultimátum, que se quedó en el carácter de tal.

De México se han tenido noticias de que renunció el licenciado José López Portillo y Rojas a la cartera de Relaciones Exteriores; que el día 12 de mayo cayó la plaza de Tampico en poder de los constitucionalistas; que renunció también el licenciado José María Lozano a la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas, y que las repúblicas de Argentina, Brasil y Chile, por medio de sus representantes acreditados en Washington, habían ofrecido su mediación amistosa en el conflicto entre México y Estados Unidos y que, aceptados estos buenos oficios por ambos gobiernos, se determinó, como primera providencia, solicitar una suspensión de hostilidades.

Los dos gobiernos nombraron sus respectivos representantes.

También renunció a la cartera de Agricultura el licenciado Eduardo Tamariz.

Hoy en la noche se efectuó un festival literario-musical, seguido por un baile en el edificio de la Escuela Preparatoria del estado. Abundaron los ditirambos, las loas y las apologías en loor de Carranza. En el baile se observó una gran cursilería, pues las principales familias de la capital han huido, asustadas por los actos de los revolucionarios encabezados por los Arrieta. Se distinguían entre las parejas dos muchachas muy altas, muy secas y muy adornadas con miles de colorines. Eran las modistas de la localidad conocidas con el nombre de las "Banderillas de lujo".

En esta fiesta conocí a dos personajes del séquito de Carranza: a don Ignacio Bonillas y a Juanito Barragán. El primero, oficial

mayor encargado de la Secretaría de Comunicaciones, robusto y macizo, moreno, muy calvo y con largas patillas que le dan el aspecto del Escamillo de la ópera *Carmen*. Es grave y silencioso y habla con entonación yanqui. Se ufana de haber hecho una reforma importante en su secretaría: les ha cambiado a los Telégrafos Federales este odioso nombre por el de Telégrafos Nacionales. Juanito Barragán, como le dicen todos afectuosamente, es del Estado Mayor del señor Carranza; muy joven, muy elegante y muy apuesto. Oriundo de San Luis Potosí, no es un ignorante, pues era estudiante de Jurisprudencia y "destripó" para incorporarse a las filas revolucionarias. Es amable, insinuante e inteligente.

La prensa americana ha publicado noticias de que el Primer Jefe marchará a Saltillo, en donde inició la revolución, y que allí constituirá definitivamente su gobierno, nombrando secretarios para integrar su gabinete. Se observa entre los componentes del séquito mucha animación y una gran labor para ser de los elegidos. Hasta suenan los nombres de algunos candidatos. Don Fernando Iglesias Calderón y el señor Ramos, el que escribió la carta a Wilson, son los candidatos para la Secretaría de Relaciones. Se menciona el nombre de don Leopoldo Hurtado y Espinosa para ocupar la cartera de Hacienda. Magaloni sueña con ocupar la cartera de Educación. Suenan también los nombres de Cabrera y de Rafael Zubarán y Capmany, el último de los cuales es secretario de Gobernación en ulteriores combinaciones ministeriales.

Hemos recibido órdenes de estar listos para emprender mañana la marcha hacia Saltillo en los trenes de la Primera Jefatura. Me acuesto sonriendo ante los trabajos emprendidos por muchos para ocupar un puesto ministerial y sueño en unos pésimos versos titulados *Las Horas*, recitados por Barrón y de su propia cosecha, declamados en el aburrido festival con entonación tétrica y ademanes grotescos.

Junio 4, 1914

Con una anticipación de dos horas se reunió en la estación la comitiva y la escolta del Primer Jefe. Esperan tres largos trenes. El delantero, repleto de soldados, en su mayoría yaquis del 4º Batallón de Sonora. El siguiente, un tren con dos coches especiales que ostentan en sus costados grandes águilas con letreros en que se lee: "Ejército Constitucionalista-Suprema Jefatura", que lleva, además, dos coches de primera clase, tres de segunda y varios carros de caja. El último de los trenes va también lleno de soldados.

En los coches de primera clase nos acomodamos todos los que esperamos órdenes y los que desempeñan alguna comisión; los dos carros especiales están destinados al Primer Jefe y a sus allegados íntimos. En sus vestíbulos hay instalados dobles centinelas. Por fin, a las 10 de la mañana, los convoyes se pusieron en marcha y en los coches se formaron varios grupos que departían sobre el tema obligado: quiénes serían los designados para integrar el gabinete del Primer Jefe. Barrera Peniche lamentaba el despojo de sus 50 mil chivas; Fabela y don Fernando Ramos hablaban sobre graves problemas de derecho internacional; don Leopoldo Hurtado y Espinosa decía que todos los problemas de México eran económicos; Iglesias Calderón hablaba de sus rectificaciones históricas; Pancho Cerna elogiaba una magnífica fritada de cabrito de leche que había preparado la víspera para el Primer Jefe.

Llegamos a una estación insignificante llamada Chorro. Nos asomamos a las ventanillas al oír los acordes de una música militar: era la del 4º Batallón de Sonora. En el andén se habían congregado 10 mustios campesinos que miraban azorados aquellos largos convoyes, y había también un arco formado con ramas de mezquite; pero mi sorpresa llegó al colmo cuando percibí y oí a Barrón que debajo del arco triunfal daba la bienvenida al Primer Jefe a nombre de los vecinos del Chorro. Aquello rebasaba los límites de la comedia.

La representación se repitió en todas las estaciones del tránsito. Esto es indigno y no sé por qué me imagino que nos parecemos a una compañía de acróbatas.

En Estación Pasaje se hizo un prolongado alto. Ya era muy tarde y la compañía de circo no había comido. Pancho Cerna, en la sombra de un tinaco, repartía trozos de barbacoa, tortillas y pan. La compañía dio fin a aquellas viandas en un momento.

Llegamos a Avilés, a corta distancia de Torreón, al obscurecer. El Primer Jefe dio la orden de pernoctar allí. Seguramente quería llegar durante el día a Torreón. En Avilés hicimos una cena frugal con las provisiones repartidas celosa y autoritariamente por Pancho Cerna, que nos miraba a todos con aire de protección. Dormimos, doblados nuestros cuerpos sobre los asientos.

Junio 5, 1914

Llegamos a Torreón a las ocho de la mañana. Nadie nos recibió en la estación. A mediodía, banquete en el Casino de La Laguna, al que se abstuvieron de concurrir los jefes de la División del Norte. Fabela fue el encargado del brindis y salió a relucir su frase predilecta: "El caudillo de la barba florida".

En la tarde visité a Carranza para pedirle nuevamente órdenes y saber si debía recoger mi caballo. Me ordenó que siguiera con él para Saltillo. Cené con el general Ángeles. El general Villa se marchó para Chihuahua. Puedo notar que las relaciones entre la División del Norte y Carranza son muy tirantes.

Junio 6, 1914

Deberíamos salir a las nueve de la mañana de Torreón, pero el viaje se retardó una hora porque el jefe del servicio ferrocarrilero de la División del Norte se negaba a proporcionar locomotoras para el arrastre de los convoyes, alegando que no había recibido órdenes de sus jefes inmediatos. El señor Carranza se impuso con energía, y a las 10 de la mañana emprendimos la marcha. En las estaciones que están entre Torreón y San Pedro no hubo enramadas, ni tocó la música ni hubo arengas de Barrón. Llegamos a San

Pedro a las dos de la tarde y nos dirigimos al Casino de la Laguna, en donde se sirvió un banquete de 150 cubiertos.

Allí se registró un incidente desagradable: Iglesias Calderón no quería sentarse a la mesa del Primer Jefe, porque en una mesa lejana se encontraba Ciro B. Ceballos. Al fin, todo se arregló, pues ni Iglesias Calderón ni Ceballos se salieron del banquete.

Al final de la comida hablaron Fabela y Barrón.

Junio 7, 1914

Salimos a las dos de la tarde de San Pedro de las Colonias. Pasamos a las cinco por Paredón y, un poco antes, el señor Carranza me mandó llamar para que fuese a su carro. Hubo un movimiento de sorpresa y de estupefacción entre mis compañeros de viaje, que se quedaron intrigados con esa insólita llamada.

Entré al carro del Primer Jefe, que tiene una especie de saloncito, un comedor y varios camarotes. Me hizo tomar asiento y me pidió que le relatase cómo se había desarrollado el combate de Paredón. Lo hice en breves palabras, haciéndole saber que la víspera del referido combate, el general Villa había mandado una fuerza de caballería a Estación Zertuche para interceptar la línea de comunicaciones del enemigo; que el combate había sido fulgurante y decisivo gracias al choque de una gran masa de caballería; que había durado 15 minutos y que la artillería nuestra no había tenido oportunidad de disparar un solo cartucho.

Don Venustiano, desde que fue oficial reservista, tiene una gran pasión por todas las cosas militares. Viste un uniforme gris sin botones metálicos y sin insignias, pero ha sido un caudillo desafortunado. Dios no lo llamó por ese camino, y en dondequiera que ha querido aplicar sus rudimentarios conocimientos militares ha fracasado. Cuando le refería los detalles del combate de Paredón, le brillaban los ojos, a través de los vidrios azules, con raras fulguraciones. Noté que se entusiasmaba con el brillo de la gloria militar, que nunca había logrado alcanzar, y con entonación jactanciosa y grave, me dijo:

—Yo preparé ese combate. Di instrucciones a Villa para que mandase fuerzas a Estación Zertuche, y ese movimiento, ordenado por mí, fue el que decidió el combate.

Me sorprendí ante esta afirmación audaz, pues sabía que el movimiento de Zertuche se había efectuado por sugestiones de Ángeles. Sabía, además, y me constaba, que el referido movimiento no había influenciado de ninguna manera y en ninguna proporción en el hecho de armas, pues el destacamento de Paredón ni siquiera se dio cuenta de la presencia de fuerzas nuestras en Zertuche, pero no quise contradecir a Carranza. Me limité a formarme una triste opinión de su jactancia descarada.

La conversación se prolongó por más de una hora. Don Venustiano me refirió que cuando fue atacado por un enemigo superior en número, en la hacienda de Anhelo, él cubrió la retirada sólo con su asistente Secundino, marchando al paso de sus caballos y levantando una cortina de polvo con ramas de mezquites arrastradas por ellos. Carranza se ufanaba de su táctica.

Cuando volví a mi carro, todos me rodearon interrogándome ansiosos sobre el motivo de la conferencia. Guardé un obstinado silencio.

A las ocho de la noche llegamos a Saltillo, en donde se dispensó a Carranza una brillante recepción. La estación estaba repleta de gente y de tropas. En las calles por donde pasó el Primer Jefe había una valla de tropas de caballería. Al descender del tren el señor Carranza, se inició una balacera. Todos los soldados hacían fuego de regocijo, disparando repetidas veces al aire sus fusiles. Aquello parecía un combate y apenas se percibía el rumor grato de los armoniosos bronces de Saltillo echados a vuelo.

Tomé por calles apartadas y me dirigí directamente a mi casa.

Capítulo XXXIV

Los alrededores de Saltillo.— Los derrumbes de casas.
Las ideas de Acuña.— Agasajos a Carranza.
Inminente escisión entre Carranza y la División del Norte.
La eliminación de Villa.— Natera y Arrieta rechazados en el ataque a Zacatecas.
Ruptura entre Villa y Carranza.— Un molesto espionaje.
La renuncia de Villa.— Su aceptación por Carranza.
Los generales de la División del Norte no acatan las órdenes de Carranza.
Telegrama claridoso.— Pretendido cercenamiento de las fuerzas de Villa.
Marcha de la División del Norte a Zacatecas.— Estrecha vigilancia.
El cese del general Ángeles como subsecretario de Guerra.
Un lazo de Barrón.— Proposiciones de este.
Sus gesticulaciones, sus antecedentes y su aspecto.— Una lección.
Conferencia con Carranza.— Sus ideas sobre la segunda reserva.
Las dificultades para proveer de oficiales a la marina de guerra.
La reorganización del Colegio Militar.
Las responsabilidades de los oficiales federales.
Las ideas de Carranza sobre la renuncia de Madero.
La victoria de Villa en Zacatecas.
Pláticas para arreglar las dificultades con la División del Norte.
Viaje a Monterrey. Festivales en honor de Carranza.— Viaje a Estados Unidos.

Junio 8, 1914

ESTOY CONTENTO en mi querida ciudad natal, al lado de los míos, pero noto un marcado sentimiento de hostilidad entre los adictos a Carranza. Las invectivas contra la División del Norte, contra Villa y contra Ángeles han subido de tono.

Hay muchos derrumbes en las calles de Saltillo. El gobernador Jesús Acuña y el jefe de las armas, Severiano Rodríguez, tienen el propósito de alinear muchas calles tortuosas y *manu militari* han

derrumbado las casas que estorbaban el desemboque de otras o que marcadamente estaban desalineadas.

Junio 9, 1914 Largo paseo en auto por los suburbios y por los alrededores de Saltillo. Visito el manantial principal, que fue indudablemente el que dio nacimiento al burgo español fundado allá por el año de 1575. Las huertas y los manantiales de San Lorenzo me encantan. Los segundos, de agua cristalina y fría, revientan por todas partes entre frondas bellísimas. Visité las huertas del antiguo pueblo de San Esteban de Nueva Tlaxcala, conocidas ahora con el nombre de "huertas del pueblo", que plantaron y cultivaron los tlaxcaltecas, cercanas al atormentado arroyo del Saltillo. Estuve en las cercanías del cerro del Saltillo, enorme excrecencia rojiza de formas singulares.

Junio 10, 1914 El señor Carranza ha sido agasajado con un gran número de fiestas, bailes y banquetes. Me he abstenido de concurrir a ellos porque he notado en el círculo de Carranza un gran sentimiento de hostilidad hacia mí. No sé a qué se deba, pero me imagino que la causa radica en las diferencias y conflictos que se han venido desarrollando entre Carranza y la División del Norte.

Junio 11, 1914 Se acentúan los rumores de una inminente escisión entre Carranza y la División del Norte, asegurándose que Carranza está dispuesto por todos los medios posibles a eliminar a Villa y a cercenarle sus fuerzas, que son muy numerosas y que han actuado, en cierta forma, independientemente del Primer Jefe.

Junio 12, 1914 Me he encerrado en mi casa para evitar problemas y no verme obligado a hablar o comentar las dificultades que se avizoran entre la División del Norte y Carranza.

Junio 13, 1914 Se rumorea que ya sobrevino la ruptura entre Villa y Carranza y que el primero renunció al mando de la División del Norte.

He notado que estoy sujeto a un estrecho espionaje. Dos esbirros me siguen a todas partes y otros están apostados descaradamente frente a mi casa. He prescindido de acercarme a los carrancistas y de tomar órdenes con Carranza. Junio 14, 1914

Hoy logré averiguar que los generales de la División del Norte se negaron rotundamente y en forma irrespetuosa a aceptar la separación del general Villa del mando de la División del Norte. Junio 15, 1914

Carranza, mientras Villa ocupaba Saltillo, desde Durango mandó preparar el asalto a Zacatecas por fuerzas de Natera y de Arrieta, las que lo iniciaron el 10 de junio. Parece que la intención de Carranza fue la de cerrar el paso a la División del Norte en su línea de avance sobre la capital de la República. Carranza acaba de ascender a generales de división, a los de brigada Álvaro Obregón y Pablo González, indudablemente de menos méritos, sobre todo el segundo, que Villa, y ha creado dos cuerpos de ejército: el del Noroeste, a las órdenes de Obregón, y el del Noreste, a las órdenes de Pablo González, disponiendo absurdamente que la División del Norte dependa del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Ya antes se habían registrado graves fricciones entre Carranza y Villa, durante la estancia del primero en la ciudad de Chihuahua, motivadas por intrigas de los carrancistas tendientes a aminorar la autoridad de Villa. Las desavenencias culminaron con las dificultades entre Villa y Chao, gobernador del estado de Chihuahua.

Pero las fuerzas de Natera y de Arrieta fracasaron en Zacatecas, siendo completamente rechazadas, con un gran número de bajas, el día 12 de junio. Carranza se asustó de su obra, pero no desistió de sus propósitos de eliminación de Villa. El día 13 de junio ordenó a Villa que enviara 3 mil hombres de refuerzos a Natera, cuando este ya había sido derrotado y se encontraba a gran distancia de la plaza de Zacatecas. Al día siguiente reiteró sus órdenes, sólo que en lugar de indicar 3 mil hombres, mandaba que fueran 5 mil a las órde-

nes del general José Isabel Robles. Villa indicó respetuosamente que para lograr buen éxito, una vez que Natera había sido rechazado, era indispensable que marchara toda la División del Norte al asalto de Zacatecas —cosa que, precisamente, deseaba evitar Carranza—. Don Venustiano insistió testarudamente en que debería marchar un refuerzo a las órdenes de otro general. Villa, en un rapto de cólera, presentó su renuncia al mando, la que le fue aceptada desde luego por Carranza, quien dispuso que se reunieran los generales de la División del Norte para que designasen nuevo jefe.

Pero los generales de la División del Norte no estuvieron conformes con la separación del general Villa y, al efecto, se dirigieron en forma respetuosa a Carranza, suplicándole reconsiderase su acuerdo. Este, tozudo, se negó a ello. Después de un intercambio de mensajes y de conferencias telegráficos, estalló el conflicto con toda su gravedad. Ayer, 14 de junio, los generales de la División del Norte dirigieron a Carranza el siguiente telegrama:

> De Torreón a Saltillo, Junio 14 de 1914. Señor don Venustiano Carranza. Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido o no ha querido entender nuestros dos anteriores. Ellos dicen en su parte más importante, que nosotros no tomamos en consideración la disposición que ordena deje el general Villa el mando de la División del Norte, y no podíamos tomar otra actitud en contra de esa disposición impolítica, anticonstitucional y antipatriótica. Hemos convencido al general Villa de que los compromisos que tiene contraídos con la Patria, lo obligan a continuar con el mando de la División del Norte, como si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa democrática de su Jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas. Si él lo escuchara a usted, el pueblo mexicano, que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por solución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que en camino de libertar a su país de la opresión brutal de nuestros enemigos, abandonaba las armas por sujetarse a un principio de obediencia a un

jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los estados que recorre y su desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores. Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de opacar un sol que opaca el brillo de usted y contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del señor general Villa. Por lo expuesto, participamos a usted que la resolución de marchar hacia el sur es terminante y, por consiguiente, no pueden ir a ésa los generales que usted indica.— Firmados, Calixto Contreras, por sí y por el general Tomás Urbina.— Mateo Almanza.— T. Rodríguez.— Severiano Ceniceros.— E. Aguirre Benavides.— José E. Rodríguez.— Orestes Pereyra.— Martiniano Servín.— J. Isabel Robles.— Felipe Ángeles.— Rosalío G. Hernández.— Toribio Ortega.— Maclovio Herrera.— M. García.

Junio 16, 1914

Mi situación no puede ser ni más molesta ni más delicada, a causa de la escisión entre los generales de la División del Norte y Carranza. Todos los que están cerca de Carranza me consideran como miembro de la División del Norte y saben que soy muy amigo del general Ángeles, a quien ven como el inspirador del rompimiento. Estoy siendo estrechamente vigilado, y tengo que ser en extremo cauto para no pagar los platos rotos, pues la bárbara Ley Juárez de 25 de enero de 1862 está en pleno vigor. A mí me duele esta división y juzgo que el culpable de ella es don Venustiano.

Junio 17, 1914

Llegan noticias de que la División del Norte, comandada por el general Villa, ha iniciado desde Torreón su marcha hacia Zacatecas. Los carrancistas gritan en todos los tonos que el "federal" Ángeles es el "Judas de la Revolución". Continúa sobre mí una molesta vigilancia.

Junio 18, 1914

Hay entre los carrancistas una enorme irritación contra Ángeles.

Junio 19, 1914 Hoy acordó el Primer Jefe el cese del general Ángeles como subsecretario de Guerra de su gabinete, "por convenir así al buen servicio y por no haber sabido corresponder a la confianza que le dispensó la Primera Jefatura, cometiendo contra ella una grave falta de insubordinación". Carranza ordenó se comunicase este acuerdo a todas las guarniciones constitucionalistas, para que fuera publicado en la orden del día.

Junio 20, 1914 Hoy me ocurrió un sucedido curioso. Barrón, Rivas, Meza Gutiérrez y Magaloni me invitaron a comer con ellos al Hotel Sáinz, en donde se encuentran alojados. Decliné pretextando que tenía invitados a comer en mi casa, pero ellos insistieron en que deseaban tener una conferencia conmigo y que les hiciera el favor de ir al hotel a tomar el café. Accedí, aun cuando la presencia de Barrón me inspiraba desconfianza y también una repugnancia suma por sus antecedentes y por su manifiesto y descarado servilismo. Además, en esos momentos mi situación era asaz delicada.

A las tres y media de la tarde me presenté en el edificio del Hotel Sáinz. Mis invitantes ya no se encontraban en el comedor. Ellos y Meza Gutiérrez estaban en un cuarto con vista a la calle y allí fue servido el café. Había un ambiente de misterio. Cerraron las puertas. Barrón y Rivas pidieron mi opinión sobre la escisión de las fuerzas constitucionalistas. Rehuí dar una contestación categórica, expresando que no conocía la historia del asunto. Me asediaron a preguntas, sin resultado alguno.

Con gran sorpresa mía, Barrón, con su cara de fauno calvo y decrépito y babeando por las comisuras de los labios, dijo que iba a hablar con toda claridad y con toda franqueza.

—Entre caballeros —agregó—, pues de aquí no debe exteriorizarse lo que se va a tratar. El general Villa está atacando Zacatecas, cosa que quería impedir el señor Carranza por un torpe capricho y fundado en un tonto principio de autoridad. El general Villa, con su

desobediencia, ha salvado a la revolución. El general Villa, el general Ángeles y todos los generales de la División del Norte son unos patriotas, y todos los verdaderos revolucionarios honrados debemos estar con ellos y abandonar a Carranza que, además de su incompetencia, quiere tornarse en un dictador que no tiene más ley que su capricho. La verdadera revolución está en la División del Norte, allí palpitan los ideales del pueblo, allí está el alma del pueblo. Hemos invitado al señor coronel Alessio Robles porque él pertenece a la División del Norte, porque él es buen amigo del patriota general Ángeles, porque él es un hombre de acción y, además, conocedor del terreno y necesitamos de su concurso en estos difíciles momentos, preñados de angustia para la buena causa. Queremos que él nos ayude, primero, a convencer a don Fernando Iglesias Calderón para que con nosotros marche a Torreón, y que nos guíe y nos ayude en este difícil trance. Nosotros defendemos los principios, y los principios están encarnados en el general Villa. El señor Carranza los ha traicionado con su ambición desmedida.

Barrón gesticulaba como un poseído y yo oía aquella sarta de disparates, estupefacto. Recordaba al adulador de Carranza en todas las ocasiones; recordaba al individuo que, traicionando a sus compañeros, se prestó como instrumento para disolver un club liberal en San Luis Potosí; recordaba al antiguo lacayo. Y quise castigarlo, y lo castigué, contestando en la siguiente forma:

—Señor Barrón, de mis labios no saldrá una sola palabra de lo aquí tratado, pero me extraña sobremanera que me invite para consumar una traición como la que propone. Yo no tengo nada en común con usted, que en todas las ocasiones ha prodigado alabanzas al Primer Jefe y ahora lo denigra. Si desea irse a Torreón, lo honrado y lo decente es acercarse al señor Carranza y manifestarle que no está de acuerdo con sus ideas. Estoy convencido de que él le extenderá un salvoconducto para que emprenda con toda seguridad su marcha, y hasta le facilitará los fondos necesarios para ello.

Pretendieron darme explicaciones, pero me rehusé a oírlos y me retiré. Tenía la convicción de que los allí presentes, o cuando menos Barrón, me tendieron un lazo.

Junio 21, 1914

Desde que llegué a Saltillo no he visto al señor Carranza. Hoy en la mañana se presentó en mi casa Adolfo de la Huerta, a quien conocí hace muchos años en Guaymas como empleado de un banco y ahora es oficial mayor de la Secretaría de Gobernación. Me manifestó que el señor Carranza deseaba hablar conmigo y que lo acompañase. Nos trasladamos juntos a una casa de la calle de Xicoténcatl, destinada a escuela, en la que se aloja el señor Carranza. En el trayecto procuré inquirir con De la Huerta el motivo del llamado, pero fue inútil. No lo sabía o no quiso decírmelo.

Fui recibido inmediatamente por Carranza, quien se encontraba en una pieza interior con acceso por un corredor cubierto. En el centro había una gran mesa llena de papeles y de planos. Carranza estaba sentado cerca de uno de los ángulos. Se levantó y me saludó con atención. Tomé asiento en la cabecera de la mesa. Yo esperaba una filípica o una reclamación y, contra todas mis expectativas, Carranza, sin dejar de rascarse el mentón, me habló amablemente de la siguiente guisa:

—Yo lo mandé llamar a Durango porque tenía la intención de nombrarlo jefe del Estado Mayor, cargo con el que ya estaría usted investido si no se hubiesen presentado las dificultades existentes con la División del Norte; pero ahora me encuentro imposibilitado para hacerlo, porque he observado que entre los revolucionarios, entre los jefes, entre todos los que se encuentran a mi lado, hay una gran animadversión contra usted, pues saben que usted pertenecía a la División del Norte y saben que usted tiene gran amistad con el general Ángeles, que es el principal causante de la escisión. Yo sé que usted nada tiene que ver con ella y que es completamente ajeno a todas las intrigas que han mediado en este asunto, pero es difícil

combatir un sentimiento que se encuentra muy arraigado y, por ello, me es imposible darle un cargo de confianza a mi lado. Creo conveniente para usted mismo que vaya a Estados Unidos a estudiar la organización del ejército norteamericano, con el objeto de aprovechar esos estudios en la reorganización de nuestro ejército cuando lleguemos a la capital de la República.

Todo esto me lo dijo en forma atenta y hasta insinuante, cosa extraña en Carranza, en quien existe un sentimiento muy desarrollado del principio de autoridad y es seco por naturaleza. Hasta pensé que esta manera de proceder podría ser el resultado del sondeo que hizo sobre mi manera de pensar el activo e intrigante Barrón. Contesté:

—He notado de sobra esa predisposición para mí de parte de muchos militares que se encuentran en Saltillo, en especial de los que forman su séquito. Hasta he notado que se me vigila estrechamente y, como es natural, esta situación es de sobra molesta para mí, me ofende y me humilla. Pertenecí, efectivamente, a la División del Norte, y quiero, estimo y respeto al general Ángeles, que fue mi maestro; pero, como usted lo dice y lo sabe, soy por completo ajeno a esta escisión, que soy el primero en lamentar, y deseo sinceramente no tenga fatales consecuencias y que no contribuya cuando menos a retardar la caída de Huerta. Comprendo la situación y agradezco su buena voluntad. No quiero ser un obstáculo ni una carga para la revolución. Deseo que triunfe. No necesito ir comisionado a Estados Unidos. Si mi separación de las filas revolucionarias la estima usted necesaria, puedo quedarme tranquilo en mi casa en esta ciudad, en donde reside mi familia, y si aun en esa forma estorbo, puedo marcharme a Estados Unidos a trabajar por mi cuenta.

Probablemente a Carranza le agradó la forma comedida en que le hablé, pues repuso atentamente:

—Le he hablado con franqueza del sentimiento que he notado contra usted. Le he dicho que quiero aprovechar sus conocimientos

y los que adquiera en Estados Unidos, para la reorganización de nuestro ejército, y evitarle las molestias de estas desconfianzas y de estas hablillas que irritan a todos. Creo que usted debe ir a Estados Unidos.

—Yo estoy en espera de órdenes de usted y sólo lamento no poder ser útil en algo, como yo quisiera.

—Bueno, ya recibirá usted órdenes e instrucciones para marchar a Estados Unidos.

Después hablamos sobre problemas militares. Recordó cuando él era oficial reservista y agregó que esa institución había sido una genial idea del general Reyes para organizar militarmente al país con muy poco costo, en lo que yo asentí; sobre su marcha a Sonora; sobre las dificultades de orden técnico con las que esperaba tropezar para proveer de oficiales idóneos a la marina de guerra; sobre la formación de una nueva oficialidad; sobre la reorganización del Colegio Militar y sobre las responsabilidades de todos los oficiales que habían sostenido a Huerta. Esbozó su idea de licenciarlos a todos.

En todo estuvimos de acuerdo, menos en lo último. Le dije que era muy difícil formar en poco tiempo una oficialidad competente y moralizada, como la que en los últimos años había venido formando el Colegio Militar, y que, además, no creía en la responsabilidad de los oficiales subalternos, que, me constaba, no se mezclaban en asuntos políticos y habían sido orillados a defender a Huerta por la indignidad y la cobardía de los diputados y senadores. Agregué que un pobre oficial que disfrutaba de sueldos miserables, como eran todos los del ejército, de la noche a la mañana se encontraba con que la Cámara de Diputados había aceptado la renuncia de Madero y había llamado a Huerta para que protestase como Presidente de la República —decreto promulgado con todas las formalidades respectivas—, y a los oficiales no les correspondía otra cosa que acatar un mandato de la representación nacional.

—Tiene usted razón —me dijo—. Madero y Pino Suárez no debieron nunca renunciar a sus puestos. Lo hicieron por salvar sus vidas y ni eso lograron. Debieron morir antes que renunciar.

Me despedí de Carranza y pensé en la transformación que había sufrido respecto de mí. Ya no encontré al Carranza autoritario, hosco y huraño.

Junio 24, 1914

No he salido de mi casa, para evitar encuentros desagradables y discusiones molestas. Ha llegado la noticia de que ayer fue tomada la plaza de Zacatecas por las fuerzas del general Villa, obteniendo el completo aniquilamiento de la guarnición federal a las órdenes del general Luis Medina Barrón. Se asegura que Villa atacó con 14 mil hombres a sus órdenes y con el concurso de unos 5 o 6 mil más a las órdenes de Natera y de Arrieta, y que las fuerzas federales ascendían a 12 mil hombres. El general Villa rindió parte de la toma de Zacatecas al Primer Jefe y asegura haber capturado un gran número de prisioneros e importante botín de guerra.

Miguel, mi hermano, marchó a Zacatecas a iniciar pláticas con los generales de la División del Norte para el arreglo de las dificultades existentes. Me informó que esas gestiones se harán a nombre, no de don Venustiano, sino de los generales del Cuerpo de Ejército del Noreste.

Yo continúo esperando órdenes. Se dice que mañana partirá para Monterrey el Primer Jefe y se han repartido boletos oficiales para las personas que deben acompañarlo. Yo no soy de los elegidos.

Junio 25, 1914

A las nueve y media de la mañana se presentó en mi casa un ayudante de don Venustiano, diciéndome que debería presentarme luego en la estación, para acompañar al Primer Jefe en su viaje. Me alisté rápidamente y un poco antes de las 10 de la mañana me presenté al señor Carranza, que ya se encontraba en la estación.

El tren va atestado de gente. A medio camino entre Saltillo y Monterrey comienza a sentirse una temperatura de horno. Llega-

mos a Monterrey a las cinco de la tarde y desfilamos a pie desde la estación hasta el centro de la ciudad. Se dispensó al señor Carranza una entusiasta recepción: arcos triunfales, aclamaciones, discursos, salvas de artillería.

Junio 26, 1914 Ayer concurrió Carranza a varios festivales organizados en su honor. Hoy visitó la Cervecería Cuauhtémoc, en donde se le ofreció un gran *lunch*. En la noche acompañé al señor Carranza a una cena que le ofreció la Cruz Blanca. Una fiesta cursi, en donde una señora méxico-texana, en jerga casi incomprensible, leyó un largo discurso.

Junio 27, 1914 Siguen las fiestas. A mediodía, banquete en la Quinta Calderón. Abundaron los brindis. Habló Carranza lanzando graves cargos a Ángeles.

En la tarde, conferencia con Carranza. Me dijo que debería emprender el viaje desde luego a Estados Unidos. Me dio una carta muy amplia para el licenciado Rafael Zubarán Capmany, secretario de Gobernación de su gabinete y actualmente agente del Gobierno Constitucionalista en Washington.

En la noche, velada literario-musical en honor de Carranza en el Teatro Independencia.

Junio 28, 1914 A las siete de la mañana partí de Monterrey. Llegué a Laredo, Texas, a las cinco de la tarde. En la noche reemprendí mi viaje para San Antonio.

Hago reflexiones sobre mi viaje, al que considero como un destierro con comisión. Doy gracias a Dios por haber salido bien librado de todas las intrigas de que fui objeto en Saltillo.

Capítulo XXXV

Arribo a San Antonio.— La exuberancia de Bauche Alcalde.
Convivencia de revolucionarios y huertistas.
Encuentro de Hay y Bauche Alcalde.— El progreso de San Antonio.
Llegada a Nueva Orleans.— Una ciudad de aspecto latino.
Los trenes del Southern.— El reparto de maíz a los pobres de Veracruz.
Los marinos yanquis y las bellas veracruzanas.— Arribo a Washington.
El agente confidencial Zubarán Capmany.— Las notas mexicanas.
Su inquina contra Villa y Ángeles.— El monumento de Washington.
La misión de Iglesias Calderón.— Sommerfeld, agente villista.
Cabrera, carrancista inteligente.— La misión de don Ángel de Caso.
Rolland, otro propagandista de Carranza.
Las mezquinas querellas domésticas llevadas a suelo extranjero.
William J. Bryan.— Su austeridad.
Facilidades para el desempeño de mi comisión.— Plétora de libros.
La renuncia de Victoriano Huerta y su fuga.— Visita a Mount Vernon.
Los disparates de Iglesias Calderón.— El cementerio de Arlington.
El cuerpo de señales norteamericano.— El Museo Nacional.
Chevy Chase Lake.— La conferencia de Iglesias Calderón con el presidente Wilson.
El Colegio de Guerra.— La Escuela Naval de Annapolis.
La guerra entre Austria y Serbia.— La Casa de los Soldados.
Las conferencias de Torreón.— Los acuerdos públicos y los privados.
La psicología de Carranza.
Los generales de la División del Noreste puestos en ridículo.
Campaña de prensa contra la División del Norte.
La desbandada del huertismo.

Junio 29, 1914

LLEGUÉ a San Antonio a las siete de la mañana. Fue mi compañero de viaje desde Monterrey el coronel Manuel Bauche Alcalde, quien dirigía un periódico villista en Chihuahua, en el que

prodigaba elogios desmedidos a Villa y ahora es enemigo de este porque “no ha respetado el principio de autoridad encarnado en el Primer Jefe”, y va, por la vía de Estados Unidos, a traer desde El Paso a su familia, que radicaba en la capital chihuahuense. Bauche llegó a comparar a Villa con el Sol, y ahora, para el mismo Bauche, es un bandido troglodita. Bauche no es malo, es exuberante de cuerpo y de alma. Su estatura es pequeña, pero su obesidad es descomunal.

Recorro rápidamente San Antonio, ciudad que progresa a ojos vistos. La población está llena de revolucionarios mexicanos y de funcionarios del gobierno huertista que ya comienzan a emigrar a este país, anticipándose así al derrumbamiento de Victoriano Huerta, pero en esta híbrida población, mitad mexicana y mitad yanqui, parece que la agresividad de los revolucionarios y de los huertistas se atenúa en forma notable. Se contentan unos y otros con mirarse de reojo. Esta convivencia pacífica sería imposible en cualquier población mexicana. Los revolucionarios serían muertos como perros por los huertistas, y viceversa.

Los revolucionarios se muestran ufanos con la perspectiva del próximo triunfo y los huertistas, alicaídos. Aquí predomina el elemento carrancista, casi no hay villistas.

A mediodía comí con Bauche Alcalde en un céntrico restorán. Se acercó a saludarnos Eduardo Hay. Por poco se arma una reyerta entre ambos por alusiones hirientes de Bauche. La cosa no pasó a mayores.

Junio 30, 1914

He pasado todo el día en San Antonio, población que fue mexicana y que a pesar de su excelente localización nunca progresó. Era un villorrio de unos 3 o 4 mil habitantes. Ahora es una población importante, el centro de una región agrícola muy rica y el nudo de vías de comunicación. Si estuviera en poder de México, estaría a la altura de Monclova.

Nuestras disensiones y los pésimos gobiernos han retardado el progreso de nuestro desdichado país, digno de mejor suerte. Esas divisiones no se acallaron en 1846 ni ante la presencia de los invasores de la Patria, y no se han extinguido ahora tampoco ni ante la ocupación de Veracruz por fuerzas norteamericanas. Siento cierto sonrojo por mi estancia en territorio yanqui, pero Carranza y los carrancistas pretenden justificarse alegando que los americanos ocuparon Veracruz para arrojar del país a Huerta, y que esa invasión no va enderezada contra el pueblo mexicano.

A las 10 de la noche salí de San Antonio para Nueva Orleans. Julio 1, 1914

A las siete de la noche llegué a Nueva Orleans. Durante todo el día recorrí las fértiles llanuras bajas, muy cercanas a la costa, que están en los límites de Texas y Louisiana. En todas partes reina la paz, la tranquilidad y la riqueza. Antes de llegar a Nueva Orleans pasamos en un *ferry* el inmenso río Mississippi, que parece un brazo de mar majestuoso, lento y anchuroso. Julio 2, 1914

Recorrí los principales paseos y calles de Nueva Orleans, una ciudad con aspecto latino, por haber sido fundada por franceses y por la larga estancia de estos. Tiene avenidas magníficas con pavimentos asfaltados y amplios camellones adornados con frondosas palmeras, además tiene calles angostas de aspecto sórdido, empedradas con enormes cantos rodados. A las nueve de la noche salí para Washington. Julio 3, 1914

Los trenes del Southern son excelentes y confortables. Recorremos una buena porción del oriente de Estados Unidos por un terreno sin montañas de importancia y surcado por caudalosos ríos. En todo el sur abundan los negros, que son tratados con el mayor de los desprecios. Julio 4, 1914

El tren es de lujo. Arrastra únicamente carros Pullman y lleva carros comedor, carro observatorio y hasta uno con baño y salón de peluquería. El carro observatorio está dotado con una pequeña biblioteca en la que abundan los magazines. En las ediciones de todos ellos, correspondientes a los meses de mayo y junio, se refiere circunstanciadamente cómo fue la ocupación de Veracruz: las tropas mexicanas de línea, a las órdenes del inepto Gustavo Maass, abandonaron la plaza sin combatir a la primera intimación del comandante de las fuerzas navales yanquis. Sólo cumplieron con su deber de mexicanos algunos cadetes de la Escuela Naval y los reclusos. Todos esos magazines publican grabados en los que aparecen escenas que hacen venir el rubor a los rostros: un reparto de maíz a los pobres de Veracruz y un paseo de oficiales yanquis con bellas veracruzanas. Los periódicos norteamericanos sostienen que las fuerzas yanquis fueron recibidas cariñosamente por los habitantes del puerto de Veracruz, y que ellos están saneando la población e implantando importantes mejoras.

Julio 5, 1914

Llegué a las siete de la mañana a Washington. No pude encontrar al agente confidencial del gobierno revolucionario ni a los empleados de la agencia confidencial. Al frente de esta se encuentra el licenciado Rafael Zubarán Capmany, que es al mismo tiempo secretario de Gobernación de Carranza. Este abogado campechano fue diputado en la época del general Díaz, y en los últimos años de la administración de don Porfirio se ligó fuertemente con el general Bernardo Reyes, aspirante a la presidencia de la República. Muchos aseguraron que estaba comprometido en el movimiento de la Ciudadela, pero que la muerte del general Reyes fue providencial para él, quedándose al margen de los acontecimientos. Zubarán permaneció por mucho tiempo en México sin que nadie lo molestase, y a fines de 1913 se presentó a Carranza, siendo bien acogido por este, sin duda alguna, por sus ligas con el reyismo, del cual era uno de los corifeos el propio don Venustiano.

Visité el Capitolio o palacio del Ejecutivo federal norteamericano. Es un enorme edificio con una gran cúpula, construido en medio de un hermoso parque. Allí están alojadas las oficinas del Departamento de Estado y de los departamentos de Guerra y Marina; también las oficinas de la Cámara de Representantes y del Senado, estas últimas dotadas de una biblioteca que, además de ser una de las más copiosas del mundo entero, es la mejor arreglada y la más bien atendida.

La ciudad está muy bien trazada, con amplias avenidas que parten del jardín del Capitolio y que son notables por su anchura, por su pavimentación y por su limpieza.

Julio 6, 1914

Entregué a Zubarán una carta de don Venustiano en la que ordena me imparta todas las facilidades para el desempeño de mi comisión: "Estudiar la organización del ejército norteamericano". La comisión es bizarra y extraña en los presentes momentos. En realidad, me parece que los yanquis deberían poner toda clase de obstáculos para que un oficial mexicano tenga acceso a los establecimientos militares. Hago conocer a Zubarán mis dudas y mis escrúpulos, pero él alega que no existe estado de guerra entre Estados Unidos y el gobierno constitucionalista y que, al contrario, los revolucionarios son vistos con buenos ojos por el gobierno americano.

Objeto que la nota enviada por Carranza al gobierno yanqui a raíz de la ocupación de Veracruz constituía un verdadero ultimátum. Zubarán me contestó, dejándome estupefacto:

—Yo redacté esa nota en Ciudad Juárez. Era una nota patriótica y vibrante protestando por la ocupación de Veracruz y, por cierto, se oponían al envío de ella tanto Villa como Ángeles, y el primero hizo declaraciones absurdas a favor de los yanquis.

—Bueno, ¿pero las amenazas contenidas en la nota de Carranza se convirtieron en humo?

—Era necesario protestar en esa forma —arguyó sentenciosamente Zubarán.

Guardé silencio. Comprendí desde entonces que todas las notas de los secretarios de Relaciones servían únicamente para engañar al pueblo mexicano. Que, mientras los gobiernos mexicanos imploraban bajamente la ayuda del yanqui, lanzaban notas inflamadas de protesta, a reserva de asegurar en privado a los americanos que estas notas sólo servían para contentar el sentimiento exaltado y patriótico de los mexicanos.

Zubarán me hizo saber que desde la iniciación de la revolución el presidente Wilson se había negado a recibir a los agentes confidenciales de ella, y que sólo habían podido entrevistar al secretario de Estado, William J. Bryan, y que eso era muy fácil, pues además de ser este muy accesible, es abogado de la agencia confidencial de Charles A. Douglas, amigo íntimo de Bryan.

Zubarán habló muy mal de Villa y de Ángeles. Casi los tachó de traidores a la Patria, porque no habían aplaudido la nota. Dijo que había que acabar con ellos y que él había gestionado y obtenido que se pusieran trabas a los envíos de municiones a los villistas.

Yo salí francamente disgustado. Las rencillas, las querellas y los rencores se extienden con toda su mezquindad hasta las plantas del coloso yanqui... y Huerta todavía no está vencido.

Recordé sin querer la frase quemante de Villa de que era "necesario colgar a los 'gabinetes' intrigantes".

Julio 7, 1914

Hice una corta visita al agente confidencial y después visité el monumento erigido en honor de Washington, un enorme obelisco que tiene en su interior un ascensor para subir hasta la parte más alta. Desde allí se puede admirar un bello panorama: la ciudad extendida sobre un terreno ligeramente ondulado, limitado por el río Potomac con sus embarcaciones y sus puentes.

Julio 8, 1914

En la mañana visité a don Fernando Iglesias Calderón, quien fue enviado por el Primer Jefe con una comisión a este país. Ignoro cuál pueda ser ella. También encontré a Félix A. Sommerfeld,

un alemán muy inteligente y muy activo que sirvió siempre a las órdenes de Madero, y que durante la Revolución Constitucionalista ha estado a las órdenes de Villa. Parece que desempeña la comisión de contrarrestar las intrigas de Zubarán y de los carrancistas en Washington. En la noche cené con Zubarán, quien es un admirador del general Álvaro Obregón. Discutimos ampliamente las operaciones militares de Villa y de Obregón y, al final, no nos pusimos de acuerdo. Zubarán está feliz por la toma de Guadalajara, llevada a cabo por tropas a las órdenes de Obregón.

Julio 9, 1914

En la noche cené con don Fernando Iglesias Calderón y con don Leopoldo Hurtado y Espinosa. El primero sigue enigmático.

Julio 10, 1914

Comí con don Fernando Iglesias Calderón, con el licenciado Luis Cabrera, con don Ángel de Caso y con don Leopoldo Hurtado y Espinosa. El licenciado Cabrera es el ministro de Hacienda de Carranza, hombre culto e inteligente que contradice la quemante opinión de Villa de que el Primer Jefe siempre se rodea de tontos... pero Cabrera muy raras veces está al lado de Carranza. Nadie sabe qué hace en Estados Unidos. Yo creo que en el fondo no se soportan ni él ni Carranza.

Don Ángel de Caso es un español rico que tiene muchos años avecindado en México; contrajo matrimonio con una dama mexicana y tiene muchos hijos. Lo saludé en Torreón, al lado de Villa. Es inteligente, audaz y dinámico. Se muestra partidario decidido de Villa y sostiene largas y acaloradas discusiones con Zubarán.

Julio 11, 1914

Comí con Zubarán y con Juan Francisco Urquidi, ingeniero que hizo su carrera en Estados Unidos y desempeña el puesto de secretario de la agencia confidencial. Cené con José F. Ávalos y su esposa. Ávalos es oficial del Estado Mayor mexicano y desempeñaba el cargo de agregado militar en la embajada de México en los Estados Unidos.

Julio 12, 1914 Comí con Urquidi y con el ingeniero Modesto C. Rolland, también afiliado en las filas revolucionarias, y que, según dijo, trae la comisión de hacer propaganda a favor de la Revolución Constitucionalista. Me he podido dar cuenta de que Zubarán ha mandado vigilar a don Ángel de Caso y a Sommerfeld, y que este último tiene estrechamente vigilado, por medio de detectives, a Zubarán. Siempre las mezquinas querellas domésticas extendiéndose hasta suelo extranjero.

Julio 13, 1914 Hoy, a las 11 de la mañana, el abogado Charles A. Douglas me presentó con el secretario de Estado, William J. Bryan, quien despacha en una austera y pequeña pieza del Capitolio, sin ostentación y sin antesalas pletóricas de gente. Es un hombre de más de 50 años, grueso, corpulento, de mirada inteligente y cabeza completamente cana. Viste un traje de dril blanco. Ha sido varias veces candidato derrotado a la presidencia de Estados Unidos. Tiene fama de ser un excelente orador y de hombre recto. Me recibe afablemente, y cuando se entera por el abogado Douglas de la comisión que me fue confiada, habla por teléfono, y luego, con sencillez en verdad democrática, me conduce personalmente por unos pasillos del mismo Capitolio a las oficinas de la Secretaría de Guerra y me presenta con el primer subsecretario, rogándole me atendiese y me proporcionase toda clase de facilidades para el desempeño de mi comisión. Indiqué al subsecretario de Guerra que deseaba conocer todas las leyes y reglamentos militares norteamericanos y que deseaba visitar las escuelas y establecimientos militares. Se me contestó que al día siguiente recibiría en la agencia confidencial toda la "literatura" militar, y que diera aviso de mis visitas para ordenar que se me atendiese convenientemente. Llamó al teniente coronel Samuel Reber, del Servicio de Señales. Quedé pasmado de la sencillez de Bryan y de la gentileza con que fui tratado.

En la mañana, en la agencia confidencial. Quedé gratamente sorprendido con la vista de dos valijas del correo dirigidas a mí, conteniendo cerca de 100 volúmenes. Allí estaban todos los reglamentos del ejército norteamericano, desde ayudas de memoria de los oficiales de ingenieros y reglamentos de señales, hasta los reglamentos para los panaderos y cocineros militares. Quedé satisfecho con este envío y con la eficacia desplegada para atender mi súplica. En la noche di un paseo por Glenn Echo, parque situado en las inmediaciones de Washington. Julio 14, 1914

Hoy comí con Sommerfeld, quien está muy quejoso de las actividades de Zubarán y de los carrancistas contra el general Villa y la División del Norte. Julio 15, 1914

Dediqué el día a recorrer los principales edificios y monumentos de Washington, ciudad notable por la bondad de sus servicios edilicios. Hasta hoy no he conocido ciudad más pulcra. Visité la Tesorería y quedé admirado con la cantidad de oro que allí se encuentra a la vista del público, naturalmente, tras de cristales y de rejas. Julio 16, 1914

Victoriano Huerta renunció anoche ante su Congreso, integrado por incondicionales y serviles, e inmediatamente después se dirigió a Coatzacoalcos, acompañado por el general Blanquet. El mismo Congreso designó presidente interino al licenciado Francisco S. Carvajal.

A las 10 de la mañana nos embarcamos, Iglesias Calderón, Hurtado y Espinosa y yo, en el vapor "Charles Macalester". Bajamos por el río Potomac y después de recorrer 16 millas llegamos a Mount Vernon, en donde se encuentra la casa que habitó Jorge Washington, y su tumba. Pasma la humildad en que vivió este gran hombre. En esa casa todo era sencillez. Están juntas las tumbas de Washington y la de su esposa, y esta última tiene una sencilla Julio 17, 1914

leyenda que dice: "Martha Washington", esto dio lugar para que Iglesias Calderón disparatara de lo lindo. Nuestro autor de rectificaciones históricas, muy finchado, dijo:

—Allí está la tumba de la hermana de Washington. Este no fue casado y no dejó familia. Sus hijos fueron sus obras, como los míos son mis rectificaciones históricas.

Estuve a punto de reír ante aquella disparatada erudición. Comimos en un restorán de Mount Vernon y regresamos a Washington a las seis y cuarto de la tarde.

Julio 18, 1914 Cené con Iglesias Calderón, Zubarán, Urquidi y Ángel de Caso. Rendí mi primer informe a Carranza.

Julio 19, 1914 En la tarde visité el cementerio de Arlington, situado en las márgenes del río Potomac.

Julio 20, 1914 En la mañana, visita al coronel Reber, quien me presentó con el general Scriven, jefe del cuerpo de señales.

Julio 21, 1914 En la mañana, en el Museo Nacional. En la noche, en Chevy Chase Lake.

Julio 22, 1914 En la tarde, visita a Navy Yard.

Julio 23, 1914 Hoy me enteré de la visita que hizo Iglesias Calderón al presidente Wilson. Los detalles de ella fueron referidos por Urquidi, que acompañó a Iglesias Calderón en calidad de intérprete. Se tenían grandes esperanzas sobre el resultado de esa entrevista, pues Wilson, desde que asumió el poder, se había rehusado a recibir a los representantes de la revolución. Seguramente, por el hecho de presentarse don Fernando como presidente del Partido Liberal de México, accedió Wilson, a instancias de Douglas y de Bryan. Arreglado el asunto, don Fernando hizo su solicitud por escrito y al día siguiente se le contestó que el Presidente de Estados Unidos lo re-

cibiría un día después, en una audiencia que duraría 10 minutos, y le hacía saber que podía llevar un intérprete.

Don Fernando se presentó puntualmente, acompañado por Urquidi. Al iniciarse los saludos de rigor, el presidente Wilson dijo en inglés:

—Tengo el gusto de saludar al presidente del Partido Liberal, Mr. Calderón...

Y cuenta Urquidi que Iglesias Calderón interrumpió bruscamente al presidente norteamericano, diciendo en español y dirigiéndose a Urquidi:

—Diga usted al señor presidente que si alguna vez me recuerda en la vida, me llame Iglesias Calderón, no Calderón, pues mi apellido es Iglesias por mi padre y Calderón por mi madre, y que tengo a gran honor llevar el apellido del gran patricio José María Iglesias, quien durante la Intervención Francesa tuvo el grandísimo honor de acompañar al Benemérito Juárez en su peregrinación hasta el Paso del Norte, y después fue ministro de Juárez y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Que también me honro con llevar el apellido Calderón, ilustrado por el coronel Calderón, mi tío, quien mandó la famosa carga de caballería en la Batalla de Salamanca. No quiero que se omita el apellido de mi padre, por quien tengo un gran respeto y veneración. Dígale que mi apellido completo es Iglesias Calderón, no Calderón a secas.

Urquidi estaba estupefacto. Dice que Wilson miraba asombrado a Iglesias Calderón sin comprender una sola palabra de su copiosa verborrea. Urquidi hubo de traducir al inglés aquella biografía del padre y del tío de Iglesias Calderón, con las correspondientes apologías y muestras de veneración; así transcurrieron los 10 minutos señalados para la audiencia, tendiéndoles entonces Wilson la mano para despedirlos, sin haber tratado ninguno de los asuntos trascendentales de la revolución. Urquidi hizo acres comentarios sobre la falta de tacto de don Fernando y sobre su vanidad desmesurada.

Julio 25, 1914 Hice una visita al Colegio de Guerra (War College), situado en las riberas del Potomac. Me acompañó en mi visita el coronel Glenn, quien me presentó con el general Macoon, director del colegio. Fui espléndidamente atendido.

Julio 29, 1914 En la mañana muy temprano salí para Annapolis. Allí visité la Escuela Naval, que cuenta con hermosos edificios de construcción moderna que tuvieron un coste de 12 millones de dólares. Recorrí todos sus departamentos acompañado por un oficial. A mediodía me ofrecieron los oficiales un *lunch*. En la tarde me quedé en Baltimore, en donde cené, regresando a Washington a medianoche.

Julio 30, 1914 Ayer declaró la guerra el imperio austro-húngaro a Serbia. Parece que este conflicto armado arrastrará a las naciones que forman la Triple Alianza, a Rusia y a Francia.

Julio 31, 1914 En la mañana, en el Instituto Smithsoniano.

Agosto 2, 1914 Comí con el ingeniero Felícitos Villarreal, subsecretario de Hacienda de Carranza. Hablamos largo sobre los asuntos de México y me refirió una entrevista tenida con Bryan. Este le preguntó, refiriéndose a las persecuciones de carácter religioso desatadas por Antonio I. Villarreal en Monterrey, que si era pariente de él, y al contestarle negativamente, Bryan exclamó:

—Lo felicito por no ser pariente de ese salvaje.

Agosto 3, 1914 Visita a Soldier's Home, esto es, Casa de los Soldados. Es un asilo de inválidos, quienes se encuentran alojados convenientemente en pabellones construidos en medio de un bello parque.

Han llegado noticias que publica la prensa americana de unas conferencias reunidas en Torreón a principio de julio pasado, cuya finalidad fue zanjar todas las diferencias existentes entre la División del Norte y don Venustiano Carranza. Estas conferencias se inicia-

ron por los generales de la División del Noreste, comandada por don Pablo González, protegido y amigo íntimo de Carranza. Marcharon a Torreón, en representación de la División del Noreste, los generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero. La División del Norte nombró representantes al inmaculado doctor Miguel Silva, al ingeniero don Manuel Bonilla y al general José Isabel Robles. Después de varias reuniones, los comisionados llegaron a los siguientes acuerdos:

> Primero.- La División del Norte reconoce como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al señor don Venustiano Carranza y solemnemente la reitera su adhesión.
> Segundo.- El señor general don Francisco Villa continuará como jefe de la División del Norte.
> Tercero.- Las divisiones del Ejército Constitucionalista recibirán de la Primera Jefatura todos los elementos que necesiten para la pronta y buena marcha de las operaciones militares, dejando a la iniciativa de sus respectivos jefes libertad de acción en el orden administrativo y militar, cuando las circunstancias así lo exijan, pero quedando obligados a dar cuenta de sus actos con la debida oportunidad para su ratificación o rectificación por parte de la Primera Jefatura.
> Cuarto.- Las divisiones del Norte y Noreste se permiten presentar a la consideración del Primer Jefe la siguiente lista de personas, entre las cuales estima que podrían designarse algunas para integrar la Junta Consultiva de Gobierno: señores Fernando Iglesias Calderón, licenciado Luis Cabrera, general Antonio I. Villarreal, doctor Miguel Silva, ingeniero Manuel Bonilla, ingeniero Alberto Pani, general Eduardo Hay, general Ignacio L. Pesqueira, licenciado Miguel Díaz Lombardo, licenciado José Vasconcelos, licenciado Miguel Alessio Robles y licenciado Federico González Garza.
>
> La División del Norte, por medio de sus representantes, propuso que se reforme el Plan de Guadalupe en las cláusulas siguientes:
>
> El Presidente interino de la República convocará a elecciones generales tan luego como se haya efectuado el triunfo de la Revolución, y entregará el poder al ciudadano que resulte electo.

De igual manera, el Primer Jefe Militar de cada Estado donde hubiere sido reconocido el gobierno de Huerta, convocará a elecciones locales, tan luego como triunfe la Revolución.
Ningún jefe constitucionalista figurará como candidato para Presidente o Vicepresidente de la República, en las elecciones de que trata la cláusula anterior. Sin permiso de la convocatoria a que se refiere el artículo sexto, se reunirá, al triunfo de la Revolución, una convención donde se formulará el programa que debe desarrollar el gobierno que resulte electo. En esa convención estarán representados los soldados de la Revolución por medio de delegados que nombrarán las tropas, a razón de uno por cada mil hombres.

Según la prensa, estas propuestas de los delegados de la División del Norte provocaron grandes debates, llegándose, al final, al acuerdo de hacer las siguientes modificaciones:

Quinto.- Al tomar posesión el ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, conforme al Plan de Guadalupe, del cargo de Presidente interino de la República, convocará a una convención que tendrá por objeto discutir y fijar la fecha en que se verifiquen las elecciones, (así como) el programa de gobierno que deberán poner en práctica los funcionarios que resulten electos, y los demás asuntos de interés nacional. La convención quedará integrada por delegados del Ejército Constitucionalista nombrados en juntas de jefes militares, a razón de un delegado por cada 1,000 hombres de tropa. Cada delegado a la convención acreditará su carácter por medio de una credencial que será visada por el jefe de la división respectiva.

También se aprobaron las tres cláusulas siguientes:

Sexta.- En bien del triunfo de las fuerzas revolucionarias, y para calmar los ánimos en el Estado de Sonora, se sugiere al Primer Jefe que obre de la manera que crea más conveniente para solucionar el conflicto que existe en dicho Estado, sin violar su soberanía ni atacar la persona del gobernador electo constitucionalmente, C. José María Maytorena. Se excitará, igualmente, el patriotismo del señor Maytorena para que se separe del puesto de Gobernador del Estado, si estima que de esta manera puede ponerse fin al conflicto interior, proponiendo una persona prestigiada, imparcial y afiliada a la causa constitucionalista, para que se encargue del Gobierno de Sonora y dé garantías al pueblo, cuyos sagrados intereses están en peligro.

Séptima.- Es facultad exclusiva del ciudadano Primer Jefe el nombramiento y remoción de empleados de la administración federal en los Estados y Territorios dominados por las fuerzas constitucionalistas, asignándoles su jurisdicción y atribuciones.
Octava.- Siendo la actual contienda una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos, y comprendiendo que las causas de las desgracias que afligen al País emanan del pretorianismo, de la plutocracia y de la clerecía, las divisiones del Norte y del Noreste se comprometen solemnemente a combatir hasta que desaparezca por completo el ejército ex federal, el que será substituido por el Ejército Constitucionalista; a implantar en nuestra Nación el régimen democrático; a procurar el bienestar de los obreros; a emancipar económicamente a los campesinos, haciendo una distribución equitativa de las tierras, o por otros medios que tiendan a la resolución del problema agrario, y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades a los miembros del clero católico romano que material o intelectualmente hayan ayudado al usurpador Victoriano Huerta.

Además de estos, que fueron llamados públicos por los delegados de las Divisiones del Norte y del Noreste, se tomaron también algunos acuerdos privados, que, en esencia, son los siguientes:

Solicitar del Primer Jefe que fuese elevada a la categoría de Cuerpo de Ejército la División del Norte; el ascenso a general de división del (general) de brigada Francisco Villa, y la reposición en el cargo de subsecretario de Guerra del general Felipe Ángeles, en la inteligencia de que este presentaría enseguida su renuncia. Se acompañaron a los documentos cartas subscritas por los generales de la División del Norte, por medio de las cuales los mismos generales le daban una cumplida satisfacción al Primer Jefe, retirando los términos de su mensaje del 14 de junio y de su nota del 15 del mismo mes.

Carranza resolvió sobre esos acuerdos, contestando lo siguiente:

5:50 p.m.— Saltillo, 13 de julio de 1914.— Señor ingeniero Manuel Bonilla, doctor Miguel Silva y general Isabel Robles, delegados de la División del Norte.— Los tres delegados de esta División hiciéronme entrega del protocolo de las conferencias y del pliego con los acuerdos privados que se tomaron en dichas conferencias. Como dije a ustedes, le envié copia de los precitados documentos al Primer Jefe del E. C., quien en

oficio de hoy, y que tengo el honor de transcribirles, me dice textualmente: "Me es grato referirme al atento oficio de usted, fechado ayer, al cual se sirvió acompañar adjunto copia certificada del protocolo y de las conferencias celebradas en la ciudad de Torreón los días 4, 5, 6, 7 y 8 del actual, que tuvieron por objeto solucionar el incidente surgido entre la Primera Jefatura del E. C., que está a mi cargo, y los generales de la División del Norte de este ejército, habiéndome impuesto detenidamente de las actas de las conferencias en Torreón que se celebraron entre los señores general Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero, como representantes de la División del Noreste, y el señor Ernesto Meade Fierro, como secretario, y los señores doctor Miguel Silva, ingeniero Manuel Bonilla y general José Isabel Robles, en representación de la División del Norte, y como su secretario, el coronel Roque González Garza, y habiéndome también enterado de las resoluciones a que los señores delegados llegaron para someterlas a la consideración de esta Primera Jefatura, debo manifestar a usted, para que a su vez se sirva ponerlo en conocimiento de los señores generales del cuerpo de ejército que es a su digno mando y de los señores generales de la División del Norte, lo siguiente: 'La Primera Jefatura del E. Constitucionalista a mis órdenes, aprueba en lo general los acuerdos tomados en las conferencias de Torreón por los señores representantes del Cuerpo del Ejército del Noreste y la División del Norte, con motivo del incidente surgido entre esta Primera Jefatura y la citada División, como una consecuencia de los mensajes que nos cambiamos en los días 13, 14 y 15 del mes de junio próximo pasado. Considerando en lo particular cada una de las cláusulas aprobadas en las conferencias de Torreón, me refiero de un modo especial a aquellas que tuvieron que objetarse, en la inteligencia que el resto de ellas se aprobarán o se tomarán en consideración, en su caso, por esta Primera Jefatura. Los señores representantes del Cuerpo de Ejército del Noreste y la División del Norte acordaron que al tomar posesión el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista del cargo de Presidente Provisional de la República, convocará a una convención que tendrá por objeto discutir y fijar la fecha en que se verifiquen las elecciones, el programa de gobierno que deberán poner en práctica los funcionarios que resulten electos, y los demás asuntos de interés nacional. La convención quedará integrada por los delegados del Ejército Constitucionalista, nombrados en juntas de

jefes militares, a razón de un delegado por cada mil hombres de tropa. Cada delegado a la convención acreditará su carácter por medio de una credencial que será visada por el jefe de la División respectiva, y esta Primera Jefatura, después de prestar toda atención a la cláusula de referencia, ha resuelto que al tomar posesión de la Presidencia Interina de la República, conforme al Plan de Guadalupe, convocará a una junta a todos los señores generales del Ejército Constitucionalista con mando de fuerzas, a la que asistirán también los señores gobernadores de los Estados, pudiendo, los que no concurran, nombrar delegados que al efecto los representen. La junta citada tendrá por objeto estudiar y resolver lo conducente a las reformas de distinta naturaleza que deban implantarse y llevarse a la práctica durante el gobierno provisional, así como también con el objeto de fijar la fecha en que deban llevarse a cabo las elecciones generales y locales en la República. Esto sin perjuicio de que la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista tome desde ahora las medidas que crea convenientes para el mejoramiento económico de los habitantes de la Nación. Respecto a la cláusula octava que se aprobó en las conferencias, debo expresar que los asuntos emitidos en ella son ajenos al incidente que motivó las conferencias". Lo más brevemente posible y por pliego certificado remitiré a ustedes otros puntos de no menos importancia que los anteriores. Espero que al considerar las proposiciones del C. Primer Jefe lo harán ustedes con igual patriotismo que el que demostraron en las conferencias, pues que en todo ello se trata del bien de la Patria que tanto anhelamos sus buenos hijos.
Salúdolos afectuosamente.— El General en Jefe, P. González.

En esta hueca y mal escrita palabrería queda retratada a maravilla la psicología del Primer Jefe. No dice nada; elude tratar los problemas fundamentales que se sometieron a su consideración, tales como la implantación del régimen democrático, las reformas sociales para el mejoramiento de las clases obreras y campesinas, de las cuales se olvidó por completo Carranza en su Plan de Guadalupe, y aunque dice que aprueba en lo general las conclusiones a que llegaron los conferencistas de Torreón, en lo particular sólo aprueba la reunión de una convención, pero modificando de una manera tras-

cendental su estructura, pues, en lugar de que en la mencionada junta estuviera representado todo el Ejército Revolucionario que luchó contra Huerta, a razón de un representante por cada mil soldados, resolvió por sí y ante sí que deberían concurrir allí los generales con mando de tropas y los gobernadores de los Estados, asegurándose de esta manera una mayoría de adictos y de incondicionales, por ser facultad suya los nombramientos de unos y otros. De los demás acuerdos dice autocrática y ambiguamente que "se aprobarán o se tomarán en consideración, en su caso, por esta Primera Jefatura", es decir, cuando él lo tenga a bien.

La muy importante cláusula octava de los acuerdos de Torreón, cuya inserción fue propuesta por los delegados de la División del Noreste y cuya redacción se debió sin duda al general Villarreal, y que se refiere al mejoramiento de los obreros y a la emancipación de los campesinos, mereció estas despectivas palabras de Carranza: "Respecto a la cláusula octava que se aprobó en las conferencias, debo expresar que los asuntos emitidos en ella son ajenos al incidente que motivó las conferencias".

Carranza no se comprometió a nada; dejó entender que no quería ni permitía que se discutiera su autoridad, desairó a los generales de la División del Norte que lo habían llevado al triunfo y puso en ridículo a todos los generales de la División del Noreste, y especialmente al jefe de esta división, su protegido, el general Pablo González, y a los tres generales que representaron a la propia división en las conferencias de Torreón.

Pero la contestación de Carranza a los acuerdos privados fue todavía más notable, y con ella hirió más a los miembros de la División del Norte y acabó de poner en berlina a los generales de la División del Noreste que estaban solemnemente obligados a hacer respetar los acuerdos firmados por sus representantes. Carranza aceptó campanuda y frescamente la satisfacción amplia y cumplida

que le dieron por escrito los generales de la División del Norte, expresando, además, que era "altamente grato para esta Primera Jefatura el que el incidente surgido entre ella y la División del Norte haya terminado de un modo satisfactorio", pero... manifestaba que no podía acceder a la solicitud de que la División del Norte fuera elevada a la categoría de Cuerpo de Ejército; que no podía ascender a Villa a general de división y que no repondría en su cargo al general Ángeles. Aceptó las satisfacciones, pero él no daba satisfacción a nadie.

En Estados Unidos, los agentes carrancistas —principalmente Zubarán, con un apasionamiento enorme, aguijoneado todavía más por el hecho de que entre los candidatos propuestos en las conferencias de Torreón no figuraba su nombre— desarrollaban en la prensa americana una tenaz campaña de calumnias y de injurias contra Villa, contra Ángeles, contra Maytorena y contra todos los miembros de la División del Norte, pintándolos con los colores más negros, como una partida de bandoleros y de asesinos.

Agosto 4, 1914

Los restos del huertismo se desbandan y procuran ponerse a salvo para eludir el castigo de sus crímenes y robos. Guaymas, que nunca pudo ser tomada por el general Obregón, es evacuada por las tropas federales. El general José Refugio Velasco fue nombrado secretario de Guerra y Marina por Carbajal. Carranza se negó a recibir a los delegados de Carbajal que fueron enviados a Saltillo, siendo ellos el general Lauro Villar, el licenciado David Gutiérrez Allende y el licenciado Salvador Urbina. Las fuerzas de don Pablo González, de don Sebastián Carranza y de Carrera Torres han avanzado casi sin obstáculos hasta Guanajuato. Morelia y Querétaro cayeron en poder de las fuerzas revolucionarias. Pachuca corrió la misma suerte.

Instalados cómodamente en un coche de tercera clase, agregado a un largo convoy militar integrado por muchos carros de caja repletos de soldados, por muchas plataformas atestadas de cañones y por muchas periqueras llenas de acémilas, salimos de Torreón el día 12 de mayo de 1914. En el momento de la salida del tren, se desató un terrible tiroteo. Los soldados que iban en los techos de los carros, se despedían de esa manera de la Perla de la Laguna.

En el carro íbamos el general Ángeles, comandante de la artillería de la División del Norte, el mayor Bazán, el capitán Cervantes, el capitán Prieto, el capitán Baca, este último asistente del general Ángeles, y el que esto escribe. Además, iban en el mismo coche el entonces coronel Bouchez y el capitán Trewartha, quienes se dirigían a la recién ocupada Monterrey para encargarse de la fabricación de granadas.

Después de recorrer por algunas horas los algodonales que irriga el Nazas, llegamos a San Pedro de las Colonias. Como el tren tenía que detenerse allí más de una hora, algunos de los ocupantes del carro quisimos recorrer la ciudad, muy cercana a la estación, y a la vez proveernos de algunos víveres. En la ciudad, que había sido teatro de reciente encarnizada lucha, y en donde según gráfica frase de Pancho Villa "había arreado a 22 generales", encontramos lo que queríamos. Nos llamó la atención el hecho de existir seis o siete edificios incendiados y las puertas de todas las casas, sin excepción, con huellas de incendio: unas totalmente quemadas, otras sólo ahumadas. Un habitante de San Pedro nos dio la explicación del caso: Maass, lleno de ira por haber sido detenido y derrotado en ese lugar cuando marchaba en auxilio de Velasco, que se encontraba en duro trance en Torreón, pero quien al final acudió a su ayuda en San Pedro, en un ímpetu de salvajismo mandó incendiar la población, teatro de su derrota. Afortunadamente, no se pudo obtener petróleo

en ninguna parte, y se echó mano de la gasolina destinada a los automóviles del ejército, la que por la misma rapidez de su combustión sólo pudo propagar el fuego en contadas casas y dejar vestigios del criminal mandato en todas las puertas de todos los edificios. Los mismos vecinos de San Pedro nos refirieron que Velasco, al encontrarse con Maass, increpó a este muy duramente por su conducta.

De vuelta a los carros, cuyos duros asientos procuramos mullir por medio de colchonetas, comentábamos acremente la conducta de Maass, que de auxiliador se convirtió en auxiliado, y su crueldad para la inocua San Pedro antes de evacuarla. En el camino encontramos locomotoras "muertas" y muy cerca de ellas kepíes, sacos, estribos y muchos cartuchos quemados por las propias fuerzas de Maass. Eran los despojos de la retirada que señalaban el camino de la derrota.

Agosto 5, 1914

La prensa norteamericana sigue dedicando preferente atención a los asuntos mexicanos. Las primeras planas de los principales diarios están llenas de noticias procedentes de México; allí abundan los hechos delictuosos, aunque a las claras se ve la mano de la agencia confidencial carrancista y también la de los agentes villistas.

El gobierno de Carbajal cuenta solamente con la capital de la República —donde ha reconcentrado la mayor parte de sus elementos de guerra—, el Istmo de Tehuantepec, Yucatán y las fuerzas de la marina de guerra. Los constitucionalistas se encuentran casi a las puertas de la Ciudad de México.

Agosto 6, 1914

En la tarde visité Great Falls, cataratas del río Potomac situadas 15 millas río arriba de Washington.

Agosto 7, 1914

La conflagración entre Serbia y Austria se extendió a una gran parte de las naciones europeas. Para la fecha están en guerra, por una parte, Alemania, Austria y Rusia contra Francia, Inglaterra, Serbia y Bélgica. Los alemanes violaron la neutralidad de Bélgica, invadiéndola. Italia declaró su neutralidad. Las noticias mexicanas en

la prensa de Estados Unidos han quedado relegadas a segundo término.

Agosto 10, 1914

Cayó también la plaza de Toluca en poder de los constitucionalistas. En la mañana visité el Continental Hall y el Bureau de las Repúblicas Americanas, oficina sostenida por todos los países de América y que sólo sirve para afianzar la hegemonía norteamericana.

Agosto 14, 1914

Hoy, día de mi trigésimo quinto año de edad, la prensa publica la noticia de la renuncia del licenciado Carbajal; que el general Velasco asumió el mando supremo del ejército; y que el Poder Legislativo y la Suprema Corte de Justicia se disolvieron. La ciudad de Tlaxcala cayó en poder de los constitucionalistas, y Cuernavaca fue tomada por los zapatistas que hasta ahora no han reconocido la primera jefatura de Carranza.

Anoche encontré a Ciro B. Ceballos. Viene comisionado por el Primer Jefe a hacer propaganda en favor de la revolución.

Agosto 15, 1914

Publica la prensa que en Teoloyucan, en las inmediaciones de la capital, subscribieron un tratado los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco, en representación del Ejército Constitucionalista, y el general Gustavo A. Salas y el contralmirante Othón P. Blanco, en representación del Ejército Federal, por el que se establece que los federales evacuarán la plaza de México, sin artillería y sin municiones de reserva, situándose a lo largo de la vía férrea entre México y Puebla para ser desarmados y licenciados por los constitucionalistas. Establece, también, que las guarniciones federales en Córdoba, Manzanillo, Xalapa, Tabasco, Campeche y Yucatán serán licenciadas y desarmadas en esos mismos lugares. Que los barcos de guerra que se encuentran en el Pacífico se reconcentrarán en Manzanillo y los del Golfo en Coatzacoalcos para ponerse a disposición de la revolución, y que los generales, jefes y oficiales del Ejército Federal quedarán a disposición del Primer Jefe.

A mí me parece esta una rendición vergonzosa. No censuro que el Ejército Federal haya desistido de una lucha inútil, sino los términos en que está concebida esa vergonzosa capitulación, sin precedentes en la historia del mundo y en la que no se tuvo en cuenta para nada el honor militar.

La Ciudad de México contaba con elementos respetables tanto en tropas como en pertrechos y ni siquiera estaba asediada, y se estipuló la evacuación sin que la guarnición saliera de la plaza con los honores de la guerra. Se estipuló que los soldados federales deberían ser desarmados como carneros y, por último, la entrega de guarniciones lejanas y de toda la marina de guerra.

Yo, como revolucionario, pensé que con este acto daría fin la lucha fratricida, que volvería a unirme con los míos y que quizás disfrutaría de algún bienestar. Sin embargo, me entristeció este acto y esta humillación de los federales consentido por jefes sin honor que se irían al extranjero a disfrutar el dinero de sus rapiñas, mientras los humildes eran entregados a la miseria y a miles de vejaciones.

Agosto 16, 1914

A las seis y cuarenta de la mañana partimos Ciro B. Ceballos y yo con dirección a Atlantic City. Tomamos la víspera un billete de excursión para visitar este balneario. En un tren rapidísimo de Pennsylvania que pasaba como exhalación por las estaciones, dejamos Baltimore, Willmington, Chester y Filadelfia, llegando a Atlantic City a las dos de la tarde. Es fama que este balneario es el mayor del mundo. Por las calles circulan mujeres y hombres en trajes de baño. Nos instalamos en un restorán para comer y casi todos portaban esta prenda. En la extensa playa se arremolinaba una multitud que se bañaba, o bailaba sobre la arena en sus trajes casi paradisíacos. Plétora de mujeres bellas y bien formadas. Ciro estaba extasiado y no tenía ojos para contemplar aquel, para nosotros, insólito espectáculo. A las siete de la noche emprendimos el viaje de regreso a Washington.

Agosto 19, 1914 A las doce y diez de la mañana partí para Nueva York, a donde llegué a las siete de la mañana.

Agosto 21, 1914 Ayer entró a la Ciudad de México don Venustiano Carranza, en donde se le hizo un recibimiento bastante frío, a pesar de su calidad de vencedor. Desde el día 15 el general Obregón había entrado a la capital, donde sus tropas, y principalmente sus generales, cometieron muchos atropellos.

Agosto 22, 1914 A las nueve de la mañana me embarqué en el muelle de la calle W. 42, en el vapor "Washington Irving", y remontando el caudaloso río Hudson, llegué a la Academia Militar de West Point a las once y cincuenta de la mañana. En tres horas recorrimos el trayecto de 77 kilómetros que media entre la imperial ciudad del Atlántico norteamericano y el Gibraltar del Hudson.

La Academia se irgue sobre una colina que tiene una elevación de unos 20 metros sobre el nivel del río. Allí, rodeados de vegetación, se ven los pabellones aislados en donde se albergan y educan los futuros oficiales de la gran nación norteamericana.

El río frente a West Point no mide menos de 800 metros de anchura.

Muy cerca del muelle, enteramente independiente del resto de los edificios, hay una construcción que contiene la planta de calefacción, alumbrado y fuerza para todos los pabellones.

Un poco más adelante, y a orillas del río, se levanta una enorme construcción. Es el picadero, destinado a los ejercicios de equitación, cubierto por un monumental techo metálico en cantilever. Es probable que este sea el picadero más grande y más bien acondicionado del mundo, pues tiene una longitud de 172 metros por 41 de anchura. A lo largo de los muros oeste, norte y sur, está suspendida, a regular altura, una gradería destinada a los espectadores.

Ascendiendo la colina por una rampa de suave pendiente, se llega a un extenso y alto pabellón de estilo isabelino, con una enor-

me águila estilizada, tallada en el granito de uno de sus ángulos. En el piso inferior están las oficinas de la intendencia, de justicia militar, de correos, de telégrafos y de teléfonos.

En los pisos altos están las oficinas del director y del subdirector de la Academia. Allí se encuentra la sala de juntas, con bóveda ojival y enormes cristales emplomados con símbolos de las artes y las ciencias. La gigantesca chimenea que decora la sala está adornada con estatuas que representan a nueve grandes guerreros. Abajo de cada uno de ellos hay un escudo que representa el símbolo respectivo. Héctor, el mecenas; Alejandro el Grande, el nudo gordiano; Julio César, el águila romana; Josué, el sol parado; David, el arpa; Judas Macabeo, el martillo; el rey Arturo, la hostia; Carlo Magno, la corona de hierro y Godofredo de Bouillon, la Cruz de Jerusalén.

Enfrente del pabellón descrito, y separado de él por una amplia calzada, se encuentra el comedor de cadetes, y anexos a él, los diferentes departamentos que constituyen la cocina. Difícilmente se concibe que exista en el mundo otra cocina más bien equipada que la de West Point. Es un verdadero laboratorio de alimentos. Todos estos locales tienen pavimentos de mármol y sus muros están revestidos de mosaico. La leche se esteriliza. Los platos y los cubiertos son lavados por medio de maquinaria. Dos enormes refrigeradores, mantenidos a una temperatura constante todo el año, contienen grandes cantidades de carne, mantequilla, fruta, legumbres, etcétera.

Las seis grandes puertas que comunican al comedor con la cocina se abren y cierran automáticamente al pasar los mozos por ellas. Todo está tan bien arreglado que, apenas entran al comedor los 500 cadetes, son servidos sin confusiones ni esperas. Todas las comidas son presididas por el capitán de servicio, quien inspecciona si los alimentos son de buena calidad y, al mismo tiempo, recoge todas las quejas, informes y solicitudes que los cadetes deben presentar por escrito. El desayuno y la cena deben hacerse en 30 minutos y la comida en 40. El costo de la alimentación por alumno es de 20 dólares mensuales.

Los dos enormes pabellones de clases contienen vastos departamentos para cátedras y exámenes. Están muy bien ventilados, y su mobiliario es de lo más moderno y cómodo que se conoce. Cada sala de clases está dotada de un reloj que señala automáticamente el fin de cada lección.

Comunicada por medio de un corredor, cubierto con uno de los pabellones de clases, está la Biblioteca, que contiene 90 mil volúmenes. El catálogo está arreglado con el sistema de tarjetas, y todo está tan bien dispuesto que los empleados tardan como máximo tres minutos para facilitar cualquiera obra que se pida. Anexo a la Biblioteca está un salón de cartas geográficas.

Los dormitorios forman otros dos grandes pabellones, a los cuales están inmediatos otros pequeños que sirven de cuerpo de guardia. Los dormitorios, que son vastísimos y perfectamente ventilados e iluminados, están divididos en compartimentos de 4.20 metros de anchura y 6.70 de longitud, para alojar en cada uno de ellos a dos alumnos. El decorado es sobrio y cada compartimento tiene dos alacenas.

El gimnasio cubre una enorme área de 70 por 95 metros, con un magnífico estanque de 12 por 24 metros. Además del gran salón de gimnasia, contiene cuatro salones para cuartos de vestir, sala de esgrima, sala de box y gimnasio de oficiales. En los sótanos están instaladas las clases de Tiro con rifle y de Tiro de salón y de pistola.

El pabellón de oficiales tiene siete pisos. En los sótanos están los alojamientos del conserje del pabellón y de los asistentes de los oficiales. Los pisos superiores, con bella vista al río, contienen 40 apartamentos, compuestos cada uno de ellos de tres piezas y un baño, destinados a los oficiales de la Academia. Inmediato a este se levanta otro pabellón, que es el casino de oficiales, a donde fui galantemente invitado a comer por el cortés e ilustrado oficial que me acompañaba.

En la tarde visité el Museo de Artillería, que contiene modelos de armas de todas las naciones y una colección de trofeos de guerra.

Visité también los fuertes, armados con baterías de cañones de grueso calibre que sirven para defender el paso del río y también para frecuentes prácticas de tiro, y algunos reductos antiguos religiosamente cuidados, que se construyeron durante la Guerra de Independencia.

La escuela respeta las creencias religiosas de sus alumnos. Hay dos templos enteramente diferentes y separados: el grande, protestante, y el pequeño, destinado al culto católico. A la Academia de West Point no le importa que sus educandos concurran a los servicios religiosos de uno o de otro culto, o que no concurran a ninguno de ellos.

El templo protestante se encuentra en una eminencia que tiene una altitud de 160 metros sobre el nivel del río y que domina totalmente West Point. Tiene 60 metros de longitud y un poco más de 20 de anchura. Está fastuosamente decorado con frescos en los tableros, que representan a los guerreros bíblicos, sirviendo todos para realzar una figura majestuosa que representa el Genio de West Point.

Existe también en la parte más alta un excelente observatorio astronómico.

En diferentes partes se levantan monumentos, algunos de ellos costosos y de mérito. Un cenotafio de mármol para honrar la memoria de Dade y del destacamento entero que comandaba, sacrificado en Florida en la campaña contra los indios seminolas; un humilde monumento, costeado por subscripción de los alumnos, al patriota polaco Kosciusko; una estatua de bronce al general Sedgwick; un monumento al general Thayer, llamado el "Padre de la Academia Militar", por haber sido director de ella desde 1817 hasta 1833; y en el más bello lugar de West Point, un monumento a la victoria en

honor de los 2,030 oficiales y soldados que murieron en el campo del honor en la guerra de Independencia.

En un lugar solitario hay un pequeño cementerio en donde están sepultados algunos conspicuos hijos de West Point, entre ellos los generales Thayer, Scott, el invasor de México, y Anderson, el héroe de Fort Sumter.

Para terminar esta descripción de la serie de pabellones, diré que inmediato al campo de honor se levanta un bello edificio de la más pura arquitectura jónica y con gran semejanza al Erecteion de la Acrópolis de Atenas. Es el gran salón de honor o conmemorativo de la escuela, el Memorial Hall. Allí se guardan celosamente los trofeos de guerra. A los lados de la entrada principal hay grandes cañones de bronce, procedentes de Santiago de Cuba. En los cuatro ángulos del edificio, clavados por las bocas, cañones procedentes de nuestro castillo de San Carlos de Perote. El interior de la gran sala está adornado con numerosas banderas que penden de la cornisa. Vi, con tristeza, algunas mexicanas, rotas y descoloridas. El friso tiene en toda su longitud inscritos los nombres de las principales batallas sostenidas por el ejército norteamericano, entre ellas figuran Buena Vista, Cerro Gordo y Chapultepec.

La escuela tiene 522 alumnos. Los cursos se hacen en cuatro años, y solamente se conceden unas vacaciones de 10 semanas al finalizar el segundo año escolar.

Las materias enseñadas son: Matemáticas, Literatura inglesa y francesa, Español, Filosofía, Física, Mineralogía, Electricidad, Dibujo, Explosivos, Artillería, Ingeniería civil y militar, Arte de la guerra, Táctica, Reglamentos de las diferentes armas, Historia, Geografía y Derecho Constitucional e Internacional. Además, los alumnos reciben clases de Esgrima, Gimnasia, Equitación y Baile, y hacen frecuentes prácticas de infantería, caballería y artillería.

Desde el 14 de junio hasta el 28 de agosto de cada año, los alumnos hacen vida de campaña, viviendo bajo tiendas y haciendo largas marchas y ejercicios tácticos.

Se desarrollan también hasta el extremo los hábitos de honradez, de buena fe y de estricto apego al honor militar. La Academia es una verdadera escuela militar en donde la disciplina reina severa y augusta.

Los cadetes reciben una amplia educación teórica y práctica. La diligencia y la lealtad, dos cualidades esenciales en un militar, son excitadas en las clases y en los numerosos ejercicios y prácticas. Se exige a todos inflexiblemente la prontitud, la obediencia, la limpieza y el cumplimiento del deber.

Las estadísticas de Estados Unidos demuestran que ninguna corporación ha manejado los fondos públicos con la escrupulosa honradez con la que lo han hecho siempre los oficiales del ejército regular.

A las seis de la tarde emprendí mi marcha de regreso en el vapor "Robert Fulton". Apoyado en el barandal de popa y contemplando la larga estela espumosa que dejaba la hélice, me imaginé al "Genio de Chapultepec", y me pareció grande y augusto. Pensé mucho, mucho en mi patria lejana.

El vapor arribó a Nueva York ya entrada la noche. Un espeso telón de niebla parecía envolverlo todo. Sólo se destacaban en aquel mar de sombras las iluminaciones de los rascacielos.

Agosto 23, 1914

Comí con el comodoro Rodríguez Malpica, quien acababa de llegar del Brasil, donde se encontraba comisionado por Huerta estudiando la organización de la marina brasileña. Estaba sin fondos, así es que le facilité 100 dólares para que prosiga su viaje a México.

Agosto 24, 1914

Regreso a Washington.

Septiembre 1, 1914 Visita al Museo Corcoran.

Septiembre 3, 1914 Recibí orden telegráfica del Primer Jefe de regresar a México.

Septiembre 6, 1914 Hoy, a las diez y cuarenta de la mañana, partí de Washington para Laredo por la vía de San Luis Missouri.

Septiembre 9, 1914 Llegué a Laredo, Texas, a las dos de la tarde. A las siete de la noche me trasladé a Laredo, México, al carro especial que está a disposición de don Manuel Amaya y en el que este hará su viaje hasta Monterrey.

Septiembre 10, 1914 Salimos a las seis de la mañana de Laredo, llegando a Monterrey a las 12 del día. En la estación se alistaba otro carro especial que debería conducir a México a Octavio Múzquiz y a su familia. En él hice el viaje hasta Saltillo, en donde tuve la dicha de ver a los míos.

Índice

Vito Alessio Robles. Memorias y Diario. Volumen I, se terminó de imprimir
en la Ciudad de México durante el mes de febrero del año 2013.
Para su impresión se utilizó papel de fabricación ecológica
con *bulk* a 80 gramos. La edición estuvo al
cuidado de la oficina litotipográfica
de la casa editora.



ISBN 978-607-401-665-9 Obra completa
ISBN 978-607-401-667-3 Volumen I



HISTORIA

Vito Alessio Robles, contrastando sus multifacéticos talentos y ocupaciones, mantuvo inalteradas sus convicciones en medio de las circunstancias más desfavorables y aun peligrosas. Personaje prometeico, es la suya una biografía de novela: militar, profesor, diplomático, político y polemista. Ni la persecución, la cárcel, las amenazas de muerte, el exilio o la pobreza lograron doblegarlo.

En *Memorias* y *Diario*, la mirada crítica del protagonista ofrece versiones contrarias a lo que oficialmente se deseaba dar por sentado en la etapa crucial del México de la primera mitad del siglo XX. Es, por así decirlo, una vista al reverso del tapiz donde se descubren la urdimbre, los nudos y las imperfecciones del tejido.

Conocedor de la biografía de los principales actores del escenario político e intelectual de la época, atestiguó el proceso de consolidación del movimiento revolucionario en el gobierno, una senda plagada de aristas y de tentaciones que al transitarla costó jirones de honra y antiguos ideales a muchos deseosos de adaptarse a las nuevas circunstancias.







